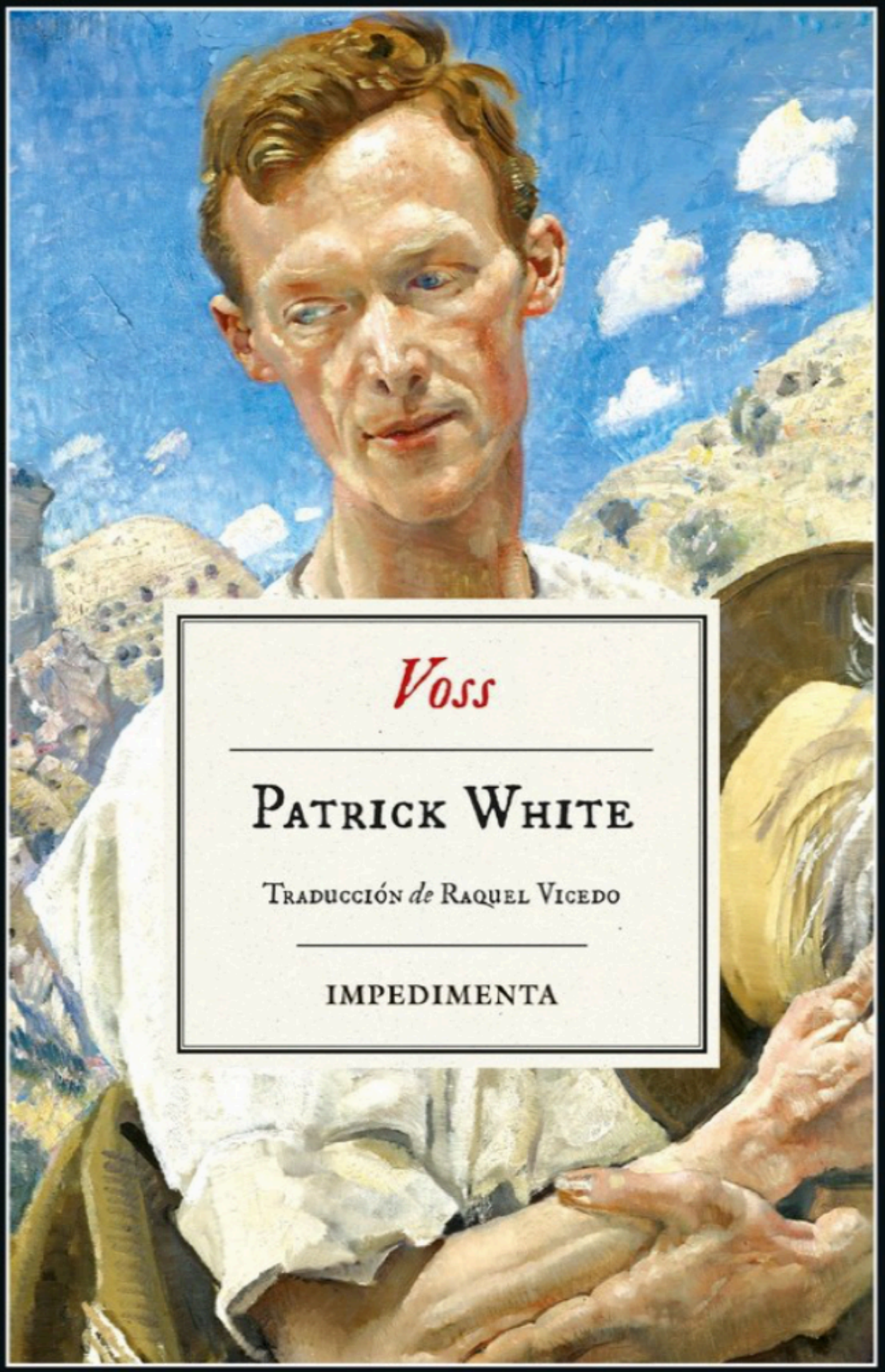


Voss

Patrick White

Traducción *de* Raquel Vicedo

IMPEDIMENTA

Voss

Patrick White

Traducción del inglés a cargo de
Raquel Vicedo

IMPEDIMENTA

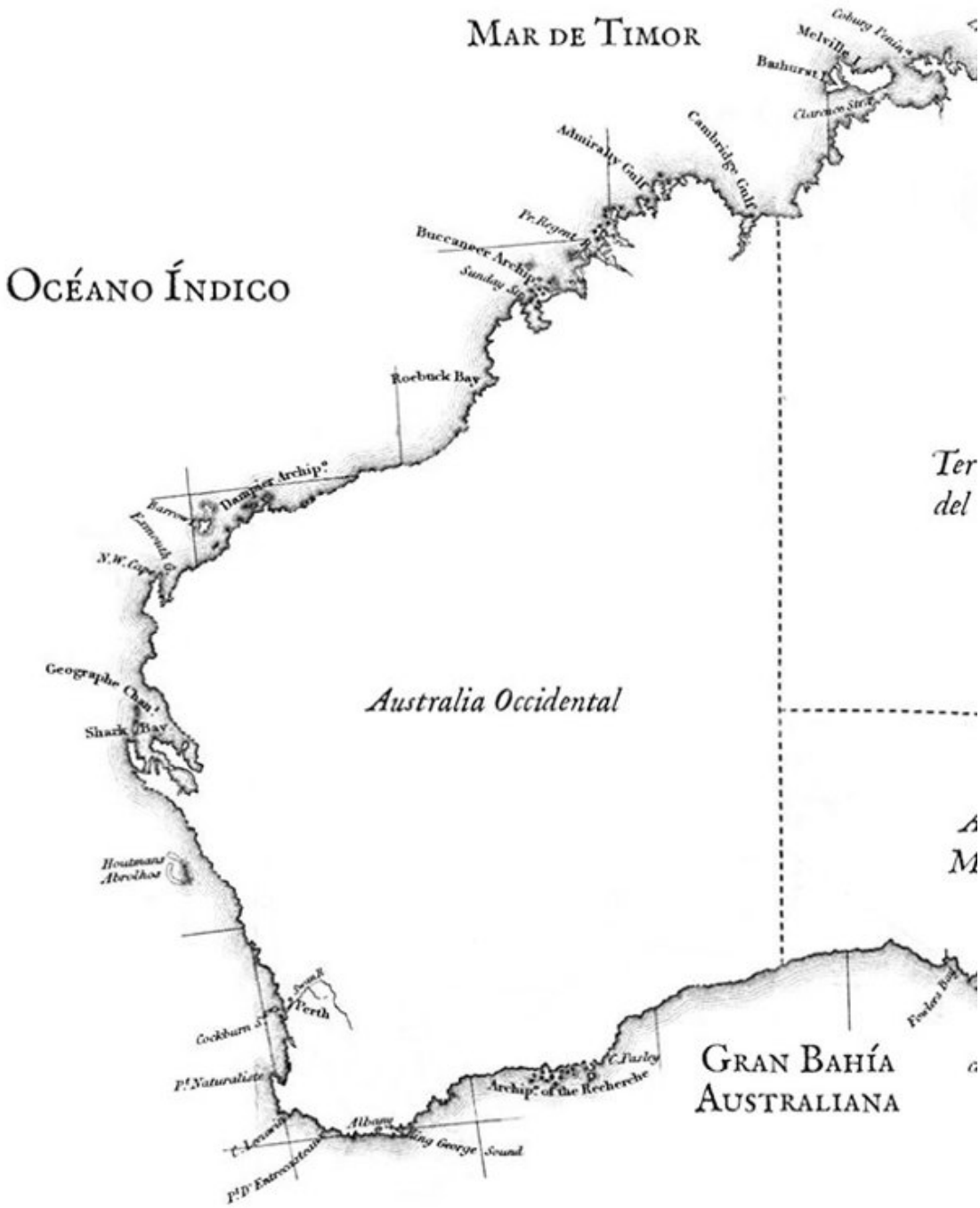
Amor, aventuras y obsesión en el desierto australiano. La obra maestra, plena de poder y virtuosismo, de uno de los más brillantes escritores del XX, Premio Nobel 1973.

«Uno de los magos de la ficción moderna... White posee una mirada amplia y un ingenio sin límites.»
The Observer

«Cuando leí Voss sentí como si estuviese leyendo a Dostoievski, pero este libro tenía una virtud: me hacía sentir en casa, íntimamente ligado a mi hogar.»
Thomas Keneally, The New York Times

«La figura más destacada de la narrativa australiana.»
The New York Times

Para Marie d’Estournelles
de Constant



Australia

Pub.ᵈ for the Journal of the Royal Geographical Society, by John Murray, Albemarle St. London 1838.

50 100 200 300 400 500

English Miles, applicable to Australia & also to Spain & Portugal.

Mar de Arafura
Torres Strait
Endeavour Str.
C. York
C. Wessel
Arnhem B.
C. Arnhem
GULF OF
Groote Eylandt
CARPENTARIA
Wellesley Is.
C. Direction
Pt. Charlotte Bay
C. Flattery
Endeavour R.
Trinity Bay
Mar del Coral
Halifax Bay
Cumberland Is.
Northumberland Is.
Broad Sd.
C. Townshend
Queensland
C. Capricorn
Hervey Bay
Jildra
Brisbane
Moreton B.
C. Byron
Shoal Bay
Nueva Gales
del Sur
P. Macquarie
Hunter Valley
Newcastle
Port Stephen
Port Hunter
SYDNEY & Port Jackson
Jervis Bay
Territorio Capital
C. Howe
Streaky Bay
Spencer G.
Gulf of S. Vincent
Adelaide
L. Alexandrina
Encounter B.
Victoria
Port Phillip
C. Northumberland
Portland Bay
Wilson's Pro.
Kings I.
BASS STRAIT
C. Grim
Macquarie Har.
Tasmania
Hobarton
Mar de Tasmania

1

—Señorita, ha llegado un hombre que pregunta por su tío —dijo Rose, respirando agitadamente.

—¿Un hombre? —preguntó la joven, ocupada en un complejo bordado. En aquel momento lo estaba estudiando con más detenimiento, acercando el pequeño bastidor a la luz—. ¿No será más bien un caballero?

—No sé —dijo la criada—. Parece un extranjero.

Aquella mujer se había vuelto una verdadera molestia. Sus grandes pechos se bamboleaban con torpeza cada vez que hablaba y, cuando estaba parada, el peso de sus silencios intimidaba a los desconocidos. Si los más sensibles entre aquellos a los que servía o a los que se dirigía no la miraban a los ojos, era porque la actitud de Rose parecía apelar a su conciencia; o tal vez porque, sencillamente, su labio leporino los abochornaba.

—¿Un extranjero? —dijo su joven señora, y su vestido de domingo suspiró—. Solo puede tratarse del alemán.

Ahora debía dar alguna orden. Siempre acababa cumpliendo su deber con autoridad y distinción, pero al principio dudaba. Rara vez salía de sí misma por voluntad propia, pues nunca se sentía más feliz que cuando se encerraba en sus pensamientos, y tenía una naturaleza tan inescrutable que pocas personas eran capaces de adivinar lo que le pasaba por la cabeza.

—¿Qué hago entonces con el caballero alemán? —preguntó el labio leporino, temblando como un flan.

Sin embargo, la impecable joven no se percató de aquel detalle. Había sido educada con sumo cuidado y, en cualquier caso, prefería rehuir la expresión de ansia que había aflorado a los ojos de la criada. Frunció el ceño aparentando formalidad.

—Mi tío aún tardará por lo menos una hora en llegar —dijo—. Dudo mucho que haya empezado siquiera el sermón.

Era exasperante que hombres desconocidos y extranjeros se presentaran en su casa en domingo, justo cuando ella tenía jaqueca.

—Puedo hacer pasar al caballero al estudio de su tío. Nadie entra nunca allí —dijo la criada—. Aunque puede que le eche el guante a algo; nunca se sabe.

El rostro plano de aquella rechoncha mujer denotaba que estaba familiarizada con todo tipo de actos deshonestos, y también que, desde que se convirtiera en esclava de la virtud, dichos comportamientos le resultaban ajenos.

—No, Rose —dijo por fin la joven, su señora, con tanta decisión que la puntera de su zapato chocó contra sus enaguas, haciendo que estas se frotaran entre sí y que la rígida falda, de un azul intenso y brillante, añadiera varias sílabas a su respuesta—. Sería descortés no atender al caballero. Hazlo pasar aquí.

—Si lo cree usted conveniente… —se atrevió a responder la solícita criada.

La joven, que por lo general era extremadamente cuidadosa con su labor de costura, se dio cuenta de que había dado unas puntadas de más. ¡Vaya por Dios!

—Y, Rose —añadió, asumiendo plenamente su papel de señora—, cuando haya pasado un tiempo prudencial, ni mucho ni poco, trae el oporto y unas galletas de las que hizo ayer mi tía; están sobre la repisa. No el mejor oporto, sino el otro. Dicen que es bastante bueno. Pero, Rose, asegúrate de que no tardas demasiado, o si no lo servirás cuando mis tíos estén al llegar y ya habrá demasiado alboroto.

—Sí, señorita. ¿Usted tomará también un vasito? —preguntó Rose, sin que fuera de su incumbencia.

—Trae también uno para mí, sí —dijo la joven—. Probaré una galleta, aunque todavía no sé si acompañaré al caballero con el vino.

Las faldas de la criada se pusieron en movimiento. Llevaba un vestido marrón que le sentaba a las mil maravillas a su cuerpo rechoncho.

—Ah, y, Rose —añadió la joven—; no olvides anunciar al señor Voss cuando lo hagas pasar.

—¿El señor Voss? ¿Así se llama el caballero?

—Sí, si se trata del alemán —replicó la dama, que ya volvía a estar absorta en su bordado.

La habitación era bastante amplia y oscura, debido al mobiliario de madera vieja que tendía a ahuyentar la luz, aunque el leve resplandor que se colaba por entre los postigos medio cerrados se multiplicaba aquí y allá, gracias a la superficie de un espejo alargado, un taburete de capitoné o algún objeto de cristal tallado. Estaban en uno de los primeros días de bochorno de la primavera y, mientras esperaba, la joven se enjugó el labio superior con un pañuelo. Su vestido, de ese azul tan intenso, casi no se distinguía salvo por el halo de vapor que lo rodeaba, el contraste de los pulcros puños con sus muñecas y el cuello de la prenda, que dejaba a la vista su hermosa garganta. El rostro de la joven, según decían, era alargado. Si era o no hermosa resultaba difícil decirlo a primera vista, aunque debería serlo, y tal vez lo fuera.

La joven, que respondía al nombre de Laura Trevelyan, sintió una oleada de calor cuando aguzó el oído para distinguir si se acercaban pasos. No obstante, fingió no estar escuchando, como también fingió no estar nerviosa. Laura Trevelyan siempre fingía.

De hecho, el tormento o gozo más profundo era, siempre, el más privado. Tan privado como su reciente decisión de no seguir creyendo en Dios, por mucho que sus sucesivas institutrices y su bondadosa tía la hubieran educado fervorosamente en su benevolencia y poder. El origen de su apostasía era incierto, a menos que se tratara del resultado de alguna oscura intuición, puesto que no hablaba con nadie que no fuera ignorante, inocente y amable. Y, aun así, se había convertido en lo que, sospechaba, podría denominarse una racionalista. Si fuera menos orgullosa, estaría asustada. Por supuesto, había pasado varias noches sin dormir antes de tomar aquella decisión que llevaba, ahora se daba cuenta, varios años fraguándose. Ya siendo una niña se había mostrado mansamente escéptica, puede que por aburrimiento; la imprecisión de la fe la asfixiaba. Creía, no obstante, en la madera, en sus reflejos, y en la clara luz del día, en el agua. Incluso ahora era capaz de trabajar sin descanso en un problema matemático solo por diversión, para resolverlo y, simplemente, saber. Había leído cuantos libros habían caído en sus manos en aquella remota colonia, hasta que su intelecto pareció saciarse. En consecuencia, no sentía la necesidad de reconocerse fuera de sí misma, salvo en su propio reflejo, como en aquel momento, en el espejo empañado de aquella enorme y oscura habitación. Y, aun así, a pesar de su admirable autosuficiencia, si se le hubiera presentado la ocasión, le habría agradado compartir su realidad con alguna mente afín. Pero no había encontrado pruebas de la existencia de aquella afinidad intelectual en su pequeño círculo de amistades, y desde luego tampoco en su familia: ni en su tío, un comerciante de gran corazón, pero un hombre, al fin y al cabo; ni en su tía Emmy, que se había encargado de limar todas las asperezas de su vida para que le resultara lo más cómoda posible; ni en su prima Belle, con la que compartía algunos de sus secretos, pero solo los más intrascendentes y divertidos, puesto que la muchacha todavía era muy joven. Así que, en realidad, no tenía a nadie y, en ausencia de un equipo de rescate, debía ser fuerte.

Absorta en las profundidades del espejo y en su propio dilema, Laura Trevelyan se olvidó por un breve instante del visitante de su tío; por eso se sintió desconcertada cuando Rose Portion, la criada expresidiaria, entró en la habitación y dijo:

—Señorita, el señor Voss.

Y después cerró la puerta tras de sí.

En ocasiones, cuando la dejaban a merced de los desconocidos, la circunspecta joven sentía un nudo en la garganta. Como le faltaba el aire, temía que las palabras salieran de sus labios a trompicones, sorprendiendo, si no asustando, a su interlocutor. Pero, en realidad, aquello nunca ocurría. Los desconocidos la tomaban por una joven estable; a veces, incluso severa.

—Debe usted dispensar a mi tío —dijo Laura Trevelyan—. Todavía no ha vuelto de la iglesia.

Su falda se desplazó por la alfombra al arrullo de las enaguas, y la joven le ofreció al hombre su mano fría; él no tuvo más remedio que tomarla, cosa que hizo con vigor, casi con brusquedad.

—Volveré más tarde. Tal vez dentro de una hora —dijo con un fuerte acento. Era un hombre delgado, y el mobiliario lo ponía nervioso.

—No tardará tanto —respondió la joven—. Y sé que mi tía querría que se sintiera usted cómodo mientras espera.

Era la reina de las banalidades.

El alemán, nervioso, frotaba el bolsillo de su chaqueta con una mano, haciendo un ruido áspero, ronco.

—Gracias —masculló a regañadientes con su acento marcado y torpe.

La joven no pudo evitar sonreír, tal y como hacen los seres superiores y condescendientes.

—Y tras haber viajado con este calor —dijo ella con la misma serenidad—, querrá usted descansar. ¡Su caballo! Haré que el mozo se encargue de él.

—He venido a pie —respondió el alemán, visiblemente incómodo.

—¡Desde Sídney! —exclamó ella.

—Son cuatro kilómetros, a lo sumo; puede que cuatro y un cuarto.

—Pero muy aburridos.

—Aquí me siento como en casa —dijo él—. El paisaje es similar al de las partes más pobres de Alemania. Amarillento. Me recuerda al margraviato de Brandeburgo.

—Nunca he estado en Alemania —repuso la joven con decisión—. Pero encuentro el camino a Sídney muy aburrido, incluso en carruaje.

—¿Sale usted de la ciudad a menudo? —preguntó Voss, que había recobrado cierto aplomo.

—La verdad es que no. No muy a menudo —dijo Laura Trevelyan—. A veces cogemos el coche y nos vamos de pícnic; o, si no, salimos a montar a caballo, o pasamos unos días en la finca de unos amigos. Una semana en el campo nos sienta bien a todos, pero siempre me alegro de volver a casa.

—Es una lástima que salga usted tan poco —dijo el alemán—. Este país está lleno de matices.

La estaba acusando abiertamente de ser superficial, algo que ella misma ya sospechaba. A veces, se oía a sí misma repitiéndoselo. También tenía miedo del país que, a falta de otro, suponía suyo. Pero nunca lo admitiría, igual que nunca confesaría determinados sueños que solía tener.

—Sí, ya lo sé, soy una ignorante —dijo riéndose Laura Trevelyan—. Todas las mujeres lo somos, y los hombres siempre se encargan de hacérnoslo notar.

Le estaba dando una oportunidad.

Pero el alemán no la aprovechó. A diferencia de otros hombres, como los oficiales ingleses a los que destinaban allí o los jóvenes y juguetones terratenientes que llegaban del campo con el único propósito de encontrar esposa, Voss no se sentía obligado a reírle las ocurrencias a una dama. O quizá, sencillamente, su comentario no hubiera tenido gracia.

Laura Trevelyan lamentó que el alemán llevara aquella barba tan descuidada, pero tuvo que reconocer que tenía un bonito color negro y era más bien espesa.

—No siempre entiendo lo que me dicen —dijo—. Al menos no todo.

El extranjero estaba cansado o molesto por algo que había ocurrido, por alguna frase quizá, o tal vez solo por la habitación, que no mostraba piedad ante los desconocidos; se encontraban en una de las habitaciones más ricas e implacables de la casa, aunque nunca se había pretendido que fuera así.

—¿Hace mucho que llegó a la Colonia? —preguntó Laura Trevelyan, con un tono de voz uniforme.

—Dos años y cuatro meses —respondió Voss.

Ella se había sentado, y él había hecho lo propio. Tenían posturas casi idénticas, inmóviles en sillas muy parecidas, a uno y otro lado de la enorme ventana. Podría decirse que estaban *cómodos;* solo la tela del traje del caballero, que marcaba sus huesudas rodillas, parecía tensa. La joven se percató de que los talones de Voss habían destrozado los bajos de sus pantalones.

—Yo, en cambio, llevo aquí tanto tiempo —dijo ella, distraída— que ya he dejado de contar los años. Por no hablar de los meses.

—¿No nació usted aquí, señorita Bonner? —preguntó el alemán, que empezaba a sentirse más a gusto.

—Trevelyan —dijo ella—. Mi madre era la hermana de la señora Bonner.

—¡Ah! —exclamó él—. La sobrina.

Y separó sus huesudas manos, porque ahora la sobrina también era, en cierto modo, extranjera.

—Mis padres murieron. Yo nací en Inglaterra. Vine aquí cuando… —tosió—, bueno, era tan pequeña que ni lo recuerdo. Es decir, recuerdo algunas cosas, claro está, pero solo cosas de niños, asuntos sin importancia.

Esta muestra de debilidad por parte de la joven le devolvió al hombre la confianza en sí mismo, y este se arrellanó en su butaca.

Entonces la luz penetró en la habitación, así como el arrullo de las palomas y el íntimo zumbido de los insectos. Y también la rechoncha criada, que traía consigo una bandeja con vino y galletas; aquel sonido, la agitada respiración de una tercera persona, los distrajo antes de que el vino tembloroso se apaciguara dentro del decantador, convirtiéndose en una firme y plácida joya.

El orden siempre prevalece.

Ni siquiera la presencia de aquel andrajoso desconocido, con sus pómulos marcados y sus nudillos protuberantes, podía alterar la aparente tranquilidad del momento; aunque, por supuesto, la joven sabía que siempre es así los domingos por la mañana, cuando todos están en la iglesia. Por consiguiente, aquel no era

más que un consuelo pasajero. Las voces, incluso aunque solo se tratara de murmullos, irrumpirían en cualquier instante. Ella ya estaba empezando a desintegrarse en las voces del pasado: en la voz débil y gris de su madre, que nunca había conseguido asociar a un cuerpo. Se va, decían las amables voces que cierran párpados y organizan el futuro. Se va, pero ¿adónde? Hacía frío en las escaleras, aquellas escaleras enceradas que bajaban, bajaban, relucientes, hasta la puerta, y que desembocaban en la mañana y en los escalones que Kate había fregado con arenisca. Pobre, pobre niña. Buscó calor en la compasión, en otras voces, en otros besos; algunos de ellos, de los que dejan babas. Con frecuencia, el capitán la enfundaba en su gabán, de modo que ella casi se volvía parte de él —¿aquel ruido era su corazón o solo la digestión?—, mientras iba dando órdenes y contándole cuentos entremedias; el olor a hombre y a sal lo impregnaba todo. La niña se enamoraba de la inmensidad de las estrellas, o del calor de su tosco abrigo, o del sueño. Del modo en que se mecía el aparejo y de las estrellas aterciopeladas. Dormirse y despertarse, abrir y cerrar, soles y lunas, así funcionaba. Pobrecita mía, soy tu tía Emmy y este es tu nuevo hogar, en Nueva Gales del Sur, Laura, confío en que serás feliz en esta habitación, hemos escogido cortinas de tela fina para que entre más luz, dijo la agradable voz, que bajo la capota olía a un delicioso jabón de clavel. Por un momento, parecía posible que las cosas perduraran.

—Le ruego que me disculpe —dijo Laura Trevelyan, inclinándose hacia delante para girar el tapón que remataba el largo cuello de la licorera. El cristal rechinó; o tal vez fueran las palabras—. Casi me olvido de ofrecerle un poco de vino.

El visitante se removió en su silla en un gesto de protesta, como si debiera rechazar lo que habría querido aceptar, y dijo:

—*Danke*. No. Un poco, tal vez. Sí, medio vaso.

Y se echó hacia delante para coger el vaso lleno y resplandeciente, del que se derramó una gota, algo en lo que la señorita Trevelyan, por supuesto, no reparó.

De repente, Voss sintió un nudo en la garganta, fruto del vino y la distancia, pues era un hombre bastante dado a la melancolía en los momentos de mayor placer; a veces, incluso había provocado algunas peleas solo para limitarse a mirar. El pasado empezó a hincharse formando burbujas distorsionadas, como las ventanas del almacén en el que su padre, un hombre viejo, daba órdenes a aprendices y oficinistas, y donde el dulce aroma de la madera clara evocaba seguridad y virtud. Nada podría ser más seguro que aquella ciudad de tejados a dos aguas, de la que él solía escaparse lloviera o tronara, incluso de noche, para recorrer los brezales casi a la carrera, sintiendo los pulmones a punto de estallar, mientras los árboles deformes, los árboles bajos combados por el viento, trataban de agarrarse a su ropa, casi siempre bajo una delgada luna, y otras trampas, en forma de ciénagas inesperadas, arrancaban ruidos siniestros de sus botas. Durante el *Semester,* sin embargo, siempre era un dechado de virtudes, tal y como correspondía al cirujano que todos esperaban que llegaría a ser, hasta que los cuerpos palpitantes de los hombres empezaron a provocarle arcadas. Entonces decidieron que se convertiría en un gran botánico. Estudió sin descanso, y quedó particularmente fascinado por una especie de lirios que engullía moscas, por el modo elegante y pulcro con el que ponía fin a aquellos detestables insectos. Entre los pocos amigos que tenía, esa obsesión se convirtió en motivo de burla. Al principio le molestó, pero decidió mirarlo por el lado bueno; ser un incomprendido puede llegar a resultar deseable. Por ejemplo, con ciertos libros. Cuando interrumpía la lectura, se quedaba sentado en el silencio de su habitación cuadrada y se dedicaba a morderse las uñas a la luz de una vela. A aquellas horas, el mundo, blanco y calmo, solía ser casi tan manejable como un pañuelo recién planchado. Por fin comprendió que tendría que hacerle frente al viejo, su padre. Se vio obligado a ser violento en defensa propia. Y su madre lloraba junto al hogar, que habían alicatado con unas baldosas verdes decoradas con leones en relieve. Entonces, una vez que se vio libre de los sermones de sus padres y que le prepararon unos pocos paquetes para el viaje, no como regalos, sino como reproches, y una vez que los verdes bosques de Alemania empezaron a quedar atrás y las doradas planicies se desplegaron ante él, se preguntó sobre el propósito y naturaleza de esa libertad. Los árboles que flanqueaban los caminos eran tan pulcros. Ahora que había llegado a las antípodas del mundo y sus botas se hundían en la misma tierra arenosa y estéril a la que solía escapar a través del *Heide,* [1] seguía preguntándose al respecto. Pero el propósito y la naturaleza nunca se revelan con claridad. La conducta humana no consiste en más que una serie de embestidas cuya dirección es inevitable, cosa que solo a veces advertimos.

Llegado a este punto, Voss hizo un gesto cortés que había aprendido en algún sitio, se aclaró la garganta y le dijo, muy serio, a la señorita Trevelyan:

—A su salud.

Entonces ella, con un gesto mohíno, casi de amargo placer, volvió a poner el tapón sobre el cuello de la licorera y, por mera educación, brindó a la salud de él y tomó un sorbo del reluciente vino.

Se acordó de su tía y se rio.

—Según mi tía —dijo—, todo lo que *debería* hacerse, *debe* hacerse. Pero, aun así, no aprueba que las jóvenes beban vino.

Él no comprendió sus palabras. Pero reparó en que era hermosa.

Ella sabía que era hermosa, pero de un modo efímero, bajo una luz determinada, en determinados momentos; en otros, su rostro resultaba más bien alargado y su gesto, severo.

—Se está bien aquí —dijo Voss finalmente, girándose en su silla con la soltura que proporciona el vino, mirando a su alrededor y fuera, a través de los postigos entornados, donde las hojas jugueteaban, y también los pájaros y la luz, para volver enseguida a la habitación en la que se encontraban.

Mucho de lo que había allí dentro era innecesario. Mientras contemplaba el cuello de la joven, pensó que no necesitaba de mujeres hermosas. Visualizó su habitación y a sí mismo tendido en la cama de hierro. En ocasiones, mientras descansaba con los pálidos párpados cerrados, lo invadía una sensación de belleza casi insoportable, pero la experiencia nunca llegaba a cristalizar en imágenes objetivas. No obstante, no lo lamentaba, puesto que le estaba reservado un destino muy particular. Le bastaba consigo mismo.

—Debería usted ver el jardín —le decía la señorita Trevelyan—. Mi tío ha hecho de él su pasatiempo favorito. Dudo mucho que incluso en los Jardines Botánicos haya una colección de plantas como esta.

Llegarán, sí, pensó Laura, pero todavía tardarán un rato. Dios, ya estaba harta de aquel hombre tan reservado.

La joven empezó a girar el tobillo. La luz jugueteaba irónicamente sobre su vestido de seda. Su estrecha cintura era perfecta. Aun así, le molestaba su propia actitud y le gustaba pensar que se la habían impuesto. La culpa es suya, se dijo, es de esos que se creen superiores, aunque inspira lástima con esos pantalones tan sucios y deshilachados. Y así, para distraerse, se puso a construir frases, entre amables y frías, con las que respondería a una propuesta de matrimonio del alemán. Laura Trevelyan había recibido dos proposiciones: una, de un comerciante, antes de que partiera rumbo a Inglaterra; la otra, de un ganadero de cierto renombre. Bueno, para ser precisos, *casi* las había recibido, pues ninguno de los dos caballeros se había atrevido a dar el paso. Desde entonces, trataba con desdén a los hombres, y su tía Emmy temía que fuera demasiado fría.

Justo entonces llegaron hasta ellos un penetrante olor a caballo y el leve crujido de la grava y el cuero, seguidos de las voces distantes y molestas de unas personas que entrarían en escena en cualquier momento.

—Ahí están —dijo Laura Trevelyan, levantando la mano.

En ese momento estaba realmente hermosa.

—*Ach* —protestó Voss—. *Wirklich?*

Volvía a sentirse intranquilo.

—¿Y usted no va a la iglesia? —preguntó.

—Me dolía un poco la cabeza —respondió ella, estudiando las migajas de una galleta que había estado mordisqueado por deferencia hacia su invitado, y que se le habían quedado adheridas a la falda.

¿Por qué le había hecho esa pregunta? Aquel hombre escuálido le desagradaba profundamente.

Pero los demás ya habían irrumpido en la estancia y volvían a tomar posesión de la vivienda. Las sólidas casas de piedra como aquella, que parecen invitar a la contemplación, por las que los pensamientos se cuelan con la facilidad de las sombras y en las que, aun así, el silencio adopta una forma escultural, responden de manera sorprendente, e incluso cruel, a la llamada de sus propietarios, poniendo de manifiesto que sus habitaciones nunca han pertenecido a los soñadores, sino a los hijos de la luz, que entran y abren los postigos de par en par.

—El señor Voss, ¿verdad? Tenía mucho interés en conocerlo.

Había hablado la tía Emmy, ataviada con una pelliza gris bastante bonita que había llegado con el último envío.

—Voss, ¿eh? Por fin —dijo el tío, mientras hacía tintinear las llaves y las monedas que llevaba en el bolsillo —. Ya lo habíamos dado por perdido.

—¡Voss! Bueno, ¡menuda sorpresa! ¿Cuándo ha vuelto a la ciudad, granuja? —preguntó el teniente Radclyffe, que para Belle Bonner era simplemente «Tom».

Debido a su juventud, aún no habían animado a Belle a participar en las conversaciones que se mantenían en presencia de los desconocidos, aunque sí se le permitía esbozar una sonrisa cándida y bonita, cosa que hizo.

Como acababan de llegar, todos estaban aún tratando de recuperar el aliento; las mujeres se desanudaban las cintas de las capotas mientras buscaban su reflejo en el espejo; los hombres hacían bromas que solo los caballeros influyentes, zalameros o corrientes podrían apreciar.

Y Voss parecía una especie de espantapájaros.

Laura Trevelyan reparó en que se movía con suma torpeza. Pero no podía ayudarlo. Ella se había retirado. Nadie podía ayudarlo.

—Por desgracia, he llegado con demasiada antelación —empezó el alemán, hablando atropelladamente—, sin tener en cuenta sus costumbres dominicales, señor Bonner, y me temo que durante los últimos tres cuartos de hora me he dedicado a agotar la paciencia de la pobre señorita Trevelyan, que ha tenido la amabilidad de entretenerme.

—Estoy segura de que para Laura ha sido un placer —dijo la tía Emmy, frunciendo el ceño, y besó a su sobrina en la frente—. Laura, pobrecita mía, ¿qué tal tu dolor de cabeza?

Pero la joven borró de un manotazo todas las preguntas y se apartó a un lado, con la esperanza de que se olvidasen de ella.

Los pensamientos de la tía Emmy nadaban muy cerca de la superficie, motivo por el que casi siempre resultaba fácil adivinarlos. En ese momento era evidente que la lástima que sentía por aquel hombre que había nacido en el extranjero era menor que la preocupación por que su sobrina hubiera cometido la imprudencia de ofrecerle, quizá, el mejor oporto de la casa.

Así que la señora Bonner sintió la imperiosa necesidad de retirar la bandeja, a pesar de que las licoreras se llevarían el secreto a la tumba.

—Ahora que por fin ha venido, Voss —dijo su marido, que seguía haciendo tintinear las monedas por miedo a descubrir que no era sino un aprendiz del pasado—, ahora que por fin está aquí, podremos hablar sobre todos los detalles. Huelga decir que le proporcionaré todas las mercancías con las que comercio, aunque también estaré encantado de aconsejarle en lo que respecta a la adquisición de otros productos, víveres, por ejemplo. Voss, no frecuente usted más establecimientos que los que yo le recomiende. No quiero sugerir que en nuestro gremio la falta de honestidad sea habitual; pero comprenderá usted que los negocios son peliagudos. En fin, ya me he puesto en contacto con los propietarios de un buque que puede llevarlos, al menos, hasta Newcastle. Sí. Como ve, su bienestar me preocupa sobremanera. Sin duda, usted mismo ya habrá considerado muchas de estas cuestiones, aunque no haya estimado oportuno ponerme al corriente. Por cierto, el viernes pasado recibí una carta del señor Sanderson, que será su anfitrión durante la primera etapa de su viaje. ¡Oh! Aún quedan muchas cosas que preparar. Será mejor que nos separemos de las damas —dijo el pañero, al tiempo que se aclaraba ruidosamente la garganta— para poder hablar con calma.

Pero ese momento no había llegado aún. Ninguno de los dos deseaba someterse al despiadado juicio del otro. Ambos tenían los ojos azules, pero de un azul muy diferente. Voss, con frecuencia, parecía perderse en los suyos, como los pájaros se pierden en el cielo. Pero el señor Bonner nunca apartaba la mirada de lo que le era familiar. Tenía los pies en la tierra.

—Debo decir que me alegra volver a verlo, amigo Voss —dijo el teniente Radclyffe, sin dar ninguna muestra de esa alegría.

Él también tenía los ojos azules, pero la suya era una belleza más bien rudimentaria. Con el paso del tiempo, su cuerpo acabaría pareciéndose al del hombre que iba a convertirse en su suegro, y tal vez esa fuera la razón por la que Belle amaba a su Tom.

—¿Dónde ha estado? —preguntó el teniente, dedicándole toda su atención a aquella insignificante visita—. ¿Perdido en el interior? —No esperaba obtener ninguna respuesta, ni estaba interesado en escucharla—. ¿Ha vuelto con el pobre Topp? He oído que ahora solo tiene ojos para cierta jovencita que está aprendiendo a tocar la flauta.

—Un instrumento peculiar, y no muy adecuado para una joven —se vio obligada a añadir la señora Bonner —. Si una desea variar (y hay quienes detestan el piano), siempre le queda el arpa.

—En efecto, vuelvo a alojarme en casa del pobre Topp —dijo Voss, que a esas alturas ya se sentía aturdido por la compañía de tanta gente—. No me perdí, aunque sí he estado en el interior; al menos, en la región más poblada. He viajado hace poco a la costa norte del territorio, donde he recogido especímenes muy interesantes de ciertas plantas e insectos, y a Moreton Bay, donde he pasado unas cuantas semanas con los hermanos moravos.

Mientras hablaba, Voss se mantuvo firme. Bueno, en honor a la verdad, en algún momento había perdido un poco el equilibrio, pero el pelo de la alfombra ocultaba los bajos raídos de sus pantalones. La sed, la fiebre y el agotamiento físico son mucho menos dañinos para el espíritu, pensó, mucho menos dañinos que el trato con las personas. Recordó una ocasión en que, mientras avanzaba por un desfiladero, se desprendió un peñasco de arenisca; cayó en su dirección y le rozó la mano, para luego rebotar varias veces, destrozando todos los árboles que encontró a su paso y llegando a aniquilar a un pequeño ualabí. Aquellas letales rocas, a pesar de su perversidad, le habían insuflado vigor. Había seguido avanzando con el aire fresco de la vida en los pulmones. Pero las palabras, incluso las que denotaban bondad y apoyo, las que caían lejos, lo dejaban casi

exánime.

—Tenemos que ir allí algún día, Belle —dijo Tom Radclyffe, que ya había pedido la mano de la deseable novia—. Me refiero a Moreton Bay.

Aunque viajar no le interesaba especialmente, las ventajas de perderse en algún lugar remoto con su futura esposa no le pasaban desapercibidas.

—Por supuesto, Tom —convino Belle distraída y plácidamente, con una pelusilla rubia asomando sobre su labio superior.

Estos dos jóvenes tenían la costumbre de mirarse el uno al otro como si buscaran la entrada a algún rincón aún más íntimo de la mente. Belle todavía era bastante inmadura y excitable. Su tez era del color de la miel, y tenía un cuello bastante grueso. Estos rasgos, junto con su excelente constitución, los heredarían sus descendientes, para cuya producción Belle Bonner había sido específicamente diseñada.

—Voss, acabará usted despertando en todos la fiebre de la exploración —bromeó el señor Bonner, el hombre que resolvía cualquier tensión, que tomaba a la gente del brazo—. Ahora venga conmigo —dijo— mientras las damas se preparan para la cena.

Así que tienen un negocio entre manos, pensó Laura Trevelyan. Mi tío es demasiado bueno. Y bostezó. El alemán era bastante antipático, aunque parecía un hombre interesante. Su espalda fuerte, más bien fibrosa, empezó a eclipsar su desaliño. Como ya no podía escudriñar su rostro, se limitó a recordarlo, y tuvo que admitir que habría deseado sumergirse en aquellos peculiares ojos pálidos más de lo que se había permitido a sí misma en un principio.

Sin embargo, los dos hombres se habían marchado. Con decisión y parsimonia. Habían entrado en una habitación más pequeña que en ocasiones llamaban el «Estudio del señor Bonner» y en la que, efectivamente, había un escritorio, vacío salvo por unos pocos regalos inútiles de la señora Bonner y varias piezas de plata labrada, colocadas de modo equidistante sobre el cuero estampado, de color rojo intenso. Los diccionarios, los almanaques, los libros de sermones y de etiqueta y las obras completas de Shakespeare, que despedían un fuerte olor a humedad, salpicaban la apacible penumbra con discretos colores. Todo lo que había en la habitación estaba dispuesto para el estudio, salvo el propietario, aunque bien es cierto que a veces, después del copioso asado de los domingos, se dedicaba a reflexionar, con los ojos entornados, sobre las perspectivas de su negocio o, si el reuma lo molestaba, hojeaba las facturas o las páginas del libro mayor que el señor Palethorpe le había llevado desde la ciudad. El estudio había florecido junto con la ambición de la señora Bonner. Su aspecto inmaculado era una constante fuente de orgullo, aunque asustaba a algunas personas, y el propio comerciante se sentía más cómodo en el refugio sagrado que tenía en su almacén.

—Ahora podremos hablar —sugirió el señor Bonner, y pensó en añadir: «En privado».

El comerciante tenía cierta tendencia a la conspiración, algo que lleva a los adultos a convertirse en francmasones y a los niños a escribir sus nombres con sangre. Además, en compañía del andrajoso alemán, empezó a disfrutar del poder que ostenta el mecenas sobre su protegido. Adinerado según los estándares coloniales, el comerciante había amasado su fortuna gracias a su negocio de compraventa de linos irlandeses, muselinas suizas, damascos, alemaniscos, franelas, tapetes verdes y sargas de la India. Se empleó pan de oro de la mejor calidad para celebrar el nombre de Edmund Bonner — Comerciante de tejidos inglés, y las damas que bajaban en calesas y berlinas por George Street, esposas de oficiales y ganaderos, siempre saludaban respetuosamente al caballero en cuestión. Según contaba, en varias ocasiones incluso había tenido el privilegio de asesorar a lady G***, que había sido tan amable de aceptar un mantel y varios juegos de sábanas de lino.

Por todo ello, Edmund Bonner podía permitirse el lujo de sentarse con las piernas extendidas en el formidable estudio de su casa de piedra.

—¿Está usted seguro de que está preparado para emprender una expedición de este calibre? —se atrevió a preguntar.

—Naturalmente —respondió el alemán.

Tenía vocación, de eso no había duda. Y tampoco había duda de que su protector no podría comprenderlo.

—Si me lo permite… ¿es usted consciente de lo que puede significar?

—Si comparáramos lo que significa para usted y para mí, señor Bonner —dijo el alemán, contemplando cada palabra como si se tratara de un guijarro de perfección mística—, es posible que llegáramos a conclusiones distintas.

El grueso comerciante rio desde el otro lado del escritorio rojo. Le complacía haber comprado algo que no comprendía del todo. Así se adquiere la elegancia, que siempre acaba adornando al comprador como si de una hermosa piel se tratara; él la da por sentado y los demás la admiran. El señor Bonner anhelaba sentir la envidia de los demás. Sus aletas nasales se dilataron de placer.

—Hay algo que me impulsa a adentrarme en este país —continuó Voss, ajeno a todo aquello.

—Eso está muy bien —dijo el comerciante, poniéndose aún más cómodo—. Se trata de entusiasmo, supongo, y está muy bien que usted lo sienta. Yo, por mi parte, puedo encargarme de un buen número de detalles prácticos. De las provisiones, hasta cierto punto. El capitán del *Osprey* lo llevará hasta Newcastle, siempre y cuando esté usted dispuesto a embarcar en la fecha prevista para zarpar. Sanderson estará en Rhine Towers para guiarlo, y Boyle en Jildra, que será su último puesto avanzado, tal y como hemos acordado. Estos caballeros se han ofrecido generosamente a proporcionarle vacas y Boyle, además, me ha asegurado que contribuirá con ovejas, así como con un número considerable de cabras. Buscar al equipo científico le corresponde a usted, Voss. ¿Ha reclutado ya a los hombres adecuados para acompañarlo en esta gran empresa?

El alemán se humedeció la parte inferior del bigote. Aquello podría haber sido una señal de que sufría de indigestión, pero su desprecio por aquel hombre resultaba evidente.

—Estaré preparado —dijo—. He tomado las medidas necesarias. Ya cuento con cuatro hombres.

—¿Quiénes? —preguntó el hombre que, junto con otros osados ciudadanos, sufragaría los gastos del viaje.

—No los conoce —dijo Voss.

—Pero ¿quiénes son? —insistió el comerciante; su vanidad no le permitía admitir que pudiera haber alguien a quien él no conociera.

Voss se encogió de hombros. No sentía ningún tipo de interés por los demás hombres. En las cortas expediciones que había realizado hasta entonces, solo lo habían acompañado el sonido del silencio, el roce del cuero y los resoplidos de su solitaria montura.

—Uno se llama Robarts —comenzó, aunque era innecesario—. Es un muchacho inglés. Nos conocimos en el barco. Es un buen chico, bastante simple.

Pero superfluo.

—Luego está Le Mesurier —dijo—. También hemos viajado juntos. Frank tiene grandes cualidades, aunque siempre se está buscando la ruina.

—¡Qué prometedor! —rio Edmund Bonner.

—Y Palfreyman. Seguro que le gusta Palfreyman, señor Bonner. Es un hombre excepcional. Es el ornitólogo. De sólidos principios. Y cristiano.

—Sí, creo… —dijo Bonner, con cierto alivio—, creo que mi amigo Pringle lo conoce. Sí, he oído hablar de él.

—Y Turner.

—¿Quién es Turner?

—Bueno… —dijo Voss—. Turner es un bracero. Me ha pedido que lo lleve conmigo.

—¿Y está usted seguro de que es el hombre adecuado?

—No tengo la más mínima duda de que puedo liderar una expedición a través de este continente —replicó Voss.

Entonces, como si del saliente de una roca se tratara, proyectó su cuerpo hacia el comerciante, que, ahora más que nunca, se preguntó con quién se había asociado.

Aunque, en cierto sentido, aquello le agradaba, estaba en su naturaleza obrar con cautela.

—Sanderson está pensando en recomendarle a dos hombres —dijo.

Ahora le tocó a Voss ser cauteloso. Varios individuos anónimos lo vigilaban, agazapados tras los árboles del jardín, así como en las esquinas de la lujosa habitación. Sospechaba de sus rostros inexpresivos. Desconfiaba de todo lo que le era ajeno, y solo se sentía realmente feliz en el silencio verdaderamente inconmensurable, como la distancia y las capacidades de uno mismo. No confiaba en absoluto en aquellos a los que había elegido para complacer a su protector, pero al menos se trataba de hombres débiles; todos menos uno, que convenientemente había sometido su fuerza en favor de la abnegación.

—Preferiría evitar las diferencias de opinión que sin duda derivarían de un grupo numeroso.

—Estará usted fuera un año, dos, quién sabe; en cualquier caso, mucho tiempo. Durante ese periodo agradecerá contar con opiniones diversas. Las grandes distancias ponen a prueba la fuerza física. Es posible que algunos de sus hombres se alboroten; otros, no olvidemos el factor de la melancolía, pueden verse tentados a abandonar. ¿Entiende mi punto de vista? Es el mismo que el del señor Sanderson. Está convencido de que sus hombres serán de gran valor para la expedición.

—¿Quiénes son? —preguntó el opaco alemán.

El comerciante tomó inmediatamente su indiferencia por sumisión. La expresión del rostro del alemán se había despejado cuando Bonner se inclinó hacia delante para proseguir su discurso, orgulloso de su superioridad.

—Primero está el joven Angus. Le gustará Angus. Es el propietario de una próspera hacienda, cerca de Rhine Towers. Un joven muy entusiasta (incluso impetuoso, diría yo, si no fuera tan agradable); hace unos años viajó a Downs buscando fortuna y habría avanzado más hacia el oeste si las circunstancias de aquel momento no se lo hubieran impedido. Luego —continuó Edmund Bonner, con los ojos fijos en su abrecartas de marfil; su esposa lo había colocado sobre su escritorio en algún cumpleaños, pero él nunca lo había usado —, está Judd. No lo conozco personalmente, pero el señor Sanderson asegura que es un hombre de gran fuerza física e integridad moral. Y que sabe improvisar, algo que es crucial en una tierra en la que uno no siempre tiene a mano lo que necesita. Por lo que yo sé, Judd ha demostrado tener unas dotes de adaptación admirables. Vino aquí en contra de su voluntad. En otras palabras, era un convicto. Ahora es libre, naturalmente. Según tengo entendido, las circunstancias que motivaron su deportación fueron bastante ridículas.

—Siempre lo son —lo interrumpió Voss.

El comerciante intuyó que el alemán se había visto en una situación similar. Guardó silencio.

—La mayoría de nosotros ha matado a alguien —dijo Voss—, pero ¿no sería ridículo, señor Bonner, que, por ese asesinato, fuera usted trasladado a Nueva Gales del Sur?

El señor Bonner, que no sabía muy bien cómo reaccionar, optó por no entrar en terreno peligroso y reírle la broma. Empezó a dar golpecitos con el elegante aunque macizo abrecartas sobre un pedazo de tela que había desplegado sobre el cuero perfumado de su escritorio.

—Señor Voss, espero que no me considere impertinente si le pregunto si ha estudiado usted el mapa.

De hecho, allí mismo había una especie de mapa: la mitad estaba en blanco; la otra mitad, basada en conjeturas.

—¿El mapa? —preguntó Voss.

Sin duda, acababa de despertarse de un sueño inmenso. Hasta el comerciante intuyó su vastedad mientras señalaba la costa con la punta de marfil.

—¿El mapa? —repitió el alemán—. Primero tendré que dibujarlo.

A veces su arrogancia se transformaba en sencillez y en sinceridad, aunque a menudo resultaba difícil distinguir cuándo era el caso, sobre todo para los desconocidos.

—Siempre es bueno ser optimista —dijo, riendo, el comerciante.

Sus honestas carnes se agitaron y, ya bastante borracho, empezó a leer el documento, casi a cantarlo, invocando los primeros nombres que se habían registrado, los diminutos puntos que señalaban los asentamientos humanos, la leyenda de los ríos.

El señor Bonner leyó las palabras, pero Voss vio los ríos. Siguió sus cursos apresurados. Fluían como cristal frío o se secaban en pequeñas grutas amarillentas, rebosantes de espuma verdosa.

—Ya ve usted cuántas cosas hay que tener en cuenta —dijo el comerciante, que ya había recuperado la compostura—. Y *¡tempus fugit, tempus fugit!* ¡Vaya! Que me aspen si no es ya la hora de comer, cosa que ilustra de un modo excelente justamente lo que estaba tratando de explicarle.

A continuación le dio una palmadita en la rodilla a su extraño, aunque bastante agradable —pues le resultaba halagador—, protegido. Sí, *halagador,* esa era la palabra. Edmund Bonner, que en otros tiempos había sido un muchacho hambriento e inútil, se sentía halagado por un hombre que también parecía pasar hambre.

En aquel momento, el eco del bronce retumbó por toda la casa de piedra, pues Jack Slipper había entrado por el patio para golpear el enorme gong con sus fibrosos y fornidos brazos desnudos, mientras Rose Portion iba de acá para allá con platos y sin ellos, ignorando todo cuanto no tuviese que ver con lo que estaba haciendo.

—Supongo que estará usted muerto de hambre —comentó el señor Bonner, confiando en que así fuera.

—¿Disculpe? —preguntó Voss, tal vez para evitar tener que tomar una decisión.

—Quiero decir —dijo el comerciante, haciendo hincapié en sus palabras— que probablemente agradezca usted un buen almuerzo.

—No vengo preparado —respondió el alemán, que volvía a sentirse incómodo.

—Pero ¡qué hay que preparar para deleitarse con un buen plato de ternera y un delicioso postre! —dijo el comerciante, levantándose—. Señora Bonner —exclamó—, nuestro amigo se quedará a comer.

—Me lo imaginaba —dijo la señora Bonner—; de hecho, ya le había pedido a Rose que pusiera un cubierto más.

Los hombres habían salido al encuentro de la señora Bonner y se habían topado de pronto con el resto de los comensales, que se habían congregado en aquel frío vestíbulo, desplazando el peso de un pie al otro sobre el suelo de piedra amarilla. La piedra fría se tragaba la risa de los jóvenes y la conversación que estaban

manteniendo por el mero placer de hablar. A veces, Tom y Belle se enzarzaban durante horas en esa especie de toma y daca. Por su parte, los Palethorpe ya habían llegado. El señor P., como lo llamaba la señora Bonner, era la mano derecha de su esposo y, por consiguiente, su presencia resultaba indispensable los domingos, sobre todo porque ostentaba el cargo de bufón oficial. El señor P. era calvo y tenía un bigote que recordaba de alguna manera a un par de pajaritos muertos. Su esposa, que había ejercido como institutriz en el pasado, era una persona de lo más discreta, cualidad que ponía de manifiesto tanto en la elección de sus chales como en la actitud que mostraba en los hogares de las familias acaudaladas. Los P. permanecían en un modesto segundo plano, aunque se sentían como en casa, maestros como eran en el excelso arte de la discreción.

—Gracias, pero no voy a quedarme —dijo Voss, ahora enfadado.

Qué hombre tan maleducado, pensó la señora Bonner.

Extranjeros, pensaron los P.

Alguien a quien, al fin y al cabo, le soy completamente indiferente, pensó Laura Trevelyan. No ha venido por mi causa, de eso no hay duda. Pero ¿acaso hay quien haga algo por mí?, se vio obligada a añadir.

En ocasiones, la risa y la conversación de los demás empujaban a la joven al límite de la autocompasión; aun así, nunca había pedido a nadie que la rescatara de su aislamiento, y ahora sentía que debía evitar a toda costa la mirada del señor Voss.

—¿No va a quedarse? —bramó el anfitrión, como si ya tuviera la boca llena de patata.

—Señor Voss, si esa es su intención —dijo la señora Bonner—, sufriremos una gran decepción.

—¡Te ha salido un pareado horrible! —rio Belle, besando a su madre en el cuello.

La muchacha tenía cierta tendencia a ignorar a las visitas cuando su familia estaba presente.

—¡Más carne para el señor P.! —exclamó el teniente Radclyffe, que resultaba irritante incluso cuando trataba de ser gracioso.

—¿Por qué para el señor P.? —protestó discretamente la esposa del caballero, aunque soltó una risita tonta para complacer a sus patronos—. ¿Acaso es un león?

Todos rieron. Hasta el señor P. enseñó los dientes por debajo de sus pájaros muertos. Era uno de esos hombres que se adaptan a cualquier situación.

Todo aquello hizo que casi se olvidaran de Voss.

—Tengo otro compromiso —dijo, aunque en realidad no estimaba necesario justificarse ante unas personas que parecían tener tan poco interés en su justificación.

Los olores que se filtraban a través de las puertas de madera de cedro impacientaron a los comensales, que apenas podían soportar ya las gélidas losas amarillas que tenían bajo sus pies.

—En ese caso, si el señor Voss ya tiene planes… —dijo la señora Bonner, acudiendo en auxilio del hombre que no estaba familiarizado con los vericuetos de las convenciones sociales.

—¡Qué lástima, amigo Voss! —dijo con cierta brusquedad el teniente, que de buena gana habría abandonado al superfluo visitante para abalanzarse con su espada en alto sobre el solomillo y saborear sus jugos rosados. Pero el dueño de la casa seguía sintiendo el peso de sus obligaciones y se vio obligado a ofrecerle a Voss un consejo imperioso antes de que partiera:

—Es esencial que sigamos en contacto, Voss. A diario. Aún quedan muchas cosas que decidir. Venga a verme a mi oficina a cualquier hora de la mañana. O de la tarde, lo mismo da. Lo importante es que sigamos en contacto.

—Naturalmente —replicó el alemán.

Y por fin se marchó, dejando atrás la risa y la conversación de las damas, que ya estaban entrando en el comedor y hablaban del sermón y de capotas mientras los caballeros les acercaban las sillas con gesto mecánico. Por muy altas que hubieran sido sus expectativas, ahora el alemán iba hollando con sus pesadas botas la grava del jardín, entristecido. La indiferencia de las voces de una habitación, incluso si estas no se distinguen con claridad, constituye una crítica en sí misma. Así que el extranjero aceleró, volviéndose más torpe y delgado a cada paso.

Era un hombre burdo; para algunos, incluso desagradable.

A lo largo de todo el camino de arena percibió con claridad ese desagrado. En aquellas ocasiones era víctima de su propio cuerpo, al que los demás lo obligaban a regresar. Caminaba con furia. No era cojo, aunque habría podido parecerlo. En aquel lado del Point había varias casas similares a la de los Bonner, desde las que, seguramente, varios ojos humanos estarían vigilándolo a través de las rendijas de los postigos. Las barricadas de laureles lo cegaban con espejos insolentes. Enraizados en aquella tierra arenosa, en la maleza rezagada que una vez lo había invadido todo, los laureles habían tomado posesión de la calle. Fortalecidas por su predominio, las casas de los ricos desafiaban al intruso, ya se tratara de un hombre inseguro o de un decrépito árbol autóctono.

Voss dobló la esquina y se alejó del barrio. A menudo, el viento cargado de arena lo hacía sentirse libre. Una ráfaga procedente del océano, tal vez incluso de una tranquila bahía con olor a lechuga de mar, le agitó la barba mientras bajaba la colina. Una vieja lo miró a través de la ventana de una cabaña de madera, en la que vendían carne de cerdo marinada, manzanas arrugadas y regaliz. Pero Voss no miró. Aquí y allá había más cabañas o tiendas, y una taberna; había unos caballos atados a la puerta. Pero Voss no miró. Seguía los surcos del camino, apartando con rabia las moscas que el viento no parecía disuadir. Su barba se agitó. Era vigoroso, y al aire libre saltaba a la vista que era un hombre fuerte; pero parecía cargar con alguna humillación y, mientras caminaba a aquel ritmo desenfrenado, de vez en cuando echaba un vistazo ansioso a los árboles que quedaban a su derecha, aunque, aparentemente, no buscaba nada en especial. La bahía destellaba a través de la maleza que bordeaba el camino hacia la ciudad. Las aguas, que brillaban febriles como la esclerótica de algunos ojos, no se calmaban; al menos en aquellas circunstancias, y bajo aquella luz.

El extranjero siguió avanzando hasta llegar a la ciudad, dejó atrás la catedral y los cuarteles militares y se adentró en los Jardines Botánicos para sentarse bajo un oscuro árbol, con la esperanza de perderse en su mundo de desiertos y sueños. Pero se sentía inquieto. Empezó a rasparse las manos con ramitas, un rastrojo y las piedras de su humillación. Tenía el rostro consumido. Un tipo viejo y de pelo cano, tocado con una alta y andrajosa chistera de fustán, se le acercó masticando con parsimonia una pequeña rebanada de pan rancio, y le ofreció un pedazo.

—Tenga —le dijo el viejo, mientras masticaba con fruición—. Zámpese esto y verá cómo se siente mejor.

—Pero ya he comido —dijo el alemán, volviendo hacia el hombre su mirada perdida—. Acabo de comer.

Y el hombre de la chistera se marchó, dejando tras de sí un reguero de miguitas para los pájaros.

Entonces, el alemán, que seguía bajo el árbol, se sintió abatido por la mortificación a la que se estaba sometiendo a sí mismo. Pero se trataba de una forma de autodisciplina para las grandes pruebas y desafíos que aquella tierra, que lo había poseído por completo, le reservaba. La gente que no entendía nada caminaba por los senderos de tierra comiendo pan o se sentaba en su casa de frágiles cimientos de piedra frente a un plato de carne, mientras el raquítico extranjero, debajo de su árbol retorcido, se familiarizaba con cada brizna de hierba agostada que veía, e incluso con las articulaciones del cuerpo de las hormigas.

Puesto que ya sé tantas cosas, debo llegar a saber todo lo demás, se dijo; después se tumbó y se quedó dormido, respirando profundamente el aire sofocante de aquel nuevo país que se le estaba empezando a revelar.

—Y, bien, ¿qué opináis de él? —preguntó el señor Bonner, limpiándose la grasa de la boca con una fina servilleta.

—Hoy he podido confirmar lo que ya sospeché durante nuestro encuentro de hace unos meses —dijo el teniente Radclyffe—. Está loco. Pero es un loco inofensivo.

—Oh, Tom. Esa es una afirmación muy dura —dijo la señora Bonner, que se sentía proclive a la amabilidad —. E infundada; al menos, de momento.

Pero, a Tom, Voss lo traía sin cuidado. Aquel individuo no podía ayudarlo a prosperar en su carrera.

—¿De verdad te propones enviar a ese individuo en una expedición a través de este horrible país? —le preguntó la señora Bonner a su marido—. Está tan delgado. —Y luego añadió—: Y ya está perdido.

—¿Qué quieres decir con que está *perdido,* mamá? —preguntó Belle, tomando a su madre de la mano para poder sentir el tacto de sus anillos.

—Bueno, pues eso —dijo la señora Bonner—. Que está perdido. Esos ojos no saben hacia dónde van.

Ella misma estaba tratando de entender lo que ya sabía por instinto.

Pero Rose Portion acababa de entrar con una tarta de manzana enorme, algo que a muchos de los presentes les pareció más interesante que el alemán.

—No te preocupes —dijo el comerciante mientras observaba cómo su mujer cortaba las humeantes manzanas verdes del pastel—. Lo acompañarán varios hombres que saben abrirse camino en cualquier parte.

—Por supuesto —dijo la señora Bonner, que adoraba el hojaldre tostado, especialmente cuando desprendía cierto aroma a clavo—. En realidad, no hemos tenido tiempo de llegar a conocer debidamente al señor Voss.

—Laura sí —dijo Belle—. Dinos, Lolly. ¿Cómo es?

—No lo sé —dijo Laura Trevelyan.

No conozco a Laura, se dijo la señora Bonner.

Los Palethorpe carraspearon y se pusieron a ordenar las copas de las que habían bebido, siempre agradecidos. Entonces, el silencio se cernió sobre los restos de hojaldre y se quedó allí suspendido. Hasta que

Laura Trevelyan dijo:

—No ha venido aquí a hacer fortuna, como otros hombres. El dinero no le interesa.

—Esos otros hombres son humanos —dijo su tío—, y este es el país del futuro. ¿Quién no aprovecharía la oportunidad de hacerse rico cuando esta se presenta? —añadió bruscamente—. Este país… —continuó, en tono de protesta, con la boca llena.

—¡Ah, este país! —suspiró su esposa, recordando otros países; de pronto, pensó que si seguía comiendo así echaría a perder su figura.

—Está obsesionado con este país —dijo Laura Trevelyan—. Lo he visto claro desde el principio.

—Está un poco loco —insistió el teniente, sin mucho entusiasmo.

—Pero no tiene miedo —dijo Laura.

—¿Y quién lo tiene? —preguntó Tom Radclyffe.

—Todos, o la mayoría de nosotros, tenemos miedo de este país, aunque no lo digamos. Todavía no lo entendemos bien.

El teniente, que pensaba que no había nada que entender, resopló.

—A mí no me gustaría viajar al interior —admitió Belle— y encontrarme con un montón de negros, desiertos, rocas y esqueletos, según cuentan, de hombres que han muerto allí.

—Pero Laura, al igual que el demente de Herr Voss, no tiene miedo. ¿Me equivoco? —preguntó el teniente Radclyffe.

—Lo he tenido —dijo Laura Trevelyan—. Y pasará algún tiempo, imagino, antes de que pueda comprender algo tan ajeno e incomprensible. Aunque hace mucho que vivo aquí, este no es mi país.

Tom Radclyffe se rio.

—Tampoco el de ese alemán.

—Él no lo siente así —respondió la joven.

—¿Qué quieres decir?

Laura estaba temblando. No supo contestar.

Esto no es propio de Laura, pensó la tía Emmy.

—Estamos hablando de nuestra Colonia como si no hubiera existido hasta ahora —se vio obligado a recordarles el señor Bonner—. O como si ahora hubiera empezado a existir como algo completamente distinto. No entiendo esta conversación. No somos niños. Basta únicamente con que analicemos los progresos que hemos hecho. Pensad en nuestros hogares y en nuestros edificios públicos. Pensad en la dedicación de nuestros administradores y en los logros de los hombres que se han establecido aquí. Sin ir más lejos, mirad, en esta misma habitación, los restos de la comida que acabamos de disfrutar. No sé de qué hay que tener miedo.

—No te preocupes, Laura —dijo la tía Emmy—. ¿Te sigue doliendo la cabeza, querida?

—¿La cabeza? —preguntó Laura.

Todos la miraron inquisitivamente. La expresión de algunos incluso insinuaba que estaba hecha de la misma pasta que el alemán.

—¡Ah! La cabeza —recordó—. Sí. No, ya estoy mejor, creo.

Sin embargo, en cuanto todos se levantaron de la mesa, fue directa a su habitación.

---

[1]. «Brezal», en alemán en el original. *(Todas las notas son de la traductora.)*

2

Sussex Street todavía era un lugar en el que cualquier cretino podía arruinar su reputación, un lugar en el que un buey que avanzara pesadamente sobre los surcos del camino podía respirar el polvoriento aire de la ciudad, o un piano dispersar sus notas perdidas desde la casa de Topp, el profesor de música, que se encontraba ubicada a mitad de la calle. La casa en sí misma era bastante solemne, aunque había sido concebida y construida con torpeza, y carecía de la grandiosidad que la piedra suele proporcionar, porque aquella piedra revelaba sin tapujos con cuánta fatiga había sido labrada. Las castigadas paredes laterales exhibían las cicatrices que, como costillas amoratadas, había dejado el hierro y, bajo determinada luz, la casa achaparrada parecía irradiar todo su sufrimiento. Las habitaciones eran agradables, aunque en el trascurso del húmedo verano se veían invadidas por los ciempiés, y una capa de moho verde crecía sobre los paneles de madera, hasta tal punto que la señora Thompson, la anciana que se ocupaba de Topp, el propietario, y de los inquilinos, se quejaba de su dolor de huesos. ¡Y vaya si se quejaba! Pero Topp tenía mucha suerte, según decían sus amigos, de poder contar con los servicios de una viuda decente y sin cargas adicionales, como suele decirse. Claro está que la mujer tenía hijos, pero se hallaban lejos, unos aquí y otros allá, ocupados en trabajar y poblar su tierra adoptiva. Topp sospechaba que la anciana, de aspecto primitivo y comportamiento tradicional, nunca se había casado. Muchas noches, después de asear su excelente persona, le contaba la historia de su familia al pobre Topp, que la había escuchado tantas veces que ya había llegado a advertir en ella la voz de una leyenda. Aunque es posible que, sencillamente, encontraran consuelo el uno en el otro.

Topp, caballero soltero y maestro de música, era relativamente silencioso y poco prolífico. Era un hombre pequeño, pálido y nervioso de manos húmedas y blancas, algo bastante ignominioso en aquel país de callosidades secas y amarillentas. Su única ocupación era la música y se disculpaba continuamente por ello, con la esperanza de que no le pidieran que explicara qué propósito práctico tenía su pasión. Así, pasaba sin detenerse por delante de los hoteles, de los que salían carcajadas, y soñaba con un mundo ideal en el que la lengua oficial era la música. Aunque por las mañanas daba clases de pianoforte en los hogares más selectos, Topp tocaba la flauta por placer. Notas nacaradas, translúcidas y exquisitas brotaban de aquella madera poco prometedora y se precipitaban desde las ventanas justo antes de desvanecerse, provocando que las manadas de bueyes menearan el rabo o que algún borracho invocara a Jesucristo. Los días en que Topp tocaba la flauta, la casa achaparrada se adornaba con guirnaldas de música y, en ocasiones, las personas que pasaban por la calle con los pies llenos de barro o polvo se sentían más felices sin pararse a pensar por qué.

Para Johann Ulrich Voss, que yacía tendido en la cama de hierro de una de las dos habitaciones que le había alquilado al maestro en la planta de arriba, la música también era una especie de homenaje. A intervalos, reconocía una frase musical y levantaba con elegancia una mano, aunque siempre desde esa gran distancia que tan a menudo lo separaba de los demás. Ahora solía recibir visitas, hombres que subían la angosta escalera o que lo esperaban en la calle a lomos de sus monturas si el alemán no se encontraba en casa. Está preparando su gran expedición, les explicaba la vieja señora Thompson en aquellas ocasiones, dando a entender que habría podido revelar la naturaleza de aquel proyecto de no haber sido tan discreta. Pero suba y póngase cómodo, querido, que bastante tenemos con lo que tenemos, invitaba a aquellos que le resultaban simpáticos. O: Espere aquí, ordenaba a aquellos que no le inspiraban confianza. Permítame que le recuerde que este es el aposento de un caballero, y no un reñidero de gallos; puede usted sentarse en los escalones, que están limpios; sabe Dios que los friego cada día, y además hoy no llueve.

En ausencia del alemán, Harry Robarts no tenía más remedio que esperarlo en los escalones. No es que la mujer desconfiara del chico, pero no podía encariñarse con él, pobre muchacho, con su boca grande y sus

mejillas sonrosadas. Aunque era cristiana, o eso esperaba, no podía permitirse empatizar excesivamente con el primer muchacho con el que se cruzara; había ciertos límites respecto a lo que una viuda podía soportar.

Una tarde de aquella primavera, mientras la calle se desdibujaba, los afables viandantes se saludaban con cordialidad y el alumno de Topp se deleitaba en el magnífico ocaso a costa de un par de compases, Harry Robarts llegó para ver a Voss y subió corriendo las escaleras sin que la señora Thompson pudiera impedírselo, pues el caballero estaba en casa. Cuando el chico entró en la habitación, encontró a su amigo ocupado examinando una lista que incluía cuerdas, odres para el agua y otros avíos, así como una enorme cantidad de harina, para cuya adquisición el alemán todavía tenía que negociar con los comerciantes que el señor Bonner le había recomendado.

—Soy yo, señor —dijo el muchacho, sin resuello, retorciendo entre las manos un gorro de piel de canguro que le había comprado a un vendedor ambulante a su llegada a la Colonia.

—¿Qué es lo que pasa? —preguntó el alemán, sin dejar de mordisquear el extremo de un lápiz perfectamente afilado.

—Nada —dijo el chico—. Aquí estoy. Eso es todo.

El alemán no lo miró con desagrado, tal y como habría hecho en otras circunstancias o con otras personas. Le resultaba fácil lidiar con el pobre Harry Robarts. Sus ojos eran el reflejo de una mente sencilla. Voss podía sentarse junto a él como junto a una poza de agua inmóvil, y dejar que sus pensamientos se dilataran.

Porque, si bien Harry no tenía muchas luces, poseía otras cualidades; entre ellas, una increíble fuerza física. Tenía la piel blanca y delicada, pero era ancho de espaldas. Por ejemplo, el alemán tenía un arcón de caoba donde guardaba sus cosas, con las esquinas, los apliques y las asas de latón. En el muelle de Londres, que hedía a agua estancada y fruta podrida, Voss se había quedado paralizado observando el arcón. A menudo experimentaba una humillante sensación de impotencia cuando se encontraba con determinados obstáculos prácticos. Aquella noche, ante el reflejo del agua verdosa y sibilante, sintió que nunca sería capaz de superar aquella impotencia innata cuando Harry, sin que nadie se lo hubiera pedido, apareció de la nada, preguntó qué le ocurría y se echó el arcón a la espalda como si se tratara de una pluma, feliz de poder ofrecerle sus servicios a alguien que en el futuro podría querer contar con él. Apenas podía respirar, no debido al peso, sino al entusiasmo; ¿acaso no iba a embarcar hacia un nuevo mundo en el mismo buque que aquel caballero? Más tarde esa misma noche, ya a bordo del oscuro barco, bajo el vaivén de las linternas, Voss se sintió debilitado por sus conocimientos, y el chico que estaba a su lado, fortalecido por su inocencia.

Harry no volvió a separarse de Voss. El alemán le explicaba la anatomía del pez volador y le enseñaba los nombres de las estrellas. Harry, por su parte, realizaba proezas: se quitaba la camisa, dejando al descubierto su blanca piel, ahora bronceada por el sol de los trópicos, y caminaba sobre las palmas de las manos o rompía los eslabones de una cadena, no por vanidad, sino por ofrecerle algo a cambio.

Harry estaba con él todo el tiempo, y Voss acabó por aceptarlo. Después, en Sídney, cada vez que libraba —se había empleado como mozo en una empresa de transportes—, subía corriendo las escaleras, siempre y cuando el alemán estuviera en su habitación, y le decía en un resuello, como en esta ocasión: «Soy yo, señor. Harry. Aquí estoy».

Esa misma noche llegó Le Mesurier. Voss siempre sabía cuándo se trataba de él, porque caminaba con pasos meditados. Frank tenía lo que podría llamarse un humor cambiante. Se solía quedar mirando una araña o las vetas de la balaustrada, o bien se asomaba al ventanuco que daba a un patio trasero donde solo había barriles, herrumbre y largas guirnaldas de hiedra, además de una bola de pelo gris y ojos amarillos. Sin embargo, Frank se cansaba rápido y no compartía inmediatamente aquello que veía. Tenía la piel cetrina y sus labios delgados parecían oscuros al recortarse contra aquella piel biliosa, al igual que los párpados de sus ojos huecos; su nariz, menos carnosa que la mayoría, era bastante prominente.

—Y usted… ¿viene a este maldito país con algún propósito en particular? —le había preguntado Le Mesurier un día que estaban en la blanca cubierta del buque.

—Sí —respondió Voss sin vacilar—. Cruzaré el continente de un extremo a otro. Tengo la intención de llegar a conocerlo como la palma de mi mano. En cuanto al motivo que me impele a hacerlo, lo ignoro tanto como usted, que me conoce solo desde anteayer.

Siguieron contemplando el inmenso océano.

—¿Y cuál, si me permite que le haga la misma pregunta, es su propósito, señor Le Mesurier? Se llama así, ¿verdad?

Cierta sensación de afinidad con aquel joven había dulcificado el acento del alemán.

—¿Propósito? Por ahora, ninguno —dijo Le Mesurier—. El tiempo lo dirá, tal vez.

Estaba claro que aquel vasto océano de cristal no lo haría.

El alemán se sintió todavía más cerca del joven cuando se vieron zarandeados por el oleaje. Si no tuviera

esta obsesión, pensó Voss, ahora mismo yo también me encontraría sin ningún propósito en medio de este mar.

Aquel joven bronceado, exquisito aunque insolente, no se pegó a él como Harry Robarts; solo aparecía de vez en cuando. Frank no aguantaba demasiado tiempo en ningún sitio. Desde que había llegado a Sídney había sido contratado en varias empresas, había trabajado para un colono en Hunter Valley e incluso como mozo en una caballeriza, pero lo que no había cambiado era su costumbre de sacarles brillo a sus botas. Sus chalecos seguían estando en buenas condiciones y en los hoteles suscitaban los comentarios de aquellos que lo aburrían soberanamente. Puesto que otorgaba mayor importancia a sus propios pensamientos, no le interesaba demasiado lo que decían los demás y a veces se escabullía sin previo aviso, lo que muy pronto le granjeó la antipatía de aquellos que habían hecho de la conversación un oficio. Además, era un esnob, capaz de insinuar que había recibido una educación mejor que la de los demás, cosa que, huelga decirlo, era cierta. No tardó en descubrirse que había escrito un poema de temática metafísica, aunque nadie se atrevió a pedirle más detalles. No obstante, todos sabían que le gustaba hablar de Dios cuando se emborrachaba, preferiblemente a base de ron, y que le podían dar las dos de la madrugada mientras buscaba palabras seductoras en la oscura melaza. Aunque nunca llegaba a nada. Si se había convertido en un cínico frío en vez de en un amargado era porque todavía albergaba la esperanza de descubrir qué rol le correspondía en el gran teatro del mundo.

Un anochecer, entre la maleza y las rocas que circundaban el agua de la zona norte del Domain, Voss se había topado con Le Mesurier y, como le parecía que la situación era propicia, le había preguntado:

—Frank, ¿ha encontrado ya ese propósito sobre el que hablamos a bordo del buque?

—Pues no, señor Voss, no —respondió Frank, evasivo, sintiendo cómo se le ponía la piel de gallina.

Y se puso a recoger piedras del suelo.

—Sospecho —añadió— que es algo que no sabré hasta que esté en mi lecho de muerte.

Entonces, Voss, que se había sentado en un claro de la maleza bajo unos árboles enormes y despeluzados, sintió una simpatía aún mayor hacia el joven, pues sabía mejor que nadie lo que era luchar contra los propios demonios. Bajo la luz amarillenta del ocaso, los brazos del alemán, que rodeaban sus rodillas, parecían varas de sauce. No necesitaba la carne.

Le Mesurier seguía lanzando piedras; al rebotar contra las rocas, estas les arrancaban un ruido tosco.

Entonces, Voss dijo:

—Tengo una propuesta que hacerle. Todavía estoy ultimando los detalles. Si todo va según lo previsto, voy a liderar una expedición al interior, en dirección oeste desde Darling Downs. Varios caballeros de la ciudad están interesados en esta empresa, y me proporcionarán los medios necesarios para llevarla a cabo. ¿Le gustaría acompañarme?

—¿Yo? —exclamó Le Mesurier.

Y cogió una piedra particularmente tosca.

—No —dijo, sin mucho convencimiento—. No estoy seguro de querer cavar mi propia tumba tan pronto.

—Para hacerse a usted mismo, antes tiene que destruirse —dijo Voss.

Conocía a aquel joven tan bien como sus pensamientos más oscuros.

—Soy consciente de ello —dijo Frank, riéndose—. Pero eso puedo hacerlo mucho más cómodamente en Sídney. ¿Sabe, señor? —añadió con vehemencia—. Yo no estoy destinado a empresas tan elevadas como usted. Con suerte, me revolcaré un poco en el barro, miraré las estrellas desde la distancia y, luego, me rendiré.

—¿Y su don? —preguntó el alemán.

—¿Qué don? —respondió Le Mesurier, y dejó caer su última munición.

—Eso aún está por ver. Todo hombre tiene un don, aunque no siempre se revela. Sobre todo cuando uno se ve asediado por las banalidades de la existencia cotidiana. Pero en esta tierra perturbadora, por lo que he podido averiguar hasta ahora, es más fácil descartar lo que no es esencial y perseguir lo infinito. El sol probablemente le abrasará la piel, le arrancarán la carne de los huesos, es posible que sea torturado de las formas más horribles y primitivas, pero será consciente de ese don que en ocasiones sospecha que posee y del que confío que no me diga que tiene miedo.

Ya había oscurecido del todo. El joven, de hecho, sí sentía miedo —los latidos de su cuerpo eran ensordecedores—, pero, como era un joven vanidoso, también se sentía halagado. Y la tentación era fuerte.

—Esto es demasiado, demasiado —protestó Le Mesurier—. Está usted loco —dijo.

—Es posible —dijo Voss.

—¿Y cuándo está previsto que salga esta expedición suya?

Todo aquello era ridículo, y se esforzó por que sonara así.

—Dentro de un mes. O de dos. Todavía no está decidido —dijo la voz de Voss a través de la oscuridad.

Parecía que el alemán ya había perdido el interés, que incluso se sentía hastiado por lo que había conseguido.

—Está bien —dijo Le Mesurier—. ¿Por qué no? Al menos, voy a pensarlo. ¿Qué puedo perder?

—Usted está en posición de responder a esa pregunta mejor que yo —replicó Voss.

Aunque, sospechaba, conocía al joven lo suficientemente bien.

Aquel momento de realidad se desvaneció y echaron a andar sobre la oscura hierba, produciendo sonidos relajantes con cada paso. Los dos hombres se sentían ligeramente cansados. El alemán se puso a pensar en el mundo material que su egoísmo lo había llevado a rechazar. En ese mundo, hombres y mujeres se sentaban a una mesa redonda y compartían el pan. A veces, tenía que admitirlo, sentía un hambre insoportable. Por su parte, el joven Frank Le Mesurier estaba conmovido por la inmensidad de la noche, y contrariado por aquellas luces que se iban acercando y que revelarían la materia humana, particularmente la suya.

El tiempo fue pasando y, como era de esperar, recuperó su disfraz de cinismo; con él iba vestido la noche en que subió las escaleras de la casa de Voss y lo encontró en su habitación acompañado de ese chico miserable, Harry Robarts, que estaba matando moscas en el alféizar de la ventana. Harry alzó la vista. Entre otros muchos motivos, desconfiaba del señor Le Mesurier porque no era capaz de entender lo que decía.

—Ah, Frank —dijo Voss, que por una vez se permitió hacer gala de su poder, optando por no levantar la vista de su escritorio—. Parece que desde que se ha decidido usted a acompañarme teme que le dé esquinazo.

—No voy a tener tanta suerte —dijo Le Mesurier; y en cierto modo lo pensaba, porque siempre estaba a medio camino entre el sí y el no.

Voss se rio.

—Debería hablar un rato con Harry —dijo.

Y, con cierta ceremonia, eligió una pluma y una enorme hoja de papel en blanco para escribirle una carta a un comerciante. Le gustaba sentir que otras personas esperaban a que terminara de cumplir con sus obligaciones.

—Y, bien, Harry, ¿de qué quieres que hablemos?

Cuando se dirigía a Harry, o a cualquier jovencito o chiquillo, la oscura boca de Le Mesurier adoptaba conscientemente un gesto irónico. Como medida de protección. Sentía que los jóvenes podían leerle el pensamiento. Y aquel idiota no era una excepción.

—¡Eh, chico! —le dijo al muchacho, tensando el cuello de un modo peculiar.

—No sé —dijo Harry con tristeza, al tiempo que aplastaba una mosca con el dedo índice.

—Nunca me ayudas, Harry —suspiró Le Mesurier, sentándose y estirando sus esbeltas piernas—, y deberíamos apoyarnos el uno al otro. Somos los pecios más prometedores de las antípodas.

—Usted nunca ha significado nada para mí —dijo Harry.

—Al menos eres franco.

—Y yo no soy un pecio, sea lo que sea eso.

—Y, entonces, ¿qué eres? —le preguntó Le Mesurier, aunque ya se había cansado.

—No sé lo que soy —dijo Harry, y levantó la mirada hacia Voss en busca de auxilio.

Pero el alemán estaba releyendo su carta. Era imposible saber si había escuchado la conversación.

Al no estar seguro de si podía contar con la ayuda de su patrón, Harry Robarts se sintió aún más desdichado. Multitud de pensamientos opacos y perturbadores empezaron a irrumpir en su mente despejada. ¿Qué soy? ¿Qué necesito ser? Sus pesadas botas se habían convertido en una carga desoladora, y de repente su tosca chaqueta despedía un olor animal. No era nada salvo cuando estaba cerca del señor Voss, pero en aquel momento se le estaba negando aquella cercanía. En cierta ocasión, había abierto el armario de su patrón y había tocado las prendas que colgaban de las perchas; incluso había introducido la nariz entre los oscuros pliegues de la ropa, solo para sentirse seguro. Pero aquello era cosa del pasado. Ahora se enfrentaba al aterrador problema que le había planteado el señor Le Mesurier: saber qué era él.

—Es posible que seas más listo de lo que crees —susurró su enemigo, acariciándose la mejilla.

Su rostro, casi del mismo color que un pomelo bañado por la luz de la tarde, mostraba unas pocas arrugas incipientes y varios cortes en aquellos puntos de difícil acceso por los que había pasado la navaja. Oh, Dios mío, ¿por qué había venido? Su propia piel le parecía repugnante. El joven recordó un almiar sobre el que se había tumbado siendo niño, y el olor de la leche, o de la inocencia. Al reconocer esa misma inocencia en los inofensivos ojos de Harry Robarts, se sintió contrariado, como si se tratara de un refugio al que tal vez no pudiera regresar jamás.

Ahora él también sentía que debía apoyarse en el alemán. Pero este no dejaba de leer y releer su maldita carta mientras se mordía las uñas, aunque no demasiado, eso hay que admitirlo; tal vez solo una uña en particular. Frank Le Mesurier, que era quisquilloso en algunos aspectos, detestaba ese vicio, pero continuó

observando y esperando, porque no se encontraba en disposición de protestar.

—Harry, necesito que le entregues esta carta al señor O'Halloran, el guarnicionero que vive en George Street. No hace falta que sea ahora, puede esperar a mañana por la mañana —dijo Voss.

¿Y qué sabía él? En cualquier caso, no era proclive a airear las debilidades de los demás a menos que pudiera sacar algún provecho de ellas.

—Les complacerá saber que he recibido buenas noticias —anunció.

Su tono de voz sonó casi pizpireto, como si lo hubiera aprendido en un idioma extranjero, de alguna viejecita vivaracha que tuteara a los hombres. El hecho de que habitualmente no se expresara así hizo que la situación cobrara aún más importancia.

Los ojos de Harry Robarts se movían desesperados por la habitación, buscando algo que les diera alguna pista para ayudarlo a comprender la situación. Habría querido tocar la piel de su salvador. Había tocado a Voss en una o dos ocasiones, pero él ni siquiera se había percatado.

—No me puedo creer que esta expedición infernal vaya a materializarse de verdad —gruñó Le Mesurier.

Ahora que había vuelto al presente, todo le resultaba indiferente. Sus largas piernas, estiradas hacia delante, se mostraban insolentes.

—En menos de dos semanas estaremos a bordo del *Osprey* —dijo Voss—. Los cinco. Y pondremos rumbo a Newcastle, con las provisiones básicas. Desde allí viajaremos a Rhine Towers, la propiedad del señor Sanderson.

Para leer y escribir, el alemán se ponía unas gafas muy elegantes.

—¿Los cinco? —preguntó Le Mesurier, un poco alterado—. Está Palfreyman, claro; pero… ¡ah, sí! Me olvidaba de Turner.

—Turner llegará muy pronto, si todo va según lo previsto.

—Y dispondremos de caballos, como usted dijo, ¿verdad? —preguntó Harry Robarts.

—O de mulas —dijo Voss.

—O de mulas.

—Aunque espero que tengamos un caballo por cada hombre y mulas para transportar la carga. De eso se encargarán el señor Sanderson y el señor Boyle, que se encuentra en Jildra.

Había muchas cosas de las que se encargaban otras personas, pero se trataba de asuntos prácticos de poca relevancia. Así que, a menudo, engañaba a sus amigos. Y en aquella habitación, sumida en una penumbra cada vez mayor, un hombre y un chico seguían esperando apoyo moral. En lugar de ofrecérselo, optó por utilizar frases alegres que no eran suyas. Sus mejillas cetrinas incluso se habían vuelto rosadas, como si se hubieran puesto un disfraz. Pero acabaré convirtiéndome en su guía, reflexionó, porque así quedará justificada mi existencia. *Justificar* era una palabra casi superflua, pero la ocasión tampoco requería nada más. La inspiración solo se presenta de modo intermitente para vestir las circunstancias; no se almacena en un barril, como arenques en salazón, para ser suministrada a gusto del consumidor. Al mirarse en el espejo confuso de la habitación en penumbra, no le sorprendió ver que su rostro parecía haber ganado en importancia respecto a todo lo demás; casi se había olvidado de aquellos dos discípulos tan opuestos. Efectivamente, eran incompatibles; lo único que tenían en común era el hecho de necesitarlo desesperadamente.

En ese momento, la vieja ama de llaves de Topp llegó jadeando hasta el rellano superior, cargando con un plato de deliciosas mollejas para su inquilino y un vaso de vino que, como este sabía, tendría cierto regusto a corcho.

—Pero ¿qué hacen ahí sentados casi a oscuras? —exclamó la señora Thompson, con el tono que reservaba para los niños y el sexo opuesto.

Entonces encendió un par de velas y las colocó en la inestable mesita de cedro sobre la que el alemán había depositado la bandeja. La luz no tardó en bañar la habitación.

Voss empezó a comer. Ofrecerles algo a sus subordinados era impensable. Aquella caprichosa luz los hacía parecer tan lejanos que podrían relamerse sin ningún tipo de vergüenza mientras observaban las migajas que se le caían de la boca.

—Están buenas, ¿eh? —preguntó la señora Thompson, buscando el elogio de su caballero.

—Exquisitas —dijo el alemán mecánicamente.

En realidad, no se había parado a pensarlo. Cuanto menos tardara en comer, mejor. Pero se ganó a la buena mujer con su respuesta.

Desde luego, es un cerdo glotón, pensó Frank Le Mesurier. Un cerdo alemán. Y se sorprendió a sí mismo.

—Debería usted comer más despacio —dijo la mujer—. Una dama me dijo una vez que hay que masticar cada bocado treinta y siete veces.

Era un hombre muy apuesto.

—Tiene que coger fuerzas.

De rostro enjuto, con venas muy marcadas en la frente. La mujer se acordó de todos los enfermos a los que había cuidado en su vida, especialmente de su marido, a quien se lo había llevado la tisis al poco de llegar a aquellas tierras, y suspiró.

Topp entró en la habitación llevando consigo una botella y varios vasos, pues sabía que Voss nunca ofrecía nada a sus invitados. El maestro de música no lo culpaba. Los grandes hombres estaban exentos de los deberes triviales, y si bien el alemán no era un gran hombre, su patrón lo tenía por tal. En cierta ocasión, el propio Topp había compuesto una sonata para flauta y piano. Sin embargo, nunca se había atrevido a confesar que era el autor de aquella obra y siempre que la presentaba ante sus alumnos decía: «He aquí una piececita que podríamos tocar».

Por lo general, Topp era un hombre modesto, aunque aquella noche también se sentía melancólico.

—Son los vientos del sur, que después de un día de calor tan sofocante se le meten a uno en los huesos —dijo.

La señora Thompson se disponía a dar más detalles sobre los inconvenientes del clima de la Colonia cuando oyó que una conocida la llamaba desde la calle.

—Si no es un viento, es otro. ¡Ay, Dios! ¡Es terrible! Aunque cuando no hace viento, todavía es peor. Este lugar es de lo más impredecible —fue todo lo que alcanzó a decir.

Voss se había reclinado en su asiento y se estaba limpiando los restos de carne con un palillo. También eructó, como si se encontrara a solas con sus pensamientos.

—Pocas veces me tropiezo con un hombre —dijo— que no crea que este país acabará destruyéndolo, en lugar de pensar que hará de esta tierra lo que él desea.

—Este no es mi país —declaró Topp, sirviendo el vino—, salvo por el desafortunado accidente de encontrarme aquí.

Se agitó tanto al pronunciar aquellas palabras que derramó el vino.

—Para serle franco, tampoco es el mío —dijo Le Mesurier—. Todo esto me parece una broma pesada.

—Yo vine aquí por idealismo —dijo Topp, enfebrecido—, y por la creencia errónea de que podría traer la belleza a las mentes bárbaras. Pero aquí hasta las familias de clase alta, o las que pasan por tales, han sucumbido al estupor del cordero.

—No sé qué tiene de malo este país —se atrevió a decir Harry Robarts—, ni tampoco llenarse el estómago. El mío lleva lleno desde el día en que llegué, y no tengo queja alguna.

Entonces perdió el valor que había conseguido reunir y se bebió el líquido púrpura de un solo trago.

—A Harry todo le parece bien —dijo Le Mesurier—, porque mira con los ojos del estómago.

—Con eso me basta —respondió el chico, malhumorado.

Algún día encontraría el valor para matar a aquel hombre.

—Y también a mí, Harry —dijo Voss—. Hasta me atrevería a llamarlo mi país, aunque sea extranjero —añadió, haciendo gala de esa costumbre que tienen los seres humanos de salir en defensa de aquello que repudian—. Y aunque todavía conozca muy poco de él.

Por mucho que despreciara la humildad, los demás esperaban que fuera una de sus cualidades.

—Bien por usted —dijo Topp con un suspiro, aunque el vino ya lo había puesto de mejor humor.

—Ya ves, Harry —dijo Le Mesurier—; aquí hay un hombre que comparte tu entusiasmo por abrazar hasta la última iguana.

—No lo atormente usted, Frank —dijo Voss, no porque le pareciera cruel martirizar a animalillos bobos, sino porque quería disfrutar del protagonismo en exclusiva.

Harry Robarts llegó a enjugarse los ojos, agradecido. Como todos los que están enamorados, estaba dispuesto a malinterpretar lo que hiciera falta en nombre del amor.

En cuanto a Voss, seguía enfrascado en el futuro, una empresa en la que no esperaba mucho del amor, puesto que todo lo que es tierno y dúctil se daña con facilidad. Las formas minerales, sin embargo, sí constituían una fuente inagotable de asombro; el feldespato, por ejemplo, era soberbio, y su nombre hacía justicia a su naturaleza, hermosa y resistente. Si alguna tierra llegara a llevar su nombre algún día, y su cuerpo tuviera que yacer irrevocablemente bajo aquel suelo que él había bautizado, preferiría que se tratara de algún lugar desierto, de una abstracción perfecta que en la posteridad no despertara ningún sentimiento de ternura. No necesitaba que lo admirasen, igual que no necesitaba que lo amasen. Se sentía completo.

El líder miró a sus subordinados y se preguntó si serían conscientes de ello.

En aquel momento, oyó que un cuerpo no identificado trastabillaba en su ascenso por las empinadas escaleras de la casa. Tropezó, llamando la atención de todos, y después abrió de golpe la puerta de la habitación. Las velas estuvieron a punto de apagarse.

—Es Turner —dijo Voss—. Y está borracho.

—No estoy lo que podría decirse sobrio —admitió el individuo en cuestión—, pero tampoco lo que se dice borracho. Lo que me ha mareado un poco ha sido la corteza fibrosa de esos eucaliptos. Esa cosa le roe a uno las tripas.

—Y, entonces, ¿por qué la come? —replicó el alemán.

—Porque la naturaleza siempre saca lo mejor de un hombre —dijo Turner con pesimismo, dejándose caer sobre una silla.

Se trataba de un individuo alto y delgado, de carácter huraño. Además, estaba un poco bizco, probablemente porque siempre andaba mirando de reojo a los demás, aunque se esforzaba por disimularlo; y también era fuerte, aunque presentaba un aspecto más bien lamentable. Llevaba dos meses trabajando en la fábrica de ladrillos y casi siempre tenía la piel y la ropa cubiertas de polvo.

—Tenía una noticia que darle —le dijo Voss—, aunque supongo que no le interesará.

Entonces, Turner exclamó:

—No pretenderá usted echarme por culpa de mi carácter, ¿verdad? ¡Nadie es responsable de su forma de ser! Eso lo sabe cualquiera.

—Si lo contrato, será precisamente porque su carácter no encontrará ningún estímulo allá donde vamos.

Y porque siento un interés morboso por las almas destrozadas, pensó Voss. Aun así, el Turner sobrio poseía un ingenio instintivo que le permitía conseguir cualquier cosa que se propusiera. Y un hombre de ingenio puede ser muy útil siempre y cuando no se aproveche de uno primero.

—Por favor, señor Voss —suplicó Turner, borracho—. Me partiré la espalda. Haré los trabajos más duros. Comeré hierba si es preciso.

—Es evidente que se trata de otro converso —dijo Frank Le Mesurier, poniéndose en pie.

Le Mesurier era implacable cuando algo le causaba aversión física, así que no le habría importado ponerle la mano encima a Turner. Sin embargo, no tenía ninguna prisa; era más que probable que, cabalgando a través de la hierba alta y amarilla, sus estribos se engancharan buscando intimidad, o que, echados sobre la tierra y cubiertos de hormigas, bregando con sueños similares bajo las estrellas, sus cuerpos rodaran y acabaran rozándose.

¿Acaso este alemán es un filántropo? No pretenderá contratar a este hombre… ¿O es que está loco?, pensó.

Pero Voss no le dio ninguna pista que lo ayudara a decidirse por una u otra opción.

—Señor Topp —estaba diciendo el alemán—, si yo dominara el arte de la música, me habría impuesto a mí mismo la tarea de componer una pieza en la que cada instrumento representara una característica moral de los seres humanos en conflicto.

—Yo preferiría sugerir lo sublime de la perfección —dijo el ingenuo maestro de música—, con ráfagas envolventes de puro sonido.

—Pero, para comprender la perfección, antes tendría que encontrarla; y eso es imposible. Además, si lo consiguiera, resultaría monótona, por no decir monstruosa.

Turner, que sostenía su perpleja cabeza entre las manos, formando una especie de cesta con sus dedos, exclamó:

—¡Que Dios nos proteja!

Entonces recordó algo y le dedicó una mirada intencionadamente maliciosa a Le Mesurier, que ya estaba a punto de marcharse.

—Conque converso, ¿eh? —dijo, irritado—. Pues usted, y yo sé lo que me digo, no es ningún santo. Si las paredes hablasen… Lo he visto por ahí hecho un asco, y precisamente no con su chaleco de los domingos. Manoseando a mujerzuelas entre los arbustos y predicando ante su público que había hecho un trato con un loco, según usted mismo admitió, para hacer un viaje de ida y vuelta al infierno.

Entonces, Turner se echó a reír, haciéndole innumerables guiños al chico, que lo escuchaba sin pestañear.

—Si era yo, estaba borracho y por lo tanto no recuerdo nada. Salvo el hecho de que me emborraché —dijo Le Mesurier, echando la cabeza hacia atrás.

—Parece que no somos los únicos pecadores, ¿eh, hijo? —farfulló Turner, guiñando otra vez el ojo.

Sentía la necesidad de arrastrar al jovencito a su bando. Dos siempre son mejor que uno.

—Estoy dispuesto a admitir que me he emborrachado —dijo Le Mesurier.

—Es cierto —dijo el taciturno muchacho; ahora que había aprendido las reglas del juego, se permitió el lujo de tomar partido.

—Hay veces en las que uno necesita mojarse el gaznate —dijo Le Mesurier frunciendo el ceño.

—¡Ajá! —exclamó Turner—. ¡Eso dígaselo a los gusanos, que saben mucho de humedades!

—Pero tendrá que admitir, Turner, que hay sequías que un gusano no experimenta jamás, pues no corre ese

riesgo cuando tiene la roma cabecita bajo tierra. Su existencia es feliz, simple y plácida. Lo peor que puede pasarle es que salga a la superficie y que lo pisen.

—Es usted un caballero —dijo Turner, que había prestado atención a todas y cada una de sus palabras— y no comprendo del todo lo que dice. Pero tengo mis sospechas.

Le Mesurier se rio en sus narices.

—Eso va a costarle caro —dijo Turner.

Se puso en pie y Harry Robarts, que se consideraba su amigo desde hacía unos segundos, lo imitó. En aquel momento solo se escuchaban sus pesadas respiraciones; parecía que lo único que existía en el mundo era aquella atmósfera apasionada que había inundado la habitación.

Entonces, Voss intervino.

—No me interesan las desavenencias personales —dijo—; quién es un borracho, quién está loco, quién es desleal. Todo eso es irrelevante. Lo que realmente me preocupa es la estupidez que demuestro al empeñarme en realizar esta empresa, pues insisto en seguir golpeándome contra la oscuridad de la tierra, como un gusano, Frank, una vez que una idea se me ha metido en la cabeza. Ustedes, Turner, Frank, son parte de esta extraña, al parecer inconcebible, idea. Me angustia no poder desistir, considerando todas las dificultades que conlleva. Pero lo cierto es que no puedo. Ahora, por favor, váyanse, salgan de esta habitación que, les recuerdo, es la mía. Y no olviden que la calle es propiedad de todos los habitantes de esta ciudad. Cuando volvamos a reunirnos, confío en que habrán aprendido a aceptar los defectos de los demás, porque vamos a pasar mucho tiempo juntos.

Después, nadie recordaría haber visto su rostro. No obstante, sí recordarían sus palabras, que quedarían grabadas para la posteridad, y también que le había dado una patadita a un pedazo de barro seco que había sobre la alfombra, haciendo que saliera disparado y se estrellara contra el revestimiento de madera.

Cuando todos se hubieron marchado, incluso el pobre Topp, que gustosamente se habría quedado con la esperanza de que el vino llevara la charla por los derroteros de la filosofía, Voss se fue al dormitorio, se desnudó rápidamente y, sin pensarlo dos veces, se tumbó en la cama, muy tieso, tal y como era su costumbre. No tardó en sumirse en un profundo sueño. En realidad, era imposible que alguien pudiera desbaratar su Idea, por mucho que lo intentaran. Algunos vomitaban palabras de repulsa. Otros escupían sus almas resecas en forma de bolitas regurgitadas. Todo era en vano. Sus pies, que adoraban el terciopelo, habían empezado a rendir culto a la arena, aquella de la que emergía la Idea como si se tratara de un monolito de granito hasta entonces inaccesible. Salvo para Palfreyman, ¿verdad? No podía distinguir su rostro, pero su presencia impregnaba todo el sueño. Y ahora Voss se agitaba en su rígido lecho. La noche era húmeda. Sus manos trataban de liberar su cuerpo del sudor que lo aprisionaba.

La mañana siguiente, y las sucesivas, que fueron brillantes y luminosas, aunque también más violentas a causa del polvo rojo que inundaba las calles con salvas de grava, Voss fue de acá para allá tocado con su sombrero de calle alto y negro. Se decidió por las albardas del señor O'Halloran. Negoció con el señor Pierce la compra de un sextante de ocho pulgadas, brújulas prismáticas, barómetros, termómetros y otros instrumentos. Estaba previsto que se enviara harina suficiente para dos años al buque, directamente desde el molino de Barden.

El jueves, tal y como rezaba la breve anotación que había hecho en su diario, «Entrevista con Palfreyman», Voss se reunió con el ornitólogo, que había llegado a la ciudad procedente de Parramatta, donde había pasado una temporada en casa de un amigo, recuperándose de cierta dolencia.

Palfreyman y Voss estuvieron paseando por los Jardines Botánicos ora charlando ora en silencio, acostumbrándose poco a poco el uno al otro e intercambiando impresiones sobre cuestiones que surgirían como consecuencia de una asociación que duraría muchos meses.

Palfreyman era más bajo que Voss, pero la franca simplicidad de su expresión lo elevaba a la altura de los demás. Su rostro, que generalmente era de ese tono entre pardo y amarillento que las pieles blancas adquieren cuando las quema el sol, estaba demacrado debido a la reciente convalecencia, y tenía un matiz más bien verdoso; sus rasgos parecían desdibujados. Los ojos, de color gris claro, miraban abiertamente desde sus profundas cuencas, protegidos por unos párpados oscuros. No llevaba bigote, pero la parte inferior de su rostro estaba cubierta por una barba de color castaño oscuro. Iba vestido con elegancia, aunque sin presunción, en distintos tonos de gris; en contraste, el abrigo grueso y los ceñidos pantalones negros del alemán despedían un aire de enorme abandono. De hecho, Voss se sentía avergonzado, y, mientras caminaban, se sacudió el polvo de las mangas y se ajustó ligeramente el nudo de la corbata varias veces.

—¿Cree que ya está en condiciones de emprender este viaje, señor Palfreyman? —preguntó, al tiempo que fruncía el ceño por algo que acababa de venirle a la mente.

—Me encuentro perfectamente.

Como la mañana era muy luminosa y caminaban de cara al sol, el inglés adoptaba a menudo una expresión de sorpresa, como si la luz fuera demasiado brillante.

—La mujer y las hijas de mi amigo Strang me han alimentado a base de huevos y crema durante no sé cuántas semanas. Sufrí un accidente desafortunado, pero al final todo quedó en una leve torsión de espalda provocada por la caída del caballo. Confieso que al principio me asusté. Siempre me ha obsesionado el temor de quedar incapacitado de manera permanente por un accidente de esas características. Pero aquí estoy, completamente restablecido.

Voss, cegado por la luz, dibujó en su rostro una mueca que parecía una sonrisa, aunque en realidad solo había tensado la piel alrededor de la boca. Luego hizo unos ruiditos rápidos, como chasquidos, para darle a Palfreyman la impresión de que lo estaba escuchando.

—Además —continuó el ornitólogo, con su voz suave—, puede que pase mucho tiempo hasta que reciba otra invitación para unirme a una expedición como esta. Se trata de una gran oportunidad, y creo que Su Señoría no querría que la dejara escapar.

El señor Palfreyman trabajaba para un lord inglés, una petulante reliquia de un reinado ya pasado, que coleccionaba todo tipo de cosas, desde piedras preciosas e instrumentos musicales a pájaros y tigres disecados. En su casa palladiana, Su Señoría raramente contemplaba sus posesiones, aunque, en ocasiones, llevado por un impulso repentino, abría un cajón durante un segundo, para admirar un nido repleto de huevos vacíos o para impresionar a una amante con una rama repleta de colibríes sujetos por alambres. Pero su verdadera pasión consistía en coleccionar, en poseer. Hasta que se cansaba de todos aquellos objetos sin vida, momento en el que se empaquetaban y se donaban a la nación.

El señor Palfreyman había viajado hasta Nueva Gales del Sur para satisfacer los deseos de aquel lord. Si bien el motivo de su misión era bastante caprichoso, su integridad profesional no le permitía admitirlo. Él era un científico. La dedicación a la ciencia habría constituido su único consuelo, de no ser por su inquebrantable fe en Dios. Así, su naturaleza confiada había tendido un puente con la excusa del culto a la utilidad, para que, a pesar de la distancia que las separaba, las dos orillas de su vida estuvieran unidas y no se percibiese la fuerte corriente que fluía entre ellas.

En aquel momento, el señor Voss y el señor Palfreyman, a los que la conversación había llevado por distintos derroteros, se encontraban sobre un puente de verdad, pequeño y rústico, en los Jardines Botánicos. Las circunstancias los unían, les gustara o no.

El señor Voss le estaba respondiendo:

—No tengo ninguna duda, señor Palfreyman, de que tendrá usted numerosas oportunidades de perseguir los intereses de su benefactor en la tierra virgen que se encuentra al oeste de Darling Downs. Únicamente estaba considerando la cuestión de su salud.

Los dos estaban apoyados de un modo bastante grotesco en el feo puente ornamental. Miraban hacia abajo, aunque no veían lo que había allí (que, por cierto, se trataba de un revoltijo de nenúfares muertos).

—Mi salud —dijo Palfreyman— siempre ha sido razonablemente buena.

—Por lo que veo, tiene usted una voluntad de hierro —dijo Voss, riéndose.

Por algún motivo, quería deshacerse de Palfreyman; él le respondió:

—No se trata de *mi* voluntad, señor Voss, sino de la voluntad de Dios, que me ha elegido para llevar a cabo ciertas empresas.

Voss encogió el hombro para protegerse de algo molesto y luego recuperó su estatura normal. Palfreyman, a su lado, era más bajo, pero mostraba una convicción verdaderamente firme y mantenía los ojos grises fijos en algún punto más allá de los nenúfares muertos.

—Al señor Bonner le gustará su espíritu —dijo Voss—; opina que los granujas que he reunido no aportan el decoro necesario a la expedición. Como la mayoría de los caballeros bien asentados en su materialismo, el señor Bonner apela a la moral.

Al alemán le habría gustado hacer algún otro comentario ingenioso, pero no se le ocurrió ninguno. Hasta su risa sonó poco natural, en contraste con el ruido que hacían las dos o tres palmeras a su espalda.

—Mire —dijo Palfreyman, señalando una clase de mosca transparente que se había posado en la baranda del puente.

Al parecer, se había quedado fascinado con el insecto, que resplandecía con todos los colores del arcoíris, y apenas había prestado atención a las palabras de Voss.

El alemán estaba contento, pero no lo suficiente. Le habría gustado sentirse completamente seguro, no porque sospechara que su coraza tenía alguna fisura, sino porque, al parecer, no era capaz de minar la fortaleza de su interlocutor. Por supuesto, aquello le resultaba de lo más desagradable.

Pero la desazón solo duró unos segundos. Palfreyman seguía embelesado, señalando con un dedo tieso al

insecto, que evidentemente era lo único que le interesaba.

Poco después la mosca emprendió el vuelo, los dos hombres entablaron otra conversación de naturaleza práctica y acordaron que Voss llevaría a Palfreyman a ver al señor Bonner al día siguiente.

—Es un hombre excelente —dijo Voss—. Generoso y confiado. El benefactor por excelencia.

Palfreyman se limitó a sonreír, y Voss tuvo la impresión de que la sombra de su enfermedad se había asomado a su rostro verdoso, amplio y contemplativo.

—Ahora, querido amigo, cuídese; esta ciudad está llena de peligros inesperados —le dijo Voss, con amabilidad, cuando se despidieron bajo el sol a la entrada de los jardines.

Podía ser muy amable, y quería desesperadamente serlo aún más. Sonrió de un modo encantador, a pesar de sus dientes torcidos, y colocó la mano sobre el brazo de su colega en un alarde de compañerismo que no era habitual en él.

Después, se separaron. Palfreyman, que con frecuencia se sentía feliz en este mundo insustancial, echó a andar con la lentitud del que está ocioso. Voss, en cambio, tenía asuntos de los que ocuparse y aceleró el paso; el viento sacudió las perneras de sus pantalones.

Durante los días posteriores, el alemán dedicó cierto tiempo a pensar casi subrepticiamente en la voluntad de Dios. Tenía la impresión de que, en su conjunto, alimentarse de la fe era cosa de mujeres, igual que la colada y la repostería. Como la sobrina de los Bonner, recordó, una joven formal y probablemente elitista que con toda seguridad vivía su fe de acuerdo a los patrones femeninos. Con una elegancia más fría que la mayoría, quizá. También había hombres que adoptaban una actitud humilde sin sentir vergüenza. Cabía la posibilidad de que, al entregarse al altruismo, experimentaran una especie de trance voluptuoso. En ocasiones, Voss sentía cierta amargura por no haber experimentado determinadas cosas, incluso aunque estuviera orgulloso de ello. Cómo se fusionan con su concepción de Dios, pensó, casi con disgusto. Esos hombres eran femeninos. Pero, aun así, recordó con nostalgia los ojos de Palfreyman y también los del viejo Müller, con los que siempre mantendría las distancias, de los que siempre permanecería apartado.

Y siguió pensando en todo aquello, mientras el gran día se iba acercando.

En varias ocasiones se acordó del viejo hermano Müller. No hacía mucho, Voss se había hospedado durante unos días en la misión morava que había cerca de Moreton Bay. Era la época de la cosecha. Los colores de la paz, aunque efímeros, inundaban los campos cubiertos de rastrojos. Era un paisaje típico: las casitas bajas y encaladas de los hermanos laicos; las siluetas esbeltas y fuertes de los árboles grisáceos; las figuras pequeñas y rígidas de los niños quemados por el sol. Todos estaban en los campos, trabajando en la cosecha. Varias mujeres habían cogido rastrillos y horcas y se dedicaban a amontonar el heno o a colocarlo sobre las carretas, que luego se llevaban sus maridos. Hasta los dos viejos clérigos se habían sumado al grupo, cambiando su negro habitual por una especie de guardapolvo de un gris muy plácido. Así que todos estaban trabajando.

La figura del hermano Müller, que era el fundador del asentamiento, destacaba entre las demás. En realidad, la paz y la bondad que parecían reinar en aquella escena terrenal, las luces y las sombras y la abundancia del heno fragante y lánguido podrían haber emanado del alma del viejo quietista.

—Deje que le ayude —exclamó Voss, que, hasta aquel momento, de hecho, había dedicado todos los días de su estancia a deambular sin descanso, mordisqueando pajuelas y recogiendo hojas, siempre cargando con un libro que no le importaba lo más mínimo.

Nadie había cuestionado su desinterés por el trabajo, pero el huésped empezó a quitarse la incómoda ropa que llevaba puesta —es decir, dejó a un lado su roñoso abrigo, se aflojó el cuello de la áspera camisa, se recogió las mangas sobre los brazos fornidos— e, inmediatamente, se puso a rastrillar con frenesí junto al hermano Müller. Una de las mujeres que estaba echando el forraje en las carretas se rio al ver el celo que mostraba aquel extranjero, pero todos los demás lo aceptaron de buen grado, dando por sentado que incluso las acciones aparentemente erróneas obedecen a alguna necesidad en el plan divino.

Entonces, Voss, que había pasado varias noches debatiendo y especulando con el viejo clérigo mientras tomaban sendos vasos de leche de cabra endulzados con miel, exclamó en el punto álgido de su actividad:

—¡Empiezo a advertir pruebas de su existencia, hermano Müller! Puedo sentir la forma de la tierra.

Y se quedó allí de pie, jadeando, con las piernas muy abiertas, de tal modo que parecía que la tierra hubiera acentuado su forma esférica y estuviera girando bajo sus pies.

Pero el viejo continuó rastrillando el heno, parpadeando como si se le hubiera metido algo en el ojo o fuera estúpido.

Entonces, generosamente, Voss dijo:

—No piense, hermano, que porque hayamos discutido todas estas noches y en alguna ocasión lo haya pillado, siempre amistosamente, en algún renuncio quiero restarle valor a Dios.

Voss se rio afectuosamente; su piel bronceada le daba un aspecto apuesto y afable, y, además, estaba

sentado a horcajadas sobre el mundo.

—*Ach!* —suspiró el anciano. Cualquiera habría creído que recoger heno era su vocación.

Después se apoyó sobre el rastrillo. El sol dibujaba una aureola a su espalda.

—Señor Voss —dijo, sin intención alguna de criticarlo—, usted desprecia a Dios porque Él no está hecho a su imagen y semejanza.

Así que Voss caminó aún más rápido por las calles de Sídney durante aquellos días que precedieron a la salida de la gran expedición, de la que ya todo el mundo hablaba. Los hombres de negocios le pasaban el brazo por los hombros como si pretendieran apropiarse de alguna parte de él o hacerlo partícipe de alguna valiosa información. Las jóvenes damas que paseaban con sus criadas o sus tías fijaban la vista en los bajos de sus faldas cuando se cruzaban con él, pero enseguida les decían a sus acompañantes menos observadoras:

—Ese era el señor Voss, el explorador.

En consecuencia, el explorador sentía que la ciudad entera, revestida de varias capas de un espléndido barniz, brillaba por él.

3

Poco tiempo después, Rose Portion, la criada de los Bonner, cayó enferma de forma inesperada. Una tarde, justo después de que la señora Bonner y las jovencitas hubieran terminado su almuerzo a base de jamón frío con pepinillos, pan blanco y un poco de dulce de membrillo, algo ligero, pues esa misma tarde los Pringle habían organizado un pícnic, Rose se desplomó. Ataviada con aquel vestido marrón, habría pasado por un saco bien lleno de no haber sido porque no dejaba de temblar y gemir. Incluso tenía arcadas, aunque no llegó a vomitar. La señora Bonner, que era una chica de Norfolk, no pudo evitar pensar en las vacas que, durante las largas noches de invierno, solían caerse en las zanjas; las pobres se quedaban allí, gimiendo monótonamente a lo lejos, sin que nadie hiciera nada por ellas.

Pero ahora era Rose la que estaba tendida en el suelo, con la mitad del cuerpo en el comedor y la otra mitad en el pasillo que llevaba hasta la despensa, y sí que harían algo por Rose, y lo harían inmediatamente.

—¡Rose, querida! ¡Rose! —exclamaron las jovencitas, al tiempo que brincaban a su alrededor, se arrodillaban y le daban golpecitos en el dorso de las manos.

—Hay que quemar una pluma[2] —decidió la señora Bonner.

Pero la señorita Laura echó a correr y volvió con su frasco de sales verde oscuro; se lo había regalado una muchacha llamada Chattie Wilson, con quien tenía la costumbre de intercambiar regalos.

Después, justo antes de que aquel olor penetrante y frío consiguiera lacerar el cerebro de Rose, esta se puso repentinamente en pie, gimiendo y llorando. Se apretaba los puños y no dejaba de temblar.

—Rose, querida, por lo que más quieras, dinos que ya estás bien —le imploró Belle, asustada, pues era la clase de persona que se echaba a llorar si iba por la calle y veía a una persona con aspecto apenado—. ¡Basta ya, Rose!

Pero, en realidad, Rose no estaba llorando; más bien balbuceaba como un animal mientras se mordía el labio leporino.

—Rose —dijo por fin la tía Emmy, en un tono seco que no era habitual en ella—, Edith te ayudará a terminar lo que estabas haciendo. Después, quiero que te eches y descanses.

La tía Emmy parecía muy afligida, aunque puede que lo que la atormentara fuera el hecho de tener que recoger del suelo los pedazos de uno de los saleros de la carísima pareja de cristal de Waterford, y que Rose nunca debería haber sacado del aparador.

Entonces, Laura Trevelyan, que seguía de rodillas, comprendió el verdadero motivo de la angustia de su tía. Era horrible. Y Belle, que era joven, pero no tonta, también se dio cuenta enseguida. El instinto de las tres mujeres las condujo a la misma conclusión: Rose Portion, la criada expresidiaria, estaba esperando un hijo.

Rose había entrado a servir en casa de los Bonner solo después de haber sido puesta en libertad. El señor Bonner nunca habría empleado a una convicta; primero, por principios, y segundo —y sobre todo—, por temor a que le desapareciera alguna cosa. Si están en libertad, solía decir, existe la posibilidad de que sean inocentes; si no, hay que dar por sentado que son culpables.

Libre o no, para Rose no cambiaba nada. Al parecer, el destino le había impuesto unas cadenas que no por invisibles eran menos pesadas y terribles. Esto, sin embargo, no afectaba a su constitución. Incluso con grilletes, habría trabajado como una mula. Cuando el señor Bonner se puso a planificar el jardín de rocalla que después quedaría tan bonito, ella iba de un lado a otro sobre la arena, cargando con pesadas cestas de tierra y piedras, mientras Jack Slipper y el mozo no hacían más que quejarse, arrastrar los pies y pararse a descansar, hasta esfumarse misteriosamente. Rose no tenía la obligación de ejecutar trabajos pesados ni de quedarse despierta por las noches, pero lo hacía. Cuando las jovencitas acudían a bailes, veladas musicales o

recitales poéticos, cosa que ocurría a menudo, ella se quedaba despierta esperándolas, con la barbilla hundida en el pecho y las manos entrelazadas sobre el regazo. A su llegada, se levantaba sobresaltada, todavía adormilada, pero feliz de poder ayudar a las jóvenes a desvestirse. Siempre le cepillaba el pelo a la señorita Laura, incluso cuando esta no quería.

—Vete a dormir, Rose —decía la señorita Trevelyan—. Ya lo hago yo.

Pero Rose seguía cepillando, como si aquel fuera su deber sagrado, sin que su ama pudiera hacer nada al respecto.

Como era fea y nadie la quería, Rose Portion trataba de ganarse así a la gente. Pero Laura Trevelyan no sentía ningún cariño por su criada. Era amable con ella, por supuesto: le regalaba ropa que ya no usaba y se interesaba por su bienestar físico. Se esforzaba en sonreírle, y la criada se sentía muy agradecida por ello. La amabilidad de los demás hacía que quisiera expresar su gratitud con todo el cuerpo, pero era precisamente su cuerpo lo que les repelía.

Aquel también era el caso de Jack Slipper, «ese individuo», tal y como empezó a llamarlo el señor Bonner después de despedirlo. De procedencia desconocida, se ocupaba de tareas de lo más variopintas en casa de los Bonner, tales como fregar las cacerolas, sacudir las alfombras o trabajar en el jardín —aunque esto último le desagradaba enormemente—, e incluso, en una ocasión en que no quedaba más remedio, había llegado a conducir el coche ataviado con una librea improvisada, después de que Jim Prentice hubiera caído enfermo con bronquitis. Pero, independientemente de las tareas que se le encomendaran, Jack Slipper siempre encontraba tiempo para holgazanear en el patio, bajo los tranquilos pimenteros, mientras se rascaba los sobacos y mascaba una libra de tabaco en secreto. Así lo recordaba Laura, que en más de una ocasión lo había visto soltar un escupitajo reluciente sobre los laureles abrasados por el sol. El tipo solía subirse las mangas hasta los hombros para gozar de más libertad, dejando al descubierto unos brazos delgados y fuertes en los que las venas se marcaban con claridad. Cuando Laura se veía obligada a cruzar el patio, cosa que a veces ocurría, él siempre la saludaba, aunque con tanta insolencia y familiaridad que ella daba media vuelta en cuanto comprobaba que el hombre estaba allí, siempre vestido con aquella ropa mugrienta, llena de lamparones y salpicaduras. Jack Slipper terminó en el calabozo. El ron fue su ruina. Cuentan que la noche en que lo arrestaron se habría podido encender una fogata con su aliento. Y fue condenado. El señor Bonner lo visitó para decirle que tenía por costumbre no abandonar a sus empleados, pero que desaprobaba su conducta y que, de haber sido absuelto, lo habría despedido igualmente. El tipo se limitó a reírse. Se limpió la peluda nariz con el dorso de la mano y le respondió que, de todas maneras, tenía pensado marcharse.

Y ese fue el final de Jack.

Pero Rose y sus pechos, que se bamboleaban bajo el vestido marrón, se quedaron, y la aversión de Laura Trevelyan no disminuyó. Aquello era una fuente constante de inquietud, porque la criada la tocaba con frecuencia. Laura trataba de mantener los ojos apartados de ella, al igual que había hecho con Jack Slipper. Es por sus cuerpos, se decía con impotencia y asco, mientras se preguntaba qué diría su tía si conociera sus sentimientos. Estaba convencida de que los demás no tenían aquellas obsesiones. Voy a acabar con estas manías, decidía, y al mismo tiempo: ¿Seré una mojigata? Todos estos pensamientos la hacían tremendamente infeliz, pero nunca dejaba de reflexionar sobre cómo corregir su naturaleza.

Ahora que la calamidad había azotado a la pobre Rose, Laura Trevelyan se sintió más desdichada que nunca, e incapaz de reaccionar. Mientras tanto, la vida de la casa volvió a la normalidad: las demás criadas recogieron lo que quedaba en la mesa del comedor y las esquirlas del salero de Waterford que se habían esparcido por el suelo. Nadie reparó en ella. Como era experta en disimular sus emociones, solo una persona con un talento especial se habría dado cuenta de sus sentimientos.

Desde luego, no la tía Emmy; la angustiada mujer se llevó un bonito aunque inútil pañuelo a los labios temblorosos, y dijo, poniendo énfasis en cada palabra:

—Queridas, esto debe quedar entre nosotras. Gracias a Dios, el comedor no comunica directamente con la cocina, así que Cassie y Edith no tienen por qué sospechar nada. Habrá que informar al señor Bonner, por supuesto. Quizá a él se le ocurra alguna idea adecuada. Hasta entonces, ni una palabra.

—¡El pícnic de los Pringle, mamá! —dijo Belle, al oír que el reloj del abuelo daba la hora.

No había nada, por muy grave que fuera, de lo que Belle no pudiera reponerse de inmediato. Bendita juventud.

Su madre frunció el ceño, pensativa.

—Tienes razón, hija —dijo—. Si no vamos, la señora Pringle se ofenderá. Y el carruaje no estará listo hasta y media. Eso si el señor Prentice se despierta a tiempo. Rose —dijo—, dile a Edith que vaya donde Jim y que le recuerde que tiene que traer el coche. ¡Ay, Señor! Vamos a llegar tarde.

Laura Trevelyan se dirigió apresuradamente a su habitación para cambiarse de ropa, pensando en lo

tediosos que solían ser aquellos pícnics. Soplaba un viento que inclinaba los árboles y había convertido el jardín en un revoltijo de hojas verdes. Distraída, observó el espectáculo a través de la ventana mientras se ahuecaba una manga o se atusaba el pelo. Casi todos los días paseaba por el jardín, entre las camelias, que ya estaban muy crecidas, los arbustos informes y oscuros que predominaban en todos los jardines grandes y acogedores y las escamosas melaleucas del país. En un extremo había un grupo de bambúes que el capitán de un buque mercante había traído de la India para el señor Bonner. Aunque en un principio no se trataba más que de unas pocas raíces, los bambúes habían crecido hasta convertirse en un bosquecillo que impregnaba el aire de una suavidad embriagadora. Incluso en las noches más serenas se escuchaba con claridad el dulce coloquio que mantenían, a veces mezclado con el entrechocar de los rígidos mástiles o con voces humanas, las de aquellos paseantes que habían escalado el muro en busca de un refugio donde comer manitas de cerdo o hacer el amor. En cierta ocasión, Laura se había encontrado con una capota tirada al pie de los bambúes. Una muy vulgar. En otra ocasión, se había encontrado a Rose Portion. Soy yo, señorita, había dicho el bulto que resultó ser su criada; el ambiente de la casa era tan asfixiante que todo el mundo acababa escapando de allí. Un instante después, Rose ya estaba abriéndose camino por el bosquecillo de bambúes. A veces, la noche se llenaba de voces y de luces inexplicables. La tierra húmeda que había junto a las raíces de los bambúes amanecía aplastada, y se oían los murmullos perezosos y seguros de los hombres, así como las voces entrecortadas de las mujeres. La he asustado, señorita, le dijo una vez Jack Slipper, levantándose de dondequiera que hubiera estado tumbado, en la oscuridad. Estaba fumando. Aquello había alterado mucho a Laura.

Ahora, la joven se encontraba arreglándose el cabello frente al espejo. Estaba pálida, aunque hermosa, vestida de verde musgo. Si la tez de Laura fuera más sonrosada, sería una verdadera belleza, se decía la tía Emmy, y por eso le aconsejaba que siempre dejara caer su pañuelo al suelo antes de entrar en cualquier habitación, para que la sangre le subiera hasta las mejillas cuando se agachara para recogerlo.

—¡Laura! —gritó Belle—. Ya ha venido el coche. Mamá nos está esperando. Y ya sabes cómo se pone la señora Pringle.

Así que Laura Trevelyan cogió su chal. A su manera, era muy hermosa, y en aquel momento se ruborizó, quién sabe si por algo que le había venido a la mente, o por el viento que ahora agitaba los árboles incluso con más fuerza que antes. De las copas caían agujas que entraban por la ventana y acababan en la alfombra. Los bambúes lanzaban suspiros estériles. La comitiva se acomodó en el coche y la señora Bonner comprobó que llevaba sus píldoras consigo mientras se esforzaba por recordar si había cerrado la ventana del descansillo. Ya habían recorrido un corto trecho del camino y habían llegado hasta el recodo de las araucarias cuando, aunque les costara creerlo, avistaron la figura de aquel insufrible alemán, el señor Voss, que caminaba con brío llevando su sombrero en la mano. Tenía la cabeza perlada de sudor.

—¡No es posible! —dijeron al unísono. Y hasta se cogieron de la mano.

Aun así, le pidieron al cochero que parara. No tenían más remedio.

—Buenas tardes, señor Voss —dijo la señora Bonner, sacando la cabeza por la ventanilla—. ¡Menuda sorpresa! Se le da bien pillar desprevenidos a los demás, ¿eh? Una nota avisando de su visita habría facilitado mucho las cosas. Además, me temo que el señor Bonner no está en casa…

El señor Voss abrió la boca. Sus labios estaban pálidos por el esfuerzo de la caminata. La expresión de su rostro dejaba claro que todavía no había salido de su mundo para entrar en el de los demás.

—Pero si el señor Bonner —dijo, al tiempo que las palabras iban formándose en su cerebro— no está aquí… Tampoco está en el almacén. Me han dicho que se ha marchado, que se ha ido a casa.

De pronto odió con todas sus fuerzas aquella lengua extranjera en la que se había visto obligado a expresarse con tanta precipitación.

—No dudo de que se haya marchado —dijo la señora Bonner, con expresión traviesa—, pero también sé que no ha venido a casa.

Belle soltó una risita y hundió la cara en la gruesa tapicería del coche. En aquella elegante caja acolchada, estaban a salvo de todo peligro.

—Lamento mucho que lo hayan informado mal —continuó la señora Bonner—. El señor Bonner está en un pícnic en Point Piper, con nuestros amigos los Pringle, y ahora mismo vamos a reunirnos con él.

—No tiene importancia —dijo Voss, casi alegrándose.

La sobrina, que estaba sentada en el coche, examinaba el rostro del hombre con la misma curiosidad que si fuera de madera.

Examinó desde su asiento las raíces de su pelo y los poros de su piel, aunque lo hizo de un modo objetivo, como si tuviera los plomizos párpados cerrados.

—Debe de sentirse desilusionado —dijo la señora Bonner.

—No, no tiene ninguna importancia —dijo Voss, volviendo a ponerse el sombrero.

—A menos que suba al coche. Eso es —dijo la señora Bonner, extremadamente satisfecha por haber dado con la solución—. Debe usted acompañarnos. Así podrá hablar con el señor Bonner y él no se disgustará.

Y el cochero bajó el peldaño.

Ahora el que estaba disgustado era Voss, que no había acudido a la casa con ningún propósito en particular, sino únicamente movido por el vago deseo de disfrutar de la compañía de su benefactor, y que no había contemplado la posibilidad de tener que tratar con aquellas mujeres.

Subió el peldaño y se golpeó la cabeza.

En cuanto estuvo dentro, se vio envuelto en los perfumes y los sonidos de las damas. Voss se encontraba en una situación verdaderamente embarazosa y lamentable, y mantenía las rodillas muy juntas para evitar rozar las faldas de las señoras, de las que emanaban dulces insinuaciones.

Casi sin darse cuenta, se encontró junto a la hermosa muchacha, la señorita Belle, que seguía riéndose con las manos cruzadas sobre el regazo. Enfrente estaban la madre y la sobrina, que se mecían con elegancia al compás del carruaje. Reconoció los rasgos de la sobrina, aunque era incapaz de recordar su nombre. Sin embargo, aquello no tenía ninguna importancia. Continuaron meciéndose. En determinado momento, un hedor a marisco putrefacto entró por la ventana, inundando el interior del carruaje. La señorita Belle se mordió el labio, giró la cabeza y se sonrojó, mientras que las otras dos mujeres permanecían impasibles.

—Es curioso —dijo la señora Bonner, súbitamente animada—. No hace mucho, un caballero y su esposa, no recuerdo su apellido, estaban viajando en su berlina por la ruta de South Head cuando apareció un hombre a caballo, una especie de bandido, supongo que podríamos llamarlo así, y les robó hasta la camisa.

Todos escucharon las palabras de la señora Bonner como si no se estuviera dirigiendo a nadie en particular. Continuaron meciéndose, dando por sentado que otro asumiría la responsabilidad de responder. La señora Bonner, al menos, había cumplido con su deber. Miraba por la ventana con esa expresión luminosa que había aprendido a adoptar cuando compraron su primer coche. Y en cuanto a los bandidos, ella nunca se había topado con ninguno y era incapaz de visualizar un futuro en el que su plácida vida pudiera verse sacudida con tal brusquedad. Los bandidos eran cosa de novela.

En aquel momento, tomaron el sendero de tierra que conducía a Point Piper. Las ruedas del coche iban, por así decirlo, traqueteando por los salientes de arenisca. Muy pronto, los huesos de los decorosos pasajeros parecieron haberse disuelto, y sus tiernos cuerpos empezaron a chocar los unos contra los otros en una confusión ignominiosa. En otras circunstancias aquello habría podido resultar hasta cómico, pero por algún extraño motivo parecía algo muy serio. Así lo demostraba el gesto grave de Laura, que de alguna manera acabó por imprimir la misma gravedad en los rostros del resto de la comitiva. La joven apartó su falda con más cuidado del necesario de la tosca tela negra que cubría las protuberantes rodillas del alemán.

Algunos de los hijos de los Pringle aparecieron súbitamente entre los matorrales para mostrarle el camino al cochero, corriendo alborotados y llamando a las ocupantes a través de las ventanas, e incluso le dirigieron alguna que otra mirada descarada al forastero, que tal vez no disfrutara de la protección de los Bonner. Los Pringle siempre eran los primeros en llegar a todas partes. A pesar de su fortuna, o precisamente gracias a ella, puesto que era rica tanto por su familia como por la de su marido, la señora Pringle sentía la necesidad de mortificarse. Aunque sus intenciones eran buenas, siempre iba de acá para allá reloj en mano y gritando con desesperación —en opinión de la señora Bonner, con una tosquedad completamente innecesaria— que ya era hora de marcharse. La ira era su forma de mostrar afecto. Era muy exigente con su marido, le levantaba la voz cuando estaban acompañados de otras personas y le pedía constantemente pruebas de una superioridad que él no poseía. El señor Pringle se enfrentaba a aquellos exabruptos con un amor estoico, y hacía poco que le había dado su decimoprimer hijo, un regalo que la había apaciguado durante un tiempo.

—¡Ah, por fin! —exclamó la señora Pringle, que, junto con su séquito de ayudantes, había estado colocando la comida en un claro circundado por carruajes y calesas.

El tono de sus palabras expresaba tanta censura como permitía la buena educación. A su lado, como casi siempre, estaba su hija mayor, Una.

—Sí, querida —dijo la señora Bonner, a quien los acontecimientos habían vuelto misteriosamente ingenua —. Hemos llegado tarde debido a un pequeño contratiempo doméstico. Lamento haberla preocupado.

Cuando las Bonner hubieron bajado del coche, las jóvenes se besaron afectuosamente, a pesar de que Una Pringle siempre había pensado que Laura era una joven muy estirada, o peor aún, *inteligente,* y en consecuencia no se podía confiar en ella. En general, Una prefería al sexo opuesto, aunque había recibido una educación demasiado refinada como para escribirlo en su diario, y mucho menos para contárselo a una *amiga*. Ahora, utilizando como excusa la cegadora luz del sol, escudriñaba disimuladamente al caballero, u hombre, que había llegado con las Bonner y que también parecía de lo más *estirado*. Fiel a su naturaleza, Una Pringle

resolvió inmediatamente un simple problema matemático: una estirada más un estirado igual a dos estirados.

Viendo que no podía aplazar por más tiempo el momento en que tendría que explicar la presencia del alemán, la señora Bonner dijo:

—Este es el señor Voss, el explorador, que muy pronto saldrá para tierras ignotas.

Aunque había tenido la intención de que sus palabras sonaran formales, lo cierto es que habían resultado algo extrañas, pues no podía esperarse que la señora Bonner ni la señora Pringle se tomaran en serio un acontecimiento que tan poco tenía que ver con sus vidas.

—Los caballeros están abajo —dijo la señora Pringle, con la esperanza de ahorrarse un momento embarazoso—, hablando de sus cosas. También han venido el señor Pitt y Woburn McAllister, y uno o dos de sus sobrinos.

Multitud de niños correteaban de acá para allá; la ropa se les quedaba enganchada en las ramitas. Risas de vivos colores adornaban los matorrales.

Voss habría deseado sumirse en sus propios pensamientos y, hasta cierto punto, lo logró. Absorto como estaba en sí mismo, tenía un aspecto bastante extraño. Había cubierto su anguloso cuerpo con ropa muy modesta de color negro, y un sombrero despeluchado le tapaba la cabeza. Nadie sabía muy bien dónde podría encajar, ni siquiera él mismo.

La señora Pringle y la señora Bonner miraron esperanzadas en dirección a los hombres.

—Niñas, acompañad al señor Voss —insistió la señora Pringle, llamando a filas a un ejército invencible—. La señora Bonner y yo tenemos cosas de que hablar.

—¿Es necesario, mamá? —preguntó Una, aunque no tenía alternativa.

Las muchachas emprendieron el camino. Sus largas faldas dibujaban estelas en la arena, enderezaban ramitas que habían caído de los árboles y obligaban a las hormigas a cambiar de rumbo.

—¿Te gustan los pícnics? —preguntó Una Pringle.

—A veces —replicó Belle—. Depende.

—¿Dónde está el teniente Radclyffe? —preguntó Una.

—Esta tarde tiene guardia —respondió Belle, dándose importancia.

—Oh —dijo Una.

Era una joven alta que no tendría problemas para casarse, aunque no destacaba por nada en especial.

—¿Has conocido al capitán Norton del *Valiant*? —preguntó Una.

—Todavía no —respondió Belle, bostezando, pues ya no aspiraba a más conquistas. Belle Bonner había adoptado una expresión aburrida, aunque de superioridad, porque Una Pringle era una de aquellas muchachas que no le interesaban, aunque las circunstancias la obligaban a tratar con ella. De hecho, las circunstancias habían empezado a adueñarse de aquel pícnic, que estaba resultando de lo más tedioso. Hasta que varias niñas, percibiendo que Belle todavía era una de ellas, llegaron dando empujones, saltando y gritando a voz en cuello, despertando en la joven la nostalgia de aquellos juegos en los que hasta hacía poco había participado. El viento tempestuoso la lanzó, junto con algunas de aquellas vigorosas criaturas, hacia los árboles firmes. Sintió que la sangre le hervía. Su garganta ancha y sana se distendió, y ella también empezó a gritar.

—¡Qué vitalidad la de Belle! —suspiró Una, que se había quedado sola con Laura y el extranjero—. ¿Usted también corre y salta, señor Voss? —inquirió, con una malicia insípida.

—¿Cómo? —preguntó el alemán.

—No hay duda de que es capaz de hacerlo —dijo Laura Trevelyan—, si la ocasión lo requiere. Y él decide cuándo lo requiere. Corre y salta cuando es invisible. Como yo.

Voss, que había salido de su mundo abruptamente para extraer el auténtico significado de aquellas palabras, comprendió que la hermosa muchacha, aunque no lo miraba, era su aliada. La joven caminaba mientras dibujaba en el aire con un manguito de piel de foca que había llevado por si el tiempo empeoraba, y a modo de protección contra peligros menos concretos.

Recordó que se apellidaba Trevelyan. Laura, la sobrina.

El alegre día de viento y sol resplandeciente había perforado la superficie de su piel verde oscuro, que había empezado a brillar. La joven titilaba mientras escapaba de una jaula hecha de ramitas negras, aunque no era consciente de haber sufrido una transformación. Y este desconocimiento de sus propios encantos le dio a su expresión una ternura que normalmente no poseía. Las olas, dulces y suaves, rompían contra el rocoso promontorio por el que avanzaban dando traspiés. El mar se escuchaba con claridad. Cuando salieron de entre los árboles, Laura Trevelyan sonreía.

—Ahí están los caballeros —dijo Una sin mucho entusiasmo, pues ya conocía a casi todos los que había allí. Había entornado los ojos para protegerse del sol, que era cegador.

La joven y el alemán se colocaron la mano sobre la frente a modo de visera y distinguieron, a través de los

reflejos del mar, a los caballeros de más edad, encaramados a las rocas doradas, a los más jóvenes, que se habían quitado los sombreros, y a los muchachos, que jugaban a luchar o a lanzarse piedras. Aquel dramático varón vestido de negro desentonaba en aquella tarde engolada.

—Será mejor que bajemos —dijo Laura— para que pueda usted reunirse con ellos.

—Pero voy a interrumpirlos —protestó el alemán—. ¿De qué están hablando?

—De lo que suelen hablar los hombres —dijo Laura.

—De negocios —sugirió Una.

Definitivamente, aquel no era su ambiente.

—Y del paquebote de Inglaterra. Y del tiempo.

—Y de verduras. Y de ovejas.

Mientras bajaban inexorablemente hacia aquel grupo de hombres, el miedo de las jóvenes a torcerse un tobillo agrietó el esmalte de seguridad que revestía sus voces. En aquellas circunstancias, habrían estado dispuestas a aceptar la ayuda de una mano masculina… o de dos. Y el señor Voss tenía las muñecas fuertes. Así que el alemán se entregó a esta tarea, más por mantenerse ocupado que por caballerosidad.

Cuando llegaron, muchos ojos ya estaban puestos en ellos, valorando qué sistema defensivo poner en marcha.

El señor Bonner fue el único que se atrevió a salvar las barricadas que ya estaban empezando a levantarse y, dándole una palmadita a su protegido en el hombro, exclamó con una voz enrojecida:

—¡Bienvenido, Voss! Si no le sugerí que diera los pasos que claramente ha dado usted por su propio pie es porque tenía la impresión de que estas reuniones no eran de su agrado. Me refiero a que está usted hecho de otra pasta. Aunque lo cierto es que yo soy de la opinión de que todos los hombres tienen algo que ofrecer a sus congéneres, y de que solo es cuestión de dar con ello. En cualquier caso, aquí está.

El señor Bonner tenía justificaciones de sobra para todo aquel que las necesitara.

Algunos de los hombres más jóvenes, de piel bronceada y ojos separados, le estrecharon la mano al extranjero con vigor. Pero dos caballeros de más edad e importancia, de vientres abultados y articulaciones más bien oxidadas, que bien podían ser el señor Pringle y el enigmático señor Pitt, se limitaron a carraspear y a mirar hacia otro lado desde su atalaya de roca.

Después, las recién llegadas les explicaron cómo había acabado allí Voss. Él no dejaba de sonreír. En su afán por causar buena impresión, solo consiguió parecer hambriento.

—Ha sido un regalo del cielo —dijo Laura, consciente de que había adoptado el tono artificial que la situación requería—. Nos ha servido de protección contra los bandidos.

Los hombres más jóvenes rieron exageradamente. Aquellos que conocían a Laura Trevelyan no le prestaban demasiada atención, pues sabían que tenía por costumbre leer libros.

El señor Pringle y el señor Pitt se mostraron más escépticos, menos jubilosos, pues ellos habían sido los artífices de la conversación de banalidad casi mística que los recién llegados habían interrumpido.

El señor Bonner seguía estando rojo como un tomate. La vergüenza que lo invadía superaba el orgullo que sentía por su alemán. Por lo general, los hombres suelen sufrir por algún don que mantienen en secreto y condenan públicamente aquello que más estiman.

—Voss, como ya saben, va a liderar la expedición que estamos organizando. La respaldan Sanderson, Boyle, de Jildra, y un par de hombres más. El joven Angus, de Dulverton, también va a tomar parte en ella —añadió, para aquellos del grupo que tenían la misma edad y el mismo temperamento que el joven hacendado.

Los hombres más jóvenes, que en su mayoría iban vestidos con ropa cara y ceñida, sonrieron con incredulidad. Cruzaron los brazos, provocando que las costuras de sus camisas se tensaran.

—Se trata de un gran acontecimiento —dijo el señor Bonner, cada vez más congestionado—, y puede que se convierta en una hazaña histórica. Si es que logran volver con vida, ¿eh, Voss?

Todos rieron, y el señor Bonner se sintió aliviado por haber sido capaz de llevar a cabo su sacrificio con un movimiento casi imperceptible del cuchillo.

Voss podía hacerse el tonto si era necesario. Pero las heridas escuecen, especialmente si entran en contacto con la brisa marina. Él se dedicó a sonreír y entornar los ojos ante aquel gran escenario de luz y agua. Algunos lo compadecían. Otros lo despreciaban por su peculiar aspecto de extranjero. Temblando de ira, Voss reparó en que ninguno de ellos era consciente de su fuerza. Los hombres, animales mediocres, no se dan cuenta del poder de la roca o el fuego hasta un instante antes de que esos elementos los reduzcan a la nada. *Nada:* la palabra más pálida, la más transparente; y, sin embargo, la que más cerca está de alcanzar la plenitud.

El señor Pringle carraspeó. Su estatus le daba derecho a reclamar la atención de todos los presentes, así que decidió hablar despacio, tomarse su tiempo.

—Soy de la opinión, y me remito a las pruebas recogidas hasta ahora, del todo insignificantes, como saben,

pues son el fruto de simples incursiones realizadas desde los límites conocidos, por así decirlo… En fin, soy de la opinión de que este país se mostrará hostil a cualquier tipo de desarrollo planificado. Se ha demostrado que los desiertos prefieren oponer resistencia a la historia y seguir los dictados de su propia naturaleza. Como ya he señalado, no podemos saberlo. Es posible, de hecho, que exista un auténtico paraíso en el interior del país. Nadie puede saberlo. Pero me siento inclinado a creer, señor Voss, que no se encontrará con más que un puñado de negros y unas cuantas moscas, y algo parecido al fondo del mar. Esa es mi humilde opinión.

El estómago del señor Pringle, que no era tan humilde como su opinión, rugió.

—¿Ha caminado usted por el fondo del mar, señor Pringle? —preguntó el alemán.

—¿Cómo dice? —preguntó, sorprendido, el señor Pringle—. No.

Sin embargo, en ese momento, sus ojos descendieron a profundidades verdaderamente insólitas.

—Yo tampoco —dijo Voss—. Salvo en sueños, claro está. Por eso estoy entusiasmado por la oportunidad que se me ofrece. Incluso si ese futuro de inmensas extensiones de arena es puramente metafísico.

Entonces lanzó al aire un pequeño guijarro que tenía en la mano, que cambió del lila claro al púrpura, y lo atrapó antes de que alcanzase el sol.

Los vigorosos jóvenes que conformaban su público lanzaron una carcajada, y la tela que cubría sus brazos cruzados se tensó aún más.

El pobre señor Bonner se sentía terriblemente avergonzado. Aunque lo cierto es que esta vez no había sido culpa del alemán, habría deseado arrastrarlo de la camisa hasta algún lugar apartado. En el futuro se aseguraría de disfrutar del placer de su compañía en la más absoluta intimidad.

Pensó en su esposa, y miró a su sobrina con el ceño fruncido.

En aquel momento, Laura Trevelyan estaba siguiendo con la punta del pie el rastro largo y sinuoso de un gusano marino, como si se tratara de una cuestión de vida o muerte. En aquella tarde de arrobamiento, todo resultaba trascendental: las bocas inquisidoras de las romas anémonas, las raíces enroscadas de la madera muerta que flotaba sobre las aguas poco profundas, la espuma malva de las burbujas que la arena absorbía y el sol que les achicharraba a todos la cabeza. Pensando que no haría tanto calor, Laura se había puesto un vestido grueso, y ahora las palabras se le antojaban enormes pesas redondeadas. No había levantado los ojos cuando habló el alemán, pero sí había oído cómo caían sus palabras, y su forma le había encantado. Alejados de aquel plano racional al que había decidido ceñirse, sus pensamientos se habían vuelto oscuros, casi naturales. No le importaba. Era maravilloso. Le habría gustado sentarse sobre una roca y escuchar palabras, no las de cualquier hombre, sino palabras distintas, misteriosas, poéticas, que solo ella pudiera interpretar mediante una sensibilidad heredada del sueño. Ella, incorpórea. El aire que se funde con el aire experimenta una voluptuosidad que no por ser imperceptible es menos intensa.

La joven sonrió al pensar en aquella solución de agua salada y resplandor. El sol le quemaba la cara y comprobó que el bajo de su falda, que chorreaba agua salada, se le había descosido.

—Laura —dijo Willie Pringle, acercándose—, no hemos echado ninguna carrera en este pícnic, y no hay pícnic que se precie sin una carrera, ¿no crees?

Willie Pringle era un chico, o un muchacho, o, siendo deferentes, un joven todavía por formar; la boca húmeda le colgaba más de la cuenta y tenía unos ojos en los que por el momento nadie había vislumbrado el menor atisbo de inteligencia. Hacía poco que se había incorporado como aprendiz a la empresa de su padre y sus tíos, los abogados, y ya se sentía importante.

—¿De verdad crees que las carreras son imprescindibles? —preguntó Laura; en el pasado había disfrutado de aquel pasatiempo, pero ahora necesitaba seguir con la punta del pie el rastro del gusano marino.

—Bueno, no, las carreras no son imprescindibles. Pero ¿no es eso lo que hace la gente en los pícnics? —dijo Willie, que se moría por hacer las cosas que hacían los demás.

—¡Qué bobo eres, Willie! —exclamó Laura, echándose a reír con afecto.

Willie también se rio.

Le habría gustado compartir con Laura bromas y gustos de los que no le había hablado a nadie. En cierta ocasión, la había dibujado; no porque estuviera enamorado de ella —ni siquiera se había parado a pensar en ello—, sino porque su imagen se había apoderado de su mente de un modo obsesivo. Después, al darse cuenta de que su obra era algo vacío y doloroso, otro fracaso, la había hecho pedazos inmediatamente.

—No —exclamó—. No son imprescindibles, pero es lo que todos esperan. Mira a esos niños. Venga, vamos a jugar a algo.

Pero Laura no quiso participar.

A la señora Bonner le habría gustado que Willie Pringle tuviera unos años más, algo que posiblemente habría simplificado mucho las cosas. El roce hace el cariño, y Willie era el hijo mayor de los Pringle, un muchacho con un porvenir próspero, si bien no muy agraciado. La señora Pringle, sin embargo, no compartía

el deseo de la señora Bonner. Era una mujer rica y, naturalmente, aspiraba a asociarse con alguien de fortuna. Además, era de la opinión —una opinión que se guardaba para sí misma— de que Laura Trevelyan era una joven más bien taimada.

Un joven enjuto y de piel anaranjada había empezado a contarles a los demás que sus ovejas de Camden tenían lombrices. Los mayores seguían su relato con ojos satisfechos. Aquello constituía un verdadero alivio tras la irritante experiencia de las palabras demoniacas del alemán, que seguía allí, empequeñecido, mordiéndose las uñas.

Nada me gustaría más que arrastrarlo por el cuello del abrigo hasta la playa, pensó el señor Bonner, que finalmente había tomado partido por el rebaño.

—Pero *tenemos* que hacer algo —protestó Willie Pringle—. Si no te gusta mi idea de la carrera, puedo pensar en otra cosa. Laura, ayúdame. Propón algún juego, lo que sea. Tal vez podríamos recoger madera de deriva, amontonarla y encender una hoguera.

—¿Tan desesperado estás? —preguntó Laura Trevelyan.

Sí, lo estaba, aunque todavía no lo sabía.

—¡Estamos desperdiciando la tarde!

Estuvo a punto de decir algo más, o de echarse a reír, pero al final renunció.

Incluso cuando era pequeño, Willie Pringle solía tener la sensación de que muchas cosas dependían de él, aunque no sabía cuáles. Hasta aquel momento, había dedicado todas sus fuerzas a copiar desesperadamente las conductas de los demás, a interpretar los símbolos de su clase social, para resolver el enigma de su persona. Pero las verdades permanecían ocultas. Admiraba la conmovedora y simple belleza de una mesa corriente o de una silla de cocina, y sentía que, de algún modo, la esencia de aquellos objetos seguiría escapándosele a menos que se fugara de la cárcel que constituía su propia cabeza. En ocasiones, luchaba como un epiléptico del espíritu para salir de ella. Aquella situación hacía que le sudaran las manos y que sus extremidades fueran menos firmes y efectivas de lo que deberían. La gente se burlaba de él constantemente. Todavía no habían decidido si era un monstruo, un sonámbulo o qué. Pero, más tarde, en cuanto lo descubrieran, probablemente lo evitarían.

Belle solucionó el problema más inmediato de Willie sin proponérselo. Llegó corriendo con dos de las pequeñas Pringle, que se intentaban agarrar a su falda o a alguna parte de su bonita figura, preferiblemente a sus muñecas. Belle se había quitado la capota. Su cabello dorado caía en cascada por su espalda. Bajo su piel, también dorada, la sangre fluía alborotada, y cuando respiraba, parecía como si el corazón fuera a salírsele literalmente del pecho.

—¡Espera, Belle! ¡Espera! —gritaban las niñas.

—¡Esperadnos! —gritaban otras.

Ah, Belle se ha desmelenado, pensó Laura Trevelyan, sintiendo que ella también estaba a punto de emprender el vuelo.

Belle sostenía en la mano un ramillete de color carmesí que había arrancado con precipitación; parecía una antorcha incendiaria. En la falda llevaba varios guijarros pulidos, grisáceos y blancos, una teja roja, pequeña y plana, y un pedazo de cristal verde lleno de burbujas, algo que lo convertía en un objeto muy deseable.

—¿Dónde vamos?

Las voces de las niñas, aunque frágiles, eran apremiantes.

Los niños dejaron de atormentarse mutuamente para correr en pos de las niñas, preguntándoles con insistencia qué iban a hacer.

—Vamos a construir un templo —gritó Belle.

La sangre ocultaría el rubor. Además, todavía era muy joven.

—Cualquiera diría que Belle tiene doce años —se lamentó Una Pringle, que casi todas las mañanas preparaba un arreglo floral para su madre.

—¿Qué clase de templo? —chillaron algunos.

Los niños la acuciaban.

—El templo de una diosa.

—¿Qué diosa?

Un puñado de arena voló por los aires.

—¡Eso aún está por decidir! —gritó Belle, volviendo la cabeza.

Una nutrida corte de admiradores se puso a escarbar en la arena, haciendo montoncitos y soltando suspiros de amor. Algunos muchachos lanzaban sus gorras al aire mientras corrían, y dejaban que cayeran pesadamente sobre el colchón dorado de la playa.

—Belle se ha vuelto loca —dijo Willie Pringle, que no estaba seguro de que la conducta de la joven fuese

apropiada.

Se le habían adelantado, cosa que ocurría a menudo. Siguió los pasos de los devotos de Belle, pero se detuvo para tocar los caracoles marinos y probar unas escamas de sal que brillaban al sol. Y, aunque todavía no había aprendido a resignarse a su naturaleza y su suerte, sus sentidos contribuyeron considerablemente a subsanar su insatisfacción pasajera.

Al menos, los hombres que hablaban sentados en las rocas ya no ostentaban el poder. Era evidente que algo se había roto. Una y Laura se habían dado cuenta, aunque no estaban seguras de que el alemán lo hubiera notado; en cualquier caso, él también era un hombre.

Los hombres son necesarios, sin duda, pero ¿no son también algo tediosos, quizá?, se preguntó Una Pringle.

Una y Laura empezaron a soltarse.

—Woburn McAllister, el que ha estado contando lo de las lombrices, es el propietario de una hacienda que muchos consideran la más valiosa de Nueva Gales del Sur —recordó Una, animándose súbitamente—. Si lo que dicen es cierto, debe de ser extremadamente rico.

—Oh —dijo Laura.

A veces, la barbilla de la joven buscaba refugio en su cuello, aunque ella tenía la sensación de que nunca era capaz de hundirla lo suficiente.

—Además de la hacienda, Woburn Park, tiene intereses en algún lugar de Nueva Inglaterra. ¡Pobrecito! La vida —continuó Una, tal y como le habían enseñado— le arrebató a sus padres cuando todavía era un bebé y, a cambio, lo compensó con una fortuna considerable. Y tiene varios tíos, sin hijos o solteros, con los que mantiene una relación excelente.

Laura oía cómo los pies de Voss suspiraban sobre la arena mullida, escoltando su pena. Una Pringle se dio la vuelta un momento, pero solo vio al alemán, que no le importaba lo más mínimo.

—Y es un muchacho tan bueno… De sanas costumbres —dijo Una, repitiendo lo que había escuchado— y un humor excelente.

—No tolero tanta perfección —anunció Laura.

—Pero, bueno, Laura, ¡qué rara eres! —dijo Una, sonrojándose al recordar que Laura, efectivamente, era un ser peculiar.

No hay nada peor que la reserva, y Una sabía muy poco de su amiga. Salvo por el hecho de que ambas eran mujeres jóvenes, no podían ser más distintas. Una se dio cuenta de que Laura nunca le había gustado y eso, no cabía duda, no iba a cambiar, aunque estaba convencida de que seguirían siendo amigas.

—Te gusta despreciar lo que es digno de alabanza solo para distinguirte de los demás —protestó Una, molesta—. He observado que ese es un comportamiento propio de las personas inteligentes.

—Oh, cielos, eres demasiado generosa conmigo —se limitó a responder Laura Trevelyan.

—Pero la señorita Pringle está en lo cierto, el señor McAllister es un partido excelente —intervino Voss, equilibrando el marcador.

La sorpresa hizo que las dos jóvenes dejaran a un lado sus diferencias.

—Nunca he pensando en él de ese modo —declaró Una.

Aunque, en realidad, sí lo había hecho. Pero la mentira no cuenta como mentira si se dice en defensa del honor.

—Pese a todo —añadió—, es inevitable preguntarse con quién acabará casándose.

—Muy cierto —convino Voss—. El señor McAllister es, sin duda alguna, uno de los pilares de esta sociedad.

Le daba pataditas a la arena mientras caminaba, y esta salía disparada en cascadas de color blanco azulado antes de disolverse en el viento.

—He pasado por su propiedad —dijo— y he visto su casa. Resistirá el paso del tiempo, igual que la mayoría de las plagas que la asolan.

Una había empezado a ruborizarse.

—¿Ha estado dentro? —preguntó—. ¿Ha visto el mobiliario? Dicen que es magnífico.

Laura no era capaz de determinar el motivo exacto de su tristeza. El fuerte y nostálgico vaivén de las olas la consumía. Las formas de la roca calcinada y los anémicos pinos se recrudecían de un modo insoportable. Sintió que se volvía más pequeña.

—No querría… —empezó a decir.

La arena que salía disparada de los pies de Voss y desaparecía en el aire la fascinaba.

—¿Qué? —preguntó Una, con cierta brusquedad.

—No querría casarme con una piedra.

Una soltó una débil risita.

Aunque Laura no sabía lo que quería. Se sentía presa de una insatisfacción desoladora, por irracional.

—¿Preferiría usted casarse con la arena? —preguntó Voss.

Se agachó, cogió un puñado y lo lanzó en su dirección. La arena brilló a la luz del sol y unos pocos granos, llevados por el viento, les dieron en la cara.

Voss también se reía.

—Es posible —dijo Laura, ahora con amargura.

Fue la última en reírse, y lo hizo con tanta libertad que sintió que ya no era esclava de nadie.

—Lo lamentará —dijo Voss, con una carcajada— cuando toda la arena ya haya salido volando.

Una Pringle empezó a sentir que aquella conversación se le escapaba, y se sintió mejor cuando vislumbró la sólida silueta de su madre al borde de los matorrales, que le solicitaba ayuda con los platos y las copas.

Así que Voss y Laura se quedaron solos, vagando sin rumbo. Ninguno sabía exactamente qué debía hacer, aunque ante ellos se abría un gran vacío de espacio y tiempo que debían rellenar. Por extraño que pareciera, ninguno de los dos se sentía horrorizado ante aquella perspectiva, algo que sí los habría angustiado al inicio de la tarde.

Las palabras, los silencios y la brisa marina habían ejercido una sutil influencia en ellos, hasta llegar a transformarlos.

Mientras caminaban con las cabezas agradablemente inclinadas bajo la luz del sol, escucharon la presencia del otro y se dieron cuenta de que posiblemente eran más similares que ninguna otra pareja del pícnic de los Pringle.

—La señorita Pringle —dijo Voss— no alberga ninguna duda; se siente feliz al imaginar su futuro en una casa de piedra.

—Yo no soy *in*feliz —replicó Laura Trevelyan—, al menos no de manera continuada; aunque sí albergo dudas respecto a mi futuro.

—Su futuro será el que usted quiera. El futuro —dijo Voss— es voluntad.

—Oh, voluntad tengo —dijo Laura rápidamente—. Pero todavía no he averiguado cómo utilizarla.

—Es posible que las mujeres tarden más en averiguarlo —dijo Voss.

Era indudable que en ocasiones aquel hombre podía ser insufrible, pero se sentía capaz de soportarlo. El sol los estaba bañando en oro.

—Es posible —dijo ella.

En realidad, Laura Trevelyan opinaba que no había tantas diferencias como se pensaba entre los dos sexos, pero como había permanecido aislada del mundo, nunca se había atrevido a compartir sus pensamientos con nadie.

Todo estaba en calma, y decidieron rodear el contrafuerte rocoso. Los árboles se inclinaban hacia ellos con finas agujas de hojas marchitas. Tanto el hombre como la mujer tendían a vivir en su mundo interior, sin vergüenza ni necesidad de que nadie los protegiera.

—Esta expedición, señor Voss —dijo Laura Trevelyan de pronto—, esta expedición suya es pura voluntad.

Se volvió y lo miró con una expresión de tal honestidad que, en cualquier otra circunstancia, él se habría sorprendido.

—No exactamente —dijo él—. Estaré sometido a las restricciones que me imponen los seres humanos, por no hablar de los animales y el equipamiento que mis benefactores juzgan necesario que lleve conmigo. Sería mucho mejor —añadió inesperadamente— ir descalzo y solo. Lo *sé*. Pero es inútil tratar de explicárselo a los demás.

Sonreía de un modo que hacía que sus rasgos parecieran irregulares, aún más delgados. Tenía los labios finos y agrietados, a pesar de que aún no había empezado la estación seca, y le faltaba un diente a un lado. En general, su aspecto era poco convincente.

—Usted no permitirá que su voluntad lo destruya —afirmó, más que preguntó.

En aquel momento, Laura era muy fuerte. Voss se sintió agradecido, aunque no dijo nada. Imaginó que ella le cogía la cabeza y la apretaba contra su pecho, sosteniéndola firmemente entre sus manos. Nunca se había permitido el lujo de aceptar la fuerza de otras personas; siempre había preferido la ilusión de la suya propia.

—Su interés es conmovedor, señorita Trevelyan —dijo riendo—. Lo agradeceré cuando me encuentre perdido en el desierto.

Estaba intentando ridiculizarla.

Pero ella se sentía capaz de vencer al mismísimo Diablo.

—No creo en su gratitud —respondió, con una seca ironía—, igual que no creo que lo entienda a usted del todo. Pero acabaré consiguiéndolo.

Mientras caminaban bajo las oscuras ramas de los árboles, el hombre y la mujer parecían de la misma talla, y para cuando llegaron al lugar en el que se estaban celebrando los ritos más solemnes del pícnic, el pequeño

claro que olía a agua hirviendo y a leña quemada, y donde abundaban las caras alegres y las opiniones apropiadas, la expresión de los recién llegados ya sugería que compartían un secreto inconfesable. Aunque nadie se dio cuenta.

Los hombres, que habían subido desde las rocas por un camino menos abrupto, se estaban reuniendo en pequeños grupos. La señora Pringle, una institutriz y dos niñeras andaban de acá para allá animando a todos a comer. Sobre las brasas, los niños sostenían chuletas ensartadas en broquetas que los propios cocheros habían fabricado, por lo que un incienso de corteza verde se mezclaba con el olor de la grasa sacrificial. Las jovencitas soplaban sobre el té caliente y observaban ensimismadas cómo las ondas que se formaban en la superficie iban aumentando de tamaño. Las damas estaban sentadas en taburetes tapizados de tela gruesa, colocados sobre la hierba para la ocasión, y mordisqueaban sus sándwiches sin quitarles ojo a sus chales.

De haber prestado atención, los presentes podrían haberse dado cuenta de que el alemán seguía junto a Laura Trevelyan, ya no con un aire protector, sino más bien posesivo. La estaba señoreando, y eso no parecía disgustar a la muchacha, que aceptaba tímidamente la comida que el hombre le iba ofreciendo.

Solo en una ocasión se permitió alzar los ojos hasta el lugar donde el puño de la camisa ceñía la muñeca del alemán, cubierta de un leve vello.

—Como le decía, hemos tenido un pequeño contratiempo doméstico —dijo la señora Bonner en voz muy baja; y los rebeldes movimientos de su chal envolvieron su confesión de un aire aún más misterioso—. Quizá no tan pequeño. El tiempo lo dirá. Rose Portion nos está dando motivos de preocupación.

—¡Dios mío! —gimió la señora Pringle, como si aquello la afectara directamente. Y permaneció a la espera.

La señora Bonner sujetó su chal una vez más.

—La discreción, señora Pringle, me obliga a no entrar en detalles.

Pero, claro está, sí entró en detalles.

Las dos damas paladearon la deliciosa perspectiva que tenían ante sí sentadas en sus inestables taburetes.

Entonces, Laura Trevelyan vislumbró a Rose de pie a un lado, con su vestido marrón y con los puños firmemente apretados sobre el pecho. Su labio leporino no dejaba de temblar.

—No, gracias, señor Voss —dijo Laura—. No quiero más.

Se abrió paso entre la gente hasta que encontró un lugar más seguro, entre los niños llenos de manchas de grasa y tierra.

—Mira, Laura —dijo Jessie Pringle—. He dejado el hueso de la chuleta limpísimo.

—Es como un perro —dijo Ernest.

Entonces empezaron las peleas.

Laura se alegró de tener la oportunidad de intervenir y enseguida se encontró a sí misma separando, sermoneando y consolando con el tacto y la firmeza que se esperaba de una joven como ella.

—Jessie, no hay razón para llorar —dijo—. Mira. Lávate las manos en este cubo de agua tibia y sécatelas con el pañuelo. Así, muy bien. Todos sabíamos que eres una niña muy razonable.

Entonces, Rose Portion se acercó con un pequeño recipiente de latón lleno de agua caliente, que había envuelto en una toalla como si se tratara de algo valioso, y lo dejó en la jofaina del lavamanos. Rose Portion cogió el cepillo y empezó a peinar el cabello de Laura con largas pasadas, sosteniéndolo en una larga cola, hacia los lados y hacia abajo. A veces, el dorso del cepillo tropezaba con los enormes pechos de Rose, pero ella seguía con su tarea sin inmutarse.

Laura Trevelyan miró a su alrededor. Era imposible no ver al alemán, de pie entre los arbustos grisáceos; sus labios resecos ahora parecían mucho más hidratados por la mantequilla, mucho más carnosos bajo aquella luz, una luz que se enmarañaba en su áspera barba.

Ah, señorita, dijo Jack Slipper, ha salido a tomar un poco el aire, ¿eh? Bueno, se ha levantado brisa, ¿la escucha entre las hojas? Fuera cual fuese el origen de la fricción de los bambúes, su sonido solía ser más fresco en su bosquecillo. Pero durante el verano también se oían los murmullos de los insectos, y con frecuencia los de los hombres y las mujeres, algo que hacía más difícil respirar en aquel rincón del jardín. La luz de la luna llena no conseguía iluminar sus secretos. Un olor a podrido, caliente y negro, lo impregnaba todo. Los lirios plateados, que se agitaban y quebraban tratando de escapar de sus mástiles lacados, volvían a su sitio como un bumerán, por acción de su misterioso ganglio de oscuras raíces.

—Vamos, Laura —dijo la señora Pringle—. Si todas colaboramos, acabaremos antes. Hay que recoger todo esto. Si no, no nos dará tiempo a bañar a los niños —añadió, consultando la hora en un pequeño reloj de esmalte azul que llevaba colgado de una cadenita.

Laura Trevelyan se había quedado rezagada, soñando despierta, y seguía llevando puesta la chaqueta verde musgo. Estaba bastante pálida. Pequeñas gotas de sudor perlaban su frente, justo en el nacimiento del pelo. Si le hubieran prestado más atención, aquellas personas habrían podido criticarla. Por eso, se sintió aliviada ante

la petición de la señora Pringle. Se puso a ayudar a la señorita Abbey, la institutriz, a recoger tenedores, vaciar platos y envolver los restos de comida. Así evitaba mirar al alemán, aunque su mente no dejaba de evocar la forma masculina de sus labios y su fina muñeca cubierta de vello. Si se movía más deprisa, tal vez fuera capaz de borrar aquellas visiones. Así que lo hizo, en un acceso de furia. El alemán le resultaba terriblemente repulsivo.

El viaje de vuelta a casa fue incluso más agobiante que el viaje de ida, porque había que sumar al señor Bonner a los que ya habían ido en el estrecho carruaje. Ahora que ya no tenía que avergonzarse de Voss, no dejaba de bromear. Le encantaba el alemán cuando podía admirar abiertamente el propósito por el que lo había contratado. Le daba palmaditas en la rodilla a su protegido, tanto para hacer hincapié en que era de su propiedad como para facilitar el entendimiento entre ellos.

Pero Voss se limitaba a gruñir y a mirar por la ventana. Todos estaban cansados de todos, excepto el señor Bonner, que era uno de esos hombres gruesos cuyo ánimo nunca decae. Cuando llegaron al punto donde el camino se bifurcaba hacia Potts Point, Voss se inclinó ligeramente hacia delante y dijo:

—Si no les importa, me bajaré aquí.

—No, no, Voss —protestó el señor Bonner, con tanto entusiasmo que apenas podía respirar—. Venga con nosotros hasta la casa. Después Jim lo llevará a su alojamiento.

Lamentablemente, el amable ofrecimiento sonó como una orden.

—No es necesario —dijo Voss, destrozándose las uñas al forcejear con el marco desvencijado de la puerta del carruaje.

La señora Bonner empezó a emitir un sonido que denotaba una vaga aflicción.

—Si ordena al cochero que se detenga, me bajaré aquí —repitió Voss, con un nudo en la garganta.

Estaba desesperado por escapar de aquel carruaje.

Entonces, el señor Bonner atrajo la atención de Jim Prentice, que estaba en el pescante, con gritos y tal vez incluso con alguna que otra palabra malsonante y, cuando el vehículo se detuvo, él mismo se inclinó para abrir la puerta que se interponía entre el alemán y la libertad.

El cuervo salió de la jaula con paso airado. Aunque tenía la ropa arrugada y cubierta de polvo, había triunfado, si bien el último resplandor de luz crepuscular siempre contribuye a dotar de proporciones heroicas a cualquier cosa. Sería un hombre ridículo, pensó Laura, si no fuera por su arrogancia; ella es la que lo salva, por muy terrible que parezca. Sus ojos la irradiaban en aquella luz mineral de la tarde.

—Le agradezco mucho este agradable *Ausflug*… —comenzó a decir, pero enseguida apretó una mano contra la otra, en señal de frustración—, esta agradable excursión, señora Bonner —añadió.

Aún no había escapado del todo. Las palabras seguían retorciéndose a su alrededor.

La tía Emmy, por supuesto, estaba encantada, y dibujó con la boca varias formas que podrían considerarse apropiadas.

El señor Bonner, que tenía la impresión de que los extranjeros solo entendían cuando se les gritaba, comenzó a quejarse entre dientes.

—Señor Bonner, lo mantendré al corriente de cualquier asunto importante —dijo Voss, mirando en todas direcciones menos al señor Bonner—. Está usted muy ocupado y no quiero abusar de su amabilidad.

Esbozó una leve sonrisa.

—Lo siento mucho si he sido una molestia.

Todos estaban desconcertados por la actitud de Voss, que parecía estar divirtiéndose mucho. Inhaló el aire de la tarde como si nadie pudiera apreciar lo que había sufrido. Hasta sus orificios nasales mostraban su desprecio.

—De nuevo, gracias —dijo, como si así cumpliera con alguna formalidad que solo él comprendía.

E hizo una reverencia.

Dedicada a sí mismo, pensó Laura.

Naturalmente, todas estas rarezas fueron comentadas cuando el coche volvió a ponerse en movimiento. El alemán, que caminaba en dirección al ocaso, parecía una antorcha encendida. En el interior del vehículo, tres personas defendían opiniones ingenuas. La cuarta persona permanecía en silencio.

Laura no hablaba, porque se sentía avergonzada. Del mismo modo que una persona sensible que ha sido testigo de algún desafortunado incidente se siente responsable y necesita expiar su culpa, Laura tenía la impresión de que aquello le atañía directamente. Así, la joven se revolvía temblorosa en su rincón, y se habría ahogado en aquella sofocante atmósfera de no haber llegado enseguida a la casa. En cuanto atravesaron el pórtico de la entrada, con su acústica cavernosa, sintió un alivio inmediato. No había duda: era necesario que ella se humillara para purgar la arrogancia del alemán. Podía sentir cómo sus uñas roían su propio orgullo.

Entonces, Rose Portion, que los había estado esperando en la penumbra, salió, abrió la puerta del carruaje

y sacó el pequeño escalón para que sus amos pudieran apearse.

---

[2]. Quemar una pluma de ave produce un olor acre que tiene un efecto similar al que producen las sales que habitualmente se utilizan para reanimar.

4

Son pocas las personas de talento que se adaptan con facilidad a un plan para superarse. Algunas descubren muy pronto que su perfección no es capaz de tolerar el insulto. Otras advierten que su placer intelectual reside en la teoría, no en la práctica. Solo unas pocas tienen la terquedad suficiente para abandonar, con mucho esfuerzo, el exuberante mundo de sus pretensiones y adentrarse en el desierto de la mortificación y la recompensa.

Laura Trevelyan pertenecía a esta tercera categoría. Había sido custodiada con esmero, atesorada como un objeto precioso. Tenía la piel clara y el porte distinguido, aunque su belleza era impredecible. Su ropa, discreta y bastante lánguida, encajaba a la perfección con su persona. Nadie en la casa era capaz de escribir mejor que ella una nota que requiriera de cierto tacto, ya fuera para dar el pésame o de cualquier otra naturaleza, con aquella caligrafía italiana que buscaba la elegancia al tiempo que evitaba la ostentación. Era el miembro más culto de la familia, en opinión de los demás tal vez demasiado, y más por instinto que por dedicación. Aunque el comerciante nunca les habría negado a sus muchachas las institutrices que su posición requería, así como la *mademoiselle* francesa y el profesor de música; eso huelga decirlo. El conocimiento de la lengua francesa que tenía la sobrina, modesto, aunque suficiente, impresionaba a más de uno, y en las veladas que su tía organizaba siempre la convencían para que tocara, con admirable soltura, una de las piezas para piano de Mendelssohn o Field.

Era pedante, pero no tanto como para no reconocerlo de vez en cuando, cosa que demostraba su inteligencia. Pero saber no implica sanar. La asaltaban todo tipo de oscuras vulnerabilidades que podían llegar a convertirse en obsesiones. Si yo estoy perdida, ¿quién puede salvarse?, se preguntaba, ególatra. Quería expiar los pecados ajenos por todos los medios. Así que, puesto que había rechazado la oración como una solución racionalmente indefendible, al enfrentarse a determinadas necesidades acuciantes, no podía renunciar a la alta opinión que tenía de sí misma, al menos no completamente. Mordiéndose los finos labios mientras se buscaba en el espejo, se decía: Sin duda tengo cierta fortaleza, si es que no se trata de arrogancia. O, añadía, ¿es posible que sea sencillamente voluntad?

Una mañana, cuando las cortinas todavía seguían corridas para mantener el sol a raya, Laura Trevelyan apretó los labios con fuerza y resolvió ejercitar esa voluntad aceptando las primeras etapas de la humillación. Como llevaba reflexionando sobre el asunto desde hacía varias horas, cuando Rose entró en la habitación ya tenía el pulso acelerado.

La joven observó cómo los robustos brazos se alzaban para agarrar las cortinas y tirar de ellas con brusquedad. Entonces, cuando la habitación ya hubo recuperado su forma, cuando hubo colocado la jofaina junto al aguamanil y devuelto una o dos cosas que se habían caído a su lugar, la mujer dijo:

—No ha dormido usted, señorita.

—Yo no diría tal cosa —replicó Laura—. ¿Cómo lo sabes, Rose?

—Bueno, lo sé. Hay cosas que una sabe.

—Veo que estás decidida a confundirme —rio la joven, e inmediatamente frunció el ceño, preguntándose cómo lidiar con la intuición de su criada.

—Soy una mujer simple —dijo Rose.

Laura apartó la cara. La luz amarilla la estaba cegando.

—No sé cómo eres, Rose. Nunca me has dejado verlo.

—Ah, señorita, no soy más que una ignorante. Ahora la que me confunde es usted.

—¿En qué sentido?

—¿Cómo voy a enseñarle cómo soy? No soy una persona culta. Solo soy una mujer.

Laura Trevelyan se levantó con rapidez. Le habría gustado limitarse a abrir un armario y mirar dentro. Un acto tan razonable como la visión de objetos inanimados no habría perturbado sus sentimientos. Sin embargo, lo importante nunca es fácil. Así que miró a Rose y vio su labio tembloroso. En los momentos de angustia, o simple desconcierto, se abría como una herida palpitante.

En aquel instante, ambas estaban de pie en el centro de la gruesa alfombra, temblando, quizá porque se sentían expuestas, desnudas. En el caso de la joven, efectivamente, su camisón era bastante fino.

—Tenga, señorita —dijo Rose, cubriendo a su ama—. Las mañanas siguen siendo frescas.

Por un instante, las dos mujeres se rozaron.

—No tanto —dijo Laura, estremeciéndose. Para ella, cualquier tipo de intimidad, ya fuera física o mental, equivalía a dar un salto mortal.

Entonces cruzó la habitación mientras se cepillaba el pelo, que se había enredado durante la noche.

—Rose —dijo—, ahora tienes que cuidarte. No hagas esfuerzos innecesarios, como levantar peso o bajar corriendo las escaleras.

La torpeza y la fealdad de sus palabras, también su frialdad, la avergonzaron, pero no supo expresarse de otra forma. No merecía ni un aprobado.

—No debes hacerte daño —dijo de forma ridícula.

Rose, que estaba poniendo en orden la habitación, respiraba agitadamente.

—No voy a hacerme daño —dijo por fin—. He pasado por cosas peores. A lo largo de mi vida me he expuesto a muchos peligros.

No esperaba que la eximieran de hacer nada.

—Me opondré a todo el que quiera hacerme sufrir y tampoco causaré sufrimiento a los demás —dijo la joven, para la que todo aquello seguía siendo una cuestión de voluntad y teoría.

Aquella situación era tan extraña que la joven se puso a hablar consigo misma, o con un interlocutor indeterminado. Ahora que había empezado a valorar el alma de otra persona, notaba cómo la suya se iba abriendo lentamente, con movimientos torpes y rígidos.

—Nunca pensé que sufriría tanto —estaba diciéndole Rose Portion—. Yo servía en una casa importante. Estaba a cargo de la despensa, a las órdenes de la mujer más buena que pueda usted imaginar. Era feliz y en primavera, cuando todo florecía… debería haberlo visto, señorita. Era la imagen de la perfección. Tal vez aquel fuera el problema. Me confié, y esperé demasiado. Bueno, todo esto pertenece al pasado. Quería mucho a mi pequeño, pero no soportaba que sufriera. Eso es lo que no entendieron. Considerando que dijeron que solo un monstruo podría haber hecho algo así, no me fue tan mal, ya que solo me condenaron a destierro perpetuo. Pero ellos no habían llevado en su vientre a mi pequeño, ni lidiado con todos aquellos pensamientos, noche tras noche. Y eso es todo. Podría decirse que por aquel entonces mi destino no era sufrir, igual que tampoco lo es ahora. Pero el sufrimiento nos sorprende cuando menos lo esperamos, adoptando formas distintas. Y nunca lo reconocemos, señorita. Ya lo verá.

Poco después, cuando hubo terminado todo lo que tenía que hacer, la rechoncha mujer salió de la habitación de Laura Trevelyan. La joven seguía inquieta, sin duda afectada por la historia de Rose, pero aún más alterada por los peligros que se había propuesto asumir.

Así que, cuando en los días siguientes, la tía Emmy le preguntaba a su sobrina qué debía hacer con Rose, esta nunca sabía qué decirle.

—No estás siendo de ninguna ayuda, Laura —se quejaba la señora Bonner—, con lo lista que eres y las buenas ideas que sueles tener. Y el señor Bonner tampoco. Solo piensa en ese alemán. Cuando no es por una cosa, es por otra. Y, la verdad, estoy muy preocupada.

—Ya se nos ocurrirá algo, tía —decía Laura, que estaba más bien pálida.

Pero la muchacha, lejos de sentirse inspirada, estaba bloqueada.

Laura está cada día más seria, se decía la tía Emmy, y añadía aquel pensamiento a su lista de preocupaciones.

Y entonces la señora Bonner dio con un remedio sencillo pero infalible, al menos a sus ojos. Como curarse a sí misma equivalía a curar a sus pacientes, daría una fiesta que reanimaría los espíritus y calmaría los nervios de todos; incluso los del alemán. Y es que la señora Bonner adoraba las reuniones sociales. Adoraba el modo en que la cordialidad contagiaba incluso a los más airados. Adoraba los adornos bonitos, de vivos colores. Hasta las cáscaras de la fruta, los restos de vino en las copas, las sobras de comida evocaban una especie de magia ya pasada. Fueran un recuerdo o un proyecto futuro, las fiestas la embriagaban; metafóricamente hablando, por supuesto, ya que la señora Bonner nunca tomaba licores, salvo en ocasiones muy especiales, cuando se permitía un sorbito de champán, o en noches muy calurosas, cuando se refrescaba con un vaso de

delicioso ponche de brandy, o, a veces, por la mañana, cuando tenían visita y no había más remedio que ofrecer un madeira *verdaderamente* bueno o un sorbito de vino de diente de león.

—Señor Bonner —dijo, al tiempo que levantaba la cabeza inclinándola hacia un lado para dar gravedad a sus palabras—, no sé si has notado que solo falta una semana para que el señor Voss y sus amigos se pongan en camino. Y opino que lo lógico es que tú, por tu posición, y naturalmente nosotras, como parte de tu familia, lo celebremos.

—¿Eh? —dijo su marido—. Ese alemán no me interesa salvo por lo que se refiere a nuestra empresa común, así que dejemos las cosas como están. Esta situación me desagrada profundamente. Organizar una fiesta sería hipócrita, ¡por no hablar de los gastos!

—Te comprendo perfectamente —dijo la señora Bonner—; el señor Voss ha resultado ser una decepción. Pero dejemos de lado su carácter. Hablo de hacerle justicia a tu persona y a esta empresa, a la que solo puedo referirme como un acontecimiento de relevancia nacional.

La señora Bonner no supo que había dado en el clavo hasta que vio la sorpresa dibujada en el rostro de su marido, y se sintió muy orgullosa de sí misma.

El señor Bonner empezaba a ver las cosas desde otro punto de vista.

Sin abandonar su acostumbrada elegancia, la señora Bonner se aclaró la garganta con decisión y sacó la bandera que se disponía a plantar sobre la cima de su argumentación.

—Una ocasión histórica —prosiguió—, posible gracias a la generosidad de unos cuantos, y de la que tú, no lo niegues, amor mío, ¡y de la que tú y solo tú fuiste la inspiración!

—Todavía está por ver —dijo el señor Bonner, muy satisfecho, pues estaban hablando de él— si fue una inspiración o una calamidad.

—Por eso he pensado —dijo la juiciosa mujer— que podríamos dar una pequeña fiesta, bueno, no una fiesta, algo sencillo, un par de aves y un redondo de ternera, con unas cuantas guarniciones. Y un buen vino. O dos. Y en lo que respecta a los amigos del señor Voss, no es mi intención invitarlos a todos, porque según tengo entendido algunos de ellos son hombres bastante vulgares, sino a uno o dos que son *comme il foh* y saben tratar con damas y jovencitas. Belle tiene un vestido nuevo que todavía no ha estrenado, y Laura está encantadora con cualquier cosa, por supuesto.

Para finalizar, la señora Bonner besó en la frente al señor Bonner y el asunto quedó zanjado.

La señora Bonner concibió su plan el viernes, exactamente una semana antes de que la expedición zarpase en dirección a Newcastle.

Aquella misma tarde, Jim Prentice ensilló a Hamlet y cogió las invitaciones que la señorita Trevelyan había escrito con su elegante caligrafía italiana para entregarlas en casa del señor Voss y el señor Topp, así como en la del señor Palfreyman, que, según se había decidido, era un hombre *comme il foh.* También incluyeron a la señorita Hollier, a quien la gente invitaba cuando la lista de las damas era demasiado corta. La señorita Hollier era una mujer de mediana edad e ingresos modestos, aunque tenía un carácter excelente. Muy ducha en el arte de escuchar a los demás, en ocasiones les hacía sugerencias tan acertadas que sus interlocutores las adoptaban inmediatamente, creyendo que se les habían ocurrido a ellos. Además, era pariente lejana del señor Sanderson, de Rhine Towers, uno de los mecenas de la expedición, lo que resultaba muy apropiado. Para terminar, estaba Tom Radclyffe. Si el teniente no había recibido ninguna invitación era porque su comunicación con cierta persona era constante, y se daba por sentado que asistiría.

Estos fueron los invitados convocados para el miércoles siguiente.

La noche de la fiesta resultó ser muy vaporosa. Belle Bonner fue a la habitación de su prima flotando como una mariposa para enseñarle su vestido nuevo, que la hacía resplandecer con una luz blanca y pura. Sus brazos y sus manos atravesaban constantemente aquellos haces de luz, mitigando las sombras que emergían con fugacidad. La luz del sol realzaba los distintos tonos de su suave cabellera, que brillaba y despedía un aroma de lo más agradable.

—Oh, Belle —exclamó Laura, nada más verla.

Las jóvenes se besaron con ternura, con cuidado de no despeinarse.

—Pero me aprieta —dijo Belle, desesperada—. Voy a reventar, ¡ya verás!

—Y nos pondrás a todos perdidos —bromeó Laura.

Ambas se echaron a reír exageradamente, escandalosamente, como si estuvieran locas. Casi se mueren de risa.

—Bueno, al menos la señorita Hollier no se fijará —dijo Laura, estallando en una estruendosa carcajada—. Como tampoco se fijaría si llevaras tu peor blusa y unas enaguas. Es demasiado educada.

—Laura, ¡para! —suplicó Belle, llorando de la risa—. Hablo en serio, Laura. Puede que la señorita Hollier no se fije, pero los demás sí lo harán. Yo creo que al señor Voss no se le escapa nada.

Casi inmediatamente recordaron la edad que tenían y, entre suspiros, recuperaron la compostura.

Si Laura no llamaba la atención tanto como su prima, era porque aquella noche Belle estaba muy hermosa. Era evidente. Belle estaba encantadora, como una flor que se abre nada más llegar la primavera, mientras que Laura necesitaba el entorno adecuado para florecer. Llevaba un vestido azul y verde que no reflejaba la luz, sino que la atraía y la preservaba con gran sutileza, algo que, de hecho, hacía que sus brazos y sus hombros destacaran de un modo más enigmático. Su cabeza era una joya de color oscuro, de esa clase que pasa desapercibida porque nunca nadie ha aprendido a admirarla.

—Bajemos antes de que llegue mamá —sugirió Belle—; así podremos tomar algo que nos infunda un poco de valor.

Las dos muchachas, perfumadas con talco francés y agua de lavanda, comenzaron a descender la sinuosa escalera. Llevaban sendos ramilletes de camelias sujetos a la pechera, y caminaban muy erguidas por temor a que cualquier gesto o ademán demasiado brusco amustiara los pétalos.

Aquella noche podía suceder cualquier cosa. Dos enormes lámparas habían transformado el salón en un huevo luminoso y perfecto en el que los invitados enseguida encontraron su lugar. Todos estaban esperando para salir del cascarón a la más mínima señal. ¿Es que nadie iba a abrir el pico? Los ojos parecían optimistas, si bien los párpados, también con forma de huevo y plagados de venitas, tenían más experiencia. Mientras tanto, las voces femeninas se enredaban y anudaban como hilos de color blanco. Las voces de los hombres, que acababan de entrar, espesaron el tejido. Pero nadie dijo lo que realmente quería decir, y aquellas palabras quedaron en un segundo plano. Los presentes permanecieron de pie, sonriendo, y aceptaron pronunciar, incluso con trazas de sinceridad, las palabras que habían sido puestas en su boca. Considerando lo temprano de la hora, bien podría haberse tratado de un sueño cruel.

Hasta que Tom Radclyffe, con las mejillas escarlatas ardiendo de emoción y rebosante de seguridad en sí mismo por la suerte de la que gozaba, despertó repentinamente de aquel extraño sueño y abrazó la realidad. La tela del sorprendente vestido de Belle le provocó pequeños escalofríos de devoción cuando le rozó la piel. Todos los presentes, que compartían la misma devoción, convinieron en que Belle era la reina del baile.

Hasta el señor Voss sufrió una punzada de nostalgia por los maizales y las manzanas maduras.

—Raras veces añoro la Alemania que he dejado atrás —le comentó a la señorita Hollier—, aunque acabo de darme cuenta de que anhelo vivir otro verano alemán. Las pendientes de los campos no tienen parangón, con sus suaves desniveles. Los árboles son muy verdes, incluso cuando están cubiertos de polvo. Y los ríos… ¡oh, cómo fluyen los ríos!

Una ola de melancolía invadió a la exquisita señorita Hollier.

Entonces, la señora Bonner, que tenía una sorpresa para el señor Voss, tomó un libro de poesía escrito en alemán que probablemente alguna institutriz se había dejado por allí.

—Tenga —dijo, con un risita traviesa, como si estuviera chapoteando en el agua con las manos.

—*Ach!* —exclamó Voss, con un profundo suspiro.

Aunque parecía complacido.

Empezó a leer. Laura volvió a tener la sensación de estar en un sueño, pero esta vez de distinta naturaleza; en cualquier caso, se trataba de un sueño, un sueño en el huevo sólido de la luz de la lámpara, del que todavía no habían nacido.

Voss leyó, o más bien soñó, en voz alta:

Am blassen Meeresstrande
Sass ich gedankenbekümmert und einsam.
Die Sonne neigte sich tiefer, and warf
Glührote Streifen auf das Wasser,
Und die weissen, weiten Wellen,
Von der Flut gedrängt,
Schäumten und rauschten näher und näher…

Y cerró el libro con brusquedad.

—¿Qué dice el poema, señor Voss? —preguntó la señora Bonner—. *Debe* usted decírnoslo —protestó.

—Oh, sí —suplicó la señorita Hollier—. Tradúzcanoslo.

—La poesía no admite traducciones. Es demasiado personal.

—Eso no ha sido muy agradable —dijo la señora Bonner, que tenía la costumbre de insistir de un modo casi patológico para que le aclararan cualquier cosa que no entendiera.

Laura se volvió de espaldas. Le había estrechado la mano al alemán, y había intercambiado con él alguna

que otra sonrisa, aunque no de reconocimiento. No era eso lo que buscaba. Voss se mostraba igual de pálido cuando estaba conmovido por los recuerdos del pasado y cuando estaba sereno, en el presente. Laura se sintió aliviada cuando sirvieron la cena y pudieron centrar su atención en los asuntos prácticos.

Todo iba a las mil maravillas, aunque Cassie se había pasado al asar la carne. El señor Bonner frunció el ceño con desaprobación. Había multitud de platos; Rose Portion, cuyo estado todavía no se apreciaba bajo el delantal, y un hombre de edad avanzada que el archidiácono Endicott, que vivía en la misma calle, les había procurado para la ocasión los servían con destreza. El hombre del archidiácono tenía un aspecto muy respetable, ataviado como estaba con librea y guantes de algodón, y solo metió el pulgar en la sopa en una ocasión. Además del anciano y de Rose, también estaba Edith, que habría pasado desapercibida si no se hubieran escuchado al otro lado de la puerta los extraños sonidos que profería mientras daba buena cuenta de lo que había sobrado del postre antes de marcharse a su casa.

Voss comía con apetito, sin mostrar ningún recato. Así es como debe ser, se dijo Laura. La incomodó comprobar que la forma en que aquel hombre usaba el cuchillo y el tenedor la fascinaba, y decidió que intentaría por todos los medios no prestarle atención.

—Daría lo que fuera por saber qué está pensando la pequeña Laura en este momento —comentó Tom Radclyffe, con la familiaridad de quien está a punto de convertirse en primo.

Le divertía disgustar a los demás, al menos a aquellos que no podían serle útiles.

Sin embargo, Laura no estaba dispuesta a darle aquella satisfacción.

—Me temo que se sentirá usted decepcionado —replicó—, porque no estaba pensando en nada en particular. Que es otra forma de decir que pensaba un poco en todo. Pensaba en lo feliz que puede sentirse uno en mitad de una conversación en la que no está obligado a participar. Las palabras solo resultan placenteras cuando no se pronuncian por obligación. En esos casos, nunca puedo resistirme a añadir otra más a mi colección, del mismo modo que algunas personas disfrutan coleccionando piedras poco comunes. También estaba pensando en el precioso plato de dulce de membrillo que he visto esta tarde al pasar por la cocina. Después, por si sigue usted interesado, en el broche de granates de la señorita Hollier, que según tengo entendido heredó de una tía, y que me gustaría que fuera comestible, como el membrillo. ¡Ah! Y en el poema del señor Voss, que he comprendido en cierto sentido, aunque no en su sentido literal. Y justo ahora, mientras observaba el muslo que hay en el plato del señor Palfreyman, me he acordado de aquella vez que vi los huesos de un hombre, que, al parecer, fueron desenterrados por un zorro, mientras paseaba con Lucy Cox por el cementerio de Penrith, y en cómo ese hecho no me afectó en absoluto, a diferencia de Lucy. Lo que me asusta es la muerte en sí, no los huesos.

La señora Bonner, que consideraba que ya había sobrepasado los límites de lo conveniente, empezó a hacerle muecas discretas a su sobrina, mientras trataba de ocultarlas con la esquina de la servilleta. Aunque no hizo falta que se esmerara demasiado, porque Laura no sentía ningún deseo de continuar. Estaba claro que su último comentario había sido el definitivo.

—Que me aspen si estas jovencitas instruidas no son el mismísimo Diablo —dijo Tom Radclyffe, que ahora parecía visiblemente disgustado.

Aquellas ideas perturbaban su masculinidad.

—Lamento mucho haberle dado exactamente lo que me ha pedido, Tom —dijo Laura—. En el futuro, más vale que tenga usted cuidado con lo que desea.

—Pues lo que yo lamento es que tenga usted unos pensamientos tan horribles en una ocasión tan festiva, Laura. ¡Los huesos de un hombre muerto en su tumba! —dijo la señorita Hollier—. El señor Palfreyman me ha estado contando cosas muy instructivas e interesantes acerca de los pájaros.

El aludido parecía muy triste.

En efecto, lo que más le gustaba en el mundo al señor Palfreyman eran los pájaros, y precisamente pensaba en ello mientras observaba los dientes relucientes de la señorita Hollier, aun sabiendo que su actitud no era la más apropiada ni la más lógica. Algunas personas no eran capaces de tocar el cuerpo plegado de un pájaro muerto. Él, sin embargo, tenía que aprender a disimular su aversión al roce de unas manos cariñosas.

Para entonces, ya se había servido el postre*:* canastillas de caramelo con guirlache, coronadas con abundante merengue. Cuando la mujer grande y rechoncha, aunque atenta, que estaba sirviendo la cena depositó en la mesa el dulce de membrillo, Voss comprobó que, efectivamente, se trataba de un plato precioso, de color granate, con rombos de un jade pálido y una estrella un poco maltrecha del mismo tono, o del color de la angélica.

Y entonces, aunque hasta aquel momento no había sentido la necesidad de llamar la atención de la sobrina, el alemán miró directamente a la joven, que parecía haberlo evitado durante toda la velada y, sin ninguna intención de ser irónico, le dijo, sonriendo:

—Si no ha entendido usted el poema literalmente, ¿cómo lo ha interpretado?

Laura Trevelyan frunció levemente el ceño:

—Usted mismo ha dado antes la respuesta a esa pregunta.

Justo en aquel momento, todos los comensales se encontraban absortos en la conversación sobre los pájaros, y nadie prestaba oídos al alemán y a la joven, que por primera vez desde el pícnic de los Pringle se encontraban a solas, y mucho más cerca el uno del otro de lo que Laura habría deseado.

Aun así, la joven le devolvió la sonrisa y dijo:

—Debe usted permitirme tener algunos secretos.

Voss se preguntó si estaba siendo sincera o solo coqueta, pero como había tomado varias copas de vino, no le importó demasiado. La cabeza de la joven parecía brillar a la luz de las velas, aunque el alemán no habría sabido decir si aquello era fruto de la histeria propia de las jóvenes o de la sensibilidad que parecía poseer, un rasgo que él aborrecía precisamente porque no conocía sus secretos.

Siguió observando a Laura mientras ella inclinaba repetidamente la cabeza sobre el plato, y comprendió que tarde o temprano se produciría alguna revelación, si bien aquella perspectiva lo aterraba.

Tal y como estipulaba el ritual, una vez que las damas hubieron dejado a los caballeros para que se tomaran una copita de oporto y todos se hubieron aburrido un poco, la señora Bonner se abalanzó sobre el señor Topp, sonrió y le preguntó si tendría la bondad. Era obvio que lo habían invitado solo por aquello. Como la situación se repetía con frecuencia, no se sintió sorprendido ni ofendido, sino que se dirigió al pianoforte con tal alivio que habría herido la susceptibilidad de sus an fitriones si estos se hubieran dado cuenta. Mientras tanto, la señora Bonner, cuyo mayor talento consistía en extraer de la carne el mármol que se oculta en ella, andaba ocupada en crear grupos escultóricos con sus invitados, que quedaron inmovilizados en sus asientos. Cuando consiguió dominar plenamente la situación, casi se sintió feliz. Por norma general, solo la música y las ideas conseguían esquivarla, pero, en aquel momento, tenía la sospecha de que se le escapaba algo más. Si hubiera sido capaz de determinar qué era, de convertir en piedra lo infinito, de estar segura de que todo a su alrededor estaba dispuesto como debía, se habría hundido en su sillón favorito y habría estirado los pies sobre el pequeño escabel de capitoné.

El señor Topp no dejaba de tocar. Podría haber seguido durante toda la noche, pues había desarrollado el hábito de tocar para sí mismo, pero no había que olvidar a la señorita Hollier, a la que acabaron convenciendo para que interpretara aquella pieza en la que cruzaba las muñecas sobre las teclas varias veces con una gracia inusitada.

Entonces, Tom Radclyffe se puso en pie y comenzó a cantar *Hechizo de amor* con su voz de bajo ligero. Un fervor auténtico hinchó su casaca escarlata e hizo vibrar los objetos de cristal y porcelana que abarrotaban los anaqueles de las vitrinas. La tez de Belle Bonner se había vuelto de un blanco grisáceo.

El teniente cantaba:

Muchacha, mírame a los ojos
¡Sin pestañear, seria, sin dudar!
Muchacha, escucha lo que te digo
¡Responde a mi pregunta sin dudar!
Mírame a los ojos sin pestañear
Taimada doncella, respóndeme sin dudar.

En aquel momento, Belle ni sentía ni padecía. Estaba envuelta en una nube de ternura sin fisuras, si es que ella misma no se había convertido en nube. Permanecer en aquel trance, en la nube que envuelve a otra nube, habría significado la dicha eterna, pero su naturaleza práctica la impulsó a salir a pasear por el sendero de grava que rodeaba la casa en la que vivía y que era el emblema de la prosperidad y la elegancia. Y del Amor; el Amor, ¡por supuesto! El Amor se acercaba a ella por aquel sendero de grava, despidiendo un familiar aroma a aceite de macasar o, bajo otra de sus formas, con la piel suave de un bebé. Hasta que Belle se sonrojó y todos los que aguardaban a que aquello ocurriera lo presenciaron.

Para entonces —todavía no se había servido el té—, la luz, que al principio había sido de un amarillo sólido, concentrado, ya estaba teñida de palpitantes tonos rosáceos. Los pétalos que habían caído sobre la madera de caoba se reflejaban en el techo. Las enormes rosas, una vez perdida su frescura, se habían convertido en una explosión de aromas y estambres pegajosos. Hacía bastante calor.

En parte por esa razón, Laura Trevelyan había salido a la terraza, esquivando a las polillas con destreza; la balaustrada estaba engalanada con jarrones de piedra, y alguien había aplastado los geranios. Pero el aire pesado de la oscuridad le resultó más desagradable que el ambiente reconcentrado y empalagoso de la

habitación. La luz de las lámparas la acompañaba en su paseo. Sin embargo, no alumbraban demasiado y dudó de si debía alejarse más. Ahora cabía la posibilidad de que aquella sólida casa y todo lo que contenía, la historia de todas aquellas personas, no fuesen más que una figuración, y que la noche, incomprensible y sofocante como la carne salvaje, distante y dilatada como las estrellas, prevaleciera por ley natural.

Dejándose arrastrar con agradable resignación por aquella nihilista oscuridad, la joven tropezó con un cuerpo sólido, y volvió en sí inmediatamente.

—Le ruego que me disculpe, señorita Trevelyan —dijo Voss—. Veo que usted también ha salido en busca de un poco de aire.

—¿Yo? —dijo Laura—. Sí, la atmósfera estaba un poco cargada. Las primeras noches de calor son muy sofocantes. Aunque no debe uno confiarse. Siempre es posible que en media hora se levante tal viento que todos acabemos tiritando.

A pesar de la lanosa oscuridad que los envolvía, ella ya había empezado a estremecerse. Allí abajo, alrededor de la bahía, había una zona pantanosa cubierta de juncos. Según decían, un joven se había adentrado hacía poco en aquella zona para buscar mejillones, y había contraído una fiebre que le había ocasionado la muerte.

Pero Voss no estaba interesado en las peculiaridades del clima.

¿Hasta qué punto es sincera esta joven?, se preguntó.

Como no estaba acostumbrado a reconocer sus propias falsedades, era bastante sensible a las de los demás.

Todo esto es muy indecoroso, sin duda, reflexionó Laura; he salido aquí sin ningún motivo justificado. Se sentía indefensa. E incluso culpable.

—Estoy tratando de imaginar su vida en esta casa —dijo Voss, mirando el panal que formaban las ventanas; en algunas de ellas se distinguían sombras que parecían trasegar durante un instante antes de sumergirse de nuevo en la luz de color miel—. ¿Se ocupa usted de la ropa de hogar?

Estaba realmente interesado, como si aquello lo afectara de algún modo todavía desconocido.

—¿Hace usted pasteles? ¿Cose el dobladillo de las sábanas? ¿O solo se dedica a leer novelas y a recibir a damas de cintura de avispa y modales afectados todas las mañanas?

—Hacemos un poco de todo —admitió Laura—. Eso sí, de ningún modo somos insectos, señor Voss.

—No era mi intención sugerir tal cosa —dijo él, riéndose—. Es mi forma de hablar.

—¿Tan difícil les resulta a los hombres imaginar la vida doméstica de una pobre mujer? ¡Me parece algo extraordinario! O tal vez quien es extraordinario sea usted.

—No sé qué piensan los demás hombres, así que no podría responder a esa pregunta con seguridad —afirmó Voss, aunque en su fuero interno sí tenía una opinión.

—Pues yo creo saber lo que piensan la mayoría de los hombres —dijo la joven con suavidad—. Aunque solo a veces, claro. Una de las ventajas de las mujeres-insecto es que tenemos infinitas ocasiones para dejar volar la imaginación en nuestro ir y venir por la colmena.

—Y en mi caso, ¿qué le dice su imaginación?

Por supuesto, se echó a reír, pensando en lo absurdo de la respuesta que esperaba. Aunque habría estado dispuesto a escuchar prácticamente cualquier cosa.

—¿Caminamos un poco? —sugirió Voss.

—Es peligroso ir a pasear con esta oscuridad.

—No está tan oscuro. Solo hay que acostumbrarse.

Lo cual resultó ser cierto. La densa noche se estaba volviendo más luminosa. Al menos, casi podían ver sin ser vistos.

Ambos, hombre y mujer, caminaban sobre la hierba, que guardaba silencio bajo sus pies. Las hojas suaves, casi frías, acariciaban sus rostros y las palmas de sus manos.

—Estas son las camelias que mi tío plantó cuando llegó aquí en su juventud —dijo Laura Trevelyan—. Hay quince variedades y otras tantas mutaciones. Esta es la planta más grande —dijo, agitándola como si se tratara de un objeto inanimado; las flores formaban parte de su vida, las necesitaba—. Es blanca, pero tiene una rama de la que crecen flores jaspeadas, ya sabe, como los cantos de un libro de cuentas.

—Interesante —dijo Voss.

Pero aquella respuesta sonó tan oscura como la esponjosa negrura que los envolvía.

—Así pues, ¿no va a responder a mi pregunta? —inquirió Voss.

—Oh —dijo ella—, ¡se refiere a esa tontería que he dicho! Aunque, hasta cierto punto, es verdad.

—Entonces, respóndame.

—La verdad ofende a todo el mundo, y no creo que usted vaya a ser una excepción.

Pero ambos sabían que era inevitable que la joven acabara hablando. Y cuando lo hizo, pareció como si

estuviera leyendo de un cuaderno, solo que el cuaderno era su cabeza, y el discurso había sido escrito con una tinta invisible que la noche había secado con su brisa; cuando leyó, o habló, se hizo evidente que Laura había empezado a compilar sus notas desde el momento en que se conocieron.

—Es usted grande y feo —recitaba mecánicamente Laura Treve-lyan—. Me imagino un desierto de rocas, rocas formadas por prejuicios e incluso… sí, incluso odio. Está usted aislado de todos. Por eso le fascina la perspectiva de encontrar lugares desiertos en los que sabe que se sentirá cómodo, o incluso enardecido. De vez en cuando regala palabras amables o fragmentos de poesía a la gente, pero estos comprenden enseguida el alcance de su ilusión. Todo lo hace por usted. Cuando experimenta emociones humanas, se siente halagado. Si dichas emociones despiertan algo en los demás, también se siente halagado. Pero creo que cuando más halagado se siente es cuando despierta el odio, o incluso la cólera de los caracteres más débiles.

—¿Acaso me odia? —preguntó Voss en la oscuridad.

—Usted me fascina —dijo Laura Trevelyan, riéndose tan inocentemente que su confesión no pareció presuntuosa—. ¡*Usted* es *mi* desierto!

Sus brazos se rozaron una o dos veces, y Voss notó que la joven estaba bastante nerviosa, o alborozada.

—Celebro no depender de su buena opinión —dijo.

—No —respondió ella—. ¡No depende de la opinión de nadie!

La vehemencia de la joven lo sorprendió. En aquellas circunstancias, arrepentirse era un lujo que no podía permitirse, y no tenía ninguna intención de regodearse en aquella debilidad. Además, la fe en su propia valía seguía intacta.

Voss empezó a morderse las uñas en la oscuridad.

—Está usted molesta —dijo—, porque le gustaría compadecerme y no puede.

—Si ese fuera el caso, sin duda tendría motivos para estar molesta —soltó la joven con brusquedad.

—Le gustaría tenerme presente en sus oraciones.

Para entonces, Laura Trevelyan se había perdido en la oscuridad del jardín. Yo también soy autosuficiente, recordó, sintiendo cierta aversión hacia sus plegarias del pasado.

—Yo no rezo —respondió con tristeza.

—*Ach!* —saltó él—. ¿Es usted *atheistisch*?

—No lo sé —respondió ella.

Había empezado a destrozar un grupo de camelias blancas de la planta más grande. Rompía las ramas, que ahora no eran más que una mísera masa informe, como si se tratara de algo inanimado, como papel secante, y no algo vivo.

—Los ateos a menudo deciden serlo por motivos mezquinos —estaba diciendo Voss—. El más mezquino de todos consiste en su propia falta de grandeza, que les impide concebir la idea de un Poder Divino.

La mirada de Voss era fría. La joven reparó en que el viento que había augurado momentos antes había empezado a soplar. Las estrellas se estremecían. Las hojas se golpeaban entre sí.

—Por lo que yo sé, los motivos de los ateos —dijo Laura— son simples, honestos y personales. Porque un paso así solo se da en la intimidad y, sin duda, tras sufrir una angustia indecible.

La oscuridad estaba cada vez más furiosa.

—Pero el Dios al que han abandonado es un Dios concebido de un modo mezquino —prosiguió Voss—. Es fácil destruirlo, puesto que está hecho a su imagen y semejanza. Es patético, porque su destrucción no prueba el poder del que lo destruye. El *Atheismus* es un suicidio. ¿No lo comprende?

—Comprendo que me he destruido a mí misma. Pero es usted, señor Voss —exclamó Laura—, es usted quien me preocupa. Ver que otra persona puede sufrir mi misma suerte es mucho, mucho peor.

En el fragor de la conversación, la joven había agarrado con firmeza la muñeca del hombre. Se esforzaban por abrir bien las piernas para mantener el equilibrio sobre aquella Tierra que no paraba de girar, y sus movimientos eran antiestéticos y espasmódicos.

—No creo que nos parezcamos demasiado —replicó Voss sin despegar la mirada, que volvía a ser fría, de los ojos de la joven.

Laura clavó las uñas en la carne del alemán.

—Probablemente ambos estemos condenados por nuestro orgullo —dijo.

Entonces él, con una sacudida, alejó de sí a aquella joven histérica para poner fin a la situación, y se humedeció los labios, que habían empezado a crisparse, no por fragilidad, sino por rabia. Respiró profundamente. Bebió de los enormes cielos áridos de estrellas fluctuantes. La mujer que tenía a su lado había comenzado a adoptar la forma de algo tierno e indefenso.

En efecto, Laura Trevelyan había decidido no seguir por aquel camino, independientemente de lo que se le revelara.

—Por algún motivo relacionado con la vanidad intelectual, usted ha decidido prescindir de Dios —decía Voss; ella sabía que el alemán estaba sonriendo—. Y nadie salvo usted sufrirá las consecuencias. Se lo aseguro.

Esa era la verdad; y quería que ella la supiera.

—Tengo la sensación de que usted todavía duda respecto a mí —continuó—. Pero debe comprender que yo sí tengo fe. Aunque soy orgulloso. ¡Ah! ¡La humildad, la humildad! La humildad me resulta particularmente fastidiosa. Mi Dios, además, está por encima de la humildad.

—¡Ah! —dijo ella—. Ahora lo comprendo.

Estaba claro. De pronto lo vio, allí de pie, envuelto en el fulgor de su propio desierto resplandeciente. Por supuesto, Él era indestructible en sí mismo.

Y entonces empezó a compadecerse de él y dejó de compadecerse de sí misma, cosa que había estado haciendo durante semanas en casa de su tío, cuyo indefectible y benevolente materialismo fomentaba la práctica de la autocompasión. Junto con la humildad, el amor también pareció volver a ella. Laura se sentía deliciosamente vulnerable.

—Estaré preocupada por usted —dijo—. Considerando a lo que se va a enfrentar en este viaje, su intención de mantenerse firme en su orgullo resulta verdaderamente alarmante.

—No tengo la costumbre de imponerme límites.

—Entonces, aprenderé a rezar por usted.

—¡Oh, Dios mío! Ahora sí que la he pillado —dijo, riéndose—. Es usted una apóstol del Amor disfrazada de atea por algún propósito que ni siquiera conoce. ¡Pobre señorita Trevelyan! Sus oraciones me perseguirán por todo el continente australiano como pedacitos de papel blanco. Ahora que sé a ciencia cierta que usted es una de esas personas que rezan, puedo ver ante mis ojos esas trizas de papel, revoloteando a merced del viento.

—He dejado de ser una de esas personas. Pero volveré a aprender.

Aquellas ideas tan simples estaban rodeadas de tantas dificultades que apenas conseguían brotar de su inepta mente.

Entonces él colocó la mano sobre el hombro de la joven, y con este gesto ambos se percataron de que habían vuelto al mundo físico.

—¿No le parece que hace mucho frío? —dijo ella de pronto, temblando.

—Sin duda vendrán a buscarla. Pensarán que se ha perdido en el jardín.

—Están entretenidos con sus cosas.

—Esta noche me he comportado de forma odiosa con usted —confesó el alemán, como si acabara de darse cuenta; pero ella no estaba molesta. Ahora que había recuperado sus convicciones, los defectos de Voss casi le gustaban—. Hemos sido unos estúpidos —dijo—, por pretender adentrarnos en la parte más íntima de nuestro ser, el suyo y el mío.

Ella sonrió.

—Sé que está sonriendo —dijo el alemán—. ¿Por qué? —preguntó, y se echó a reír.

—Porque lo que me gusta precisamente es nuestro *ser* —replicó.

—¿Porque no somos expresivos?

—No, no, me atrevería a decir que sí somos expresivos, aunque también torpes.

La hermosa y titubeante joven de aquella noche, con su vestido azul y verde, y el alma apasionada y confusa de la mujer que había batido las alas y forcejeado en el oscuro jardín en su intento por salvar (si no dominar) al extranjero estaban empezando a dejar paso al burdo placer de la carne.

—Hace mucho tiempo que renuncié a expresarme —dijo la joven, sin reservas, y suspiró.

El hombre bostezó.

Disfrutaba de la compañía de aquella joven, que, a pesar de estar exhausta, se mantenía en pie sobre sus zapatos de tacón con la naturalidad que solo una educación esmerada puede proporcionar.

—Cuando era más joven —dijo Laura, como si hiciera muchísimo tiempo de aquello—, escribía un diario. Anotaba todo lo que pensaba, absolutamente todo. Tampoco era mucho. Y qué orgullosa me sentía al leerlo. Después, ya no fui capaz de seguir haciéndolo. Me quedaba mirando la página en blanco y me parecía que expresaba mucho más que mi propio vacío.

El hombre volvió a bostezar. Sin embargo, no estaba aburrido; al contrario: se sentía muy feliz. Lo que había ocurrido también lo había dejado exhausto, pero el agotamiento físico había empezado a sellar el recuerdo en su memoria.

—Mientras dure la expedición —dijo—, yo también llevaré un diario que usted podrá leer después, y será como si me hubiera acompañado a cada paso.

Hasta su orgullo estaba cansado, como un niño que ha estado jugando todo el día.

—El diario oficial de la expedición —le murmuró la joven, sin ironía, al niño cansado.

—Sí. El diario oficial —convino él con seriedad. Era obvio que Laura lo leería con ese interés que las mujeres suelen mostrar por los logros de los hombres.

Sí, tengo que rezar por él, pensó; lo va a necesitar.

Voss se sentía inexplicablemente halagado por la presencia silenciosa de la joven que lo acompañaba en la oscuridad, y también muy feliz.

Entonces, la señora Bonner, que había surgido de la luz sólida, oteó la oscuridad, gritando:

—¡Laura! Laura, querida, ¿dónde estás? ¡Lauraaa!

Su sobrina se vio obligada a acudir a la llamada y, al marcharse, rozó ligeramente la mano de Voss. Él no sabía si su deber era acompañarla o quedarse donde estaba, y optó por lo primero.

Salieron de la oscuridad casi al mismo tiempo, como dos sonámbulos. La tía Emmy se sobresaltó.

—Hija mía, ¡estarás helada! —empezó a decir, con gesto preocupado. Como si no hubiera visto a Voss, añadió—: Con este viento tan traicionero.

Con este hombre tan horrible.

Y se arropó con un chal invisible para calmar la desazón que aquella situación le provocaba.

—A la señorita Hollier le gustaría que tocaras un nocturno de Field, el que tiene ese final tan bonito, ya sabes. Ese que me gusta tanto.

Entraron en la habitación de luz rosácea, donde el señor Bonner, formando un triángulo con las manos, le estaba explicando al señor Palfreyman, que mostraba un aguante inusitado, la peligrosa influencia que los sectarios —un eufemismo de los católicos romanos— tenían en la Colonia. No era muy habitual que temas de índole espiritual alteraran así al señor Bonner.

Laura Trevelyan se sentó al piano e interpretó el nocturno de Field de un modo más bien soso.

El alemán, que había seguido a las damas hasta el salón, permaneció allí de pie, mordiéndose los labios, ajeno al aspecto extraño e incluso embarazoso de su cuerpo, escuchando, o fingiendo hacerlo, como si la música pudiera postular alguna idea que superara aquella afable mediocridad. Después se dejó caer con bastante tosquedad, según le contaría después la señorita Hollier a una amiga, sobre un sofá muy rígido que no correspondió a su movimiento como él esperaba. Se quedó allí, arrellanado, pasándose la mano por la frente y los ojos cerrados, más o menos indiferente a todo, hasta que Laura terminó la pieza.

Así transcurrió el resto de la velada. Ni siquiera él sabía a ciencia cierta en qué había estado pensando. De haber podido, de no haberse destruido a sí mismo deliberadamente, sin piedad, desde el principio, le habría gustado dar algo; el qué, no lo sabía. Pero, como ya no podía, permaneció allí, en la habitación iluminada, arrullado por la iridiscencia de la música y de las inmensas distancias hacia las que ya había empezado a avanzar penosamente.

5

El día en que Johann Ulrich Voss y su equipo debían zarpar hacia Newcastle, en la primera etapa de su intento por cruzar el continente, un buen número de curiosos conocidos y desconocidos se congregó en el muelle. La mañana era serena y cristalina, si bien el viento había soplado casi sin descanso durante los tres días anteriores. Aquellos que entendían de esas cosas aseguraban que volvería a soplar por la tarde y que era muy probable que entonces el *Osprey* pudiera zarpar.

Aquella preciosa mañana todos se afanaban en los preparativos, aunque, ante la visión de las verdes aguas meciéndose plácidamente junto a los buques y los modestos botes auxiliares, no era difícil perder la fe en la furia del océano. La vida parecía compasiva. Nadie sería crucificado en los amables árboles plantados a lo largo de la costa en dirección norte. El paisaje resplandecía con una belleza desapasionada que encontraba su eco hasta en las tareas de los hombres. Los comerciantes parecían más afables, más cordiales en su burdo intento de cumplir con su cometido. Aquel buque largo y escorado que olía a brea fresca, a cáñamo, a sal y a la tierra que todavía impregnaba las patatas que acababan de subir a bordo; aquel buque, que llevaría a la expedición en el primer trayecto, el más amable, de su colosal viaje; aquel buque, que era fruto de la conjunción más afortunada entre arte y ciencia, clamaba a los cuatro vientos que llegaría sin esfuerzo a buen puerto; o eso parecía.

La mayor parte de los aparejos ya habían sido cargados la noche anterior o esa misma mañana, temprano, antes de que los borrachos empezaran a deambular por las roderas de las calles, mientras las vacas de ubres rebosantes se dirigían en fila hacia los márgenes de la ciudad. Las estrellas todavía no se habían ocultado cuando Voss se metió la fría camisa por la cabeza. Su mirada clara, que la gente sencilla siempre encontraba sorprendentemente expresiva, había tocado la fibra sensible de la señora Thompson; la pobre mujer se había despedido de él en camisón, llorando a lágrima viva mientras evocaba a sus seres queridos, ya difuntos. Topp, con su gorro de dormir y los ojos hinchados, también visiblemente emocionado, le había estrechado la mano a su inquilino, prometiéndole que iría a despedirlo al muelle. Después, Voss se había subido al carro de un expresidiario irlandés, que lo llevaría hasta el puerto. La hierba irregular, en aquellos puntos en los que todavía crecía, estaba cubierta de rocío.

Durante toda la mañana, Voss estuvo yendo y viniendo del barco. Algunos se cruzaron con él, le preguntaron cosas y se ofrecieron a ayudarlo. Otros no lo vieron, aunque todos sabían que andaba por allí. Él era el líder. Aquella noche había perdido peso solo de pensar en el futuro. Desde cualquier punto de vista, la empresa que estaban a punto de comenzar era tan inmensa que Voss se enfadaba y daba la espalda a aquellos de sus hombres que eran lo bastante simples para exigir alguna explicación de lo que les aguardaba, dejándolos sumidos en el más absoluto desconcierto. Otros alcanzaban a vislumbrar su cabeza o su espalda antes de que desapareciera bajo cubierta, y se sentían aliviados de no tener que relacionarse con él, aunque agradecían su presencia, desconocida y temida a la vez. A otros se los comían los celos.

Todos ignoraban a Harry Robarts, que aquella mañana había llegado temprano, poco después de su líder, y el pobre muchacho se habría sentido sumamente perdido en aquel escenario perfecto si un poco más tarde no hubiera advertido al señor Palfreyman, el ornitólogo, que, con gran esfuerzo, estaba tratando de subir a bordo una serie de extrañas cajas para especímenes; un carretero sin escrúpulos las había dejado en el muelle y se había marchado sin más. Aquel era el tipo de situación que despertaba la gratitud y el fervor de Harry. Su vida solo tenía sentido cuando podía servir a los demás.

Así que bajó la pasarela como alma que lleva el diablo, dispuesto a cumplir la voluntad suprema de cualquier amo que el destino le deparara. Llevándose la mano a la gorra, dijo con nerviosismo:

—Señor Palfreyman, si me lo permite, estaré encantado de echarle una mano con esas cajas. El tiempo pasa más deprisa cuando uno puede serle de ayuda a los demás.

Para algunos, Harry se comportaba de un modo demasiado servil y, de hecho, en aquella ciudad algunos individuos le habían echado en cara su actitud. Sin embargo, el muchacho continuaba entregándose a los demás sin reservas, porque aquella era su naturaleza.

—Sí, claro, Harry, por supuesto. Eres muy amable —dijo el ornitólogo, visiblemente sorprendido.

Al fin y al cabo, el señor Palfreyman parecía un hombre rígido e insignificante. De hecho, cuando no había ningún motivo por el que tuviera que hacerse notar, podían pasar varios días antes de que alguien se fijara en él. Mientras se llevaban a cabo los preparativos de la expedición, se había retraído en su mundo interior y, solo ahora que los marineros soltaban los cabos y se llamaban a gritos los unos a los otros, los carros retrocedían, los novatos soltaban tacos y todos sudaban por el esfuerzo, estaba volviendo a la realidad. Sus ojos grises miraban en todas direcciones y hacia las cajas que el muchacho se había ofrecido a cargar. Guiñó involuntariamente un ojo, pero solo una vez; la sacudida fue casi imperceptible.

—Estas cajas no son las más adecuadas para transportar a lomos de una mula, pero las he traído, entre otras cosas, porque son las mejores para lo que me propongo hacer. ¿Comprendes, Harry?

—Sí, señor —dijo el chico.

No lo comprendía, pero sentía que aquel hombre estaba depositando su confianza y su amistad en él, y que eso contribuiría a que tuvieran una buena relación en el futuro.

¿O quizá no?

El muchacho miró por encima de su hombro, pero no vio a nadie. Sospechaba que había cometido un error al permitirse disfrutar de aquellos momentos de camaradería bajo el sol. En algún sitio había aprendido que el deber primordial del hombre es sufrir.

El caballero, no obstante, parecía desconocer aquella lección, y se inclinaba sobre sus cajas, abría las tapas y le explicaba las ventajas de aquel diseño que, según le dio a entender con una sonrisa, había inventado él.

—Estas secciones son para las pieles que voy a tratar —estaba diciendo el señor Palfreyman—. Y estos compartimentos, para los distintos tipos de huevos. ¿De dónde eres, muchacho? —preguntó.

El chico no respondió. Parecía estar absorto en algo.

—No eres de Londres —dijo el ornitólogo, después de considerarlo un momento.

—De los alrededores —farfulló Harry Robarts.

Como si aquello fuera importante. En aquel momento, el cielo azul le resultó odioso.

—Pues tenemos eso en común —replicó el aburrido señor Palfreyman; y habría seguido hablando, con ese tono de entusiasmo que los hombres utilizan con los chicos, si ambos no se hubieran percatado enseguida de que aquello ya no tenía ningún sentido, de que ambos estaban al mismo nivel. Tal vez fuera mejor así. Bajo aquel cielo azul se derretirían, o quedarían reducidos a cenizas, mucho más rápido.

De pie en aquel muelle, repararon en que la prolija y gris vida pasada ya no tenía ninguna importancia. Habían llegado a un punto en el que serían sacrificados, en mayor o menor grado, al caos o al heroísmo. Sobrecogidos por aquel descubrimiento, permanecieron inmóviles junto al agua, mientras la ciudad, despiadada y presuntuosa, se extendía a sus espaldas, desenrollándose como una alfombra sobre sus cimientos artificiales, construidos en la tierra amarga. Todavía no se había probado ni establecido nada, solo había promesas.

Ese tipo de visiones ocurren, por supuesto, en cuestión de segundos. Harry Robarts se echó hacia atrás su vieja gorra forrada de piel de canguro, se restregó la nariz y dijo:

—Bueno, señor, no tiene sentido esperar más.

Había empezado a apilar las cajas, que olían a madera fresca. Si solo se tenía en cuenta su fuerza física, Harry era un gigante. Y por un momento se sintió orgulloso de sí mismo. El ornitólogo, sin embargo, era bastante enclenque y, en comparación, insignificante. Mientras que la naturaleza animal del muchacho le permitía protegerse de la revelación mediante la fuerza física, el hombre se vio obligado a llevar sobre sus hombros la carga invisible del futuro impreciso que su alma había vislumbrado con aquella fugacidad.

Enseguida estuvieron en la bodega, buscando dónde almacenar las cajas. El muchacho solo esperaba que le indicaran el camino; el hombre, consciente de hallarse en un entorno extraño, se mostraba más reservado. Voss, interrumpiendo una conversación con el primer oficial y el contramaestre acerca del espacio destinado al almacenaje, echó un breve vistazo a la incompatible pareja y recordó la escena de Londres, que parecía estar repitiéndose. Así que Palfreyman también es débil, se dijo.

Finalmente, el ornitólogo y el muchacho colocaron las cajas en un oscuro rincón, junto a los fardos de bridas y las albardas. Su comunicación se interrumpió en aquel momento. Harry, que estaba metido en faena, volvió en busca de más cajas. Palfreyman, sin embargo, empezó a vagar entre los marineros barbudos de

dedos romos, que parecían tener la habilidad y los conocimientos necesarios para controlar todo tipo de objetos que a él le parecían indescifrables. Como era un hombre humilde, poco a poco fue recuperando la confianza en sí mismo. Algunos de los marineros repararon en ello y se preguntaron cómo podrían enmendar el error de haber apartado a empujones aquel cuerpo aparentemente frágil e inútil.

Un hombre, que al parecer creía que solo podría corregir su comportamiento desnudando su alma, decidió compartir con él un secreto que nunca le había contado a nadie. Después de mucho sopesarlo y de estudiar a Palfreyman, inspiró profundamente, escupió, dejó a un lado la vela que estaba reparando y se llevó al caballero a un rincón.

La noche de la que deseaba hablarle, le dijo el marinero, había bebido mucho ron. No acostumbraba beber, aunque lo hacía de vez en cuando. Iba caminando por las afueras de la ciudad, no muy lejos de la casa de un amigo, cuando de repente se encontró con la mujer de ese amigo suyo. Como no estaba tan borracho (se tenía perfectamente en pie), se ofreció a acompañarla un trecho del camino y ambos conversaron amigablemente. Entonces, de pronto, se encontraron echados bajo un árbol, aprovechándose de sus cuerpos.

El marinero, según contó, se quedó dormido con una mezcla de culpabilidad y placer, y cuando despertó la mujer había desaparecido.

Ahora, estaba obsesionado con saber si aquello había sido o no un sueño, puesto que, cada vez que veía a la mujer de su amigo, ella se comportaba como si no hubiera pasado nada. ¿Cuál era la verdad?, preguntó el marinero mirando a aquel desconocido que tan providencialmente había aparecido y a cuyo cuidado parecía no temer entregarse.

—Aun en el caso de que fuera un sueño que parecía real, sigue tratándose de un problema de conciencia —replicó Palfreyman—. Usted deseaba vivir lo que soñó.

Pero aquello no alivió al marinero.

—Entonces, me encuentro entre la espada y la pared —dijo, acercándose la mano al pecho y rascándose el vello—. Pero si ocurrió de verdad —continuó, sintiéndose mejor—, si ocurrió y ella participó, entonces es tan culpable como yo, aunque se comporte como si nada hubiera pasado.

—En efecto, si la mujer participó —dijo Palfreyman—, es una mala mujer.

—Pero si fue un sueño… —musitó el marinero.

—El malo es usted —dijo Palfreyman con una carcajada.

—Aun así, fue un sueño agradable —dijo el marinero—. Y estoy seguro de que ella me habría deseado, porque en mi sueño me deseaba a más no poder.

Al arrullo del agua verdosa que acariciaba el costado de madera del barco, la lógica del marinero parecía infalible.

No se puede culpar al individuo, incluso si se condena su moral, pensó Palfreyman. El marinero en sí se había vuelto más importante que su ambiguo problema, un problema que, de hecho, parecía haberse solucionado gracias a aquella charla codo con codo en la borda del barco.

Fue entonces cuando Palfreyman se acordó de la conversación que había tenido con Voss mientras ambos se apoyaban en la barandilla del puentecito de los Jardines Botánicos. Se dio cuenta de que no deseaba evocar aquella escena, o de que, igual que el marinero, hasta aquel momento había preferido ampararse en otra posibilidad. Voss es la roca amenazadora contra la que la verdad tiene que golpearse para sobrevivir. Si quiero justificarme, se dijo, debo condenar la moral y amar al hombre.

El marinero había empezado a sentirse mal.

—¿Y no piensa que soy una mala persona? —preguntó—. ¿No lo piensa en absoluto?

Entonces, Palfreyman, mirando los poros abiertos de la piel de su interlocutor, deseó que todas las dificultades tuvieran el aspecto de aquel sencillo marinero.

—Me alegra haber escuchado su historia —dijo—, y espero haber aprendido algo de usted.

El marinero se quedó perplejo y, dando media vuelta, se encomendó de nuevo a la tarea de reparar la vela.

Palfreyman oyó que alguien lo llamaba, y vio que su colega Le Mesurier había subido al barco. Teniendo en cuenta las circunstancias, venía muy acicalado, con unos pantalones de nanquín y una chaqueta azul de botones llamativos.

—Así que por fin emprendemos el viaje —dijo Le Mesurier, sin ningún rastro de su acostumbrado cinismo.

—Así es.

Palfreyman sonrió, pero no se acercó inmediatamente a saludar al joven.

A este no pareció importarle. Ya fuera por la radiante mañana o por la amabilidad que se respiraba en el ambiente, Le Mesurier sentía que de aquellos inicios solo podía dimanar algo trascendental, y así lo expresó.

El ornitólogo carraspeó, y luego dijo:

—Es demasiado pronto para vaticinar nada.

—Usted es perro viejo y siempre se muestra cauteloso —replicó Le Mesurier—; yo, sin embargo, soy un hombre de comienzos. Son mi ilusión. O mi vicio. Nunca he llegado muy lejos en nada de lo que he empezado.

Palfreyman, que era incapaz de imaginarse una vida sin dedicación ni esfuerzo, le preguntó:

—Pero dígame, Frank, ¿qué ha conseguido usted? Me resisto a creer que nunca haya alcanzado *ninguna* meta.

—Yo siempre estoy a punto de conseguir algo —respondió Le Mesurier, con sorna—. Tengo un propósito, aunque todavía no he descubierto cuál es. Pero toda mi vida ha consistido en el estudio constante de…, digamos…, posibles caminos. Por este motivo, no le contaré mi historia. Es demasiado fragmentaria y solo conseguiría marearlo. Y esta Colonia es un lugar terrible para alguien de mi naturaleza. Hay demasiadas oportunidades. ¿Cómo voy a amasar una fortuna con el ganado merino cuando al mismo tiempo sueño con el oro o con algún mar interior poblado de pájaros tropicales? Y a veces me parece que todos esos defectos y dudas, que constituyen todo lo malo que hay en mí, se están solidificando en un núcleo compacto, y que produciré algo de gran belleza. Es lo que yo llamo «mi delirio de ostra».

Entonces rio.

—Pensará usted que estoy borracho, señor Palfreyman. No parece creer en mi perla.

—Creeré en ella —dijo el hombre, pausadamente— cuando me la traiga en la palma de la mano y pueda verla y tocarla.

A Le Mesurier aquel comentario no lo molestó. Por el momento, la mañana, luminosa y ligera como una perla, le bastaba. Al escuchar el monótono ruido de la maquinaria pesada, de los vehículos y de las voces en la distancia nacarada, se sorprendió de haber odiado en algún momento aquella agradable ciudad. El impacto de la partida por fin le había abierto los ojos a su encanto, igual que lo haría con los paisajes que estaban por llegar. El pasado es ilusión, o miasma. Las hojas de las tiernas higueras de Moreton Bay se extendían como manos amigas. Dos mujeres aborígenes de porte distinguido, aunque vestidas con harapos, estaban sentadas en la tierra que había junto al muelle, en silencio, asando el pescado que acababan de capturar sobre un fuego de carbón. Y un niño, que parecía haber sido introducido a propósito en aquel cuadro deprimente, vendía pasteles calientes de cordero, transportándolos en una caja de madera. Caminaba, ofrecía sus viandas, holgazaneaba, miraba a su alrededor y se metía el dedo en la nariz. El pequeño no podría haber vivido en ningún otro entorno. Formaba parte de aquel lugar.

La nostalgia de aquella escena afectó profundamente a Frank Le Mesurier, que empezó a temer que lo que estaba dejando atrás fuera en realidad aquello que siempre había deseado.

Aquel joven irritaba a Palfreyman, por mucho que este se esforzara por que no fuera así (de hecho, se prometió que, en un futuro, le compensaría), así que observó con verdadero placer al grupo que se aproximaba a caballo; habían sorteado las calles que se perdían en la pendiente este y ahora atravesaban la explanada que se abría justo delante del muelle.

—Frank, debo ausentarme un momento —le dijo, con una amabilidad que pretendía disimular su alivio—. Voy a saludar a unos amigos que acaban de llegar.

Le Mesurier asintió en silencio. Su naturaleza oscura y áspera había vuelto a apoderarse de él. Palfreyman, que tenía sus propios amigos, ya no era amigo suyo. Con los seres humanos le ocurría como con las intenciones: le duraban muy poco. Observó oscura y ásperamente cómo el otro bajaba por la plancha para dirigirse a una realidad que lo convertía en parte de aquel lugar. ¡Hasta Palfreyman podía hacerlo! Le Mesurier habría apuñalado la espalda prolija e inconsciente de su antiguo amigo el ornitólogo si no hubiera estado seguro de que, por alguna razón, así no conseguiría herirlo.

A juzgar por el boato que exhibía, aquel grupo gozaba de cierta importancia: los flancos de los caballos irradiaban un brillo esplendoroso, los copetes se movían, coquetos, al vaivén de la brisa, los jaeces y los arreos tintineaban al rebotar y los orificios nasales, dilatados por la expectación, rezumaban una espuma burbujeante. Cuando se acercaron, los marineros tuvieron ocasión de observar a un caballero y a dos damas y, un poco más atrás, a un oficial vestido de rojo escarlata, que manejaba su montura con enorme habilidad. Aunque su caballo era fuerte, el oficial lo era más. No estaba claro qué se proponía con aquello, pero su exhibición fue magnífica.

Una de las damas, también joven y hermosa, y ataviada con un vestido muy elegante, tiró de las riendas mientras la envolvía una nube de polvo.

—¡Tom! ¡Por el amor de Dios, ten cuidado! —exclamó en el tono cálido y persuasivo, sin rastro de irritación, de quien todavía está enamorado.

El varonil oficial le habló con ternura, si bien su respuesta dejaba entrever una leve crispación.

—¡Esta es la montura más difícil de toda Nueva Gales del Sur!

Y, bajando las comisuras de sus labios masculinos y sonrosados, tiró con todas sus fuerzas del bridón.

Continuaron avanzando.

El otro caballero, de más edad y tez rubicunda, descansaba muy derecho sobre la silla de montar que su mozo acababa de limpiar con un jabón especial para cuero. Sus pantorrillas torneadas controlaban sin problema al firme jamelgo. Llevaba un sombrero de copa de una piel de castor inmejorable, y su modo de sujetar las riendas era una señal inequívoca de su autoridad. Desde su posición, el caballero observaba con indulgencia el buque y a los seres insignificantes, aunque no repulsivos, que se afanaban en subir la carga a bordo. Tal era la democrática bonhomía del caballero de la chistera. Tantos años de sol lo habían ablandado. ¿O es que no estaba seguro de ser el jefe?

Siguieron aproximándose.

Un poco apartada, e indiferente a su lustrosa yegua negra, que había alzado el cuello y la cabeza para contemplar mejor la escena que se desarrollaba en el muelle, cabalgaba la otra dama. Se mantenía particularmente inmóvil sobre su caballo, como si así esperara pasar desapercibida, aunque en realidad conseguía el efecto contrario.

Al menos, los marineros y jornaleros más curiosos dirigían la mirada hacia ella, ávidos por desentrañar los detalles que creían vislumbrar. Los demás jinetes eran de carne y hueso, como ellos. Sin embargo, la joven, aunque alzaba la cabeza y sonreía cautelosamente al sol, o a la vida, se conducía como si la ocasión requiriera que se mostrara benevolente. Los hombres fruncían el ceño, no porque estuvieran enfadados, sino porque la observaban con gran concentración mientras se pellizcaban las verrugas de la piel, intentaban cazar los piojos que tenían en el pelo o se rascaban alguna otra parte del cuerpo. Sentían un pánico inconsciente ante aquello que no podían tocar, y tenían la sensación de que en cualquier momento, sin previo aviso, la joven saltaría con su caballo negro sobre la regala.

Pero, al mismo tiempo, la muchacha —apenas pasaba de los veinte, si es que llegaba— parecía dudar de algo, por mucha seguridad que transmitiera su fría y cerúlea tez. Le costaba expresarse, y las damas eran instruidas para mostrarse locuaces en cualquier circunstancia. El rígido paño de su vestido negro se asemejaba a un armazón.

—Mira qué vista, Laura —dijo el fornido caballero, hablando más para sí mismo que para su sobrina.

—Es imposible no sentirse intimidado por estos buques —respondió la joven diligentemente.

Qué poco interesante soy, pensó, y se mordió su pálido labio inferior. No la consolaba recordar que en su interior a veces ardía un fuego inspirador; desafortunadamente, el momento es lo único que cuenta. Así que empezó a retorcer secretamente las riendas y la pequeña fusta con empuñadura de nácar que sostenía en la mano, que era muy bonita pero inútil; solo la utilizaba porque un anciano al que recordaba con cariño y al que no había vuelto a ver desde que era una niña se la había regalado.

—Ese de ahí tiene cara de pocos amigos —observó el marinero que había estado hablando con Palfreyman.

—No veo tan bien como tú, Dick. La verdad es que no veo un pimiento —dijo su compañero—, pero diría que es una dama.

—El que tiene cara de pocos amigos tiene cara de pocos amigos, lo mismo da que sea una dama o un caballero.

—No da lo mismo, Dick. A una dama no puedes ponerle la mano encima.

—¿Y para qué querría tener a mano algo que no puedo tocar?

—No te dejarían aunque quisieras.

—Yo defiendo los derechos del hombre de a pie —farfulló el marinero que había tenido el sueño.

—Vale, Dick —dijo su compañero—. No seré yo quien te niegue tus derechos, pero estarás conmigo en que hay cosas que van más allá. Esta dama tendrá un caballero con el que encajará a las mil maravillas. Y seguro que no se parece a ti en nada.

—¡Ja, ja! —exclamó el soñador—. Sí, a eso se reduce siempre todo.

—¿Cómo que a eso se reduce todo? —dijo su compañero, a quien una vida entera de reflexión en alta mar había hecho pasar del nivel de la simplicidad innata al de la comprensión básica—. Eres como un gato gordo de la calle, Dick. Y a las mujeres no les gusta que los gatos callejeros se les restrieguen contra la falda. A las mujeres les gusta enamorarse. Y esa de ahí no es distinta a las demás.

—¿Que le gusta enamorarse? ¿Y cómo lo sabes? Si apenas la has visto de lejos y subida a un caballo. ¿Eh?

—Está en su naturaleza; así es como pasan el rato cuando no están leyendo libros o ajustándose los guantes. He visto a damas mirando por la ventana, escribiendo cartas o colocándose postizos en el pelo. Y en esas circunstancias, Dick, siempre te das cuenta de lo que están pensando.

—Bueno —decidió Dick—, si al final va a resultar que eres un pillo. Conque mirando por la ventana, ¿eh?

La comitiva, que ya había atravesado la explanada que se abría frente al muelle, tiró de las riendas y se

colocó junto a las cajas y los fardos que quedaban por cargar, entre los grupos sueltos de espectadores que habían madrugado para no perderse el espectáculo, formados por hombres que habían decidido quitarse las chaquetas a causa del calor y por mujeres que por nada del mundo decidirían quitarse nada. Los jinetes se detuvieron e intercambiaron un par de frases corteses con el ornitólogo, que ya había llegado hasta ellos.

—Palfreyman, puedo imaginarme sus sentimientos en una ocasión como esta —dijo el comerciante.

Para el señor Bonner, la conducta o los sentimientos de cualquier persona en cualquier situación particular se reducían a la forma en que a él le habían enseñado que se comportaban o sentían las personas. Dentro de los límites impuestos por esa estructura de comportamiento rudimentaria, por no decir rígida, él se comportaba con alegría o seriedad, según exigiera la ocasión. Los periódicos y los manuales de historia se siguen escribiendo para almas como la suya.

En aquel momento, estaba disfrutando de las emociones estipuladas para la ocasión y, aunque daba por sentado que los demás también lo hacían, no le habría importado lo más mínimo que no fuera así. Se sentía tan bien que no necesitaba ningún refuerzo.

Palfreyman, que ya había abierto la boca un par de veces, no encontraba ninguna palabra lo suficientemente inofensiva para responder al señor Bonner.

—Es demasiado pronto —empezó a decir, pero se detuvo enseguida.

Sin embargo, el comerciante no esperaba ninguna respuesta.

—Solo hace falta un poco de viento —dijo con preocupación—. No hay viento. Al menos, no el suficiente.

Y su recio caballo empezó a dar vueltas sobre sí mismo, permitiéndole comprobar cuál era la situación en los cuatro puntos cardinales.

—Me han dicho que se espera que cambie a las tres —se aventuró a decir Palfreyman, consciente de que nadie esperaba su participación.

—¿Que cambie? Ah, el viento —recordó el comerciante—. Sí, el *brickfielder*[3] suele levantarse hacia las tres de la tarde.

E inmediatamente comenzó a encogerse de hombros, como si la espléndida chaqueta no se le ajustara bien o sufriera de alguna dolencia, tal vez reumatismo.

—¿Y dónde está Voss? —preguntó, mirando a su alrededor con la esperanza de no localizarlo.

—El señor Voss está en la bodega. —Palfreyman no pretendía ser desleal, pero no pudo evitar sonreír—. Se está asegurando de que todo el equipo se estibe debidamente.

—Conque se está librando una batalla entre la precisión alemana y el misticismo alemán… —dijo con sorna el teniente Radclyffe, con su amable falta de amabilidad—. Me pregunto cuál vencerá.

Las heridas seguían abiertas, aunque en aquel momento no estaba pensando en la disputa que había mantenido con Laura Trevelyan la noche de la fiesta. Era el tipo de persona que olvidaba con facilidad la causa de su sufrimiento aunque lo siguiera padeciendo; como el hombre dormido que arremete contra un mosquito que perturba su descanso y que enseguida regresa al sueño. Sin embargo, el mosquito seguía zumbando y si, para Tom Radclyffe, Laura era el mosquito, según la lógica del hombre dormido, Voss era el aguijón.

En consecuencia, no podía bajar la guardia.

—En lo que respecta a Voss —continuó riendo el teniente—, apostaría todos mis bienes a que camina con más soltura por las nubes de la teoría que por el precipicio de la práctica.

—He de admitir que hasta la fecha el método ha brillado por su ausencia —soltó el comerciante, con un arrojo tremendo, aunque no osó darse la vuelta para comprobar si alguien lo estaba escuchando.

A Palfreyman empezó a parecerle terrible que Voss fuera objeto de crítica. Si él criticaba, lo hacía en privado, y se sentía presa de una angustia considerable.

—Tal vez sus métodos no sean muy comunes —se obligó a decir Palfreyman.

Qué aburrido resulta todo cuando la gente deja de hablar de *cosas,* suspiró Belle Bonner, cuya mirada había empezado a vagar por doquier; acabó centrándose con voluptuosidad en una manzana roja a la que un crío daba bocados ruidosamente.

—No hay duda —dijo el señor Bonner, percatándose de su desliz— de que es distinto a otros hombres. Hasta qué punto, solo el tiempo lo dirá. Me anima que tenga usted confianza en él, Palfreyman. Eso justifica la confianza que deposité en el señor Voss cuando lo conocí.

Palfreyman se compadeció del comerciante, que digería una ternera entera mejor que las palabras.

—En cualquier caso —dijo el hombre que estaba de pie, cosa que debería haberlo hecho sentir en desventaja—, el señor Voss tiene plena confianza en sí mismo, y eso es lo primordial.

Este comentario puso punto final a la conversación, lo que resultó muy conveniente. El señor Bonner se desmontó y, tras darle las riendas de su caballo a su subordinado Palfreyman, recuperó su espíritu y se acercó

a examinar todos los objetos que había alrededor. El acaudalado comerciante se hinchó de orgullo al comprobar una vez más que era dueño del mundo físico.

Laura Trevelyan, que lo había escuchado todo, se sentía agradecida de que el modesto ornitólogo —ella incluso lo habría descrito como «falto de carácter»—, con el que no se había visto obligada a intercambiar más de media docena de palabras, hubiera defendido al hombre que, en líneas generales y a pesar de todo, ella también despreciaba. Ahora sentía un deseo irrefrenable de hablar con el amigo del alemán, a pesar del propio alemán, solo por la admiración que su fortaleza moral había despertado en ella, según se dijo. Y esperó el momento adecuado.

Este llegó pronto, aunque no estuvo exento de cierta humillación. Lo cual, reflexionaría Laura después, era de esperar en una persona lo bastante estúpida como para exponerse a una escena tan humillante como la que había tenido lugar aquella noche en el jardín. Y ahora se produjo este nuevo incidente, sin duda menos importante, aunque igualmente desagradable.

A Laura Trevelyan se le escapó la elegante fusta que sostenía en la mano, sin querer, aunque cualquiera que hubiera presenciado la escena habría podido pensar que se trataba de un acto premeditado; el pequeño látigo cayó a los pies del señor Palfreyman, que por supuesto se agachó e inmediatamente se lo restituyó a su dueña.

—Veo que la empuñadura tiene un diseño oriental —comentó Palfreyman, que enseguida lo convertía todo en algo de interés científico.

—Sí, indio, creo. Me la regaló el capitán de un buque mercante cuando era niña; un conocido de mi tío. Su barco a veces recalaba en Sídney.

La joven tenía los ojos fijos en el objeto de su vergüenza, pero no era capaz de concentrarse. Insoportables oleadas de calor la asfixiaban, impidiéndole hablar. Además, no podía recordar con claridad los motivos que la habían llevado a desear hablar, aunque solo fuera brevemente, con aquel hombre.

—Es una lástima que la utilice y corra el riesgo de que se rompa —dijo Palfreyman—. ¿No sería mejor exponerla en una vitrina?

Percibiendo que la joven estaba turbada, el ornitólogo trató la fusta con una delicadeza exagerada, lo que provocó que ella sintiera aún más lástima de sí misma y que él se preguntara qué secretos ocultaba. No había ningún motivo para suponer que ella le estuviera concediendo más importancia en aquel momento que la noche de la fiesta, y nunca se habría atrevido a pensar que la joven lo estaba utilizando. Palfreyman, que era un hombre intuitivo, no comprendía al sexo femenino, a pesar de que lo respetaba.

Laura, que seguía mirando la fusta, pensó que nada le satisfacía. Sin embargo, ya no estaba pálida, y tenía las mejillas y la boca hinchadas, posiblemente rellenas de autocompasión.

—No sirve de mucho —dijo—, y tampoco es excepcionalmente bonita. Ya nunca me acuerdo de ella, salvo cuando cabalgo. Por la costumbre, ya sabe. Al principio me agradaba porque era algo inusual, exótico. Me gustaba pensar que viajaría a lugares remotos, como aquel del que procedía mi regalo. Soñaba con las Indias. Mauricio, Zanzíbar. Los nombres deberían ser amuletos, señor Palfreyman. Solía pensar que, si repetía alguno de ellos lo suficiente, podría invocar la realidad. —Mientras tanto, su yegua negra coceaba y levantaba el polvo, que se iba depositando poco a poco en el bajo de su falda—. Pero no lo logré. Es muy probable que nunca llegue a viajar. Aunque me siento satisfecha, por supuesto. Nuestra vida está llena de entretenimientos sencillos. Es solo que envidio a las personas que gozan de libertad para emprender un viaje.

—¿Incluso este viaje? ¿Este viaje de polvo, moscas y caballos moribundos?

La joven, que parecía estar apartando el resplandor con la mano, o tal vez solo algunas partículas de arenilla que se le habían adherido a la piel del rostro, dijo lentamente:

—Claro, me doy cuenta. No soy solo una romántica. —Y soltó una tosca carcajada—. Sé que habrá peligros. ¿No es así?

El ornitólogo reparó en que la joven había empezado a escudriñarlo, como si sospechara que ocultaba un cuchillo en alguna parte. Un cuchillo destinado a herirla.

—En las expediciones de esta naturaleza siempre los hay —respondió Palfreyman con sequedad.

—Sí —dijo ella.

Sus labios, antes henchidos de otras emociones, se habían vuelto finos, secos.

—Oh, el peligro no me disuadiría —dijo—. No se debe evitar el sufrimiento. Y todos tenemos las mismas probabilidades de que nos ocurra algo malo, ¿no cree?

—Sí —dijo él, vacilante.

—Entonces —dijo ella, riéndose otra vez—, si todos tenemos las mismas probabilidades…

Pero Palfreyman no estaba convencido.

—Aunque prefiero no pensar en el destino de esos caballos —admitió, dándole unas palmaditas a su yegua en el cuello—. Para los hombres es distinto, incluso si tienen poca fe, o ninguna. Los hombres son capaces de

crear su propia lógica.

Hablaba con tal emoción, o desprecio, o ternura, que la mano que apoyaba sobre la piel del caballo tembló. Palfreyman observó las costuras de su guante.

—Y, por consiguiente, tienen menos de lo que compadecerse —terminó ella, casi suplicante.

Al recordar la alegría —fruto de la iluminación o del agotamiento— que había sentido en el jardín, después de que el demonio hubiera abandonado su ser, la boca seca de cualquier hombre moribundo se le antojaba una visión terrible.

Sorprendido, Palfreyman comprobó que, a pesar de su juventud, los labios de la muchacha estaban secos y agrietados.

Entonces, el mundo de la luz empezó a inundarlo todo, la brisa se convirtió en viento y el polvo de la tierra salió despedido en todas direcciones. La orilla empezó a astillarse en gravilla y mica mientras desde la ciudad llegaban varios carruajes de pintura y metal relucientes que traían a benefactores o a escépticos y a sus esposas. Estas iban expresamente ataviadas para proclamar su riqueza, y en consecuencia su importancia, a los cuatro vientos.

Así que Palfreyman y la señorita Trevelyan quedaron reducidos a una especie de oscuro remolino en la animada corriente de saludos manidos y risas banales que de pronto los envolvió. Miraron a su alrededor con ojos cavernosos antes de que Palfreyman pudiera adaptarse a la situación. Fue el primero en hacerlo, claro está, porque no formaba parte de aquella pantomima. El ornitólogo tenía la sospecha de que nunca se relacionaría íntimamente con ningún ser humano, sino que estaba destinado a ser una especie de confesor, hasta que el estallido final diseminara todos los secretos por el universo. Miró a la joven y fijó su atención en ese tierno punto justo encima de las orejas, donde nace el pelo. Llevaba la cabellera recogida hacia atrás con gracia, aunque no con verdadera perfección, y aquello lo entristeció.

—Aquí están sus amigos —dijo con una sonrisa, al tiempo que sacudía la rienda—. Ahora debo dejarla. Hay un par de cosas de las que tengo que ocuparme.

—¿Amigos? —repitió Laura, despertándose de su oscuro sueño—. No conozco a nadie demasiado bien, aunque, claro está, tenemos muchos conocidos.

Miraba a su alrededor con los ojos de quien todavía está adormilado.

Entonces, reparó en los ojos tristes del hombrecillo que, nerviosamente, cambiaba su peso de un pie a otro, y que por fin había conseguido convencer a un muchacho para que sujetara las riendas del caballo del tío.

—Le agradezco mucho esta conversación —dijo ella—. Siempre la recordaré.

—¿Le ha revelado algo? —le preguntó él, suavemente.

Ahora que se iba, todo era más fácil.

—Sí —dijo ella—, pero no…, no con palabras.

Laura se sentía demasiado tensa como para seguir luchando por expresarse. Parecía humilde y contrita al mismo tiempo, pequeña, incluso jorobada; ella, que se había mostrado tan orgullosa sobre su poderosa yegua.

—¡Laura! —exclamó Belle desde la grupa de su viejo y manso caballo—. Ya están aquí los Wade y los Kirby, y Nelly y Polly McMorran. La pobre Nelly se ha torcido el tobillo y no puede bajar del coche.

Belle Bonner miraba en todas direcciones, comiéndose a la multitud con los ojos; siempre estaban ávidos de gente conocida, por muy superficial que fuera su relación.

—Y aquí tenemos al mismísimo señor Voss en persona —anunció el teniente Radclyffe—. Vaya, parece que se ha atusado los bigotes para la ocasión.

En aquel momento, Laura se dio la vuelta, probablemente con demasiada brusquedad, puesto que su yegua se alarmó y empezó a brincar de costado. Pero la joven tenía la voluntad suficiente para domeñarla, además de un par de manos excelentes, según pudo comprobar Palfreyman.

El teniente oyó el largo y agónico silbido, aunque no supo interpretarlo.

—¡Oblíguela a sentarse, Laura! —dijo en tono de burla.

Cómo detestaba la fina línea de sus labios; a veces le lanzaban palabras viperinas, pero ahora estaban tensos.

—Laura, ¿puedes controlarla? —exclamó Belle, asustada.

—Sí —dijo, con un suspiro, Laura Trevelyan, a lomos de una yegua que, aunque ya estaba más calmada, seguía agitándose.

Miró en dirección a Palfreyman. Mientras se alejaba de la multitud, cada vez más numerosa, el ornitólogo tuvo la impresión de que no podría evitar perecer ahogado, en un sueño que inevitablemente lo engulliría.

¡Ah!, gritaba Laura, inclinándose en ese mismo sueño, extendiendo hacia él su mano enguantada; usted es mi único amigo, y no puedo alcanzarlo.

La dejó allí, tal y como debía ser. Y ella siguió sentada como una escultura sobre su caballo ya domeñado,

cuyas intrincadas venas palpitaban a causa de la sangre y la frustración.

Voss, que caminaba entre la multitud, había recuperado su autoridad, incluso su jovialidad y su presencia en el mundo. Clavó los ojos en sus benefactores hasta que los obligó a bajar la mirada, hecho que les satisfizo e impresionó, y hasta los persuadió de que habían invertido sabiamente su dinero. En cuanto a las damas, algunas se estremecieron cuando el alemán las rozó con la manga de su chaqueta al pasar. Para sorpresa de todos, se detuvo y le besó la mano a la anciana esposa de un rico comerciante, que la retiró complacida y, mirando a su alrededor, soltó una risita ridícula, dejando al descubierto los dientes que le faltaban.

¿Qué clase de hombre es?, se preguntaba el público, que nunca llegaría a saberlo. En realidad, no les importaba que ya fuera más una estatua que un hombre, puesto que aquello satisfacía su deseo de colocar un busto sobre una columna en medio de cualquier plaza o jardín, como homenaje a una hazaña que consideraban propia. Además, preferían fundirlo en bronce que indagar en su alma, porque todo lo que era oscuro los inquietaba, e incluso en una mañana histórica como aquella, de colores primarios y brillantes, Voss llevaba su sombra cosida a los bajos de los pantalones, destrozados por los talones de sus botas.

Aun así, su rostro era toda una lección de hilaridad.

—No, no, no, señor Kirby —estaba diciendo—. Si fracaso, escribiré su nombre y el de su buena esposa en un pedazo de papel, lo meteré en una botella y enterraré esta conmigo para que ambos se perpetúen en suelo australiano.

Era capaz de hacer bromas hasta de la muerte y de la eternidad, bromas que además provocaban la risa de la gente a plena luz del día.

La simplicidad de todo ello le resultaba divertida. La terrible simplicidad de aquellos que todavía no han sido heridos, y a los que no es posible amar, pensó, y se pasó la lengua por los labios mientras esbozaba una sonrisa.

Algunos de los presentes le daban palmaditas en la espalda, solo por el mero deseo de tocarlo.

Oh, sí. Se estaba divirtiendo de lo lindo.

Solo se lo preguntó una vez: ¿Me está ocurriendo todo esto a mí, el chiquillo que recorría el *Heide* bajo un cúmulo de nubes y una maraña de árboles retorcidos?

El sol brillaba en el muelle. Era un sol bonito, lírico, primaveral, que todavía no se había convertido en un gong.

El señor Bonner había vuelto de su incursión y se encontraba de pie entre el alemán y los caballos. Tenía la espalda cuadrada, y sus pantorrillas mostraban un aire imperioso. Laura habría buscado refugio tras la espalda de su tío si, pensándolo bien, aquello no hubiera resultado patético.

—No deje pasar ninguna oportunidad de enviarnos despachos para mantenernos al tanto de todo —le ordenaba el señor Bonner a su sirviente una y otra vez, repitiéndolo de muchas maneras distintas, tal y como era su costumbre, para ganar confianza en sí mismo.

Voss sonreía y asentía, siguiéndole la corriente al hombre que se consideraba su amo.

Luego, al pasar junto al caballo del teniente, le dio una palmadita en la rodilla y se quitó el sombrero para saludar a las damas, tal y como todos esperaban que hiciera. Aquella mañana nadie podría haberle señalado ninguna falta.

Salvo por el hecho de que no osó levantar la mirada más allá de los faldones de la silla, observó Laura Trevelyan. No obstante, la joven no censuró aquel comportamiento; de hecho, se sintió extremadamente contenta. Estaba sudando. Sin duda alguna, tendría la piel de la cara untuosa, y la mandíbula tan tensa que seguramente habría adoptado la expresión terca y tediosa que con tanta frecuencia le desagradaba al mirarse al espejo. Había empezado a sospechar que aquel era su gesto más característico, después de haber buscado uno mejor en vano durante mucho tiempo, sin darse cuenta de que la belleza es algo que los demás deben descubrir.

La conciencia de su fealdad y superficialidad la aplastó como una losa, y se irguió sobre su montura.

El señor Bonner, que durante todo ese tiempo había estado tratando de llevarse al alemán a un lado para hablar con él en privado, y así tomar posesión de él delante de todos, se volvía más ridículo por momentos: fruncía el ceño, agitaba los carrillos de su cara atocinada y daba pataditas que hacían que sus espuelas tintinearan y resaltaran la opulencia de sus pantorrillas.

Al final lo consiguió.

—Quiero que sepa que puede contar conmigo —le dijo, una vez hubo arrinconado al alemán contra un rudimentario carro de madera sobre el que había calabazas de color piedra, una de ellas abierta por la mitad, mostrando un vivo resplandor naranja—. Para cualquier cosa que necesite, estaré encantado de hacerme cargo. Su familia, por ejemplo, nunca los ha mencionado, pero los tomaré bajo mi responsabilidad, ya sabe, si… En fin, en caso de que… Si me informa de su paradero… Escríbame desde Rhine Towers dándome las

instrucciones pertinentes.

Se había expresado con torpeza, aunque sus intenciones eran buenas. El señor Bonner era una buena persona, pero exigía que la gente se sometiera a él, algo que no estaba seguro de conseguir siempre. Así que agarró al alemán por la solapa con la esperanza de establecer con él una relación más estrecha y, si bien no causó el efecto deseado en el extranjero, al menos la multitud sí quedó impresionada. Varias oleadas de admiración corrieron de rostro en rostro cuando los presentes fueron testigos de la osadía de aquel ciudadano, que no había tenido reparos en colocar su mano en el pecho del explorador extranjero. La ansiedad del señor Bonner disminuyó. En aquel momento, amaba de todo corazón a aquel hombre, que a veces le había parecido detestable y esmirriado. Al comerciante se le humedecieron los ojos al pensar en el vínculo que acababa de crear sirviéndose únicamente de su magnanimidad y de su mano.

Voss no consideraba esta relación desagradable, por el simple motivo de que no creía en ella. Ni siquiera la encontraba absurda. Era sencillamente irreal.

Toqueteó las semillas de la calabaza naranja y meditó sobre lo que el comerciante había dicho.

—Mi familia… —empezó a decir, poniendo en orden las puntiagudas semillas de calabaza—. Hace mucho que no sé nada de ellos. ¿No cree usted que eso del nacimiento es cosa del azar, incluso si en un principio intentamos convencernos de lo contrario, y que nos sentimos agradecidos por el cariño que recibimos únicamente porque somos débiles y estamos desorientados? Todavía no hemos aprendido a admitir que el destino funciona independientemente del vientre materno.

El señor Bonner miró aquellos ojos claros sin comprender.

—Bueno —dijo—. ¿Usted cree? ¿Sí? ¡Quién sabe!

El señor Bonner, desde luego, no lo sabía.

—Pero espero escribirles cuando llegue el momento oportuno. Mi padre es un hombre muy anciano. Es comerciante de madera. Puede que haya muerto. Mi madre es una mujer muy sentimental. Su madre era sueca y la casa está repleta de relojes pintados. *Na, ja* —dijo—, y cada uno da la hora cuando quiere.

Aquella falta de sincronización ya bastaba por sí sola para perturbar su espíritu. Olisqueó la atmósfera cargada de humo de las casas viejas en invierno y la carne de las relaciones humanas, y sintió que ya empezaba a sucumbir a aquella terrible y nauseabunda tiranía.

Los resquemores del pasado lo obligaron a salir de sí mismo y fijó la vista en el rostro de la joven que había destrozado las camelias. Por un instante, sus mentes volvieron a batallar, y Voss experimentó el melancólico placer de rechazar las oraciones que ella le ofrecía.

Laura Trevelyan seguía sentada sobre su caballo, dueña, al parecer, de un orgullo tenaz más que de la humildad que había deseado conquistar.

Es una joven fría y dura, se dijo. Podría llegar a amarla.

La luz del sol, que no tenía tantos prejuicios, lo hacía.

Entonces, Laura Trevelyan apartó los ojos de aquel resplandor, que la estaba cegando, o tal vez de la figura del alemán, que ocupaba todo su campo de visión. Después de todo, soy demasiado débil como para soportar una tortura, parecían decir sus ojos.

Y él, que ya había perdido el interés, también apartó la mirada.

Justo en ese momento, la multitud se separó para dejar paso a un landó abierto que llegaba investido de todos los signos de la autoridad. Las libreas habrían desairado incluso al radical más intrépido. Algunos se quedaron boquiabiertos ante la visión del oro y del toque de rojo escarlata que brillaban, balanceándose, sobre la laca negra.

Hubo quien dijo que se trataba del gobernador en persona.

Pero los que más sabían los despreciaron por ignorantes, alegando que el gobernador nunca viajaría hasta allí sin escolta.

Y los que sabían aún más, los que solían tratar con el Gobierno o simplemente tenían un primo que había tenido el privilegio de sentarse a la mesa virreinal en cierta ocasión, les dijeron que Su Excelencia estaba en cama con un resfriado terrible, y que quien iba en el landó era el coronel Featherstonhaugh, que había acudido en su nombre a despedir a la expedición.

En efecto, se trataba del coronel, y venía acompañado de un joven teniente anónimo, de linaje inmejorable y piel rosada, que se mostraba visiblemente azorado. El coronel, sin embargo, era un hombre decidido, rígido y enjuto. Esperó a que condujesen al alemán hasta él y, como era su deber, se desenvolvió, parece ser, con total dignidad. Sus emociones quedaron ocultas tras su barba, o tal vez no del todo; no había duda de que era inglés.

El coronel dijo «Su Excelencia el gobernador les desea al señor Voss y a la expedición buena suerte y un feliz retorno» sin que su rostro consumido, que se adivinaba de un rojo púrpura en aquellas zonas donde no

crecía el pelo, agregara nada a sus palabras.

Y estrechó la mano del alemán con su guante lleno de huesos.

El coronel dijo muchas otras cosas. De hecho, cuando se habilitó el espacio necesario, comenzó a dar un discurso que alguien le había escrito, sobre Dios, la patria, la bandera y Nuestra Joven e Ilustre Reina. El gran número de personas serias y respetables que rodeaban al coronel daban trascendencia a sus palabras. Había, por ejemplo, al menos tres miembros del Consejo Legislativo, un obispo, un juez, varios oficiales del Ejército, además de los mecenas de la expedición y otros ciudadanos cuyo capital los había convertido en personas aceptables en sociedad, a pesar de su desafortunado pasado y de su persistente torpeza a la hora de manejar el cuchillo y el tenedor. Las cabezas de los individuos importantes se habían descubierto, y los cuellos almidonados estaban inclinados, prestando una humilde atención. Se trataba de una visión magnífica e inesperadamente conmovedora. Porque todas aquellas siluetas de paño y lino, de noble sangre y carne británica, y las almas que la preciosa gracia de la vida había vinculado temporalmente a ellas, como globos agitados por el viento, podrían haber sido, por repentinas, figuritas de cartón o madera; su importancia en la escena se reducía ante el predominio de la gran lengua de agua azul, los siniestros árboles autóctonos y el cielo que lo envolvía todo.

Y, consiguientemente, el señor Voss, el alemán, que escuchaba junto con los demás aquel discurso sobre la patria, la bandera y la Ilustre Reina, o al menos la cadencia del discurso, dado que había buscado refugio en su condición de extranjero para protegerse del sentido de las palabras, contemplaba la escena con legítima ironía. Se vio obligado a apartar los ojos de los rostros de los hombres y a fijarlos en el cielo. Cualquier otra actitud habría sido hipócrita, pero, por otra parte, ninguno de los demás presentes tenía justificación alguna para ambicionar aquel infinito azul.

Cuando el discurso del coronel Featherstonhaugh hubo finalizado, se hubo honrado a la patria, izado la bandera y salvado a la reina, cuando hubieron cantado el himno y lanzado al aire los sombreros, y el rosado y joven teniente, que respondía al nombre de Charlie Tatham, según recordó Tom Radclyffe, hubo conseguido sacar su espada del cinto de cierta personalidad, con el que se le había enganchado sin querer, el señor Voss se levantó y con su ademán habitual, frío y reticente, presentó al enviado de Su Excelencia al señor Palfreyman y a Frank Le Mesurier, que se encontraban junto a él, al señor Bonner y a otros benefactores de la expedición (o, más bien, estos se presentaron solos, puesto que acostumbraban cenar con el coronel y en varias ocasiones incluso se habían emborrachado con él).

Después un caballo relinchó, arrojó su fragante excremento al suelo y la vida retomó su curso.

Cuando los espectadores empezaron a circular, ansiosos por arrebatarles a los demás al líder de la expedición, el señor Bonner se dio cuenta de que había perdido el control de su juguete y empezó a enfurruñarse. Tenía la impresión de que nadie había rendido el debido tributo a su generosidad inicial, sin la cual aquella función nunca habría tenido lugar.

—Bien, Bonner —le dijo el coronel, que casualmente estaba junto a él, pues consideraba oportuno alternar con los colonos, ya que se habían cruzado en su destino temporalmente—, los simples mortales como usted y yo tenemos poco que hacer aquí. Ahora todo está en manos del Todopoderoso y del viento.

—¡El viento! —exclamó el señor Bonner, mirando con tristeza el cielo—. Cuando se trata de hinchar las velas, el viento sopla a su antojo. Mañana por la noche todavía estaremos aquí, farfullando estas mismas palabras. Así es el viento en todas partes.

El coronel, que no tenía ninguna intención de permanecer allí cinco minutos más de lo que estipulaba el protocolo, esbozó lo que consideró una afable sonrisa.

—Entonces, como le decía, ahora todo está en manos del Todopoderoso, ¿no, Bonner?

Y ordenó a su teniente que llamara al coche para batirse en retirada y dar buena cuenta de su almuerzo. Con la satisfacción del deber cumplido, las piernas cruzadas y la puerta del landó bien cerrada, el coronel miró a su alrededor con la superioridad del que goza de clase y rango. Ni siquiera el Todopoderoso se habría atrevido a poner aquello en duda.

Después se marchó y casi todos se alegraron, sobre todo el señor Bonner.

Sintiéndose repentinamente liberado de toda obligación, el comerciante resolvió castigar a alguien y lo hizo de este modo:

—Ahora que hemos presentado los debidos respetos, nuestra presencia aquí es superflua —dijo con decisión—. Así que ya podemos irnos.

—Pero, ¡papá! —exclamó Belle.

—Daré un rodeo para pasar por el almacén. Palethorpe es un hombre excelente, pero dependerá del buen juicio de otra persona hasta el día de su muerte.

—Pero, papá, ¡el buque! —suplicó Belle, volviendo a ser una niña—. ¡No lo veremos zarpar!

El señor Bonner no dijo: Al cuerno con el buque.

—Usted, señor Radclyffe, escoltará a las jovencitas hasta la casa, donde las espera la señora Bonner.

El teniente, que todavía se encontraba en una posición en la que debía mostrarse ejemplar, respondió:

—Sí, señor.

—Entonces, deja al menos que le demos la mano al señor Voss, que, aunque no nos agrade demasiado, es nuestro amigo. Papá, no negarás que eso es lo correcto, ¿verdad? Laura, ¿tú qué opinas?

—Si el tío le da la mano, no veo necesario que también se la demos nosotras.

—Qué raros sois todos —comentó Belle.

Empezaba a sospechar que había habitaciones en las que nunca se le permitiría entrar.

—Ojalá fuera libre —dijo. Y luego puntualizó—: Como esa mujer negra. Me quedaría aquí sentada, esperando a que el viento empezara a soplar. Me quedaría esperando toda la noche si fuera necesario. Y vería zarpar el barco.

—¿Tanto significa para ti? —preguntó Tom Radclyffe; era la primera vez que Belle lo aburría, y comprendió que en el futuro se producirían situaciones similares.

—¡No! —exclamó ella.

—Estás un poco alterada, Belle —dijo el señor Bonner, que no pensaba que su hija o su sobrina necesitaran que alguien las comprendiera.

—No es por el barco —dijo Belle.

Era porque se sentía embriagada por la vida, y por el misterioso vino que se derramaba de las almas de las personas a las que amaba, pero que quizá nunca llegaría a conocer del todo.

—El barco no me importa —insistió—. Ni tampoco ninguno de los que viajan en él. ¿Y a ti, Laura, te importa?

Laura Trevelyan miraba al suelo. Fue Voss el que salvó al grupo de aquella peliaguda situación; se acercó y le dijo al señor Bonner, con una despreocupación absolutamente inesperada:

—Lamento que mi marcha le esté causando tantos inconvenientes, pero me temo que todavía no he aprendido a influir en el viento.

El señor Bonner, que había empezado a preguntarse si alguna vez podría llegar a influir en algo, y también si su hija estaba intentando darle esquinazo, soltó una carcajada y dijo:

—Estábamos a punto de marcharnos. Considerando las circunstancias, ni se habría dado usted cuenta.

El alemán apretó con fuerza la mano del señor Bonner, lo que hizo que este sintiera aún más lástima de sí mismo. ¡Nadie lo respetaba!

—Nunca olvidaré lo amable que ha sido conmigo —dijo Voss.

Lo cierto es que empezaba a sentir cierto aprecio por aquel hombre mediocre.

El señor Bonner se dio cuenta, y pensó: ¡No le daré la oportunidad!

—Si necesita cualquier cosa —se apresuró a decir—, no dude en hacérnoslo saber.

Estaba pensando en agujas gruesas para coser lona.

Belle estaba mucho más contenta ahora que la despedida estaba tomando un cariz más personal.

—Envíeme la lanza ensangrentada de un negro —dijo, entre carcajadas.

Sus labios eran jóvenes y rojos. La sangre corría por sus venas. Sus pensamientos consistían en imágenes que se movían a toda velocidad.

—Descuide, no me olvidaré —dijo el eminente explorador, que también se reía—. Adiós, Tom —continuó, estrechando con fuerza los dedos del teniente, que se había inclinado desde su montura para ofrecerle la mano con una virilidad arrolladora que descartaba cualquier sentimentalismo; con los extranjeros, nunca se sabe.

—Adiós, amigo Voss —dijo Tom Radclyffe—. Organizaremos alguna bacanal para su regreso. Dentro de cinco años.

Se había visto obligado a levantar la voz para pronunciar estas últimas palabras porque su enorme caballo había empezado a moverse de acá para allá, tal y como hacían los caballos de Tom Radclyffe cada vez que su amo acaparaba toda la atención.

—Dentro de cinco años —repitió; y su fuerte dentadura lanzó un destello.

La espuma que brotaba de los belfos volaba en todas direcciones.

—Y con una barba hasta la cintura —bromeó Voss, tratando de imitar en vano el ímpetu del animal de su amigo.

Aquella conversación tuvo lugar mientras el alemán estrechaba otras manos. Los dedos de Belle Bonner rozaron los suyos. Por supuesto, siempre aceptaba las manos de las damas, incluso las de las más jóvenes, aunque con cierto reparo.

—¡Tom! ¡Por favor, ten mucho cuidado! —suplicó Belle Bonner—. ¡Qué caballo tan horrible!

El caballo había azotado con su cola la mejilla de una mujer, que chilló al sentir en la boca un regusto basto y acre. El golpe le había desplazado la capota.

Voss observaba y sonreía, bastante complacido con aquella escena ecuestre en la que él había tenido un papel inesperado, pequeño aunque grato. Mientras todos se disculpaban, se acercó a la señorita Trevelyan y tomó su mano, que el guante volvía impersonal.

Fascinado por el movimiento y el color, el ajetreo y la risa, y la confusión de aquella buena mujer que había mordido sin querer la cola del desagradable animal, el alemán se las arregló para estrecharle la mano a la joven, aunque lo hizo a su manera.

En cuanto hubo pasado un intervalo decente, Laura retiró la mano. Si Voss no se dio cuenta, fue porque estaba pensando en otra cosa.

No veo por qué iba a ser de otra forma, se dijo Laura. Pero sintió un escalofrío.

—Belle —dijo, en un tono desprovisto de malicia, apenas audible por encima del barullo—. Vámonos. Ya está todo dicho.

La comitiva se puso en marcha enseguida, y Voss contempló a los jinetes mientras se alejaban. De pronto, se dio cuenta de que no había hablado con Laura Trevelyan. Observó su cabello, que, enroscado en la nuca, ocultaba su cuello por completo; y sus hombros, que ni siquiera sugerían la fuerza que la joven había demostrado tener durante aquella extraña velada en el jardín.

Se quedó de pie entre la multitud, humedeciéndose los labios, como si estuviera a punto de hacer una última observación; pero ¿cuál? De todos modos, el sonido de sus palabras no habría llegado lo suficientemente lejos. Cuando Frank Le Mesurier fue a buscarlo para tratar algún asunto que era preciso ultimar, su gesto ya se había relajado.

—Frank, ¿no es usted capaz de tomar ninguna decisión por sí mismo? —le preguntó.

—¿A qué viene eso, señor? —exclamó, sorprendido, Le Mesurier—. ¿Desde cuándo se tienen en cuenta mis decisiones?

Pero Voss se limitó a reírse.

Durante el resto de la mañana la multitud se dedicó a dar vueltas por el muelle, a la espera de que se levantara el viento. Algunos maldecían el polvo, otros se habían emborrachado y corrían el riesgo de ser detenidos. Un individuo en particular estaba como una cuba. Había perdido el sombrero, pero lo que no iba a soltar bajo ningún concepto era un barrilito de cerveza que llevaba en los brazos como si se tratara de un bebé.

—Por la mañana se sentirá avergonzado —comentó algún alma recta.

—Lo que yo haga es cosa mía —respondió él, que lo había escuchado—; y esta es la última vez, así que déjeme en paz.

—Con los de su ralea siempre es la última vez —dijo la dama—. Lo sé por experiencia. Mi marido, el pobre, murió a causa de la bebida.

—Yo no me moriré por eso —dijo el hombre, babeando—. Y si así fuera, no se me ocurriría mejor modo de morir.

La dama, que se sentía morbosamente atraída por una situación sobre la que no tenía control, se pasó la lengua por los dientes que le quedaban.

—Es un escándalo —dijo, incapaz de dejarlo estar.

—¡Que me aspen si ese no es el señor Turner! —interrumpió Harry Robarts, que acababa de aparecer.

—¿Quién me acusa ahora? —se quejó el hombre—. Ah, chico, eres tú —añadió, más calmado.

—Nos habíamos olvidado de usted, señor Turner y, si hubiera soplado viento, no habría tomado usted parte en la expedición. El barco habría zarpado.

—Pero ese no era mi destino —dijo Turner—. El viento sopla a mi favor. O tal vez en mi contra, quién sabe.

Ya soplara a su favor o en su contra, lo cierto es que el ciclón que salió de su boca resultó ser tan pestilente que la dama que antes le había dedicado su atención se alejó de allí como alma que lleva el diablo.

—Venga conmigo, señor Turner —dijo el chico—. No se está comportando usted con corrección. Venga conmigo a bordo y échese un rato a descansar. Ya verá cómo se siente mejor.

—No me siento mal —insistió Turner.

Pero accedió a seguirlo y acabó cayéndose por una escotilla, aunque no se rompió la crisma; y allí se quedó, abrazado a su barrilito.

Solo una vez, cuando el barco empezó a moverse, ya bien entrada la tarde, se incorporó en sueños, y gritó:

—Señor Voss, ¡nos está matando! Denme el cuchillo, por favor. ¡Ahhh! ¡La mantequilla! ¡La mantequilla! Todavía no ha llegado mi hora.

Así que se salvó en sueños, reservándose para el futuro.

¿El futuro? Laura Trevelyan no soportaba pensar en él, aunque el presente por el que se desplazaba la comitiva no era, hasta cierto punto, más que un mal sueño. Sin embargo, se dirigían a casa. Las estrechas hojas de los árboles de té les arañaban la cara, el hedor del pescado rancio les llegaba desde Woolloomooloo, y una mujer irlandesa, que al parecer era la esposa del contramaestre, salió corriendo de una choza para preguntarles si tenían noticias del *Osprey*.

La mujer del contramaestre, el bebé que se agarraba a su corpiño y los niños desharrapados que revoloteaban a su alrededor sí parecían creer en esa vida.

Tras escoltarlas hasta Potts Point, el teniente Radclyffe se despidió de las damas, y estas subieron a cambiar sus trajes por unas hermosas túnicas vaporosas e informales que combinaban a las mil maravillas con la tarde primaveral; no tardaron en disfrutar de un refrigerio compuesto de carne fría, pan y miel. Pero aquel sueño seguía perturbándola. Cada vez que abría la boca para darle un mordisco a su rebanada de pan con miel, Laura Trevelyan veía filas enteras de dientes ennegrecidos de marineros, asomándose por la borda de un barco. El cuchillo con el que untaba la mantequilla tenía el mango moteado y resbaladizo, y la joven pensó que se parecía al casco de un caballo.

Después, las dos primas se fueron a la habitación de Laura.

—Voy a echarme un rato —anunció la joven.

—Yo también —dijo Belle—. Me tumbaré aquí contigo.

Nunca antes había hecho aquello.

Así que las dos jóvenes se acostaron, agradecidas en cierto sentido por la compañía mutua, y se sumieron en un sueño inquieto, casi aprensivo, mitad presente, mitad futuro. En aquel momento, incluso Belle, con las mejillas encendidas, fue consciente de que el futuro ya no era la gasa que había sido hasta entonces, sino una losa de mármol que se iba formando inexorablemente.

Tom…, dijo, los hombres se enamoran una y otra vez, pero siempre de sí mismos.

¿De verdad piensas en escapar?, le preguntó él. No, no escaparás, aunque a veces desearía que lo hicieras. Laura será quien escape, izará las velas. Ya ha zarpado.

Belle Bonner se incorporó.

—Ya ha zarpado.

Pero quien hablaba era Rose Portion.

—¿Qué? —preguntó Belle, con el rostro enfebrecido.

—El barco, señorita, el *Osprey* —dijo Rose, que había entrado a toda prisa con un plato de kumquats en conserva.

Laura seguía tumbada, sumida en los largos pliegues del mármol inquieto. Tenía la palma de la mano girada hacia arriba y, si no fuera porque temblaba ligeramente, podría haber parecido una escultura.

—¿Señorita? ¡Señorita Laura! —exclamó Rose—. Es el barco. No puede perdérselo.

Belle zarandeó suavemente a su prima. Las dos mujeres que estaban despiertas sabían que, de algún modo, aquel acontecimiento era mucho más importante para la que seguía durmiendo.

Entonces, Laura Trevelyan se despertó, se incorporó apoyándose sobre los brazos extendidos, se levantó y salió al amplio balcón, sin decir una palabra ni pensárselo dos veces. Su pálida falda, de una placidez vespertina infinita, se derramó tras ella.

En efecto, allí estaba el barco.

El viento desplazaba el *Osprey* hacia los Heads. Las aguas azules, ahora agitadas, estaban salpicadas de pequeñas olas blancas. El mar se había convertido en un animal salvaje, aunque por el momento solo se mostraba juguetón. El *Osprey* siguió avanzando, orgulloso de su fuerza. Todavía estaba intacto.

—Sí, se han ido —dijo Laura, con una voz clara, alegre y serena.

Su rostro también estaba sereno, cosa extraña considerando la trascendencia del momento, al igual que la expresión de manifiesta alegría con la que se había despertado no había sido la adecuada; por una vez, era transparente; no ocultaba nada.

—Oh, rezaré por ellos —exclamó Rose Portion, sujetando con firmeza el plato de kumquats.

—Pero si no los conoces —dijo Belle, que por eso mismo pensaba que la preocupación de su criada era absurda.

—No necesito conocerlos.

—Puede que no necesiten que nadie rece por ellos. Es ridículo.

Rose no contestó.

Las tres mujeres miraban el barco.

Laura Trevelyan se arremangó la suave túnica como si fuera muy pesada.

—¿Crees que el señor Palfreyman es una buena persona? —preguntó Belle Bonner.

—Por lo poco que he visto de él, diría que es una persona excepcionalmente buena —replicó su prima.

—Pero muy callado.

—Solo dice lo que tiene que decir.

Las tres mujeres seguían mirando el barco.

—Es un hombre instruido, imagino —dijo Belle—. No un colono salvaje e ignorante, como nosotros.

—¡Oh, señorita! —protestó Rose.

—Pero es amable —continuó Belle—. Y a las personas amables eso no les importa.

—Oh, Belle, ¡no digas esas cosas! —dijo Laura.

—¿Acaso no es cierto?

—Sí lo es. Pero ahora no viene al caso.

Las tres mujeres miraban el barco.

Entonces Rose Portion, que se sentía responsable de que Laura hubiera reprendido a la señorita Belle, dijo en un susurro, apretando el estómago:

—Aquí tienen unos kumquats. Justo se los estaba trayendo cuando he visto que el barco había zarpado.

Y dejó el plato, con dos tenedores, sobre la mesita de bambú. Después salió silenciosamente de la habitación.

Ninguna de las dos le dio las gracias a la mujer por su gesto, salvo en espíritu, pues ya no les quedaban palabras.

El viento y el agua golpeaban el lento buque. Las rachas de ese mismo viento, ahora fresco, ahora cálido, alborotaban el jardín y llevaban el aroma a pino y jazmín hasta el amplio balcón. Las jóvenes no habrían podido decir si aquello las estimulaba o las narcotizaba, pero, de pronto, una especie de melancolía febril empezó a poseerlas. Sus cuerpos se estremecieron bajo sus vaporosas túnicas; sus mentes quedaron expuestas a los pensamientos más mordaces; y toda la escena que abarcaban sus ojos se volvió nítida y vital, hermosa, aunque triste.

Sí, a Laura Trevelyan le parecía que los momentos más importantes de su vida eran opacos y feos a la vez. El incidente del jardín con el alemán había sido indescriptiblemente feo, caótico, doloroso. No podía evitar acordarse y, cuando lo hacía, le venía a la boca un regusto acre, como de sangre, como si se le hubiera caído un diente. Se mordió el labio, pero eso le trajo a la mente la visión del diente torcido del alemán cuando había estado hablando aquella mañana, en el muelle.

Entonces, Belle, que por fin había sucumbido a la húmeda y ventosa tarde, empezó a tener miedo.

—Laura —dijo en voz muy baja.

Estaba tan decidida a apretarse contra el cuerpo de su prima como lo estaba esta a mantenerse apartada de ella.

Pero Belle no podía soportar la soledad. Sentía miedo, y también el deseo de fundirse con aquello que no comprendía, tal vez el futuro.

—Laura, ¿qué nos ha sucedido? ¿Qué es lo que está pasando?

Lloraba, apretándose contra el misterioso cuerpo de su prima.

—Nada. Son imaginaciones tuyas —dijo Laura, resistiendo con su voz, con todas sus fuerzas.

El contacto físico prolongado la aterrorizaba.

Pero ninguna de las dos pudo resistirse a la fuerza de aquella tarde. En su búsqueda de protección, se vieron arrastradas, juntas, a una tierna afinidad.

—Dime, Laura —dijo Belle, llorando—. ¿Qué ocurre?

Sus cálidas lágrimas hicieron que la fría piel de su prima se estremeciera.

—No puedo decirte nada —exclamó Laura—, porque no hay nada que decir.

Mientras se mecían abrazadas en el balcón, entre las torcidas ramas de los sólidos árboles, en el seno de aquel vendaval omnipotente, sintieron cierto alivio. La luz, con su caricia, convirtió los kumquats que había sobre la mesa de bambú en piedras preciosas, y aquella perfección hizo que volvieran a recuperar la esperanza.

---

[3]. Viento seco y caliente que suele soplar en las regiones litorales del sur de Australia en verano.

6

El *Osprey* echó el ancla tras lo que podría haber sido un viaje sin incidentes si Turner no se hubiera despertado de la borrachera en un estado de absoluta confusión mental, balbuciendo algo de un cuchillo que debía encontrar inmediatamente. Después de hurgar en su caja y revolver entre sus cosas, por fin lo encontró: tenía el mango de hueso negro y una hoja bastante distinguida. Turner insistió en que traía mala suerte, y dijo que había llegado a sus manos en extrañas circunstancias. Fuera de sí, corrió hasta la borda y lanzó el cuchillo al agua. Entonces se calmó y el buque continuó su viaje hasta Newcastle.

Ya era de noche cuando desembarcaron. Tal y como estaba previsto, los recibió el señor Sanderson, que tenía pensado llevarlos hasta una posada que había a las afueras de la ciudad, donde, según dijo, disfrutarían de más tranquilidad. Nadie se opuso. En aquel momento, estaban a merced de cualquiera. Voss se sentó junto al señor Sanderson. No eran capaces de mantener una conversación fluida y, visiblemente incómodos, se limitaron a intercambiar unas cuantas palabras banales. Para cuando entraron en el patio de la posada, ya habían decidido que era preferible guardar silencio. No obstante, ninguno de los dos estaba molesto, y se sintieron más unidos ante la perspectiva de tener que enfrentarse a la inusual vida de la posada, con sus parches amarillos de luz, su olor a orina y carne asada, sus ladridos de perdiguero y su runrún de turbios consejos, cortesía de los borrachos de turno.

Su estancia en la posada fue muy breve, puesto que el señor Sanderson había traído caballos consigo y era su intención que emprendieran el trayecto de varios días hasta Rhine Towers a la mañana siguiente; el equipamiento que la expedición había traído desde Sídney, sin embargo, sería transportado en carros tirados por bueyes, a un ritmo más calmado.

Voss convino en que este plan era más que razonable, y, a la mañana siguiente, encabezó con su anfitrión la comitiva que salió de Newcastle. Nadie estaba más entusiasmado que el joven Harry Robarts, que nunca antes había montado a caballo, y que enseguida empezó a escudriñar desde su eminente posición las ricas tierras de los colonos y a inhalar las aromáticas esencias de los enigmáticos arbustos de acacias, que iban creciendo a medida que se acercaban a ellos, envolviéndolos y dejándolos sin palabras. Después de un rato, solo se escuchaban el tintineo del metal, el canto de los pájaros y los doloridos muslos de Harry, que chasqueaban regularmente como un reloj a través del tiempo, un tiempo cálido, monótono e infinito.

—Oh, Dios —se lamentaba, inclinándose a uno y otro lado con la esperanza de aliviar las molestias.

Pero el ansiado bálsamo no llegaba. Había pastos, había bosques. Y había un sarpullido en el rostro abrasado de Harry Robarts.

Voss, que había regresado por tierra desde Moreton Bay y el norte, conocía bien aquella parte del país; aun así, como la ocasión era tan significativa, lo observaba todo como si se tratara de la primera vez. El paisaje era amable y relajante en aquella zona, y el alemán miraba a su alrededor con ojos satisfechos, bebiendo largos tragos de la medicina más sencilla. En ocasiones se apartaban del camino pedregoso, que arrancaba airadas chispas de las pezuñas de los caballos, y tomaban atajos por senderos cubiertos de matorrales, caminando sobre las hojas y el silencio. Pero no se trataba del silencio volcánico que impregna todo viaje solitario a través del infinito. El alemán lo había experimentado, y había quedado extenuado tras adentrarse en lo más profundo de su ser, en los zarzales más oscuros. Otros hombres ya habían abierto un camino que atravesaba aquellos matorrales. Los troncos de los árboles peludos mostraban pálidas cicatrices. Voss se limitó a seguir el sendero, y podría haber aceptado aquella solución sin rechistar. El mundo de los dioses se estaba convirtiendo en un mundo de hombres. A su espalda, los hombres avanzaban en fila india, con la cabeza gacha. Sus toses ya no le molestaban. Delante de él se bamboleaba la larga, delgada y civilizada espalda de su anfitrión.

—Esta zona de la región se divide, mayormente, en pequeñas parcelas. Es decir, hasta que lleguemos a los límites de Rhine Towers, claro; y a Dulverton, que es propiedad de Ralph Angus —explicó Sanderson, que a veces, incomodado por el silencio, se sentía en la obligación de informar a sus huéspedes.

En algunos puntos del camino, sobre todo en los claros, se topaban con grupos de niños desaliñados y de piel sonrosada que se acercaban a mirarlos con las narices llenas de mocos y los labios curvados en expresión de asombro. Sus toscos vestidos los hacían parecer aún más esquivos. Un aura de atemporalidad envolvía sus rígidos cuerpos. No hablaban, por supuesto, para no destruir aquella ilusión. Se quedaban parados, mirándolos con sus ojos de un azul implacable, o chocolate caliente, hasta que la grupa del último caballo desaparecía. Después, los chiquillos corrían por el sendero siguiendo los pasos de los jinetes, saltando sobre los montículos de estiércol amarillo, gritando y resoplando, como si conocieran desde antes a los jinetes, y siempre hubieran sido valientes.

Algo más tímidas se mostraban las madres, que salían de las chozas haciendo temblar la estructura de tablas o chamizo, sacudiéndose el jabón de los brazos, o guardándose bajo la blusa marrón la enorme teta que acababa de amamantar. A pesar de su entusiasmo inicial, las madres se paraban en seco y se quedaban de pie en el silencio perturbado, tras farfullar unas cuantas palabras de disculpa. Correspondía a los maridos hablar con los emisarios del mundo. Así que los colonos se acercaban arrastrando sus botas, remendadas durante las largas noches de invierno. Sus nueces de Adán se movían torpemente con la inteligencia del clima, los rebaños o las cosechas. Del mismo modo que se habían labrado, con gran esfuerzo, una existencia a partir de los arbustos y las rocas, ahora procedían a forjar sus palabras a partir de un vocabulario rudimentario.

Voss estaba exultante.

—Estas gentes son buenas. Salta a la vista —dijo—. ¿Son todos colonos libres?

—Algunos. Otros son expresidiarios —replicó Sanderson, alzando la cabeza por encima del hombro—. Hay de los dos tipos. Y en los dos hay buenos y malos.

Como era mejor persona que Voss, Sanderson también era menos propenso a dejarse llevar por ilusiones transitorias. En aquel momento, entusiasmado por la esperanza de la regeneración, el alemán estaba dispuesto a creer que todos los hombres eran buenos.

—Huelga decir que siempre ocurre así —convino, con el aire de quien sufre porque un compañero demasiado superficial no le ha entendido—. Si observa con detenimiento la piel de una hermosa dama, es posible que distinga uno o dos defectos: una zona levemente inflamada, por ejemplo; los orificios de los poros, puede que incluso un grano. Pero esto no invalida la esencia de su belleza. ¿No está usted de acuerdo?

—Sí, si se trata de una cuestión de esencia —respondió Sanderson, con la seriedad que requería la conversación.

Tal y como estaba colocado, Voss solo podía ver la espalda de su anfitrión, que, como ya se ha mencionado antes, era larga, delgada y civilizada.

Sanderson era un hombre de cierta cultura, al que su apasionada búsqueda de la verdad había despojado de toda pedantería. En otra época, el terrateniente podría haberse hecho monje, y de ahí podría haber pasado a ser un ermitaño. A mediados del siglo xix, aquel comportamiento no era el adecuado para un caballero y devoto esposo inglés, así que renunció a Belgravia por Nueva Gales del Sur y aprendió a mortificarse de otra forma. Como era rico y había sido de los primeros en llegar, consiguió un buen pedazo de tierra. Tras aquella victoria digna de todo el orgullo de este mundo, algo casi inevitable para alguien de su clase social, había optado por la humildad. Vivía modestamente junto con su esposa, una mujer de gustos sencillos. Rara vez se los veía ociosos, a menos que leer libros después de la cena se considere una forma de ocio. Esto era lo único que la gente tenía en contra de los Sanderson, y lo cierto es que sí parecía una afición vana y peculiar. La pareja poseía filas y filas de libros encuadernados en piel, y los devoraban sin descanso. Elegían pasajes para compartirlos el uno con el otro, como si se tratara de pedacitos de carne jugosa, y después sus ojos siempre brillaban con un placer casi físico. Más allá de esto, no había en sus vidas nada digno de reseñar. Sanderson se ocupaba de sus rebaños y manadas como cualquier otro cristiano. Si le iba mejor que a los demás, no era evidente, y tanto él como su esposa les lavaban los pies a sus criados.

—¿Cuántas millas quedan para llegar a su propiedad? —preguntaba Voss a cada rato.

Y Sanderson se lo decía.

—Estoy ansioso por verla —respondía Voss, invariablemente.

Los lugares que todavía no se han visitado pueden convertirse en una obsesión que promete la paz definitiva, la bondad absoluta. Por eso Voss, en tanto que hombre falible, anhelaba llegar a Rhine Towers, lugar que investía de todas aquellas gracias que uno espera encontrar en el corazón de cualquier espejismo cuando entra en sus míticos edificios y enciende un enorme fuego en el hogar. El nombre de la hacienda, que se repetía una y otra vez a sí mismo mientras cabalgaba, brillaba ante sus ojos con letras doradas.

Sanderson aceptó la excentricidad de las preguntas de su huésped, porque ya lo habían prevenido acerca de él, si bien el retrato de su informante divergía en cierto sentido de la realidad. El alemán tenía una expresión afable y parecía estar dotado de una mente sencilla, algo ciertamente inesperado. Siguieron cabalgando. En aquellas indolentes y diáfanas tardes de primavera, el terrateniente se preguntó qué muestras de pasión se había esperado. Pero su mente no era capaz de concebir la oscuridad. Vadearon arroyos en los que todo estaba a la vista. Los vivos rayos de sol moteaban la cándida hierba. Sanderson era de la opinión de que, bajo aquella luz, todo secreto quedaría inevitablemente al descubierto. Pero no podía acusar al alemán de tener una naturaleza distinta a la suya.

También era cierto que en aquel momento y en aquel lugar no había entre ellos ninguna diferencia. Una elegancia y una contención admirables se habían apoderado de Voss. Cabalgaba a lo largo de la fila para asegurarse de que todos estaban bien, comentaba detalles de interés, pedía opiniones, hacía sugerencias y volvía a ocupar su lugar detrás del anfitrión, para embeberse de la benevolencia de su nuevo amigo, por la que, al parecer, sentía una sed perpetua.

Todos excepto Sanderson se percataron en mayor o menor grado de aquella transformación.

Harry Robarts aceptó alegremente que su ídolo engañara a su anfitrión adoptando su personalidad. Aquello no era apropiarse de nada, pues el señor Voss había demostrado ser un hombre honrado. Pero Le Mesurier y Turner se mostraban desconfiados, como perros que han sido tentados con un cebo para después ser apaleados. Y Palfreyman observaba y escuchaba, indeciso entre el estudio científico del comportamiento humano y su deseo instintivo de creer que el hombre siempre elige el camino de los justos, incluso aunque, para ello, tuviera que admitir que él mismo se había equivocado.

Bien avanzada la tarde del día de su llegada, el grupo descendió desde las colinas hasta el valle de un río, cuyas aguas pardas discurrían con el murmullo de la noche y cuyos peces pardos dormitaban sobre las rocas. Los caballos levantaban las orejas y estiraban los cuellos sin cesar. Estaban hechos un manojo de nervios cuando abandonaron el placentero valle, seguros de que ya estaban cerca de su destino, y esto infundió a los extranjeros cierta confianza, y la sensación de estar volviendo a casa.

Enseguida se les acercaron unas pocas vacas domésticas, y vieron a un joven pastor que trataba de reunir en el aprisco a un grupo de carneros de generosa cornamenta; estos arrastraban su sexo entre los tréboles. Pero lo que maravilló a Voss fue el valle en sí. Su esplendor mineral se intensificó bajo aquella luz. Al tiempo que el bronce desaparecía, las hondonadas se vieron salpicadas de vetas de plata y en las colinas empezaron a centellear nódulos de amatista y zafiro, hasta que el jinete rodeó aquel bastión que ocultaba el baluarte definitivo de la belleza.

—*Achhh!* —exclamó Voss.

Sanderson se rio, casi con timidez.

—Esas rocas, esas que están en lo alto de aquella colina, son las «Towers»; de ahí le viene el nombre a este lugar.

—Muy apropiado —dijo el alemán—. Es un castillo.

En aquel momento, todo era oro puro. El río púrpura del atardecer discurría por su base, y a punto estuvo Voss de ahogarse en él. Los recuerdos deslavazados que asediaron su mente hicieron todavía más inconcebible la posibilidad de que no se hundiera; sin embargo, consiguió emerger, sirviéndose, como tantas otras veces, de una balsa calamitosa.

Sanderson también contribuyó a sacarlo a la superficie con sus palabras, que eran como troncos salvavidas.

—Desde aquí puede ver la hacienda; está ahí abajo, entre los sauces. Y allí está el cobertizo donde esquilamos las ovejas. Allá el almacén, junto al olmo. Y las cabañas de mis hombres. Ya ve que formamos una comunidad. Hasta están construyendo una iglesia.

Las madejas de neblina, o de humo, se habían enredado con las sombras color púrpura. Los perros aparecieron de la nada, envueltos en una nube de polvo, para mezclarse con los jinetes, y ladraron hasta que casi se ahogaron con sus propias lenguas. Los hombres, sin embargo, se habían quedado mudos ante la magnificencia del paisaje que acababan de dejar atrás y la perspectiva de conocer a otras personas. Algunos se asustaron. El joven Harry Robarts, bañado en un sudor frío, se puso a temblar, y Turner, que llevaba sobrio varios días, temió no ser capaz de sobrevivir a los riesgos de la existencia sin una gota de alcohol en el cuerpo. Hasta Palfreyman se dio cuenta de que aquel día no le había rezado a Dios, y tuvo que renunciar a los progresos que había hecho en el camino, pues era probable que no fueran reales. Así que se mantuvo a la zaga y, de haber podido, habría evitado a sus compañeros.

Una mujer ataviada con un vestido gris y un delantal blanco, agarrando a una niña de la mano, se aproximó a ellos.

—Señor Voss, bienvenido a Rhine Towers —dijo con seriedad y una enorme dulzura; e inmediatamente

añadió, sonriendo azorada—: Bienvenidos todos, por supuesto.

Sanderson, que había desmontado de un salto, colocó la mano brevemente sobre el brazo de su esposa, y aquella mujer de edad indeterminada recuperó el aplomo. Durante un momento, olvidó el resto de sus obligaciones. Entonces, su marido dio una voz, y de entre los sauces llegaron dos mozos para llevarse a los caballos.

—Vamos, Voss… Los mozos se harán cargo de todo —anunció Sanderson—. ¿Tan cómoda es su silla? Venga dentro, nos aseguraremos de que se sienta a gusto aquí.

—Sí —dijo Voss.

Pero siguió sentado, pensativo, con la boca apretada.

La serpiente también se ha colado en este paraíso, se dijo Frank Le Mesurier, y suspiró.

Todos estaban expectantes.

—No pensaba que fuéramos a molestarlo hasta este extremo, señor Sanderson —dijo el alemán, despegando los labios por fin—. Me avergüenza pensar que un grupo tan numeroso va a perturbar la intimidad de su hogar. Preferiría acampar en los alrededores con mis hombres, con nuestras propias mantas, alrededor de un fuego.

La señora Sanderson miró a su marido, que se había puesto pálido.

—Ni siquiera me entra en la cabeza —dijo este último.

Puesto que sí entraba en la suya, los ojos del alemán brillaron con un placer amargo. La belleza que había vislumbrado al acercarse a Rhine Towers ahora le parecía trágica; sus últimos fragmentos se estaban desmoronando en el crepúsculo. Había errado al sucumbir a los placeres de los sentidos, y ahora se veía obligado a sufrir las consecuencias.

Aquellos para quienes tal mortificación era un misterio gruñeron y se agitaron inquietos en sus monturas. Aquellos que eran más sutiles serenaron el gesto.

—Pero las camas están preparadas —se aventuró a decir la señora Sanderson, desconcertada.

Voss apretaba las mandíbulas pensando en el daño que les había hecho a los demás y, sobre todo, en el daño que se había hecho a sí mismo.

Ni siquiera estaba claro si el admirable Sanderson podría ser capaz de sacarlos del atolladero en el que se habían metido cuando Palfreyman suspiró profundamente y empezó a doblarse sobre sí mismo y a resbalar hacia el suelo, lo que obligó al grupo a socorrerlo. Todos se movilizaron y respiraron aliviados, salvo el propio Palfreyman.

—¿Está enfermo? —preguntó la señora Sanderson—. Pobre hombre, debe de estar agotado.

Mientras llevaban a Palfreyman a la casa, Voss les relató cómo su colega había sufrido hacía poco una caída de un caballo y, aunque el ornitólogo insistía en que se encontraba perfectamente, él era de la opinión de que el científico no estaba en condiciones de tomar parte en la expedición. A pesar de que no dejaba de pasarse un pañuelo por el cuello, Voss no parecía sentirse mejor. Sus explicaciones empezaron a sonar como amenazas.

Cuando llegaron al porche de la casa, que era un edificio bajo de tablas de madera de un ocre desvaído con los marcos de las ventanas blancos, apareció un individuo recio y de aspecto fuerte que cogió el cuerpo del hombre inconsciente, aunque nadie le había pedido que lo hiciera.

Al señor Sanderson aquello le pareció perfectamente normal.

—Este es el señor Palfreyman, el ornitólogo. Se ha desmayado —le explicó al desconocido—. Hace poco que se ha recuperado de cierta dolencia. Por favor, llévalo a la habitación de la esquina; así mi esposa y yo estaremos cerca de él y podremos atenderlo debidamente.

Cuando poco después recobró el conocimiento en una habitación extraña, la mayor preocupación de Palfreyman consistió en encontrar a alguien ante el que poder disculparse. A la cabecera de su cama había un hombre de aspecto recio; cuando quiso hablarle, el individuo salió de la habitación.

El incidente del desmayo del ornitólogo contribuyó a relajar el ambiente: la confusión reinante, las explicaciones y los gestos de solidaridad que siguieron sirvieron para que Voss y Le Mesurier aceptaran alojarse en la casa, mientras que los mozos guiaron a Turner y a Harry Robarts hasta las dependencias de la parte de atrás. Nadie aludió a las extrañas objeciones que había planteado el señor Voss. Era posible que él mismo las hubiera olvidado, y que no volviera a recordarlas hasta el momento en que se atormentara reviviendo los dolorosos momentos del pasado en que se había mostrado intransigente.

Estas cuitas nocturnas se apaciguaron rápidamente en aquella casa, en la que los niños correteaban armando barullo por los suelos de piedra, las doncellas iban de acá para allá con hogazas de pan amarillo y servilletas perfectamente planchadas, y los perros aullaban por los aromas de la carne asada. En la amplia sala de techo bajo donde se serviría la cena, ardía un fuego de eucalipto. La luz clara y dorada fluctuaba dibujando

patrones sobre el mantel blanco, hasta que la llegada de varias lámparas más tenues puso fin al baile de las llamas. Por último, la propia señora Sanderson, que se había dejado llevar por la vanidad hasta el punto de hacerse otro peinado, entró con una serie de velas que habían fabricado ellos mismos y las colocó sobre la repisa de la chimenea.

Mientras esperaban, su anfitrión había llenado de vino las copas de Voss, de Le Mesurier y la suya propia.

—De nuestros viñedos —explicó—. Uno de mis objetivos es conseguir autoabastecerme.

Y continuó llamando su atención sobre los diversos boles y jarras que él mismo había modelado con arcilla local, y que su mujer había decorado y luego cocido en su propio horno. Si bien en algunos casos el intenso calor del horno había desdibujado los colores claros y las sobrias formas de la cerámica, en otros las había deformado, ganando en patetismo.

Aquella era la cualidad que predominaba en el comedor y en todas y cada una de las habitaciones de la casa de Rhine Towers: el patetismo, fruto de las cimas que con tanto esfuerzo se habían escalado. El fracaso puntual no afectaba al triunfo de los Sanderson. De hecho, tal vez fuera aquella la fuente de su perfección.

—Lo felicito por lo que ha logrado aquí, en esta tierra salvaje —dijo Voss, que sentía el vino caliente en la boca—. Y también lo envidio.

Sanderson le respondió con brusquedad:

—Cualquiera puede alcanzar lo que se proponga.

Voss lo sabía por experiencia propia.

—Pero cada hombre tiene un objetivo distinto. Por ejemplo, muy a mi pesar, mi naturaleza no me impulsa a construir una casa sólida y llevar el tipo de vida que se lleva en un lugar como este. Por eso —hizo una pausa para beber—, todo esto es tan perturbador —dijo—. Una persona honesta puede destruir de un modo muy eficaz nuestros cimientos.

Dejó su vaso sobre la mesa.

—No soy capaz de expresarme en su idioma.

La señora Sanderson, que había captado las palabras del extranjero mucho mejor que su marido, parecía triste. Extendió las manos, delicadas pero fuertes, hacia el fuego hasta que se volvieron transparentes, y dijo:

—Ya es hora de que vengan los demás.

Le Mesurier, que también estaba sentado junto al fuego y, al igual que su anfitriona, había detectado el humor de su jefe, se inclinó hacia delante y tomó entre sus brazos a una chiquilla.

—¿Qué es lo que más te gusta? —le preguntó, sin rastro de aquel cinismo con el que solía protegerse de la omnisciencia de los niños.

La niña respondió sin dudarlo ni un segundo:

—La tarta de melaza.

Mientras él la sostenía entre sus brazos, la niña le acariciaba la cara con el dedito, muy seria, hipnotizándolo con sus ojos. De todos los encantamientos que se estaban llevando a cabo en aquella habitación, donde el fuego crepitaba y un perro cazaba liebres en sueños, puede que ese fuera el más poderoso. Hasta que Angus rompió el hechizo.

Porque, evidentemente, quien había irrumpido en el comedor era Angus. Había que estar muy amargado para no perdonarle cualquier cosa, incluso su riqueza y su ignorancia, puesto que los jóvenes apuestos, patosos e inconscientes, al igual que los caballos purasangre o los perros de caza, nunca son responsables de nada. Como su rostro era un libro abierto, las almas reservadas se sentían culpables por tener secretos y se esforzaban por enmendarse abriéndose de par en par. Era afable, de pelo rojizo y tez rubicunda, y tenía una sonrisa particularmente blanca.

—Ralph, como de costumbre, llegas tarde —dijo Sanderson sin rastro de reproche—; aunque supongo que la puntualidad ya es cosa del pasado. —En beneficio de Voss, añadió—: Este es el *segundo* Ralph. Yo soy el primero.

La idea de estar duplicado, aunque solo fuera por el nombre, parecía complacer inmensamente a su anfitrión.

Voss aceptó al apuesto joven con cierta cautela, recordando que Angus iba a unirse a su expedición. Sin embargo, fingió no conocer aquel detalle, del mismo modo que Angus se cuidó de no mencionar el acuerdo al que habían llegado. Se dedicaron a estudiarse mentalmente mientras conversaban con sus anfitriones.

—Creo que deberíamos llamar al señor Judd —decidió por fin la señora Sanderson.

La campanilla resonó en la mente de Voss. Al recordar al convicto del que le había hablado el señor Bonner, el alemán se dio cuenta de que aquello era lo que más temía de todo.

Poco después apareció Palfreyman. Caminaba con dificultad y, aunque su rostro era sereno, tenía los labios macilentos. A su lado se encontraba el hombre recio que había cargado con él a su llegada.

—¿Está usted seguro de que esto le conviene? —le preguntó Sanderson.

—Sin duda —sonrió Palfreyman—. Solo ha sido un mareo pasajero. He descansado dos horas en una buena cama, y el señor Judd ha tenido la amabilidad de darme unas cucharadas de ron.

Así que aquel recio individuo era Judd.

Allí estaba, muy cerca de Palfreyman. Al parecer, se había erigido en enfermero, algo que el paciente había aceptado con naturalidad.

Judd y Voss fueron presentados, y los dos hombres se estrecharon la mano.

El exconvicto era un hombre discreto en todos los aspectos, algo que se hacía más evidente en una persona de su volumen y fuerza. De hecho, era una mezcla de potencia y delicadeza, igual que esos árboles retorcidos que el tiempo y la climatología han torturado hasta convertirlos en formas grotescas, pero que siguen despidiendo aromas leves y sutiles y cuyas hojas tiemblan con el más mínimo cambio en el viento. Tenía el cabello prácticamente gris, y la nuca surcada de profundas arrugas. Era difícil calcular su edad, pero no era viejo. Hablaba pausadamente, aunque podría decirse que era elocuente. Cabía imaginar que sus conocimientos fueran considerables, aunque también parecía que nunca los compartiría, ni siquiera bajo amenazas. No es que no confiara en los hombres; más bien se trataba de que la injusticia y el desprecio de los que había sido víctima durante determinado periodo de su vida lo habían llevado a encerrarse en sí mismo. Había vuelto de entre los muertos, aunque no era capaz de admitir que aquello había sido un milagro, y puede que nunca lo hiciera; y puede que, en realidad, ni siquiera lo hubiera sido.

—Ahora que ya estamos todos, tomemos asiento —sugirió la señora Sanderson—. Imagino que tendrá usted hambre, señor Angus.

—Yo siempre tengo hambre —dijo el afable joven, aunque en aquel momento se mostraba un poco reticente.

La señora Sanderson indicó a sus invitados dónde sentarse a la mesa.

—Y usted, señor Angus, ahí. Y el señor Judd.

Angus se mostró indeciso y azorado cuando su mano rozó el respaldo de la silla, mientras que el señor Judd parecía víctima de una triste ironía relacionada con el recuerdo de una experiencia del pasado.

Voss reparó en que estaban a punto de sentarse con el exconvicto y que la perspectiva obsesionaba al joven hacendado hasta tal punto que en su mente no quedaba espacio para ninguna otra idea o sentimiento. El alemán se preguntó si sus propios crímenes, que en determinados accesos de franqueza podía llegar a admitir, excederían los que Judd había cometido. Sintió que en aquel pensamiento podría esconderse el bálsamo para alguna llaga futura. Pero enseguida lo desechó. Su disgusto estaba creciendo. No le importaba que Judd fuera un convicto, pero sí recelaba de él, porque era un hombre.

—Vamos —dijo el señor Sanderson, irritado—; ¿es que nadie va a sentarse?

Porque les estaba retando a no hacerlo, porque lo consideraban un ser superior incuestionable y por el respeto que le tenían, todos se sentaron y se guardaron para sí sus quejas.

Entonces, las doncellas entraron con una enorme sopera y varios platos toscos y rústicos.

—Según tengo entendido, el señor Judd ha ocupado algunos terrenos en esta zona —dijo el alemán sin ninguna intención de acusarlo de nada.

Su rostro era amable, pero estaba preparado para enfrentarse a lo que hiciera falta.

El expresidiario apenas lo miró y abrió la boca. Esperaba que su anfitrión acudiera en su rescate, cosa que Sanderson se apresuró a hacer.

—El señor Judd ha ocupado unos pocos acres junto a nuestra linde —explicó—. Así que, como ve, somos vecinos. Por suerte para nosotros, dado que eso significa que podemos beneficiarnos de su ayuda y consejo.

Judd empezó a tomarse la reconfortante sopa, hecha a base de leche y patatas, y sazonada con hierbas dulces. El convicto daba por sentado que Sanderson lo defendería, o eso parecía. En aquel preciso instante, algunos de los presentes, que consideraban que tendría que haberse explicado él mismo, cambiaron la opinión que tenían de él. Pero Judd siguió tranquilamente tomándose la sopa. La opinión de los demás ya no le afectaba.

El grupo disfrutó de la cena. Comieron un enorme y crujiente cuarto trasero de cordero al horno y un plato de ciruelas frescas y aromáticas, y la conversación, gradualmente y con la ayuda del vino, se volvió placentera.

La velada siguió su curso. Aquella noche no se discutirían asuntos de importancia; era algo que estaba implícito en la luz y en la atmósfera. La señora Sanderson mantuvo deliberadamente a sus invitados en un plano superficial, y empezó a divertirse, recordando las fiestas de su juventud, con música y juegos. Se sonrojó varias veces, y miró con frecuencia en dirección a su marido, que se encargaba de evitar las confrontaciones entre sus amigos utilizando sus propios métodos. Había empezado dando cuenta de su vida en Rhine Towers

desde que habían llegado en carros tirados por bueyes, con algunas posesiones y la piel blanca, que al principio se les había quemado, luego cubierto de ampollas y, por último, de callos; pero, sobre todo, les habló de su arraigo incurable a aquella tierra, acrecentado por sus rutinas cotidianas. Les habló de reses magníficas, de su arma favorita, de manantiales de agua helada que había descubierto en las colinas y de un perro salvaje que no había conseguido domesticar, y el público visualizó aquellas sencillas y vívidas estampas sin dificultad. Les contó que una vez, mientras paseaba entre los helechos, el casco de su caballo había pisado una calavera humana, probablemente de algún convicto que había huido de los asentamientos costeros en busca del paraíso que aquellos desgraciados pensaban que existía en el norte.

El narrador describió la calavera con tanto detalle que Angus casi sintió cómo el aterciopelado helecho le crecía en las cuencas de los ojos.

Judd también observó la calavera, en silencio. Sus silencios, según advirtió Voss, eran formidables.

Pasado un rato, cuando ya los invitados charlaban en grupos al amparo de la luz fracturada del fuego, o dormitaban intermitentemente en soledad, el alemán se acercó al convicto, que estaba sentado aparte, con intención de entablar una conversación. Apoyando el antebrazo en la pared y cruzando los pies en un equilibrio algo remilgado, preguntó en un tono extrañamente formal:

—Dígame, señor Judd, usted es dueño de una propiedad; ¿le parece conveniente abandonarla durante el tiempo que dure la expedición?

Le estaba ofreciendo al convicto la posibilidad de una escapatoria.

—Sí —respondió aquel hombre robusto—. Mi esposa es muy capaz y nuestros dos hijos fueron educados para trabajar.

En su respuesta no había el menor atisbo de duda.

—Debe usted creer que estos viajes de exploración son muy importantes —dijo Voss, sin dejar de mirar a Judd.

El explorador recordó que en su viaje anterior había encontrado una masa de piedra caliza, rota por la naturaleza en pedazos de aspecto casi humano, y repleta de una inocencia similar, simple y contemplativa. El convicto dijo:

—Como ya le habrán contado, he acumulado cierta experiencia en el noroeste del país. Y considero que es mi deber poner esa experiencia al servicio de la Colonia.

—¿A pesar de las injusticias que la Colonia ha cometido con usted?

El alemán estaba sinceramente interesado en tal enigma del comportamiento humano. Aunque era un experto en la perversidad, esta era tan singular que ni siquiera él la comprendía. Así que siguió mirando al expresidiario como si se hubieran intercambiado los papeles y Judd fuera el extranjero allí.

Judd empezó a mover los labios.

—A pesar de… Sí, a pesar de ello —replicó sin mirar a Voss.

—Será un placer llegar a conocerlo mejor con el paso del tiempo —dijo el alemán.

El expresidiario hizo una mueca y dejó escapar un sonido de pesar o duda, del que Voss, que como de costumbre estaba preocupado por sus propias carencias, no se percató. De hecho, el placer que esperaba conseguir al aprender a comprender a Judd parecía ilusorio, puesto que la roca no puede conocer a la roca y la piedra no puede fusionarse con la piedra, salvo si se produce un conflicto. Y Voss, según parecía, estaba hecho de la misma materia que un monolito de segunda: de una piedra más friable, de esquirlas nerviosas y depósitos de minerales oscuros, cuyos propósitos no podían elucidarse con facilidad.

Judd se disculpó, diciendo:

—Soy un hombre sencillo.

Lo que, a ojos de Voss, quería decir: *muy complejo*.

—Pero estoy decidido a dar lo mejor de mí, aunque solo tenga mi fuerza. Ya ve que no tengo estudios que valga la pena mencionar. No he leído libros. Solo estoy dotado para las cosas prácticas. Además, tengo un «sexto sentido» para la naturaleza, algo que ya he demostrado en varias ocasiones. Así que, en resumen, esas son mis credenciales, señor. ¡Ah! Olvidé mencionar que soy muy resistente. Aunque eso no hace falta decirlo. He sobrevivido hasta ahora.

Había ido colocando todas aquellas palabras unas sobre otras con esfuerzo, como si fueran piedras.

Voss, que veía desde arriba la enorme cabeza canosa de aquel hombre, no consiguió sentirse superior a él, aunque sí incómodo en varios momentos. Necesitaba sentirse completamente libre, y aquella carga había empezado a constituir una amenaza. Nervioso, comenzó a chuparse el bigote y sintió un sabor acre en la boca, fruto de su decisión de resistir. La cabeza le daba vueltas mientras se adentraba, antes de tiempo, en aquel país vasto y expectante, ya se tratara de desiertos pedregosos, montañas ocultas o bosques voluptuosos y suculentos. Pero, en cualquier caso, era suyo. Por derecho de pernada espiritual, le correspondía a su alma

cruzar primero el aterrador pasaje que conducía al interior. Por lo que veía, nadie allí había explorado su propia mente hasta el punto de ser capaz de soportar una experiencia como aquella. Salvo, tal vez, el convicto, cuya mente Voss no era capaz de leer. Aquel hombre había forjado su carácter en el infierno, y, como él mismo había dicho, había sobrevivido.

El señor Sanderson, que tenía muy en cuenta los límites del ser humano a la hora de relacionarse con sus semejantes, se levantó, atizó los leños que quedaban en el fuego, asustando a uno o dos perros, y sugirió que se retiraran para que, por la mañana, pudieran inspeccionar la propiedad con fuerzas renovadas. El joven Angus se puso inmediatamente en pie de un salto, dispuesto a regresar a su propiedad tal y como había llegado, a lomos de su caballo, y a evitar la compañía de Judd, puesto que ambos habían cabalgado hasta allí solo para pasar la velada y conocer a los demás miembros de la expedición, que estarían alojados en Rhine Towers por lo menos durante una semana con objeto de descansar, de elegir a los caballos y de reunir a las mulas que transportarían la carga durante el viaje.

Mientras los cascos del caballo de Angus aún resonaban alejándose en la oscuridad, el señor Sanderson bajó los escalones de la entrada con una linterna para guiar hasta la cerca al otro huésped que se marchaba. Solo Voss y Palfreyman estaban con él, porque Le Mesurier, que había descubierto con entusiasmo su vocación, estaba ayudando a la anfitriona a llevar a los niños somnolientos a la cama.

Palfreyman, que prácticamente no había abierto la boca desde que su desmayo de aquella tarde lo privase de la compañía del resto, contempló las estrellas y dijo:

—Me alegro de que mis conocimientos de astronomía sean tan pobres.

—¿Y eso por qué? —preguntó Voss.

—Porque comprender las estrellas haría que fueran menos hermosas.

Voss emitió un bufido de desaprobación ante lo débil de aquel argumento, que constituía un motivo más que suficiente para no volver a tomar en consideración a Palfreyman jamás.

No es que el alemán fuera inmune a la poesía de las estrellas, como tampoco lo eran los demás hombres. Lo que enfureció a Voss e hizo que las estrellas que contemplaba brillaran con un fuego gélido fue lo simples, y por consiguiente absurdas, que habían sido las palabras de Palfreyman.

—Esta noche volverá a helar —dijo Sanderson estremeciéndose; y la linterna tembló.

—¿Está usted bien, señor? —preguntó Judd, bajando la voz y colocando su mano sobre el brazo de Palfreyman.

—Sí, por supuesto. Me encuentro perfectamente —dijo Palfreyman, que ya había olvidado por completo su vahído.

Los dos hombres estaban manteniendo una conversación privada, tal y como sugería el tono de sus voces. Voss se dio cuenta de que algo había ocurrido entre ellos. Entonces, experimentó una sensación similar al pánico fruto de su propio aislamiento —cuando la gente decía adiós, nunca era a él— y bajó otro escalón para analizar mejor los rostros del convicto y el ornitólogo.

Nunca se lo habría imaginado, pero, en ese preciso momento, Palfreyman estaba recordando cómo aquella tarde el convicto le había llevado una jofaina de hierro llena de agua y un pedazo de vulgar jabón amarillo; y, aunque aquel hombre humilde le había atendido, ambos habían sentido con gratitud que eran iguales a ojos del otro.

Voss miró alternativamente a uno y a otro tratando de adivinar su vergonzoso secreto, pero no lo consiguió. La luz titilaba, los sauces titilaban.

En consecuencia, dijo, con una amabilidad demasiado ansiosa:

—Adiós, señor Judd. Iré a visitarlo algún día, antes de irnos. Me gustaría ver sus tierras.

Pero el expresidiario se limitó a farfullar algo, subió a su caballo y se marchó.

¿Acaso me he comportado de un modo ridículo?, se preguntó el alemán; solo el hombre que no depende de nadie es fuerte. Y, mientras entraba en la casa, pensó en el desprecio que sentía hacia Palfreyman.

Algo ha vuelto a sacarlo de quicio, se dijo Sanderson mientras se daban las buenas noches.

En efecto, Voss apenas participó de aquella ceremonia ni se dignó a mirar a su anfitrión, que se encaminó a su dormitorio.

—¿Crees que el señor Voss será capaz de soportar los padecimientos de un explorador? —preguntó su esposa, mientras se cepillaba el pelo a la luz de las velas.

—No veo por qué no. Él mismo se somete constantemente a padecimientos mentales similares —respondió el marido.

—Pero un gran explorador debe estar por encima del sufrimiento humano, al menos a ojos de sus hombres.

—Puede que sufra precisamente por eso. No es que su sufrimiento sea humano, pero otros hombres pueden interpretarlo así.

—Me temo que es posible que esté enfermo —aventuró la señora Sanderson.

Se acercó a su marido y colocó su mejilla contra la de él. En ocasiones, que otros no compartieran la perfección de su vida la hacía sentir culpable y, en aquel momento, bañada en aquella luz dorada, se sentía especialmente culpable.

—¿Tanto lo has observado? —dijo su marido, risueño.

—No hace falta observarlo. Se intuye. Ojalá pudiera curarlo.

—Las rocas no le harán cortes tan profundos ni el sol le provocará heridas tan dolorosas como la bondad humana —sentenció el marido con afecto.

Acostado en la mejor habitación que los Sanderson podían ofrecerle, entre sábanas exquisitamente limpias y un persistente aroma a verbena, Voss no tardó en abandonar su cuerpo y aquellos pensamientos que habían estado sobrevolando su cerebro como moscardas. Enseguida sintió cómo las colinas lo envolvían. Todo lo que había contemplado antes lo revivía ahora a través del tacto. Así, acariciaba esas mismas colinas, y su encantadora superficie no lo sorprendía. Todo aquello que habría sido reprobable, nauseabundo, temible en la vida era admisible, incluso deseable, en el sueño. Y podía *resolverse,* como también *disolverse*. Tomó una mano para leerla, fuera lo que fuese lo que había escrito en ella. También vio colinas que nadie rodearía jamás. Esa es la colina del amor, dijo su voz, como si fuera lo más natural del mundo. Esa huella, señaló ella, se quedó marcada cuando empujé la arcilla en el horno y, por muy insignificante que sea, estará ahí para toda la eternidad. Entonces él lanzó lejos de sí, bruscamente, la mano, que se rompió en mil pedazos. Incluso en sueños, el aspecto de las cosas lo decepcionaba, y había cogido la mano equivocada. Aquí tiene, dijo ella sin rencor, y le entregó otra que aún no había cocido. Era de grano blanco. Todavía tenía el aspecto terrible, patético, de la carne. Y la apretó contra su pecho. Tenía miedo de volver a mirar la mano. Hasta que ella se inclinó desde su caballo. La mujer de los pechos enormes que había estado a punto de ser pisoteada, y cuyos dientes habían saboreado el pelo negro del caballo, empezó a gritar: ¡Laura, Laura! Pedía ayuda. Todo lo que ocurre ocurre a pesar de la mujer del pelo de caballo, que, en realidad, es de peluche. Laura está sonriendo. Ambos conocen este detalle. Entonces, ¿dónde van a parar los nombres que las manos han conocido por el tacto, y las caras, que son como jarras sin cocer? Laura es el nombre. Pero el nombre, como todo, se ha perdido, el velo de las montañas ha salido volando, el viento. ¿Acaso no es esa la tela que envuelve las colinas y que se llama…?, *ach, Musselin, natürlich,* pero ¿qué más?

Voss se despertó con la luz grisácea del amanecer y los primeros ruidos de la casa, y permaneció inmóvil con la cara apretada contra la almohada, cuyas inocentes plumas se disputaban con el día la posesión de su cuerpo. Durante unos instantes, se quedó allí tumbado, tratan- do de recordar lo que había soñado, sin conseguirlo. Irritado al principio, después recordó que basta con haber soñado. Así que continuó tumbado, y el sueño perdido siguió siendo parte de él. Al sueño le debía el estado de absoluto bienestar que lo invadió, al menos durante una hora más.

Sanderson en persona le llevó una jarra de agua caliente, que colocó en la jofaina. Le agradaba agasajar a sus invitados con pequeños detalles, porque había aprendido que así es como debe hacerse. Pero no le dijo nada al alemán, pues todavía era demasiado temprano. A esa hora del día, las palabras pueden mancillar el puro placer de vivir.

Voss permaneció tumbado escuchando a los habitantes de la casa, que ya empezaban a ocuparse de sus quehaceres cotidianos. Algunas de las chicas se contaban los sencillos sueños de campo que habían tenido. Soltaban risitas, se pegaban y protestaban, hasta que su señora las mandó callar y les pidió que cogieran las escobas y los cubos. El alemán oyó el ir y venir de aquellos utensilios. Oyó cómo las faldas de la señora Sanderson cruzaban regularmente la entrada una y otra vez.

Durante los días siguientes, el aire curativo de Rhine Towers operó en Voss tal y como sus anfitriones deseaban. Cabalgó plácidamente por los prados en compañía del amistoso señor Sanderson, inspeccionando caballos, mulas y unas pocas cabezas de ganado que pensaban llevarse al norte para cubrir sus necesidades. (Más reses, un rebaño de ovejas y un hato de cabras les esperaban en Downs, la propiedad del señor Boyle.)

Mientras su líder se dedicaba a esos menesteres, los demás miembros de la expedición se mantenían ocupados de distintas formas: zurcían la ropa, escribían diarios, se echaban la siesta, pescaban con mosca, mascaban jugosas y largas briznas de hierba, liaban madejas de lana o trataban de tomarles el pelo a las incrédulas criadas de la señora Sanderson. Sin embargo, en cuanto Voss aparecía, todos salían a su encuentro apresuradamente, deseosos de obedecer lo que ahora les parecían órdenes perfectamente razonables. La presencia de Voss los exoneraba de cualquier responsabilidad, algo que en aquel momento agradecían en extremo. No tenían que pensar y podían limitarse a echarse al sol como lagartos. Él era el líder de la expedición.

En ocasiones, el alemán se mostraba incluso paternal. Aquella faceta le resultaba lo bastante extraña como

para gustarle. Las primeras canas que le salieron en la barba aportaron autenticidad a su rol; las arrugas que habían aparecido alrededor de sus ojos eran, de hecho, una señal de su nueva cordialidad, mientras que los ojos en sí mismos animaban a los hombres a abrir sus corazones y contarle secretos que la mayoría de la gente dudaría en compartir con otros.

Durante su estancia en Rhine Towers, algunos lo hicieron. Por ejemplo, Harry Robarts le confesó que su padre lo había colgado por los tobillos con cadenas sobre unas brasas, solo para ver cómo sudaba. El siguiente fue Turner. El sol ralentizó su voz peligrosamente el día en que le habló de la casa de Kentish Town en la que, según le dio a entender, había pasado algún tiempo y en la que algunos hombres habían muerto; en aquella casa todos los ojos lo vigilaban, incluso en las escaleras y los descansillos, hasta que no había podido soportar más las miradas y había huido, viniendo por voluntad propia a este país, en el que otros expiaban sus pecados a la fuerza. Después de contárselo, Turner miró a Voss por el rabillo del ojo, pero el sol calentaba demasiado como para lamentar haberse precipitado.

Voss recibía gustoso estas confidencias y las guardaba celosamente, tanto porque eran valiosas como porque le repugnaba airear los pecados de la plaga humana. Sin embargo, ese mismo disgusto lo incitaba a invitar a los demás a hacerle más confidencias.

Frank Le Mesurier, no obstante, no le contaba nada. El alemán reparó en que apenas había visto al joven desde su llegada a Rhine Towers, y en una ocasión se atrevió a mencionarlo.

—¿En qué emplea su tiempo, Frank? Es un misterio —dijo con una sonrisa.

El joven estaba avergonzado.

—¿Qué quiere que le cuente? —respondió—. No tengo nada que ocultar.

En realidad, sí tenía algo que ocultar.

—Estaba bromeando —dijo el alemán amablemente—. Estos días son para descansar. Hace bien en aprovecharlos.

Pero se quedó mirando fijamente al joven, que enseguida se marchó de allí.

Ya la tarde de su llegada, ante aquellos escenarios esplendorosos que sabía que existían, pero que nunca antes había visto, Frank Le Mesurier había empezado a transformarse. La puesta de sol había difuminado todos los contornos. Sin embargo, la noche no terminaba de caer; más bien parecía salir a borbotones, con la fuerza del latido de un corazón y el pulso de un hombre joven, a fin de tomar posesión de aquellas colinas, que aguardaban expectantes. Solo la magnífica casa se resistía a entregarse a la oscuridad. Aquella noche, ya tarde, había salido para contemplar la luz de las lámparas y las velas que parecía llenar todas las ventanas. El aislamiento hacía que aquel tenue resplandor resultara conmovedor y atrayente. Y así empezaron a manifestarse los días. La hierba se deshacía y murmuraba. Un niño apoyaba su mejilla contra su pecho. El sol, imperioso y magnífico, no era más que un simple círculo que le permitía la entrada, y consecuentemente lo cegaba, aunque también lo iluminaba.

Por fin, un día, Le Mesurier había acudido corriendo a la habitación fría y silenciosa que ocupaba y había hurgado entre sus cosas en busca de un viejo diario que había abandonado por una serie de motivos insignificantes; después, se había sentado allí un momento, con el libro entre los dedos. Y así había empezado todo.

Todo lo que aquel hombre no había vivido empezó a escribirlo. Sus fracasos tomaron forma: la forma de las flores, la forma de las montañas y de las palabras de amor que nunca antes había expresado y que, por ese mismo motivo, encerraban la verdad de la inocencia.

Cuando lo escribió, el poema quemaba en el papel. Al final, lo había conseguido. Pero, aunque era más fuerte gracias a él, lo escondió por temor a que alguien lo acusara de ser débil. A menudo lo sacaba para leerlo y, si bien parte de lo escrito había muerto, descubría que al mismo tiempo se abrían nuevas avenidas de luz. El poema estaba transformándose continuamente, al igual que el mundo de apariciones que el texto le había regalado a él. Aun así, la estructura no cambiaba, y eso hacía que se sintiera verdaderamente fuerte.

A veces deseaba revelar su fortaleza a los demás hombres, pero se contenía.

Frank esconde algo, se dijo Voss.

Dos días antes de la fecha en que estaba previsto que salieran hacia el noroeste, el alemán sintió la necesidad de coger un caballo y encaminarse hacia el lugar en el que le habían dicho que vivía Judd. Durante un buen trecho, un sendero apenas visible atravesaba planicies desnudas. Ovejas estúpidas saludaron con sus tiesas patas al jinete desde las mustias acederas. Un pastor observó la escena desde la entrada de su choza. Después, el camino pedregoso se convirtió en un sendero lleno de matorrales, que bie n podría haber sido una estrecha rambla esculpida entre las peñas y los árboles. La noche en que había regresado de casa de los Sanderson, Judd debía de haberse encomendado a la Providencia y al instinto de su caballo, porque el camino dejó agotado a Voss incluso de día. Ya no cabalgaba conscientemente, sino que se dejaba llevar por las

sensaciones. Tocaba la corteza de los árboles que le quedaban más cerca (de hecho, los árboles estaban tan cerca que podía ver las costras de resina y savia de las heridas, así como las hormigas que recorrían las fibras vegetales transportando comida). También cantaba, en su idioma, una alegre canción que hablaba del sol y las cascadas. Como la canción no tenía muchos versos, o él solo conocía unos pocos, los repetía una y otra vez, acentuando su estructura y enfatizando su mensaje místico en el silencioso bosque de piedra.

Ahora, el sendero, que había desembocado en una cadena montañosa repleta de tocones quemados, serpenteaba repentina, violentamente a través de un grupo de rocas negras y relucientes y se precipitaba al vacío. La silla resbaló sobre la cruz del caballo. El sobrio ejemplar se apoyó sobre sus cuatro patas antes de empezar a bajar la pendiente. Todo iba hacia abajo. El mundo estaba inclinado en aquella dirección, y un hato de cabras se aferraba a él. Las pezuñas de los animales chasqueaban, sus cuernos cortaban el aire y la comida regurgitada salía disparada mientras se abrían paso entre la maleza o mordisqueaban las briznas de hierba gris. Los ojos amarillos solo se posaron una vez sobre el jinete. Después, las cabras se precipitaron colina abajo, cada vez más rápido, cada vez más abajo. Muy pronto, sus colas, que no cesaban de moverse, se perdieron de vista.

El caballo creía firmemente que los senderos siempre llevan a alguna parte y en consecuencia lo siguió, aunque aquella zona era legendaria. Los pájaros se zambullían con decisión entre las hojas sin entonar su canto. Pájaros negros, en su mayoría. Resultaba extraño que aquellas cosas tan suaves pudieran romper el silencio, pero lo hacían, y del modo más apasionado, simplemente batiendo sus alas.

Voss estaba exultante como un clarín. Como una tuba. Había olvidado la letra de la canción, pero cantaba su entusiasmo con un clarín roto que no habría deshonrado los templos, porque estaba dedicado a Dios.

Sí. *Gott*. Lo había recordado. Le había cantado y su canto sonaba devastador, como una fanfarria desesperada.

Incluso las profundidades conducen a lo alto de ese trono, divagó en un acceso de inspiración. Cuadró los hombros y se recostó sobre la grupa del caballo, que continuaba su descenso impetuosamente. El rostro de aquel hombre revelaba que estaba dispuesto a aceptar su propia divinidad y que los demás también debían aceptarla. Se sometería a las pruebas que fueran necesarias, incluso a la inmolación.

Lo adoraré, dijo de repente la voz de la fría muchacha.

Era ella la que había luchado contra él en el jardín, tratando de vencerlo por medio de alguna artimaña cristiana, ofreciéndole oraciones.

Rezaré *por* usted, dijo después.

—Jesús —murmuró el hombre, con un tono dulce, suave, lastimoso. Porque era inútil.

Entonces rio, y escupió sobre la tierra.

Casi inmediatamente, Voss reparó en que se estaba enderezando sobre la silla. Ya no hacía falta que siguiera recostado; habían llegado a la base, y allí había una mujer observándolo.

El viejo caballo se encontraba al fondo de un recinto rocoso, justo al pie de la montaña. Rodeada casi por completo de riscos, aquella cavidad de tamaño considerable se abría de modo gradual, sutil, a una planicie azul y majestuosa.

Pero, por el momento, lo que prevalecía era la mujer, que seguía observándolo como un animal, como el caballo que había bajado de la montaña y el hato de cabras de color marrón que ahora se reunía con solemnidad en su tierra.

—Estoy buscando a un tal señor Judd —dijo Voss.

—Ah —dijo la mujer—. Ha venido al lugar indicado. Pero ahora no está.

—Pero volverá, ¿no?

—Sí —dijo—. Sí, sí.

Estaba de pie frente a la casa, o más bien la choza de tablas descoloridas, que se fusionaba con los troncos vivos de los árboles circundantes. Habían embadurnado los intersticios de las tablas con una arcilla amarilla, pero esta también se había desgastado y ahora formaba parte de un disfraz natural. Solo el humo que salía de la chimenea, adoptando formas caprichosas, advertía de la presencia de seres humanos.

—¿Es usted su esposa? —preguntó Voss.

La mujer, que estaba doblando una rama con intención de romperla, dijo:

—Sí.

Entonces, la mujer se dio cuenta de que el tiempo pasaba.

—Me ha pillado usted haciendo mantequilla —dijo bruscamente—. No puedo entretenerme. Ate ahí su caballo si quiere.

El cuerpo grueso de la mujer, en el que la determinación había ocupado el lugar de la gracilidad, se desplazó pesadamente rodeando la cabaña. Algunas de las cabras la siguieron. Entró en una choza más

pequeña, desde la que enseguida llegó el extraño sonido de la mantequilla que ca-ía desmenuzada en una mantequera de madera. Con las piernas entumecidas, Voss se dirigió a la cabaña más pequeña. Tenía la intención de examinar a la mujer como si se tratara de un animal. En realidad, lo era.

Cuando el alemán llegó, la mujer ya había sacado la mantequilla de la mantequera y estaba apretándola y estrujándola, prensándola con sus fuertes manos, no solo porque era lo que tenía que hacer, sino porque le causaba placer. Una transpiración lechosa flotaba sobre el montículo de mantequilla blanca.

—No tardará mucho —dijo, después de preparar su voz para enfrentarse a aquella aventura—. Está marcando corderos con los chicos. Deberían haber terminado ayer, pero se hizo de noche cuando todavía les quedaban algunos.

Entonces se detuvo. Sintió un nudo en la garganta. Estaba concentrando toda su fuerza en las manos, rojas por el esfuerzo.

—¿Por qué es blanca la mantequilla? —preguntó Voss.

—Por la leche de cabra —dijo ella riéndose, señalando algunos ejemplares que habían entrado en la cabaña y que estaban mordisqueando la ropa del desconocido.

—Mi marido va a unirse a una gran expedición —continuó la mujer—. Van buscando un mar interior. O tal vez oro, ¿quién sabe? —dijo riéndose y demostrando que era una mujer lista.

—¿Eso le ha dicho su marido? —le preguntó el extraño.

—No lo recuerdo —dijo la mujer, apartándose de la mejilla un pelo, o quizá se tratara de un mosquito, con el hombro—. Debo de haberlo oído en alguna parte. La gente habla y cuenta cosas.

—¿Qué hará usted cuando su marido se marche?

—Lo que hago siempre.

Estaba lavando la mantequilla. El ruido del agua no dejaba que el silencio la envolviera durante mucho tiempo. Redujo la mantequilla, después volvió a amasarla, formando una sólida fortaleza.

—Yo nunca me iré de aquí —dijo.

—¿No desea experimentar otras cosas?

Ella desconfiaba de las palabras que usaba el desconocido. Era un caballero instruido.

—¿Qué más podría querer conocer? —preguntó, mirando la espesa mantequilla.

—¿Ni tampoco volver a visitar los lugares que le son queridos?

—Ah —dijo levantando la nariz y disipando así las sombras que ocultaban parcialmente su rostro, como si olfateara el aire de alguna taberna; pero casi inmediatamente cerró los párpados que cubrían aquellos ojos animales—. No —añadió, enfurruñada—. No le tengo apego a ningún otro lugar, al menos no el suficiente para volver. Este es mi sitio.

Cuando la mujer volvió a abrir los ojos, él la creyó. Su mirada era honesta, de las que no traicionan la forma de las cosas. Aquellos eran sus ojos auténticos, negros como la noche; miraban a través de los helechos todas las maravillas y no deseaban interpretar nada de lo que tenían ante sí.

—Él *sí* es inquieto —continuó diciendo, vivaz y risueña—. Es un hombre. Los hombres saben más de la vida. Y quieren saber más. Tiene un telescopio para mirar las estrellas, y le hablaría de ellas a cualquiera que le preguntase; a mí no me interesan. ¡Las estrellas! —rio—. Es un hombre tranquilo, aunque profundo. Se sienta junto a las brasas y se chasquea los nudillos. Yo nunca podría saber todo lo que él sabe. Ni me atrevería a preguntar nada. ¡Ni a hacer cosas! Él sabe arreglar un arma; y un reloj, aunque ahora el reloj está definitivamente roto. No fue culpa suya; dice que falta una pieza que es imprescindible. Así que ahora nuestro reloj es el sol.

Había empezado a aporrear la mantequilla con unas anchas palas de madera, que dejaban sobre ella unos bonitos grumos.

—Señor, ni en un millón de años podrían encontrar a un hombre más adecuado para liderar esta gran expedición.

El desconocido escuchaba los golpecitos.

La mujer volvió a levantar la cabeza, con la misma mirada astuta que había mostrado antes, más honesta que nunca.

—Está usted interesado en la expedición, supongo, puesto que ha venido a verlo.

—Sí —dijo el desconocido—. Soy Voss.

Y golpeó los talones uno contra el otro de un modo muy gracioso, contaría la mujer después.

—Ah, he oído hablar de usted —dijo, arrastrando las palabras—. Señor —continuó—, no tengo costumbre de conversar, y por eso he hablado demasiado. Es uno de mis defectos. Antes solían castigarme por ello; me denunciaban a menudo. Pero nadie podrá decir nunca que no trabajo como una mula.

Y siguió aporreando la mantequilla.

Voss se rio y, echando un vistazo fuera, comentó:

—Creo que ha llegado el líder de la expedición.

—Señor —le advirtió la mujer rodeando la robusta bancada—, él nunca habría dicho algo así. Ha sido cosa mía, de verdad, señor. Todos los hombres toman el mando a veces; hasta el más insignificante. Está en la naturaleza masculina. Y algunos tienen otros dones, bien para apagar de un disparo las velas, o para sumergirse en el agua, o para cazar ratas. Y lo mejor es que les deje disfrutar de su momento de gloria, créame.

Justo entonces se aproximó su marido, acompañado de sus hijos, un par de chicos fornidos con el torso desnudo. Los tres iban manchados de sangre seca y olían a corderitos y a cera.

Cuando el alemán y el convicto se encontraron, ninguno estaba seguro de cómo comportarse. Los hijos del segundo sabían que aquella reunión no les concernía, así que se quedaron a un lado rascándose la sangre seca y mostrando una total indiferencia.

La madre había entrado en la cabaña.

—He cabalgado hasta aquí porque deseaba ver dónde vivía —empezó el alemán.

—Dónde vivo no tiene importancia —respondió el otro. Llevó al visitante aparte, porque era una persona distinta cuando hablaba con personas con las que no tenía confianza.

—Me gusta ver cómo vive la gente —dijo Voss—. Así es más fácil comprenderla.

El convicto esbozó una sonrisa hasta donde se lo permitió su boca, que era muy recta.

—No soy un hombre misterioso.

Su expresión era de culpabilidad, aunque bien podría haber sido de satisfacción. Atravesaron un bosquecillo de árboles jóvenes que el viento agitaba y doblaba, y que invitaba a pasear. Detrás estaba el cobertizo en el que la familia esquilaba al rebaño; era muy sencillo, y estaba hecho de las mismas tablas grises, con una especie de compuerta para que pasaran las ovejas, y debajo el gallinero, de cañas y postes, como se hacían en Inglaterra. En una esquina había algo parecido a un patíbulo, guarnecido con cuerdas y poleas. Era una de esas construcciones que se alzan contra el cielo en noches inmensas, aunque aquella tarde, en que las nubes parecían de lana y el sol lucía encarnado, no era gloriosa.

—¿Qué hace ahí esa horca? —preguntó Voss para reanudar la conversación.

—¿Qué horca? —repitió inmediatamente el hombre, abochornado.

Cuando vio a qué se refería, le explicó con su calma habitual:

—Ahí es donde matamos las ovejas. Hasta se puede colgar a una res.

Como si lo hubieran acordado de antemano, siguieron paseando por el borde de la planicie, pero a la sombra de la montaña, hasta que se hizo evidente que el colono había conducido a propósito a su invitado hasta una grieta en el terreno donde un manantial surtía un pozo de aguas ambarinas. Las negras masas rocosas, los esqueletos de helechos verdes, los pálidos rasgos de los hombres: todo fluctuaba en el espejo del agua. Judd se quitó la camisa, se puso de rodillas y empezó a limpiarse la sangre seca con un pedazo de jabón que había en un saliente de la roca.

Es fuerte, se dijo Voss, no tanto por su cuerpo robusto como por la fortaleza que el silencio le otorgaba.

—Cuando llegamos a este lugar por primera vez —empezó a decir Judd como en un sueño—, esto era todo lo que teníamos. —Se enjabonó con aquella pastilla de ensueño—. Me refiero a que llegamos aquí en una carreta, atravesando la planicie que se extiende hacia el sur. Teníamos un hacha, por supuesto, y un saco de harina, palas y otras herramientas. Teníamos colchones. Pero nada importante. Nunca poseí nada de valor, salvo una cadena de oro que me robaron cuando iba por la calle. En Inglaterra.

Se estaba enjabonando el cuello y las axilas, y aquel sueño parecía de seda, más suave.

—Y entonces vimos este manantial. Lo encontramos nosotros.

En efecto, el lugar era tan seductor como las piedras preciosas de menor categoría. (¿Acaso no es la poesía del topacio o de la piedra lunar más nostálgica que la de los diamantes?) Mirando aquellos guijarros sobre los que brotaba el agua, Voss ardió en deseos de guardarse uno en el bolsillo, como si todavía fuera un muchacho.

—Enseguida me adueñé del manantial —dijo Judd, que seguía enjabonándose—. Por las noches venía y me sentaba aquí.

Los círculos que se expandían sobre las preciosas aguas incitaban a pensar que aquel era el centro del mundo.

—Entonces, ¿quiere abandonar todo esto, todo lo que ha encontrado y todo lo que ha construido, por, tal vez, nada? —preguntó Voss con la misma delicadeza con la que tanteaba con el pie las ganzúas pardas de los helechos.

Todo aquello le había dado mucho que pensar. Judd, que se había enjuagado rápida y enérgicamente, llegado a aquel punto, se dio la vuelta para alcanzar su camisa. El alemán comprobó que la espalda de aquel

hombre estaba cubierta de cicatrices de un feo color púrpura y del bochornoso blanco de la piel regenerada.

—Sí —dijo Judd, mirando el agua—. Esto no es mío —dijo—, como no era mía la cadena de oro que alguien me robó por la calle. Y, cuando me azoten con el gato de nueve colas, sabré que estos huesos tampoco eran míos. Señor, no tengo nada que perder y puedo ganarlo todo.

Preso de cierta agitación, que empezaba a manifestarse en su cuerpo robusto y su mente serena, el hombre apremió a su invitado. Atravesaron el pasto cubierto de matorrales y rodearon un claro en el que, sobre una roca, en un trípode, descansaba el telescopio que la mujer del convicto había mencionado. Era un instrumento algo más grande de lo que Voss había imaginado.

—¿Qué es eso? —preguntó, a pesar de que ya lo sabía.

—Un telescopio —murmuró Judd— que he aparejado para mirar las estrellas.

—Pero no verá nada. No tiene suficiente alcance.

El convicto azuzó al visitante para que siguieran caminando. No deseaba contarle nada más, y además se sentía avergonzado porque quizá había dado pie a alguna especulación. Se destacaba por ser un hombre resolutivo y fuerte, y el señor Sanderson lo había recomendado exclusivamente por poseer esas cualidades.

Cuando llegaron a la cabaña, donde estaba su caballo, Voss le tendió la mano y dijo:

—Nos reuniremos en Rhine Towers después de mañana.

—*Pasado* mañana —corrigió Judd, y una amplia sonrisa dejó a la vista su sólida dentadura.

Estaban empezando a llevarse bien.

Dado que la luz había empezado a adoptar tintes bronceados, Voss no se demoró más, y muy pronto estaba subiendo la empinada cresta que separaba aquella propiedad de la de los Sanderson.

Aquella noche sus anfitriones le contaron parte de la historia de los Judd. Su relato, sin embargo, no fue muy coherente, porque lo que sabían era fruto de fragmentos que habían escuchado aquí y allá y que, tal y como ellos mismos admitieron, no encajaban. Desconocían por qué crimen había sido deportado Judd, pero sí sabían que, al llegar a la Colonia, había sido sometido a las mayores brutalidades y a los trabajos físicos más duros. En una ocasión, había intentado escapar, pero había sido capturado cuando aún se encontraba en la falda de las montañas; una bendición, si se considera el destino que corrieron los que sí consiguieron huir. En otra ocasión, Judd se vio envuelto en un motín, cuyos instigadores fueron fusilados sin demora; de nuevo, aquel hombre pasó desapercibido, algo que solo puede atribuirse al favor divino. Fue uno de aquellos desgraciados individuos que participaron en la temprana colonización de Moreton Bay, donde había conocido a su mujer, que también era una convicta. Había quien dudaba de que su unión hubiera recibido las bendiciones de la Iglesia. Aunque aquello fuera cierto, no había supuesto un impedimento para que aquel lazo durase desde que sus manos se rozaran por primera vez bajo las hierbas gigantes y la omnipresente humedad de Moreton Bay. Los Judd cumplieron más gustosamente la última parte de su condena al servicio de un abogado militar en Sídney, y en aquella casa, gracias a la recomendación de su señor, recibieron el indulto. Voss escuchó todo esto con cierto interés, aunque no demasiado, puesto que no lo había averiguado por sí mismo.

Palfreyman, sin embargo, estaba muy conmovido.

—Nunca olvidaré —dijo— mi primer encuentro con ese hombre y su humildad, similar a la de Cristo. Con solo verlo, uno deseaba hacerse responsable de todos sus sufrimientos.

Voss sacudió la cabeza.

—Sus sentimientos, señor Palfreyman, a veces tienden a lo enfermizo. Por mucha simpatía que le tenga a ese individuo, es del todo irrazonable desear asumir la culpa de un criminal, cosa que, no me negará, Judd ha sido, en mayor o menor medida.

Palfreyman miró a Voss.

—Me temo que no puedo renunciar a mis convicciones, señor Voss, ni por usted ni por ninguna otra persona.

Voss se levantó. Sus botas negras chirriaron.

—Detesto la humildad —dijo—. ¿Acaso el hombre es tan innoble que debe yacer en el polvo, como los gusanos? Si el arrepentimiento consiste en eso, prefiero el pecado.

Parecía muy agitado. A la luz de las velas, su piel presentaba un tono amarillo oscuro. Sus labios, aún más oscuros, se curvaron.

Palfreyman no respondió. Había juntado las manos hasta formar un círculo infranqueable.

Después Voss se ablandó, sobre todo consigo mismo. Miraba con una expresión algo estúpida a su alrededor, en aquella habitación débilmente iluminada en la que sus palabras habían perecido. Las lágrimas de cristal, que colgaban de los alambres de plata atados a los candelabros, emitían un suave tintineo. Entonces empezó a disculparse, a su manera, ante la señora Sanderson, que durante la escena anterior había apartado la

mirada, justamente por encontrarla de lo más desagradable.

Ignorando las disculpas del alemán, dijo, sin embargo, amablemente:

—Le recomiendo que se beba una taza de leche caliente antes de irse a la cama. Obra maravillas cuando uno está exhausto.

Aunque no pensaba seguir su consejo, Voss le dedicó una breve mirada de agradecimiento.

Es un hombre de un atractivo inusual, pensó la señora Sanderson, y creo que está pidiendo a gritos que lo salven. Se preguntó si alguna vez le mencionaría aquello a su esposo.

Aquella noche Voss soñó con la mantequilla de leche de cabra, en la que la mujer del convicto estaba a punto de dibujar una cara. Pero ¿la de quién? Era fundamental saberlo. La necesidad hizo que se despertara bañado en sudor y que permaneciera dando vueltas en la cama en el gris anonimato del sueño, mucho después de que aquel sueño inconcluso se hubiera desvanecido.

El día siguiente, el último que pasarían en Rhine Towers, se desarrolló sin contratiempos. En ocasiones como esta se escriben las últimas voluntades. La mayoría de las ofensas se perdonaron. Los hombres pasaron horas conversando con los niños. El día nunca había amanecido más hermoso en aquel valle, ni lo había abandonado más rápidamente, envuelto en largas túnicas de oro, azul y púrpura.

A la hora del ocaso, Voss bajó hasta el río de truchas fantasmales. Había estado purgándose desde el día anterior, poseído en cierto modo por la humildad que Palfreyman solía ensalzar como una virtud. De pie junto a las aguas pardas del afable río, que formaban remolinos sobre los cantos rodados, y volviendo la mirada hacia el lugar en el que la casa parecía haber sido prendida a la orilla por manos humanas llenas de esperanza y confianza en el futuro, el hombre se vio arrastrado por la nostalgia hacia una inocencia que en otras circunstancias habría tildado de ignorancia, o de manto que oculta una artimaña.

Así, mientras contemplaba aquella casa torpemente concebida, aunque muy hermosa, donde los contornos empezaban a disolverse y las ventanas florecían con las desdibujadas esferas de luz que proyectaban los candelabros, recordó los codos de la joven la noche de la fiesta, cuando se sentó al piano rígidamente y tocó un insignificante nocturno sin ninguna emoción. Porque, a pesar de su elegancia y del aparente dominio de sí misma que mostraba, de sus labios fríos y de sus ojos apasionados, de sus orejas diminutas, de las que ahora evocaba con todo lujo de detalles hasta la última curva transparente, a pesar de todo eso, su auténtica fuerza radicaba en la terca inocencia que la caracterizaba. Con toda probabilidad, ella no era consciente de lo que él acababa de descubrir. También en aquel siniestro jardín, donde la joven se había mostrado rígida, insensible, incluso desagradable, pero fuerte, sus palabras habían tenido un impacto aún más profundo porque habían nacido de una inocencia torpe, y eran capaces de asestarle, como él temía, o deseaba, el golpe de gracia, el golpe definitivo.

Siguió pensando en la joven y vio cómo las puntas de sus rígidos codos resplandecían en la oscuridad. Después, como era tarde y estaba cansado, subió la colina y regresó a la casa.

Aquella noche Voss sacó de entre sus cosas papel y pluma, se sentó a una mesita convenientemente iluminada por un par de velas y cubierta con un paño que la propia señora Sanderson había tejido, y se dispuso a escribirles a aquellos benefactores que habían expresado el deseo de estar informados, en la medida de lo posible, de sus movimientos. Se expresó con un lenguaje bastante pomposo: algo que sus destinatarios esperaban, y de lo que él era capaz.

Después, cuando hubo terminado, volvió a coger la pluma y, casi inmediatamente, se encontró escribiendo con lo que un observador externo habría calificado, si no fuera tan contradictorio, como una extraña combinación de determinación y descontrol.

Sin pensarlo dos veces, Voss escribió sobre aquella hoja en blanco lo siguiente:

Rhine Towers, octubre de 1845

Estimada señorita Trevelyan:

Imagino que la sorprenderá recibir esta carta, pero mis recuerdos de usted, junto con la belleza apacible de esta zona en la que hemos pasado varios días de idílica ociosidad en manos de unos anfitriones de lo más atentos, me han impulsado a tomar papel y pluma y a unir mediante el pensamiento y el sentimiento conscientes todo lo que estaba fragmentado en mi mente. Porque, según parece, más allá de las preocupaciones derivadas de la adecuada preparación de esta gran expedición, y de los muchos incidentes agradables que hasta ahora se han producido, en ningún momento he dejado de tener presente su simpatía y el sincero interés que ha mostrado por nuestro bienestar, así como la gran estima que yo mismo le tengo a nuestra relación, por muy insignificante que pueda parecerle ahora y por muy secundaria que sea en el plan de vida que el destino ha preparado para cada uno de nosotros.

Habría dudado en expresar mis sentimientos en estos términos tan personales si no fuera consciente

de su fortaleza moral y su discernimiento, y de que usted ya ha comprendido perfectamente determinados rasgos de mi carácter. Los dones que nos otorga el destino no pueden devolverse: debo conseguir lo que me he propuesto conseguir. En resumen, soy consciente de que una compañera tropieza casi a diario con las toscas rocas de las circunstancias, pero también sé que una compañera fuerte y juiciosa, como la que he percibido en su persona, cuenta con armas suficientes para defenderse de la destrucción.

En el plano material, no tengo nada que ofrecerle. No obstante, estoy convencido de que lograré llevar a cabo mi misión; tan seguro estoy de ello que podría apostar cualquier cantidad de oro o bonos. Querida señorita Trevelyan, no le pido que *rece por mí,* sino que se una a mí en el pensamiento y en el ejercicio de la voluntad, cada día, a cada hora, hasta que regrese a su lado, victorioso.

Mientras tanto, me gustaría solicitar su permiso para escribirle a su tío, el señor Bonner, y pedir su mano formalmente.

Poco más tengo que añadir. Es muy tarde y mañana partiremos antes del amanecer. Si es usted tan amable, puede enviarme su contestación a Jildra, la propiedad que el señor Boyle tiene en Darling Downs. Medite bien su respuesta, pero no demasiado, ¡porque Jildra será mi última oportunidad!

Desde Jildra también espero poder escribirle de nuevo dándole detalles interesantes de la flora y la fauna que hemos visto, y algunos pormenores del viaje. Ahora le entregaré esta carta al señor Sanderson, cuyos hombres bajan periódicamente en carro hasta Newcastle, con la esperanza de que desde allí sea despachada y llegue a sus hermosas manos lo más pronto posible.

Con el mayor de los respetos,

JOHANN ULRICH VOSS

A la mañana siguiente, mientras las lámparas de la amistad planeaban conmovedoramente sobre el rocío y la oscuridad, y voces desnudas ofrecían consejos de despedida, el grupo comenzó a desplazarse hacia el norte con el propósito de cruzar Nueva Inglaterra. La estación era propicia y la tierra seguía siendo extraordinariamente verde, o gris verdoso, o azul verdoso, del azul del humo o la distancia. Eran días radiantes, alegres, en los que los caballos lustrosos, las reses estúpidas o incluso las mulas resentidas por la pesada carga no tenían motivos para quejarse. Los hombres llamaban a sus compañeros alzando las voces hacia el cielo azul, o permanecían en silencio, sonriendo plácidamente, dormitando sobre sus monturas bien engrasadas bajo la amarillenta luz del sol, mientras marchaban en grupo por terreno abierto, o en fila india a través de los matorrales. Por entonces todavía congeniaban. No podría haber sido de otro modo bajo aquella luz radiante. Hasta el metal de los estribos cantaba esperanzado.

A medida que avanzaban, los colonos se acercaban para ofrecerles su ayuda o, si eran tímidos, se quedaban observándolos a una distancia prudente con curiosidad reverencial. El principal objetivo de aquellos individuos era ver al extranjero, con el que, por supuesto, ni siquiera el más osado se atrevía a comunicarse a causa de su peculiar forma de expresarse. Por mucho empeño que pusiera Voss en hablar como ellos, los colonos preferían dirigirse a cualquier otro miembro de la expedición; el honor de su presencia les bastaba. El extranjero permanecía indiferente a todo aquello: sentado sobre su montura y absorto en los asuntos del alma, miraba imperiosamente por encima de las cabezas de los hombres, poseyéndolo todo con la mirada hasta donde alcanzaba la vista. En sus ojos, las colinas y los valles descansaban inmóviles, aunque expectantes, o correspondían con oleadas de hojas y hierba a la caricia del sol, hasta que todo se teñía con el oro líquido de la unión completa.

Las exigencias de Voss para con los miembros de la expedición eran frecuentes y agotadoras, pero, aunque la abundante sensualidad lo extenuaba, aquel fue un periodo de enorme dicha para él y, en consecuencia, de inexplicable dicha para el resto.

7

Con la marcha de la expedición, la fuente del malestar del señor Bonner desapareció. Ahora que aquello estaba convirtiéndose en un acontecimiento histórico y, por tanto, en algo impersonal, podía disfrutar de su propósito. Para las personas como el señor Bonner, la vida que vivimos no forma parte de la historia. La vida es demasiado personal; la historia, no. Así que el comerciante volvió a aquellos placeres que le brindaban el hogar y la familia, el negocio y su séquito de empleados y, sobre todo, su considerable cuenta corriente. Si algún cliente o amigo aludía en alguna ocasión a aquel asunto de la exploración en el que, efectivamente, el señor Bonner había tomado parte personalmente, esbozaba lo que, para alguien tan robusto, materialista y tenaz, podría llamarse una sonrisa etérea y, entre el acostumbrado tintineo de las monedas, se explayaba en las consecuencias históricas de aquella empresa. Pero, gracias al Cielo, aquello ya no le concernía directamente. Le resultaba tan lejano como las Cruzadas. Sin duda, el señor Bonner habría financiado las Cruzadas, del mismo modo que seguiría apoyando la expedición si fuera necesario, pero con dinero contante y sonante, no a costa de los sufrimientos del espíritu. Si bien no se oponía a tratar de salvar las almas de otros hombres, valoraba más el hecho de que la suya estuviera en paz.

Las comodidades, tanto materiales como espirituales, que de modo tan conveniente se confunden en las mentes serenas habían inspirado la residencia del comerciante. Construida con piedra sólida, nada había sacudido sus cimientos hasta la fecha. No era tan espléndida como práctica, aunque a veces, y solo por pura casualidad, podía parecer incluso el producto de una mente imaginativa, a pesar de la plétora de matas ceremoniosas y flamantes, como los laureles y las camelias, que el tío había plantado a su llegada. La ciencia de la horticultura no había logrado exorcizar el espíritu del lugar. Las ramas y las hojas de las especies autóctonas seguían invadiéndolo todo, melaleucas y otras resinas de enigmáticos y cálidos aromas y atentos silencios: árboles sombríos que, paradójicamente, conseguían desviar las miradas por exuberantes. Además, los acentos de la poesía resonaban en las gargantas de las palomas, y en ocasiones podía verse a las jóvenes damas mordisqueando fresas que acababan de coger de las camas protegidas por mosquiteras, absortas en sus labores de costura en un pequeño cenador enrejado o jugando al *croquet* con el militar, por la tarde, cuando los arcos dibujaban sombras alargadas en la hierba fresca.

Cualquiera que tuviera ojos sabía que el jardín de los Bonner era un escenario de lo más adecuado para las muchachas, en especial para la sobrina, que era de naturaleza solitaria y tendía a ocuparse de las flores —del modo en que lo haría una dama, eso por descontado— cuando el clima lo permitía. No era raro verla cortando rosas por la mañana y por la noche; las colocaba en una cesta alargada abierta por un extremo que la criada, que casi siempre la acompañaba, llevaba a tal efecto. La gente decía que la señorita Trevelyan pedía multitud de pequeños favores, a menudo disparatados, dignos de una joven arrogante y esnob.

Era muy distinta a la señorita Belle. En aquellos días sofocantes en que el ansiado viento no llegaba y las pisadas arrancaban a las hojas caídas un aroma a alcanfor, los que paseaban al otro lado del muro veían cómo la señorita Belle lloraba a lágrima viva, se abanicaba y se retiraba el pelo de la cara, aunque la cosa nunca pasaba a mayores, porque la señorita Belle seguía siendo una niña inocente. Y, cuando por fin llegaban los plomizos temporales de la tarde, las intensas ráfagas que asolaban los alcanforeros, la señorita Belle se recogía la falda y corría impulsada por el viento, dejando que circulara bajo sus ropas, e incluso abría la boca y gritaba hasta que su madre o su prima la mandaban callar. Sí, sin duda la señorita Belle era la más animada de todas.

Así, la vida del jardín se fundía con los pensamientos de los transeúntes. Las muselinas tornasoladas y las hojas melancólicas obsesionaban a los más especulativos. Voces indistinguibles, casi siempre voces de damas,

seguían resonando en sus oídos hasta que llegaban a sus casas en los barrios más distantes de la ciudad; damas dedicadas a esas tareas a las que se dedican las damas, porque tienen que pasar el tiempo de algún modo.

—Dios mío, si no le hubiera escrito ya a todo el mundo —comentaba Belle—, escribiría una carta.

Efectivamente, ya lo había hecho, aunque también había recibido a su vez multitud de cartas de contestación de las otras chicas.

—Yo no sabría a quién escribirle —respondió Laura en aquella ocasión.

Estaban sentadas en el cenador enrejado, desde donde colgaban las cabezas embriagadas y aturdidas de las glicinias de China.

—Pero si hay muchísimas personas —replicó Belle—. Tienes a Chattie Wilson y a Lucy Cox; y a Nelly McMorran. Y a todos los demás.

—Ni siquiera sería capaz de encontrar un tema lo bastante interesante.

—Eso no es necesario —dijo Belle—. Sencillamente escribes y ya está.

El tiempo pasaba muy despacio, aunque por la tarde llegaría Tom.

—A papá le extraña no haber tenido noticias de la expedición —dijo Belle, por decir algo—. Por supuesto, no esperaba ninguna muestra de cortesía por parte del señor Voss, pero sí que el señor Sanderson lo mantuviera al tanto de todo, al menos a estas alturas del viaje.

—Todavía es muy pronto —sugirió Laura, que estaba dibujando el jardín desde un ángulo que nunca antes había probado.

—O el señor Palfreyman —dijo Belle—. El señor Palfreyman podría, y debería, escribirle.

No miró a su prima.

Laura entornó los ojos, estudiando la perspectiva.

—No le corresponde a él hacerlo. No es el líder de la expedición.

—Querida Lolly —suspiró Belle, cogiendo la mano de su prima como si se tratara de un gato al que quisiera acariciar.

—Qué tonta eres, Belle —dijo Laura, que no terminaba de dominar la perspectiva; y se echó a reír.

—Pero tú misma reconociste que Palfreyman te resultaba muy agradable el día en que zarpó el barco. —Para Belle Bonner, su prima era un enigma fascinante, ya estuviera dibujando en el cenador o rehuyendo a sus posibles pretendientes—. Un hombre muy simpático, en opinión de mamá.

—De lo más simpático —convino Laura.

—Hasta a Tom le parece, porque se lo he preguntado, que el señor Palfreyman tiene un gran corazón. De constitución frágil, quizá. Aun así, gozar de mala salud puede ser motivo suficiente para que un hombre se muestre muy considerado con los demás.

Laura se estaba divirtiendo.

—¿Esa opinión también es de Tom?

—No. De mamá. —Belle se ruborizó.

—Así que se ha barajado al señor Palfreyman.

—Laura, querida, eso me haría tan feliz… —Belle acarició la mano de su prima.

Era exasperante. Habría empujado a sus seres queridos a tomar un dulce que ella nunca había probado.

Pero Laura se rio. Recuperó su mano, apretó el lápiz contra el papel y trazó una línea de lado a lado.

—¡Has echado a perder tu dibujo! —exclamó Belle.

—Sí —dijo Laura—. No tenía ningún interés.

Hizo una pelota con el papel y se la lanzó a su querida Belle.

Durante aquella estación, la risa verde y reluciente de Laura se entreveraba con los días, que eran cálidos, aunque todavía no agobiantes, y olían a claveles, a las hojas arrancadas de eucalipto, dispersadas por el viento, y al perfume de las rosas, que se extendía en ráfagas incontenibles. Fueron días emocionantes. Guirnaldas verdes adornaban las ventanas, los soportales de los balcones, los pomos de las puertas, en señal de celebración.

Nadie sabía qué se celebraba, pero era evidente que había algo que celebrar. Todos miraban a Laura en busca de algún indicio cuando trabajaba en el jardín, entre las flores frescas, o cuando aparecía de repente en algún umbral, envuelta por el sonido del roce de su falda, o le seguía el rastro a una sombra atravesada por la luz en la glorieta, o de repente abría una ventana levantando los brazos hacia el travesaño, y los dejaba ahí, suspendidos durante un segundo, y la carne de aquellos verdes tallos se dibujaba contra las vides. Todos aquellos actos, si bien no revelaban nada, eran alegres. Su boca, más que sonreír, se maravillaba.

Porque ni siquiera Laura había captado la esencia de aquella estación; solo sabía que nunca había sido tan exuberante, y que la carne de las rosas se estaba volviendo humana, mientras cortaba los capullos largos y puntiagudos y las pesadas flores que se marchitarían aquella noche. Tenía que cortarlas todas, incluso las que

estaban floreciendo.

—Señorita, lo pondrán todo perdido —protestó Rose Portion una vez, mientras sostenía la cesta.

—Sí —dijo Laura—. Lo sé.

—¡Tt-tt-tt! —suspiró la mujer de marrón—. Verá cómo acaban las mesas y las alfombras. Habrá pétalos por todas partes.

Pero la joven estaba deslumbrada por las rosas. Siguió cortando las más grandes, de las que las abejas recolectaban néctar y polen. Se inclinó para coger más flores y la luz rosácea inundó su rostro, obligándola a cerrar los párpados para protegerse del resplandor. Entonces vio que se había enredado en uno de los rosales más viejos y retorcidos, de tallos oscuros y nervudos. Estaba atrapada. Por mucho que agitaba la planta, no conseguía moverse ni hacia un lado ni hacia el otro. Entonces empezó a reírse con nerviosismo, irritada ante su impotencia, y gritó:

—¡Rose, ayúdame! ¿Dónde estás, Rose? ¡Haz algo!

La mujer dejó la cesta a un lado y liberó sin mucho esfuerzo a su ama. La muchacha, aunque se reía, tenía las mejillas encendidas; en realidad, se sentía muy humillada.

—¿Me he desgarrado el vestido? —preguntó.

—A primera vista, no —replicó Rose—; pero supongo que sí.

Controlando su respiración, la mujer recogió la cesta. No tenía por qué ayudar con las flores, pero le gustaba hacerlo y, debido a su estado, la gente de la casa quería complacerla en todo. Aunque la señora Bonner, que acababa de asomarse al balcón, no parecía muy satisfecha con la escena. No se quitaba a Rose de la cabeza ni por un segundo.

En una ocasión, la señora Bonner había acudido a ver a su sobrina en un momento poco apropiado, cuando la joven estaba ensayando una pieza nueva al piano. Después de sentarse junto a ella, le había dicho:

—Laura, tenemos que pensar muy seriamente qué vamos a hacer con Rose. Me han hablado de una tal señora Lauderdale, que ha fundado una institución para ayudar a las mujeres como Rose, durante…, o puede que sea para después, para esos pobres niños, no lo sé; debo consultarlo con la señora Pringle y pensar qué es lo mejor.

Entonces, la tía Emmy había mirado a su sobrina directamente, como si se tratara de un árbol que ocultara algo en su interior, y no una joven enfrascada en un arpegio.

—Sí, tía. Por supuesto —había dicho Laura, que estaba sufriendo las penalidades de la música.

Laura es una egoísta, había pensado la señora Bonner.

—Nadie quiere ayudarme —había murmurado.

Y, acto seguido, había salido de la habitación.

En aquel momento, Laura vio a su tía en el balcón, colocando una cinta en un gorro limpio sin quitarle ojo a Rose.

Rose miró hacia arriba, vio y comprendió; no se le escapaba casi nada. Entonces, dijo:

—Ahí está la señora Bonner. Voy a ver si necesita alguna cosa.

—No lo creo —dijo Laura con firmeza.

Laura Trevelyan había dedicado mucho tiempo a meditar sobre el problema de Rose Portion, pero no había llegado a ninguna conclusión. No se angustiaba como su tía, aunque aquello la afectara personalmente; en su opinión, más personalmente que a ella. Por ese motivo, seguía pensando en ello, aunque su fe en la razón había disminuido. Había decidido preparar su mente, por así decirlo, para recibir revelaciones. Esta preocupación, que ya era casi física, no la abandonaba en ningún momento, aunque sobre todo la asaltaba cuando se encontraba en el jardín repleto de aquellas enormes y excesivas rosas, junto a la mujer embarazada. En esos momentos, las dos sombras se solapaban sobre la tierra. Con el peso del sol dorado a sus espaldas, la joven notó el pulso de la criada en su propio cuerpo y, en consecuencia, se sintió más tranquila que nunca, alegre y resignada. De camino hacia la casa, abrió su sombrilla para protegerse del resplandor y, bajo las dentelladas del sol implacable, tuvo fe en la carne que ambas compartían. Por fin se había convencido de que el cuerpo era el único modo de encontrar una solución real.

En el balcón, la señora Bonner, consciente de sus propias limitaciones, sujetó la cinta al gorro almidonado y entró.

—Todavía no han tenido noticias de ese alemán —dijo Rose Portion, que prefería exponer los hechos a cometer la indiscreción de preguntar directamente.

—Todavía no —respondió Laura Trevelyan. Mostró los dientes en un espasmo, tal vez debido al violento resplandor; los bordes de su dentadura eran casi transparentes—. Todavía no —dijo; y luego murmuró—: Pero es posible que sepamos algo pronto, tal vez incluso esta noche.

Aunque aquellas palabras habían salido de su boca más despacio de lo que había sido su intención, en su

mente habían brotado como un escalofrío. Tenía la boca seca.

—Ah, no entiendo a ese hombre —dijo Rose.

—¿En qué sentido? —preguntó Laura.

—Supongo que es por su forma de hablar. Aunque creo que la mitad del tiempo ni él mismo se entiende, ni siquiera en su propio idioma.

Laura no respondió, pero oía la respiración agitada de la criada, las pisadas, las pausas… Y las pausas eran las más ruidosas.

—Tampoco entiendo sus ojos —dijo Rose—. Debe poderse entender a un hombre por sus ojos, si no se puede hacerlo de otro modo.

Entonces carraspeó, porque ya había dicho demasiado.

De camino a la casa, atravesaron el invernadero, en el que campanillas de rocío hacían tintinear los pequeños helechos y los bordes dentados de las hojas de las palmeras serraban la seda de las telas de araña. El calor allí dentro era tan intenso que ambas se quedaron sin aire. Sus rostros apenas lograban abrirse paso entre las cortinas de vapor y a duras penas conseguían penetrar la penumbra verdosa en la que se mecían las ramas aterciopeladas.

—Yo sí lo entiendo —dijo Laura—, aunque no con la razón. —Estaba embriagada—. Incluso cuando no estoy de acuerdo con él, lo entiendo.

La otra mujer respiraba con dificultad.

Al entrar en la casa, la joven se colocó las manos en las sienes en un éxtasis de serenidad. Cuando no lo entendía, rezaba por él, aunque aquellas últimas noches la felicidad la había dejado muda, y ya se sabe que la oración nace casi siempre de la desdicha.

Aquella tarde, cuando el señor Bonner regresó a la casa de las rosas temprano, como era su costumbre ahora, la primera persona con la que se encontró fue su sobrina, que casualmente atravesaba el vestíbulo de camino a la despensa. Tras darle un beso, dado que en lo referente al afecto el comerciante seguía el ritual al pie de la letra, comentó:

—Hoy por fin han llegado noticias de la expedición, en el paquebote de Newcastle. Están en las tierras de Sanderson, o, más bien, han estado allí. Ya deben de haber salido para Downs. Y eso es todo —añadió, con desprecio, o al menos así sonó.

Lo cierto era que cualquier cosa que alterara su rutina cotidiana, ya fueran eventos previstos o noticias que llevaba tiempo esperando, avinagraba el carácter del señor Bonner.

—¿Y va todo bien? —preguntó Laura.

—Todos se encuentran bien —corrigió su tío—. Aunque todavía es demasiado pronto, por supuesto. La aventura no ha comenzado.

Qué feliz se sentía de encontrarse en su hogar, donde no había perspectivas de tener que soportar ningún tipo de sufrimiento.

Los pasos de la joven se escucharon sobre el suelo de piedra del vestíbulo. Sonaron fríos, impersonales.

—¡Ah, Laura! Junto con mi carta, ha llegado una para ti. La letra es la misma; es del señor Voss. Toma.

—Una carta —repitió, sin atisbo de sorpresa. La cogió de manos de su tío y prosiguió su camino.

En cuanto hizo lo que tenía que hacer, Laura Trevelyan fue directamente a su habitación, que ya guardaba tantos secretos que no había peligro en añadir otro. Así que, después de sentarse y romper el tosco sello, desdobló el papel y leyó su contenido sin demora.

Aquella noche, cuando estaban tomando el postre, la señora Bonner preguntó:

—Según lo que cuenta en su carta, ¿dirías que el señor Voss parece por fin satisfecho de cómo marcha todo?

La señora Bonner podía llegar a retar a la gente a sentirse insatisfecha, siempre y cuando no se tratara de sí misma.

—Sí —dijo su esposo, como si quisiera decir «no»—. Deduzco que le disgusta que hayamos incluido a Judd en la expedición, sobre todo ahora que lo ha conocido y no encuentra motivos para oponerse a que los acompañe.

—¿Qué tipo de hombre es Judd? —preguntó la señora Bonner.

—Por lo que me ha contado Sanderson, es un hombre tranquilo y muy sensato. Valiente como un león. Decidido y con una fuerza física descomunal.

—Entonces, a lo que se opone el señor Voss es al león que lleva dentro —dijo Belle, que, aburrida por todo aquello, prefería comportarse como una niña estúpida para entretenerse.

Tras comerse los melocotones, en lugar de enjuagarse las manos en el cuenco dispuesto para ello, la muchacha se sacudió el zumo despreocupadamente.

—Porque es posible que el león acabe devorándolo —dijo con una risita tonta—. ¡Pobre león! No encontrará más que huesos y una mata de pelo negro.

—¡Belle! —la regañó su madre.

¡Menuda jovencita! A punto de casarse y todavía no había aprendido a comerse un melocotón.

El señor Bonner movió los carrillos como si tuviera un hueso de la fruta en la boca.

—Es posible —dijo, dando su aprobación. Él mismo habría lanzado una red para ayudar al león, de haber podido—. Laura —continuó—, ¿qué impresión te ha dado tu carta?

—¿Su carta? —preguntaron la señora Bonner y Belle.

—La carta de Laura —dijo el comerciante—. El señor Voss fue tan amable de escribirle a Laura aprovechando el mismo correo. ¿No les has contado nada, Laura?

La joven movió lentamente el plato sobre el que descansaban las pieles vellosas de los melocotones, que bajo aquella luz parecían impregnadas de sangre.

—En efecto, he recibido una carta —respondió—. No era más que una nota amistosa. Más que noticias, contiene algunas frases de cortesía. No se me ha ocurrido comentarlo porque no dice nada importante.

A la señora Bonner todo aquello le pareció muy extraño.

A Belle su instinto animal le dijo que tendría que meterse de lleno en aquel agujero y hurgar hasta encontrar algo.

Pero el señor Bonner creyó haber detectado en su sobrina indicios de un desaliento inusual, y se preguntó si debería hacerla sufrir, tanto por su bien como por el de todos. Además de actuar como un correctivo, la crueldad doméstica podía constituir una forma de entretenimiento apacible y gratificante.

Inmediatamente después, echaron las sillas hacia atrás y se dirigieron a la otra habitación.

Y los días transcurrieron llenos de aquella belleza sensual que ya era inherente a ellos. Por supuesto, ya lo sabía, se dijo Laura Trevelyan, pero aun así estaba asombrada. Asombrada por las enormes rosas que embriagaban a los intrusos que se aventuraban bajo el enrejado; por el aroma de los melocotones maduros, que palpitaban en las hojas alargadas y caían porque pesaban demasiado, porque estaban demasiado maduros. Parecía que los pies pisaban carne en lugar de aplastar la hierba hirsuta, pero una carne exquisitamente sumisa, con aroma a melocotón.

Y entonces Laura cerraba los ojos y ambos cabalgaban juntos hacia el norte entre las pequeñas colinas: algunas eran verdes y mullidas, con las plumas del maíz joven ondeando junto a ellos; otras, duras y azules como zafiros. Los dos visionarios enamorados avanzaban a caballo mirándose mutuamente, y sus dientes resplandecían. Se hablaban con el lenguaje del aire, del susurro del maíz y de los fuertes chillidos de los pájaros, y por consiguiente nadie más los entendía. Mientras cabalgaban, el metal tintineaba; por ejemplo, el de los estribos, o el de los bocados de los caballos. El cuero era el más intenso de los aromas de su viaje cuando, por las noches, las cabezas se hundían en la almohada de la cálida y húmeda montura. Las manos de los ciegos habían pulido los borrenes delanteros hasta conseguir la suavidad del marfil.

Aquel fue un periodo muy feliz para Laura Trevelyan, su único periodo de felicidad, al parecer. Al otro lado de sus párpados, por supuesto, había muchas cosas que esperaban para hacerle daño. Solo si los abría. Pero no los abrió.

Salvo para escribir. Una tarde se dio cuenta de que no había escrito la carta.

Entonces se sentó a su escritorio. Los postigos estaban cerrados. Incluso allí prevalecía el aroma de la estación, a rosas vivas y marchitas, y a claveles. Empezó a escribir. Le resultó más fácil de lo que había imaginado, como si se hubiera convertido en una virtuosa de la escritura. Las esquirlas salían disparadas en todas direcciones al tiempo que las palabras se iban grabando en el mármol de un modo profundo y definitivo.

Después de airear el papel para que se secara, lo dobló y lo selló; lloró unos breves instantes y se sintió un poco mejor. Se quedó tumbada en la cama un buen rato, envuelta en la luz verdosa de la tarde, hasta que la mujer entró y le preguntó:

—¿No va a bajar, señorita? Han venido visitas. Antes ha venido la esposa de Justice Smart, y ahora están aquí la señora Pringle y la señorita Una, que lleva una capota de color rosa palo.

Entonces, la joven, que en el pasado apenas había podido soportar que su criada la tocase, a causa de la aversión física que aquel contacto le provocaba, de pronto estiró los brazos y rodeó con ellos la cintura abultada de la mujer, enterrando el rostro en su delantal, en el bebé que dormía, para expresar una emoción que no era capaz de exteriorizar con palabras.

—¡Ay, señorita! —dijo Rose Portion en un susurro, más asustada por lo poco ortodoxo de la situación que por la punzada que sintió en el vientre.

Después ambas se alegraron, pero, en aquel momento, la joven, reparando en que acababa de hacer algo muy extraño, saltó de la cama y empezó a cambiarse de ropa.

Fue Una Pringle quien, sentada en el salón sobre una resbaladiza butaca de capitoné, vio primero a Laura más allá del marco de la puerta, mientras esta bajaba las escaleras del vestíbulo. Abajo, abajo, abajo. No cabía duda: Laura sería dueña y señora de aquella tarde y todas las siguientes. Una Pringle se quedó sin respiración. Siempre había odiado a Laura Trevelyan, y ahora la odiaba más que nunca.

8

Las hierbas altas ya estaban casi secas y, cuando el viento soplaba, emitían un suspiro más agudo. El viento formaba olas de color ámbar, sobre cuyas crestas flotaban las últimas flores antes de ser engullidas por el vaivén. Los caballos y el ganado nadaban por este mar de hierba durante todo el día. Sus torsos se mecían y borboteaban como si formaran parte de las aguas. Por las noches, las bestias se saciaban de rocío y hierba, pero en los sueños de los hombres las oleadas de hierba y de cansancio se confundían y fundían en una sola. Los perros se acurrucaban sobre la hierba, tiritaban y se les erizaba el pelo mientras flotaban en su propio mundo de sueños.

Fueron los perros los que confirmaron la sospecha del alemán de que debían de encontrarse cerca de Jildra. Una noche, mientras la expedición seguía avanzando, los perros empezaron a gimotear, a hacer aspavientos y a ponerse a dos patas. Los hocicos se afilaron y los ojos se hincharon en sus cuencas cuando, sin previo aviso, unas colas desconocidas pertenecientes a los cuerpos de unos perros también desconocidos emergieron de la hierba. Así reunidos, los dos grupos de animales empezaron a acecharse en un silencio rígido y alucinado a la espera de alguna señal.

Los miembros de la partida se colocaron las manos sobre la frente a modo de visera, como una extensión de las ya de por sí anchas alas de sus sombreros, hasta que por fin uno de ellos, el señor Judd, avistó a un hombre que se acercaba a lomos de un caballo entre la hierba ondeante. Entonces, todos los ojos se centraron en aquella figura que avanzaba a través de la luz roja, sujetándose firmemente con los muslos al cuerpo fornido de un caballo castaño. Mientras avanzaba, erguido y moviéndose en su silla lo justo para enfatizar la arrogancia del que es dueño de algo, pudieron comprobar que el cabello del hombre también era de un color castaño rojizo, intensificado por el sol crepuscular.

Por fin, el hombre llegó hasta ellos y detuvo su montura. El caballo, receloso, resopló.

—Me llamo Boyle —anunciaron sus gruesos labios.

El hombre tendió la mano con decisión.

—De Jildra —añadió Voss.

—Correcto.

No se emplearon más formalidades. El señor Boyle dio media vuelta y procedió entonces a escoltar a la cuadrilla a lo largo del sendero por el que había llegado hasta allí. El grupo de caballos sudorosos, mulas ordenadas, reses estúpidas que no dejaban de mugir y hombres sedientos y entumecidos continuó avanzando hasta Jildra. Para cuando llegaron a la casa, el cielo del oeste era de color rojo sangre. Varios individuos, que cuando no se movían parecían meros palos negros, llegaron corriendo para tomar las riendas de los recién llegados. El humo ascendía en espirales junto con el polvo del extenso camino y los efluvios de la noche. Todo era confuso, y la compacta oscuridad que se aproximaba no prometía ser de gran consuelo.

El señor Brendan Boyle era de ese tipo de hombres que destruyen cualquier distinción de nacimiento porque los hace sentir culpables y no son capaces de soportar la vergüenza que les produce. En consecuencia, el propietario de aquellas tierras había arrancado las cubiertas de los libros de Homero para calzar la pata de una mesa, y otros libros que había heredado, o incluso comprado en su idealista juventud, ahora servían para encender el fuego o, en el mejor de los casos, permanecían olvidados en algún rincón, salvo por los insectos, el polvo y el verdín. En su casa, más bien una cabaña de tablas sin pintar por las que lo mismo se filtraba la luz del sol que la de las estrellas, viejos cacharros de hierro compartían el espacio con varias piezas de fina plata irlandesa salvajemente abolladas, castigadas, al parecer, por su elegancia. El suelo mugriento estaba cubierto de migas y cortezas de pan. Era de esperar que los pájaros y los ratones se llevaran parte de aquella basura,

pero una porción de la misma se quedaba allí hasta que el tiempo la convertía en piedra, o quedaba reducida a polvo bajo los robustos pies de las mujeres negras que satisfacían las vulgares necesidades de Brendan Boyle.

—Esta es mi mansión —indicó, zarandeando una linterna de tal modo que la habitación pareció tambalearse y los hoyuelos que le salían cuando hablaba titilaron a ambos lados de su boca—. Le sugiero, señor Voss, que usted y uno o dos de sus hombres se instalen aquí y me permitan disfrutar de los placeres de la conversación, mientras el resto de los miembros de la expedición descansa en sus tiendas. Aquí hay muchos negros bien alimentados que les echarán una mano. ¡Ven aquí, Jem! ¿Dónde narices…? —exclamó refunfuñando. Y salió de allí, provocando que la población de hierba y árboles de los alrededores se tambaleara furiosamente al ritmo de la nerviosa linterna.

Voss y Palfreyman, que permanecían de pie en el interior de la destartalada choza, rodeados por un terrible olor a pan duro y rancio y por la ceniza de la chimenea, no se lamentaron de que aquel fuera el último hospedaje que les ofrecía la civilización.

Más tarde, cuando hubieron compartido con su anfitrión un buen pedazo de carne salada y unas patatas cocidas frías que un par de negras chillonas, desnudas como la noche, habían colocado sobre la mesa, Boyle se dispuso a mantener la conversación que tanto ansiaba o, más bien, a dejar escapar de su todavía bonita garganta palabras y opiniones atropelladas que rara vez podía compartir con otros hombres en aquella inmensa vastedad.

—Hace ya diez años que vine a esta región —dijo Brendan Boyle bebiendo un trago de ron de un pequeño y feo cazo de hierro, algo que parecía gustarle mucho—. No me ha ido mal —dijo, fascinado por el remolino que se había formado en su pote de ron—, he conseguido tanto o más que otros, y todavía me va a ir mejor; aunque al final lo que de verdad me atrae es la aparente pobreza de estos lares. Esto es algo que muchos se niegan a comprender. Y tampoco aceptan que explorar las profundidades de la repulsiva naturaleza de uno mismo no solo es irresistible, sino necesario.

Se había desabrochado la camisa dejando al descubierto su pecho peludo y, echado hacia delante y con la cabeza entre las manos, retorcía la boca como si tratara de dar rienda suelta a las palabras o a algún demonio personal.

—Retirar la piel hasta llegar a la última capa, de eso se trata —dijo con un bostezo—. Siempre hay otra capa, y otra más, de una sutileza más exquisita. Por supuesto, cada hombre tiene su propia obsesión. La suya, al parecer, es vencer la distancia, aunque no está exenta del irresistible desastre del que les hablaba antes. Puedo garantizarles —dijo, golpeando la mesa con dos dedos rígidos— que al oeste tendrán ocasión de satisfacerla. Con piedras y espinas. ¡Y tanto! Les aseguro que cualquiera que se lo proponga puede celebrar en la Australia central una misa solemne, con la calavera de un nativo y su propia sangre. ¡Salud! —dijo riéndose más para sí que para sus invitados y, suspirando, añadió—: ¡Oh, Dios!

Palfreyman, que estaba muy agitado, dijo que deseaba irse a dormir y Voss, que cada vez se sentía más abatido, se mostró de acuerdo con aquella idea.

—Si esa es toda su ambición… —dijo Brendan Boyle, y escupió en el suelo.

Sus dos invitados se echaron allí mismo y se taparon con sus mantas, mientras que él salió para encargarse de un par de cosas.

De noche, la casa parecía un esqueleto retorcido y, durante un buen rato, Voss se quedó tumbado mirando las estrellas que brillaban al otro lado de aquella jaula de huesos.

Mientras tanto, el señor Boyle había entrado en la habitación a la que le gustaba referirse como la «alcoba», que quedaba al fondo y constituía la otra estancia de la casa. No dejaba de tropezar con todo, hacía ruidos propios de un animal y exploraba la oscuridad buscando su cama, que, como enseguida pudieron comprobar, rechinaba como un demonio.

Palfreyman ya estaba dormido, pero Voss siguió contemplando las estrellas insomnes hasta que el sueño lo venció, alejándolo de ellas.

A la mañana siguiente, cuando el anfitrión y el invitado de honor estuvieron de pie el uno junto al otro en el porche, fue posible compararlos; al menos en lo tocante a su apariencia externa, dado que sus almas estaban temporalmente replegadas sobre sí mismas. En aquel momento, Brendan Boyle recordaba a esas patatas grandes, toscas y rojas, bien proporcionadas pero duras, que tienen una capa de tierra rojiza por encima, similar a la pátina con la que aquel hombre había cubierto las persistentes trazas de su origen aristocrático. Había algunos lugares, como la cabeza o la garganta, en los que, huelga decirlo, no había sido capaz de borrar su rastro. Las trazas seguían allí, y a Boyle le resultaban repugnantes y penosas. Pero sus manos, cuando hablaba, y también cuando no, acariciaban la tierra roja que se le acumulaba en la piel de los antebrazos. Aquello tal vez le proporcionara cierto placer, aunque sus ojos, que eran de un verde frío e inmutable, no transmitían ninguna emoción a la luz del día.

Al lado de su anfitrión, en aquel porche rudimentario de madera sin lijar, se encontraba el alemán, que también llevaba puesto su disfraz. Bronceado e iluminado por la luz amarilla del sol, con la piel seca por el viento, parecía algún tipo de raíz con propiedades oscuras y esotéricas. Mientras que las formas de Boyle eran sensuales e incitaban al tacto, al roce de la carne contra la carne, nadie osaría nunca tocar a Voss, salvo en caso de absoluta necesidad y extremando las precauciones. Allí estaba, humedeciéndose los labios, y, de haber podido, habría rechazado mantener cualquier tipo de relación con los demás hombres. En aquel momento, en presencia de casi todos sus compañeros, y particularmente en la de Brendan Boyle, se sentía más atraído que nunca por el paisaje, por aquel océano de hierba que rara vez estaba inmóvil, por los árboles retorcidos de tonos grises y negros, por la creciente intensidad del azul del cielo; contemplando aquel paisaje, se sentía el centro de todo.

Era evidente que ambos estaban esperando a que algo o alguien apareciera. El anfitrión se balanceaba sobre la barandilla del porche y, molesto ante la idea de que lo hicieran esperar, a punto estuvo de caerse varias veces. El suave bamboleo de su cuerpo le daba un aspecto ridículo.

—No puedo asegurarle que estos negros sean guías infalibles y compañeros en los que se pueda confiar —estaba diciendo el señor Boyle—. Como todos los aborígenes, van donde sopla el viento o se metamorfosean en camaleones cuando se aburren de su forma humana. Pero estos dos conocen las tribus y el país hacia el oeste en un radio considerable. O eso dicen. Podrá figurarse usted que los estándares de la verdad varían de una cultura a otra. —Entonces, cayendo en la cuenta, añadió—: Aunque usted no habla su idioma. Dugald, el más viejo, chapurrea algo del mío, pero no creo que consiga sacarle mucho.

—En general —replicó Voss—, uno ha de ser capaz de comunicarse sin palabras.

Entonces, los dos hombres se miraron y soltaron una insolente carcajada; tenían el gesto contraído y los ojos llenos de lágrimas. Ambos pensaban que se habían anotado un tanto.

Antes de que hubieran recuperado la compostura, dos negros llegaron rodeando la casa. Sus pies descalzos emitían un leve sonido, aunque muy particular, al pisar; algo que, a oídos del alemán, era un modo de establecer su propiedad sobre la tierra.

—Bueno, ¡los señores se han dignado aparecer! —dijo el señor Boyle, que en realidad no estaba de mal humor; si alzaba la voz, era solo porque estaba hablando con negros, y tenía que quedar claro quién mandaba allí—. Dugald, Jackie: yo decir a vosotros que señor Voss ir a lugares lejanos —dijo moviendo el brazo en dirección oeste—, encontrar nuevas tierras, hacer bien para todos, negros y blancos. No alejar de señor Voss, ¿me oís? Siempre con él, ¿entendido, viejo?

Entonces se echó a reír y les dijo a aquellos hombres unas cuantas frases en su lengua, con un acento muy marcado, que ellos escucharon con la misma atención y respeto que demostraban ante cualquier forma de inteligencia.

El nativo de más edad era serio y formal. Llevaba lo que parecía ser un frac muy viejo y polvoriento al que le faltaba uno de los faldones. El resto de su cuerpo, que la edad había surcado de finas líneas de color gris que dibujaban una especie de red, estaba desnudo, salvo por un pedazo de tela de corteza vegetal, del color de la naturaleza, colocado estratégicamente. Un pedazo de tela similar era lo único que cubría a su compañero, que tenía la piel brillante y joven, y las facciones aplastadas. Este, Jackie, era casi un niño. Delicado y grácil como una joven, miraba al infinito absorbiendo cada detalle, escuchando con la piel y estremeciéndose ante sus reacciones. Era inútil dirigirse a él directamente, porque solo contestaba a través de su portavoz, Dugald.

En otras circunstancias, a Voss le habría gustado hablar con aquellas criaturas. Solos, él y los negros se habrían comunicado por medio de la piel y el silencio, de igual modo que la tierra no es impenetrable y el mensaje de los tallos puede comprenderse tras unas horas de intimidad. Pero, en presencia de Brendan Boyle, el alemán era víctima de su herencia europea, o incluso de su herencia humana. Así que bajó el inestable peldaño, caminó hacia el viejo con su habitual aire altivo, y dijo:

—Esto es para Dugald.

Se trataba de un botón de latón que casualmente llevaba en el bolsillo y que procedía de un uniforme militar que no recordaba en absoluto.

El viejo se quedó muy quieto, sosteniendo el amuleto con las puntas de los dedos, como si conociera vagamente la respuesta al misticismo del hombre blanco. Rematado por una frágil caperuza de ceniza gris, su cuerpo viejo, escarificado y cauterizado era tan rígido que bien podría haber sido un palo pensante utilizado para llevar a cabo un acto de purificación con fuego, uno en el que la ceniza se hubiera enfriado. En el interior de sus ojos bullía un recuerdo de mito o humo.

El joven, por otra parte, estaba hecho para la vida animal. Las luces se reflejaban en su piel, y su garganta se ondulaba con el lenguaje. Se reía y abría la boca como para tragar aire constantemente. A nadie le habría sorprendido verlo comerse el botón.

Dándose cuenta de su error, Voss volvió a meterse la mano en el bolsillo y le ofreció a Jackie una navaja.

—*Na, Junge* —dijo, con una simpatía no exenta de solemnidad.

Jackie, que solo la aceptó cuando su mentor se la entregó, empezó a temblar de alegría y se quedó observando detenidamente la navaja en la palma de su mano.

Voss también se sintió transportado. Parecía que los múltiples pliegues de sus pantalones negros hubieran sido esculpidos para la eternidad.

Brendan Boyle, a quien aquella escena le resultaba un tanto inesperada, por no decir peculiar, estaba decidido a ponerle fin cuanto antes.

Le dio un golpecito al viejo en el omóplato y dijo:

—Botón mucho valioso. Tú cuidar.

Dicho lo cual, escupió en el suelo y se aflojó la ropa.

Después, Boyle le propuso a Voss que pasaran la mañana examinando las ovejas y las cabras que había seleccionado para la expedición, y que probablemente se encontrarían en las proximidades de una serie de pozas situadas a una o dos millas al norte de la casa. Voss estuvo de acuerdo. Era evidente que él y su anfitrión trataban de agradarse el uno al otro y, aunque ambos esperaban ser capaces de disfrazar su indiferencia, eran conscientes de que el otro la notaba. Lo curioso era que, en realidad, ninguno de los dos albergaba ningún sentimiento de antipatía por el otro. A Brendan Boyle era imposible encontrarlo antipático, a pesar de sus rarezas, y él era incapaz de encontrar a nadie antipático durante mucho tiempo, salvo, por supuesto, a sí mismo.

Así que abandonaron el sucio asentamiento de Jildra, con el que Voss se había reconciliado en cuanto había empezado a aceptar ciertos aspectos de su anfitrión. El humo que llenaba el ambiente en las primeras horas de la mañana ya no le resultaba desagradable; lo encontraba incluso conmovedor. Las columnas de humo azul ascendían, una nube alargada se cernía sobre ellos y las volutas de hierba sugerían que la tierra sólida, la choza y las tiendas, el hierro y la estopa, la carne y los huesos, incluso los del práctico Brendan Boyle, eran evanescentes. Dejaron atrás el batiburrillo de grises cobertizos, pasaron por delante de algunas chozas de nativos y avistaron a unas cuantas mujeres negras y a niños pequeños de pelo rojizo con lanzas de juguete. El humo acariciaba las pieles de los nativos y las atravesaba. Una mujer de piel cetrina y pechos enormes estaba sentada a la entrada de una choza amamantando a su pequeño.

—¡Menudos pordioseros! —dijo el señor Boyle, tosiendo a causa del humo—; aunque no hay quien salga adelante sin ellos.

Voss no respondió a lo que, para su anfitrión, era obvio.

Los dos hombres siguieron cabalgando tocados con sus sombreros y sus barbas, que, aunque pudiera parecer extraño, no eran parte de un disfraz. En aquella tierra plana de colores secretos, sus siluetas eran pequeñas, incluso observadas de cerca. Sus enormes caballos se habían transformado en ponis. Lo que prevalecía sobre todas las cosas eran la luz y la distancia que, al fin y al cabo, era una masa de luz y las bandadas de cacatúas, que explotaban y, entre chillidos y repiques, se fragmentaban en destellos de luz blanca y azufre. Los árboles también eran materia ilusoria, porque enseguida se convertían en sombras, que no son más que otra de las formas que adopta la luz, siempre proteica.

Más tarde, cuando el aire empezaba a solidificarse, los dos jinetes salieron de su ensimismamiento ante la vista de las pozas prometidas, aunque habría sido más preciso describirlas como lodazales. En aquel momento, varios pelícanos de aspecto imponente levantaron el vuelo, huyendo sin duda del chirrido del serón.

—Ahí están las ovejas —dijo el dueño de la propiedad, señalando con el dedo.

Aquellos bichos sucios, que en la distancia parecían larvas, apenas se distinguían al principio, pero luego empezaron a moverse, a merodear y a pisotear la hierba amarillenta.

—Es un rebaño difícil —dijo Boyle—, pero su empresa también lo es. Me alegro de que se las quede usted —añadió con una risita, porque en muchos aspectos no era más que un colegial.

—Es casi imposible convencer a los demás de qué es lo que uno necesita —dijo Voss—. ¿Cree que nos convenció anoche cuando trató de explicarnos lo que necesita usted?

—¿Yo? ¿Qué? —exclamó Boyle, y se preguntó si habían sorprendido a su yo más oscuro confesando algo vergonzoso, o incluso en plena acción; tenía una vaga sospecha, pero no era capaz de recordarlo—. ¿Sabe? Lo que un hombre dice de noche es distinto de lo que diría de día —protestó, cada vez más sonrojado, mientras rebuscaba en su mente—. No sé a qué puede referirse usted —concluyó.

Pero a Voss la mañana le parecía demasiado suave y exuberante como para explicárselo.

Durante todo aquel tiempo, las ovejas, con su lana amarillenta y sus pliegues, siguieron deambulando por allí, buscándose, o tratando de escapar las unas de las otras. Dos ovejas negras, que se encontraban a cierta distancia, no dieron señales de querer acercarse.

—Creo que las cabras están allí —indicó Voss.

—¿Qué? Ah, sí, las cabras —replicó Boyle.

Aproximadamente un centenar de aquellos animales se había reunido en la orilla más alejada de la segunda poza, donde trepaban y saltaban sobre los restos de árboles caídos, estiraban los cuellos para alcanzar las hojas frescas, se rascaban zonas remotas de sus cuerpos con las puntas de los cuernos, se embestían unas a otras o se dedicaban a rumiar con expresión soñadora. A medida que los jinetes se acercaban, las cabras parecían dudar entre quedarse donde estaban o salir corriendo. Varias permanecieron inmóviles y los observaron, estudiando sus rostros, incluso sus almas, con una sonrisa en la boca, pero una expresión cortés.

—Descendientes de la cabra original —comentó Boyle airadamente.

—Probablemente —respondió Voss, a quien las cabras le habían gustado.

Una cabra vieja había buceado en su mente con tanto afán que había acabado descubriendo parte de su secreto; esto es, que, en realidad, solo era un hombre en apariencia.

Voss estiró el brazo hacia la barba rala de la bestia, pero esta ya había desaparecido, igual que las otras, emitiendo un sonido graciosísimo y dejando a su paso una lluvia de estiércol negro.

—Vamos —dijo Boyle.

De haber podido atacar o acusar a su invitado de algún modo, lo habría hecho, pero el alemán se había cubierto con un manto protector de benevolencia. De camino a casa, todas las preguntas que le hizo Voss, referentes a la flora y a la fauna del lugar, fueron excelentes, y formuladas con aquel sencillo aire benevolente. Su rostro mostraba una sonrisa afable, y unas finas arrugas bondadosas se le dibujaron alrededor de los ojos.

Pero Boyle sabía que había algo. Cabalgó mientras respondía las preguntas del alemán, golpeando distraídamente el cuello de su caballo con las riendas.

Durante el resto de su estancia en Jildra, Boyle trató por todos los medios de leer los rostros de los hombres del alemán en busca de algún indicio que arrojara luz sobre la naturaleza y las intenciones de su líder. Pero le resultó imposible: parecía que no deseaban traicionar a Voss; o tal vez solo fueran víctimas del hechizo de aquel paisaje tórrido y parduzco. Ocupados como estaban en las tareas que les habían sido asignadas, propias de aquel intervalo de preparación y descanso, los hombres no parecían tener mucho tiempo para pensar en sus cosas, a menos que lo ocultaran muy bien. Estaba Palfreyman, que llevaba un sombrero de hojas de palma col que lo hacía parecer más pequeño y un pañuelo blanco y limpio que le cubría el cuello, pero que, sin embargo, dejaba al descubierto su inocencia y delicadeza. Aquel hombre, que cabalgaba como una dama anciana, a veces salía a caballo con el joven Robarts y uno o dos nativos en busca de los especímenes ornitológicos que después limpiaba y preparaba a la luz de las velas. Nada más simple que Palfreyman. Los demás también andaban atareados en labores rutinarias. De Judd solo se veía un trasero inmenso, ocupado como estaba siempre en herrar a los caballos. Otros lubricaban las armas, engrasaban las sillas de montar, afilaban las hachas o cosían botones.

Salvo una o dos veces, nunca ocurrió nada fuera de lo común. En cierta ocasión, por mencionar las excepciones, Boyle entró en la tienda de los hombres, sin duda para satisfacer su curiosidad, y se encontró allí a Frank Le Mesurier, que estaba tendido sobre una manta roja, escribiendo algo en un cuaderno. Como Boyle era un hombre grande, se vio obligado a ponerse en cuclillas para poder entrar en la tienda —de calicó, tratada con aceite y más baja de lo habitual— y, una vez dentro, no tuvo más remedio que permanecer encorvado. Sus intenciones eran tan evidentes que no intentó disimularlas. Le Mesurier dejó de escribir y ocultó el libro con su cuerpo, aunque ya era demasiado tarde, porque Boyle lo había visto.

—¿Dónde está el señor Voss? —preguntó Boyle.

Aunque no buscaba a Voss, lo cierto era que no podía quitarse al alemán de la cabeza.

—No lo sé —respondió el joven, devolviéndole al intruso una mirada siniestra—. Ha salido —añadió con una voz cavernosa que revelaba que acababa de despertarse.

Entonces, Boyle, no queriendo desperdiciar la ocasión que se le presentaba, se volvió a poner en cuclillas.

—¿Hace mucho que lo conoce? —preguntó.

—Sí —respondió Le Mesurier inmediatamente; e inmediatamente dudó de la veracidad de su respuesta—. Bueno, no —se corrigió, pinchando una costura de la tienda con el extremo de su lápiz—. Déjeme ver. Conocí al señor Voss en Sídney. —Estaba confuso y se ruborizó—. En realidad, fue mucho antes de eso —dijo—. Lo conocí en el barco que nos llevó hasta allí. Así que… Sí, hace mucho que lo conozco.

El recelo de Boyle aumentó. ¿Qué trataba de ocultar aquel joven? ¿Había sido cómplice, o tal vez todavía lo era, del crimen del alemán?

Le Mesurier seguía tumbado, cada vez más ruborizado y molesto por la intrusión de Boyle. Como aquella noche bajo los arbustos del Domain, sentía que tenía algo en común con el líder de la expedición, algo que debía ocultar, de la misma forma que estaba escondiendo el cuaderno que contenía la parte más secreta de su

ser.

Boyle tenía la misma sospecha, pero no podía arrebatarle el libro, del mismo modo que no podía arrancarle de raíz a Voss los secretos de su personalidad.

—Había pensado en coger el rifle y bajar hasta el río, para buscar a unos patos que he visto dirigirse hacia allí. ¿Quiere venir, Frank? —le preguntó.

Quería matar algo.

El joven aceptó la invitación, se levantó y cogió su sombrero. Entre los pliegues de la manta no había rastro del cuaderno que ambos sabían que estaba allí.

Así que bajaron hasta el río, que casi se había secado desde las últimas lluvias. Un calor pardo descendía como una tapadera plana. Jildra, con sus sórdidos placeres de carne negra y sus acres de riqueza oculta, había quedado reducida a una balsa de polvo y lodo pegajoso, en la que Brendan Boyle había decidido darse un baño eterno.

En una ocasión, durante aquellos días, se acercó a Voss y a punto estuvo de pedirle que le dejara unirse a la expedición, como si, de pronto, la muerte en circunstancias impredecibles le pareciera preferible a pudrirse lentamente.

En vez de eso, hablaron de odres de agua.

Este hombre quiere pedirme algo, pensó el alemán, poniéndose alerta. Tarde o temprano, todos percibían su divinidad y empezaban a depender de él. Allí estaba el joven Ralph Angus, el vecino ganadero de Sanderson, que se ruborizaba como una doncella cada vez que tenía que pedirle su opinión sobre cualquier nimiedad. La armadura de la juventud y su fuerza física no habían impedido que durante el viaje hacia el norte descubriera su propia ignorancia. Turner, por supuesto, era un miserable; y Harry Robarts, un imbécil. Pero Angus podría acabar siendo un sacrificio valioso: el joven toro de ritos paganos que bramaría y alzaría sus estúpidos ojos marrones antes de entregarse.

De todo el grupo, el que menos había cambiado era Judd. Aquello le daba esperanzas a Voss, y también parecía divertirlo mucho. El día que encontró al convicto aplicando brea sobre la cuartilla inflamada de uno de los caballos, el labio superior del alemán se distendió en señal de aprobación como lo haría el aguijón de una avispa antes introducirse en la carne. Observó al hombre encorvado y dijo:

—¿Está aplicando un remedio, señor Judd?

—Así es —respondió este mientras se apartaba de la cara un insecto con la mano que no tenía untada en brea.

—No se le habrá olvidado el aceite —advirtió Voss.

—No —dijo Judd.

Voss estaba silbando una tonadilla parecida al zumbido que hacían los insectos.

—Excelente —dijo.

Siguió silbando hasta que notó que Judd empezaba a relajarse. A la naturaleza empírica del convicto le gustaban el hedor de la brea y el calor que descendía y alisaba aún más la tierra, como si se tratara de una plancha.

En aquella estación, sobre Jildra se cernían lunas solemnes. Estaba la luna dorada, con su vientre plácido e hinchado. También las asimétricas lunas masculinas de bronce, que amenazaban con desplomarse sobre la hacienda. Las noches de viento y polvo se regían por la pálida piedra lunar, que los jirones de las nubes pulían hasta convertirla en un delicado instrumento de cristal sobre el cual la aguja, que indicaba la dirección que algún destino estrellado y rutilante debía seguir, apenas oscilaba. Las distintas lunas influían en los sueños de los hombres, que acababan enterrando sus rostros en las mujeres-luna encintas o agitando sus puños de bronce ante cualquier cosa que amenazara su virilidad. Sin embargo, cuando los velaba aquella luna magnética, los hombres no soñaban. El polvo blanco se les escapaba entre los dedos mientras daban vueltas y más vueltas bajo sus mantas de pelo, desnudos. Otros permanecían inmóviles, escuchando el chirrido interminable de sus párpados.

Aquel fue el dilema de Palfreyman en una noche particularmente larga. Incapaz de dormir, se descubrió repasando las casas en las que había vivido, las pequeñas humillaciones que había sufrido y también una enorme dicha que había experimentado: un águila blanca que por un instante se había posado sobre la rama de un árbol muerto y que con el batir de sus enormes alas casi había conseguido ocultar el cielo.

El sonido de las recias alas, que Palfreyman volvió a escuchar por encima de los chillidos de los ratones y los ronquidos en la destartalada choza de Boyle, casi había lanzado su hechizo sobre el insomne cuando Voss se levantó. Allí estaba su silueta cebrada, fruto de la combinación de la luz de la luna y la oscuridad, rodeada de un aire rancio que se movía con extremada delicadeza. Pero Voss no se movió. Palfreyman tuvo la sensación de que obedecía las órdenes del sueño. Gracias a algún truco de la luz de la luna o alguna vacilación

en su comportamiento, la cabeza se separó del cuerpo durante un segundo y pareció fijarse sobre un rayo que se proyectaba sobre la pared de madera. La boca y los ojos se distinguían perfectamente. Palfreyman se estremeció. ¡Ah! Cristo no es más que una ilusión, un mal sueño, se dijo temeroso, y toda mi vida he sido engañado. Después de que las sábanas de luna arrastraran los huesos del Cristo desnudo fuera de la pestilente habitación, el lúcido testigo permaneció echado sobre su manta, cara a cara con sus propios defectos y su enorme decepción.

Pero aquella desdicha llegó a su fin. La luz de la luna devolvió a Voss a la habitación. Sorprendido, Palfreyman observó que los huesos del alemán rechinaban y que su piel se había cubierto de un moho verdoso.

El ornitólogo estuvo a punto de tocarlo para deshacer aquel hechizo, pero un escalofrío lo disuadió.

A la mañana siguiente, comentó:

—Señor Voss, ¿sabe que anoche caminó usted en sueños?

El alemán estaba ocupado poniéndose los calcetines y le daba la espalda a su acusador.

—Nunca he sido sonámbulo. Nunca —replicó exasperado, como si estuviera negando un crimen del que hubiera sido acusado injustamente.

Boyle, que en aquel momento salía de su habitación rascándose una axila, se vio obligado a decir:

—Bienvenido al mundo de las debilidades humanas, Voss.

Y entonces se sintió feliz. Recordó cómo la mujer de piel cetrina había apretado su vientre contra el suyo mientras dormía.

Pero Voss refunfuñaba. Se había puesto lívido. Durante todo el día se mostró contrariado.

Malgastaba los días en actos precisos. Tenía los pies cubiertos de polvo de tanto caminar entre el cobertizo, la tienda y el establo. Volvía a sentir aversión hacia los hombres, especialmente hacia aquellos de los que se había rodeado o, para ser más precisos, de los que un idiota ignorante lo había rodeado en contra de su voluntad. Aquellos rostros inexpresivos, semejantes a cometas de papel, pero destinados a la tierra o, a lo sumo, a retorcerse en los cálidos bajíos de la atmósfera, con sus colas vertebradas, podrían impedir que se elevara hacia la apoteosis que le estaba reservada. Desesperado, se preguntaba hasta qué punto los demás lo habían enredado en la cuerda de las limitaciones humanas.

Pensaba en eso mientras mordisqueaba el extremo de la pluma inclinado sobre el diario de viaje que mantenía meticulosamente al día, sosteniendo un pedazo estrecho y oblongo de papel blanco para proteger la página de ojos curiosos y del polvo, cuando Boyle entró en la habitación masticando un trozo de pan rancio y oliendo a sudor, y dijo:

—Voss, no quiero entrometerme en los asuntos de nadie, pero creo que, al retrasar su partida, se están perdiendo la mejor parte de la estación.

—Sí, sí —dijo Voss, cubriendo rápidamente la hoja con el escudo de papel que sostenía entre los dedos largos y huesudos. Y, frunciendo el ceño, añadió—: Estaremos listos para partir en dos o tres días. Tengo que escribir un informe —añadió.

—De ningún modo estoy sugiriendo que sobran aquí —dijo su anfitrión, que en aquel momento se habría puesto sentimental por cualquiera, incluso por aquel huésped flacucho al que no comprendía, de quien desconfiaba y que a veces, incluso, le desagradaba.

Boyle no estaba resentido. De naturaleza afectuosa, no deseaba nada más que un compañero con quien sentarse a charlar en aquel estercolero.

—Espero que lo sepa, viejo amigo —dijo, dándole una palmadita al alemán en la rodilla.

Voss frunció el ceño a causa del polvo que había entrado por la puerta abierta y que ahora ensuciaba el papel en el que estaba escribiendo. Se acercaba la hora del crepúsculo y el resplandor lo deslumbró.

—Solo le molestaremos uno o dos días más —repitió.

Con estas palabras, dichas por segunda vez, reparó en que ya no había vuelta atrás. Ya no podía culpar a nadie más de sus propias debilidades humanas. Le había ofrecido a la joven su garganta en bandeja, y esta lo estaba estrangulando con sus trenzas largas, frías y brillantes.

—Me parece muy razonable —comentó Boyle—. Y para entonces Thorndike ya habrá llegado. Acaba de venir un negro desde Cubanong. Ya está allí Thorndike. Si le han enviado algo, Thorndike se lo traerá.

—¿Quién es ese tal Thorndike? —preguntó el alemán, aunque no le interesaba lo más mínimo.

—Es difícil decirlo. Thorndike no es más que un hombre. Viene y va. Hace trabajitos aquí y allí. No es importante, pero sí útil. Trae cosas, ya sabe, como el correo.

Voss encontraba muy conmovedora la simplicidad de aquel paisaje arcilloso. Por un instante, todo se había vuelto nítido. En primer término, algunos árboles muertos, que en ausencia del odio habían vuelto a la vida, resplandecían con una carne de luz rosada. La vida dependía por completo de los finos labios de la luz, que,

aunque apretados, respiraban a la orilla del mundo.

—Perfecto, entonces. Partiremos en cuanto llegue Thorndike.

Nunca un asunto tan importante se había decidido de modo tan concluyente en función de un hecho aparentemente tan nimio.

—Bueno, ¡tampoco hay que precipitarse! —bromeó Boyle, que empezaba a sospechar que su singular amigo tenía otros acicates.

—En fin, es natural lamentar haber perdido el tiempo —se defendió Voss encogiéndose de hombros—. Y también querer remediarlo.

Y no dijo más, absorto como estaba en su descubrimiento: que cada objeto visible ha sido creado con el propósito de amar, que incluso el polvo del camino hace que las piedras sean más suaves.

Cuando la oscuridad cayó sobre un mundo que se había vaciado para volver a llenarse y la mujer negra les trajo la habitual pierna de cordero al horno, el alemán empezó a temblar, bañado por un sudor frío, e inesperadamente le anunció a su anfitrión:

—Creo que esta noche no cenaré. Es por mi estómago.

Y evitó dar más explicaciones so pretexto de las dificultades del idioma.

Durante una hora o más, se dedicó a caminar arriba y abajo en soledad y solo interrumpió su paseo para inclinarse a acariciar a los perros de la propiedad. Los animales no tardaron en notar que Voss ardía en deseos de expresar la ternura que en aquel momento lo invadía.

¿Hasta qué punto se ablandaría? No pudo evitar hacerse aquella pregunta; primero con curiosidad, después con temor y, finalmente, con resentimiento.

Mientras esperaban a Thorndike, las extrañas lunas continuaron cerniéndose sobre Jildra, e incluso de día se divisaba lo que parecía ser un ojo cerrado, lo cual ponía de manifiesto la presencia de una luna. Voss no dejaba de morderse los bigotes y los labios agrietados. ¡Qué secos eran ya los días! La tierra también se abría en bocas agrietadas, a pesar de la lluvia que la gente siempre te dice que ha caído. El alemán cogía el odre y bebía largos tragos de agua tibia para limpiarse el estómago. Ya se sentía físicamente enfermo. Mientras esperaba la llegada del tal Thorndike, sentía como si el segundero de un reloj marcara el paso del tiempo en algún punto detrás de su rótula.

Una mañana, temprano, el líder sintió el impulso de dar órdenes.

—Quiero que reúnan todas las reses, cabras y ovejas que vamos a llevarnos y que las traigan a la hacienda —le anunció a Boyle—. Que Dugald y Jackie vayan con Turner y el chico. Ralph —dijo dirigiéndose al joven ganadero—, usted estará al mando de estas operaciones. Empezaremos mañana.

—Entonces, ¿no va a esperar a Thorndike? —preguntó Boyle.

—Sí —dijo Voss—. Por supuesto. Llegará antes de que anochezca.

A Boyle le divirtió aquel alarde de certeza.

—¿Se lo ha dicho por mensajes de humo? —preguntó con indolencia.

—Señor Judd —gritó Voss, saliendo para respirar el aire joven y sedoso de la lánguida mañana—, me gustaría que hiciera un inventario detallado de todas las armas, herramientas, utensilios, *und so weiter;* no olvide nada. Usted y Frank se asegurarán de encerrar y manear a los caballos y a las mulas esta noche.

Al poco, los perros ladraban y los niños llenaban el aire con su risa mientras correteaban de acá para allá, levantando nubes de polvo que en su devenir formaban dibujos sobre la tierra desnuda de Jildra. A estas alturas, Harry Robarts ya había encontrado el coraje para clavarle las espuelas a su caballo, que enseguida se ponía en marcha y ejecutaba figuras altaneras y solemnes. El chico también estaba más esbelto, porque había perdido peso a causa de la distancia recorrida. Aun así, paradójicamente, su rostro, que antes estaba vacío de expresión, se había llenado de todos aquellos trayectos, que lo habitaban y al mismo tiempo lo eludían; seguía estando perdido, y puede que lo estuviera para siempre.

En aquel momento, sin embargo, Harry y los que lo acompañaban cabalgaban hacia delante. Cada vez estaban más cerca de conseguir sus objetivos.

El señor Judd echó a andar con su aire de intendente y se enfrascó en el acto en la tarea que le había sido encomendada. Frank Le Mesurier ya había avistado las mulas y los caballos a la sombra de unos árboles, a poca distancia. Decidió que cabalgaría hasta allí más tarde, cuando al bajar la temperatura los animales se movieran hacia los pastos abiertos, para obligarlos a dar media vuelta con la ayuda de su látigo; de regreso al rancho por las planicies, los caballos harían retumbar las profundidades de la tierra con su galope, deteniéndose en seco, casi de rodillas, al llegar a los campos. A aquella hora, el cielo sería de color verde azulado.

Cuando los hombres salieron para reunir al ganado, el señor Judd cumplió metódicamente con su cometido bajo un sol abrasador. Tenía un lápiz en la boca y un pedazo de papel arrugado, donde hacía sus anotaciones.

Tiempo atrás, se había aplastado uno de los pulgares de un terrible mazazo, y en el lugar donde antes estaba la uña ahora había un cuerno amarillo y consistente. En aquel momento, experimentó una sensación de auténtico orgullo, nacido del respeto que le inspiraban aquellos utensilios de hierro, madera o cristal que estaba inventariando, y que tan importantes eran para la vida cotidiana. Podía llegar a sentir apego por una buena hacha o por un cuchillo, y por consiguiente los engrasaba y afilaba con sumo cuidado. En cuanto a los instrumentos de navegación, el misticismo al que irremediablemente estaban asociados hacía que los reverenciara incluso más. El precioso temblor de aquellas agujas hechizadas, que siempre apuntaban a algún lugar que quedaba fuera de su alcance, era más delicado que el de los helechos. En opinión de Judd, todo lo esencial, lo más secreto, estaba contenido en un nido de helechos, igual que su manantial.

En ocasiones, echaba su aliento en el cristal de aquellos instrumentos y lo frotaba con la palma de la mano, surcada de unas profundas espirales de piel y destino que, en comparación con aquella superficie cristalina, resultaban bastas.

—Frank, no encuentro la brújula prismática grande, la del marco de madera —se quejó.

—No puede haberse perdido, es demasiado grande —respondió Le Mesurier, que no estaba muy interesado en el asunto.

—No me sorprendería nada que hubieran sido esos negros; si uno se descuida, le quitan hasta los calzones —dijo el convicto.

Sudaba a mares, como sudan los hombres de su constitución, aunque su labio superior solo dejaba ver unas perlas brillantes, producto de la rabia, la inquietud e incluso una fría angustia.

Buscó aquella brújula por todas partes.

—Frank —dijo—, me rindo. No hay quien la encuentre.

Luego bajó corriendo hasta las chozas y empezó a insultar a las negras que estaban por allí en cuclillas, despiojándose las unas a las otras y jugueteando con los pequeñuelos de pelo rojizo. Aquellas negras salvajes de pechos colgantes no lo entendían.

Para Judd, el problema que planteaba la pérdida de aquel instrumento era tan intrincado como el laberinto de calor, que ahora recorría fatigosamente de vuelta a las tiendas.

Como es lógico, el señor Voss se puso furioso, porque estaba convencido de que algo así ocurriría, si bien no necesariamente aquello.

Judd se marchó.

Al anochecer, cuando los demás hombres regresaron para dar de beber a los caballos y guardar sus látigos, los interrogaron escrupulosamente, pero ni uno solo de ellos pensaba que aquella brújula fuera de su incumbencia. Divertidos al principio, acabaron molestándose cuando tuvieron que entregar su equipaje para que fuera registrado.

Voss, vestido con su traje negro cual figura profética, bajó hasta el lugar donde estaban acampados y les dijo que era esencial encontrar la brújula. Boyle también participó en la búsqueda. Había interrogado a los negros y estaba casi seguro de que ningún nativo tenía la brújula en su poder.

—No hay ninguna explicación —exclamó Judd, sacudiendo sus alforjas de tal modo que a algunos de los presentes les recordó el batir de un par de alas enormes y desesperadas—. Esto es una pesadilla —protestó el convicto.

Para casi todos, la situación había empezado a adoptar la relevante irrelevancia de algunos sueños. Seguían obsesionados con la idea de encontrar la brújula.

Esa brújula que Judd estaba sacando de su alforja en aquel preciso instante.

—Pero si yo no la he metido aquí —dijo estupefacto—. No tenía ningún motivo para hacerlo. —Su rostro, que era un fiel reflejo de su fuerza, de repente parecía frágil—. No se me ocurre ninguno —añadió.

Pero continuó hurgando desesperado en los recuerdos de todas sus pesadillas.

Voss se dio la vuelta y se alejó. El incidente había concluido, si no en su beneficio, sí al menos en detrimento de otro ser humano. Aun así, a veces habría querido amar a aquellos a quienes deseaba humillar. Se acordó, por ejemplo, de la mujer del convicto, que en su sencillez era lo suficientemente sutil para soportar que él la pusiera en evidencia. Recordó con cierta ternura el telescopio que el propio Judd había montado y que no servía para su propósito de explorar las estrellas. Motivado por aquellos pensamientos de fracaso y decepción, el alemán se encogió mientras se arrastraba a través del patio. La humillación que había sufrido Judd al encontrar la brújula lo condujo por el tortuoso camino de la compasión hasta que, de repente, se negó a seguir avanzando por él. Alguien lo había engañado. Su trono había perdido lustre.

Abajo, en la zona de las tiendas, Judd dijo:

—Señor Palfreyman, yo no metí ahí la brújula.

—Le creo —respondió Palfreyman.

—No tenía ningún motivo para hacer algo así.

Siempre hay un motivo, lo corrigió Palfreyman en silencio, y siguió buscándolo.

Para el ornitólogo, la estancia en Jildra había quedado marcada por el sonambulismo, a causa de aquel sueño —quizá fuera un sueño, o quizá no— de luz de luna y sombras, de crujidos y angustias, que se le había grabado a fuego en el recuerdo. Aquella siniestra estatua lo atormentaba cada noche, pero, aunque Palfreyman vigilaba a Voss de cerca —de hecho, siguió haciéndolo después de su partida de Jildra—, el hombre no volvió a caminar bajo la luna cristalina.

Y ahora algo más estaba a punto de suceder en Jildra. Los negros ya lo habían olfateado en el aire de la tarde, y los perros se dividían entre los que gruñían y los que jugueteaban. Algunos de los hombres blancos, que se habían lavado el cuello y la cara para quitarse la suciedad del día y que ahora olían intensamente a limpio, a agua y jabón corriente, se acercaron a las tiendas para anunciar que se acercaba una comitiva.

En la distancia, los ladridos de los perros desconocidos sonaban como disparos de aire comprimido, y los perros de Jildra habían empezado a gemir y a morderse en señal de alegría y solidaridad.

—Parece que ha llegado Thorndike —dijo Voss, que se apresuró a salir a su encuentro sin el sombrero, dejando su lechosa frente al descubierto; era como si hasta aquel momento hubiera llevado puesta una máscara.

—Ese canalla tenía razón —exclamó Boyle, que ahora se mostraba siempre de buen humor, indiferente, flexible y, sobre todo, muy divertido.

Al fin, el grupo llegaba a Jildra afanosamente, con la gallardía de los animales que persiguen un objetivo. Los bueyes gimieron hasta detenerse, abrieron mucho los ojos y dilataron los orificios nasales, oponiendo resistencia con sus cuellos a los pesados yugos.

Thorndike, un individuo escuálido y congestionado de hábitos mediocres y rutinarios, no parecía especialmente contento de haber llegado. Tampoco le prestó demasiada atención al alemán, de quien unos y otros le habían hablado; se limitó a entregar lo que le habían dado, tal y como había prometido que haría. Porque Thorndike trajo, además de las provisiones destinadas a Jildra, un hacha que la expedición había dejado olvidada en la propiedad de un tal señor McKenzie, donde había acampado unas millas más atrás, y un manojo de cartas, atadas con una cuerda, para el alemán.

Voss cogió el correo y se puso a golpearse en la pierna con él mientras le hacía a Thorndike preguntas triviales sobre el viaje y el clima, a las que el otro respondió con voz ronca y una expresión burlona. Thorndike nunca había visto a un alemán y estaba decidido a que aquello no cambiara, así que no se dignó a mirarlo. Escupió en el suelo, carraspeó y fue a soltar a sus bueyes.

Entonces, Voss entró en la cabaña y desató el manojo de cartas. El señor Bonner, por supuesto, lo deleitaba con instrucciones e interminables digresiones. Había unas amistosas líneas del señor Sanderson, algunos periódicos y unas orejeras de seda verde para su caballo que una dama había tejido a mano.

También había una carta, al parecer, de la señorita Trevelyan.

Cuando hubo leído o examinado todo, y hubo lanzado algunas perlas de sabiduría a su anfitrión, que para entonces ya había terminado de comer y estaba hurgándose los dientes y expulsando los fluidos gaseosos correspondientes, Voss rompió el lacre de la carta de la señorita Trevelyan, se inclinó sobre el papel y se dispuso a alisarlo y aplanarlo como si estuviera tan arrugado que solo pudiera revelarle su contenido mediante el tacto.

Por fin, leyó:

Potts Point, noviembre de 1845

Estimado señor Voss:

Ante todo, quiero darle las gracias por su carta, que llegó a su destino hace varios días en el paquebote procedente de Newcastle. Si el tiempo necesario para que la mía llegue hasta sus manos le hiciera sospechar que he sido poco diligente a la hora de escribirla, le pido que, en mi descargo, tome en consideración la enorme distancia que nos separa, así como el hecho de que la naturaleza de su carta me ha obligado a considerar muy seriamente mi réplica. A pesar de haberlo meditado mucho, debo confesarle que no sé con certeza qué respuesta debería dar una muchacha de mi posición y, dado que uno de mis peores *defectos* es el de tratar de llegar a conclusiones sin pedir consejo a nadie, me temo que por el momento sigo sumida en la confusión.

Su carta fue, por decirlo suavemente, inesperada. ¡Resulta sorprendente que alguien que desprecia tanto la debilidad humana le haga una proposición tan categórica a una persona tan débil como yo! Porque hubo al menos una ocasión, que yo recuerde, en la que no hizo nada por disimular el desdén que le producía mi pusilánime carácter. Como tengo una opinión semejante de mí misma, no me sentía capaz

de rebatir su juicio, si bien es cierto que la verdad que uno ha percibido es mucho más dolorosa cuando otro, sobre todo otro a quien uno tiene en alta estima, la confirma. No puedo negar que me haya hecho sufrir, pero el resultado o propósito de ese sufrimiento sigue siendo un misterio. Mientras tanto, mi lamentable debilidad pone de manifiesto mi arrogancia.

La arrogancia es, sin duda, la cualidad que hizo que nos reconociéramos el uno en el otro. Me he dado cuenta de que, desde que tengo uso de razón, nadie había osado *herir* mi orgullo, salvo de un modo meramente infantil. Creo que los hombres se sienten amenazados si no son capaces de impresionar a los demás. Usted, al menos, no se sintió amenazado, pero me ignoró con tanta frialdad que fui yo la que se alarmó al comprender que soy insignificante y vivo aislada del resto.

De modo que, señor Voss, hemos llegado a un punto en el que me veo obligada a considerar como mi salvador ¡a aquel que me ha destruido! Debo confiar en que realmente me profesa esos tiernos sentimientos que no soy capaz de rastrear en el laberinto de nuestra relación. ¿Le sorprende ahora que esté sumida en tal terrible confusión? Especialmente porque me he mostrado tremendamente *sensible al bienestar* de alguien cuyas virtudes no compensan los múltiples *defectos que aún hoy desprecio.*

Ahora, la cuestión es esta: ¿pueden dos seres tan llenos de defectos soportar mirarse de frente el uno al otro, como en un espejo? ¿Ha previsto el resultado? ¿No es posible que haya confundido usted a un monstruo peligroso con un ratón complaciente?

Yo, personalmente, y adoptando un candor impropio de mí, estaría dispuesta a luchar contra el carácter odioso que ambos compartimos, pero el esfuerzo debe ser mutuo, claro está. Porque respeto cualquier inusitado rasgo de humanidad que pueda usted mostrar a pesar de todos sus defectos (por ejemplo, después de leer poesía o escuchar música, mientras todavía sigue unos instantes con los ojos cerrados), del mismo modo que lamento humildemente haber fracasado en la misión de vencer mi indignidad. Solo bajo estas condiciones, es decir, que *recemos juntos* por nuestra salvación, puede usted pedirle a mi tío que acceda a sus pretensiones, si es que todavía las alberga.

En cualquier caso, señor Voss, le doy de nuevo las gracias por su amable carta y le ratifico que seguiré intercediendo por su seguridad y su felicidad.

Atentamente,

LAURA TREVELYAN

Entonces Boyle, que había estado dormitando en la apacible apatía del tabaco y la digestión de la carne, abrió los ojos y dijo:

—Nada malo, espero.

—¿Por qué debería tratarse de algo malo? No —dijo el alemán, poniéndose en pie y traspapelando el resto de los documentos, que cayeron al suelo—. Al contrario, solo he recibido buenas noticias.

Y, una vez recogido todo, apretó bien el cordel que sujetaba la correspondencia.

—Lo celebro —respondió Boyle—. Nada como una mala noticia para cortarle a uno la digestión. Por eso me alegro de no recibir correo, salvo aquel que viene impreso en blanco y negro.

—Ninguno de mis conocidos tiene la costumbre de utilizar tinta de colores en su correspondencia —dijo Voss—. Creo que hoy me iré pronto a dormir, Boyle; así podremos partir temprano, tal y como habíamos planeado.

Y salió a la oscuridad, en teoría, para dar las últimas órdenes a sus hombres, aunque en realidad lo hizo para ocultarse, cosa que no logró, ya que abrazó el pasado estremeciéndose bajo una vasta audiencia de estrellas.

A su regreso reparó en Palfreyman, que había estado allí sentado todo el tiempo, a la luz de las velas, dibujando por placer un enorme y gracioso lirio que descansaba en una taza de hojalata.

—¿Qué es eso? —preguntó Voss, con un interés excesivo que no era propio de él.

—Un lirio que he encontrado en la tierra roja que baña la segunda poza —dijo Palfreyman, muy concentrado en su dibujo a lápiz.

Voss se aventuró a adivinar la especie sin mucho entusiasmo.

—¿Con esas semillas? —preguntó Palfreyman.

Voss entornó los ojos. Tenían una forma distinta al resto, parecían testículos unidos a una flor virginal.

Cuando el alemán se hubo desvestido y guarecido bajo la manta, él y Palfreyman se pusieron a recordar otras especies botánicas de semillas poco convencionales que habían encontrado en el camino. Boyle ya se había retirado y la apacible conversación, que invitaba al sueño, discurrió amistosamente, porque ninguno de los dos la forzó.

Quizá la culpa hasta ahora haya sido mía, decidió Palfreyman, que no se atrevía a moverse por temor a que

se rompiese el hechizo.

—¿No se va a la cama, Palfreyman? —dijo Voss al fin, bostezando—. Mañana saldremos temprano.

—Es por el lirio —dijo Palfreyman, suspirando—. Puede que nunca volvamos a ver uno tan lozano.

Voss volvió a bostezar.

—Es posible que sea muy común.

—Es posible —convino Palfreyman.

De algún modo, sus voces se complementaban. Parecían dos enamorados.

Entonces, Voss y las últimas palabras que había escuchado empezaron a flotar. *Juntos.* Las palabras escritas tardan un tiempo en disolverse, pero las palabras de los lirios fluían libremente por el agua de verano, ya se tratara de agua o de hojas de agua, y la boca se le llenaba de oscuras raíces peludas cuando esa misma agua lo embestía. Ahora nadaban tan cerca el uno del otro que estaban unidos por la cintura, hechos de la misma carne que los lirios; sus bocas, juntas, se ahogaban en el mismo arroyo de amor. Todavía no deseo esto, o *nie nie nie, niemals. Nein.* Lo deseará, dijo ella, cuando corte y examine la palabra. *Juntos* está lleno de células diminutas. Y puede cortarse con un cuchillo. Su semilla se ve. Pero yo no. Todas las obligaciones humanas duelen, señor Johann Ulrich, hasta que se aprenden una por una, de variedad en variedad. Pero el oro es doloroso, lo destruye todo a su paso y, cuando uno se lo coloca en la frente, siente frío; al mismo tiempo, todos lo desean a causa de su pureza. Opóngase solo a la corona de Cristo. Arranque ese arbusto de raíz antes de que arraigue. Aun así, se sentía humildemente agradecida. De rodillas, continuó bañando sus cabellos en la carne, tanto daba que fuera la carne de los lirios imperiales o de la oscura y putrefacta especie humana.

Tras una de aquellas pausas en que el durmiente calla, en que su lengua se convierte en un pequeño guijarro y la manta no es más que un injerto en su costado, él dijo:

Acepto los términos. Era el sudor lo que me impedía verlos.

No está usted en posición de aceptar nada. Es la mujer la que destruye al hombre, para hacer de él un santo.

Mutuo. Todo es mutuo.

Tenía la lengua trabada.

Un tanto para ti, se rio la boca.

En teoría, dos *zusammen*[4] ganan porque son mayoría, pero en la práctica pierden. Los números debilitan.

El más débil es más fuerte, oh, Voooos.

El durmiente se incorporó para observar mejor la boca del lirio. En su lugar, se topó con la oscuridad y un olor a vela recién apagada, porque Palfreyman ya había terminado y se había ido a dormir.

Entonces Voss volvió a tumbarse y fingió que nada había interrumpido su descanso, porque no quería que le dijeran que había hablado en sueños. Se sentía sospechosamente feliz. Recordó frases completas de la carta de Laura Trevelyan. Y su voz, hablándole. Le habría gustado que aquella voz le dijera lo que tenía que hacer, puesto que el cumplimiento de una misión no es un fin en sí mismo.

A la mañana siguiente, en un túnel de luz roja y hierbas inclinadas, Voss se despidió de Boyle, que se quedó inmóvil un buen rato con el aspecto triste de una bota vieja, una bota vieja que hubiera sido abandonada al borde de la vida, mientras observaba la comitiva, que seguía su camino como una ola de animales sacrificiales y hombres devotos.

Casi de improviso, el día cayó sobre la expedición como una joya perfectamente tallada y brillante, manteniéndola prácticamente cautiva en aquella cárcel de fulgor azul. Su exiguo avance y el humilde polvo que levantaba empezaban a causar verdadera lástima. Las cabras parecían desorientadas por la extrema imprudencia del hombre. Las ovejas, por otro lado, parecían comprender mejor la estulticia humana y avanzaban entre los matorrales jadeando con resignación, dejando pedazos de lana enganchados en los arbustos. La magnífica cabalgata marchaba sin descanso, atenta a que los animales no se dispersaran; los látigos se enredaban en sus cuernos con frecuencia. Los hombres estaban asombrados de su propia pericia, aunque hacia el mediodía su propósito ya era menos definido, y lo que antes había sido un grupo compacto de bestias ahora no era más que una procesión de animales exhaustos.

Después del descanso de mediodía, que pasaron a la sombra de unas acacias, Voss llamó a sus hombres y los dividió en varios grupos; asignó a un grupo las ovejas y las cabras, a otro las reses y al último los animales de carga. De ahí en adelante, cada uno avanzaría a su ritmo por el lecho del río que Boyle había identificado como el C***. Voss cabalgaba en cabeza acompañado de los dos negros, Dugald y Jackie, y así se sintió temporalmente liberado de sus responsabilidades y fortalecido ante la visión de un espacio ininterrumpido.

Rodeado de sus leales súbditos, se sentía inmensamente feliz.

—Has sido un tonto al traer esa chaqueta —le dijo al nativo más viejo—. Ahora, si pierdes la vida, también perderás la chaqueta.

Y soltó una carcajada.

El viejo, meciéndose levemente sobre su caballo gris, también se rio. Nadie le había hablado nunca así antes. No obstante, lo inesperado de las palabras del hombre blanco hizo que se sintiera intimidado.

El hombre blanco estaba cantando:

Eine blosse Seele ritt hinaus
Dem Blau' ent-ge-gen…

Hizo una pausa, como si estuviera meditando algo, y después continuó:

Sein Rock flog frei.
Sein Schimmel mit den Wol-ken
Um die Ehre rrrann…

Estaba muy contento con su canción. La cantaba mirando al cielo.

Nur der edle Rock zu Schaden kam,
Die Fetzen fie-len,
Den Hi-im-mel ent-lang.[5]

El nativo más joven no hacía más que charlar con su mentor, Dugald, que estaba perdido entre varios mundos.

El hombre blanco reía.

—*Ach, Dugald, Wörter haben keine Bedeutung. Sinnlos!* ¡Sandeces! —añadió; y después le preguntó—: ¿Sabes lo que significa eso, *sandeces*?

Dugald sonrió. Era tímido. Pero con aquel hombre se sentía a gusto.

La luz se había suavizado y empezaba a revelar los contornos de las cosas. Voss pensó en cómo hablaría con Laura Trevelyan, en cómo nunca habían hablado empleando las palabras auténticamente sencillas que comunican la realidad más íntima: pan, por ejemplo, o agua. Obsesionados con la lucha entre sus dos almas, se habían amenazado el uno al otro con las ostentosas armas del pensamiento abstracto, ignorando completamente su necesidad de sustento. Pero ahora nos entenderemos, se dijo mirando a su alrededor. A aquella hora reinaba la plenitud, en el río seco y en sus pozas de agua marrón verdosa, entre las blancas hierbas acuáticas que tintineaban al rozar los arbustos y en aquellos descomunales lagartos y modestos pájaros. Mediante la unión de la luz y la sombra, en las distancias infinitas de aquella tierra parda de la que estaba tomando posesión, por fin todo se resolvería.

Su visión casi voluptuosamente esperanzada fue interrumpida por el nativo joven, que bajó deslizándose de su caballo hasta un anillo de tierra y empezó a golpear algo con un palo. La luz arrancaba destellos frenéticos a su piel.

—Jackie matar lagarto —explicó Dugald.

En efecto, se trataba de uno de esos lagartos pequeños y de cola nudosa. Panza arriba, el animal le estaba entregando su vida con presteza y dignidad a Jackie, que no dejaba de sonreír. Un hilillo de sangre oscura goteaba por la boca maltrecha del reptil.

Los tres hombres siguieron avanzando. Los negros charlaban. Jackie, en cueros como siempre, sujetaba al lagarto tieso por la cola y lo balanceaba.

—¿Qué va a hacer con el lagarto? —le preguntó Voss a Dugald.

El viejo se metió un dedo huesudo en la boca. Una estruendosa carcajada hizo que su grisácea barba de varios días temblara.

—¿Está bueno? —preguntó el alemán.

Dugald meneó el mismo dedo largo y negro hacia uno y otro lado.

—Hombre negro —dijo, y volvió a reírse.

Y Jackie lo imitó.

Los dos negros trotaban junto a Voss, aunque algo apartados, como si los súbditos de su nuevo reino prefirieran mantener las distancias, como si renegaran de él. Sus voces, que se entrelazaban con el polvo del camino, no estaban destinadas a que las escuchara nadie más.

Empezaron a divisar otras figuras, primero sus sombras, y después una materia similar a la piel, unida al

tronco de los árboles. Entonces, de un recodo del lecho del río, surgieron los cuerpos polvorientos de un grupo de hombres. Dugald y Jackie desviaron la mirada. Parecían de mal humor. En un momento determinado el viejo intercambió unas pocas palabras con unos hombres con los que se cruzaron, en un lenguaje vacilante, formal y frío. Los nativos desconocidos observaban al hombre blanco entre miríadas de moscas y las hierbas grises que utilizaban para ahuyentarlas. Al explorador le habría gustado hablar con aquellos individuos, haberles mostrado su magnanimidad, y que le rindieran homenaje. Pero desaparecieron. Llamó una o dos veces a sus escoltas, que al parecer habían decidido hacerse los sordos. Ahora cabalgaban más rápido, y su nuevo ritmo restaba rotundidad a la voz del hombre blanco, que vibraba débilmente con el vaivén de su caballo. Si volteaba la cabeza para tratar de comunicarse con los negros desconocidos, no encontraría más que las mismas sombras que al principio había atisbado en la distancia.

Aquello, por supuesto, no sería siempre así. Bajo aquella luz dulcificada, la carne desnuda de las rocas era prometedoramente tierna. La esperanza de que sería capaz de interpretar las necesidades de todos sus hombres, incluso de comprender el alma de las rocas, lo invadió por completo.

Como estaba a punto de anochecer, decidió que acamparían en el recodo del río y envió a los nativos para que informasen de su intención al resto de los miembros de la partida. En consecuencia, el líder se quedó solo durante un rato, y entonces sintió el peso de su enorme arrogancia. En la cúpula de silencio no había ningún mueble, ni siquiera un trono. Así que empezó a reunir troncos, a hacer astillas y a amontonar hojarasca para encender su primera hoguera. Sin embargo, la simpatía, la luminosidad y el calor que Voss esperaba no surgieron inmediatamente; solo una llama de lo más decepcionante. Era un fuego muy humano. Caminando arriba y abajo sin descanso, aquel hombre se sentía superado por la distancia que separaba la naturaleza humana de sus aspiraciones. Al parecer, esta naturaleza era ineludible, como el polvo que habían levantado aquellos hombres y que todavía flotaba en el ambiente. Tintineando en un polvo similar, sus espuelas le recordaban que él era el responsable de sus propios fracasos.

De los que debemos sacar lo mejor, insinuó Laura Trevelyan.

Desde donde estaba, podía ver el escondite secreto de su nuca, infinitamente suave, y la banda de gasa de un blanco verdoso que rodeaba la copa firme y negra de su sombrero. Nunca se había atrevido a tocarla, salvo a través de los gestos formales que la sociedad impone o de las libertades incorpóreas e inequívocas que proporciona el sueño. Las relaciones humanas son vastas como desiertos: exigen la máxima osadía, parecía decirle. Y ahí estaba la pequeña hoguera que había conseguido encender. Cómo cintilaba sobre la sonrisa de aquella muchacha; o mujer, porque ya se estaba convirtiendo en una mujer. Su garganta y sus hombros ya seducían y eran seducidos. No obstante, Voss no lograba ver sus ojos. Eso es porque, le dijo ella, ya no los recuerda. Era cierto. La recordaba principalmente por las palabras y las ideas que habían compartido, y por su conmovedora caligrafía italiana. Pero su figura y sus rasgos estaban borrosos, aunque dejaban la puerta abierta a la esperanza. La joven volvió su cara alargada de ojos olvidados, pero Voss no la animó a acercarse, porque temía encontrarla torpe y desmañada, vestida como estaba con aquel traje grueso, manchado por el polvo del viaje.

Entonces empezaron a escucharse los gritos de hombres y animales.

Ralph Angus se había aproximado a medio galope, y por una vez parecía capaz de darle informaciones precisas.

—Señor Voss —dijo Angus reverencialmente, con la tez de color naranja sanguina—, las ovejas están agotadas. Todavía se encuentran a una milla de aquí.

—Bien, Ralph —respondió el alemán—. Llévese a Dugald o a Jackie con usted y acampen junto a ellas esta noche. Ahora ya es tarde. Mañana veremos qué podemos hacer.

Justo entonces apareció Judd el convicto, detrás de las reses extenuadas.

—Deberíamos haber acampado antes, señor —dijo en tono de reproche, aunque con respeto.

—Sí, sí —convino Voss—. Hemos avanzado demasiado. Ha sido un error no acampar antes. Tiene razón, Judd. Si en otra ocasión tiene a bien darme su consejo, lo seguiré.

Judd no había esperado tantas sonrisas y sensatez, y se calmó inmediatamente.

A excepción de Turner, que se quejaba de que tenía los muslos en carne viva, todos se alegraron al ver la hoguera. El ganado se movió pesadamente con el hocico bien pegado a la tierra hasta detenerse. Los caballos se frotaron la cara contra las patas húmedas. Una mula se arrastró hasta las ramas de un árbol. Y los hombres, con los labios agrietados por la sed, desmontaron y se hicieron de inmediato con aquel rincón de oscuridad.

El señor Judd mezcló harina y agua y colocó la masa resultante bajo las cenizas; poco después, ya había en aquel lecho tan poco prometedor una hogaza enorme y tosca, que acompañaron con unos pedazos de carne seca, obsequio de Boyle de Jildra, y con un poco de té rojo muy caliente. ¿Qué más podían pedir?

—Este té sin leche —refunfuñó Turner— sabe peor que una medicina.

—Si no le importa caminar una milla en la oscuridad en esa dirección —sugirió Voss—, hasta donde el señor Angus ha acampado con las cabras, tendrá usted su leche; si la ordeña usted mismo, claro está.

Algunos se tomaron aquello como una broma del líder y se echaron a reír, pero Turner escupió la amarga infusión que, además, sabía a metal.

—Pobre Turner —bromeó Harry Robarts—. Hoy no es su día. Mejor será que no le dé más al *torno, Turner*. Acuéstese.

El muchacho, incapaz de contenerse, continuó carcajeándose bajo las estrellas. La aparente simplicidad del lugar había engañado a su mente simple. Se sentía liberado del pasado y del futuro. Su cuerpo, azotado por los espasmos, parecía a punto de reventar las costuras de su ropa.

—¡Vamos, Turner! ¡Acuéstese y no le dé más al *torno*!

El muchacho estaba muy satisfecho de su broma y no podía dejar de reírse.

Pero Turner se había puesto de mal humor. Sentía un nudo en el estómago y un profundo resentimiento, aunque hacia nadie en particular.

—Está bien, me acostaré —respondió—. Aquí no hay nada más que hacer.

Durante un buen rato de aquella noche, Harry Robarts siguió acordándose de la broma que había oído y de la broma que había hecho. Acostado con la cabeza apoyada en el recodo de su brazo, descubrió, además, que podía trazar una línea entre determinadas estrellas y dibujar constelaciones. Al final quedó deslumbrado, si no embriagado, por las estrellas. Hacía tiempo que había elegido olvidar los nombres oficiales —el señor Voss se los había enseñado a bordo del barco que los había llevado a Sídney—, porque las estrellas en sí mismas le parecían más cercanas que sus nombres. Y entonces su deslumbramiento se convirtió en turbación. Reparó en que llevaba varios días sin hablar con el señor Voss. Así que no solo Turner se durmió con un nudo en el estómago; también Harry, y en su sueño lamió la mano de su amo, la lamió con su lengua de perro, pero, en lugar de reconfortado, se sintió inquieto.

La extensión de tierra que los rodeaba achicaba las esperanzas y los temores de los hombres hasta casi hacerlos desaparecer. Una eternidad de días se abría ante ellos, así que se despertaban y se levantaban con una especie de respeto pudoroso hacia su entorno. El rocío ocluía el paisaje. Las arañas habían unido entre sí los matorrales, formando un inmenso telar. Y luego estaban aquellas estrellas eternas e intolerablemente melancólicas que se aferraban al cielo níveo, y que parecía que nunca se extinguirían.

Después del desayuno, que era similar al resto de las comidas y consistía en carne salada o carne de alguno de los animales que los acompañaban y té hecho con la espuma de las pozas o la que guardaban en los odres, Voss, con la ayuda de Judd, trataba de calcular su posición sirviéndose de los instrumentos de orientación. Judd sacaba de las fundas aquellos aparatos temblorosos de cristal, acero y mercurio. A fin de satisfacer la pasión de su subordinado con la benevolencia propia de un ser superior, Voss había consentido que Judd custodiara los instrumentos. Él se sentaba con un enorme cuaderno sobre las rodillas y anotaba la leyenda en tinta negra, con cifras y una caligrafía exquisita. A veces, arañas igualmente negras y exquisitas, atiborradas tras un festín de rocío, se le paseaban por el pelo. Aquellos pequeños insectos turbaban en extremo al alemán, que se los sacudía furiosamente. A aquella hora el aire ya no olía a rocío; volvía a empezar a oler a polvo. Los hombres apretaban las cinchas y soltaban improperios con la boca chica. Conforme el sol ascendía, la piel del cráneo se les iba tensando. Algunos se doblaban por la mitad y apartaban los ojos de aquellos brillantes instrumentos con los que Voss y Judd proclamaban estar conspirando contra la Providencia. Sin embargo, los escépticos seguían cabalgando porque era su deber, y porque a esas alturas sus mentes y sus extremidades ya habían aceptado aquel ritual de inspirado balanceo.

Así que continuaron adentrándose en aquella tierra que estaba adueñándose de ellos, mientras repasaban, atónitos, sus auténticas vidas, sus vidas reales, durante las cuales se habían emborrachado, habían yacido con mujeres bajo árboles plácidos, habían considerado ofrecerle sus almas a Dios o clavarle un cuchillo a Su imagen.

Entonces, de repente, Voss echó un vistazo a su diario y comprobó que el día siguiente era Navidad. Por algún oscuro instinto de supervivencia no lo había comentado con sus hombres, que en su mayoría dependían de él para tomar cualquier decisión o hacer cálculos, así que con toda probabilidad no se darían cuenta.

Palfreyman sí había reparado en ello, pero, como no era un hombre de acción, sino un espectador, o más bien un sufridor, se mantenía a la expectativa.

Si, en el caso de Voss, era el instinto de supervivencia lo que le aconsejaba no celebrar la Navidad, en el caso de Judd fue el instinto de autoafirmación lo que lo llevó a recordarla. Desde que muriera a manos del látigo y del hierro, había anhelado renacer muchas veces, y no se le ocurría mejor ocasión para hacerlo que aquellos días; y lo presentía, estaban cerca. Si durante todos aquellos años no había conseguido renacer en el tierno seno de su familia, tal vez fuera porque temía hacerlo ante aquellos que habían sido testigos de su

sufrimiento. Pero, para sus compañeros, e incluso para el astuto alemán, era un hombre de piedra. Así, llegada la ocasión, sería más fácil abrirse y revelar todo lo que ocultaba en su interior: una infinidad de minerales inesperados, incluso un ser humano completo.

Por lo tanto, Judd estaba expectante. No hacía más que espolear a su caballo para después, vacilando, refrenarlo. Solo era cuestión de encontrar el momento adecuado, pero sabía que pronto se atrevería a hablar. Su camisa brillaba empapada en sudor, dejando entrever sus viejas heridas y el torpe vaivén de sus costillas, mientras, con un ojo, vigilaba al ganado para que no se dispersara y, con el otro, al alemán, que cabalgaba en la distancia junto al señor Palfreyman. Las espaldas de los dos caballeros se bamboleaban erguidas y ajenas a todo, mientras que la figura de Judd, que siempre andaba ocupado con el ganado y sus pensamientos, se cernía tensa como una escultura.

Casualmente, acababan de entrar en un valle esculpido en roca rojiza y cuarzo, por el que discurría un río poco profundo aunque impulsivo, un río de aguas tan vivas como las del que habían recorrido en el valle de las hierbas acuáticas. El calor parecía intensificar el verde de los espléndidos árboles; de algunos brotaban una ligera pelusa o pequeñas espadas afiladas; otros sucumbían lentamente ante un exuberante jazmín, cuyos brazos se enroscaban celosamente en sus ramas. El aroma de aquellas letales guirnaldas blancas saturaba la atmósfera, vigorizando los cuerpos de sus anfitriones. Fuentes de hojas ofrecían obsequios de rocío. Y además estaban los pájaros. Su jolgorio llenaba el aire de chillidos y plumas, alaridos de completo abandono, destellos de azafrán y estallidos de carmesí, aunque también había otros pájaros más sombríos que volaban silenciosamente y penetraban como flechas mortíferas en las mentes de los hombres.

Cuando ya era casi mediodía y el valle se había estrechado hasta convertirse en una garganta, el convicto se apartó del ganado, que, exhausto, se negaba a seguir avanzando, y cabalgó hacia el líder.

—Señor Voss, calculo que queda poco para que sea Navidad. Si no es mañana, será pronto —dijo.

Después, solo se escuchó el silencio.

De haber sido propenso a la ironía, Palfreyman habría hecho uso de ella, pero, como no lo era, se limitó a mirar la hierba y a esperar.

—Sí, tiene usted razón, Judd —dijo Voss.

Los pájaros chillaban y se elevaban en un desorden rojo.

—Es mañana —precisó el alemán.

El calor se cernía como sábanas de húmedo silencio sobre el grupo.

—No se me había ocurrido mencionarlo —dijo Voss—, teniendo en cuenta las circunstancias, ya sabe.

Y dejó caer la mano inerte, como si su cuerpo también fuera culpable.

—Pero, por supuesto, si esta fiesta significa algo para usted, o para cualquiera de los demás hombres, entonces debemos celebrarla.

—Me gustaría celebrar la Navidad, señor —dijo Judd.

Solo unos días antes, habría buscado con la mirada a Palfreyman, pero ahora no lo hizo. Aquel hombre enorme, sentado sobre su caballo cubierto de lodo, no necesitaba por el momento el apoyo de nadie.

En cambio, Palfreyman sí sintió la necesidad de decir algo. Y se apresuró a añadir:

—A mí también me gustaría celebrar la Navidad.

Era de lo más natural que un cristiano deseara unirse a un expresidiario convicto en aquella fiesta de absoluta redención, pero Voss, que temía cualquier unión, sobre todo si le afectaba directamente, sospechó que se trataba de una trampa.

—Bien —dijo, humedeciéndose los labios y sonriendo penosamente—. ¿Y qué sugiere usted, Judd?

Esperó a que este le dijera algo que no le gustaría.

—Sugiero, señor, que hagamos un alto exactamente donde estamos. Este lugar es muy agradable —dijo el convicto. En efecto, la placidez de aquellas hojas enormes y las aguas reparadoras se reflejaba en su rostro—. Si está de acuerdo, mataré una oveja para comer mañana. Prepararé un pudin o dos, no serán iguales que los de casa, claro está, pero cumplirán su cometido. No me atrevo a sugerir, señor, cómo deberíamos pasar el día. Cada hombre tendrá sus propias ideas. —Y, después de sopesarlo detenidamente, añadió—: Aunque podríamos leer la Biblia.

—Empecemos por el alto —dijo Voss. Después cabalgó hasta la sombra de un árbol, lanzó su sombrero a tierra y desmontó.

Judd asumió el mando. Palfreyman comprobó que el convicto se sentía feliz. Conforme iban llegando, avisó a sus compañeros de que harían un alto y extendió su brazo fuerte y peludo para indicarles que se ocuparan de los animales y la carga. Sí, el convicto se había convertido en un hombre importante. Alrededor de su boca, atisbos de esperanza jugueteaban traviesamente con pequeñas gotas de sudor. El destino de la inocencia es vencer, pensó Palfreyman, que también se sentía feliz.

Entonces, exhausto por la exuberancia de aquel verde insólito y por el calor, así como por el desafío entre almas que acababa de presenciar, el ornitólogo se reunió con el alemán bajo la sombra del árbol.

—¿No le parece espléndido este lugar? —preguntó Voss, admirando la perspectiva de esculturales rocas rojizas y tapices de melodioso verde que revestían el valle.

Palfreyman estuvo de acuerdo.

—Ennoblecedor y eterno —insistió el alemán—. Esto sí que lo comprendo.

Porque es mío, aunque solo yo lo sepa, parecía insinuar, y así lo percibió el ornitólogo, que a aquellas alturas ya había aprendido a leer en los ojos de los hombres.

—Pero ¡insistir en estropearlo con ese miserable fetiche de Jesucristo!

La visión que tenía el alemán era, de hecho, de lo más horrible: la carne gangrenada había empezado a supurar, y el alma se había separado del cuerpo y volaba hacia la noche de los tiempos con un aleteo lento y sofocante.

Turner disparó a un enorme halcón que bajaba planeando hacia el valle, pero no acertó y le echó la culpa al resplandor.

Por la tarde, Voss continuó el extenso y satisfactorio registro de su viaje a través del país, y logró poner al día su diario. Mientras escribía con el cuaderno apoyado sobre las rodillas, la maleza ardía con el reflejo de su camisa de franela carmesí, regalo de despedida de su amigo y mecenas Edmund Bonner. Si bien a veces los ojos del alemán sugerían que un fuego que acabaría consumiendo su enjuta figura estaba a punto de empezar a arder —del mismo modo que un fuego real puede asolar un área de exiguos matorrales solo con una pequeña hoguera o el disparo de una pistola—, en aquel momento contemplaban con alegre benevolencia la escena, en la que sus hombres preparaban un festín.

—¿Piensa lo mismo que yo de este espectáculo de vestigios paganos? —le dijo a Palfreyman riéndose.

Pues Judd había cogido al cordero y le había hundido el cuchillo en la garganta, provocando que la sangre saliera a borbotones y salpicara a varios de los risueños presentes.

El propio Judd estaba empapado en la sangre del cordero, que no dejaba de patalear. Cuando estuvo muerto, el convicto colgó el cuerpo del animal de un árbol y le sacó las vísceras mientras los demás dejaban que el sudor se les secase tumbados en la hierba, charlando amigablemente, pensando en sus cosas o masticando briznas de hierba. Aunque parecían ignorar al carnicero, formaban una circunferencia de la que Judd, que hundía una y otra vez los brazos en la caverna azulada del cordero, era el centro.

Observándolos desde lejos, Voss recordó el pícnic junto al mar, cuando había hablado con Laura Trevelyan y ambos habían creado su propio círculo. Entonces vio con claridad que la perfección siempre era circular, cerrada. Y por eso sentía envidia del círculo de Judd. Demasiado tarde, dijo Laura, o quizá solo se tratara del efecto de las lustrosas hojas de aquellos árboles autóctonos, que una ligera brisa había empezado a agitar. Muy pronto, todo lo que lo rodeaba nadaba en el mismo verde líquido. Laura también iba vestida de ese color. Las sombras verdes ocultaban el rostro de la joven mientras esta caminaba entre los hombres que, al parecer, la conocían, igual que ellos parecían conocerse desde la infancia, o por instinto. Él, a quien ella dedicó una mirada al pasar, era el único extraño. Entonces Voss se dio cuenta de que su carne verdosa estaba manchada de la sangre del cordero, y de que ella entendía las bromas de los hombres y se reía con ellos, mientras que él se expresaba con palabras extrañas, independientemente de la lengua que empleara, incluida la suya propia.

Laura Trevelyan comprendía perfectamente los preliminares del festín de Judd. En su opinión, sería algo muy sencillo, humilde; se comerían la carne con las manos, todos juntos, y de ese modo aquello se convertiría en un acto de alabanza.

Conforme el día llegaba a su fin y terminaban de organizar los preparativos del banquete, Voss estaba cada vez más enfadado y deprimido.

Aquella misma noche, cuando ya habían encendido las hogueras y el cuerpo del cordero muerto que se comerían para celebrar la Navidad no era más que un rayo de luz blanca proyectado sobre un árbol oscuro, Judd echó manteca y un pedazo de hígado en la sartén y, en cuanto estuvo listo, se lo llevó a su líder.

—Señor, aquí tiene un buen pedazo de hígado, hecho de la mejor manera posible: frito en manteca.

Pero Voss dijo:

—Gracias, Judd, pero no voy a cenar nada. Hace demasiado calor.

No se sentía capaz. El hígado apestaba.

Judd se marchó tan respetuosamente como siempre, aunque tenía la mirada vidriosa; les echó el hígado a los perros.

Cuando Voss se quedó solo, emitió un gruñido. No podía, no quería aprender ni aceptar la humildad, aunque constituyera una de las condiciones que ella había estipulado en la carta que ahora formaba parte de él. Permaneció un buen rato sentado con la cabeza entre las manos. El sufrimiento hizo mella en él.

Salvo por los perros que escarbaban la tierra y jadeaban, la noche era silenciosa y los fuegos ya habían quedado reducidos a brasas. Entonces, oyó el crujir de la hierba y el sonido de unos pasos que se acercaban. Unos segundos después, el rostro de Turner surgió de la oscuridad.

¿Por qué traería a este hombre conmigo?, se preguntó Voss.

—Mire esto, señor —dijo Turner.

—¿Qué es? —preguntó Voss.

Entonces vio que se trataba del mango de la sartén.

—¿Y bien? —preguntó—. ¿Para qué me lo enseña? ¿Hay algo que deba saber?

—Fue él —dijo Turner sonriendo.

—¿Quién?

—El cocinero, o el aprendiz de todo. ¡Nuestro Señor Todopoderoso!

—Déjeme en paz. Es usted un estúpido, Turner. Váyase a dormir.

—No soy tan estúpido —respondió Turner, que seguía riéndose, mientras se alejaba.

Probablemente estuviera borracho, aunque a veces se le agriaba el carácter sin ayuda del alcohol.

Mientras se preparaba para acostarse, Voss seguía estando furioso con aquel miserable individuo. Aunque había sido Judd quien había desatado su ira. Es por culpa de Turner, se dijo, pero sabía que era por Judd.

Y Turner, en la tienda que compartía con varios de sus compañeros, también lo sabía.

Algunos ya roncaban mientras Judd aún daba vueltas, con la cabeza apoyada en la silla de montar que hacía las veces de almohada.

—Escuche, Albert —dijo Turner—. Sé que está despierto, lo estoy oyendo.

Y rodó sobre sí mismo hasta que su cuerpo largo y delgado encontró el de su recio compañero. Tenía su cara alargada muy pegada a la de Judd.

—¿Recuerda aquella brújula que se perdió, o tal vez no, en Jildra y que luego encontró entre sus cosas?

A Judd no le hacía falta recordar nada, porque no lo había olvidado en absoluto.

—Cierto caballero prusiano la metió allí una noche de luna llena, ¿sabe? Aunque no se lo puede culpar de nada, porque siempre está la excusa de que es sonámbulo.

—No le creo —dijo Judd.

—Tampoco yo lo creía —continuó Turner—. El caballero estaba desnudo como la luz de la luna y era huesudo como nuestro Señor. Pero a mí no me engañó.

—¿Y por qué no ha dicho nada hasta ahora? —preguntó Judd.

—Por mi historial —respondió Turner—. Y se trataba de algo valioso.

—No le creo —dijo Judd—. Váyase a dormir.

Turner rio y se dio la vuelta.

Judd se quedó en aquella posición hasta que le dolieron los huesos, pero al final acabó durmiéndose.

Al poco todos dormían; o se despertaban, recordaban que pronto sería Navidad, y se sumían en un sueño aún más profundo.

Alrededor de medianoche, no obstante, los perros salvajes empezaron a aullar, despertando a los perros de la expedición, que se pusieron a ladrar en respuesta. La noche se había vuelto muy oscura, aunque a lo lejos se distinguía el intermitente resplandor amarillo de una tormenta. Un viento ligero rozaba la superficie de las cosas, arrastrando consigo los escandalosos gañidos de los perros del campamento, que cada vez estaban más inquietos.

Alarmado, Voss acabó por levantarse y tropezó varias veces en su búsqueda de los dos guías nativos, a los que localizó gracias a las ascuas del fuego en torno al que se habían acurrucado, como si fueran animales. Comprobó que tenían los ojos abiertos y que sus mentes trabajaban incansablemente. De haber podido salvar aquella distancia que lo separaba de ellos, se habría sentido más satisfecho.

Dugald, el viejo, se dio la vuelta y, antes de que Voss pudiera decir nada, susurró:

—Yo enfermo, enfermo. —Y se metió la mano bajo los restos de aquel ridículo frac para frotarse el vientre.

—¿Has oído algo, Dugald? ¿Son perros salvajes?

—No perros —dijo Dugald.

Y le explicó que aquellos sonidos los hacían los hombres negros que querían reírse de los hombres blancos.

Justo entonces cayeron unas enormes gotas de lluvia, un ruido sordo surgió de las entrañas de la tierra y la hierba empezó a enumerar sus quejas.

—¡El ganado! —exclamó Voss.

En efecto, aquel sonido se parecía al del ganado en movimiento, al del ganado asustado, y venía de la parte superior del valle, donde habían dejado pastando a las reses.

—Este sitio no bueno para hombres negros —gruñó Dugald.

Voss volvió a su tienda y cogió un arma. Luego llamó a los dos nativos.

—Dugald, Jackie, venid. Vamos a ver al ganado.

Pero los dos hombres estaban fascinados por el fuego. Apartaron la cara de la oscuridad y, restregando sus mejillas contra la tierra, se quedaron mirando aún más de cerca las brasas. La oscuridad es la morada del mal y, sabiamente, la evitaban.

Voss siguió subiendo por el valle lo que le pareció una distancia considerable, y solo encontró una humedad vasta y oscura. De repente, una vaca y un ternero aparecieron de la nada, resoplaron y se alejaron moviendo sus cuerpos pesadamente. Aparte de aquello, no había ni rastro del ganado.

—*Nutzlos* —dijo furioso, y disparó el arma una o dos veces en la dirección que debían de haber tomado las reses.

Cuando regresó, Le Mesurier y Palfreyman se habían levantado, alarmados por los disparos y la histeria de los perros.

—Es probable que los negros se hayan llevado al ganado —anunció Voss—. Ahora mismo no hay nada que podamos hacer.

Dugald y Jackie escucharon aquellas palabras desde su posición junto al fuego. La voz del hombre blanco parecía surgir de la tierra.

Así empezó la Navidad.

Por la mañana, descubrieron que más de la mitad del ganado había desaparecido. Dugald, que había recuperado su antigua gracia y una especie de triste iniciativa, dijo que Jackie cogería su caballo e iría a echar un vistazo —Jackie tenía buen ojo para el ganado robado—, y Voss aceptó la sugerencia como medida cautelar, si bien aquello no solucionaba su problema.

Los demás se alegraron secretamente de no tener que esforzarse demasiado, al menos de momento, en una mañana como aquella, radiante y gris como una paloma. Después de un desayuno ligero aunque satisfactorio, Harry Robarts cogió una bandera que habían llevado con ellos y la ató a una vara joven, para que ondeara orgullosa. Casi inmediatamente alguien empezó a balbucir unas palabras, y después todos se unieron para cantar *Dios salve a la reina*.

El alemán, que llevaba puesta su camisa carmesí, los observó con expresión divertida, aunque respetuosa, y permaneció muy erguido porque, si bien no aprobaba aquella actitud, su instinto le dictaba que aquello era lo que debía hacer. Después, el señor Palfreyman sacó su libro de oraciones y anunció su intención de proceder a leer el oficio de la Iglesia de Inglaterra. Entonces, Voss dijo:

—Es posible, Palfreyman, que no todos deseen adorar así a Dios. Tal vez sería preferible que cada hombre lo hiciera por separado, a su manera —concluyó, mirándolos.

Aquello no era del todo descabellado, y Palfreyman se vio obligado a censurar algunas de sus ideas.

Acto seguido, algunos sacaron sus libros de oraciones y trataron de no perder el hilo de lo que leían en aquel lugar en el que el jazmín silvestre sofocaba dulcemente el sentido del deber, truncando las devociones más fervientes. Turner, mientras tanto, pensaba que el ron era un medio bastante más eficaz que la oración para animar el espíritu. Judd se alejó.

—¡Amigo! —le gritó Turner—. ¿Qué van a decir de usted? ¡La iglesia no está por ahí!

—Tengo cosas que hacer —farfulló Judd—. Alguien tiene que ocuparse del cordero.

—Entonces iré a echarle una mano —le propuso Turner.

Pero el convicto trató de disuadirlo mientras se alejaba de allí mascullando y arrastrando los pies.

—No hace falta —dijo con aspereza—. Me gusta hacer las cosas a mi manera. Estará listo a mediodía.

Y aquellas palabras hicieron que Ralph Angus levantara la vista de su aburrido libro de oraciones y empezara a salivar pensando en el festín que iban a darse.

Judd no tardó en desaparecer entre la maleza bendita. Él, que era capaz de extraer la vida de cualquier cosa utilizando sus manos, siempre se apartaba de los auténticos iniciados cuando sacaban sus libros. Todas las partículas de conocimiento que poseía, todos aquellos pedazos brutos de vida que, por voluntad propia o a la fuerza, había tenido que digerir, quedaban reducidos a la materia más vergonzosa por culpa del profundo misterio de las palabras. Las palabras no estaban al servicio de la vida, sino que, más bien, la vida era esclava de las palabras. Y, así, la tinta negra de los libros de los demás se convertía en un ejército de hormigas victoriosas que le arrebataban a un hombre el respeto hacia sí mismo. Aquella mañana se dedicó a vagar entre los matorrales, hasta que las hojas y el silencio consiguieron apaciguar su espíritu.

Un rato después recuperó la alegría. Habría querido expresar su dicha, pero solo podía hacerlo dejando que las suaves hojas cayeran sobre su rostro barbudo, formando parte del silencio. Así ofreció su alabanza. Durante un breve lapso de tiempo, el alma volvió a su cuerpo, de donde los latigazos la habían sacado, y el hombre permaneció allí de pie, inspirado, observando la espesura.

Cuando Harry Robarts encontró a Judd, este último ya se estaba encargando del cuerpo del cordero. Apartaba las moscas soltando improperios.

—¡Puaj! —gritó asqueado el muchacho.

—¿Qué pasa, Harry? —dijo Judd—. No son más que gusanos.

—¿Y qué hay de nuestra cena?

—Estará lista y servida a su debido tiempo.

—¿También los gusanos?

—Los gusanos se mueren enseguida —replicó Judd, que en aquel preciso instante se estaba ocupando de eliminarlos.

—¡Qué asquerosidad! —gritó el muchacho.

En efecto, la carne ya presentaba un color bastante verdoso como consecuencia de aquel húmedo calor.

—Espera y verás —le pidió el convicto—. Te sorprenderá. Si no te comes el cordero, yo estoy dispuesto a comerme mi sombrero.

Pero aquello no consoló al muchacho.

—Tengo el estómago del revés —se quejó.

—No todo el mundo es tan melindroso —respondió Judd—. Aun así, Harry, me gustaría pedirte que no le menciones esto a los demás.

Otros incidentes evitaron que el muchacho rompiera su promesa.

A media mañana apareció un grupo de negros. Si bien al principio solo se dejaron ver tímidamente entre los troncos de los árboles, como si fueran pedazos de corteza flotante, después se dispersaron por los alrededores del campamento, adoptando apariencia humana.

—¿Ha visto alguna vez una raza tan repugnante? —preguntó Ralph Angus, cuya fuerza y belleza le impedían reconocer nada que fuera distinto a su espléndida imagen.

—Todavía no los comprendemos —dijo Le Mesurier, que con sus dudas y descubrimientos se estaba dirigiendo lentamente hacia la edad de la sabiduría.

—Me parece que es usted un morboso, Frank —se burló Angus.

Él abogaba por echar a patadas a la mezquina banda de ladrones de ganado.

Los negros los observaban. Algunos incluso ganaron en nobleza por el hecho de permanecer inmóviles y concentrados, y por la posición de sus delgadas extremidades. En sus rostros se adivinaba una especie de anhelo. Otros, sin embargo, y particularmente los viejos, parecían haber estado revolcándose en la tierra; tenían la piel polvorienta y grisácea de los lagartos. A algunas de las mujeres les habían quemado el cabello de la cabeza y ninguna tenía ni un solo pelo en todo el cuerpo, porque aquellas partes que deberían haber estado tapadas aparecían expuestas y completamente limpias de vello. Sin embargo, por algún perverso rasgo de la inocencia, aquello parecía enfatizar su modestia. Ya no tenían nada que ocultar.

Turner, naturalmente, fue presa de un ataque de risa incontrolable y gritó:

—¿Cuánto ofrece por las furcias, señor Le Mesurier?

Y, como Le Mesurier permanecía en silencio, añadió:

—¿O es que no le gustan?

Finalmente, cogió el mango de la sartén de hierro, que conservaba desde la noche anterior, y se la mostró a uno de los negros más imponentes.

—Tú vender esposa —exigió—. Yo comprar. Pero bonita. Que no haya sido chamuscada.

A aquellas alturas, todos sentían asco por Turner y por los negros que tanto lo habían inspirado.

Los propios negros se sentían ofendidos por algunos de sus gestos más explícitos. Algunos de los varones lo abuchearon, y el mango de la sartén acabó volando por los aires.

Al oír el altercado, las blasfemias que salían de la boca de Turner y el guirigay que estaban montado los nativos, el alemán salió de su tienda y se hizo cargo de la situación.

—Turner —dijo—, su comportamiento nunca está a la altura de mis expectativas. Por favor, no moleste a estas personas. Son mis invitados.

Alguien que había empezado a soltar una risita tonta se interrumpió, tal y como ocurría a menudo en presencia de Voss. Sus actitudes solemnes y forzadas acababan convirtiéndose en la opción más adecuada.

Se aproximó al negro que por instinto había rechazado la oferta de Turner y, extendiendo su mano, dijo con gran ceremonia:

—Aquí tiene mi mano en señal de amistad.

Al principio, el hombre negro se mostró reticente, pero después cogió la mano como si se tratara de algún objeto inanimado con el que negociar y le dio varias vueltas, examinando la piel, el patrón que formaban las venas y, en la palma, las líneas del destino. Era evidente que no sabía estimar su valor.

Todos y cada uno de los blancos observaban fascinados aquella extraña escena. Era como si las relaciones humanas se mantuvieran de pronto en un equilibrio precario, sujeto al examen constante de Voss y el negro.

Entonces, el nativo soltó la mano. Era demasiado, no podía acep- tarla. Aunque algunos de sus compañeros habían esperado algo así, Voss pareció decepcionado por la respuesta que había recibido su gesto.

—Parece que están en el estadio en el que solo aprecian las cosas materiales —dijo, levemente sorprendido.

Era él quien se había equivocado al esperar de su pueblo —porque así insistía en llamarlos— más de lo que eran capaces de dar y, reconociendo su error, ordenó al muchacho que trajera un saco de harina sin dilación.

—Por lo menos, señor —dijo Ralph Angus—, déjenos preguntarles por el ganado.

Dugald intercambió con los nativos unas pocas palabras ásperas, en privado. Después, el misterio lo envolvió todo en un concierto de silencio negro.

—No saber —dijo Dugald, con aquella voz enfermiza que adoptaba para comunicar sus fracasos.

Para entonces, el muchacho ya había arrastrado la harina hasta allí, y le pidieron a Dugald que les explicara sus virtudes a los nativos. Lo hizo sin recrearse demasiado, igual que la gente que confiesa a regañadientes la locura de algún familiar.

Los negros charlaban mientras hundían las manos en el saco y sonreían con las bocas enharinadas. Después se abalanzaron sobre el saco y, entre carcajadas, se marcharon del valle. Cuando todavía estaban a la vista, se produjo un altercado de naturaleza cómica y los expedicionarios observaron cómo multitud de manos tiraban del saco de harina. Una vieja cogía puñados y se los echaba por la cabeza. Se quedó parada un instante, envuelta en aquellos velos blancos, una novia anciana, y se puso a gritar porque le picaba la nariz. Todos se echaron a reír y corrieron bajo una lluvia de harina mientras arrastraban el saco vacío, hasta que, por fin, lo abandonaron hecho jirones.

Aquel abuso habría herido profundamente a Voss, el benefactor, si en ese momento no le hubiera llegado el aroma a cordero asado.

—¡La cena! —exclamó Harry Robarts, olvidando el aspecto que había tenido la comida durante su preparación.

Judd había colocado el cuerpo del animal sobre las brasas de una hoguera en una especie de trinchera poco profunda, y ahora el cordero dorado crujía a causa de los jugos y la grasa que exudaba. Emplearon el machete para cortar pedazos de carne humeante para todos, y por una vez no repelaron los huesos antes de lanzárselos a los perros. Muy pronto, todos estuvieron llenos, pero aun así se las apañaron para hacerle hueco al postre que Judd había improvisado con harina y grosellas; hasta aquellos pasteles duros estaban deliciosos en un día como aquel. Después, los hombres se tumbaron en la hierba y ensalzaron sus vidas pasadas: contaron historias que ninguno creyó, pero que todos escucharon con placer.

Hasta Voss bajó de las alturas para examinar el pasado con ojos benévolos.

—Recuerdo que en casa de mis padres había una estufa verde. Hecha de azulejos verdes, ya me entienden, y decorada con leones rampantes, aunque de niño me parecían más bien gatos escuálidos.

Todos escuchaban al alemán; agotados por la comida y apaciguados por el espíritu navideño, ya no exigían relatos con una estructura tradicional, sino que preferían recuerdos sueltos, como diapositivas proyectadas con una linterna mágica. A través de aquellas estampas, hasta los miembros más simples de la expedición podían entrar en el mundo de la ensoñación.

—En Nochebuena, todos nos sentábamos alrededor de aquella estufa verde: los parientes, algunos conocidos, algunas ancianas que vivían de la caridad y uno o dos aprendices de mi padre. Cantábamos villancicos. Siempre había un *Tannenbaum,* un abeto, que olía como huelen los abetos cuando los cortas. Entre todo aquel jolgorio, los dulces que pasaban de mano en mano y el vino caliente, se escuchaba el ruido de fuera. Era la nieve, que caía sin cesar sobre las calles desiertas, hasta que todos nos perdíamos en la Navidad.

El alemán hizo una pausa.

—Así que no era tan distinto de aquí —dijo—. Salvo por la nieve, *selbstverständlich.* Había nieve.

—Y salvo porque no nos hemos perdido —se sintió obligado a añadir Judd.

Algunos rieron y dijeron que no estaban tan seguros de ello. De ser así, en aquel momento, no les habría importado.

—¿Y qué solían comer, señor? —preguntó Harry Robarts.

—En Navidad, un ganso. Pero, en Nochebuena, siempre una carpa excelente.

—¿Qué es una carpa, señor?

Pero el alemán se encontraba demasiado lejos de allí para responderle.

Cuando cayó la noche, y con ella la temperatura, los hombres despertaron de su estupor de cordero y sueños y Voss le pidió a Judd que lo acompañara en la dirección que Jackie había tomado para buscar el ganado perdido. Poco después ya habían dejado atrás cualquier rastro de aquel apacible valle en el que habían

acampado, y entraron en una tierra muerta donde los caballos tropezaban constantemente, metían las patas en madrigueras o grutas ocultas y hundían las cuartillas en la tierra quebradiza.

En el transcurso de su odisea, el caballo que montaba Voss se sobresaltó a causa de una serpiente. Los sorprendió el hecho de que estuviera viva, pues todo en aquel paisaje parecía estar muerto. A causa de aquel salto inesperado, la rama de un árbol muerto le arañó la sien izquierda y la frente al alemán; nada serio, en realidad. No habría vuelto a pensar en el asunto si la sangre no hubiera empezado a metérsele en los ojos.

—Debería curarse eso, señor —dijo Judd, al darse cuenta de que su líder estaba limpiándose la sangre de la cara.

—No es nada —replicó Voss frunciendo el ceño, con lo que la sangre volvió a manar.

—Espere —dijo Judd.

Sorprendentemente, Voss obedeció. Ambos tiraron de las riendas y desmontaron. El convicto cogió un pañuelo que acababa de lavar en el río junto al que habían acampado y se dispuso a vendarle la cabeza al alemán.

¿Hago bien permitiéndoselo?, se preguntó este último.

Pero ya había accedido. Estaba inclinando la cabeza. Percibía el olor del pañuelo arrugado, aunque impoluto, que se había secado al sol, libremente, sobre la hierba hirsuta. Sentía la respiración del convicto muy cerca.

—¿Le aprieta, señor? —le preguntó Judd.

Aunque era un experto en servir a los demás, cuando lo hacía, con frecuencia se sentía tan deliciosamente frágil que sus hábiles manos se volvían torpes.

—Está bien así —dijo Voss.

El alemán sabía que ponerse en manos de otro es una de las tentaciones de la carne mortal y sintió un escalofrío.

—¿Se dice aquí que alguien está pisando tu tumba cuando sientes un escalofrío? —preguntó sonriendo.

—Algo parecido —respondió el convicto, que examinaba satisfecho su obra.

Cuando volvieron a montar y siguieron cabalgando, Voss se dio cuenta de que Laura le estaba sonriendo y se preguntó cuánto de sí mismo había entregado a la joven. La suya era una sonrisa extraordinariamente generosa y compasiva, y Voss contemplaba su placer sin reparos, extrayendo de él su propio placer. Ambos se deleitaban en el mismo resplandor, que en aquel momento había empezado a emanar de la tierra.

—Creo que será complicado seguir a partir de aquí, señor —lo interrumpió Judd, que se había adelantado un poco.

—Tengo plena confianza en que juntos lo lograremos —dijo el alemán.

Continuaron cabalgando y se sintieron agradecidos, tal vez debido al agradable silencio de la noche.

Poco después, en la orilla de un riachuelo seco, se encontraron con Jackie y siete cabezas de ganado, lo que quedaba del rebaño que habían perdido.

—¿Has buscado bien? —exclamó Voss en un estallido de cólera.

—Bien, sí —dijo Jackie, pensando que aquello era lo que quería oír el hombre blanco.

—Por la mañana podemos venir todos y dispersarnos —sugirió Judd—. Tal vez podamos atrapar unas cuantas reses más.

Se estaba haciendo tarde y ya no podían hacer mucho más, salvo colocarse detrás de las exasperantes grupas de las reses y volver al campamento.

Por la mañana, todos participaron en el plan del convicto, excepto Palfreyman, que estaba ocupado con los especímenes ornitológicos que había recogido en el valle. Se sentó a trabajar bajo un árbol, apartando las moscas de sus pájaros perfectamente plegados con una especie de palmeta hecha de hojas. El alemán se irritó al verlo.

—Tal vez sea mejor que se quede usted aquí, Palfreyman —dijo con fingida consideración—, para vigilar que no se acerquen merodeadores.

Pero seguía estando furioso con todos, especialmente con Gyp, la enorme perra mestiza, mitad terranova, que se había metido bajo las patas de su caballo y no dejaba de lloriquear.

Salvo por el hallazgo de los cuerpos destrozados de dos cabestros, la búsqueda del ganado perdido resultó infructuosa, y tras varios días decidieron levantar el campamento y continuar. Al parecer, solo Palfreyman se había beneficiado de su estancia en aquel agradable lugar, puesto que el descanso que les había proporcionado la Navidad se había disipado, Turner era víctima de unas fiebres y otros dos hombres habían sufrido picaduras de insectos. Palfreyman había tratado de ocultar su satisfacción ante Voss, pero no lo había logrado.

—¿Qué haremos cuando el lomo de la última mula se quiebre bajo los cadáveres de tantos pájaros? —

farfulló el alemán.

Palfreyman se tomó aquello como una broma.

Y siguieron adelante.

Cabalgaron eternamente sobre la tierra corcovada y odiosa; el sol la había abrasado hasta tal punto que la superficie gastada y desmenuzada se había vuelto extremadamente traicionera. Aquello solo podía ser la corteza desnuda de la Tierra. Algunas ovejas resolvieron tumbarse sobre ella y morir. Sus cuerpos no tenían mucho que ofrecer, aunque los negros asaban la piel y las vísceras para después engullirlas como si de exquisiteces se tratara. Los hombres blancos, que habían perdido el apetito, se limitaban a comer unas cuantas tiras apergaminadas de la pata, o repelaban por costumbre las chuletas avejentadas. Sus propios estómagos estaban cada vez más resecos. Bajo la luz blanca del amanecer, los caballos y las reses hocicaban la tierra en busca de hojas, alguna brizna de hierba o rocas con cavidades donde lamer el rocío. Los fantasmas de las cosas merodeaban por allí, y bajo aquella luz temprana los hombres y los animales recién llegados no hacían sino engrosar la vida fantasmal del lugar.

Pero es lo que nos esperábamos, se dijo el alemán.

Sus rasgos se habían vuelto más afilados y sus ojos, de aquel azul pálido y puro, se mostraban ahora más claros ante los hechos que confirmaban sus visiones.

En cierta ocasión, se encontraron con un grupo de nativos que marchaban alegremente por la tierra gris. Los negros se acercaron riéndose y mostrando sus dientes blancos. A diferencia de los nativos que se habían encontrado previamente, estos procedieron a saludar a Dugald y a Jackie e intercambiaron con ellos una serie de gestos corteses; después, la estrecha fila de hormigas se perdió en la vastedad. Las mujeres cargaban con redes y niños, pero los hombres no llevaban nada.

Después supieron gracias a Dugald que aquel grupo iba de camino a comer la fruta del bunya-bunya.

—¿Dónde? —preguntó Le Mesurier, a quien aquellos árboles sagrados le parecían la promesa del paraíso.

—Muy lejos. Camino hombres negros —respondió Dugald, entristeciéndose—. Muchos sueños dormir —añadió.

Así que aquellos hombres blancos continuaron hacia el oeste a través de lo que podría haber sido su sueño perpetuo, y el fruto del místico bunya-bunya se contrajo en sus bocas.

Varios días después llegaron a la cresta de unas colinas, donde los azotes de unas acacias autóctonas los despertaron de su ensueño. Las mulas se pusieron a corcovear. Las afiladas ramas arañaron y desgarraron las ubres de las cabras que habían parido y los ojos vidriosos de los animales más racionales de aquella partida vieron con perfecta claridad que estaban adentrándose en el caos. Sin embargo, en el extremo más alejado de la cresta divisaron un arroyo, o más bien una serie de pozas llenas de agua parda y espuma. La expedición se dirigió hacia ellas lo más rápido que pudo y nunca habrían conseguido salir de allí de no ser por la destreza que tenían en el manejo de los caballos y los improperios que salieron de sus bocas.

Ocurrió que dos de las mulas más obstinadas estaban empantanadas y, al parecer, el único modo de sacarlas era tirando entre todos y azotándolas en la grupa con una rama que habían arrancado de un árbol cercano.

Una se quedó atrapada en algo. Tenía el espolón lleno de sangre oscura mezclada con cieno, y cojeaba visiblemente.

Voss se acercó al animal con la decisión que nace de la aversión controlada y su enjuto cuerpo, que estaba poseído por la voluntad, voló por los aires y acabó boca arriba en el suelo; su rostro se encogió visiblemente.

Como la mayoría de los hombres parecían narcotizados por la escena, Palfreyman se apresuró a desmontar y corrió hasta el líder de la expedición.

—¿Qué ocurre, señor Voss?

—Me ha pateado en el estómago. ¡Maldito bicho! —consiguió decir el alemán, apretando los labios.

En aquel momento llegó Judd, que cargó con aquel hombre atormentado colina arriba y lo dejó a la sombra de unos arbustos; encima colocó un pedazo de lona, para proporcionarle mayor protección.

Como el alemán no dejaba de apretar y morderse los labios, incapaz de pronunciar ninguna palabra que no fuera en su propio idioma, Judd decidió hacer un alto y acampar allí durante varios días para tratar a los enfermos, puesto que Turner, además de la fiebre, ahora había contraído diarrea, a causa de la leche de una cabra, según decía; y, además, estaba la mula.

Judd organizó el campamento enseguida. Mandó subirse al siempre dispuesto Jackie a un tronco para que sacara la espuma del agua sirviéndose de un pequeño cazo. Dugald desenterró las raíces de algunos árboles, de las que obtuvo un poco de agua cristalina. Muy pronto todos se habían refrescado mínimamente.

Las únicas que no parecían estar satisfechas con su porción de espuma eran las bestias; gemían con las cabezas gachas, hocicando en busca del rocío celestial.

Una noche, cuando el dolor estaba empezando a remitir y la piel de su rostro ya no parecía tan cetrina, Voss mandó llamar a Judd para darle las gracias formalmente.

—Por su interés personal, señor Judd, y su amabilidad —dijo solemnemente el alemán, que todavía yacía en el suelo como un cadáver viviente, mirándolo con los ojos entornados.

—Cada uno hace lo que puede —dijo Judd, que prefería el flagelo del gato al del reconocimiento. Y añadió —: Siempre que haya agua.

Una tímida mueca de ternura se dibujó en su rostro.

En efecto, había tenido que hervir en una cazuela llena de agua parda los paños que empleaba para fomentar el vientre del alemán. Teñida de azafrán y púrpura por efecto de la pezuña de la mula, aquella parte de su anatomía debía de haber sido originariamente de color marfil, además de una zona muy privada, por lo que el convicto se había visto obligado a desviar la mirada constantemente hacia la neblina del exterior para no violar más de lo necesario el cuerpo sagrado de Voss.

El alemán, que en otras ocasiones se había sentido más expuesto con menos motivos, despreciaba toda enfermedad; despreciaba la fuerza física; incluso despreciaba, aunque en secreto, la compasión que emanaba de los cuidados de Judd. Sentía que su fuerza no disminuía porque se encontrara más débil físicamente. Pero ¿aumentaba la compasión el poder de Judd?

Voss no había dejado de observar al convicto mientras este le aplicaba los miserables paños calientes, y seguía haciéndolo ahora, aunque con los ojos entornados, mientras le daba las gracias por su ayuda.

—Y especialmente por estar dispuesto a asumir el mando.

Judd no se movió.

—No he asumido el mando, al menos no intencionadamente.

—Pero lo estoy elogiando precisamente por eso —respondió Voss, mirándolo fijamente.

—Conseguí reunir algunas mulas —confesó el convicto—. Y ordené a los hombres que se asegurasen de que la tienda estaba bien sujeta. Y maté un animal. Y envié a los negros a buscar agua. Porque soy un hombre práctico.

—Y hay que reunir a las mulas. Y a los hombres…, a los hombres hay que guiarlos, aunque ellos no quieran verlo.

Entonces el convicto protestó con vehemencia:

—A los hombres, no. Con los hombres es distinto.

El convicto temblaba como si se le estuvieran abriendo las carnes.

—Bien, Judd —dijo Voss con una carcajada—. Lo exonero de esa labor.

Pero, cuando el otro ya se había ido, siguió sospechando que aquel hombre ejercía un gran poder, aunque fuera dentro de los límites humanos. Porque la compasión, una virtud femenina, o incluso una gracia de origen sensual, era sin duda humana y coartaba la voluntad.

Y así el alemán despreció lo que más deseaba hacer: arrancarle la barba al tallo del lirio y magullar su boca hecha de carne.

—¡Ah! —exclamó, restregando la mejilla contra el cuero de la silla de montar.

Ya más tranquilo, se tumbó en la desértica ladera. Pensó en la mujer que iba a convertirse en su esposa. Todos los perversos deseos sexuales habían abandonado su cuerpo y los árboles deformes. A aquella hora, el cielo y los distantes campos estaban floreciendo. Permaneció tumbado, aspirando suavemente aquella unión de tierra y luz. Permaneció tumbado, pensando en la esposa de cuyas manos aceptaría la salvación, en caso de que su destino lo llevara a renunciar a la corona de fuego a cambio de la alianza de oro noble. Aquel era el interrogante perpetuo que lo subyugaba como el hierro.

Voss pudo levantarse unos pocos días después. Su voluntad caminaba erguida, si bien su cuerpo demacrado todavía no. Como los demás ya se habían repuesto de sus dolencias —salvo Turner, que seguía quejándose sin parar, y la mula, que todavía cojeaba—, el alemán llamó a Judd y a Palfreyman para informarles de su decisión de reemprender el viaje a la mañana siguiente. Fue un alivio poner fin a la inactividad de aquella ladera cubierta de maleza. La vida comienza de nuevo con cada nueva jornada, incluso en el desierto. Así que dedicaron la mañana y la tarde a organizar animadamente los preparativos.

Solo Dugald permanecía agazapado sin hacer nada junto al borde ceniciento de un pequeño fuego. El viejo nativo era más que nunca un hombre de cenizas y madera carbonizada; sus enclenques pantorrillas podrían haberse desmenuzado solo con rozarlas.

—¿Qué pasa, Dugald? —preguntó el alemán—. ¿No estás contento?

—Hombre negro viejo —dijo el anciano con su voz más anciana—. Este negro demasiado viejo.

Cómo tañían aquellas notas lastimeras su arpa de huesos.

—Este negro enfermo. Viejo enfermo. Querer volver a Jildra. Este no sitio para morir.

—No permitiré que mueras, Dugald —trató de consolarlo Voss.

—Usted permitir morir al señor Voss. No impedir morir Dugald —respondió el viejo negro mirando muy seriamente al hombre blanco.

—¿Qué quieres decir con *permitirme morir*?

—No ahora. No preparado. Cuando preparado, no impedir.

A Voss le pareció que aquella melancólica conversación que estaba teniendo lugar junto al fuego tenía su lado divertido.

—Viejo demonio —dijo riéndose—, nos enterrarás a todos.

Entonces el viejo también se echó a reír.

—No aquí —respondió—. Jildra sitio bueno. Por favor —dijo rápidamente, en voz baja—. Yo marchar Jildra.

Pero el alemán descartó aquella posibilidad con un gesto de la mano y prosiguió su camino.

El viejo continuó alimentando lo que en realidad era una enfermedad de premonición y miedo. En cuclillas, se sujetaba la cabeza cenicienta entre las manos, sin abandonar su lugar junto al fuego. Lo atormentaban los espíritus hostiles de lugares extraños.

Más tarde, en el campamento que ya habían empezado a desmantelar en previsión de la marcha del día siguiente, Voss se sintió invadido por la melancolía del viejo y empezó a mirar las cacerolas ennegrecidas, el equipo de cuero que el sudor había curtido y aquellos presuntuosos cuadernos en los que garabateaba los detalles factuales de su viaje. Entonces, sintió las palmas de las manos extraordinariamente indefensas. El cielo blanquecino, pues otra vez se estaba haciendo de noche, estaba lleno de capullos vacíos de nubes, en apariencia frágiles y efímeros, pero a los que habría deseado subir de haber sido capaz. Como no podía, siguió caminando por el campamento. A su paso, los hombres levantaban la vista de aquello con lo que anduvieran ocupados, buscando su rostro con los ojos de los niños que todavía no han aprendido a desconfiar de las apariencias.

Voss, que además estaba exhausto por la dolencia de la que todavía no se había repuesto del todo, fue a sentarse junto al fuego.

—¡Dugald! —gritó cuando hubo tomado la decisión. Y cogió papel y pluma.

La brisa levantaba el papel rígido y lo sacudía levemente contra la rodilla del alemán como si se tratara de la corteza de un árbol o de una ramita, pero, si él no lo hubiera impedido, habría acabado martirizándola con su revoloteo, pues semejante constancia blanca les resulta insoportable a las bocas del polvo.

El viejo nativo se acercó.

—Dugald —dijo Voss, que a aquellas alturas estaba algo febril, o sencillamente irritado—, *hör' wohl zu.* Mañana por la mañana saldrás para Jildra. *Verstanden?* Te llevarás el caballo del señor Turner. Pobre caballo, viejo, mejor en Jildra.

—Sí —dijo Dugald con una sonrisa—. Hombre viejo también mejor Jildra.

—Exacto —dijo el alemán—. *Warte nur.* Dar caballo de Dugald al señor Turner.

—Sí —murmuró el viejo, que ya estaba preparándose para sobrellevar con paciencia lo que tendría que soportar.

—Yo escribir papel, dar carta a Dugald —le explicó Voss.

Cómo golpeteaba aquella carta no escrita contra sus rodillas.

—Dugald llevar carta al señor Boyle.

Sus palabras eran balas de plomo.

—¿Entiendes?

—Sí —dijo el viejo.

La oscuridad suspiró.

Cuando volvió a quedarse solo, el alemán estiró la hoja de papel, sobre la que convergía toda la oscuridad, la colocó sobre la cubierta de un cuaderno y se dispuso a escribir. Le temblaban las rodillas, pero, por supuesto, había estado indispuesto. La luz del fuego parpadeaba. Ya hacía mucho tiempo que Dugald se había marchado, pero Voss todavía dudaba sobre cómo encabezar su carta. De haberse encontrado en plena forma, se habría limitado a consultar su diario y a anotar su última posición estimada. Sin embargo, en aquel momento no era dueño de sí mismo. Estaba sentado en medio de la nada. Una nada que, naturalmente, era de una naturaleza demasiado fantástica, demasiado expresiva de su vacío, de su propia nada. Aun así, de la nada, por fin comenzó, esforzándose por sonreír ante la perspectiva de escribir determinadas palabras que se correspondían con sentimientos que todavía le resultaban ajenos.

Voss escribió:

Mi querida Laura:

Al dirigirse a ella de un modo tan íntimo, como si la conociera, volvió a dudar. Conocía aquella parte de sí mismo, la más débil, de la que había nacido la necesidad de aquella mujer. Con ella había mantenido varias conversaciones frías y una discusión acalorada. Además de eso, se habían encontrado en algunos destellos de intuición, y en sueños. Tanto si aquella información, inquietante y personal en algunos aspectos, justificaba su actitud como si no, rozó suavemente la *L* con su pluma y continuó:

Tu carta me ha traído una enorme felicidad. No diré que la única, puesto que ya he empezado a hacer realidad mi también enorme, y muy esperada, ambición. Recibir por fin todas estas recompensas a veces hace que me sienta confuso; ¡para que veas que me has inspirado algo de esa humildad que tanto admiras y que tanto deseas que yo adquiera! Si bien soy incapaz de admirar esa cualidad en los demás hombres, y en mí mismo solo puedo considerarla una debilidad, por ti la acepto gustoso.

Podría responder a las numerosas críticas de tu carta, pero, considerando las circunstancias en las que me encuentro, no lo haré, porque esos argumentos me parecen más bien asuntos para hablar en torno a la mesita del té, y aquí no tengo ninguna tras la que parapetarme para defender mi postura. De hecho, casi hemos sido absorbidos por lo infinito. En consecuencia, pasaré directamente a esos sentimientos que, según afirmas, subyacen a tus argumentos, y que me han acompañado durante todas estas semanas y han sido la causa de tanta felicidad. El hecho de que nos amemos, Laura, parece por fin adecuado e inevitable mientras escribo aquí sentado, en esta tierra inmensa. Ninguna *casa* corriente podría albergar mis sentimientos, salvo esta en la que los mayores anhelos pueden crecer sin restricciones, en libertad.

¿Estoy dando demasiadas cosas por sentado, mi queridísima esposa? Quizá haya pasado por alto algunas pretensiones, considerando el modo en que vivo y sueño, pero no dudo de que, incluso en la quietud de tu habitación, compartes conmigo la vida y los sueños de este esplendor tan trascendental. Así, cabalgamos juntos a través de las planicies, nos sentamos juntos en la oscuridad de la noche, yo acerco mi mano y toco tu mejilla (no por primera vez). Ya ves que la separación nos ha acercado mucho, mucho más. ¿Podemos por fin conversar el uno con el otro, expresando ideas que no pueden expresarse con simples palabras?

Mañana enviaré esta vergonzosa carta con un viejo nativo a Jildra, al señor Boyle, junto con toda la información necesaria sobre el progreso de la expedición para tu tío, y la petición formal de la mano de su sobrina. Yo lo pospondría, Laura, para disfrutar de esta privacidad un poco más. Nos arrebatarán nuestro precioso secreto demasiado pronto. ¿Estoy loco? Será por el oro que he encontrado en estas rocas, en estos lugares desiertos. O tal vez esté delirando, porque has de saber que una mula me coceó en el estómago hace unos días y he sido víctima de un dolor atroz.

No temas: he recibido los mejores cuidados. Mi ángel de la guarda (uno bastante peludo) ha sido el señor Judd, un expresidiario vecino del señor Sanderson, del que, si no recuerdo mal, se habló en casa de tu tío. Judd es lo que la gente llama *un buen hombre*. No es un santo profesional, como el señor Palfreyman. Está empezando, probando siempre su dudosa fuerza, si no en un sentido, en otro. Es tentador amar a un hombre así, pero no puedo erradicarme por completo, ni siquiera aunque ese sea tu deseo, mi querida Laura. Me reservo para otras luchas, para enfrentarme a las rocas, para sangrar si es necesario, para ascender. Sí, no pretendo quedarme a las puertas del Trono por el placer de arrastrarme sobre mis rodillas laceradas en compañía de Judd y de Palfreyman. En cuanto a ti, ¡descuida! A riesgo de incurrir en tu desaprobación, te elevaré hasta mi posición, que es mucho más racional.

Aquí todos tenemos nuestras visiones. Frank Le Mesurier ha experimentado algo importante que me está ocultando. Por otro lado, Harry Robarts se siente en la obligación de contarlo absolutamente todo, y a veces tengo la impresión de que, cuanto más nos alejamos, más simple se vuelve. Su simpleza es tal que podría alcanzar ese plano en el que los mayores misterios son revelados. O también volverse imbécil.

Si no te he descrito cada árbol, cada pájaro, cada nativo con el que nos hemos cruzado, es porque todos esos detalles ya los he plasmado para aquellos que no ven más allá de los hechos. Para ti, nuestro otro viaje, que ahora estás condenada a compartir conmigo hasta su final más glorioso, o más amargo.

Te envío mis mejores deseos y ahora también me aventuro a enviarte mi amor, ya que la distancia nos ha unido tan estrechamente. Este es el auténtico matrimonio, ahora lo sé. Hemos luchado contra el cartílago y los huesos antes de atrevernos a aceptar la carne.

Tuyo,

JOHANN ULRICH VOSS

Por la mañana, cuando la ya exigua comitiva enfiló hacia el oeste, Dugald cogió el viejo caballo que le habían asignado; tenía los cascos desgastados, además de llagas, producto de las cinchas y la silla. El nativo seguía de pie junto al estribo con aspecto cauteloso cuando la última de las ovejas y una res pesada y temblorosa pasaron lentamente a su lado. Los hombres habían gritado el nombre del viejo: algunos, por educación; otros, por afecto; uno, incluso, burlonamente. Todo había desaparecido; todo, salvo el polvo y Voss.

—Adiós, Dugald —dijo el alemán desde su caballo, inclinándose y ofreciéndole la mano.

Entonces, el viejo, que no tenía experiencia en aquel tipo de gestos, cogió la mano de Voss entre las suyas y la soltó enseguida, confundido por la diferencia entre sus pieles, al tiempo que reía de felicidad. Tenía la cara llena de arrugas grisáceas en forma de pequeñas lunas.

—Ve directamente a Jildra —dijo el alemán amablemente.

—Sí, Jildra —dijo el viejo riéndose.

—No seas holgazán ni pierdas el tiempo.

Pero el viejo solo podía reírse, porque el tiempo no existía.

El alemán estaba deseoso de salir de allí.

—Dale esas cartas al señor Boyle. ¿Entiendes?

—Sí. —Dugald seguía riéndose.

—¿Cartas seguras? —preguntó el hombre con impaciencia.

—Seguras, seguras —repitió el espantapájaros, guardándolas en uno de los bolsillos de su frac. Allí parecían muy blancas.

—¡Bien! —exclamó el autor de las mismas—, *was stehst du noch da? Los!*

El negro montó e hizo avanzar a traspiés al escuálido animal, espoleándolo con los pies desnudos.

Entonces, Voss dio media vuelta y cabalgó en dirección al resto. A aquella hora siempre era un hombre delgado que hacía vanos juegos de malabares con sus esperanzas. Aquellas enormes mañanas vacías eran terribles hasta que el balón del sol era lanzado hacia el cielo.

Dugald siguió cabalgando. Pasó varios días al trote a lomos del viejo caballo, que suspiraba con frecuencia y ya no meneaba la cola para espantar las moscas.

El viejo, que por fin estaba contento, cantaba mientras cabalgaba:

El agua es buena,
el agua es buena…

Esta verdad se filtraba intermitentemente a través de la tierra resplandeciente. A veces, el viejo desmontaba de un salto junto a los tocones de determinados árboles y cavaba hasta que encontraba las raíces, las rompía y chupaba el agua que contenían. A veces cortaba secciones de aquellos preciosos conductos y depositaba el rocío en el hueco de la mano, para que el viejo caballo lo sorbiera. Le encantaba cuando, al acercarse, los pelos del hocico le hacían cosquillas en la piel callosa.

El viejo mataba y comía varanos. También se comió una rata pequeña de color pardo. Puesto que había alcanzado una edad en la que le estaba permitido comer casi de todo, era una lástima que hubiera tan pocas cosas a su alcance.

Pasó muchas penurias, y a menudo temblaba por las noches y se acurrucaba junto al fuego protector.

Cuando una tarde el caballo se tumbó y murió en el lecho de un arroyo seco, el negro no se preocupó demasiado. En todo caso, tenía menos responsabilidades. Antes de abandonar al caballo muerto, le cortó la lengua y se la comió. Después, arrancó uno de los estribos de cuero de la silla y siguió su camino meciéndola, de tal modo que el hierro del extremo dibujaba unos arcos enormes y preciosos en el cielo.

A medida que el adormecimiento de las semanas anteriores fue remitiendo, las venas del viejo y malogrado nativo fueron llenándose poco a poco de una vida maravillosa, y tiempo después llegó a una tierra de hierba fresca y agua, donde había un lago en el que las mujeres negras se zambullían en busca de raíces de lirios acuáticos. Como había entrado en un estado de ensoñación, le pareció natural que aquellas mujeres pertenecieran a su tribu, y que se rieran y charlaran con él mientras estaba en cuclillas al borde del agua, contemplando cómo sus cabellos se enredaban con los tallos de las flores y sus pechos negros empujaban las corolas blancas. Y tampoco le pareció extraño que los jóvenes y fuertes cazadores de la tribu, que surgieron de pronto de entre los árboles pelados haciendo resonar sus lanzas y sus *nullas,*[6] le mostraran su desprecio hasta

que se dieron cuenta de que era un hombre lleno de la sabiduría y la dignidad que otorgan los viajes largos e importantes. Entonces, lo escucharon.

Lo único que le restaba dignidad era su frac, que a aquellas alturas no era más que un montón de jirones. De hecho, el cazador más alto le arrancó ceremoniosamente uno de los jirones, seguido de un bolsillo.

Al recordar las cartas del hombre blanco, Dugald recuperó el bolsillo y las sacó. Su chaqueta se desmenuzó, y él se quedó ataviado únicamente con sus arrugas y el pedazo de tela de corteza. Si la chaqueta ya no era esencial, ¿lo era aún la conciencia que lo había guiado en los días de los blancos? Una joven con la dentadura reluciente se le había acercado y estaba probando un pedazo de la cera del lacre. Chilló y la escupió.

Con gran dignidad y cierta tristeza, Dugald rompió los lacres que quedaban y agitó los papeles hasta que la caligrafía negra quedó a la vista. Algunos se decepcionaron cuando vieron los dibujos de las raíces de los helechos. Un guerrero atravesó el papel con su lanza. Todos se estaban impacientando y enfadando, a la espera de que el viejo les contara algo.

El viajero, inspirado, les explicó que aquellos papeles contenían los pensamientos de los que los blancos deseaban deshacerse: los pensamientos tristes, los malos, los pensamientos que pesaban demasiado o les hacían daño. Todos salían a través del palo de escribir del hombre blanco, pasaban al papel y luego se enviaban lejos.

Lejos, lejos, empezó a gritar la multitud en tono amenazante.

El viejo dobló los papeles. Con la solemnidad del que ha resuelto un misterio, los hizo pedazos. ¡Cómo revoloteaban!

Las mujeres gritaban y escapaban de los pensamientos malos del hombre blanco.

Algunos de los hombres se reían.

Solo Dugald estaba triste e inmóvil, mientras los pedazos de papel revoloteaban a su alrededor y caían sobre la hierba como un ejército de cacatúas.

Entonces, los hombres cogieron sus armas y las mujeres sus redes, sus capazos y a los niños, y todos marcharon en dirección al norte, donde en aquella época del año había muchos animales y una buena provisión de ñames. El viejo se marchó con ellos, por supuesto, porque eran su pueblo e iban en aquella dirección. Se alejaron caminando sobre la hierba fresca, y el presente los absorbió por completo.

---

[4]. «Juntos, en total», en alemán en el original.

[5]. En alemán en el original: «Un alma desnuda empezó a cabalgar / hacia la inmensidad azul. / Su chaqueta salió volando. / Su caballo blanco trató / de dejar atrás las nubes. / Pero la elegante chaqueta cayó en desgracia / y flotó hecha jirones / por el cielo».

[6]. Palo de madera que utilizan los aborígenes australianos.

9

A la señora Bonner le había salido una erupción que ella atribuía a aquel verano particularmente húmedo, a la escasez de verduras que había en Sídney (aunque en su mesa no faltaban) o, a veces —nunca en voz alta, no fuera a ser que algún miembro de su familia se riera de ella—, a la situación insostenible en la que se encontraba por culpa del embarazo de su criada, Rose Portion. Porque Rose seguía con ellos, cada día más gorda, cada día más indigna. La señora Bonner se refería al estado de su criada como «la enfermedad de Rose». Era tan intolerable como la impotencia que sentía.

—Pensaba —le dijo la señora Bonner a su amiga, la señora Pringle— que había una institución, la de la señora Lauderdale, para mujeres perdidas, pero haciendo averiguaciones he descubierto que no es para mujeres que exhiben, digamos, la prueba material de su deshonra.

La señora Bonner se tocó suavemente el labio con un dedo.

—La verdad es que no sé qué aconsejarte —dijo con un suspiro la señora Pringle, que estaba legítimamente embarazada y no sentía el más mínimo interés en la deshonra de una convicta.

—En una familia normal —se quejó la señora Bonner—, la responsabilidad de un asunto de esta naturaleza no recaería en una sola persona.

—¡Ay, pero, señora Bonner, ninguna familia es *normal*! —exclamó la señora Pringle.

—¿No?

Aquello no la consoló en absoluto.

—Los niños son como animalillos que empiezan a pensar pensando en sí mismos. Un spaniel da más alegrías.

La señora Bonner abrió los ojos como platos.

—Aunque no seré yo quien niegue que los niños son monísimos —concedió la señora Pringle, que tenía muchos.

—Nadie puede esperar que un chiquillo ofrezca consejos maduros y meditados —prosiguió la señora Bonner—, pero un esposo sí debería hacerlo.

—Sí —convino la señora Pringle—, pero un esposo piensa de otra forma. Entre nosotras, señora Bonner, creo que esas máquinas de las que tanto se habla en Inglaterra nunca se habrían inventado si los hombres no las *aprobaran,* por así decirlo, *en gran medida.* Creo que muchos hombres, incluso los más respetables, son *en sí mismos máquinas.*

—¿Habla usted en serio, señora Pringle? —exclamó la señora Bonner—. Nunca habría sospechado algo así del señor Bonner; aunque no piensa como yo ni me sirve de ninguna ayuda, la verdad.

La señora Bonner volvía a sentirse desdichada.

—Soy yo quien tiene que cargar con la cruz de Rose.

Ah, Rose, Rose, todo el día igual, suspiró la señora Pringle. La señora Bonner se estaba poniendo muy pesada.

—Deberíamos pensar en algo que nos levante el ánimo —dijo su amable amiga, con la esperanza de dar el tema por zanjado.

La señora Bonner, que era una mujer como Dios manda, habría puesto de patitas en la calle a su criada y no habría pensado más en ella si su familia le hubiera dado carta blanca. Dadas las circunstancias, no se atrevía, y la cuestión del futuro de Rose seguía angustiando su mente atormentada.

Una tarde en pleno verano, en la que el *brickfielder* soplaba y el aire marrón azotaba endemoniadamente los odiosos árboles autóctonos, la señora Bonner se puso completamente histérica. Dejándose caer pesadamente

en el rígido sillón del salón en el que solía acomodar a las visitas para escuchar música, comenzó a sollozar entre rachas de agua de colonia.

—Pero ¿qué es lo que ocurre, tía Emmy? —le preguntó su sobrina, que había entrado en la sala como un torbellino.

Aquella tarde estaban solas, a excepción de la voluminosa Rose, dado que Belle había ido a la biblioteca, el señor Bonner todavía no había vuelto del negocio de George Street y Cassie y Edith se habían embarcado, con muy poco juicio, en un pícnic con unos conocidos, cuando el temporal ya amenazaba con desatarse.

—¿Qué ocurre? —preguntó Laura, golpeteando suavemente el dorso de las manos de su tía.

—No lo sé —respondió la señora Bonner.

Y es que era todo.

—No es nada —dijo con un nudo en la garganta—. Es el polvo. Son esos horribles árboles, ojalá pudiera mandar que los talaran.

La señora Bonner sintió que el resentimiento crecía en su interior.

—Es por esa Rose —exclamó mientras los marcos de las ventanas repiqueteaban con el fuerte rugido del viento—. Por su culpa estamos sufriendo todos. Y no poder recibir, en nuestra propia casa, a nadie salvo a las amistades más íntimas… Por culpa de Rose. Y Belle… ¡Qué vergüenza, tener que ver a Rose constantemente! Por no hablar de la ayudante de cocina, que si siguiera su ejemplo podría arruinarse la vida.

—Ten, tía —dijo Laura Trevelyan, ofreciéndole su bote de sales verde—. Así que se trata de *Rose* —añadió.

—No negaré que estoy consternada. —La señora Bonner seguía sollozando, pero de sus ojos ya no escapaba lágrima alguna.

La joven se había sentado y, después de conciliar la seda de su vestido con aquella sillita tan extraña, anunció con un aplomo que parecía ensayado:

—Tía, creo que tengo un plan.

La señora Bonner aspiró con tanta fuerza que las sales le obstruyeron los orificios nasales.

—Ay, mi querida Laura —dijo casi en un susurro—. Sabía que podía contar contigo. —Y tosió—. Creo que has tenido un plan desde el principio y que, por algún motivo que no comprendo, no has querido contármelo.

La joven parecía muy seria, aunque serena, envuelta en su ola de seda gris, que no dejaba de alisar y acariciar.

No comprendo a Laura, recordó la señora Bonner, no sin cierta aprensión.

—¿Cuál es tu plan? —preguntó.

La joven se estaba tomando su tiempo. Había concebido una idea que muy pronto vería la luz. No iba a dejar que el comportamiento precipitado de los demás la perjudicara. Tenía que protegerse.

Así que bajó los párpados de sus dulces ojos, que estaban muy atentos. Al mismo tiempo, su expresión ensimismada le permitió esbozar una sonrisa de enorme ternura. La tía Emmy tuvo que reconocerlo: el rostro de Laura se ha ablandado.

Laura dijo:

—Es un plan, pero no es un plan. Al menos, es el principio de uno, y podrá desarrollarse si las circunstancias lo permiten.

—¡Oh! —dijo la señora Bonner, que había esperado que Laura le ofreciera una caja bien grande en la que guardar todas sus preocupaciones—. No se tratará de un plan *secreto,* espero.

—Es tan sencillo que me temo que ni siquiera lo consideres un plan…

—Cuéntamelo —suplicó la señora Bonner.

—No puedo contártelo entero, solo el principio, porque todavía no conozco el final. Pero, para empezar, te diré que he bajado a Rose del desván y la he instalado en la habitación de los huéspedes.

—¡Esa es la mejor habitación! —protestó la señora Bonner.

—Se quedará allí con total discreción. Yo le llevaré las comidas en una bandeja. Según los cálculos de Rose, es cuestión de unos pocos días. He hablado con una matrona que tiene buena reputación; una que vive en un *cottage* en Woolloomooloo y que se apellida, esto seguro que te gusta, *Benjamin.*

—¡En la mejor habitación! —gritó la señora Bonner.

—¿Qué es todo este alboroto? —preguntó el comerciante, que acababa de entrar.

—Esa horrible mujer —exclamó su esposa— va a tener a su… ¡Laura ha instalado a Rose Portion en la mejor habitación! ¡Sin consultármelo!

El señor Bonner, que odiaba los altercados, se puso terriblemente nervioso. Escuchó el frufrú de los vestidos y comprobó con horror que los cutis lo señalaban como el culpable: aquellas mujeres querían acabar con él.

—Laura —empezó a decir mientras se agenciaba un arma, aunque no fuera letal—, no puedo creer que hayas sido tan poco reflexiva y desconsiderada.

Como la mayoría de la gente, el señor Bonner era de la opinión de que él era el único que tenía en consideración a los demás.

—Al contrario, he pensado mucho en ello —replicó la desdichada joven—, y me he imaginado a mí misma teniendo a mi hijo en un desván, o aún peor, en la calle.

—¿A tu *hijo*? —preguntó su tío con un hilo de voz.

—Laura tiene mucha imaginación. Eso es todo, señor Bonner —explicó la tía—. ¡Ay, Dios mío, Dios mío!

La joven se endureció bajo su susurrante vestido de seda gris tórtola.

—Señor, dame paciencia —dijo—. Parece que, si la verdad no es aceptable, entonces no es más que el producto de la *imaginación* de los demás.

—¡Hablarnos así a nosotros, que te hemos criado como a una hija! —exclamó la tía Emmy.

—Es evidente que prefiere olvidar ese detalle —añadió el tío, sin imponer tanto respeto como habría querido; últimamente, a menudo comprobaba que no era más que el último mono.

—Cuando uno es infeliz, tiende a olvidarlo todo —admitió Laura—. Las amenazas y las injusticias acaban eclipsando las comodidades.

Al otro lado de los postigos, los árboles se balanceaban hacia uno y otro lado, y el mundo de color marrón jadeaba. Incluso en aquella agradable habitación, a pesar de las protestas de las crines y la hierba de las pampas, el polvo se depositaba en los reflejos y en el punto de tafetán, o corría con el sudor, o las lágrimas, por los rostros de las damas.

El aire se había vuelto irrespirable, y la tía Emmy estaba llorando otra vez.

—No comprendo —protestó— qué necesidad hay de estar triste cuando una no tiene motivos.

—Pero ¡si nosotros no tenemos por qué estar tristes, tía Emmy! —exclamó Laura.

A veces era muy rápida, y entonces sus ojos brillaban de emoción.

—¿No comprendes la importancia de esta vida que va a llegar a nuestra casa? No importa su origen. Es una vida. Es mi vida, tu vida, la vida de cualquiera. Es vida. Y por eso me hace tan feliz. Y también me asusta. Me asusta que algo pueda destruir esta *prueba* de que la vida existe. Alguna negligencia por nuestra parte. Pobre Rose, su hijo no la preocupa lo más mínimo, al menos por ahora. Ya la preocupará. Y, mientras tanto, debo proteger a ese bebé de todos los demás. Protegerlo hasta que pueda hablar por sí mismo. Tía querida, espera y podrás escucharlo.

La señora Bonner suspiró.

—No puedo ir en contra de lo que me dicta la razón, Laura. Los niños, por supuesto, son preciosos, pero…

La señora Bonner ya se había negado a visualizar a aquel bebé, a aspirar el aroma de las toallitas templadas.

—Entonces, apelo a ti, tío —dijo Laura, con crueldad.

Durante la discusión, había cerrado la mano en un puño de marfil, pero ahora estaba volviendo a ablandarse. Su tío observó que tenía un aura cerúlea que por la noche no habría desentonado en el jardín, entre todas aquellas camelias que había plantado cuando era joven.

—A ti, tío —estaba diciendo Laura.

—¿A mí? —exclamó el señor Bonner; y añadió—: Desde luego, estoy absolutamente de acuerdo con tu tía. Aunque debo confesar, Laura, que tu argumento, al menos, digamos, en lo que respecta a su principio más básico, es defendible. Tu humanidad es encomiable. Es la alegoría que lo envuelve lo que me turba. Ya sabes que soy un hombre sencillo.

—Entonces, ¡por Dios!, dejemos a un lado la alegoría —se apresuró a decir Laura—. Centrémonos en lo fundamental. Démosle a este pobre niño la bienvenida al mundo con amor. ¿Acaso no basta con ese argumento? Yo lo amaré, si es necesario. Como si hubiera sido mío. Dejadme amarlo, dejadme amarlo.

—Estás muy alterada, Laura —dijo el señor Bonner.

Su esposa sonrió amargamente.

—Estoy alterada, sí —convino Laura—. Tengo grandes esperanzas.

—No veo —empezó a decir el señor Bonner, que enseguida se aburría con todo y que en aquel momento, de hecho, pensaba en el vaso de ron con agua que solía tomar todas las noches—, no veo qué podemos hacer por esa infeliz descarriada aparte de permitirle dar a luz bajo nuestro techo, a menos que incumplamos los preceptos que nos enseña nuestra fe. Como ya es demasiado tarde para llevar a cabo un arreglo que combine lo práctico con lo humano, solo podemos esperar que el Ser Supremo nos saque a tiempo de este apuro. No dudo que encontraremos a alguna mujer honrada dispuesta a adoptar a este niño, especialmente si va acompañado de una pequeña retribución. Más difícil será deshacerse de la infeliz de su madre, aunque estoy seguro de que en ese asunto nuestro Señor también nos guiará para que hagamos lo correcto.

Laura Trevelyan bajó los ojos.

—No sé qué decir —admitió la señora Bonner, sin saber si sentirse ofendida por la defección de su marido o escarmentada por su magnanimidad.

La pobre mujer estaba destrozada por las sales y agotada por las emociones. Sus ricitos, que ella seguía llevando aunque ya no estuvieran de moda y que la lluvia y la brisa marina solían mantener crespos, habían perdido su forma y le colgaban sobre la frente como colas de ratones muertos.

—Estoy muy confusa —dijo.

—Querida tía Emmy —la consoló la joven—, en cuanto te recuperes verás las cosas con mayor claridad. —Mientras su tía seguía desplomada en el sillón, con el bote de las sales en el regazo, la sobrina añadió—: Por favor, vuelve a colocarle el tapón; de lo contrario, las sales perderán su eficacia.

Y Laura Trevelyan salió de la habitación dejando allí a aquellos parientes, que a partir de aquel momento volvieron a ser sus padres. Unos padres a los que amaba profundamente.

En su estado, se sentía capaz de amar a todos los hombres, igual que amaría al bebé que estaba a punto de nacer. Caminó a través de la casa protegiendo su triunfo con aquel sensual vestido de seda gris. De seda cantarina. Tenía el corazón henchido. Sentada en la misma habitación que su voluminosa y abúlica criada, la joven se sentía optimista. Estaba cortando franela para hacerle unos vestidos al niño que iban a tener. Las tijeras de acero volaban y la aguja cosía lazos y cintas a pequeños retales de conversación trivial. La criada escuchaba sin muchas ganas. Ahora que el momento estaba cerca se sentía más pesada, y es probable que se hubiera hundido como el plomo de no haber sido por la confianza que depositaba en su señora.

—Rose, el viento se ha calmado; salgamos a dar un paseo por el jardín —decidió la joven.

Y la criada, confiada, la siguió.

Paseaban por el jardín, al anochecer, por senderos misteriosos e intrincados que la señora escogía. En las zonas más silvestres y abandonadas del jardín, las faldas de las dos mujeres se enganchaban en las cortezas y en las ramitas que se habían caído. De cuando en cuando, Laura Trevelyan arrancaba tiras de corteza de los árboles autóctonos e intentaba desenrollarlas antes de que se rompieran, o, si no, arrancaba las hojas, para después aplastarlas y aspirar su aroma en la palma de su mano, que a su vez olía a hormigas.

En aquel jardín misterioso, cautivada por sus penetrantes fragancias, era donde más cerca se sentía del niño que todavía no había nacido, y del amor de su esposo. La oscuridad y las hojas proyectaban las formas más íntimas, los pensamientos más secretos. Escribirá pronto, se decía. Como si las palabras fueran necesarias. Mucho antes de que la pluma tocara el papel, y de que el papel descansara sobre la hierba en su metamorfosis final, Laura ya había alcanzado un estado de confianza tácita. En el jardín, a última hora de la tarde, sus cuerpos confiados resplandecían juntos para después cambiar de forma, conforme la luz era absorbida hasta desaparecer. O se sentaban, y parecían dos mujeres sencillas que se miraban la una a la otra mientras una trataba de recordar los ojos de su marido. Ojalá hubiera podido mirar más, mirar mejor, mirar lo suficiente.

En una ocasión había notado cómo, dentro de ella, el bebé le daba una patada, y se mordió el labio ante aquella certeza, ante la forma que su amor había adoptado.

—¡Ay! Hace frío —se quejó Rose Portion—. Hace frío.

Asustada, quiso arrastrar a su señora de vuelta a la casa.

—Al contrario. Esta noche hace calor. Demasiado calor, en realidad —murmuró Laura, que ya había vuelto a su cuerpo.

Entonces tomó la mano fría y rígida de su criada y la llevó dentro.

Una noche en que Rose Portion estaba sentada junto a la lámpara, examinando una labor que se había colocado sobre el regazo para calmar a su señora, de repente alzó la vista. Una mano salvaje había acentuado los surcos de su rostro grisáceo, que, bajo la luz, se parecía más que nunca al de un animal estúpido.

—Ah, señorita, no puedo soportarlo —gimió Rose.

—Pues tendrás que hacerlo —dijo Laura, poniéndose en pie.

La mujer apretó los dientes, hasta que el sudor gris fluyó por las hendiduras de su rostro. Era como si le estuvieran arrancando la vida.

—Ha llegado la hora —dijo Laura.

—Eso no lo sé —respondió Rose—, pero los dolores sí han llegado. Me moriría si pudiera.

Entonces, Laura envió a Jim Prentice a buscar a la matrona, que no tardó en aparecer, cargada con un conocimiento infalible del mundo y un maletín de cuero.

La señora Benjamin era una mujer pequeña que tenía los ojos tan penetrantes y oscuros que bien podrían haber formado parte del resto de adornos azabache que llevaba prendidos en la capota. Tal y como era su costumbre, empezó ignorando a la paciente y le enumeró a la señorita Trevelyan las cosas que necesitaría para la intervención. La matrona no dejaba de mirar a su alrededor, como si se dedicara al comercio de muebles en vez de al negocio del ilusionismo. Porque la señora Benjamin no era tonta: por muy discretas que fueran sus

miradas, y modesto su comportamiento, la sólida caoba y el brocado con adornos solo podían significar una cosa. E hizo sus cálculos teniéndolo en cuenta.

Una vez que se hubo quitado la capota y la pelliza, la matrona se dignó a mirar a la paciente. Avanzó hacia Rose, meneando alegremente sus rizos, y le dio lo que pareció un pellizco.

—Señora Portion —le gritó aquella alma jubilosa—, esto que ahora la preocupa mañana por la noche será una bendición.

La embarazada, que tenía los brazos firmemente cruzados sobre el vientre, soltó un gemido largo y terrible.

Y la señora Bonner se estremeció en la salita del fondo, que casi nunca usaban, y donde se había refugiado con la esperanza de no oír nada.

La matrona se pasó la lengua por los dientes.

—Vamos, querida. No debe usted resistirse a aceptar este maravilloso regalo. «La mujer sí que purga», como dijo una vez un eminente caballero. Pero me atrevo a decir que todavía no ha llegado el momento, a menos que yo no conozca mi oficio, y nadie puede acusarme de tal cosa. Calculo que le faltan dos, o tres, incluso puede que cuatro horas. Señorita, ¿podría tomar algo? Siempre ceno pronto para poder atender a mis pacientes debidamente cuando llega el momento, pues tengo comprobado que el aire de la noche las estimula a las pobrecitas.

Mientras la señora Benjamin daba buena cuenta de una deliciosa chuleta de cordero y de una generosa porción de natillas, y le describía a Cassie los detalles de los casos más espectaculares en los que había participado, Laura Trevelyan hizo los preparativos necesarios. Estaba muy emocionada.

—¡Sobre nuestra mejor alfombra! —se lamentaba la señora Bonner desde la lejana salita.

—He puesto periódicos —respondió su sobrina—. Por lo menos cuatro capas del *Herald*.

Pero la tía no se calmaba. Completamente sola, porque su marido, muy oportunamente, acababa de recordar que tenía que entregarle un mensaje urgente a un amigo y la amable señora Pringle se había llevado a su hija Belle a casa durante el tiempo que fuera necesario, la señora Bonner había estado leyendo un sermón, y ahora ofrecía una oración por los pobres sufridores; es decir, por sí misma. Así pasó la velada, frente al espejo, en aquella pomposa habitación.

Entonces, un grito desgarrador hizo temblar todos los cristales de la casa. Las paredes se tambalearon. La carne se hundió poco a poco sobre la cresta de la espina dorsal, para verse sacudida después por el ruido que hizo la matrona al subir las escaleras rebotando como una pelota de goma. Era una mujer pequeña pero, al parecer, muy dura, pues estuvo luchando contra la vida durante el resto de la noche.

En la habitación de invitados, la amable luz de la lámpara se había vuelto excesivamente dura y nada podía camuflarse; la gruesa alfombra tampoco amortiguaba ningún sonido. La matrona había sentado a la mujer en una silla muy recta, desde la que su rígida bata colgaba en pliegues largos y sólidos. Ahora que la agonía había comenzado, la joven que tanto había deseado su llegada estaba inmóvil como una piedra. De pie en un rincón y con las manos firmemente entrelazadas sobre la cintura, escuchaba cómo la fatalidad escribía sus designios sobre una losa.

Solo la matrona seguía moviéndose de acá para allá, con la resistencia y elasticidad de una goma.

—Querida, coloque las manos sobre los brazos de la silla —le aconsejó—. Luego me lo agradecerá.

Pero la parturienta chilló.

Un flujo de tiempo infinito empezó a llenar la habitación. Laura Trevelyan quería rezar, pero descubrió que tenía la mente clavada en el paladar.

Al final, hasta la bestia que mugía se calló.

—Lo que está dando problemas es la cabeza —comentó la señora Benjamin, mientras hurgaba y revolvía bajo la bata de Rose Portion, apartando sus primorosos rizos a un lado—. ¡Menudo escándalo está montando esta desgraciada!

A la madre, que se estaba ahogando en aquel mar, no parecía importarle lo que aquella mujer pensara de ella.

A pesar de tener las extremidades de piedra, Laura Trevelyan quería gritar de dolor. Parecía que la garganta fuera a estallarle en mil pedazos. Ya empezaba a sospechar que aquella oscuridad acabaría por estrangularlos a todos cuando por fin sus rostros empezaron a sufrir una curiosa transformación. La piedra lívida y viva se estaba convirtiendo, por divina misericordia, en carne. Los postigos estaban salpicados de gris y esas mismas sombras se dibujaban sobre los periódicos que protegían la alfombra.

Se mueve, nos movemos, estamos salvados, habría gritado Laura Trevelyan si las palabras hubieran encontrado el modo de salir de su garganta. La suprema agonía del gozo era retorcida, se retorcía, se retorcía.

Entonces, el alba chilló de júbilo. Porque había empezado a vivir. Los gallos cantaron. Las tórtolas trajeron la calma. Los que dormían se echaron por encima sus sueños y participaron en grandes acontecimientos. La

luz roja fluía por las venas de la mañana.

Laura Trevelyan se mordió la mejilla por dentro cuando el niño salió de su cuerpo.

—Aquí está —dijo la matrona—. Sana y salva. Es una niña —añadió con un bostezo, como si el sexo de los niños que creaba fuera indiferente.

La madre real cayó hacia atrás gimiendo levemente por su pobre carne. Acababa de beberse los posos del dolor y todavía tenía la boca demasiado llena para reaccionar ante los gritos del bebé recién nacido.

Pero Laura Trevelyan se acercó y tomó a la niña bañada en sangre, y, cuando la sumergió en el entusiasmo de su amor, la lavó y la arropó con franela limpia, la matrona soltó una carcajada y comentó:

—Bueno, querida, está tan demacrada que cualquiera diría que ha sido usted la que ha parido a ese saquito de huesos.

Laura no oía. Todos los sonidos superficiales se ahogaban en sus propias canciones.

Más tarde, atravesó la somnolienta mañana para llevar al bebé hasta la remota habitación que su tía había elegido para hacer penitencia. Pero a la señora Bonner se le había olvidado ponerse el gorro de dormir. El día la había sorprendido dormitando en una silla. Se despertó y dijo:

—Sabía que con tanto ruido no conseguiría dormir. Así que me he sentado en la silla a esperar.

—Aquí está el bebé —dijo Laura, inclinándose para enseñárselo.

—Ay, querida —dijo tía Emmy—. ¿Qué es?

—Una niña.

—¡Otra niña!

La señora Bonner se lamentó por los varones que nunca había tenido a su cargo y a los que, según le gustaba pensar, habría podido comprender.

—Entonces nos corresponde hacer lo que más le convenga —suspiró—, hasta que su porvenir esté resuelto.

En cuanto al bebé, no había hecho más que cambiar una habitación por otra, o eso parecía. Seguía hecha un ovillo con sus instintos, dentro del capullo rosa transparente de amor protector, sobre el que un porvenir impreciso no podía tener ningún efecto.

La señora Bonner buscó ansiosamente, en el bebé que dormía, algún indicio de malestar o debilidad, de oscuros peligros que lo amenazaran, pero solo encontró uno o dos cardenales. La naturaleza había intercedido por la niña que descansaba plácidamente en los brazos de Laura. Entonces, la señora Bonner miró a su sobrina y se asustó un poco, como si estuviera presenciando un milagro. No sabía cómo interpretar la expresión del rostro de la joven.

Laura tampoco intentó explicarle su estado a nadie, ni siquiera a sí misma. Los siguientes días se sintió agotada, aunque satisfecha. Fueron los días del bebé. Por las mañanas, una pelusa dorada cubría como una alfombra el jardín. La joven no se sentía capaz de pisar la carne tierna de los pétalos de rosa que había a sus pies. Para evitar hacerlo, daba un rodeo, aunque eso significaba exponerse al sol implacable. Entonces, su deber se volvía de lo más agradable. La joven se convertía en el escudo viviente que se regocijaba evitando los golpes más salvajes. Los demás dolores, de soles desérticos, de cartas no escritas, del roce de las manos de su hombre, con sus nudillos singularmente pronunciados, fluctuaban cuando llevaba a su bebé por los túneles dorados de luz.

No había duda de que aquella niña era suya; y la madre de sangre no protestaba, recostada sobre los cálidos almohadones en la penumbra de la mejor habitación de la casa. Rose Portion lo aceptaba todo sin rechistar. Amamantaba a la niña cuando se lo decían. Miraba desde la distancia su carita arrugada. Era obvio que estaba cumpliendo condena por algún monstruoso pecado que había cometido, y ni la más persuasiva de las religiones, ni siquiera su propia hija, podía convencerla de que los pecadores son perdonados. Así que las moscas se posaban sobre sus patas de alambre en los párpados del bebé. Y las ropitas de lana que había en los respaldos de las sillas le devolvían la mirada con un esplendor gótico. A la mujer congelada, todo le parecía una maravillosa escultura. Sus rígidos labios no se movían. Sus manos habían adoptado la postura de la aceptación infinita.

Entonces, la señora empezaba a reprender a la criada por sus descuidos.

—Rose, ¡mira! La niña tiene moscas en la cara. ¡Qué horror! Pueden hacerle daño —la regañaba preocupadísima—. Hay que pedirle al señor Bonner que nos traiga gasa de la ciudad.

Laura arropaba a la criatura con vestidos carísimos y la acunaba entre sus brazos, o la apoyaba contra su hombro para que eructase y se calmara. En cuanto abrazaba a su niña, olvidaba cuánto la exasperaba la criada. La joven resplandecía y palpitaba con el calor del bebé, mientras que la criada, cediéndole su papel en aquella vida transparente, se contentaba con volver a cubrir su carne opaca con la mortaja grisácea de los días, a la que las circunstancias la habían atado.

—¿Qué nombre vas a ponerle a la niña? —le preguntó Belle Bonner a su prima.

—No lo sé —dijo Laura Trevelyan—. Habrá que preguntarle a Rose.

—¡Pobre Rose! —dijo Belle.

—¿Por qué *pobre*? —le preguntó Laura inmediatamente.

Belle se rio. No sabía qué decir.

Desde que había vuelto de casa de los Pringle, la ambarina Belle también estaba cambiada. Era una leona que merodeaba por los pasillos. Sentía que Laura había escapado, dejándola sola en la jaula vacía.

Laura, sin embargo, pensaba en ella a menudo, y le devolvió una mirada afectuosa.

—Vamos —dijo cogiendo a su prima del brazo en un intento de consolarla—, vamos a preguntarle a Rose.

Belle sonrió tristemente, pero accedió a acompañarla, aunque permaneció a cierta distancia.

—Rose —empezó a decir Laura, con gran dulzura—, ¿cómo te gustaría llamar a la niña?

Rose, que se había levantado de la cama, pero seguía en aquella fría habitación, a la espera de recuperarse del todo, no vaciló.

—Mercy. Significa «piedad» —dijo.

Belle rio, y Laura se sonrojó.

—Es un nombre modesto —replicó Belle.

—¿Mercy? ¿Nada más? —preguntó Laura.

—Nada más —dijo Rose.

Después carraspeó y miró al suelo. Habría preferido que la dejaran en paz.

—Veo a Mercy toda vestida de gris —canturreó Belle como en un sueño.

Porque el futuro era un sueño.

—Toma, Rose, coge a Mercy un rato —sugirió Laura, ofreciéndole a la niña.

—Con usted está bien, señorita —dijo la mujer, mostrándose indiferente y sin ningún asomo de duda—. Están hechas la una para la otra —añadió.

En efecto, parecía que aquella mujer de piel gris estuviera hecha de otro material.

Laura sintió como si la estrujaran por dentro.

—Pero tal vez la gente se burle de «Mercy» —protestó—. ¿No podríamos ponerle un segundo nombre? ¿«Mary», por ejemplo?

—¡Ah, la gente! —replicó Rose.

Entonces Laura comprendió que ella misma debería sufrir la burla y el oprobio.

Durante aquella conversación, Belle descubrió que Mercy era la criatura más divertida del mundo.

—Pero ¡mira qué cantidad de babas! Dámela, Lolly —insistió.

—Pues si Mercy ha de ser, hablaré con mi tío y le pediré que lo organice todo con el señor Gordon —dijo Laura—. No veo ningún motivo para no celebrar el bautizo enseguida.

—Gracias, señorita —dijo Rose.

Y todo quedó arreglado.

Pero la mañana en que vistieron a Mercy para la pila bautismal, los demás, sospechando que su madre se había quedado dormida, acudieron a su habitación para despertarla, y Laura Trevelyan descubrió que su criada los había abandonado.

Rose Portion tenía la cara vuelta hacia un lado. La sangre acuosa había manchado la almohada y la lengua correosa ya estaba rígida; de hecho, aquel pobre animal había sufrido su última humillación, y la joven, que había llegado sin resuello, boyante por la ilusión y las rosas que se había prendido en el cuello, se quedó lívida al recibir el aliento caliente de la muerte. Rozó un instante la colcha de la cama. Tragando saliva con dificultad, acarició el cabello ralo, todavía vivo, de la mujer muerta, su amiga y criada.

El bautizo de Mercy fue convenientemente pospuesto. Uno o dos días más tarde, su madre fue enterrada en Sand Hills, y los Bonner acudieron al cementerio en el coche familiar y en una calesa alquilada, dado que también había que tener en cuenta al amable señor Gordon y a Cassie, que echaba de menos Irlanda, y a Edith, la jovencita, que para la ocasión se había enfundado los sabañones en su primer par de guantes. Los dolientes olían a crepé nuevo, cortesía del negocio de George Street, y al tentempié que los más débiles habían tomado para coger fuerzas. Aquellos olores tristes se perdieron muy pronto entre los de la hiedra recalentada y la alheña sedienta que había a las puertas del cementerio, donde también descansaba una urna en la que alguien había dejado media docena de manzanas para que se pudrieran. Enseguida comprobaron que era muy difícil caminar por aquel suelo estéril y arenoso, especialmente para las mujeres, pues se les hundían los tacones mientras arrastraban sus pesadas faldas. Belle, que por lo general se movía con agilidad, sintió en varias ocasiones que apenas avanzaban; y el comerciante, que sujetaba por el brazo a su afligida esposa, no podía evitar sospechar que el sol le estaba perforando la espalda. En cuanto a la señora Bonner, sufría lo indecible, no tanto por la pena que le había causado la muerte de su criada, sino por la presencia insoportable

de la Muerte, porque, mientras se afanaba por subir la pendiente arenosa, haciendo recuento de las distintas enfermedades que se habían llevado a sus familiares y amigos, la Dama se le había encaramado a la espalda, indiferente a sus sentimientos.

Para la tumba de Rose Portion, la criada expresidiaria, se había elegido un área bastante aislada del cementerio, aunque, desde luego, tal y como señaló conciliadoramente el señor Gordon, a su debido tiempo aquel terreno sería anexionado al camposanto. Así que cada uno siguió avanzando a su paso hasta el túmulo, que estaba junto a un árbol que el viento o los insectos habían dejado sin hojas, exponiendo su estructura, o más bien su esqueleto.

Ahora que todos estaban delante de la tumba y el sol y el viento luchaban por el control de las negras indumentarias, Laura Trevelyan lo vio todo con claridad. La caja nueva y brillante se balanceaba, chocando a ambos lados mientras la bajaban. Un golpe sordo y un puñado de arena fueron la respuesta que recibió aquella vida humana, que se mantenía firme en su arrogancia. La joven que miraba se apartó el pelo rebelde que le tapaba la boca. Volvió a ver, esta vez por entre los resquicios de su cabello, cómo el horrible cuerpo de la muerta —con las aletas de la nariz y las manos inmóviles, talladas— se había resignado por completo. Pero ¿y su propia alma ilusionada, o la tierna carne rosada de la niña? Cada despiadado grano de arena le decía a la joven que sus días de felicidad habían sido, en cierto sentido, una ilusión.

Mientras el delgado y joven clérigo esparcía unas palabras, varias nubes enormes del color de los cardenales se desplegaron por el cielo desde el océano. Se formó tal torbellino que la tierra pareció resquebrajarse; todo se movía, y los dolientes agacharon la cabeza y se abrazaron las piernas temblorosas para evitar que se los llevara el viento.

Solo Laura Trevelyan parecía estar anclada sobre la pequeña colina.

Laura es tan fría, se lamentó la tía Emmy. A pesar de llevar un vestido muy grueso, sintió un escalofrío y trató desesperadamente de encontrar consuelo en las palabras del clérigo.

Pero Laura no estaba actuando con frialdad, sino más bien con serenidad; mientras tanto, a su alrededor, los dolientes entregaban sus rostros al anonimato y sobre sus cabezas las nubes se cargaban de plomo, apuntando hacia los hombres. Tras el choque inicial, se había emocionado al descubrir que la seguridad material no está asegurada y que la tierra firme puede moverse bajo los pies. Entonces, cuando el viento hubo arrancado el último pedazo de carne de los huesos de la joven y sopló en la pequeña jaula que quedaba, Laura se sintió presa de una felicidad inmensa y empezó a cantar las heridas que su carne nunca sufriría. Aun así, sus huesos eran tan débiles que seguían anhelando el amor terrenal, sosteniendo el cráneo en el hueco que antes había ocupado el corazón. Parecía que la felicidad pura tenía que aguardar al momento del desmoronamiento final, cuando el amor penetrara en el amor, convirtiéndose en infinitud, soplando por fin, indivisible, indistinguible, sobre la tierra parda.

—Ya no podemos hacer nada más por Rose —dijo el señor Bonner para movilizar a la comitiva.

Cuando su cuerpo volvió a funcionar y comprobó que los terrones del pequeño túmulo que habían hecho para su amiga le recriminaban su exaltación, Laura procedió a seguir a los demás, agarrándose la pesada falda.

En cuanto llegaron a los coches, las damas y las criadas subieron. Se decían aliviadas que era una suerte que la tormenta no hubiera estallado. Pero no miraban a ningún sitio en particular, ni se miraban entre ellas, desde luego, porque tenían la piel de las mejillas reseca y tirante. Mientras Jim Prentice y el mozo del establo cogían las riendas, el señor Bonner llevó al clérigo detrás del coche para pagarle sus honorarios. Al hambriento señor Gordon —claramente, el apellido no hacía justicia a su constitución— le habría gustado que no fuera tan evidente que tenía otros motivos para estar allí aparte de su fe, pero también había que comer. El señor Bonner lo recompensó generosamente, deseoso de marcharse del cementerio cuanto antes, y el joven clérigo se puso de lo más contento. La sombra de la muerte había desaparecido y todos olían la brisa marina y el forraje que los caballos habían baboseado en sus morrales.

Así, con naturalidad, la vida se reanuda. El señor Bonner volvía a caminar airado entre sus metódicas mujeres por su casa de piedra inexpugnable. El bebé de Laura Trevelyan crecía. La joven la bañaba, le ponía talco y le apretaba bien el pañal, pero con esa humildad que había aprendido o redescubierto hacía tan poco tiempo, pues la humildad es efímera y solo renace con la angustia.

Fases similares marcan el ciclo del amor. ¿Acaso he olvidado a mi esposo?, se preguntaba Laura mientras cuidaba del bebé, que jugueteaba con su barbilla. Sí, a menudo se olvidaba de él durante varios días, y después le remordía la conciencia. Del mismo modo en que uno acaba por no prestar atención a su rostro, se intentaba consolar, con los ojos fijos en su reflejo del cristal. Él siempre está conmigo, se decía, mirando su rostro de mujer. Además, estaba el bebé, ese símbolo visible del amor que la colmaba por completo. Así es como se persuaden las madres.

Una noche, después de colocar a la niña en su cuna y dormirla, bajó y se encontró a su tío hablando con un desconocido en el vestíbulo.

—Está bien; si viene usted el jueves, le entregaré la carta —decía el señor Bonner. Al reparar en su sobrina, añadió—: Laura, este es el señor Bagot. Sale el viernes para Moreton Bay, y va a hacer lo posible por enviar una carta a Jildra. Por supuesto, no quiero dejar pasar la oportunidad de comunicarme con la expedición. Nunca se sabe, es posible que ese Voss encuentre un modo de ponerse en contacto con el señor Boyle.

Poco después, el por lo demás insignificante desconocido abandonó la casa.

—Sería cortés —se aventuró a decir Laura— que yo también le enviara unas líneas.

—La cortesía nunca está de más —convino su tío, distraído—. Pero ¿es necesario en este caso?

—Mi querido tío, muchas cosas innecesarias son también bonitas. Tu ron con agua no te alimenta, pero me alegra saber que lo disfrutas.

—¿Eh? —dijo el señor Bonner—. Eso no viene al caso. Pero, si te complace, Laura, no dejes de hacerlo.

Algo lo preocupaba.

—Gracias, querido tío —dijo Laura con una sonrisa, y le dio un beso—. En realidad, solo pretendo complacer al señor Voss.

Y se marchó, satisfecha ante lo inspirado de su engaño.

Durante los días siguientes, Laura Trevelyan imaginó cartas tiernas, graciosas, inteligentes, incluso perfectas, mientras iba de aquí para allá o se ensimismaba mirando el dobladillo de su falda. La redactaré muy pronto, se decía; pero la última noche la sorprendió sin que hubiera escrito ni una sola palabra.

Se sentó ante su pequeña escribanía de arce azucarero: un regalo de su tío por su decimoquinto cumpleaños. Cogió una pluma de entre las múltiples que tenía, la mayoría de las cuales nunca usaba, y tiró sin querer el borrador de tinta. Sentada frente al papel, se sentía tensa e infantil, incluso irritada. Pensó que no lo lograría, pero justo entonces empezó a escribir con su caligrafía italiana que, gracias a Dios, era su caligrafía habitual:

Potts Point, marzo de 1846

Querido Johann Ulrich Voss:

Si me dirijo a ti por tantos nombres, es porque no me atrevo a confesar mi favorito, pues mi elección podría señalar alguna debilidad de mi carácter que todavía no hayas sospechado. Temo que descubras que soy un cúmulo de *debilidades,* cuando lo que yo deseo es que me admires por mi *fuerza*…

La sangre empezó a fluir de nuevo por sus venas. Sus hombros eran alas de pájaro. Su mente era una especie de urraca, ávida de conchas y cristales de colores que transformarían lo anodino y ordinario.

Cómo desearía que mis sentimientos fueran dignos de comunicarse y, no contenta con tener *ese* don, pediría además el *genio* para poder expresarlos. Entonces te deslumbraría con el brillo de los diamantes, aunque tiendo a pensar que me inclinaría por algo menos precioso, aunque más enigmático: la piedra lunar, creo, sería mi piedra…

¿Estaba siendo afectada? Pensó que tal vez sí, pero aquella era una buena ocasión para serlo. Le encantaban la forma y el sabor de las palabras, hasta los de las más ácidas.

Imagino que la frivolidad de esta carta te estará sorprendiendo, pero, ahora que he empezado, no quiero negarme el placer de escribirle espontáneamente, casi irreflexivamente, a alguien que prácticamente no me conoce, y que aun así (y esto es lo terrible) se ha apoderado de la parte más secreta de mi ser. Tienes en tus manos el corazón mismo de la manzana, incluyendo (esto es importante) esas molestas semillas y las *escamas* (no sé cómo se llaman esos pelitos) que hay que escupir.

¡Así es! Espero que sigas pensando en mí con amor, queridísimo Ulrich (¡he acabado confesándolo!), y estimes incluso los defectos de mi carácter.

Te contaré más verdades. He estado pensando en ti continuamente hasta que hace poco he descubierto, muy a mi pesar, que ya no ocupabas el lugar preeminente en mis pensamientos. No obstante, este desconcertante descubrimiento se convirtió en una ventaja cuando me di cuenta de que ya eras una parte necesaria de mí. Creo sinceramente que siempre estás al acecho en los márgenes de mis sueños, aunque casi nunca veo tu rostro y ni siquiera soy capaz de distinguir tu silueta. Solo sé que eres tú, lo *sé,* igual que sé que me he sentado junto a ti bajo unos árboles, aunque no puedo describir su forma ni recitar sus nombres en latín. Pero he tocado su corteza.

¡Oh, querido! Si pudiera describir con palabras sencillas la inmensidad del conocimiento más sencillo.

Tú y yo estamos cerca, querido mío, y nos daremos fuerzas el uno al otro. Más no puedo hacer.

Debo contarte algo muy triste que ha ocurrido recientemente, y que nos ha afectado a todos. Es posible que recuerdes a una mujer llamada Rose Portion, una criada expresidiaria que estaba empleada en casa de mi tío. Rose ha tenido un bebé hace poco, de quién, no sabría decirte, pero es una niña preciosa que se llama Mercy. Puesto que Rose murió unas pocas semanas después de haber dado a luz, a causa —ahora ya no tenemos ninguna duda— de la negligencia de una matrona ignorante y rapaz, he tomado a la niña a mi cargo y la cuido como si fuera mi propia hija. Junto contigo, es la alegría de mi vida. ¿Lo comprendes, querido Ulrich? Es mi consuelo, el símbolo de mi amor.

Si sigo mortificándome por la muerte de Rose, es debido a la fuerte impresión que sufrí la mañana en que la encontré en su cama y, después, en el funeral. La enterramos en Sand Hills en un día indescriptible de calor, nubes y viento. Mientras estaba allí de pie (no sé si debería contarte esto, pero es la verdad), mientras estaba allí, la parte material de mi ser se volvió superflua y sentí cómo mi juicio se fundía con el viento, penetrando en la tierra y en el océano que había más allá, incluso en el alma de nuestra pobre criada muerta. No estaba en ningún sitio y, al mismo tiempo, estaba en todas partes. Fui destruida y a la vez estaba más viva que la luz del sol, y dejé de temer el rostro de la Muerte que había visto sobre la almohada. Sufrí, pero solo para comprender la devoción y el sufrimiento de Rose, ¡a quien siempre me costó tanto amar!

Por último, creo que he empezado a comprender este gran país, que tan presuntuosamente hemos llamado *nuestro,* y con el que deseo crecer desde el día en que enterramos a Rose. Porque parte de mí se ha internado en él. ¿Sabías que un país no se desarrolla a partir de la prosperidad de unos pocos terratenientes y comerciantes, sino gracias al sufrimiento de los más humildes? Ahora mismo podría apoyar la cabeza en la roca más incómoda y descansar en paz.

Mi querido Ulrich, no soy tan orgullosa como para afirmar que soy humilde, aunque intento serlo constantemente. ¿Tú también? Entiendo que tienes derecho, en tanto que hombre, a ser más orgulloso, pero me gustaría que fueras más humilde. De otro modo, te tendré miedo. *Dos personas no pueden compartir el mismo trono.* Ni siquiera yo te lavaría los pies si pudiera lavárselos a Él. De eso estoy segura, por mucho que te necesite. Comprendamos eso, y sirvámosle *juntos*.

Me pregunto cuánta gente pasa por alto esa palabra, dándola por sentado. Déjame decirte algo. En mi estupidez, había decidido bordarla en algún sitio con hilo de lana, todavía no sé para qué, salvo por placer. Primero hice un diseño en papel y luego empecé la labor, utilizando una amplia gama de lana de colores: azul para la distancia, marrón para la tierra, carmesí…, bueno, no sé para qué, pero lo cierto es que estoy obsesionada con ese color. Sin embargo, mientras bordaba, las letras empezaron a deslumbrarme con tanta intensidad que incluso la persona más estúpida sobre la faz de la Tierra habría entendido lo que intentaban decirme. Así que dejé la labor a un lado y ahora está pudriéndose en la oscuridad de un armario.

Querido mío, a esta distancia, ¿qué puedo hacer para aliviar tus sufrimientos, salvo amarte con todo mi corazón? Ahora que has dejado atrás la tierra rica y acogedora que me has descrito, probablemente en favor de algún desierto inhumano, rezo para que no te asalten las dudas. Las pruebas más duras son con toda seguridad los detalles oscuros de un designio que se aclarará al final… si es que somos capaces de aguantar hasta entonces; y para ese propósito nos hemos sido dados el uno al otro.

Aunque mi felicidad es *incompleta,* aquí seguimos disfrutando sin contratiempos de una serie de pequeños placeres: pícnics; visitas matutinas (que tú tanto detestas, si mal no recuerdo); una conferencia sobre las «Maravillas de la India» que dio un tal señor McWhirter en la Escuela de Artes, durante la cual mi tía E. se durmió, cayéndose de la silla. ¡Ah! Y mi prima Belle Bonner acudirá a su primer baile antes de casarse con el teniente Radclyffe. Este acontecimiento, para el que todos nos estamos preparando, tendrá lugar a principios de la primavera. Todo parece indicar que Belle recogerá los frutos de su dulzura y su belleza. Así lo espero, porque la quiero con todo mi corazón. El señor Radclyffe va a renunciar a su cargo y tienen pensado establecerse en una propiedad que ha adquirido en Hunter Valley, no demasiado lejos, por lo que tengo entendido, de la de tus amigos los Sanderson.

Ahora, querido Ulrich, solo puedo rezar para que esta carta llegue a tus manos, por lo que debo terminarla sin más demora, ya que mi tío me está llamando y el señor Bagot (nuestro mensajero hasta Moreton Bay) está impaciente por marcharse.

Te agradezco tu amabilidad y los pensamientos que me dedicas, y espero ansiosamente la carta que sé que te apresurarás a enviarme en la primera oportunidad que tengas.

Siempre tuya,

—¡Laura! —la llamaron—. ¡Laura! El señor Bagot tiene que irse.

—¡Ya voy! —gritó Laura con sequedad, haciendo baquetear los postigos—. ¡Un minuto!

Pero primero tenía que leerla.

Y entonces se quedó horrorizada.

—¡Ay! —protestó—. Esta carta no está a la altura.

Y apretó con los dedos la cera del lacre.

Su infantilismo, su verborrea, su inmodestia, su irreverencia y su afectación se intensificaron inmediatamente, abriéndose como heridas en las que jamás dejaría de hurgarse.

—¡Laura!

Pero cuando la he escrito era sincera, se decía una y otra vez desde las profundidades de su decepción.

Sin embargo, aquello no la consoló, y salió de su habitación llevando en las manos un fuego extinto.

10

Habían desaparecido algunas mulas. A diferencia de otras grandes tragedias, como el robo del ganado en la víspera de Navidad o la serena muerte de la primera oveja, despatarrada sobre la arena, los miembros de la expedición no le dieron demasiada importancia a este último incidente. En su cabalgata hacia el oeste, cada pérdida solo hacía que fueran más ligeros y reducía los obstáculos hacia aquel futuro que ya no era más que una inmensidad dorada y polvorienta.

Siguieron avanzando y por fin llegaron a una cresta de abruptas colinas, moteadas y salpicadas de cuarzo; al pie de los montículos, unas negras escarbaban la tierra con palos, en busca de ñames. Todos habían acabado por aceptar aquellos encuentros. Las nativas estaban en cuclillas y levantaron los ojos hacia los hombres que pasaban. Habían oído hablar de ellos, o incluso puede ser que los hubieran visto antes. En otro tiempo, las mujeres habrían salido corriendo y gritando. Ahora se rascaban los pechos caídos y miraban de reojo, protegiéndose del sol con sus manos de piel de murciélago. Acostumbradas a la corteza de los árboles y al barro, examinaron a aquellos hombres cubiertos de lodo, que olían más a polvo que a sudor, y cuyos ojos parecían charcas secas. En cuanto a ellos, obsesionados por su sueño y el futuro, miraron a las mujeres como si fueran grietas en la piedra caliente y negra, y siguieron su camino.

A través de algún proceso químico, la comitiva se había dividido en partes diferenciadas e inmutables. Nadie negaba que el señor Voss era el primer elemento, el elemento crucial que ardía, que consumía tanto los obstáculos como la indiferencia de los demás. Como si estuviera hecho de mercurio, aunque en realidad era de bronce, el chico nativo se pasaba el día pululando alrededor del líder. Jackie siempre andaba matando cosas, olfateando pozas, escudriñando fuegos en la distancia o simplemente balanceando los pies sobre su montura y rondando los márgenes de la libertad.

Detrás de la avanzadilla, a cierta distancia, venían los caballos de repuesto y las mulas de carga que conducían Le Mesurier y Palfreyman. Estos se prodigaban entre sí todo tipo de cortesías y deferencias, aunque nunca se contaban sus opiniones. Palfreyman no estaba seguro de a qué dios rendía culto Le Mesurier. Le Mesurier se dirigía a Palfreyman de un modo bastante característico y sus oscuros labios le sonreían con condescendencia, como si el ornitólogo fuera un extranjero. Bueno, en realidad lo era, en el sentido de que era otro hombre. Cada vez más pálido bajo las escamas de sal, Palfreyman estaba triste, ávido de fundirse con otros hombres en el amor. Cuando no lo conseguía, se culpaba a sí mismo, porque a aquellas alturas ya se había convencido de que era incapaz de comunicarse, y esta limitación lo entristecía aún más, pues cabía la posibilidad de que la salvación de los demás dependiera de él.

En ocasiones, Palfreyman dejaba que Le Mesurier se hiciera cargo de su grupo de mulas y caballos y se adelantaba sobre su montura, aparentemente con intención de unirse a Voss. Entonces, manteniéndose a una discreta distancia, esperaba a que su líder lo llamara. Pero el alemán nunca lo hacía. Despreciaba al ornitólogo por razones obvias, razones que el propio Palfreyman conocía. Este tipo de desplantes, junto con los dolores del largo viaje, a menudo atormentaban al científico, que era de constitución más bien delicada. Y, como penitencia por su abyecta debilidad, se imponía todo tipo de tareas serviles: restregaba la grasa de los utensilios de cocina con puñados de tierra seca y polvorienta, filtraba la espuma del agua que encontraban e incluso cuidaba de Turner, que tenía el cuerpo lleno de forúnculos y nada que envidiarle al despojo humano más repugnante.

El ornitólogo había aprendido a soportar todo aquello, así como el tono de voz de Voss cuando decía:

—El señor Palfreyman, en calidad de Jesucristo, saja los forúnculos.

Gracias a Dios, estos incidentes solo tenían lugar cuando paraban a descansar en aquellos dudosos oasis de

la resplandeciente llanura. La mayor parte del tiempo, los sentimientos personales quedaban en segundo plano.

Detrás de los caballos de repuesto y de las mulas de carga, avanzaban tambaleándose unos pocos esqueletos de ganado; Judd y Harry Robarts los vigilaban. El convicto tenía el poder de persuadir a una bestia extenuada para que siguiera adelante. Aquellos fantasmagóricos cabestros y una o dos vacas sin ubres se habrían desplomado mucho antes si la voluntad del hombre no se hubiera reflejado en sus ojos. Al igual que el ganado, el hombre había perdido musculatura, aunque seguía siendo grande, pues tenía una magnífica estructura ósea. Como también era pesado, cambiaba de caballo a menudo, para que el lomo del que había estado montando descansara. Parecía sufrir menos que el resto de los miembros humanos de la expedición, sin duda porque su vida pasada lo había atemperado. Su mente, además, había vuelto a su cuerpo y ahora estaba tranquila, centrada en todos aquellos objetos de los que dependía la expedición, así como en los animales que estaban a su cargo.

Judd, además, seguía estando muy interesado en las formas naturales. Por ejemplo, cogía los frutos de los árboles para liberar su semilla; acariciaba con la mano callosa los huesos calientes y blancos de hombres o animales para recrear su carne; perfilaba con la punta de su bota una huella en la arena, a fin de averiguar su forma y su objetivo. Después, volvía a subirse a su caballo y se quedaba allí sentado, con aspecto indestructible. Raramente lo incitaba la acción del sol a soñar con el futuro. A veces, parecía que Judd era un elemento en sí mismo.

En una ocasión, Voss y Jackie descubrieron en unos árboles una especie de plataforma de retoños llenos de hojas, sujetos entre sí con tiras de corteza. Todavía la estaban examinando cuando llegaron Judd y Harry.

—Estos, hombres muertos —explicó el joven nativo, y todos supusieron que su pueblo dejaba a los muertos sobre aquellas plataformas para que los espíritus pudieran partir—. Todos marcharse —dijo el negro—. Todos.

Con una sonrisa radiante, colocó las manos juntas sobre el pecho, como para orar, y las abrió hacia el cielo acompañadas de un gran zumbido; el alma sedosa y blanca escapó y se perdió en los remolinos del cielo azul. El muchacho sonreía radiante.

Aquellos que lo habían visto y oído siguieron cabalgando pensativos. Aquel paisaje inducía inevitablemente a pensar en la muerte.

Pero el recio Judd, cuya alma había alcanzado la plenitud al regresar a su cuerpo, y no al escapar de él, prefería interpretar la ilusión aborigen en términos de vida. Él, que estaba ligado a las cosas terrenales, las invocaba con frecuencia mientras cabalgaba, y así, el día en que empezaron a subir aquellas colinas de cuarzo, empezó a pensar en su esposa, que olía a pan y a jabón, y que tenía una verruga junto a la nariz, de la que le salían tres pelos. Aquello lo sorprendió, sobre todo porque habían vivido juntos muchos años, antes de que despertara. Aun así, había tenido una vida mientras dormía; sus hijos eran la prueba fehaciente de ello. De piel bronceada, galopaban sin montura hasta el manantial, llevaban las ovejas al aprisco con la bruma del atardecer y desrabotaban a los corderos cuando llegaba la época, mientras la sangre manaba a chorros salpicándoles la cara. De repente, empezaron a dolerle las costillas y los verdugones de los viejos castigos. Sintió que sus maravillosos hijos lo aniquilaban con el azote del amor.

Sumido en su deseo de amor terrenal, Judd golpeó bruscamente el estribo de Harry Robarts con el suyo, pues cabalgaban el uno junto al otro, y le magulló la rodilla.

—Apártate un poco, hijo —se quejó el hombre—. Cabalgas tan cerca de mí que nuestros estribos no dejan de engancharse.

El chico bajó los ojos y se apartó a un lado.

—No ha sido a propósito —dijo malhumorado.

—Sea como fuere, es peligroso —dijo Judd.

Había empezado a sentir afecto por aquel chico estúpido. Se decía a sí mismo que aquello se debía a que le tenía lástima, y que en cuanto acamparan escogería los mejores pedazos de cordero o ternera seca y se los serviría al muchacho. Dadas las circunstancias, su relación era, por lo general, respetuosa, aunque el muchacho la aceptaba a falta de algo mejor y el hombre se impacientaba con él a menudo, y a veces incluso lo despreciaba.

En aquel momento, parecía que el chico seguía pensando en el árbol-plataforma que habían descubierto hacía poco y en la migración de las almas aborígenes, porque murmuró en tono vacilante y como ausente:

—Señor Judd, ¿se ha fijado usted en cómo salió cuando Jackie abrió las manos?

—¿Salió? ¿El qué? —preguntó el hombre.

—El pájaro blanco; fue muy rápido.

—Tú ves visiones —dijo el hombre.

El chico soltó una risita y golpeó a su caballo en la cruz con las riendas.

—¿No lo ha visto? —insistió.

—*¡Noo!* —exclamó el hombre.

Entonces un cabestro tropezó y se cayó, y ambos lo azuzaron y patearon para que se pusiera de nuevo en pie. Cuando el animal reanudó la marcha, Judd retomó la conversación.

—Harry, deberías contarle al señor Voss esa experiencia que has tenido con los pájaros. Seguro que le interesa —respondió Judd; porque, a pesar de su rigidez, también era humano.

—Al señor Voss, no —dijo Harry—. Júreme que no se lo contará.

—Él entiende estas cosas —dijo Judd sonriendo.

—Por eso mismo no quiero contárselo.

—O te tomará el pelo eternamente.

—Sí —replicó Harry.

Era evidente que, para el chico, la figura de Voss podía encerrar todas las posibilidades.

Judd no dijo ni pío. Le habría gustado hacerle un regalo al muchacho, y se acordó de una lupa con el mango de ébano que había conservado durante años en una bolsa de franela, dentro de un estuche.

Iban cabalgando y dormitando en una polvareda perpetua, golpeándose contra las laderas rocosas de las colinas por las que estaban subiendo, cuando Judd estiró el brazo y cogió algo del tronco de un árbol.

—Toma, Harry —dijo, ofreciéndole una mano cerrada y peluda—. Es un regalo para ti.

Como no tenía ébano, se veía obligado a buscar alternativas.

—¿Qué es? —preguntó el chico extendiendo la mano, aunque con cierta cautela.

—No —rio Judd, ruborizándose bajo toda aquella mugre—. Abre la boca y cierra los ojos.

Entonces, cuando el muchacho hubo seguido sus indicaciones, le metió un pedazo de goma en la boca.

—¡Aj! —exclamó Harry, poniendo cara de asco.

—No —insistió Judd—. Mastícalo.

Y se metió en la boca otro pedazo de goma similar para demostrarle al chico que podía confiar en él; de lo contrario, ambos morirían.

Así que siguieron cabalgando y mascando la goma, que era bastante insípida, aunque tenía un toque amargo. Sin embargo, ambos se sintieron aliviados y hasta cierto punto unidos por la sustancia de la goma, y empujaron suavemente al ganado disperso con la punta de sus botas, mientras avanzaban y retrocedían en su ascenso oblicuo por aquella colina resplandeciente. Entonces, el chico levantó los ojos y vio a Voss en la distancia, mirando al frente desde un risco.

Debido a los rayos de sol que se estrellaban violentamente contra las rocas, el muchacho tuvo la impresión de que el alemán estaba a punto de fragmentarse en innumerables haces de luz. Allí estaba: aventurero e inmaculado, aunque efímero; pero, sobre todo, celestial.

—Nunca llegaremos tan lejos —murmuró con tristeza Harry Robarts.

—A él no le gustaría que lo hiciéramos —dijo Judd.

Y el muchacho sintió el deseo de saltar de su caballo y desgarrarse las rodillas contra las rocas. Consciente de estar cometiendo un acto de deslealtad hacia su líder, escupió los restos de la goma amarga, que ahora le parecía incluso ofensiva.

—Al final, yo seré quien esté más cerca de él —dijo Harry—. Me sentaré bajo la plataforma y aprenderé idiomas.

—Estás loco —protestó Judd.

Ambos se sentían incómodos por las palabras que habían pronunciado, porque podían constituir la verdad o una media verdad, y no sabían qué era peor.

—Loco —repitió Judd, dándole unos golpecitos a su caballo con la sucia palma de la mano abierta—. Primero pájaros y ahora idiomas. ¿Qué idiomas vas a aprender, Harry? ¿Alemán? —Y no pudo evitar reírse.

—Eso no importa; alemán o lo que sea. Aprenderé a hablar el idioma que el señor Voss comprenda, y le diré lo que llevo dentro de mí.

—¿Y de qué servirá eso? —le preguntó Judd, mirando la inaccesible roca.

Se había puesto triste.

—Algunas personas saben escribir bien —continuó el chico—. Pero yo no. No como el señor Le Mesurier. Él sabe escribir. He visto el cuaderno.

—Vaya —dijo Judd—. ¿Y qué ha escrito?

—¿Cómo voy a saberlo? —exclamó Harry, exasperado—. Solo sé leer las letras grandes de imprenta.

El hombre y el chico acometieron las rocas sobre sus caballos idénticos.

—Tiene un diario —decidió por fin el hombre—. Como el señor Voss.

—No es eso —dijo el chico—. Su mirada es distinta. Lo he observado mientras escribe.

—Entonces, espero que algún día lo veamos —suspiró el hombre.

—Nosotros no —escupió el chico con desprecio—. Estos desiertos lo verán, esas páginas los sobrevolarán hasta que el sol las queme. Nosotros no estaremos aquí.

—Yo no pienso morir. Aunque no sea lo bastante culto para leer —dijo el hombre con los romos dientes apretados.

—Todos moriremos.

—¡Estás loco, Harry! —gritó Judd.

—Sé que soy un poco simple —confesó el chico— y que no sé expresarme bien.

Incluso había olvidado a Voss y, cuando volvió a mirar, este ya había cruzado al otro lado; ahora ocupaban su lugar las espadas del sol, que fulminaban el cuarzo y, con un efecto menos espectacular, una nube larga y mullida de lana celestial que los hombres nunca habrían podido imaginar después de haber contemplado durante tanto tiempo los sucios y maltrechos traseros de las ovejas. Sin embargo, la nube se volvió más sucia conforme avanzó la tarde; más grande, más fea.

Hacia el anochecer, los hombres, los caballos, las mulas y el ganado ya habían cruzado la cresta y se habían reunido en un punto en el que una hondonada desembocaba en una planicie y se unía al lecho seco de un río.

—Va a llover —dijeron los hombres, con los ojos y los labios ya húmedos, mientras los caballos relinchaban fastidiosamente y el ganado olfateaba la tierra.

Con la esperanza de que el cauce del río volviera a llenarse, decidieron acampar allí mismo y batirse en retirada hacia un terreno más alto si era necesario.

—Pero ¿y las ovejas? —recordó Palfreyman.

Entonces, Voss las descartó con un gesto de la mano.

—Hay que abandonarlas —dijo—. No pueden seguir nuestro ritmo. Nos hacen perder tiempo.

Voss torció el gesto ante la lluvia, que, por mucho que su propia piel fuera a agradecer, acabaría por retrasarlos.

—Con agua y alimento, las ovejas viajarán más rápido —razonó Judd.

—No —dijo Voss—. No. Son muy pocas. No vale la pena.

Un relámpago verde atravesó el aire pardo.

—Hay que sacrificar a todas las ovejas —gritó el alemán por encima del trueno, e inhaló aire hasta que pareció a punto de explotar. Entonces, pensándolo mejor, añadió—: Aunque no veo inconveniente en que Ralph y Turner maten un par para nuestro consumo. Secaremos la carne y nos la llevaremos.

Las colinas se sacudían desordenadamente.

—¡Que alguien informe a Ralph! —siguió vociferando el alemán para hacerse oír pese al temporal. Los hombres se afanaban en soltar las cinchas, deshacer los nudos, manear los caballos o estirar las lonas maltrechas a fin de ocultar su poca disposición para volver a cruzar la cresta.

—Veamos —reflexionó Voss, tan pletórico como la tormenta.

Nunca resultaba tan odioso como cuando buscaba víctimas y, en aquel momento, bajo aquella tormenta parda, cualquiera podía convertirse en su objetivo.

Entonces, curiosamente, cambió de actitud.

—Frank, lo mejor será que vaya usted —ordenó a Le Mesurier, casi como si se tratara de una conspiración entre ellos.

Porque de su interacción más temprana ya había colegido que el joven poseía una voluntad férrea, o tal vez demoniaca, no muy distinta a la suya. Los labios del alemán se tiñeron con el verde de los relámpagos y esbozaron una sonrisa de aprobación.

Sin embargo, Le Mesurier no le devolvió la sonrisa. Se limitó a montar en su caballo, que todavía estaba ensillado, como preparado para partir, y se fue de allí.

Desde el principio, el jinete tuvo que azuzar a su montura. Con la cruz casi dislocada y las orejas gachas, la yegua subía la cresta afanosamente. Su cuerpo era como una losa, o tal vez se hubiera convertido en una mula, pues es de sobra conocido que los caballos asimilan la conducta racional de los hombres, mientras que las mulas no. El hombre y el caballo se movían a través del pardo crepúsculo irracional, que se había adelantado dos horas. Las nubes estaban tan cerca que se apreciaba claramente lo que eran en realidad: bultos de materia sucia que se arremolinaban y retorcían, que incluso se desgarraban en algunos puntos de la cima. Rocas de truenos bajaban rodando, de modo que a veces el hombre tenía que agachar la cabeza para evitar chocar con la tormenta que se acercaba y, al hacerlo, el ala de su sombrero le golpeaba en los párpados, convirtiéndose en un objeto ridículo e inútil.

Por fin, se lo quitó y lo metió en la alforja.

Inmediatamente, su pelo apelmazado comenzó a extenderse y, cuando el viento sopló en la mitad superior

de su pálida frente, se sintió aliviado de la responsabilidad inherente a la personalidad humana. El viento le llenó la boca y bajó por el embudo abierto de su garganta hasta poseerlo por completo; su corazón era trueno y los nervios dentados de los relámpagos irradiaban desde el interior de su cuerpo.

Entonces, cuando llegó al extremo más alejado de la cresta y, con la ayuda de una canción, empezó a sacarse la tormenta de dentro, se puso a llover: al principio en breves ráfagas y, después, descargando una cortina de agua fría, grisácea y sólida. Y el hombre se sumergió en su misterio, se disolvió en él, recorrió las grietas, fue engullido por las bocas de la tierra, que se lo disputaban, se lo repartían, pero una y otra vez, y siempre con algún propósito, salía a flote gracias a la fuerza de una voluntad que no era la suya.

Angus y Turner, que se habían arrastrado para guarecerse bajo el saliente de una roca que casi formaba una especie de cueva pequeña e incómoda el pie de las colinas, observaron cómo se hacía de noche, y luego vieron a Frank Le Mesurier bajar la pendiente. Lo llamaron y él guio a la yegua, que escogió cuidadosamente la ruta, en su dirección.

Los rostros de los cavernícolas brillaban como la propia roca, pues la lluvia los había sorprendido antes de encontrar refugio. El mensajero que acababa de descender a través de las nubes los encontró repulsivamente humanos. Las ovejas se apiñaban en un rincón tratando de escapar del diluvio, y algunas se habían tumbado con intención de no volver a levantarse. Las escuálidas cabras apoyaban el costado contra las rocas y los matorrales, aterrorizadas por aquella lluvia inflexible.

Le Mesurier les transmitió el mensaje sin desmontar.

—Bueno, Frank; será mejor que trabe a su vieja yegua y venga aquí con nosotros. No se está tan mal, y así seremos tres para cargar con el cordero por la mañana.

Gracias al techo de roca y a un puñado de palos relativamente secos, los pastores incluso habían conseguido encender un modesto fuego, y se disponían a sacar un poco de pan rancio y tiras de carne fibrosa como acompañamiento a su charla. Su expresión sugería que, dentro de los límites establecidos, se sentían felices y, por consiguiente, Le Mesurier, que ya conocía el infinito, rechazó la invitación.

—No —dijo—. Volveré inmediatamente.

—¿Está usted loco? —exclamó Angus, que había aprendido que conocer las limitaciones propias constituía una prueba de cordura.

—¡Va a romperse el maldito cuello en esa oscuridad! —chilló Turner, con la esperanza de que al verbalizar aquella amenaza la volviera posible.

Los relámpagos volvieron a atacar. Por un momento, el jinete verde miró los rostros de los dos animales humanos en su caseta de piedra. No obstante, puesto que el viento y la lluvia dificultaban la conversación, guardó silencio y se limitó a dar media vuelta. Ni siquiera sabía cómo dirigirse a aquellos individuos. Era capaz de leer en sus almas sin esfuerzo y lo que había visto no le había gustado.

La yegua relinchaba, aunque parecía animada cuando emprendió el camino de vuelta a través de las afiladas rocas. El jinete la dejó avanzar a su aire, confiando en su instinto. Para entonces, el hombre ya estaba hundido, como si su aislamiento no le hubiera permitido estallar y elevarse hasta las alturas de la tormenta. Y entonces sintió la presencia de Voss, que cabalgaba a corta distancia burlándose de sus fracasos, de su incapacidad para abrir las rocas de par en par y descubrir el secreto definitivo. Frank, empezó su mentor, déjeme decirle que lo persiguen las alucinaciones del intelecto: tal vez yo pueda ayudarlo, dado que gozo del conocimiento que proporciona ser el soberano de cada provincia de la ilusión, es decir, del poder espiritual; de hecho, como puede que ya sospeche, yo soy yo soy yo soy…

Pero el joven, víctima de la rebelión de los elementos, y también de la de sus emociones, no comprendió la divina Palabra; solo oyó el azote del trueno, dispuesto a marchar al toque de los tambores de cera. Y zarandeó la cabeza embotada hasta que le pitaron los oídos.

Voss sonreía. El jinete podía ver su boca, porque la lluvia se había desvanecido en la oscuridad exterior. A su alrededor, el viento suspiraba y una luna, la más hermosa de las alucinaciones, había aparecido sigilosamente. El disco giraba, enterrándose en las profundidades y volviendo a salir a la superficie, a través de la mata enloquecida y blanca de las nubes.

Al borde de la cresta, la yegua hizo un alto, se bamboleó y alzó la cabeza. Entonces, la montura se precipitó hacia abajo sin vacilar. Durante aquella pausa en la cima, las manos de Voss y el jinete se rozaron, el mismo destello de descomposición y luz de luna brilló en sus ojos y en sus dientes, y sus almas se unieron para enfrentarse a realidades inferiores.

Y así, como los iguales se atraen, ambos se salvarán; o serán condenados.

En su descenso por el otro lado, el joven concibió un poema en el que la sedosa semilla que caía de la Luna en una lluvia lechosa crecía cuando el Sol ponía sus manos sobre ella. Ya era un hecho probado que sus manos extendidas, de nudillos protuberantes, tenían la capacidad de crear, siempre y cuando uno se atreviera a

aceptar aquella bendición. Alguien se atrevió, e inmediatamente comprobó que el mundo de fuego y el mundo de hielo eran el mismo mundo de luz; así, por primera vez en la historia, el tercer planeta, el planeta oscuro, se iluminó.

Mientras bajaba la colina, que resplandecía salpicada de azabache ahora que la luna había salido del todo, Le Mesurier estaba temblando. Él, que había llevado el sol dentro de su pecho, se había quedado helado en su propia luz de luna. Sus dientes parecían terrones de azúcar. Irónicamente, su única esperanza de salvación era terrenal: un pequeño borrón de luz procedente de una vela a punto de apagarse, detrás de una lona, a los pies de la colina.

Más irónico incluso era que la luz procediera de la tienda de Voss, que, como buen hombre metódico, estaba escribiendo en su diario. Los demás hombres, en aquella noche lluviosa y desasosegante, habían hecho un esfuerzo por sobreponerse a la oscuridad, pero enseguida se habían sumido en un sueño de vapor; ni siquiera se habían molestado en colocarse ordenadamente, y sus cuerpos no eran más que un batiburrillo confuso en la otra tienda.

—Frank, ¿es usted? —lo llamó Voss.

—Sí —dijo Le Mesurier, dirigiéndose hacia la lona iluminada.

—¿Les ha dado el mensaje? —preguntó el alemán.

—Sí.

—¿Cómo reaccionarán las ovejas cuando las abandonemos? —preguntó la luz—. ¿Cree que serán conscientes de que están solas entre esos matorrales? El silencio, por ejemplo, será más intenso cuando penetre en la lana. Pero seguirá habiendo agua, y hierba, y beberán y pastarán antes de tumbarse y morir. En cualquier caso, para una oveja, morir es algo perfectamente normal.

—Sí.

—Y disfrutaremos comiéndonos la carne de aquellas que Ralph y Turner maten. La secaremos al sol. Si es que hace sol. ¿Cree usted que el tiempo nos permitirá secar la carne?

Pero Le Mesurier se había marchado.

Y Voss, el hombre que se había quedado solo, siguió escribiendo en su diario durante un rato.

Después de manear a su exhausta yegua, Le Mesurier, todavía poseído, se metió en la otra tienda, donde los demás dormían; sus vientres blancos flotaban en la oscuridad junto con sus sueños y ronquidos. Después de quitarse los harapos húmedos y arrugados, el joven se envolvió en una manta, pero no dejó de tiritar. Se acurrucó en posición fetal en aquella tienda baja, como si se tratara de un útero. Hurgó entre sus cosas y encontró un pequeño cabo de vela —un tesoro— y el maltrecho yesquero, y observó cómo la llama empezaba a temblar en la mecha; se recostó, todavía tiritando y con los dientes castañeteando, luchando contra lo que parecía ser un acceso de fiebre.

Harry Robarts entreabrió los ojos y vio cómo el señor Le Mesurier sacaba aquel libro en el que escribía tan a menudo. El joven no dejaba de temblar y, según observó Harry, le costaba mucho formar las palabras. Daba bocanadas buscando aliviar su dulce sufrimiento. Y el chico, que compartía con él el mismo útero transparente, anheló vivir aquella vida que no conocía, pero que podía percibir. Aunque tenía miedo, el corazón le latió con fuerza mientras los dientes de la luna desgarraban la lona empapada, la tierra resbaladiza jadeaba sin cesar y el hombre dolorido trataba de escribir. Por fin, Le Mesurier recostó la cabeza sobre la silla de montar y Harry Robarts vio cómo los dedos transparentes apagaban la llama del pabilo apestoso.

Poco después no quedaba ya ningún hombre despierto a ambos lados de las afiladas colinas, pues Angus y Turner se habían sumido en el sopor junto a su pequeño fuego sibilante.

Hacía poco que aquellos dos se habían vuelto inseparables, aunque solo porque ambos se reconocían en su mediocridad. En consecuencia, ninguno comprendía la naturaleza de su relación y ambos se enorgullecían de ella. El zarrapastroso de Turner, que solo sabía mirar de reojo y que no era más que un criminal, un desecho bilioso salido de no se sabe dónde, infestado de forúnculos supurantes, se había quedado prendado del joven y rico hacendado, y no soportaba estar lejos de él. Y a Ralph Angus, que había sido tan elegante, y que en circunstancias normales habría llevado los bigotes rojizos —en realidad eran más bien de color castaño— espléndidamente rizados, la amistad de Turner le habría parecido divertida si no hubiera acabado sintiéndose agradecido por ella. Había descubierto que podían hablar de cosas sin importancia, como del tiempo y de sus estómagos, y que aquellas conversaciones lo estimulaban. Suspiraban como si fueran perros y disfrutaban de los silencios. Aunque ambos tenían algo que ocultar, puesto que Turner era muy ladino —había robado más de una cartera y puede que incluso hubiera matado a alguien— y Angus había conocido el esplendor palladiano —su madrina era hija de un conde, le habían sonado los mocos durante toda su vida y su padre se había hecho con varios miles de acres en la Colonia; honradamente, eso por descontado—, la nada a la que aquel largo viaje había reducido a los dos amigos había curado compasivamente las llagas que seguían

abiertas desde sus vidas pasadas.

Y aquella noche de lluvia, bajo aquel saliente, el espléndido y elegante caballero, que ya había adquirido el color y la textura de un coco, y el réprobo amarillento, cuyo cuerpo gritaba por las bocas de sus forúnculos, se sintieron especialmente unidos. Después de encender el pequeño fuego, que ya reconfortaba solo con sus chisporroteos, empezaron a tratarse con la más absoluta cortesía.

—Aquí queda un poco de té —dijo Turner—. Coja su cazo, Ralph, y hiérvase agua. Yo no tengo estómago ni para una taza de té caliente.

—Pero ¡si está usted comiendo! —señaló Angus.

—¡Y tanto! Pero es por costumbre, se lo aseguro —dijo Turner, doblando su dedo extendido ante la proximidad del caballero.

—Entonces beba también por costumbre, idiota —dijo Angus—. ¡Vamos! O lo tiraré al suelo.

—Bueno, si se empeña… —dijo Turner, con gentil resignación.

El cazo no tardó en suspirar sobre la leña húmeda. Conforme subía la espuma, los hombres la retiraban. Ambos estaban sentados con las piernas cruzadas, metiéndose pedazos de comida en la boca y mirando fijamente el cazo, dado que la alternativa habría sido mirar la cara de su compañero.

Fue en aquel momento y en aquella postura cuando divisaron al jinete que bajaba la colina.

Los relámpagos constataron de inmediato lo que ellos llevaban tiempo sospechando: que aquel hombre no era de su especie. Incluso antes de que se fuera, los cavernícolas ya estaban furiosos e impacientes por ponerse a despotricar. Aquello los unió todavía más. Ambos se preguntaban qué habría percibido el otro, aunque ninguno se habría atrevido a especular acerca de la naturaleza de lo que había visto. El pensamiento puede resultar muy perturbador cuando ilumina la mente con destellos verdes.

Poco después de que Le Mesurier se marchara, Turner, que se estaba hurgando los dientes mientras hacía la digestión, comentó:

—Ese no me gusta nada, Ralph.

El joven terrateniente hizo una mueca, reacio a criticar a un hombre que podría considerarse de su misma clase.

—Es un tipo raro, diferente —respondió finalmente.

—Yo no lo veo tan diferente —dijo Turner.

—¿A qué se refiere? —preguntó Angus, que no deseaba verse envuelto en una situación desagradable. Era lo que podría llamarse un tipo afable, nadie tenía nada en su contra, y en aquel momento se arrepentía un poco de su imprudente amistad.

—¿Eh? —farfulló Turner, resentido.

—Que a qué se refiere.

—Me refiero a Voss. Y a Le Mesurier.

Angus sintió un escalofrío.

—En esta expedición, porque así es como se llama esto —empezó Turner, susurrando, como era su costumbre—, podría decirse que hay agua y aceite, y por eso nunca remaremos en la misma dirección.

El joven ganadero abrió desmesuradamente los ojos.

—Yo tengo la intención —dijo— de remar en la misma dirección que el señor Voss, que es el líder de la expedición.

—Agua y aceite —canturreó Turner.

El fuego silbó.

—Ralph, usted y yo nos entendemos bien.

El rico y joven terrateniente deseó sinceramente entender a su amigo.

—Tan cierto como que esto es un cazo —le aseguró Turner; y lo cierto es que el cazo negro parecía muy convincente—. Pero ese Le Mesurier… —¡Cómo odiaba ese nombre! Solía envolverlo entre la lengua y el paladar, como si quisiera atraparlo para poder escupirlo después—. Ese Le Me-sur-ier sería capaz de engañar a cualquiera durante años. Entonces, un buen día se levantaría usted y descubriría que el cazo no es lo que usted y yo creíamos que era.

El ganadero estaba fascinado por el cazo.

—¿Y cómo es eso? —dijo, sonriendo para ocultar su profundo interés.

—Las personas como él destruyen lo que usted y yo conocemos. Sufren de una especie de locura.

El joven terrateniente chasqueó la lengua contra los dientes. Volvía a sentirse desgraciado. Además, un pequeño reguero de agua de lluvia le estaba chorreando por el cuello. No sabía qué pensar.

—Lo sé —siguió diciendo Turner— porque le he echado un vistazo al libro.

—¿Qué libro?

—¿Cómo que qué libro? El libro en el que Frank siempre está escribiendo.

Angus no sabía de la existencia de ningún libro, pero fingió que sí. Aquella era la forma en que solía ocultar su gran ignorancia.

—Pero eso es privado —murmuró.

—No, no, Ralph —dijo Turner—. ¿De qué está usted hablando?

Al joven se le erizó el vello de la nuca, y evitó responder.

—¿Y qué había en ese libro? —preguntó, triste.

—Locuras —replicó Turner— que podrían hacer que el mundo volara por los aires; al menos, el mundo que usted y yo conocemos. Poemas y cosas.

—La poesía puede ser muy placentera —dijo Angus, pensando en las jóvenes damas de su memoria, sentadas junto a lámparas después de la cena.

—No lo niego —se apresuró a convenir Turner—; yo también disfruto de una buena lectura de vez en cuando. Pero esto, Ralph, podría decirse que esto era como algunas partes de la Biblia. Están hechas, bueno, para meterlo a uno en problemas, no para ayudarlo a salir de ellos.

Como su especialidad eran los problemas, Turner empezó a salivar; podía adivinarse un destello en sus ojos.

—No tenemos derecho a hacer ese tipo de comparaciones —insistió Angus, que cada vez tenía más dudas con respecto a su amigo.

—Vamos, Ralph —dijo el otro—. Si un hombre quiere disfrutar de sus derechos, tiene que reclamarlos.

El joven ganadero contempló la oscuridad, por fin iluminada por la luna. Alas negras barrían continuamente la superficie de la llanura plateada. Por supuesto, aquello no era más que el efecto del viento empujando las nubes. Aunque durante el viaje, en varias ocasiones, sus propios pensamientos habían adoptado formas que lo habían asustado.

—Esto es lo que pienso, Ralph —estaba diciendo Turner—; se lo cuento en confianza, viendo que somos amigos. Creo que al final Le Mesurier se aliará con Voss. Es aceite, ¿lo ve? Y el chalado del chico, bueno, Harry, no le haría daño ni a una mosca, pero es aceite, aceite, ¿lo ve? Y también se pasará a su bando.

Ralph Angus sacudió lo que en otra época había sido una hermosa cabecita, como un caballo que ahuyentara a un tábano.

—No pienso hablar mal del señor Voss —dijo—. Además, no hay que *pasarse* a su bando. Todos *estamos* con él.

—¿Hablar mal del señor Voss? —dijo Turner, y escupió—. No se puede hablar de lo que no…

El escupitajo blanco y caliente empezó a curvarse y a retorcerse en las brasas del fuego abandonado.

—¿Cree usted en Dios, Ralph? —preguntó Turner.

—Diría que hay muy pocos individuos lo bastante desgraciados como para no hacerlo —respondió el joven con arrogancia.

—Yo no creo en Dios —dijo el otro, como si llevara ensayando su respuesta toda la vida.

Cayeron algunas gotas de agua, rompiendo el silencio plateado.

—No creo en nada que no pueda tocar.

Y golpeó el cazo, irritado.

—¿Cree que Voss sabía lo que pienso cuando se describió a sí mismo? A mí no me engañó.

—¿No se siente usted muy desgraciado? —preguntó Angus, a quien aquella revelación había sorprendido sobremanera.

—Bueno, hay muchas otras cosas en las que un hombre puede creer —exclamó Turner, mirando angustiado el rostro de su amigo que, sin embargo, no quiso devolverle la mirada—. Dejando a Dios a un lado, me pregunto… ¿Quién nos ha metido en este lío? ¡El mismísimo Demonio! —exclamó el hombre, enfadado—. ¡Ahora ya sabe lo que pienso del maldito señor Voss!

El joven Ralph Angus estaba tan conmocionado que sentía que no podía seguir apoyándose solo en su virilidad.

—El señor Palfreyman tiene fe —recordó, con el alivio de una muchacha piadosa.

—¡Ah! —dijo Turner encogiéndose de hombros—. El señor Palfreyman es un buen hombre.

Así contrarrestó lo que había dicho antes.

A la luz de la luna, las rocas parecían a punto de estallar, aunque no lo lograron.

—Menos mal que tenemos a Albert Judd —murmuró Turner, con voz soñadora—. Es de los nuestros, Ralph. Él nos guiará. Es todo un hombre.

—Tengo mucha confianza en Judd —convino Angus, cambiando de postura.

—¡Cómo no va a tenerla! —exclamó Turner—. No hay más que mirarle las manos.

En su fuero interno, en lo más profundo y secreto de su ser, el joven estaba molesto. Nunca se habría puesto en manos del convicto. Se le pedía algo que era casi indecente.

Por fin, se echó a reír, mostrando sus dientes varoniles e inmaculados.

—¡Cuántas tonterías estamos diciendo! —protestó—. Supongo que toda esta aventura nos está volviendo un poco locos.

Pero Turner ya no podía llevarle la contraria, porque se había quedado dormido con la boca abierta; y adherido a sus labios estaba lo que quedaba de la vida: la costra de sal fina y blanquecina que vuelve amargos los sueños. Roncaba entrecortadamente.

Entonces, el joven reparó en la distancia que había recorrido desde la fachada palladiana y el césped esmeralda hasta aquella región desértica, y en cómo había descendido casi con agradecimiento hasta el nivel de su compañero. Que hubiera otros niveles más altos que el suyo tampoco parecía importarle demasiado. Así que dejó vagar la mente y se adormiló. Le echó un vistazo rápido a Turner. Si su amigo hubiera pensado lo que él estaba pensando, lo habría censurado. Porque, justo en aquel momento, Ralph Angus estaba sentado junto al convicto, reparando maniotas. El tintineo de las cadenas era tan placentero como un juego de niños. El convicto era capaz de hacer muchas cosas sencillas, aunque fascinantes: sabía trucos y rimas, y podía eliminar una verruga casi por arte de magia. Entonces, el joven, que ya se había adentrado en la esfera del sueño, observó cómo las manos cogían la cuerda y le echaban el lazo al caballo castaño. Judd le explicó que había aprendido a hacer aquello en Moreton Bay; mientras, el lustroso caballo trataba de zafarse con todas sus fuerzas y parecía que las venas del cuello estuvieran a punto de explotar.

El día que siguió a la tormenta amaneció resplandeciente como el esmalte. Con los miembros entumecidos, los dos hombres llevaron a cabo su ritual matutino. Después mataron dos de los corderos más pasables; en realidad, fue Angus quien los mató mientras Turner le daba instrucciones, como si efectivamente estuviera participando en la actividad, algo que había aprendido a hacer trabajando como jornalero en Sídney.

En cuanto desollaron y cortaron en trozos los corderos, cargaron los caballos lo mejor que pudieron y se prepararon para transportar la carne por las colinas, a fin de secarla en el campamento principal.

El tiempo y la perspectiva de un poco de confort habían puesto a Turner de buen humor. Mientras reunía a las cabras que andaban triscando de acá para allá, y que en teoría seguían formando parte de la expedición, puesto que no habían recibido orden de abandonarlas, azotaba la grupa de su caballo con la mano y cantaba:

Ay, ay, corderito,
ha llegado tu hora…

—Pobres —añadió—, ¡cómo me alegro de perderlos de vista!

Y montó, dispuesto a subir la colina.

Mientras ascendían fatigosamente, guiando su pequeño hato de cabras, Ralph Angus se volvió para contemplar a los sucios corderos de la planicie, pero enseguida desvió la mirada, porque no quería que nadie supiera lo afectado que estaba por algo que debía considerar una mercancía, y no un animal. Aunque el joven era la integridad personificada, naturalmente había límites en cuanto a lo que estaba permitido mostrarles a los demás.

Durante la corta travesía no ocurrió nada extraño, salvo por el hecho de que los dos jinetes no tardaron en verse inmersos en un negro aluvión de moscas que se abalanzó sobre la carne que colgaba de sus sillas. Esto provocó que Turner comenzara a despotricar y a dar patadas y, en consecuencia, su viejo caballo se puso a brincar y a avanzar de lado. Ambos estaban cada vez más nerviosos.

—¡Por los clavos de…! —le gritaba el hombre al caballo—. Vamos a salir volando y a rompernos la crisma; ya noto cómo los gusanos recorren mi cuerpo. Ralph, ¿no los nota usted también?

Ralph se limitó a hacer una mueca, pues la tierra húmeda comenzaba a despedir vapor y la mente languidecía. Además, si aquella amistad tenía alguna ventaja, era que uno podía elegir permanecer en silencio. Los animales no hablan. Así que los dos hombres siguieron avanzando lentamente, aceptando los defectos del otro y agradecidos de poder disfrutar de los propios. Desde la distancia, aquellas pequeñas figuras no eran tan distintas.

Cuando por fin llegaron al campamento, les dijeron que Voss, Palfreyman y el nativo se habían marchado para llevar a cabo una misión de naturaleza científica, aunque no especificaron cuál, y que Judd estaba extraoficialmente al mando. El convicto decidió enseguida cortar la carne en tiras y encender una hoguera,

tanto para iniciar el proceso de curado con humo como para mantener las moscas a raya durante el proceso. Todo esto lo hizo él solo, porque los demás no mostraron ningún interés; o tal vez porque ya se habían puesto en sus manos.

La atmósfera en el campamento era pacífica, pues la lluvia se había llevado consigo muchas dudas. Un agua densa, turbulenta y amarilla discurría por el cauce del río. El verde también estaba creciendo en intensidad, las lanzas de hierba se distinguían claramente en primer plano y una densa neblina verde e indeterminada se levantaba en la distancia. Al gorgoteo del agua se añadían los miles de sonidos punzantes de la tierra húmeda, el ruido que hacían las bolas de comida regurgitada en las abultadas mejillas del ganado y los suspiros de los caballos devastados que por fin parecían alimentados y tranquilos. El aroma del estiércol rico, reciente y verdoso lo impregnaba todo. Sobre aquel escenario, en el que la luz trémula jugaba un papel más importante que la arquitectura del paisaje, palpitaban extraordinarias mariposas. Hasta entonces, los hombres no habían visto nada que pudiera compararse con sus colores, que se abrían y se cerraban, se abrían y se cerraban. De hecho, gracias a aquel par de goznes, el mundo de las apariencias se comunicaba con el mundo de los sueños.

Sin embargo, aunque todos habrían preferido quedarse unos días más tumbados al sol contemplando aquella escena, en cuanto Judd anunció que el cordero estaba lo bastante curado gracias a la acción combinada del humo y el sol, Voss dijo que a la mañana siguiente levantarían el campamento. La lluvia lo había rejuvenecido y no dejaba de hacer bromas de naturaleza enrevesada. Durante aquellos días de verde exuberante y luz deleitosa, Laura no se había separado de él y Voss incluso había adoptado rasgos humanos, al menos temporalmente. Igual que la tierra se sentía satisfecha, Voss por fin disfrutaba de las recompensas de su enlace. Hasta tenía la cara más rellena.

La víspera de su partida, Voss y Palfreyman estaban sentados junto a unas acacias, absortos en unas muestras que habían recogido: el ornitólogo andaba ocupado con una colección de pájaros; Voss, con algunas mariposas que solo habrían podido mostrar su amplio colorido si hubieran sido capaces de abrir las alas. Aun así, incluso muertas, las mariposas eran alegres.

—Dígame, señor Palfreyman —preguntó Voss—; como cristiano, ¿basta la fe para sobrevivir hasta que se alcanza el Paraíso?

—Yo soy un cristiano mediocre —replicó Palfreyman, sosteniendo en las manos un pájaro de color pardo—. Además —añadió—, es muy probable que el Paraíso resulte ser un espejismo.

—Ciertamente —rio Voss, pues aquel era un día alegre—. Yo mismo soy un *skeptisch* —afirmó, extendiendo la mano para abarcar tanto el paisaje como el mosaico de mariposas muertas—, aunque confieso que me fascinan las ilusiones, y aquellos que se dejan convencer por ellas. Pero parece que usted no está convencido —dijo amablemente.

—Estoy convencido —respondió por fin Palfreyman—. Tengo fe, y hay muchas cosas que acepto como verdades hasta que por fin se demuestren. Porque al final se demostrarán; de eso no tengo duda.

—Esa es la auténtica fe —dijo Voss, otra vez con amabilidad, porque la verde planicie lo había cubierto con su manto—. Al menos, eso dice mi esposa —añadió, desde algún lugar remoto.

—Pero ¿es que tiene usted esposa? —preguntó Palfreyman, alzando la mirada.

—¡No, no! —protestó Voss, riéndose—. ¡Eso diría si la tuviera! ¡Las trampas de la gramática! Me he agenciado una esposa solo por usar mal un tiempo verbal.

Palfreyman sospechó de aquella simplicidad, aunque era consciente de que un error gramatical bien podía ser fuente de divertimento para el alemán. Entonces, Voss le preguntó:

—Y usted, Palfreyman, ¿tiene esposa?

—No —confesó el ornitólogo.

—Ni siquiera una gramatical —murmuró su compañero, más como una afirmación que como una pregunta.

Su júbilo, aquella risa desvencijada que se ocultaba tras su sólida voz, había remitido ostensiblemente. La gente solía recordar la voz del alemán, mientras que su risa los molestaba y los ponía nerviosos.

El humor de Palfreyman, al parecer, también había cambiado, y el hombre empezó a recoger sus cosas, guardando las muestras y el instrumental en los maltrechos estuches de madera. Su soltería, que en otro tiempo le había parecido un sacrificio, de repente se había convertido en un tema humillante.

—Nada de esposas —dijo, asegurando una de las cajas con un afilado gancho de latón—. Cuando estoy en Inglaterra, generalmente vivo con mi tío, un clérigo de Hampshire; mi hermana es su ama de llaves.

Entonces, Palfreyman hizo una pausa y Voss, a pesar de su curiosidad innata, dudó sobre si debía indagar más. Los dos hombres se dieron cuenta de lo poco que se conocían, puesto que cada uno había respetado la privacidad del otro por celo de la suya propia. Además, el viaje los había tenido muy ocupados y, en aquel momento, bajo las acacias, envueltos en las sombras cada vez más profundas de la noche, sentían cierta reticencia a abrir sus corazones.

Sin embargo, Palfreyman, que ya había dado el primer paso, se vio arrastrado por el terrible trasfondo de su pasado. Como ya había perdido la esperanza de que lo rescataran, continuó:

—La vicaría de mi tío sorprendería a cualquier extraño que esperara encontrar una casa consagrada a las necesidades humanas habituales. Tampoco recuerda al hogar de un entregado siervo de Dios que no ha sido recompensado debidamente. Sin duda, se aprecia el avanzado deterioro de la piedra gris, que las parras están agrietando, o tal vez manteniendo en pie, es difícil decirlo, pero es bastante evidente que el declive se debe a la falta de cuidados. Si el techo se desplomase, algo bastante plausible, el vecindario se despertaría por el estruendo de cristales más terrible, puesto que las habitaciones están repletas de objetos de cristal fino en una gran variedad de colores, de instrumentos musicales y de campanas que protegen conchas o flores de cera, por no hablar de las cajas de colibríes. Mi tío, aunque es clérigo de profesión y vocación, heredó una pequeña fortuna de un primo lejano. Algunos dicen que aquello fue su ruina, porque puede permitirse el lujo de ser negligente, pero mi hermana, que es pobre y depende de él, sufre de esa misma enfermedad, además de padecer la suya propia, claro está, de la que le hablaré luego.

Al parecer, la vida del narrador estaba tan saturada que le resultaba difícil abrirse paso entre los frágiles objetos de cristal.

—Mi hermana pasa muy poco tiempo en la casa, y con toda probabilidad no sería capaz de recordar con detalle el contenido de las habitaciones. Sin duda, el polvo debería estar en primer lugar en su lista de tareas domésticas. No me cabe ninguna duda de que sus conocidos se sorprenden de que una persona tan cuidadosa y limpia, de atuendo y carácter, sea capaz de vivir entre ese polvo omnipresente. Además, gracias a que mi tío goza de una posición desahogada, tiene a su servicio a dos flemáticas criadas. Lo que sus críticos suelen pasar por alto es que, en su apresuramiento por salir de la casa, al jardín o al bosque, se le olvida constantemente darles instrucciones. A mi hermana le gustan especialmente los setos vivos y las flores silvestres: las violetas, las prímulas, las anémonas y otras parecidas. Es capaz de salir a ver las flores incluso cuando hace un tiempo de perros, ataviada con una vieja capa gris, y a menudo regresa con una brazada de perifollo verde o un collar de brionia escarlata alrededor del cuello.

»Como los gustos de mi tío son similares (él siempre trae musgo para secarlo y plantas para prensar), la parroquia está muy descuidada. Pero las ovejas se mantienen fieles a sus pastores y hacen lo necesario para protegerlos. Me he dado cuenta de que la gente tolera a un hombre aquejado de lo que podría llamarse una debilidad decorosa; incluso llegan a amar a la víctima, no a pesar de ello, sino a causa de ello. Y luego está la dolencia de mi hermana.

El alemán se percató de que Palfreyman también la padecía.

—Mi hermana es varios años mayor que yo. Es más bien frágil, aunque se mantiene activa gracias a su asombrosa fuerza de voluntad. Es una mujer muy apasionada, capaz de hacer algo añicos deliberadamente, y después llorar por haberlo destrozado y tratar de pegar los pedazos. Por ejemplo, uno de esos adornos de cristal de los que le he hablado. Una vez, siendo yo niño, se puso hecha una furia y me lanzó por una ventana del piso de arriba. Lo que ocurrió fue lo siguiente: como percibí un silencio sospechoso, me deslicé en su habitación y encontré a mi hermana mirándose al espejo. Se había perfilado los labios con tinta roja, dibujando el arco de una boca perfecta, aunque horripilante. Yo estaba aterrorizado, y todavía me asusté más cuando ella me descubrió; se abalanzó sobre mí inmediatamente y, en un acceso de ira, me empujó por la ventana abierta. Entonces, mientras yo yacía en el suelo susurrando apenas sin aliento que me había roto la espalda, ella bajó corriendo, chillando que me había matado y que, incluso si me recuperaba, tendría el mismo aspecto que ella durante el resto de mi vida. Se refería a su espalda —explicó Palfreyman—: mi hermana es deforme.

La señorita Palfreyman estaba junto a los dos hombres y no les quitaba ojo. Retorcía un ramo de florecitas, tal vez violetas —en definitiva, su ofrenda—, de las que la carne se desprendía en unas tiras espantosas. De todas las manchas y distorsiones de la noche, la sombra de su joroba en la tierra era la más horrible.

—Me besaba, lloraba y se culpaba, y también exclamaba esperanzada —dijo Palfreyman—. Llegó un punto en que su amor empezó a asustarme más que mi propio estado. Especialmente cuando el dolor remitió y me levanté. Porque lo único que había pasado es que el golpe me había dejado momentáneamente sin respiración. Entonces, mi hermana se sintió avergonzada. Los dos estábamos avergonzados. Pero ella, además, estaba resentida. Lo he pensado muchas veces desde entonces, y estoy seguro de que le habría gustado que yo hubiera tenido «su mismo aspecto», por utilizar sus palabras, para así ser completamente suyo. Lo máximo que puedo hacer por ella es no dejar de rezar para poder cargar con parte de su sufrimiento y aprender a corresponder a su amor en la medida en que ella lo necesita. Pero, hasta ahora, he fallado. Sé que he fallado cuando la veo ponerse en cuclillas en el jardín para contemplar las flores o arrancar un pedazo de artemisia o romero; lo huele y lo lanza lejos, y después vuelve la cabeza y sigue caminando. O sale corriendo para

encargarse de los deberes que ha estado descuidando: el trabajo de la parroquia; y a los parroquianos, gentes sin cultura que han heredado un libro y no saben leer, pero que se sienten muy orgullosos de ello, les gusta pasar el tiempo con ella, a pesar de que es una mujer extraña. Nada de esto, por desgracia, alivia el dolor de mi hermana. Siente que está condenada a ser especial. He olvidado comentarle que ha mandado quitar todos los espejos de la casa, porque ha llegado a odiar su reflejo. Por supuesto, las habitaciones están repletas de todos esos objetos de cristal que he mencionado antes; aunque dice que esos no le importan, porque siempre distorsionan.

—¿Y su tío no ha reparado en que los espejos han desaparecido? —preguntó el alemán.

—Mi tío lleva muchos años obsesionado por descubrir la clave de las Revelaciones de san Juan el Divino. Dudo que reparase siquiera en la desaparición de mi hermana; mucho menos en la de un espejo.

La noche se había disuelto en un vasto olvido. El gris había engullido la neblina verde de forma natural. Los hombres habían sido arrinconados contra las raíces del árbol, y cada uno contemplaba el rostro del otro con los ojos de un náufrago que divisa una balsa.

—Mi mayor fracaso —continuó Palfreyman— ha sido no ser capaz de salvar a mi hermana de sus alucinaciones. No cree que pueda redimirse, porque siente que no es aceptable a los ojos de Dios. Lleva la marca de Su desaprobación. Hace poco, trató de quitarse la vida cortándose las venas.

—Y se arrastró por las habitaciones repletas de joyas de cristal —soñó el alemán—. Su joroba se aprecia menos bajo la gruesa capa gris. Cuando usted la encontró, ella estaba muy débil, aunque la sangre, que había salpicado los colibríes y algunos instrumentos musicales, la hacía resplandecer.

—Sí.

—Y usted salvó, o condenó, a su hermana —lo acusó Voss— cuando le negó los esplendores góticos de la muerte. La intención de la dama era gloriosa, pero usted se apresuró en hacerle un torniquete, cuando lo único que podía ofrecerle era su propio delirio.

—¡No puede destruirme, señor Voss! —insistió Palfreyman.

—Entonces —continuó Voss—, no mucho después, se marchó usted a las antípodas, para alejarse todavía más de sus fracasos; y ahora estamos sentados bajo este árbol, rodeados de peligros, sin duda, pero de peligros de una naturaleza impersonal.

—Sí —dijo Palfreyman—. Sí.

Partió una ramita.

—Creo que ya me había dado cuenta de todo eso —dijo—, y que no tuve la fuerza suficiente para soportarlo. Y debo enmendarme.

Entonces, Voss, que había estado observando el rostro desdibujado de su compañero, supo que Palfreyman nunca podría salvarlo, algo que casi había deseado mientras escuchaba la historia de la hermana jorobada. Aunque al hermano lo salvaría la fuerza de su propio delirio, el alemán sospechaba que a la hermana jorobada y a él mismo les estaban reservados los esplendores góticos. La luna apareció entre las acacias y brilló en los ojos de los condenados.

A la mañana siguiente, los miembros de la expedición se levantaron y emprendieron el camino a lo largo de la orilla sur del río rejuvenecido, que serpenteaba hacia el oeste. El verde disfrazaba la naturaleza traicionera del suelo y, en los lugares en los que la lluvia había caído con más fuerza, existía el peligro constante de que las bestias de carga se empantanaran, cosa que ocurría de vez en cuando. Entonces, el odio del alemán hacia las mulas se volvía ingobernable y era capaz de desviarse cien yardas de su camino solo para armarse con la rama de un árbol. En aquellos momentos, los animales olían el peligro desde la distancia y comenzaban a sudar y a temblar, temiendo su regreso; algunas mulas incluso trataban de morderlo a su paso, haciendo tintinear las embocaduras y poniendo los ojos de porcelana en blanco.

Los perros, sin embargo, sí contaban con el aprecio de Voss, que sufría por ellos si se les agrietaban las almohadillas de las patas, si sufrían heridas al pelearse con los canguros, o si, sencillamente, morían. Se lo comía la envidia cuando observaba a otros hombres tratando de ganarse el afecto de sus perros, y, cuando no podía soportarlo más, se alejaba; de hecho, era sabido que en más de una ocasión le había lanzado piedras al animal infiel. En general, sin embargo, los perros ignoraban a cualquiera que se les acercara salvo a Voss. Eran devotos solo de aquel hombre. Lo adoraban, lo cual le causaba una gran satisfacción. Voss se sentía morbosamente agradecido por las atenciones que le prodigaban aquellas lenguas cálidas, aunque nunca habría permitido que nadie lo viera correspondiendo a sus muestras de cariño.

A aquellas alturas del viaje, el número de perros había quedado reducido a dos: una especie de terrier de pelo duro y Gyp, la enorme mestiza de terranova que tan buenos servicios les había prestado como perro pastor en los días en que todavía tenían ovejas.

—Gyp está en plena forma, señor —le comentó Judd a Voss un día mientras cabalgaban.

Sabía que el líder le tenía mucho cariño a la perra, y pensó que así se congraciaría con él.

De hecho, la perra negra tenía un aspecto inmejorable desde que habían abandonado a las ovejas y el suelo se había ablandado. Llevaba una vida placentera y trotaba de acá para allá sobre sus patas esponjosas; la larga lengua rosada le colgaba de la boca saludablemente y su pelaje azabache resplandecía.

—Nunca ha estado mejor —se aventuró a añadir Judd.

—Así es —replicó Voss.

Había cabalgado hacia atrás en busca de compañía y ahora sentía que había cometido un error; debía sufrir por ello.

—Sí —dijo, levantando la voz—. Está comiendo demasiado, y llevo varios días considerando qué hacer por el bien común.

Los dos hombres guardaron silencio durante un rato, observando con fría fascinación el alboroto de la perra, que pasaba ante ellos una y otra vez haciéndoles carantoñas.

—He pensado en sacrificarla —dijo Voss, fascinado—; puesto que ya no hay ovejas, tampoco hay necesidad de conservar a Gyp.

Judd no respondió; pero Harry Robarts, que cabalgaba cerca de ellos, justo detrás del ganado, alzó la cabeza y protestó:

—¡Ah, no, señor! ¿Matar a Gyp?

Solo de pensar en ello, se le secó la garganta y los ojos le escocieron.

Otros reaccionaron de modo similar cuando se enteraron de la decisión de Voss. Hasta Turner sugirió:

—Todos le daremos parte de nuestra pitanza a Gyp cuando no cace nada. Comerá de nuestras raciones, señor, así no disminuirán las provisiones.

Voss se esforzaba en sonreír.

—Me gustaría mucho poder permitirme el lujo de ser sentimental —dijo.

En consecuencia, cuando hicieron un alto a mediodía, el alemán llamó a su perra, que lo siguió durante un corto trecho. Tras dirigirle unas cuantas palabras, se miró en los ojos del amor y apretó el gatillo. Sintió que un sudor frío bañaba su cuerpo. Habría podido volarse la mandíbula. Pero trató de convencerse de que había hecho lo correcto, a pesar del dolor; en el futuro tendría que someterse a una disciplina más severa.

Entonces, el hombre cavó con sus propias manos un agujero para enterrarla. Como la tumba era poco profunda, colocó encima unas cuantas piedras y algunas ramas de un viejo roble que encontró junto al río.

Los miembros de la partida lo observaban a cierta distancia.

—¿Y qué más da? —dijo por fin Turner, uno de los que más había protestado en defensa de Gyp—. No es más que una perra, ¿no? Y podría haber acabado convirtiéndose en una molestia. Tal vez haya hecho bien matándola. En estas circunstancias, todos somos perros.

Tras conducirse durante varios días como un muerto, Voss acabó consolándose. Al haber enterrado otros motivos con los perros, decidió que había llevado a cabo aquel acto por el bien de todos. Si había desconcertado a sus hombres, estaba en su derecho de mostrarse misterioso. Si Laura no lo aceptaba, era porque su amor era tan puro como el de los ojos de su perra.

Mientras cabalgaban, hablaba con aquella compañera fiel que vivía y respiraba en su interior: para ganarle la partida, solo tenía que acercar la cabeza al hocico. Por las noches, sin embargo, sufría en su cuerpo los espasmos de la perra moribunda. Hasta que los amantes se rozaban las manos y escuchaban lo que decían sus alianzas. Estaban realmente casados. Pero no puedo matar y tener al mismo tiempo, se decía él en sueños. El suave pelaje del amor lo atormentaba. Así que decidió dejarlo allí de una vez por todas y alejarse. Volvió a ser el esqueleto de antes, enjuto y obsesionado.

Ahora, de noche, caían balas de agua sobre las brasas de las hogueras, y los hombres dormidos se agitaban inquietos porque las lonas sonaban como si los proyectiles las hubieran alcanzado. Llovía sobre todo por las noches, aunque en una ocasión los hombres y las bestias tuvieron que guarecerse también durante todo un día. Su desgracia se prolongó hasta que anocheció, cuando, de repente, la oscuridad se abrió para dar paso a las gélidas estrellas.

Después empezó a llover otra vez, y ya no paró. Nadie podía imaginarse la eternidad, salvo en forma de lluvia.

Los hombres y las bestias se abrían camino a embestidas a través de la cortina de agua, cada vez más delgados. Algunos hombres se odiaban entre sí más que nunca. El odio de los animales es menor, claro está, porque no tienen expectativas. Pero los hombres acumulan el odio, se vuelven verdes de envidia. Verde era también el limo que caía sobre la tierra que tan fatigosamente atravesaban. En aquel lado del río había árboles de color verde brillante, con hojas largas y oscuras como lanzas que resultaban una amenaza para los ojos y los tímpanos. Aun así, en aquel momento, las almas de los hombres eran más vulnerables que su carne. Uno o

dos de los hombres no tuvieron reparos en confesarse a sí mismos que con sumo placer se habrían dejado morir.

Porque, en aquella estación, la tierra se estaba enfriando: los días frescos se alternaban con otros de una calima intermitente, y por las noches, inequívocamente frías, las húmedas lonas andrajosas y las carnes maltrechas ondeaban a merced del viento. Además, los escalofríos y las fiebres habían hecho su aparición. No había quien no se frotara los jirones de carne temblorosa y ajada, que de tan seca parecía bacalao salado, para entrar en calor. Los dientes de color amarillo verdoso castañeteaban en los cráneos cadavéricos de los hombres, que, aunque desilusionados, todavía seguían lúcidos.

Frank Le Mesurier era el que peor estaba, pues había sido el primero en comenzar a desvariar; de hecho, había empezado la noche en que había cruzado las montañas para entregarles a los pastores el mensaje de su líder. Se quejaba de que los guisantes secos se le quedaban pegados a las mandíbulas doloridas y de que no podía ni tragarlos ni escupirlos, y decía que tenía una especie de tesoro que no podía perder bajo ninguna circunstancia: se trataba de unos pedazos enormes de un mineral candente que le destrozaban las manos cada vez que intentaba sacárselos del pecho.

Se había vuelto muy frágil y delgado, cetrino y transparente; parecía un lirio amarillo, aunque peludo y maloliente. Un día, al darse cuenta de cómo se cimbraba sobre la silla de montar, Voss ordenó al joven que acampara dentro de su tienda en cuanto hicieran un alto, y él mismo le administró quinina y lo envolvió en varias mantas. Se deshizo en atenciones para con el paciente, como si estuviera obligado a demostrar sus capacidades. Dispensar amor, recordó repentinamente. A ninguno le sorprendió aquella actitud; no porque sospecharan que estaba siendo hipócrita, sino porque estaban acostumbrados a esperar cualquier cosa de Voss. O de Dios, que venía a ser lo mismo. En el estado de confusión en el que se encontraban, era difícil distinguir un acto de otro, un motivo de otro, o cuestionar por qué el poder supremo debía dividirse en dos. Las palabras *acariciar* y *asesinar* pueden parecer similares cuando uno ve borroso. Así que todos observaban al alemán con circunspección mientras este atendía al enfermo. De espaldas a ellos, el propio galeno sufría lo indecible a causa de los fluidos que el paciente expulsaba constantemente, pero sobre todo tenía miedo a que su caudal de amor se agotase, o a que su fraudulenta divinidad quedara en evidencia.

Cuando llegó la hora del crepúsculo, pues habían acampado temprano debido al lamentable estado de salud de la mayoría de los hombres, Voss ordenó a Jackie que lo acompañara para echarles el lazo a varias de las cabras que habían parido hacía poco tiempo. El negro las sujetó mientras Voss las ordeñaba, algo que habría resultado ridículo y torpe en una situación menos heroica. Después, el alemán regresó apresuradamente hasta donde estaba el enfermo, con la lluvia golpeteando el cubo espumoso. Al caer la noche, convencieron a Le Mesurier de que bebiera un poco de aquella leche caliente y densa, con un chorrito de ron de una provisión que el prudente alemán había guardado para los casos de enfermedad.

Voss se arrodilló junto al enfermo y, mientras este probaba la leche, observó con nostalgia el suelo de lodo apisonado de la tensa tienda.

—Frank, dígame, ¿se siente un poco mejor? —le preguntó.

—No —replicaron aquellos labios biliares por los que chorreaba un hilillo de leche—. Es muy angustioso. Todo me da vueltas, es como si mi mente y mi cuerpo no encajaran.

Como seguía lloviendo, el alemán se retiró temprano. Entonces, la fiebre que se había apoderado de ambos ocupó la tienda por completo. Sin embargo, en cierta medida, Voss se sentía aliviado por el amor que había dispensado; le había hecho más bien a él que al paciente. Así que continuó aplicándose su bálsamo blanco. En esta ocasión, ella llevaba una túnica con capucha, hecha de lluvia gris, cálida y espesa, que le cubría el cuerpo por completo, salvo el rostro. Su experiencia le dijo que la mujer sufría de parálisis célibe. Sin embargo, la figura de piedra no protestó, ni tampoco deseó nada. Se limitó a esperar al que sabía que era su médico. En esta fase de la enfermedad, dijo, te administraré esta pildorita blanca, que en tu interior adquirirá proporciones gigantescas. Ten en cuenta que el acto de dar es menos humillante que el de recibir. ¿Podrás soportar recibir algo que implique un gran padecimiento? Vio cómo una grieta se abría en la piedra color miel, formando una sonrisa. Si he padecido al Padre, dijo ella, puedo padecer al Hijo. Inmediatamente, él notó que el asunto estaba tomando proporciones carnales y sintió nauseas. No era musulmán; sus pantalones no habían sido diseñados para el parto. Soy Uno, protestó, formando una gran O con su decidida boca. Y tiró la píldora al suelo. Pero ella siguió sonriendo inexorablemente, lo cual significaba que llevaban casados una eternidad y que las estatuas de piedra sobrevivirían a los invasores turcos.

Al despertarse, el alemán comprobó que seguían meciéndose y bamboleándose en el mar de aquella noche de lluvia, acompañados de los gemidos de los cabos y los temblores de las lonas, y divisó una vela de sebo, que había guardado para una emergencia, en medio de la oscuridad. Evidentemente, Le Mesurier había encendido la vela con la esperanza de resistir al caos. Aquel cono de luz amarilla era la única realidad.

—Oh, señor, estoy enfermo —se quejó cuando se dio cuenta de que Voss lo estaba observando.

—No hace falta que lo diga, Frank —dijo Voss.

—No sé qué hacer para sentirme mejor. No tengo fuerzas.

Y entonces se recostó, para descansar en su desgracia.

Voss notó un profundo hedor y comprendió enseguida que su compañero había perdido el control del esfínter. Estoico, se dispuso a limpiarlo. Los futuros santos, decidió, se habrían disputado una oportunidad como esta, porque el verde y el marrón del lodo y el cieno, de las heces incontroladas y del estómago sin fondo de la náusea son los auténticos colores del infierno.

Cuando terminó, colocó a su lado la palangana de hierro y dijo:

—Pero no soy un santo, Frank. Hago esto por necesidad y por higiene.

Le Mesurier se tapaba los ojos con la mano.

—¡Está usted en deuda conmigo! ¿Me oye? —dijo el alemán con una sonrisa.

Percibiendo el vestigio de una broma, al enfermo se le iluminó el rostro. Murmuró unas palabras de agradecimiento.

Después de vaciar la palangana, Voss le administró a Le Mesurier un poco de ruibarbo y láudano, y este empezó a dormirse, aunque de vez en cuando su mente regresaba del mundo de los sueños.

En una ocasión se incorporó y dijo:

—Le recompensaré, se lo prometo. No le traicionaré.

Y otra vez:

—Puede que algún día le deje contarlo, cuando podamos beber algo juntos. ¿Hervimos agua, señor Voss?

—No con esta lluvia —respondió el alemán—. Nunca conseguiremos encender un fuego.

—Algo juntos —insistió el enfermo, que tenía mucha fiebre; y añadió—: Pero démelo. Lo pondré debajo de la manta para protegerlo.

—¿Darle el qué? —preguntó Voss, que ya estaba volviendo a quedarse dormido.

—El libro —dijo Le Mesurier—. Está en mi alforja. Démelo, Voss. Es el que tiene los cantos jaspeados.

«Como las camelias», recordó Voss.

—¿Puedo verlo? —preguntó cautelosamente.

¿Para leer el pasado? ¿O tal vez fuera el futuro?

—No —dijo Le Mesurier—. Es demasiado pronto.

Voss hurgó en la alforja y, entre migajas de pan duro y esquirlas de carne solidificada, encontró el libro.

En aquel momento, sujetando el libro, de rodillas, reparó en lo poderoso que era. Nunca antes había tenido el alma de un hombre en sus manos.

—¿Me recompensará con esto, Frank? —preguntó.

—Todavía no estoy preparado —dijo Le Mesurier—. ¿Recuerda usted aquella noche, bajo los árboles, en el Domain? Solo podré darle lo que usted me ha dado a mí. Con el tiempo. Pero usted no se imagina lo que cuesta arrancármelo, porque de lo contrario no me lo pediría. ¿Acaso no ve que sangra por las raíces?

—Ahora procure dormir —le aconsejó Voss—. Hablaremos de esto en otro momento.

—Sí —convino Le Mesurier, dispuesto a dormirse. Y, por seguridad, colocó el cuaderno bajo la manta.

Pero casi inmediatamente volvió a incorporarse y, tras humedecerse los labios, pues temía que las palabras no pudieran abrirse camino a través de ellos, empezó a hablar con relativa lucidez:

—Al principio pensaba que, si era capaz de describir cualquier cosa con precisión, este pequeño cono de luz con los contornos borrosos, por ejemplo, o este cazo, estaría diciendo la verdad. Pero no era capaz. Toda mi vida había sido un fracaso, abyecta, sin ningún propósito, a menudo degradante. Hasta que fui consciente de mi poder. El misterio de la vida no se resuelve con el éxito, que es un fin en sí mismo, sino con el fracaso, con la lucha perpetua, con el proceso de convertirse en algo.

A Voss no le interesaba que los demás le contaran sus secretos. Prefería seguir su intuición, para luego abalanzarse como un perro sobre ellos. En aquel momento, no contaba con ventaja. Así que dijo:

—Está temblando a causa de la fiebre, ¿sabe? Será mejor que intente descansar.

También él temblaba por aquellos secretos suyos que el joven parecía conocer.

—¡Descansar! —dijo riéndose Le Mesurier—. Es hora de volver a recordarle aquella noche que pasamos juntos en el Domain, donde más o menos reconocimos tener un demonio común.

En aquel momento y en aquel lugar, al alemán no se le ocurría cómo detener la conflagración.

El enfermo seguía ardiendo.

—Por supuesto, los dos somos un fracaso —dijo, y aquello sonó como una declaración de amor.

Tumbados el uno junto al otro, escuchaban la lluvia lenta y constante, que no remitía.

—Si no estuviera enfermo, Frank —dijo Voss por fin—, ni usted creería lo que está diciendo.

Pero el joven lo veía todo con absoluta claridad.

—Es el efecto de la droga —explicó Voss, que también estaba sucumbiendo al sueño—. Mañana no recordará usted nada de lo que ha dicho. Por eso mismo —añadió con aspereza, mientras estiraba el cuello esmirriado—, estoy de acuerdo con usted en que es posible que sea cierto.

Y así, por fin, los dos hombres se unieron.

Le Mesurier, que estaba convencido de que su misión consistía en extraer hasta la última gota de aquella relación, se incorporó y le preguntó:

—Puesto que he sido invitado a presenciar la perdición de un hombre y a expresar con fidelidad todo lo que vea, ¿representará usted su papel hasta el final?

—No tengo alternativa —contestó Voss, dirigiéndose al cuerpo gris verdoso de su compañero ya dormido.

Poco después, el alemán, que había tenido intención de examinar el cuaderno, pero que se había contenido por la desazón, incluso el miedo, que le provocaba leer sus propios pensamientos, cayó rendido bajo la luz plateada.

Por la mañana, el líder de la expedición decidió salir con el chico aborigen a buscar un lugar más adecuado en el que guarecerse de la humedad y tratar a los enfermos. Después de cabalgar un par de millas, fueron recompensados con lo que parecía ser la entrada a unas cuevas en la orilla opuesta del río.

—Ve tú, Jackie —dijo Voss—. Comprueba sitio bueno, seco.

Pero el chico negro, que temblaba y tiritaba envuelto en una mortaja de lona tiesa y empapada, contestó:

—Demasiado negro. Perder dentro.

—Dugald no estaría asustado —dijo Voss.

—Dugald no aquí —respondió Jackie, haciendo honor a la verdad.

Voss maldijo a todos los cochinos negros, pero enseguida se convenció de que había sido la lluvia lo que le había hecho perder los nervios, pues no tenía la menor duda de que estos súbditos de su reino continuarían compartiendo sus padecimientos con él mucho tiempo después de que los hombres blancos lo hubieran abandonado.

Como no había otro remedio, espoleó a su desventurado caballo y descendió por la dorada orilla del río hacia el agua, que, estremecedoramente fría, se tragó todos los pensamientos y emociones. Por lo demás, era placentero ir a la deriva. Ningún sueño sería nunca tan calmado, tan silencioso, tan inevitable. Pero el caballo maltrecho, que nadaba o más bien chapoteaba en el agua, por fin encontró un punto de apoyo, emergió como pudo y salió espantado hacia la orilla opuesta, donde se sacudió hasta que sus huesos y los de su jinete entrechocaron de un modo terrible. Jackie, que los había seguido sujetando la cola del caballo castaño, llegó hasta ellos enseguida, sonriendo y castañeteando los dientes de frío, pues había perdido su capa de lona, y la luz y el agua corrían por su cuerpo desnudo. El miedo y el frío habían bruñido su piel de color bronce, tan distinta del hierro de la mayoría de los negros, de un dorado imperial que había reconciliado a Voss con su esclavo, especialmente porque habían salvado el río gracias a su propio valor.

—Ahora inspeccionaremos las cuevas —anunció.

El joven negro no se opuso, pero prefirió dejar que la magia exorcizante del hombre blanco tomara la delantera. La noche era terrible y la sucesión de cuevas, interminable; el chico habría preferido no tener que atravesar aquella oscuridad sin fuego. Hasta la luz de la luna le parecía sospechosa, provista de aquel pelaje malicioso y los dientes traicioneros capaces de engatusar a la piel negra.

—Hombre negro pertenecer estas cuevas —dijo Jackie, olfateando algo.

—¿Cómo? —preguntó Voss.

El chico negro no era capaz de explicar sus instintos, así que sonrió y movió la cabeza hacia los lados, evitando la inquisitiva mirada de su superior.

—Enseguida lo averiguaremos —dijo el alemán, poniéndose en cuclillas.

En cuanto entró, una legión de murciélagos empezó a revolotear. Salieron de allí chillando bajo la lluvia, luego giraron en círculo y, a falta de una alternativa, regresaron a la oscuridad que el hombre había perturbado. Solo en aquel paisaje, el chico negro sintió que tal vez fuera mejor seguir a los murciélagos y reunirse con su señor. Qué afortunado era de tener uno. La lluvia suspiró con él.

Las cuevas no resultaron ser ni muy hondas ni muy oscuras, porque, además de que eran poco profundas, una abertura descendía por el lateral de la escarpadura hasta la cámara más importante, filtrando una luz polvorienta. El suelo estaba cubierto de tierra, lo que amortiguaba las pisadas y dotaba al lugar de un aire reverencial. Olía a polvo y a años, posiblemente también a cuerpos humanos, pero antiguos y, en definitiva, indolentes.

Influido por aquella luz reverencial, el chico negro murmuró algo en su propio idioma, conmovido. Ahora la cueva también empezaba a oler a su cuerpo vivo y joven. Su expresión espontánea y sus músculos

ilusionados parecían indicar que aquel lugar estaba lleno de magia.

Entonces, Voss se fijó en los dibujos.

—¿Qué significan, Jackie? —preguntó.

El chico empezó a explicarle algo en su propio idioma, ayudándose del dedo índice.

—*Verfluchte Sprachen!* —gritó el alemán, pues se sentía doblemente atrapado por el lenguaje.

Como el chico continuó su explicación sin inmutarse, el hombre no tuvo más remedio que recuperarse de su arrebato. Miró las pinturas.

—Serpiente —explicó Jackie—. Padre mi padre, todos hombres negros. *Gut* —añadió el chico en honor del alemán; y la palabra alumbró aquel espacio.

El hombre se rindió ante la simplicidad de los dibujos. En lo sucesivo, todas las palabras serían engañosas, salvo aquellas autorizadas por la necesidad, el pasamanos del lenguaje.

—Canguro —dijo el chico—. Hombre viejo —sonrió, tocando ciertas partes muy prominentes.

Aunque levemente interesado en el misterio de los dibujos, que representaban la realidad con todo lujo de detalles, el alemán se apartó del canguro y dijo con remilgo:

—*Ja. Natürlich.* Pero esto me gusta más. ¿Qué es?

Aquello parecía una asamblea de esqueletos tortuosos, o un amasijo de huesos y plumas. Voss recordó que, siendo un niño, había volado cometas con mensajes atados a la cola. A veces la cuerda se rompía y la cometa, si no se desintegraba antes en el aire, llevaba su mensaje a lugares remotos; pero nunca había recibido una respuesta.

Sin embargo, en aquel momento, mirando aquellas figuras-cometa, sintió que había esperanza.

—Hombres idos todos muertos —explicó el chico—. Por todas partes —dijo, dibujando un arco con el brazo —. Por roca. Por árbol. No más hombres —continuó, peinando la luz con sus oscuros dedos, como si se tratara de una cabellera—. No más nada. Como esto. ¿Ver? —Jackie colocó la mejilla sobre sus manos plegadas y cerró los ojos, haciendo que sus largas pestañas juguetearan entre sí—. Viento soplar mucho, noche blanca, ahora hombres muertos. Salir. Nosotros no ver. Estar en todas partes.

Las paredes de la cueva vibraban con los susurros de las cometas enredadas. Las almas de los hombres esperaban su turno para salir.

—Ahora entiendo —dijo Voss muy serio.

Y así era. Lo entendió perfectamente. Y se sintió inmensamente feliz.

¿Por qué no puede seguir siendo así?, le preguntó a la mujer que moraba en su interior y que le contestaba a través de las puntas de su larga y suave cabellera. Ella dijo: es posible que las almas de aquellos a los que conocemos no comuniquen más que sus palabras, si uno toca las cuerdas a las que las palabras están sujetas; y por eso estas están hechas para romperse, para que las almas liberadas puedan llevar mensajes de esperanza a Bohemia, a Moravia y a Sajonia, si es que la lluvia no los borra; en ese caso, los que los encuentren deberán contentarse con hacer conjeturas.

El hombre debería haber sentido humedad, dolor y frío en la cueva, pero el alma dulce e instintiva de la mujer no dejaba de acariciar su espíritu obstinado y perseverante. Entonces pensó que le habría gustado hacer su contribución a las pinturas rupestres, en secreto —aunque no sabía por qué en secreto, pues el chico nativo no lo habría comprendido—: le habría gustado dibujar la *L* de la felicidad en un ocre cálido.

Pero el tiempo pasaba, los murciélagos estaban inquietos y el chico se había cansado de las pinturas y estaba de pie en la entrada de la cueva, recordando aquel canguro de buenas proporciones de cuyos pedazos de piel chamuscada se había alimentado durante los últimos diez días. Ahora tenía hambre.

—*Nun wir müssen zurück* —dijo el hombre, regresando de un mundo muy lejano.

Al negro, el lenguaje le daba igual: es decir, por lo general, no escuchaba. Se limitó a esperar a que el hombre actuase. Y entonces lo siguió.

Por la tarde, la partida principal se trasladó a las providenciales cuevas: Le Mesurier, que todavía estaba muy débil, iba balanceándose sobre su caballo junto a Turner, Angus y Harry Robarts, que también estaban enfermos, aunque menos graves. Cuando llegaron al lugar en el que Voss y el nativo habían cruzado el río, se decidió que construirían una balsa para transportar hasta la otra orilla todo lo que no pudiera mojarse. En consecuencia, Judd empezó a cortar ramas, aunque en los alrededores no había muchas, y menos aún rectas. No obstante, consiguió hacer acopio de una mínima cantidad de leña. La lluvia no había conseguido minar su ánimo. El agua se había convertido en su elemento y su hacha reluciente nadaba atravesando la madera. Los tallos enseguida estuvieron sujetos y colocados sobre flotadores de troncos huecos por medio de unas correas de cuero que Judd había guardado para el día en que pudieran necesitarlas.

Mientras tanto, los hombres habían empezado a gritar y a apalear al ganado, a las mulas y a los caballos de repuesto para que cruzaran el río. Los animales suplicaron compasión con gemidos y forcejeos, pero acabaron

zambulléndose en el agua. Las siguientes fueron las cabras, que intentaron por todos los medios poner pies en polvorosa. Aquella operación casi podría haberse tildado de asesinato, puesto que las racionales criaturas chillaban como si un cuchillo estuviera a punto de rebanarles la garganta. Las cabras comenzaron a moverse tratando de nadar. Sus cuernos rasgaban el aire en vano. Entonces, los hombres vieron que al menos cinco de los animales eran incapaces de bracear. Mientras la corriente se los llevaba, una vieja cornúpeta miró implorante a Voss, que empezó a gritar:

—Señor Judd, ¿todavía no ha terminado la balsa? ¡No nos dará tiempo a cruzar y a secarnos antes del anochecer!

Pues nada podía hacerse ya por las cabras.

—¡Señor Judd! —gritó—. ¿Es que no ve que la harina se convertirá en masa en el agua? ¡Colóquela en la balsa, por Dios!

El alemán se sentía tan angustiado por el destino de las cabras que, mientras fingía no ver cómo aquellos dignos animales bajaban hacia el infierno, decidió hacer que todos los miembros de la expedición acabaran odiándolo.

Entonces llegó el turno de la balsa. No fue fácil botarla debido a la pendiente de la orilla y al peso de la leña verde, pero finalmente chocó contra el agua y pudieron cargarla, sobre todo con harina, municiones, las muestras ornitológicas del señor Palfreyman y plantas e insectos propiedad de Voss. Mientras varios pares de manos afianzaban los troncos, Judd y Jackie cruzaron el río a caballo, sujetando unos cabos que previamente habían atado a la temblorosa lancha.

En aquel momento, Voss anticipó la catástrofe que se les venía encima y trató de levantar la voz, pero fue incapaz: pesaba demasiado. Fascinado, contemplaba aquella balsa condenada al fracaso con la barbilla hundida en una vieja bufanda de lana que el brusco cambio de tiempo lo había obligado a colocarse alrededor del cuello.

Judd y el negro habían atado los cabos a un árbol de la orilla opuesta. El plan consistía en que el resto de la partida cruzara a caballo y todos tiraran de las cuerdas. Pero aquello no llegaría a ocurrir. La corriente se llevó la ridícula balsa en cuanto los hombres la soltaron y, después de cabecear hacia el otro extremo de las cuerdas, volcó. La escena sucedió casi exactamente como Voss la había visualizado y, en aquel momento, todos los miembros de la expedición, impotentes, se dieron cuenta de que no podría haber sido de otra forma.

—¡Caray! —gritó por fin Turner—. Ahí va nuestra harina, que al menos habría servido para empapelar las paredes de esas malditas cuevas, donde parece que vamos a pasar una buena temporada.

Voss, que era quien había ordenado que cargaran la harina, no dijo nada. Judd tampoco.

Algunos hombres no parecieron darle importancia a aquello y se limitaron a espolear a sus caballos impetuosamente orilla abajo, pues todavía tenían que cruzar el río.

—¿Cree que podrá hacerlo, Frank? —preguntó Palfreyman, que ya se había obligado a aceptar la pérdida de sus ejemplares como si se tratara de una especie de castigo divino.

Le Mesurier, que había desmontado durante las operaciones previas, estaba sentado en una roca, sujetándose la cabeza con las manos. Parecía muy enfermo.

—Ya no puedo sostenerme sobre el caballo —dijo.

—Tendrá que poder. Al menos durante unas pocas yardas más —contestó Palfreyman.

—Se agarrará usted a la cola del caballo, y este lo arrastrará hasta el otro lado —decretó Voss. Luego siguió explicando y organizando.

Turner, Angus y Harry Robarts, que, aturdidos, se estaban secando el agua de los ojos, habían formado un pequeño grupo con Judd. Permanecían juntos tratando de entrar en calor, observando desde la otra orilla.

—Frank, si tiene que morir —dijo Voss—, lo hará con mayor comodidad en la cueva.

—Me da igual hacerlo aquí —respondió Le Mesurier.

Pero lo levantaron.

Y así, lentamente, en silencio, el último miembro de la partida atravesó la crecida. Voss y Palfreyman flotaban cada uno a un lado del enfermo, agarrados a las colas de sus caballos. Pero lo que cortaba la respiración, lo que jugaba con la imaginación de aquellos que observaban la escena, era la figura, o más bien la cabeza, central. Le Mesurier estaba pálido como la luna. Algunos se preguntaron si habían llegado a conocerlo. Había trenzado los dedos amarillentos de su mano izquierda en el pelo fuerte y azulado del caballo, pero con la mano derecha sostenía sobre su cabeza un cuaderno envuelto en una tela impermeable. Por encima de todo, recordaba a un hombre entregado a la celebración del ritual más solemne.

Bajo este cruce místico subyacía una intensidad emocional tal que, para el inválido, pisar tierra firme supuso un violento impacto. Mientras el caballo se abalanzaba, liberado, el hombre fue arrancado de su trance y habría caído en el barro de no ser por las manos de sus compañeros.

Cuando vio que todos estaban a salvo, Palfreyman sintió el impulso de ofrecer una plegaria. Sin embargo, se dio cuenta de que aquello tal vez no era lo más prudente y, además, dudaba de ser capaz de encontrar las palabras adecuadas, pues estaba helado y tenía las facultades mermadas. Abotargado, se devanaba los sesos intentando encontrar algo que sustituyera la oración y expresara su gratitud cuando, casualmente, avistó un cazo abollado y una alforja resquebrajada y abultada. Aquellos objetos sencillos y aquella exposición a los elementos habían afianzado su gratitud y confianza hasta tal punto que había decidido ofrecérselos a Dios, e inmediatamente se sintió reconfortado al saber que su intención había sido aceptada.

Mientras tanto, todos aquellos que todavía tenían fuerzas habían empezado a tirar de los amarres de la balsa y, tras un esfuerzo considerable, lograron arrastrarla hasta la orilla. Toda la carga que los cabos habían sujetado mientras la balsa permanecía boca abajo en el agua se encontraba en un estado lamentable y con toda probabilidad no podría volver a utilizarse. Lo que quedaba de la harina se había convertido en una pasta azulada.

Entonces, Judd se acercó al líder y, con una modestia intachable, dijo:

—Señor Voss, debo confesarle que me había tomado la libertad de dividir la harina en dos mitades. La segunda ha cruzado el río a lomos de una mula. No sé en qué condiciones está, señor, pero tal vez sirva para aliviar nuestras tripas cuando empiecen a rugir.

A lo que Voss contestó muy serio:

—Ha hecho bien en ser previsor, Judd.

Y prefirió no decir nada más.

Todos se encontraban peor que a primera hora de la mañana y, cuando descargaron y desensillaron a las mulas y a los caballos, los manearon y finalmente los soltaron, se sintieron aliviados de poder hacerse un ovillo al abrigo de las cuevas. Solo después de haberse secado al calor del fuego y haber comido un poco de sopa de harina que Judd había preparado, se fijaron en las pinturas de las rocas; se les antojaron inmensas al tiempo que la luz rojiza se desplazaba por la superficie de las paredes. La simplicidad y la veracidad de los símbolos era a veces tan obvia que cada hombre los interpretó de acuerdo a su posición y necesidades.

De Turner, que escupió en el suelo, solo salieron obscenidades:

—Vaya con el viejo canguro. No hace falta interpretar nada. —Volvió a escupir, esta vez sobre la pintura, pero la piedra y el ocre absorbieron enseguida su escupitajo y nadie fue humillado.

—También hay mujeres, ¿eh? ¿O son bates de cricket?

Y se quedó rumiando a la luz del fuego, preguntándose cómo podría escapar del celibato.

Ralph Angus, sentado junto a su obsceno amigo, había echado un vistazo a los dibujos, para después apartar la mirada enseguida. Si no se hubiera convencido a sí mismo de que estaba por encima de aquello, el joven hacendado se habría sentido atemorizado.

Por su parte, Harry Robarts comprendió inmediatamente lo que las pinturas pretendían transmitir. La privación, que había debilitado su cuerpo, había agudizado su visión y aumentado su simplicidad, así que se dedicó a caminar por la hierba marchita, junto a las ocres hordas de cazadores. La mañana se filtraba entre los árboles y todos los sonidos estaban envueltos en una niebla nacarada, de ese tipo de niebla que permanece pegada a la tierra. El rocío le enfriaba las pálidas plantas de los pies.

O tal vez estuviera de pie frente a otra pintura, y se dispusiera a interpretarla:

—¿Ven? Este hombre va a morir. Le han clavado una lanza en el corazón. Ha entrado por la espalda atravesando los omóplatos.

De hecho, la pequeña raspa de pescado de un ocre rojo desvaído había penetrado en la pera arrugada que pronto resonaría en su caja torácica. El chico metió el dedo entre los barrotes de las costillas para tocar aquella cosa correosa.

—Harry, ¿estás seguro de que la lanza entró por la espalda? —preguntó el alemán con sorna.

—¡Claro que sí! —dijo Harry Robarts—. Por eso no sabía qué iba a pasarle. Los otros lo planearon a sus espaldas.

—Otros no gustar este. Pintar dibujo. Este hombre morir —dijo Jackie, que estaba en cuclillas abrazándose las rodillas.

—¡Qué conveniente! Turner, no tiene más que dibujar a su enemigo para que este muera. Tan sencillo como eso —dijo Voss riéndose.

Aunque le hablaba a Turner, la broma iba dirigida a Judd y a Angus, que estaban sentados junto al mismo fuego que él.

Pero, a veces, los hombres se negaban a reírle las bromas a Voss.

Así que el alemán llamó al chico negro y salió a la lluviosa oscuridad en busca de las cabras que habían sobrevivido. Cuando las encontró, ordeñó un par y dedicó el resto de la velada a ocuparse de su paciente, que

deliraba desde la tarde.

Le Mesurier parecía estar moviendo unas cargas muy pesadas. Gemía y se secaba el sudor de la cara. Atravesaba corriendo bosques de cabello. Los árboles se soltaban la melena, pero, arrepintiéndose de su generosidad, decidían sajarle las manos hasta el último jirón de piel acuosa, que no dejaba de protestar y chillar.

—¡No puedo quedarme aquí escuchándolo! —exclamó Harry Robarts, y fue a esconderse en un rincón remoto que los murciélagos habían cubierto de excrementos. Aun así, prefería estar allí, porque había silencio.

También otros se quejaron, aunque más discretamente.

Cuando ya faltaba poco para que amaneciera, Le Mesurier estaba luchando contra un enorme ofidio, su Rey, que contaba con poderes divinos manifiestos a pesar de sus escamas pardas. La fricción de los días había hecho que sus colmillos se volvieran de un color gris amarillento, pero era capaz de combarse como un arcoíris surgido del fango de la tribulación. En un momento dado, el enfermo, o el visionario, besó el cieno de la boca del animal, e inmediatamente escupió una lluvia de diamantes.

—¡Nadie podrá robarme mi tesoro! —gritó mientras recogía con sus dedos amarillentos el polvo que había a su alrededor.

Llegó a palpar las brasas, pero Voss se levantó para impedírselo y administrarle una dosis más concentrada del láudano que quedaba.

En aquella cueva asolada por el tormento, el alemán no era más que una figura enjuta de piernas desnudas salpicadas de vello, si bien es cierto que su sombra dominaba la pared.

Los hombres dormían alrededor de dos fuegos separados, a excepción de Palfreyman, que había colocado su manta aparte, a una distancia equidistante de ambos. Durante un buen rato fue incapaz de dormirse, o quizá lo consiguiera, pero enseguida se despertaba, daba vueltas y se quedaba adormilado. De buena gana habría mantenido un equilibrio; de hecho, era lo que lo obsesionaba y lo que más deseaba: él, un hombrecillo débil e inútil a quien su hermana había lanzado por la ventana sobre un lecho de violetas. Allí, sobre aquellas florecillas sofocantes, había rechazado sus besos, pero se ofrecería, como sacrificio, a otras lanzas. Aquella cueva cerrada intensificaba su anhelo. A un lado estaba Voss y al otro, su hermana, envuelta en su capa del color de la ceniza. Cuando ya era casi de día, su mano, con sus nudillos grotescos y protuberantes, tomó la de él, y juntos se dirigieron hacia las lejanas ascuas sobre las que debía caminar, aunque quemasen horriblemente, puesto que no servía para nada más.

Sobre esa misma hora, Voss se dirigió a la entrada de la cueva. A pesar de haberse cubierto prudentemente con una manta gris, tiritaba; no por falta de confianza, sino porque cada mañana es, como el acto creativo, la primera. Se chasqueó los nudillos y esperó. La lluvia se había replegado momentáneamente hacia lo informe, pero el cosquilleo de la humedad indicaba la presencia de una tierra que todavía era capaz de absorber más castigos. Primero, en algún lugar de la oscuridad, un animal se vio obligado a desprenderse de su vida. Entonces, el gris quedó libre para arrastrarse sobre sus delicadas almohadillas, de rama en rama, por las rocas, serpenteando en espirales instintivas por la superficie de las aguas. Un protoplasto de neblina nació lentamente y unos cables invisibles lo amarraron de mala gana. Allí estaba, siendo remolcado con suavidad. El creador suspiró, levantando una pequeña brisa satisfecha a la entrada de la cueva. En aquel momento, los grandes receptáculos se inundaron de luz líquida. La luz blanca, infinitamente pura, podría haber seguido siendo la obra maestra de la creación si de repente no hubiera aparecido el fuego. Porque el sol estaba saliendo, a pesar de la inmersión. Desafiaba al agua y a la luz del amanecer, que es agua de otro tipo. En la lucha de siseos y radiestesia que siguió, el sol giraba, nadaba, se hundía, se ahogaba, su rostro lívido era un globo de agua, porque la lluvia volvía a caer con fuerza y solo había, al parecer, un único elemento.

La secuencia natural de los acontecimientos amansó a aquel ser superior en su cueva, hasta tal punto que se habría quedado dormido si el mundo gelatinoso, aún a medias, no se hubiera acercado demasiado, evocándole cosas desagradables. Se vio obligado a recordar la sopa que el convicto había preparado la noche anterior, a partir de la harina que había escondido en los lomos de las mulas. En retrospectiva, el caos gelatinoso era aún menos apetitoso; el cocinero, más odioso que su sopa. El creador de otra época se puso a juguetear con los bordes de la manta. Además, empezó a tener noción de haber hecho una confesión en una tienda, por la noche, bajo los efectos del láudano, y en términos humanos.

Entonces, el espíritu divino huyó para adentrarse en el remolino de la tormenta. Lo que quedó del hombre continuó observando la brillante sopa gris de la crecida y, de puro aburrimiento, aplastó a un gusano que había reptado buscando refugio por la plataforma rocosa donde estaba sentado.

Considerando las circunstancias, no le resultó sorprendente que en aquel momento apareciera una figura humana, y que esta figura se transformara en Judd; avanzaba con la cabeza gacha a causa de la lluvia, que volvía a caer, y con un cazo en la mano.

—No podía dormir y, como en ese momento no llovía —explicó el convicto cuando llegó hasta Voss—, he decidido ir a buscar a las cabras; he traído un poco de leche para Le Mesurier.

Voss estaba furioso.

—Puede que la leche no sea lo más adecuado para un hombre con el intestino delicado.

Judd no contestó inmediatamente. Cuando lo hizo, dijo:

—En cualquier caso, ya tenemos leche.

Y dejó el cazo en el suelo de la cueva.

Por la mañana, Voss le administró al enfermo otra dosis de la ya exigua provisión de láudano y ruibarbo. Después meditó sobre si debía tirar el contenido del cazo de Judd, y decidió que no. Cuando vio que el convicto se había sentado a reparar una brida rota cerca de él, el alemán persuadió a Le Mesurier, que se mostraba reticente, para que bebiera unos sorbos de la controvertida leche, y más tarde fue recompensado con un acceso de diarrea.

—Tal y como esperaba —comentó el galeno, tirando la leche ante las mismas narices del convicto.

Judd, que había sufrido bajo el gato de nueve colas, no abrió la boca.

—O puede —dijo Voss, incapaz de zanjar el tema— que una de las cabras esté enferma.

Entonces, se dispuso a limpiar la porquería del enfermo con serenidad, incluso con amor. Nada lo estimulaba tanto como los gestos nobles de origen incierto. Si bien lo dejaban exhausto y le recordaban su naturaleza humana, demostraban que era capaz de sufrir, como el resto de los hombres.

Y después miró intencionadamente a Judd, que enhebró la aguja y se concentró en la montura.

De no haber sido por los diarios que llevaban algunos de los miembros de la expedición, les habría resultado difícil llevar la cuenta del paso del tiempo. Los días, impregnados de enfermedad, lluvia y búsqueda de leña, goteaban lentamente, volaban en ráfagas de venganza apasionada o se quedaban muy quietos durante unas cuantas horas, en las que solo se escuchaba la pasiva humedad. Aun así, se produjeron varios incidentes, tal vez debidos al vacío de la inactividad; en su mayor parte fueron acontecimientos más bien triviales, que las mentes inquietas invistieron con un aura de febril trascendencia.

Por ejemplo, una mañana desapareció el ganado: unas reses que más bien eran esqueletos, aunque todavía no se les había podrido el pelaje. Entonces, todos y cada uno de aquellos hombres, o lo que quedaba de ellos, empezaron a vagar desesperados en busca de huellas, de excrementos, de algún indicio, con los pulgares colgando de las rajas de los bolsillos de sus pantalones, sin compartir su preocupación con los demás, porque les parecía demasiado grande. Sin embargo, cualquiera habría podido detectarla en los rostros —a aquellas alturas, intercambiables— de aquellas criaturas mudas que arrastraban los pies de un lado a otro, olfateando la tierra, siguiendo el rastro de lo que quedaba del rebaño.

Durante dos días con sus noches, Voss, Judd, Angus y el negro peinaron la zona exhaustivamente. De toda la expedición, aquellos eran los hombres que estaban en mejor forma, aunque Voss nunca habría dado muestras de lo contrario. Cada esfuerzo por su parte implicaba un esfuerzo de Judd por continuar admirando a su líder, pero, como el convicto era un hombre justo, lo hacía. Así que siguieron vagando en busca del ganado. Desde la distancia, aquella tarea parecía fácil.

Entonces perdieron a Jackie.

Ralph Angus se puso a despotricar.

—Estos negros son todos iguales —se quejó; y, a falta del negro, le pegó a su caballo en el morro—. No se puede uno fiar de ellos bajo ninguna circunstancia.

—Algunos blancos también harían el petate —dijo Judd— si supieran que el camino los va a llevar a alguna parte.

—Confío en ese chico —anunció Voss, que no pensaba perder la esperanza, pues necesitaba seguir respetando a algún ser humano.

Los blancos volvieron cabalgando a casa, que era en lo que se había convertido aquella cueva desde la que partían los sinuosos senderos. Harry Robarts había lavado una camisa y la estaba secando sobre una cuerda junto al fuego.

Una terrible nostalgia invadió al alemán ante aquella escena hogareña. Al fin y al cabo, era un hombre extremadamente frágil, tanto en el plano físico como en el moral, y por ello, en cuanto entró en la cueva, volvió a salir: prefería hacerles compañía a las ráfagas de lluvia que exponer sus debilidades ante los ojos de los seres humanos, salvo, tal vez, ante los de su esposa.

Ella, sin embargo, ataviada con unas recias botas de hombre y un vestido lleno de barro, se mostraba fuerte y digna, y tomó la debilidad de Voss en sus manos flexibles y extraordinariamente musculosas. Aun así, su rostro conservaba la expresión que él recordaba de cuando había decidido aceptarlo, a pesar de su doble naturaleza, e indudablemente se trataba de un rostro de mujer.

Ay, Laura, mi querida Laura, dijo suplicando, o quejándose.

De pie a la entrada de la cueva, el alemán apoyó la frente contra una fría protuberancia de la roca.

Así lo vio Frank Le Mesurier, que había recobrado un poco las fuerzas y se agitaba en su lecho, buscando a alguien con quien hablar. El joven se alegró de que los demás no hubieran reparado en Voss, puesto que los únicos que no se avergüenzan de sí mismos son los que han conocido las simas más profundas. Por algún motivo que no alcanzaba a comprender, se acordó, como le ocurría a menudo en aquellos lugares desiertos, de la extraordinaria joven que había bajado cabalgando hasta el muelle. Evocó sus labios carnosos, y lo que desde la distancia parecían ser unas oscuras sombras bajo los ojos; cómo había permanecido confinada en su hábito de hierro en todo momento y cómo, si bien inclinaba la cabeza para hablar con incuestionable sinceridad con el señor Palfreyman, se había mantenido interiormente distante.

Por algún motivo aún más insondable, el visionario se sintió aún más cerca si cabe de su líder ahora que la mujer había vuelto a aparecer en su vida. Se cubrió con las mantas y dejó que la luna lo aplastara y lo colmara de amor y poesía entre espasmos de dolor, tal y como debe ser.

Aquella noche, cuando la tierna luna reticular salió entre estratos de nubes, Jackie regresó, pastoreando al ganado perdido. La luz de la luna centelleaba sobre los cuernos puntiagudos, que a intervalos llegaban a contener el disco. La piel del chico, que cabalgaba escuálido y aterrorizado a lomos de su sombrío caballo, brillaba con incrustaciones de nácar.

Entonces lo vieron.

—Ahí viene Jackie —dijeron algunos.

Inmediatamente, Voss se dispuso a esquivar la maraña de cuerpos que había en la cueva para salir y corroborarlo.

Qué contento se puso.

—Un ganado no encontrar —dijo el chico, enfurruñado ante la oscuridad que tanto lo asustaba últimamente.

Su sedosa desnudez rozó la piel del caballo al bajarse.

—Aun así, lo has hecho muy bien —dijo el alemán, aliviado hasta un punto que los demás no sospechaban, y que de ningún modo se correspondía con lo ocurrido.

No se sentía capaz de hablar delante de otras personas, pero cogió un pedazo de pan que había sobrado de la cena y se lo ofreció.

—Ten —le dijo al chico hambriento; y, un poco irritado, añadió—: Tendrás que apañártelas con esto, porque no hay nada más.

Entonces, el alemán volvió bruscamente a su cama y todos los presentes, salvo el aborigen, que estaba acostumbrado a escuchar el silencio, consideraron que el comportamiento de su líder había sido muy despectivo.

Nadie dijo nada más. Sin añadir ningún comentario, Voss anotó lo siguiente en su diario:

28 de mayo. Jackie ha vuelto de noche con el ganado; faltaba una cabeza. Antes de retirarme, le he dado al chico una ración de pan. Estaba muy contento.

Más o menos por la misma época, se produjo el incidente de la mostaza y el berro.

Turner había estado diciendo algo parecido a esto:

—Lo que daría por un buen plato de verdura, col o espinacas, o, si no hubiera más remedio, incluso berzas bien escurridas, con un pedazo de mantequilla fresca encima, o el tuétano de un buen hueso. Con tal de que hubiera verdura…

Durante el viaje habían consumido muy pocas verduras, a excepción de una especie de artemisa que hervían de vez en cuando; pero, a pesar de aquel complemento en su dieta, Turner padecía de escorbuto y su aspecto y su olor eran repugnantes.

El señor Palfreyman oyó el comentario y recordó que entre sus cosas guardaba algunas semillas de mostaza y berros. Debido a la sequía inicial, no las había sembrado, y luego se había olvidado completamente de ellas.

Ahora bien: al quisquilloso de Palfreyman, que, en otras circunstancias, se habría cuidado las uñas y habría cambiado las sábanas todos los días, Turner le parecía repulsivo. En aquello había tenido mucho que ver su hermana, cuya piel clara y ajada habitualmente olía a agua de lavanda o a esencia de rosas que ella misma destilaba, y que tenía fama de adornar sus mesas con pequeños boles de popurrí y de llenar los armarios con manojos secos de lavanda u hojas de verbena amarillas y crujientes. Se trataba, sin embargo, de la misma hermana de la que había huido, o al menos sí de su naturaleza apasionada y obsesiva, y nunca había dejado de preguntarse cómo podía expiar su degradante actitud, el miedo constante a ensuciarse, ya fuera moral o

físicamente, por el contacto con algún ser humano. Hasta que el atroz Turner, que tenía las raíces de la barba rala llenas de costras verdosas y un vago registro delictivo, le brindó la oportunidad de purgar sus pecados.

Un día, en la cueva que olía a cenizas y a enfermedad, el ornitólogo se había ofrecido a afeitarlo.

—Así podré lavarle la cara y curarle las heridas.

Turner se rio.

—¿Quiere adecentarme antes de tomar el camino hacia el infierno, señor Palfreyman?

—¿Acaso cree que nos hemos perdido? —preguntó Palfreyman.

Turner emitió un gruñido, y accedió a que lo afeitara.

Fue una idea terrible.

Cuando terminó, Palfreyman estaba sudando.

—Como es sábado por la noche —amenazó Turner—, me buscaré a alguna furcia que quiera tumbarse conmigo en la hierba mojada y pillaré un buen resfriado.

Palfreyman lanzó el mugriento pedazo de jabón y el pelo a las llamas, que empezaron a chisporrotear. El alma virgen de su hermana se retorció de dolor; ¿o tal vez fuera la suya?

Justo después, Turner había confesado que se moría por unas verduras. El señor Palfreyman recordó que su hermana, que prefería la reseda, también tenía la costumbre de plantar macetas de mostaza y berros, y que todavía conservaba unas semillas entre sus cosas, dentro de una vieja funda de gafas charolada. Enseguida se le ocurrió la idea de sembrar un parterre para Turner y Le Mesurier y, aquel mismo día, a pesar de la lluvia, salió a buscar el sitio adecuado; lo encontró en un lecho de aluvión, en un área rocosa, a unos cientos de yardas de la cueva eterna.

Allí sembró Palfreyman las semillas milagrosas, que germinaron, irguiéndose en pálidas hebras que después se desplegaron. Fue muy sencillo y muy rápido. El hombre salió de la cueva varias veces durante aquel día crucial para ser testigo de ese acontecimiento de enorme importancia.

Así que, cuando descubrió que la mitad de sus preciosos vástagos habían sido cortados, Palfreyman empezó a ponerse nervioso y se dedicó a vigilar a los pájaros, y a cualquier otro animal, bajo la lluvia gris. Sus pies chapoteaban en el barro cada vez que se movía, y los vástagos que habían quedado intactos siguieron creciendo a pesar de las terribles condiciones, volviéndose cada vez más gruesos.

Sin embargo, el ornitólogo no se decidía a cortarlos. La curiosidad y el rencor se lo impedían. Hasta que, un día, mientras vigilaba desde un lugar cercano, Voss se acercó al parterre, sacó una navaja del bolsillo, se inclinó y cortó una buena mata ayudándose de su dedo pulgar. Y allí se quedó, metiéndose la verdura en la boca, como un animal.

Palfreyman no daba crédito a lo que veía.

—Señor Voss —dijo por fin, acercándose.

—*Ach,* ¡señor Palfreyman! —masculló Voss con la boca verde.

Igual que se pilla a un sonámbulo, aunque él no lo sepa.

—¿No se ha parado a pensar en cómo es que esta verdura ha crecido aquí? —empezó a decir Palfreyman.

—Está buena —dijo el alemán, agachándose y cogiendo más—, aunque en cantidades tan pequeñas no se disfruta igual.

Palfreyman estuvo a punto de preguntarle al líder si sabía que aquellas semillas las había plantado un hombre, pero desistió. Decidió que no deseaba confirmar sus sospechas.

Cuando Voss terminó, limpió la navaja pasando la hoja entre el índice y el pulgar. Luego la cerró y se la guardó.

—Dígame, Palfreyman —preguntó—. ¿Lo angustia a usted el hecho de que sus muestras se perdieran en el río?

—Eran irrelevantes —contestó el ornitólogo, encogiéndose de hombros.

—Eran el motivo por el que usted se unió a la expedición —lo corrigió Voss.

—Me inclino a pensar que había otros motivos —replicó Palfreyman—. Y que el más importante está por llegar.

Había sido puesto a prueba, pero no cedería al impulso de creer que la conducta de su líder o la pérdida de aquellas muestras constituían el padecimiento definitivo.

Voss lo observaba detenidamente.

—¿Volvemos a la cueva? —preguntó Palfreyman, decidido a que aquel hombre fuera de su agrado.

Voss estuvo de acuerdo en que no había razón para seguir allí de pie bajo la lluvia.

Cuando se estaban aproximando a la cueva, Voss se volvió hacia Palfreyman y dijo:

—Quiero que sea franco conmigo. ¿Está usted en el bando de Judd?

—¿El *bando* de Judd?

—Sí. Judd está formando un bando, un grupo que tarde o temprano se separará de mí.

—Yo no pienso separarme —dijo Palfreyman con tristeza—. No estoy en ningún bando.

—*Ach,* no puede permitirse no tomar partido.

—Tal vez me he expresado mal. Digamos que tomo partido por todos.

—¡Eso es aún peor! —exclamó Voss—. Lo harán a usted pedazos.

—Si así ha de ser… —replicó Palfreyman.

Voss, Palfreyman y Laura siguieron caminando hacia la cueva. La abnegación de los otros dos fascinaba terriblemente al alemán. Algunas veces, Voss sentía su noble devoción, que tenía el tacto suave y lustroso de un perro. Otras, Laura y Palfreyman se acurrucaban en su interior, con las alas plegadas, a la espera de que se elevara con ellos. Pero él no caía en la tentación.

—No tendré en cuenta la llamada del amor —dijo—, ni desistiré de mi intención de cruzar este país.

Entonces, Voss entró en la cueva y Palfreyman lo siguió apesadumbrado.

La lluvia continuó cayendo y los prisioneros se vieron sometidos a más pruebas, aunque en realidad no fueran más que minucias.

Cada vez que se quedaban mucho tiempo en el mismo sitio, Judd se entregaba a alguna ocupación. Inmediatamente encontraba —su líder habría dicho que «inventaba»— tareas que era imprescindible llevar a cabo. Se había convertido en el maestro de los objetos. Así que, en cuanto se hubieron instalado en la cueva, decidió inspeccionar todo el equipo de cuero que poseían: sillas de montar, bridas, alforjas y demás. No era raro verlo cosiendo y parcheando cosas junto al fuego, alumbrado por la polvorienta luz amarilla que descendía a través del hueco que hacía las veces de chimenea; o remendando una camisa; o fabricando una serie de pequeñas bolsas de linóleo para proteger las escasas existencias de medicinas durante la interminable temporada de lluvias.

Al desecho de Turner lo fascinaba la idea de hacerse amigo de aquel hombre. Turner había vivido en la calle y tenía conocidos, pero nunca había experimentado ni anhelado la solidez de la amistad ni los sutiles colores de la estabilidad. De hecho, cualquier cosa que limitase la posibilidad de un cambio repentino le provocaba rechazo.

Y, aun así, allí estaba, deseoso de equilibrio.

—Cuando volvamos de esta expedición —dijo, estirando y cruzando las piernas, pues Turner nunca estaba ocupado— y hayamos recibido nuestras recompensas y aplausos, voy a equiparme como un caballero y a darme el lujo de visitarlo, Albert, en esa finca de la que tanto nos ha hablado.

—Si lo que busca es el lujo, ha elegido el sitio equivocado —replicó Judd, a quien su propiedad le gustaba tal y como era.

Y, entornando los ojos, levantó la aguja para enhebrarla.

—Ah, no tiene que preocuparse si no hay camas de plumas o cosas así —se apresuró a decir Turner—. Puedo dormir perfectamente en el suelo, por ejemplo, en ese cobertizo donde su mujer hace la mantequilla.

Porque, conforme conversaban, en la mente de Turner el lugar iba volviéndose cada vez más real.

Aquellos planes fantasiosos, aunque humildes, tendían a irritar y a aburrir a Ralph Angus, que sí contaba con una hacienda de tamaño considerable.

—Allí te sentirías como un pez fuera del agua —dijo el terrateniente, que se había rebajado a encerar un poco de hilo para Judd.

—De eso nada —protestó Turner—. Aprendería cosas.

Y, si fuera necesario, volvería a la infancia. Porque, incluso aunque dependiera de otros, aquel parecía el único estado deseable. Estaba grabando su nombre en los troncos de los árboles abandonados que crecían irregularmente alrededor de la choza. Aunque no había nadie más, no se sentía solo, porque seguía estando, como siempre, cerca de su amigo.

—Cuéntenos más cosas, Albert —dijo, sentado de nuevo en la cueva—. Cuéntenos lo de aquella vez en que no pudieron dominar el fuego y el cobertizo de la lana se quemó.

—¿El cobertizo de la lana? —dijo Angus riéndose.

—Sí —dijo Judd—. El cobertizo donde mis chicos y yo esquilamos las ovejas.

—¡Ah! —dijo el rico terrateniente con indulgencia.

—Cuéntenos lo de aquella vez en que llevó un zorro a su casa para domesticarlo y lo encadenó —prosiguió Turner.

—No hay más que contar —dijo Judd, con un hilo en la boca—. Lo sujeté con una cadena. No llegué a domesticarlo.

—Y, entonces, ¿qué hizo? —preguntó Turner.

—Le disparé.

—Siga —murmuró Turner, imaginando todo el episodio.

—Si es el que vi en casa de Judd —dijo Angus—, no era más que un bicho escuálido y sarnoso.

A pesar de todo, el joven terrateniente había desarrollado cierta simpatía por el preso convertido en colono. Judd lo percibió y sintió nostalgia de su zorro cautivo, que, a veces, al anochecer —lo había visto con sus propios ojos—, había refulgido atado a una estaca junto a los matorrales.

Un día, poco después del lamentable incidente de la mostaza y los berros, Voss se acercó a los tres hombres, que, como de costumbre, estaban sentados junto al fuego. Turner y Angus, que no hacían nada, se pusieron inmediatamente a mirar muy concentrados los leños que ardían, mientras que Judd siguió remendando la panza de un odre de lona.

—Señor Judd —comenzó Voss—, llevo cierto tiempo pensando que deberíamos tomar medidas para evitar que la humedad afecte a los instrumentos de navegación. —Y aguardó.

Entonces Judd respondió, insertando con fuerza la aguja en la lona:

—No hay nada que podamos hacer para que la humedad no les afecte.

—¿Y cómo es eso? —preguntó Voss, aunque parecía saber la respuesta a su pregunta.

Dobló hacia delante una de las rodillas, y esta tembló levemente.

—Los perdimos cuando la balsa volcó —dijo Judd.

Lo cierto es que aquello le dolía. Habría sido capaz de pincharse en la carne para no pensar en ello.

—Lástima que su instinto no lo llevara a proteger los instrumentos, en vez de la harina —dijo Voss.

—¡Ah, la harina! —exclamó Judd, herido, tal y como esperaba el alemán—. ¿Es que va a sacarlo a colación eternamente?

Aquel hombre inmenso estaba temblando.

—Me temo que es usted muy susceptible —suspiró Voss.

No estaba claro si había conseguido su propósito.

—Lo de los instrumentos me duele mucho, señor —dijo Judd.

El fuego chisporroteaba a causa de una gota de agua que caía puntualmente procedente de la manga de la roca o de la chimenea.

—Queda una brújula, señor —admitió el hombre, que había vuelto a ser un convicto—; la que llevaba en mi alforja.

—¿Una brújula? —dijo Voss—. Será muy embarazoso si, por cualquier motivo, nos vemos obligados a dividirnos en dos grupos.

Como las implicaciones eran insidiosas, nadie dijo nada más, y Voss regresó al rincón de la cueva, casi una pequeña alcoba, que compartía con Le Mesurier.

La compasión que Ralph Angus sentía por el convicto chocaba con las convenciones que le habían enseñado a respetar. Sin embargo, consciente de que debía demostrar su hombría, se obligó a decir:

—Le pido perdón, Judd. Quiero decir, por la conducta de otros.

La culpa que sentía por su comportamiento pasado hizo que sus palabras sonaran aún más artificiales de lo que ya eran.

—¡Uf! —espetó Turner—. Dividirnos en dos grupos. Por si acaso lo duda, estamos con usted, Albert. Con o sin brújula. ¿Verdad, Ralph?

Angus no respondió. Todavía no sabía hasta dónde estaba dispuesto a llegar, y eso lo entristecía, aunque desde aquel momento se sintió más cerca de Turner y de Judd.

El incidente no trascendió, o eso parecía. Tenían otros problemas más importantes de los que preocuparse; entre ellos, la enfermedad de Le Mesurier. El paciente se recuperaba lentamente, pero seguía estando muy débil. Ya conseguía mantenerse sentado, aunque la ropa le venía enorme. Tenía los huesos de las manos agarrotados, la tez muy amarilla y el rostro consumido y cubierto por la barba. Cuando miraba por la boca de la cueva el mundo de agua gris y las ramas de los árboles, su expresión era la de un alucinado.

De vez en cuando, sentía que la lluvia se elevaba literalmente de algo sólido y permanente. Entonces, en la quietud, el gris se mezclaba con el verde. En pleno día, el cuerpo de la tierra ahogada parecía flotar en la superficie, se formaban islas y en el cielo soplaba un polvo negro de pájaros que parecía prometer la salvación.

Un día, Voss, que no le quitaba ojo a su paciente, se animó al ver que este intentaba caminar.

—Muy bien, Frank —dijo—. Es bueno que haga un esfuerzo; así estará en forma para seguir avanzando conmigo cuando acabe la estación de las lluvias. ¿Lo hará? —añadió.

Como Le Mesurier nunca había pensado que hubiera otra alternativa, no pidió explicaciones, sino que se limitó a responder con una serenidad que encajaba perfectamente con el tono azul grisáceo del agua que bañaba la tarde.

—Por supuesto.

Sin embargo, evitó la mirada de Voss.

Aquel hombre abatido por la fiebre sospechaba que había veces en que su líder no era consciente del destino que compartían y, por tanto, era su deber cuidar de él, sentir por él. Por el momento, era el único capaz de interpretar el más mínimo estremecimiento de la sangre o de la tierra, y ponerlo por escrito fuera tal vez su única razón para vivir.

Aquella noche, exhausto a causa de los primeros pasos que había dado, Le Mesurier cayó rendido muy pronto, y Voss, cuando ya llevaba un buen rato escuchando la respiración de su compañero y se hubo asegurado de que los demás dormían en la cueva, se decidió por fin a examinar el cuaderno. Una vez vencido el sentimiento de culpa, no le resultó difícil, pues el libro sobresalía de la alforja y era fácil sacarlo, además de que su dueño estaba profundamente dormido. Le Mesurier descansaba inocente e inquieto bajo la luz enrarecida de un fuego tan silencioso y monótono como granates polvorientos.

Voss tomó el cuaderno entre sus manos. Entonces dudó, como si estuviera a punto de mirarse en un espejo y descubrir las deformidades que más temía.

Pero, como era un hombre poco cauto salvo muy de vez en cuando, lo abrió e inmediatamente se encontró en la terrible plaza de la infancia, ensordecido por el badajo de su propio corazón. Son los poemas de un maníaco, se dijo con afectación, en un intento de protegerse. Si el libro no se le hubiera quedado pegado a las manos, puede que incluso hubiera sometido al poeta a algún acto de brutalidad. Pero tenía que leer, en particular, un poema que, de hecho, Le Mesurier había titulado «Infancia». Debajo de la palabra había dibujada una línea tan profunda que parecía un foso defensivo. Voss leyó:

> Después de abrirnos con sus cuchillos, nos sacaron el corazón. Algunos los metieron en sus sombreros, otros los apretaron contra sus cuerpos, otros se los comieron como si fueran rosas, todos con júbilo, hasta que se hizo evidente que la carne había empezado a pudrirse. Entonces tuvieron miedo. Colgaron sus flores en un árbol oscuro, rápido, muy rápido.
>
> En cuanto a los niños, se desprenden de sus lágrimas y las depositan en las manos de los padres. Cómo fluyen las lágrimas de los padres, una vez que recuperan su inocencia. Las flores rojas, muertas, flotan alegremente sobre el agua. Junto al río, se ha extendido un mantel blanco para celebrar el banquete de los niños. Todos charlan. Las abejas atraviesan zumbando los túneles dorados. Los dulces de miel tientan a los niños para que olviden. A las bocas pegajosas ya no les importa nada. Los niños pronto olvidan de quién han aprendido a usar el cuchillo.
>
> Al otro lado de la casa hay pinos. Surgen mensajes contradictorios, algunos en forma de canciones de voces profundas y duraderas, otros en forma de áspera corteza. Tallamos nuestras intenciones, pero perdemos la llave. Así, los árboles están llenos de secretos y musgo.
>
> Nadie sabe que nos elevaremos sobre los árboles cualquier tarde que escojamos. Solo estamos esperando a colocarnos las alas de calicó a la espalda. Los padres y las institutrices se reúnen para observar, y algunos viejos, que tal vez puedan ver. Corremos, aleteamos, cacareamos y levantamos… ¿un pie? Todos aplauden, fingen y se dispersan, sin ser conscientes de que hemos sobrevolado los árboles puntiagudos. Disfrutamos de la inmensa libertad de los sueños, en los que nadie cree, salvo para contarlos como en broma a la hora del desayuno.
>
> La casa de las ortigas está más triste. Está plagada de ortigas. Siguen creciendo debajo de las ventanas. El yeso cae de las cornisas. Llueve en las tardes de verano.
>
> Los hombres y las mujeres intercambian ideas y se irritan cada vez más; no pueden inclinarse hacia delante; de lo contrario, lo harían. Aceptan que los cuchillos de mantequilla no cortan y han venido provistos de otros, que aguardan en los dormitorios. ¿Has reparado en las venas de los gruesos cuellos pensantes?
>
> Nadie espera que los niños piensen, pero se les permite sufrir y ensayar el futuro, incluso practicar los besos sobre las colchas de algodón. En las ventanas flota el aroma de las ortigas cálidas y húmedas y del largo verano. Los cajones del tocador amarillo huelen a vacío. No hemos ordenado nuestras cosas, que no permanecerán mucho tiempo en esta casa.
>
> ¡Oh, infancia de luz de luna, araucarias y sólidas estatuas! ¡Y tan sólidas! Me partí un brazo para demostrarlo y el olor de la herida era el olor de la pólvora y la escarcha. A menudo los pasos que se

arrastraban por los senderos de grava no eran los míos, pero el tejo y el laurel intervenían; otras voces llevaban mi voz a un lugar que quedaba fuera de mi alcance; los rostros no eran los rostros que yo conocía. Todos daban vueltas bailando muy serios, solo yo era prisionero de la piedra.

Cuando ya no lo esperaba, fui recompensado con el conocimiento: así es. Solo nos encontramos en la distancia, y los sueños son la distancia acortada. Las mañanas brillantes son caballos que pisan con fuerza. La cuerda de rescate se convierte en cabello. La oración, en efecto, es más fuerte; pero ¿qué es fuerte?

¡Oh, infancia! ¡Oh, ilusiones! El tiempo no rompe tu cadena de pañuelos de colores ni deja de sacar la paloma erizada…

Mientras lo leía, Voss odió el poema y se sintió ofendido. Igual que un loco que se vuelve en plena calle y mira fijamente a otra persona, que se mete en su mente, se mezcla con sus pensamientos más íntimos y los comprende: así se encaró el poema con su lector, que empezó a morderse las uñas al sentirse señalado.

Aunque continuó ojeando el cuaderno y estudiando los bloques de garabatos negros en las páginas de tinta corrida y bordes gastados, ya no lo hizo con tanto entusiasmo. Para ser francos, no quería ver nada, aunque no tenía alternativa. La tenue luz del fuego era inexorable.

El sonido de su respiración, que a aquella hora de la noche era débil y terrible, lo acompañó mientras proseguía su búsqueda por el libro borroso. Hasta los que dormían, que normalmente se movían y hablaban entre ellos, se habían vuelto de piedra, y un polvo de sueño ligero, de un marrón claro, se había depositado sobre sus rígidas formas.

Entonces, Voss encontró el poema y abrió bien el libro para verlo mejor. El poeta, utilizando el mismo trazo tímido, lo había titulado «Conclusión» y después había dibujado una profunda línea defensiva debajo. Decía lo siguiente:

I

El Hombre es Rey. Le colocaron una túnica azul celeste. Fundieron su corona. Cabalgó a través de su reino de polvo, que durante una estación le rindió homenaje con jazmín, lilas y visiones de agua. Habían pintado sus misterios en la roca, pero, temerosos de que apareciera, habían huido. Y él lo aceptó. Continuó acortando la distancia y levantando el sol por la mañana, mientras que la luna era su esclava por la noche. Las fiebres convirtieron al Hombre en Dios.

II

Miro el mapa de mi mano, en el que los ríos suben hacia el noreste. Miro el mapa en mi corazón, que es el centro. Mi sangre regará la tierra y la volverá verde. Los vientos llevarán leyendas de humo; los pájaros que han sacado los ojos en busca de visiones dejarán caer sus secretos en las grietas de las rocas; y los árboles brotarán para ensalzar a la divinidad con sus hojas azules.

III

La humildad es mi acacia, no debo olvidarlo: aquí encontraré una pequeña sombra bajo la que sentarme. Cuanto más me debilite, más fuerte me volveré. Cuanto más me marchite, más evocaré, asombrado, las visiones de amor, de caballos que pisan con fuerza, de velas que se ahogan, de esmeraldas hambrientas. Solo la bondad se alimenta.

Hasta que el sol me parió de mi cuerpo, el viento erosionó mis pobres costillas, el relámpago verde partió en dos mi cráneo.

Ahora que no soy nada, soy, y el amor es la más simple de todas las lenguas.

IV

Entonces no soy Dios, sino Hombre. Soy Dios con una lanza en el costado.

Así que me apresan cuando las hogueras están encendidas y el olor a humo y cenizas se eleva sobre el olor a polvo. Las lanzas del fracaso me devoran el hígado, igual que los hombres-hormiga esperan para llevar a cabo sus pequeños ritos.

¡Oh, Dios, Dios mío! Si el sufrimiento se mide en el alma, estoy condenado para siempre.

Cuando se acerca la noche me arrancan una pierna, mi dulce y asquerosa carne de mazapán. Me amasan el corazón con manos huesudas.

¡Oh, Dios, Dios mío! Permite que construyan con él un barco que resista.

La carne es para abrirla a machetazos, una vez que ha superado la prueba del tiempo. La pobre carne ajada. Persiguen un canguro y, cuando le han arrebatado su orgullo y han repelado sus huesos carbonizados, lo honran en ocre sobre una pared. ¿Dónde está su espíritu? Dicen: Ha salido, se ha ido, está en todas partes.

¡Oh, Dios, Dios mío! Rezo para que arranques mi espíritu de los restos de mi cuerpo y para que, una vez que lo hayas esparcido, me concedas estar en todas partes, en las rocas y en las pozas secas, en el amor verdadero de todos los hombres, y en ti, ¡oh, Dios!, por fin.

En cuanto Voss terminó de leer aquel poema, cerró el cuaderno de golpe.

—*Irrsinn!* —dijo.

Su protesta era gutural, surgía de la parte de atrás de su garganta, de lo más profundo de su ser, del principio de su vida.

Si un hombre enfermo desea ocupar su tiempo de esta forma…, se dijo.

Pero el hombre cuerdo no se sentía capaz de reafirmarse en aquella cueva cerrada.

Volvió a echarse sobre su manta; estaba temblando. Su boca y su garganta eran un embudo de cuero seco.

Estoy exhausto, se dijo, físicamente exhausto. Eso es todo.

Allí quedó su voluntad, un instrumento regio.

Durante la noche, ella fue a verlo una vez y le sostuvo la cabeza entre las manos; pero él no la miró, aunque dijo su nombre: Laura, Laura.

Como una madre que apoya contra su pecho la cabeza del niño que ha tenido un mal sueño, pero no consigue arrancárselo: el sueño se queda con el niño y se repetirá eternamente.

Así se quedó Laura, impotente ante el sueño del hombre.

11

Aquel invierno, dos navíos de la flota de Su Majestad que surcaban los mares del sur pasaron por Sídney para su reparación, y los habitantes de la ciudad se dieron cuenta enseguida de que llevaban mucho tiempo anhelando que sucediera algo importante. Que el asunto fuera de carácter comercial o amoroso era algo que dependía del sexo y del temperamento de cada uno, pero la mayoría de los ciudadanos, mientras paseaban por la costa con sus trajes nuevos de nanquín o lana merina, albergaban esperanzas secretas ante la vista de los buques que se mecían monótonamente sobre las olas complacientes. Si uno o dos profesionales del escepticismo, posiblemente de ascendencia irlandesa, comentaban que el *Nautilus* y el *Samphire* eran barcos insignificantes y destartalados, nadie los escuchaba; además, todos sabían que una mano de pintura hacía maravillas, y que los gallardos buques ya eran poseedores de «esas nobles proporciones y líneas inspiradoras que confirman la fe que una tiene en el valor y el esfuerzo humanos», tal y como escribió una joven en su diario.

No pasó mucho tiempo antes de que la refinada sociedad se relacionara íntimamente con los oficiales de aquellos buques para mitigar el aburrimiento y la nostalgia de la Madre Patria, tras descubrir en aquellos extraños las mejores cualidades de la hombría inglesa. Por ejemplo, y aunque estaba embarazada, la señora Pringle le habría hincado el diente de buena gana al comandante del *Nautilus,* a quien la unía el vínculo oficial de Hampshire.

—Me resulta difícil hablar tan bien de él —le confió a la señora Bonner—, pero rara vez se encuentran en un mismo hombre un tacto y una firmeza tan admirables. El señor Pringle —se apresuró a añadir— se ha encariñado mucho con él.

—Me alegra saber que ha tenido usted tanta suerte con sus amistades —murmuró la señora Bonner, que todavía no había logrado conocer a ninguno de los oficiales que se encontraban de visita—. ¿Los ha recibido ya en su casa? —le preguntó lánguidamente a la señora Pringle.

—El viernes por la noche recibí a varios —respondió la otra—. Todos jóvenes y muy alegres, aunque respetuosos. Preparamos ponche y varios platos fríos. Querida, todo fue tan precipitado que no tuvimos ocasión de avisar a sus chicas.

—El viernes por la noche —dijo la señora Bonner—, las chicas tenían planes. Los Ebsworth las habían invitado a pasar dos semanas con ellos, aunque en el último momento Laura no quiso ir.

Ahora le tocaba murmurar a la señora Pringle.

—¿Y cómo está el bebé?

A la señora Bonner ya no le interesaba la señora Pringle, pero había decidido que lo más prudente sería seguir siendo su amiga.

—Oh, muchas gracias, el bebé está perfectamente —respondió alto y claro, para luego bajar a una nota más oscura—: Ojalá pudiera decir lo mismo de Laura, que se entrega a esa criatura de tal modo que su salud acabará resintiéndose.

La señora Pringle ladeó la cabeza cortésmente. Aunque el «bebé de la querida Laura» se había convertido en una institución en su círculo más cercano, era consciente de que en otros barrios con frecuencia se hacían referencias malintencionadas hacia la niña de la señorita Trevelyan.

Así que la señora Pringle actuó de forma excepcionalmente magnánima cuando, unos días más tarde, envió a Una con la señorita Abbey a casa de los Bonner, para invitarlos a un pícnic.

—Les avisamos con poca antelación —había comentado Una—, pero mamá ha pensado que tal vez estén ustedes libres.

Todos estaban sentados en el salón; es decir: la señora Bonner, decidida a ocultar su gratitud; Belle, que apenas había tenido tiempo de recogerse el pelo después de lavárselo; Una Pringle, que llevaba un par de guantes nuevos; la señorita Abbey, una institutriz de treinta y muchos años; el doctor Badgery, cirujano del *Nautilus;* y un guardiamarina tan tímido que nadie había conseguido oír su nombre. Como estaban de permiso en casa de los Pringle, los dos últimos enseguida habían sido reclutados para escoltar a las damas en su visita matutina, aunque no habían expresado el más mínimo deseo de hacerlo.

—Es el jueves por la tarde, en Waverley —continuó Una Pringle, resuelta a cumplir con su deber.

—Querida, ¿está segura de que es el jueves? No recuerdo exactamente lo que ha dicho su madre. Tengo la sensación de que puede que sea el miércoles —interrumpió la señorita Abbey, que tenía la costumbre de intervenir en las conversaciones con la esperanza de poder acabar tomando parte en ellas.

Una Pringle ignoró a la institutriz de sus hermanas pequeñas.

—Mamá ha sugerido que nos reunamos todos en casa; así nos protegeremos los unos a los otros por el camino.

—Querida, ¿crees que es necesario? —dijo la señorita Abbey entre carcajadas, y miró a los caballeros.

Le habría gustado hacer algún comentario inteligente, pero no se le ocurría ninguno.

—Me refiero —dijo— a que una nunca se topa con los rufianes que le habían prometido.

Se produjo un silencio en el salón.

Entonces la señora Bonner frunció el ceño, suspiró e hizo ver que estaba sumida en una suerte de complicada operación matemática.

—Veamos. ¿El jueves?

Ahora estaba pensando en la totalidad del tiempo.

—De haber sido el miércoles, no sé si habríamos podido. Y el viernes, imposible. La señorita Lassiter tiene que tomarle medidas a Belle para el vestido. El vestido de novia. Señor Badgery, es posible que no esté usted al tanto, pero mi hija va a casarse con el teniente Radclyffe.

—¡Ah! —exclamó el cirujano del *Nautilus,* y se horrorizó al oírse a sí mismo chascar los labios.

Todas las damas que se encontraban presentes distinguieron claramente aquel ruido inesperado y la más amable se apresuró a culpar secretamente al madeira recién importado, del que la señora Bonner les había ofrecido un vaso. Pudo haber sido producto del madeira o de la galleta: una galleta seca siempre se queda pegada en la lengua. La señora Bonner examinó de nuevo al cirujano y comprobó que era un individuo más o menos grueso, de complexión saludable y pelo encrespado. Si bien no era un caballero, al menos tenía una mirada honesta.

—El teniente Radclyffe —continuó explicando la discreta anfitriona— renunciará a su nombramiento poco antes de la ceremonia. La parejita tiene intención de establecerse en Hunter Valley.

—¡Mamá, los estás aburriendo!

Belle se sonrojó, lo cual le sentaba muy bien.

—¿Hunter Valley? —dijo el cirujano—. Confieso que apenas sé nada de Nueva Gales del Sur, aunque espero ponerle remedio con el tiempo y un poco de estudio. Las conchas, por lo que he podido apreciar, parecen especialmente delicadas.

Saber que uno no es tan aburrido como parece no supone ningún consuelo, y esto resulta deprimente.

—El doctor Badgery es aficionado a la lectura —dijo Una Pringle.

—¡Ah! —aceptó la señora Bonner—. Mi sobrina Laura, que bajará enseguida, adora los libros. Es muy culta, señor Badgery, aunque esté mal que sea yo quien lo diga. La mayoría de los hombres, por supuesto, tiene prejuicios contra las mujeres cultivadas; a algunos incluso les parece indecoroso, aunque hay que tener en cuenta que, por lo general, los hombres son tímidos. Le ruego que no me malinterprete, señor Badgery. Naturalmente, hay excepciones. Aunque, en mi opinión, mostrar timidez en algunas circunstancias puede ser una prueba de virilidad. Igual que el intelecto en una mujer puede aumentar su encanto y su dulzura. Como en el caso de nuestra Laura.

—¡Oh, mamá! —dijo con un leve suspiro Belle, que jamás habría sospechado que su madre fuera capaz de hablar así.

—Laura es tan dulce —dijo Una Pringle, tal y como le habían enseñado a decir; y luego procedió a examinar su guante de cabritilla nuevo, que tenía un olor muy peculiar—. ¿Cómo está el bebé? Laura tiene un bebé —le explicó amablemente al doctor Badgery.

—¿Un bebé?

El cirujano, que había hecho aquella pregunta por cortesía, tuvo la sospecha de que había sonado más bien indiscreta y se sintió desdichado por segunda vez.

Fue una suerte que al guardiamarina se le rompiera la galleta. Mientras recogía los pedazos de la alfombra,

todos pudieron mirar sus enormes y frías manos de niño.

—Sí —dijo la señora Bonner, fascinada por aquellas migas caídas del cielo—. Un bebé. Es una historia conmovedora. La propia Laura se la contará. —Con su inspirado comentario desafió a Una Pringle a decir algo más, pero Una no se atrevió.

Fue entonces cuando el doctor Badgery reparó en que una joven de pelo oscuro estaba entrando en la habitación, y comprendió que todo lo demás, elegante a su manera, no había sido más que el redoble preliminar de unos timbales. Inmediatamente, todos volvieron la vista hacia ella, porque ya había cerrado la puerta y no le quedaba otro remedio que enfrentarse a ellos. Del mismo modo, a los forasteros tampoco les quedó otro remedio que enfrentarse a la señorita Trevelyan; parecía que en cualquier momento podría estallar una tormenta eléctrica entre aquellas cuatro paredes.

—Por favor, siéntense. —Aunque no era una orden, Laura se dirigió a ellos como una mujer que ha alcanzado una posición de autoridad.

Había distribuido unas cuantas sonrisas afables, pero, como no había que corresponder al doctor Badgery de ningún modo, procedió a preguntarle por sus hermanos y hermanas a Una Pringle, en un tono suave y agradable.

—¿Y Grace? —se interesó Laura.

—Grace ha tenido anginas. Estábamos muy asustados —dijo Una.

—Pero ¿ya está mejor?

—Sí, ya está mejor. —El doctor Badgery contemplaba la hermosa mano de la señorita Trevelyan, que colgaba del brazo del sillón, se recogía sobre el regazo o descansaba bajo su mandíbula. Llevaba una pequeña sortija de ágata en un dedo, y de vez en cuando la giraba. Sus manos se movían constantemente, pero aun así conservaban un aire de autoridad y elegancia, a pesar de estar ligeramente enrojecidas, probablemente a causa de haber llevado a cabo alguna labor doméstica.

—Me parece —dijo Laura haciendo un esfuerzo— que estamos aburriendo al doctor Badgery. Va a marcharse con una opinión terrible de las damas de Sídney.

Por supuesto, se trataba de un comentario afectado, y él se negó a creer que ella fuera así.

En cuanto cerró la boca, Laura percibió que el forastero había leído en su interior, así que se puso un pañuelo sobre los oscuros labios, algo que solo le permitió ocultar la parte inferior del rostro. En efecto, el doctor Badgery era un hombre sensible. Le habría gustado expresar su opinión acerca de lo que había visto, pero las convenciones y el número elevado de féminas lo habían dejado temporalmente mudo.

En aquel momento, la tía, radiante por la seguridad y el aspecto de su sobrina, no pudo con la tentación de anunciar:

—El señor Badgery está deseando estudiar la geografía de Nueva Gales del Sur, Laura. Él también es un intelectual.

Era el tipo de halago que a menudo suena como una acusación.

—Yo no diría tanto. Solo tengo uno o dos *hobbies*.

El cirujano estaba empezando a ponerse nervioso.

Entonces se rindió. Habría sido emocionante que la joven se hubiera puesto de su parte en su defensa común, pero, por algún motivo, percibió que ella no deseaba que él continuara con aquella conversación. De hecho, le estaba suplicando que no la involucrara de ningún modo.

El respeto inmediato que el médico había mostrado hacia los deseos de la joven debería haber aumentado la complicidad que obviamente existía entre ellos, pero Laura se sentía avergonzada. Se descubrió a sí misma mirando fijamente la mano más bien áspera, aunque delicada, del médico, que descansaba sobre su muslo grueso e inquieto. El cirujano, por su parte, comprendió para su tormento que recordaría a la muchacha eternamente.

—Nos hemos olvidado del pícnic, señora Bonner —dijo Una Pringle, volviendo con disgusto al motivo principal de su visita.

Este hombre es perfecto para Laura, decidió la joven, con la brutalidad de la que solo el refinamiento es capaz.

—¡Ah, el pícnic! —dijo la señora Bonner—. Claro, Una, dile a tu madre que asistiremos encantados. Todos.

Parecía como si hubiera postergado su decisión con el propósito de disfrutar del sutil placer de tomarla al final.

Laura no hizo ningún comentario, aunque todos esperaban que dijera algo.

No quedaba mucho más que añadir, aparte de los detalles del encuentro. Después, como los silencios se fueron haciendo cada vez más prolongados, Una Pringle se levantó y los dos hombres, a quienes la compañía de la joven hacía honor, la imitaron. Sin embargo, ella los ignoró completamente, por principios y porque sus

pensamientos estaban ocupados en algo mucho más provechoso.

—Hasta el jueves, entonces.

Así expresó Laura su aprobación a lo que habían acordado.

—Hasta el jueves —repitió Una, rozando su mejilla contra la de su amiga.

La señorita Abbey admiró el vestido de Laura. No pudo evitar tocarlo.

—¡Qué vestido tan bonito! —dijo—. Y esas espiguillas. ¿Son heliotropos?

Las demás mujeres miraron compasivamente a la institutriz. Pobrecilla, era la cuarta hija de un clérigo de Bristol.

Laura se inventó alguna excusa para no acompañar a los invitados hasta la entrada y dejó todo en manos de Belle, que siempre se mostraba muy amable, y de la tía Emmy, a quien le encantaba recibir visitas en casa.

Todos parecían muy complacidos, aunque el guardiamarina estaba, además, aliviado.

Cuando estuvieron fuera, ese alivio logró salir a través de su recién adquirida voz de hombre, graciosa y torpe, en forma de comentarios dirigidos exclusivamente a su compañero de tripulación. También se escuchaba la voz del cirujano tras los tacones de las dos damas, mientras rodeaban aquella ala de la casa. Laura los oyó hablar a todos, aunque predominaba la voz de los hombres, especialmente la del doctor Badgery. Su tono más bien áspero y punzante parecía incapaz de desengancharse de las ramas espinosas de los rosales que había plantados a lo largo del sendero.

Y, aunque se sentía culpable, Laura Trevelyan se permitió quitarse el cilicio y reclinarse en el sillón más cómodo que había en la habitación.

Al pasar por la entrada principal, el cirujano acarició una rosa enorme y abultada, probablemente la más abultada de todas. La gruesa ropa que llevaba absorbía el calor del sol, y se sentía transportado.

—¿Qué te parece el señor Badgery? —le preguntó la tía Emmy unos días más tarde; para más señas, el miércoles, cuando el pícnic de los Pringle estaba a punto de celebrarse.

—Es imposible sentir antipatía por él —replicó Laura.

—Dependiendo de cómo se mire, no es un completo caballero —suspiró la tía Emmy. Y después, como si recordara algo, añadió—: Aunque no debemos precipitarnos a la hora de juzgarlo. Los hombres, ya lo aprenderás, porque eres una chica práctica… Laura, querida, los hombres son lo que las mujeres hacen de ellos.

La señora Bonner, que en aquel momento estaba contando la plata, parecía satisfecha con su escrutinio.

—Entonces, ¿debemos suponer que la esposa del pobre señor Badgery lo dejó a medias? —preguntó Laura, que adoraba tomarle el pelo a su tía cuando más ternura le inspiraba.

—Esa suposición es de lo más absurda —respondió la tía Emmy.

Estaba muy enfadada con los tenedores.

—Una joven, si se trata de una dama, puede suponer sin temor a equivocarse que un caballero está soltero hasta que aquellos que están en posición de averiguar la verdad la informen de lo contrario.

Entonces, la señora Bonner, que había dejado su postura bien clara, volvió a sentirse satisfecha.

Pero el jueves sufrió un golpe tremendo.

Porque Belle había bajado sola, ataviada con una capota que la hacía parecer todavía más etérea.

—¿Dónde está Laura? —preguntó la tía y madre, besando a su hija por costumbre, sin prestar demasiada atención.

—No lo sé —respondió Belle.

La joven estaba muy silenciosa. Flotaba en su nube. En su propio mundo.

—¡Laura! —gritó la señora Bonner—. ¡Qué fastidio! Laura, ¡no podemos hacer esperar a los caballos eternamente! ¡Ya sabes lo que pasa luego!

—¿Ha llegado Tom? —preguntó Belle, poniéndose los viejos guantes que solía llevar a los pícnics. Tenía las mejillas sonrosadas.

—¡Como si no supiera lo insolentes que se ponen los criados cuando se los hace esperar! ¡Cualquiera se arriesga! ¡Laura! —insistió la señora Bonner.

—¿Sí, tía? —contestó la sobrina dócilmente—. No hace falta que me esperéis.

—Pero si no estás lista.

—Porque no voy a ir.

—¿Va a privarnos de ese placer? —preguntó Tom Radclyffe, que acababa de llegar y no miraba a su enrevesada prima, sino a su preciosa propiedad.

—¡Nos esperan a todos! —protestó la señora Bonner, que habría preferido que le amputasen una pierna antes de desviarse un milímetro de su plan.

—Mi niña tiene gases y debo quedarme aquí. Me necesita —respondió Laura muy seria.

—¿También ha aprendido a desinflar bebés? —preguntó Tom Radclyffe.

Pero la mente de la señora Bonner ya estaba visualizando una tragedia mucho mayor que el detalle de los gases.

—*Tu* niña —dijo, tragando saliva—. Tom, por favor, dame el brazo. Creo que me voy a desmayar.

Luego se echó a llorar, y Belle y el teniente Radclyffe la acompañaron hasta el coche.

Laura ya era libre. Se secó las manos en el delantal; el enrojecimiento que el atento doctor Badgery había advertido se debía a que ella misma lavaba las prendas del bebé, pues desde el principio había decidido que así sería. Después, volvió arriba.

Aquella tarde, la saludable criatura no había estado más inquieta de lo normal. La joven se quedó observándola. Nadie podía ya dudar de su parentesco. Se miraban la una a la otra desde las profundidades de su confabulación, acariciándose con el dedo la piel del rostro. Una delicada red argéntea de sonrisas se estaba extendiendo sobre sus cuerpos cuando la sangre empezó a bombear con fuerza y una sombra cubrió el rostro de la madre; esta tomó inmediatamente a la niña entre sus brazos y se puso a caminar por la habitación.

La joven iba de un lado a otro, pero, en aquella acogedora habitación, una tempestad de tintes más oscuros que las pasiones humanas azotaba, zarandeaba y sacudía a las dos criaturas que se movían entre los muebles impávidos. La impotencia y la desesperación tiñeron la piel de la mujer de un feo color pardo. ¿Qué podía hacer?

La niña, empezando a notar que había sido abducida por un remolino de peligros sobrenaturales, dejó escapar un aullido de socorro dirigido a su madre, convencida de que esta podría salvarla. La madre, sin embargo, era incapaz de disfrutar de ese consuelo, pues pensaba que acabaría perdiéndola.

—Mi niña, mi niña —susurró Laura Trevelyan, besándola—. Tengo tanto miedo.

La ilusión de seguridad que le proporcionaron aquellos besos narcotizaron al bebé, que se calmó y acabó durmiéndose. La madre vio cómo aquella piedad descendía y consideró rezarle a Dios para pedirle amor y protección, pero dudó al darse cuenta de que era incapaz de salvar a su confiada hijita. Solo unas horas después fue consciente del alcance de su blasfemia, y se sintió vacía.

Cuando por fin consiguió rezar, no se arrodilló, sino que se agachó tímidamente sobre el borde de una silla. Formó las palabras despacio y con cuidado, con la esperanza de que, así, trascenderían su mente. Aunque apenas se atrevía a tener esperanza. Pero rezó. No por ella, puesto que ya se había abandonado a sí misma, ni por su hija, que sin duda no sería juzgada el Día del Juicio Final. Rezó por aquella criatura para quien se había construido el arca de su amor. Rezó una y otra vez por Johann Ulrich Voss, hasta que el pan cotidiano de las palabras le proporcionó el sustento divino.

Aquella noche, Laura Trevelyan se sentó con la mejor de las disposiciones a escuchar a su tía contarle a su tío cómo había ido el pícnic de los Pringle, aunque los tres sabían perfectamente cuál era el verdadero objetivo del relato.

—Ha hecho una tarde estupenda —declaró la señora Bonner, como si todavía pudiera inhalar aquel aire tonificante—. Todos eran muy amables, y algunos hasta muy cultos, pues es inevitable que un hombre que viaja adquiera conocimientos constantemente. ¿He mencionado ya que han asistido varios de los oficiales del *Nautilus* y el *Samphire*? Quizá se me haya olvidado decirlo. Apenas recuerdo haber ido desde aquí a Waverley. ¡Menudo traqueteo! Y lo peor es que hemos tenido que bajar por un sendero endemoniado para llegar a la casa del juez De Courcy (cuya esposa, al parecer, está muy bien relacionada en Leicestershire), que abunda en jardines e invernaderos. En el transcurso de esa pequeña excursión campestre, el señor Badgery me ha dado una conferencia de lo más interesante sobre el arte de la topiaria. Es posible que hayas oído hablar de él, querido, es el cirujano del *Nautilus* que acompañó a Una Pringle la última vez que vino a visitarnos.

El señor Bonner podía pasarse una velada entera sin hablarle a su esposa, pero se entendían muy bien.

—Al parecer, la señora De Courcy conoce al señor Badgery, y nos ha comentado que está muy bien relacionado, gracias a su madre, con la que vive cuando está en Inglaterra, porque, si bien posee excelentes cualidades, aún sigue soltero.

A pesar de las decisiones que había tomado, Laura también podría haber paseado con ellos por los senderos, entre los setos sólidos, masculinos y bien recortados, rozándolos con la mano. A veces, todo lo que es sólido también es nostálgico y deseable.

La señora Bonner había hecho una pausa para cortar un hilo de la labor en la que estaba trabajando.

—Laura, discúlpame por no haberte preguntado por Mercy… —dijo—. Esta tarde estaba muy alterada.

—Tía, siento mucho haberte disgustado —respondió Laura—. Al final, no era nada. Pero no puedo arriesgarme a desatender mis obligaciones. Juré ocuparme de ella.

La señora Bonner no dijo nada. Sin embargo, en aquel momento, su marido empezó a sentirse molesto. Es posible que un desconocido no hubiera notado la sutil complicidad que existía en la pareja, pero lo cierto es

que estaban unidos, incluso en lo malo, por multitud de lazos fuertes, enmarañados, indestructibles e instintivos.

Así que, cuando les sirvieron el té, el señor Bonner empezó a hablar. Se colocó de pie junto a la chimenea, el centro de su hogar, donde ardían unos troncos porque las noches seguían siendo frescas, y dijo:

—Escucha, Laura. Eres una joven razonable y ha llegado la hora de tomar una decisión respecto a esa niña.

Laura no respondió. Tenía frío y había entrelazado los dedos mientras contemplaba las llamas, que, retorciéndose, intentaban escapar por los orificios de la rejilla de la chimenea.

—Debes comprender que cuidar de la hija de otra persona es inadmisible, por muy loables que sean tus intenciones.

—No es natural que estés tan apegada a ella. No eres más que una niña —suspiró la señora Bonner.

—Si estuviera casada —respondió Laura Trevelyan—, mi vida no sería muy distinta.

Las lenguas afiladas, delgadas y patéticas avanzaban y retrocedían.

La señora Bonner dejó escapar un sonido indeterminado.

—Pero un bebé sin apellido… Me sorprende, por no emplear otra palabra, que nos tengas en tan poca consideración —dijo.

—Soy consciente de lo que os debo, y trataré de recompensaros —respondió Laura—, pero, por favor, por favor, así no. Como Mercy es culpable de no tener apellido, y eso os ofende, lo menos que puedo hacer es darle el mío. Debería haber pensado en ello antes. Claro.

—Pero piensa en tu futuro, y en cómo esto podría perjudicarte —dijo el tío.

—¡Mi futuro —exclamó la sobrina— está en manos de Dios!

Laura se sujetaba la cabeza entre las manos. El humo que despedía la madera le resultaba insoportable.

Entonces se adelantó un poco en la silla y dijo:

—Estoy dispuesta a sufrir cualquier castigo que decidáis infligirme. Yo también puedo aguantar.

La señora Bonner miró alarmada en todas direcciones.

—¡Oh! Está histérica —dijo, tirando del inocente hilo que unía la aguja con la tela. Y entonces añadió—: Solo intentamos ayudarte, Laura. Te queremos.

Y la querían. De hecho, aquello era lo que hacía que todo fuera tan terrible.

Afortunadamente, justo entonces, Belle atravesó corriendo la terraza y entró en la habitación. Había cenado en casa de los Pringle y había regresado en el carruaje de las señoritas Unwin, que también vivían en Potts Point.

—¿Interrumpo algo importante? —preguntó Belle despreocupada.

El señor Bonner torció el gesto.

—Las jovencitas que están a punto de casarse entran caminando en las habitaciones —dijo su madre—. No corren.

Pero entonces añadió, porque era su costumbre y porque siempre esperaba que la informasen de algo terrible:

—¿Alguna noticia?

—¡Sí! Una finalmente ha decidido quedarse con Woburn McAllister —dijo Belle.

—*Quedarse* —protestó indignado su padre, que intentaba que en el seno de su familia se mantuviera un alto nivel moral.

—El dinero llama al dinero. Bueno, así son las cosas —dijo la señora Bonner—. Aunque, pobre hombre, sin duda lo suyo es el negocio ganadero. Ahora ya puede añadir a esa estúpida oveja de pelo encrespado a las que ya tiene.

Su esposo le recordó que Una Pringle era amiga de la familia.

—Es nuestra amiga —dijo la señora Bonner, cortando el hilo con los dientes—, de eso no hay duda. Y precisamente porque es nuestra amiga la conozco muy bien.

—Creo que me voy a la cama —anunció Belle, mordisqueando sin ganas una galletita que había cogido de la bandeja de plata—. ¡Estoy tan cansada!

Los párpados le pesaban. Era un animal satisfecho que se dormiría en cuanto se acurrucase.

Después de aquello, todos se retiraron. Y la víctima se salvó por los pelos.

En las siguientes semanas nadie dijo nada más al respecto, y Laura se habría sentido feliz si no recelara de aquel silencio. También tuvo algunos sueños que fue incapaz de recordar, por mucho que lo intentó; solo tenía la sensación de haberse embarcado en alguna actividad de extrema importancia que sobrepasaba su razón y sus fuerzas.

Si las noches eran extenuantes, los días, dedicados a los preparativos de la boda de Belle, resultaban anodinos.

—Me casaré vestida de blanco —había dicho Belle—. Pero insisto en que sea de muselina. ¿Cuándo se ha paseado una novia por el bosque vestida de satén?

—Desde luego, la muselina es muy práctica —dijo la señora Bonner, que en realidad habría preferido una tela más brillante.

Su padre, que podía permitirse que su hija llevara un vestido de satén, se llevó una decepción.

Aquel era el acontecimiento más importante que había tenido lugar en la casa del comerciante desde que la expedición había partido. Llegó la señorita Lassiter. Había toneladas de telas, las damas de honor no dejaban de soltar risitas tontas y Chattie Wilson se pinchó con un alfiler. Todas aquellas mujeres, las rancias y humildes que se arrodillaban entre los retales o las devotas vírgenes que permanecían de pie en grupos, concentradas y etéreas, contribuían a crear a la novia, a insuflarle vida al mito de Belle Bonner, de modo que prácticamente todo el que la viera la recordara para la posteridad. A medida que las mujeres trabajaban, se olvidaban los orígenes del ritual. Charlaban y sudaban mientras erigían los estratos del blanco sagrado. Desenrollaron cartones de encaje, como si se tratara de cuerda. Colocaron lo hermoso sobre lo hermoso, hasta que Belle, que se reía, dejándose hacer sin quejarse —¡era una muchacha tan vivaz!—, se convirtió en un símbolo celestialmente puro y blanco, abrumado ante la perspectiva de descubrir su propio significado.

Y, así, el espíritu del explorador, el espantapájaros que había dominado la casa con su presencia más allá de lo imaginable, y que incluso seguía rondándola después de haberse marchado, fue exorcizado sin compasión por la resplandeciente novia. ¿Quién pensaría en él ahora, salvo, tal vez, de haber estado viva, Rose Portion —que era la simplicidad personificada—, el comerciante —lleno de resentimiento, porque sin duda su dinero se había perdido— y Laura Trevelyan? La novia, desde luego, había olvidado a aquel hombre complicado y huesudo, pero adoraba a su prima, y sintió una punzada en el estómago cuando la vio a través de la nebulosa de encaje y constelaciones de pequeñas perlas que se congregaban en torno a sus cabellos.

Las dos jóvenes sintieron un nudo en la garganta. A pesar de que tenían muy pocas cosas en común, dos gatos hechos un ovillo bajo el sol no habrían gozado de más intimidad y, como estaban a punto de separarse, Belle empezó a pensar en qué podía regalarle a su prima, preferiblemente algo de naturaleza secreta, como prueba de su sincero afecto.

—Lolly —dijo, por fin—, no hemos pensado en cómo será el ramo. Ninguna flor me parece apropiada. Tú eres quien debe decidirlo.

Laura no vaciló.

—Yo elegiría la flor del peral.

—Pero ¿y los tallos? —protestó la novia—. Son muy rígidos; y feos.

Solo a Laura, que a veces se mostraba inflexible y extraña, podía ocurrírsele sugerir algo tan grotesco.

—No hablarás en serio —dijo Belle.

—Sí —respondió Laura. Y entonces miró a su prima, que resultaba extremadamente conmovedora en tanto en cuanto su poesía trascendía sus dudas más absurdas. La flor ya se estaba marchitando en las puntas de sus dedos y en las ramas de sus brazos.

Entonces, Belle comprendió que debía hacer lo que Laura le había dicho.

—Tal vez —dijo en un murmullo—. Si el viento no las seca antes de que llegue el gran día.

Todo aquello, trivial en sí mismo, se dijo por encima de las cabezas atareadas de las mujeres que se agolpaban en torno a la novia. Solo las dos muchachas comprendieron la importancia de lo que sus corazones estaban sintiendo e inmediatamente le hicieron un hueco en su interior.

En aquella época, la señora Bonner tenía muchos motivos para sentirse satisfecha, pero su naturaleza exigía que toda la casa estuviera en orden. Tenía que intentarlo una última vez. Con aquello en mente, un día se acercó a su sobrina mientras esta acunaba a la niña en sus brazos, y le dijo:

—Querida, entra a saludar a los Asbold.

—¿Los Asbold? ¿Quiénes son los Asbold?

—Son unas personas muy agradables que tienen una pequeña propiedad en Penrith —respondió la tía Emmy.

Pero Laura empezó a poner excusas.

—No estoy presentable —se quejó—. Y no quiero que las criadas tengan que ocuparse de Mercy.

—Entonces, ven como estás —dijo riéndose la tía, que estaba de muy buen humor—. Y trae a Mercy. Son gente muy sencilla.

—Los Asbold —preguntó la sobrina mientras atravesaban la casa—, ¿son viejos amigos?

—No exactamente —dijo la señora Bonner—, aunque sí hace un tiempo que los conozco.

Lo cual era cierto. En todo ese tiempo, la avispada niña de Laura no le había quitado ojo a la mujer.

Entonces entraron en el pequeño saloncito que rara vez usaban, donde esperaban los visitantes, que

efectivamente respondían a la descripción de «gente sencilla de Penrith». La señora Asbold, que se había levantado con un ademán deferente, era una mujer grande y oronda de mejillas sonrosadas que el sol aún no había conseguido estropear. Por otra parte, su marido, que se había pasado la vida expuesto a todo tipo de climas, tenía la piel curtida, de un rojizo cuero maduro que ya estaba empezando a secarse. Ambos llevaban la honradez escrita en la cara.

No obstante, en cuanto todos se sentaron y la timidez se desvaneció, se entabló una conversación de lo más agradable. En un momento determinado, la señora Asbold exclamó:

—¡Y esta niñita! ¡Qué bonita y robusta es!

Mercy, que ya llevaba vestiditos, era sin duda una niña ejemplar, tanto por sus carnes sonrosadas como por su carácter resuelto.

—¿Quieres venir conmigo, bonita? —le preguntó la señora Asbold, cuyas manos enguantadas se agitaban indecisas sobre las robustas rodillas.

Mercy no se mostró reacia, y un instante después estaba en el regazo de la mujer.

—¿Eres tan cristiana como tu nombre? —le preguntó el marido, acariciando la mejilla de la niña con sus honrados dedos. Luego le sonrió amablemente, desvelando que le faltaban algunas muelas—. No nos importaría tener una niña así, ¿eh?

—¡Y tanto! —dijo la mujer, como si llevara años deseando hacerse con una.

Laura sonreía como el señor Asbold, aunque de un modo un tanto estúpido. Se sentía mal.

—Estoy segura de que la colmarían de cariño —dijo la señora Bonner, jugueteando con los lazos de su sombrero.

La tía recordaba haber visto una obra en la que el dramaturgo había dispuesto a todos los actores en un semicírculo en el escenario para poder preparar la escena y, olvidando que no era dramaturga, sino una intérprete más de la pieza, esperaba poder hacer lo propio en aquel momento.

—Los Asbold —dijo la tía Emmy mirando a Laura, pero bajando y moviendo los párpados como si tuviera que protegerse del sol—, los Asbold —repitió— tienen los mejores rebaños de vacas lecheras de Penrith. Y la casa más bonita. Y también tienen cerdos. Pero, por lo que he oído, lo que verdaderamente te gustaría, Laura, es la casa, sobre todo en primavera, cuando los frutales están en flor. ¿No están preciosos los frutales ahora mismo, señor Asbold?

—Son unos árboles magníficos —dijo el hombre.

—En un entorno tan bonito y saludable, es de esperar que una niña pueda crecer feliz —sugirió la señora Bonner.

La señora Asbold se humedeció los labios.

—¿No tienen ustedes hijos? —preguntó Laura, sintiendo que sus extremidades se estaban volviendo en su contra.

—¡Oh, no! —dijo la mujer rápidamente.

Era incapaz de levantar la mirada. Se afanaba en alisar y arreglar la faldita de la niña, sintiéndose culpable.

—Deben de sufrir mucho por ello —dijo Laura Trevelyan.

Su compasión llegó hasta la mujer estéril, que en aquel momento alzó los ojos y se la devolvió.

La señora Bonner tuvo la impresión de que entre las dos mujeres estaba ocurriendo algo que ella no comprendía. Así que dijo, casi maliciosamente:

—Laura, ¿estarías dispuesta a entregarle a Mercy a la señora Asbold? —Entonces, con la sobriedad que la situación requería, añadió—: Estoy segura de que la desgraciada madre de esta pobre niña estaría muy contenta de ver que acogen a su pequeña en un lugar tan espléndido.

Laura no se sentía capaz de decir nada. Sintió que aquel era el momento en el que la balanza se inclinaría en un sentido u otro, por obra de un poder superior. Aquello escapaba a su control.

—¿Te gustaría llevártela, Liz? —preguntó el señor Asbold, que parecía tener dudas.

Su esposa, que meditaba mientras se enroscaba el pelo de la niña entre los dedos, parecía estar preparándose para cometer un acto de extrema brutalidad.

La niña no se inmutó.

—Sí —dijo la mujer, buceando en aquellos ojos imperturbables—. Ella sabe que sería incapaz de hacerle daño. Que sería incapaz de hacerle daño a nadie.

—Pero ¿vas a llevártela? —preguntó el hombre, que estaba ansioso por volver a pisar terreno conocido.

—No —dijo la mujer—. No sería nuestra.

Su boca amable y rústica se había vuelto inesperadamente fea, pues había cometido aquel acto brutal, aunque contra sí misma.

—¡Oh, no, no! —dijo—. No me la llevaré.

Se puso en pie y rápidamente, aunque con amabilidad, dejó a la niña en el regazo de la joven.

—Tendría demasiadas madres.

Todo el mundo se había olvidado de la señora Bonner, cuyo papel en aquella escena quedó reducido a indicarles a los Asbold el camino de salida. Se despidió de ellos y subió inmediatamente a su habitación.

Como Laura Trevelyan también se sentía impotente, siguió sentada donde estaba y, al principio, apenas notó la presencia de Mercy, que también seguía allí. Aunque era muy importante que la niña permaneciera a su lado, su victoria no era en ningún caso definitiva. Ninguna victoria es definitiva, pensó la desdichada Laura y, divisando los desiertos que aún le quedaban por atravesar, acarició el rostro del alemán con una ternura renovada, allí donde terminaba la piel y empezaba la barba más bien áspera, hasta que la pequeña se asustó, primero por la mirada de su madre y después por la pasión que la devoraba, y quiso soltarse.

A causa de su hipocresía, la señora Bonner también le tenía un poco de miedo a su sobrina y, aunque se hablaban con amabilidad, tendían a evitarse siempre que era posible, algo que resultó fácil en los días previos a la boda, pues todos estaban muy atareados.

Dos días antes de la ceremonia, los Pringle ofrecieron un baile en honor a Belle Bonner, a quien todos apreciaban. Se había decidido que la celebración tendría lugar en el salón de la Academia de Baile del señor Bright, en Elizabeth Street, pues sería más cómodo para los invitados que tuvieran que llegar en barco desde la orilla norte. Considerando el alquiler de un establecimiento tan elegante, así como las alusiones a otros detalles que los organizadores habían dejado caer, era evidente que los Pringle iban a gastarse una suma de dinero considerable, por lo que su baile enseguida fue la comidilla tanto entre los que estaban invitados como entre los que no. Algunos dejaron claro que les parecía poco apropiado que la anfitriona se mostrara en público, teniendo en cuenta que estaba encinta, y los que tomaron partido por ella señalaron que, de regirse por aquel principio, la desdichada señora se pasaría la vida oculta en la intimidad de su hogar.

La mañana del acontecimiento, la señora Pringle, que a aquellas alturas era una mártir de su gravidez, se dirigió hacia el salón de baile acompañada de sus hijas Una y Florence, para colocar cantidades ingentes de cinerarias o, más bien, para asegurarse de que los dos jardineros dispusieran los maceteros de forma artística, mientras ellas inclinaban la cabeza a uno y otro lado para juzgar mejor el efecto o se acercaban para desplazar un poco las esparragueras. El señor Bright, el profesor de baile, que tenía experiencia en aquel tipo de reuniones, se deshizo en sugerencias prácticas y les ofreció su inestimable ayuda para llevarlas a cabo. Por ejemplo, él fue quien contrató a la orquesta, tras consultarlo con el señor Topp. Él fue quien se encargó de entrevistarse con una dama que le ahorraría a la señora Pringle la molestia de organizar una cena para tantos invitados, aunque nunca supo lo íntimamente conectado que el señor Bright estaba con la dama, ni lo que obtuvo de aquella transacción. Para la señora Pringle, el señor Bright era «omnisciente» y «un pilar sobre el que apoyarse». Los dos jóvenes sobrinos del profesor, mientras tanto, mostraron una energía admirable a la hora de pulir el suelo: corrieron sobre las virutas de cera hasta que los tablones de madera echaron chispas bajo sus botas, y el más joven acabó dándose un trompazo.

Cuando estaba a punto de anochecer, encendieron las lámparas y la actividad se incrementó en los excusados y en la zona destinada al bufé, donde mujeres respetables vestidas de negro colocaban, por un lado, kits de emergencia para las damas, compuestos de *eau de Cologne,* píldoras, imperdibles y aguja e hilo, y, por otro, y para disfrute de ambos sexos, todo tipo de carnes disponibles en la Colonia, así como verduras cortadas en múltiples formas, y dulces y jaleas temblorosas bajo montones de crema; de todo en abundancia, aunque sin llegar a ser vulgar.

Solo la sala entre las salas, el salón de baile, permanecía vacía en una suerte de trance místico, bajo la luz azulada y sibilante del gas, mientras en la galería la orquesta invisible empezaba a tocar las primeras y frágiles notas de música. La tensión del silencio y la expectación eran tales que no habría sido sorprendente que las paredes hubieran cedido a causa de la presión, haciendo añicos los mágicos espejos de vapores dorados y profundidades azuladas y gaseosas, y esparciendo las distintas joyas de las hojas de las cinerarias.

Los invitados de los Pringle entraron primero con cuentagotas, después en fila y por último a raudales. Todos los que debían estar allí estaban, así como algunos que, francamente, no deberían haber estado. Por ejemplo, algunos borrachos de la calle se colaron en la fiesta. Sus rostros pálidos e hinchados se recostaron un momento en los macizos de flores púrpura, aterrorizando y enfureciendo a aquellos que habían logrado eliminar la fealdad de sus vidas. Después se restauró el orden. Los criados pusieron fin a aquel desafortunado episodio lanzando a los intrusos a la oscuridad de la que procedían, y pronto quedaron relegados al olvido ante el porte militar y el aire galante de los oficiales de la marina y la nebulosa de jovencitas que vagaban por los extremos del salón o hacían corrillos en las esquinas.

La música sonaba. Los invitados ejecutaron las primeras figuras del baile.

La señora Pringle, que, vestida de verde, había estado dando la bienvenida a los asistentes, se desmarcó

especialmente para abrazar a sus amigos más queridos, los Bonner. El ónice y la cornalina chocaron entre sí.

—Querida —dijo la señora Bonner cuando se hubo liberado de las redes de las joyas—, debo felicitarla por lo que sin duda es un triunfo del buen gusto y la alegría.

Por una vez, dada la importancia de su empresa, la señora Pringle se abstuvo de llamar la atención sobre la falta de puntualidad de su amiga.

—Recuérdeme que en otro momento más apropiado le cuente lo que nos ha obligado a retrasarnos —susurró la señora Bonner guiñando un ojo, y sonrió. Entonces, alzando la voz hasta un tono más alegre, añadió —: Pero esta demora no impedirá que nos divirtamos; lo poco que he visto ha sido suficiente para darme cuenta de que se trata de una fiesta espléndida.

A nadie se le había ocurrido nunca recordarle en otro momento más apropiado su promesa de contarle el porqué de sus retrasos, así que tal vez sea cierto que las damas respetan las estratagemas entre ellas. Y es que la señora Bonner siempre llegaba tarde a cualquier celebración, pues era de la opinión de que las flores frescas captan mejor las miradas de los presentes cuando otras ya están empezando a marchitarse.

—Belle está radiante —dijo la señora Pringle, aceptando el papel que debía interpretar.

—Belle está preciosa, sí —dijo su madre, como si acabara de reparar en ello.

—¿No cree usted que es la muchacha más bonita de Sídney? —preguntó la señora Pringle, que podía ser muy generosa.

—¡Pues sí que está mal Sídney! —protestó Belle.

En ocasiones, gesticulaba como un muchacho feo, pero se le perdonaba todo. En aquel momento, sin embargo, estaba otra vez en su nube blanca y alta.

—Y Laura —añadió la señora Pringle amablemente.

Porque Laura Trevelyan también estaba allí.

Belle Bonner zarpó de allí inmediatamente acompañada del señor Pringle, un hombre feo que olía a tabaco, pero respetado gracias a su influencia y su dinero. Aquella noche, Belle llevaba un vestido de satén más suave que la música y más blanco que los silencios, y la mayoría de los hombres, y hasta algunas muchachas particularmente bonitas, dejaron de hablar cuando la joven pasó flotando a su lado. Absortos ante aquella aparición, los que la conocían de verdad no se habrían atrevido a presumir de la relación que tenían con ella. Solo se concentraron en mantenerse en equilibrio sobre sus prosaicas piernas y en contemplar a Belle mientras bailaba.

Laura Trevelyan también estaba allí.

La joven llevaba un vestido que ninguno de los presentes recordaría cuando, días después, alguien les preguntara cómo iba ataviada. Solo tras meditarlo mucho, y con la sensación de que lo que decían les había sido arrancado de lo más profundo de su ser en vez de salir de sus bocas, algunos responderían que el vestido probablemente fuera del color de la ceniza o de la corteza de algún árbol autóctono. Por supuesto, el vestido no coincidía con ninguna de aquellas descripciones. Lo que ocurría era que quien lo llevaba causaba una impresión lúgubre, probablemente porque se mostraba seria y altiva. Aunque la joven respondía con amabilidad, sencillez y franqueza a aquellos que osaban dirigirse a ella, muy pocos lo hacían, pues percibían una oscuridad imprecisa que no eran capaces de vencer; o, peor aún, porque empezaban a sospechar que aquella oscuridad habitaba en sus almas. Así que se limitaban a alisarse la piel y a ahuecarse las gasas rosas o azules frente al espejo, antes de entregarse de nuevo a aquel viento enloquecido disfrazado de música. Al igual que ocurre con algunas flores, a esos individuos solo era posible advertirlos cuando se los divisaba en grandes cantidades.

En un momento determinado, Laura se vio asediada por Chattie Wilson, una muchacha más bien rechoncha y entrometida que siempre le estaba dando consejos a todo el mundo, que lo sabía todo, que había ido a todas partes, que había sido dama de honor en todas las bodas, pero que, al parecer, aquella noche estaba pasando desapercibida; de lo contrario, nunca se habría acercado a Laura.

Chattie le preguntó:

—¿No te diviertes, Laura?

—Para serte sincera, no especialmente —respondió Laura.

Chattie soltó una risita tonta. Confesar el pecado de no divertirse era algo que ella nunca se habría atrevido a hacer, así que fingió no creerla.

—¿Te encuentras mal? Hay un sofá bastante decente en el excusado. Parece *limpio*. Podrías poner los pies en alto un ratito. Si quieres, puedo acompañarte y sentarme a tu lado.

Chattie estaba ansiosa por serle útil a su amiga, porque, a pesar de poner todo su empeño en buscar la diversión, en ocasiones tenía la sospecha de que esa diversión ponía el mismo empeño en que no le diera caza.

Entonces, Laura respondió:

—¿De verdad eres capaz de tumbarte en un sofá y curarte de todos tus males? Ay, Chattie, ¡cómo te envidio!

Este era el tipo de comentarios por los que la gente odiaba a Laura, y Chattie soltó otra risita tonta y se enjugó con un pañuelo el sudor que perlaba su labio superior.

—Bueno —dijo, y volvió a reírse para que el silencio no se hiciera más profundo.

Pero Laura le estaba muy agradecida a su sebosa amiga.

—Ven —dijo, tocando a Chattie, precisamente porque aquello le costaba la vida misma—. Vamos a observarlos desde aquella columna; así nadie nos verá.

—¡Oh, por Dios, no! —dijo Chattie, que consideraba que su deber principal era que todos repararan en su presencia. Así que empujó a su amiga por un corto tramo de escaleras hasta una pequeña tarima, que normalmente se utilizaba para la entrega de premios del curso de baile, en la que habían colocado unas sillas adornadas con flores—. Una no acepta una invitación a un baile para esconderse tras una columna.

—¿Acaso va a beneficiarnos de algún modo sentarnos expuestas a todas las miradas, como una diana? —preguntó Laura.

Chattie sabía que las dianas estaban hechas para hacer blanco en ellas, pero se calló lo que pensaba.

—Si no nos beneficiamos directamente, al menos no nos hará ningún daño —observó con prudencia.

Y se sentaron.

Aquella era la noche de Belle. Belle estaba en todas partes con su vestido blanco, casi siempre entre los brazos de Tom Radclyffe. Otras parejas les hacían sitio, animándola para que se colocara en el centro, como si ella fuese una especie de talismán y quisieran tocar su vestido mágico. Mientras bailaba, a veces cerraba los ojos para disfrutar más de la música, aunque la mayor parte del tiempo los mantenía abiertos, expresando su amor con unas miradas tan lúcidas que algunas de las madres presentes las tacharon de indecorosas y Laura, interceptando la conmovedora honestidad de ese azul casi infinito, temió por la seguridad de su prima y sintió deseos de protegerla.

O de protegerse a sí misma. Se estremeció al darse cuenta de que el amor no podía ocultarse, y empezó a girar la cabeza a uno y otro lado con nerviosismo. Estaba expuesta de un modo alarmante, casi asfixiante. Tenía el cuello lleno de ronchas.

Cuando el hombre se acercó sigilosamente y se inclinó con cortesía, a punto estuvo Laura de gritar para mantener a raya a aquel individuo que, considerada su modestia y su sensatez, probablemente ya lo había comprendido todo.

—Es muy amable por su parte —dijo en un tono alto y desagradable—. Gracias. Pero no voy a bailar.

—No la culpo —respondió—. Nunca me sorprende que una persona no desee bailar. Para empezar, no es un acto social. Es imposible brincar de acá para allá y, al mismo tiempo, expresar con claridad lo que uno piensa.

—¡Oh! —dijo Laura—. Tenía entendido que expresar lo que uno pensaba era el colmo de la insociabilidad.

Chattie Wilson soltó una risita amarga. Odiaba todo lo que la rodeaba.

Entonces, Laura Trevelyan presentó a la señorita Chattie Wilson al doctor Badgery, cirujano del *Nautilus,* y se sintió liberada de cualquier otro deber.

Pero la expresión del médico la inquietaba. Aunque hablaba con Chattie Wilson, no era a Chattie a quien interrogaba.

—Dígame, señorita Wilson —dijo—. ¿Conoce bien el país?

—¡Oh, por Dios, no! He estado muy poco en el interior. Es muy distinto, por supuesto, si una está casada; en ese caso, a veces no hay más remedio.

La señorita Wilson no tenía intención de perder demasiado tiempo con el señor Badgery, que ni era joven ni guapo, ni, sospechaba, gozaba de una posición desahogada, y tampoco era lo que podría llamarse un caballero. Si no se contentaba con que fuera agradable, se debía a que todavía no estaba lo bastante desesperada.

—Daría lo que fuera por satisfacer mi curiosidad —dijo él.

—Entonces debería usted unirse a alguna expedición —le aconsejó Chattie, haciendo todo lo posible por llamar la atención de alguien que la reconociera—. Como la que partió el año pasado —añadió, pues estaba muy bien entrenada para aquel tipo de situaciones—, liderada por aquel alemán, el señor Voss.

Al parecer, no se iba a organizar ninguna expedición para rescatar a Chattie Wilson.

—¡Ah! —dijo el doctor Badgery—. Ya me lo han mencionado. ¿Y cómo era él?

El hombre miraba atentamente a Chattie, pero Laura sabía que se volvería en cualquier momento, para interceptar su angustia.

—No llegué a conocerlo —replicó Chattie; aunque enseguida recordó algo que la hizo sentir muy aliviada

—. Pero ¡Laura sí!

El doctor Badgery se giró con cierta dificultad, como se espera que lo hagan los hombres rollizos de cuarenta años, y miró a Laura, esperanzado. Y, entonces, se dio cuenta de que, curiosamente, ningún oráculo salido de la boca de aquella oscura joven podría sorprenderlo.

Laura, que había desviado la mirada, sentía sobre su rostro el peso de las pobladas cejas del cirujano.

—¿Lo conoció? —preguntó.

Y esperó.

—Sí —contestó ella—. Es decir, mi tío es uno de los que financiaron la expedición del señor Voss.

—¿Y qué clase de hombre es ese alemán?

—No lo sé —dijo Laura—. No puedo juzgar a una persona basándome en las apariencias. —Y, como ya había vivido lo suficiente para comprobarlo, añadió—: Incluso si a veces parece que solo existen las apariencias.

—He oído cosas extraordinarias sobre el señor Voss —dijo el cirujano.

—Entonces, no hay duda —dijo la joven— de que sabe más que yo.

En ese momento, el doctor Badgery se dio cuenta de que debía pedirle a la señorita Wilson un baile, y ella, a falta de algo mejor, aceptó gustosamente. Bajaron de la tarima. El cirujano, aquel hombre generalmente alegre que seguía escribiéndoles cartas afectuosas a las jovencitas mucho después de que sus madres se rindieran en su empeño de casarlas con él, se vio sumergido en la trágica hilaridad de la polca, como si ríos de sufrimiento hubieran manado hasta la superficie desde profundidades en las que hasta entonces habían permanecido ocultos, o que tal vez él, y solo él, no había osado excavar.

Aquello fue antes de que recuperara su sentido del deber.

—¿Conoce Waverley? —preguntó el cirujano mientras brincaba.

—¡Oh, por Dios, sí! *Waverley* —dijo la señorita Chattie Wilson suspirando y brincando—. Conozco todos los alrededores. Aunque, por supuesto, hay algunos sitios a los que una joven no puede ir.

—He estado en Waverley hace poco, en el jardín del juez De Courcy. ¿Lo conoce? —inquirió el cirujano, imitando lo que había oído decir a otras personas.

—Su mujer es prima segunda de mi tía.

—¿Aquí todos están emparentados?

—Casi todos —dijo Chattie con un suspiro—. Aunque, claro, hay algunos a los que no se les está permitido emparentarse más.

—Estuve en Waverley con los Pringle. La señorita Bonner y su madre también nos acompañaron.

—Belle —dijo Chattie— es muy dulce y muy buena. Se merece la mejor suerte del mundo. Nadie podría tener envidia de Belle.

—Y la señorita Trevelyan —sugirió el cirujano.

—Laura también es dulce —dijo Chattie, y volvió a suspirar—. Pero es peculiar. Laura es lista.

Y siguieron bailando.

Aunque tal vez el cirujano se estuviera adentrando de nuevo en el oscuro dédalo de setos recortados de Waverley. Ya desde el primer día había comprendido que Laura Trevelyan y él estaban destinados, fueran cuales fuesen las hondas penas que ahogaban a la muchacha. Navegaban juntos contra las oscuras aguas, haciendo surcos con las manos mientras ella trataba de coger aire, o caminaban por el laberinto de setos en el que, y eso ya lo sabía por experiencia, nunca llegarían a encontrarse.

Desde donde seguía sentada, Laura Trevelyan observó las bufonadas del gordo cirujano, una persona fuera de lo común, a quien habría aprendido a amar si entre ellos no fluyeran mares de experiencia y música.

Entonces, los bailarines se detuvieron, y todos aplaudieron entusiasmados a los excelentes músicos.

Laura se hallaba apartada del resto de los seres humanos, pero, como ya había pasado la edad del pánico social, no trató de esconderse; justo entonces vio a Willie Pringle, a quien la barba había empezado a crecerle de forma irregular.

Willie vagaba como alma en pena por su propia fiesta y acabó por llegar donde estaba Laura.

—No me gustan los bailes, Laura. ¿Y a ti? —le preguntó el joven con aquella boca boba que le colgaba demasiado.

—Eres mi anfitrión —respondió Laura amablemente.

—¡Dios! No me siento en absoluto como tal. Ni en lo más mínimo. Ni siquiera sé cómo me siento.

Sin advertir que esos suelen ser los primeros síntomas de las levaduras, su madre solía achacar la falta de eficacia del joven al hecho de que hubiera perdido su fuerza.

—Puede que con el tiempo lo descubras y hagas algo extraordinario —sugirió Laura.

—¿En el despacho de un abogado?

La posibilidad de descubrir lo que quería y hacer algo extraordinario asustaba a Willie. Así que, mientras tanto, disfrutaba de la compañía de chicas mayores que él. No le gustaba tanto hablar con ellas como observarlas. Percibía aquel misticismo que su presencia generaba a través de los secretos y los silencios, y la música de sus vestidos. Absortas en sus vidas iridiscentes en el rincón de un salón de baile, o sentadas bajo los árboles contemplando el paisaje, su belleza puramente formal lo obsesionaba. No le interesaban los espejos que no podían perpetuar la imagen de aquellas damas.

—No, en el despacho de un abogado no —oyó decir a Laura, que estaba de acuerdo con él—. Sería terrible que las paredes nos limitaran.

A Willie le pareció que Laura enfatizaba el *nos,* algo que lo hizo feliz, aunque frunció el ceño indescriptiblemente para celebrar su gozo.

—¿Bailamos, Laura? —preguntó, dudoso.

A Laura Trevelyan aquella le pareció una perspectiva absoluta e inesperadamente deliciosa.

—Bailemos, Willie —dijo, riéndose ante la proximidad de aquel tibio placer—. Será divertido.

Con Willie, a quien conocía desde la infancia, todo era inofensivo.

Así que se cogieron de la mano. Caminar por las soleadas avenidas de la preciosa música provocó en la joven una sensación de felicidad tan cándida que por un momento sintió que iba a echarse a llorar. Se vio en un espejo y comprobó que tenía los párpados enrojecidos, el rostro pálido y la nariz hinchada. Aquella noche estaba fea, pero se sentía agradablemente feliz.

Así que la peculiar pareja bailó delicadamente. Al principio, nadie reparó en ellos, salvo el cirujano, que se había visto obligado a disfrutar únicamente de la compañía de sus mortificantes pensamientos.

Entonces, Belle divisó a Laura y la llamó a través de las numerosas oleadas de bailarines que las separaban, cosa que suele ocurrir en los bailes.

—¡Laura! —gritó Belle—. ¡Ya verás! ¡Voy a alcanzarte!

Atravesó, riéndose, el océano de tul, y surgió de entre la espuma con su vestido blanco y brillante. Belle tenía la piel dorada, mientras que la de los demás era rosada y blanca. Si se la miraba de cerca, pasaba de diosa a animal, y podía apreciarse que un fino vello dorado cubría lo que algunas personas se atrevían a llamar «la tez morena de Belle Bonner». De hecho, había madres que vaticinaban que con el paso del tiempo Belle perdería su «finura». Pero todavía olía a juventud y a sílex, parecía que la luz del sol eligiera sus mejillas para dormitar y aceptaba de buen grado hasta el más burdo de los halagos, aunque no les daba ninguna importancia. Siempre se los tomaba a broma.

Las primas habían conseguido reunirse en el centro de la corriente. Zarandeadas y sacudidas por las olas, se mecieron juntas, abrazándose con fuerza y mirándose a los ojos. Lo que vieron les concernía solo a ellas.

Hasta que Belle habló entre borboteos y un poco demasiado alto:

—Recuérdame que te cuente lo del pelo de la señora De Courcy. No te estarás poniendo triste, ¿verdad?

—¿Por qué iba a ponerme triste? —preguntó Laura, cuyo pecho sombrío había empezado a adquirir aquellos colores verdes y azules que normalmente la acompañaban.

Entonces, alguien se llevó a Belle para que bailara con el juez. Como Willie había desaparecido, tal y como era su costumbre prácticamente en todas las celebraciones, especialmente en los bailes, Laura se quedó a solas con su propia música, de la que se atrevió a tararear unos pocos compases febriles. El fleco de cuentas metálicas que colgaba del corpiño de lo que antes había sido su sombrío vestido emitió un destello y repicó amenazadoramente, y las espadas que hasta entonces habían permanecido ocultas tras sus cautelosos párpados empezaron a echar chispas en las cavernas de sus ojos.

En consecuencia, Tom Radclyffe no estaba seguro de qué actitud adoptar cuando se acercó a su futura prima.

—Supongo que no baila usted —comenzó a decir.

—Si prefiere que no lo haga —dijo Laura sonriendo—, estoy dispuesta a contentarlo.

La joven suponía que Belle, que era amable por naturaleza, le había pedido a Tom que fuera galante con ella.

—No se trata de eso —respondió él bruscamente—. Pensé que preferiría usted hablar.

—¡Eso sería aún peor! ¿No le parece? —dijo Laura con una carcajada.

Si Tom no hubiera torcido el gesto, su indiferencia hacia la joven habría parecido absoluta.

—En ese caso —dijo sonrojándose—, será mejor que bailemos.

Tom Radclyffe habría podido dar la impresión de ser un hombre temeroso de no haber tenido un físico tan imponente. Sin embargo, era absurdo albergar una sospecha semejante, pues, efectivamente, era fuerte y además había hecho carrera en el ejército.

Rozando la manga de su traje, Laura dijo:

—Me resulta difícil acostumbrarme a este nuevo disfraz suyo.

—A mí me resulta difícil acostumbrarme a mí mismo —respondió él con aire triste.

Pues Tom había dimitido de su cargo, y ahora era un hombre normal y corriente. Puede que aquel fuera su auténtico problema. Todavía no se había reconciliado con la desnudez.

Mientras bailaban juntos, el hombre y la mujer parecían dos espadas que se sostuvieran la una a la otra.

—¿Será usted bueno con Belle? —preguntó Laura—. Nunca podría perdonarle que no lo fuera.

Si se los observaba bajo determinada luz, todos los bailarines parecían esbozar sonrisas amargas. El joven sentía bajo su mano el frío metálico del pesado fleco de cuentas que adornaba el implacable vestido de Laura.

—Pero Belle y yo nos amamos.

Y los hombres se vuelven niños.

—Si uno no ha sufrido nunca es que no se ha enamorado jamás —dijo Laura.

—Seamos razonables —le ordenó él, reafirmando su virilidad—. Que usted haya sufrido no significa que otros también deban sufrir. Aunque me consta que eso le encantaría.

—Me ha malinterpretado —dijo ella.

Sus palabras sonaron dóciles, y su oponente aprovechó la oportunidad para coger ventaja.

—Ya sabe que soy un tipo normal —dijo; Tom sabía utilizar su simplicidad de un modo ingenioso—. Tengo una inteligencia práctica. En cuanto a mi imaginación, diría que no está lo bastante desarrollada para que usted la admire. —Tenía tanta prisa por decir lo que quería decir que apenas hizo una pausa para tomar aliento—. O incluso que no poseo ninguna en absoluto. Y eso me hace muy feliz. ¿Sabe? Sería muy tentador *vivir de* la imaginación, como hacen algunos.

Había alzado mucho la voz y le faltaba el aliento, pero ya no hizo ninguna pausa; de hecho, se precipitó hacia el borde del abismo:

—¿Qué espera de Voss?

Sus obstinados labios esbozaron una sonrisa de orgullo ante tal demostración de audacia.

Aquella era la primera vez que Laura Trevelyan se enfrentaba a su fantasma, y, ahora que había sucedido, y considerando quién lo había despertado, la situación resultó ser mucho peor de lo que había imaginado. Aquella música estúpida e invisible se vio súbitamente amplificada por el latido de su corazón. Trompas enormes fluctuaban a través de la habitación de madera y yeso.

—¿Voss? —preguntó con una especie de graznido.

Las cuentas de metal se habían fundido entre los dedos de Tom.

—¿Que qué espero? —respondió—. No espero nada. No espero nada de nadie. Me conformo con las migajas.

Tom Radclyffe no comprendió estas palabras, pero siguió sonriendo con obstinación.

La pareja seguía bailando y bailando.

Ahora que era dueño de todo, el hombre habló con benevolencia:

—Si puedo ayudarla de algún modo, Laura, por Belle…

—Usted no puede ayudarme —respondió Laura—. Ni por Belle ni por nadie. Ni siquiera puede ayudarme por voluntad propia, Tom, aunque lo desee, porque el señor Voss está perdido.

Tom Radclyffe estaba mareado por la horrible música y por los tumbos que daba su compañera. La verdad que había pronunciado hizo que se comportara con mayor arrogancia.

—Si obtiene sus informes basándose en la clarividencia, entonces todos estamos condenados.

Ya fuera a causa de la emoción o del esfuerzo, lo cierto es que enfatizó cada palabra. Pero Laura no se defendió. Casi inmediatamente, abandonó a su compañero y fue directa al excusado. Chattie Wilson, que se había percatado de todo, se preguntó si debía acompañar a su amiga, cuyo rostro se había contraído hasta el punto de parecer una calavera amarilla.

En el salón, la música continuó infligiendo su tortura hasta la hora de la cena.

El triunfo de la señora Pringle fue completo cuando las puertas se abrieron de par en par y los invitados invadieron el comedor. Si bien la palabra *invadir* no es la más elegante, resulta inevitable utilizarla. Porque aquellas personas prudentes y bien educadas que se habían colocado en fila con anticipación fueron atropelladas por la turba despiadada que había preferido seguir bailando, charlando y enamorándose hasta el final. De repente, los dos grupos se unieron en un mismo pensamiento, aunque expresado de forma distinta, y, aunque los prudentes protestaban e incluso se echaban hacia atrás para contener a la horda arrebatada e impulsiva de irresponsables que seguían empujándolos, su pensamiento común prevaleció y una erupción definitiva llevó al amasijo de cuerpos como un torrente hasta el borde de las largas mesas, amenazando la integridad de los jamones rosados y los enormes y tiernos solomillos de ternera sangrante.

—Es una vergüenza —dijo la señora Bonner con una risita— que un grupo de individuos de buena familia

se comporte como ganado.

Sin embargo, lo cierto es que en realidad aprobaba aquellos instintos animales, y se habría alarmado si los invitados se hubieran comportado como seres humanos.

Su amiga y anfitriona, la señora Pringle, que, debido a su estado, al principio se había asustado y buscado protección detrás de una palmera que se movía espasmódicamente, había reaparecido y caminaba entre los invitados ofreciendo consejos del tipo:

—Permítame que insista en que pruebe un poco de este pescado en gelatina.

O:

—Le recomiendo la ensalada *à la Roosse*, señorita Hetherington.

La señora Pringle, que a lo largo de su vida había herido a muchos amigos en nombre de la amistad, se estaba exponiendo innecesariamente a las formas más salvajes de contraataque, todo por su naturaleza hospitalaria. Ahora, mientras se ocupaba de sus deberes con humildad, siempre esclava del placer de sus invitados, estos la condenaban con los bigotes llenos de lechuga rizada y mayonesa.

De todos aquellos amigos, puede que solo la señora Bonner le estuviera verdaderamente agradecida, y por lo tanto se esforzaba por complacerla.

—Deje que le traiga un poco de jalea —le rogó—. Incluso si, como dice, no tiene apetito, seguro que un poco de jalea de vino, en su estado, le da fuerzas.

Porque la señora Bonner, con su buena cabeza para los números y sus modestos comienzos —de hecho, la gente no sabía que había ayudado a su marido a llevar los libros—, tenía la costumbre de calcular el coste de todo y se sentía muy halagada ante toda aquella magnificencia.

Como todo el mundo andaba tan ocupado, a Laura le resultó muy fácil volver al grupo y ocupar su lugar sin que nadie reparara en ella. Restablecida solo superficialmente, la joven podría haber recuperado la compostura completamente si la casualidad no la hubiera llevado a encontrarse junto al doctor Badgery. El cirujano, sin embargo, no pensaba tropezar dos veces con la misma piedra ni perder la oportunidad de repetir ternera, y podría haber seguido allí de pie, ignorando al auténtico objeto de su interés, si las manos de ambos no se hubieran zambullido en el mismo desdichado momento en la cesta del pan.

—¿Así que se divierte bailando, señorita Trevelyan? —le preguntó por fin el cirujano, al tiempo que insinuaba que su respuesta carecía de importancia.

—No —dijo—. No, no, no.

Y el médico reconoció en aquellos noes los gritos de sus pacientes cuando se les abrían las heridas.

—Y, entonces, ¿por qué baila?

Mientras se comía su ternera, el doctor Badgery se dio cuenta de que sus sentimientos eran tan fuertes que los zancos de las palabras no le daban la estabilidad necesaria para caminar sin caerse. Por otra parte, el peculiar chasquido que hacían sus mandíbulas cuando masticaba estaba convirtiendo el silencio en algo extremadamente grotesco.

—He aceptado la invitación de dos caballeros —admitió Laura—; la de uno, porque en el pasado, en la niñez, fuimos felices juntos; la del otro, porque nuestra relación es inevitable, al menos en el momento presente.

—Todo eso está muy bien —dijo el cirujano—, y además es sentimental y estoico. El pasado es a menudo deseable porque no exige nada, y el presente es por naturaleza duro y poco caritativo. Pero, en lo que respecta al futuro, ¿no cree que las perspectivas son placenteras?

Los dientes blancos y más bien romos del médico parecían estar presos en la jaula de su barba rizada.

—Siento —dijo ella lentamente, y tuvo miedo por lo que estaba a punto de admitir— que la vida que voy a vivir ya ha escapado por completo a mi control.

Ni siquiera el estable doctor Badgery podría haberla rescatado de aquel mar, por mucho que ella lo hubiera deseado. Y que conste que la joven lo deseaba, por respeto tanto a su sensatez como a la valía del médico. Pero la sensatez del ser humano es fugaz y la valía no importa mucho, o tal vez importe demasiado.

Así que el cirujano regresó inmediatamente a su barco y retomó su ordenada vida, aunque en ocasiones las oscuras aguas se filtraban por las maderas de su cabina. Cuando eso ocurría, les daba la bienvenida y se ahogaba en ellas junto con la joven, mientras los miedos transparentes de ambos revoloteaban dentro y fuera de sus cráneos, siguiéndoles el rastro a las largas aletas de colores compartidos.

Mucho después de que el doctor Badgery se hubiera dormido en su camarote con remaches de latón, en la noche de su último encuentro en carne y hueso con Laura Trevelyan, el baile celebrado en la Academia Bright, en Elizabeth Street, el tan comentado y finalmente legendario baile que los Pringle habían dado en honor a Belle, seguía haciendo historia. ¡Oh, los océanos de música, las enormes y elegantes olas azules y las pequeñas y frívolas ondas rosadas! Todo lo barrían, todo lo arrastraban de un lado a otro. Nadar era el único acto

natural que cabía realizar mientras los violines siguieran golpeando suavemente la espuma dorada, aunque los ojos escocieran, aunque, en el oleaje del amanecer, la pregunta y la respuesta flotaran fuera del alcance de todos.

—No vamos a exigirle tanto, querida señora Pringle —dijo la señora Bonner—. Deje que yo me encargue de pedir los caballos. ¿Por qué no se escabulle sin más? ¿O qué tal si voy al salón de baile y le insinúo a una o dos de las muchachas más responsables que ya es casi de día? Estoy segura de que enseguida entrarán en razón.

¡Oh, razón! ¡Oh, señora Bonner! Háblele a las rosas y a la reseda, que serán pisoteadas o más bien flotarán meciéndose en los mares de plata de la mañana, junto con los programas y las servilletas usadas.

—Oh, señora Pringle, ha sido el mejor baile del mundo —dijo Belle Bonner, despertando de su baile de ensueño.

Todavía tenía las mejillas encendidas.

—Gracias, señora Pringle —sonrió Laura Trevelyan, ofreciéndole la mano con sinceridad, como un hombre. Y añadió—: Lo he pasado muy bien.

Su condición de mujer le permitía mentir cuando era realmente necesario.

Entonces, todos los bailarines se marcharon. Algunas muchachas, aunque conocían de sobra a los Bonner, ignoraron deliberadamente a Laura Trevelyan, que se había pasado la noche observándolas desde su promontorio, con los ojos perfilados de negro.

Cuando los Bonner regresaron a su casa aquella mañana y se hubieron besado y retirado a sus habitaciones, Laura se sentó a su escritorio como si llevara mucho tiempo esperando satisfacer un deseo. Revolvió entre sus plumas e inmediatamente empezó a escribir:

> Mi querido Johann Ulrich:
>
> Acabamos de llegar de un baile en el que he sufrido tanto por ti que debo escribirte, aunque no sé por qué medios será posible enviar esta carta. A no ser que suceda un milagro, nunca será enviada, y por eso me temo que esto es el colmo de la estupidez.
>
> Pero debo escribirte. Si bien lo más probable, querido mío, es que no llegues a leerla, yo necesito escribirla. Supongo que, si analizara mis pensamientos con honestidad, descubriría que la autocompasión es mi mayor pecado, aunque no recuerdo haberme sentido culpable de él en el pasado. ¡Qué fuerte se ha sido antes y qué débil se es siempre! ¿Acaso el carácter firme, recto y estable que uno creía tener no es más que un mito?

La luz rojiza del amanecer había empezado a bañar las estancias de la casa adormecida. Las tiernas habitaciones eran como huevos transparentes a los que se les hubiera quitado la cáscara.

La joven, cuyas pestañas parecían de bocací, siguió escribiendo en su habitación encarnada:

> Podría parecer que las virtudes humanas, salvo en el caso de individuos aislados, redimidos, absurdos o ajenos a las cosas, *son* un mito. ¿Eres tú también, querido mío, un mito, como se me ha insinuado?

La joven, cuyos rígidos párpados se habían vuelto rojos y transparentes por acción de la insoportablemente brillante luz de la mañana, empezó a arañar el papel con la pluma repetidamente.

Dios mío, se dijo, tengo fe, aunque a veces me abandone.

Extraños pedazos de oraciones se le acumularon en la boca. Se movió aparatosamente a través de la pulcra habitación, que la luz roja había vuelto terrorífica. Se afanó por romper en mil pedazos el grueso papel de carta, pues era de una calidad excelente; su tío se aseguraba de que lo fuera. Así que, al final, solo consiguió arrugarlo. Le costaba respirar, sentía arcadas.

Gracias a Dios, poco tiempo después se desplomó en su cama, recuperando en el sueño esa belleza privada suya, que, consiguientemente, la mayoría de la gente nunca había visto.

Poco tiempo después, Belle Bonner se casó con Tom Radclyffe en St. James, en un día ventoso. Si la señora Bonner se había inflado como un pavo debido a la trascendencia del acontecimiento, el incrédulo padre parecía haber encogido mientras llevaba a su hija del brazo hasta el altar. Casi nadie se paró a pensar en cómo se sentía Belle, ya que ¿acaso no era la novia el símbolo de todos sus deseos? De hecho, era muy posible que Belle no sintiera nada, sino que más bien vibrara en el interior de aquel tembloroso capullo blanco del que

saldría convertida en una mujer. Un arrobo remoto, pasivo, velaba su rostro, normalmente humano. Laura Trevelyan, una dama de honor que no encajaba con las demás, ya no se sentía capaz de comunicarse con su prima. Aquello le habría dolido más si ella no se hubiera convertido también en un insecto aletargado, igual que el resto del mundo.

El satén suspiró, algunas mujeres tragaron píldoras discretamente y el órgano perfumado serpenteó entre los melodiosos arriates de flores.

Entonces, de repente, las campanas empezaron a dar volteretas.

Todos convinieron en que la boda de los Bonner había sido la más bonita y la más elegante que jamás se había celebrado en la Colonia. Después, en las escaleras, la emoción y el color se encendieron aún más mientras el viento agitaba el velo, los cabellos y los chales, el arroz aguijoneaba la piel, los coches se agolpaban formando atascos y los caballos sobrealimentados y nerviosos evacuaban copiosamente en mitad de la calle. También se produjo un deplorable incidente con un zapato de satén rosa, que, según se rumoreaba, un joven e impetuoso subalterno, primo segundo de Chattie Wilson, había sustraído del camerino de una cantante italiana. Muchas mujeres se sonrojaron por lo que sabían que pasaría aquella noche, otras lloraron como si estuvieran recordando una tragedia que hubieran presenciado en el teatro hacía poco y unas cuantas criticaron a la novia por llevar un manojo de flores de peral, un complemento que tildaron de bastante original, por decirlo con suavidad.

De pie en las escaleras de la iglesia, azotada por el viento, Laura Trevelyan observó a su prima, en cuyos alocados brazos descansaba el manojo de tallos negros del que las flores amenazaban con desprenderse, llevándose con ellas, tierna, pura e imperceptiblemente, el mito de la felicidad.

12

Aunque el invierno había sido inusualmente húmedo en casi todas partes, lo había sido aún más, como es natural, en aquella región en la que la expedición de Johann Ulrich Voss se había visto obligada a acampar, pues los hombres se convencen desde muy pequeños de que los excesos de la naturaleza ocurren para turbarlos a ellos. Los que superan la prueba se persuaden de que, bien por instinto, bien por sensatez, siempre fueron conscientes de la existencia del gran plan, aunque es probable que solo los más sabios, y los más inocentes, lo fueran desde el principio.

Ahora que el invierno daba paso a la primavera, los miembros de la expedición empezaban a salir de la cueva y contemplaban un poco aturdidos cómo las aguas grises iban quedando reducidas a cieno amarillo. Ya no culpaban de sus desgracias a sus pecados. Aunque apestaban y se sentían físicamente débiles, estaban recuperando la confianza a marchas forzadas. Sus ojos debilitados iban poco a poco acostumbrándose al sol, que brillaba intensamente. Las tierras más altas ya mostraban la promesa verde de la primavera y los hombres estiraban las piernas y se felicitaban los unos a los otros por el milagro de la supervivencia, alegando que todo lo bueno que emanaba de la tierra era beneficioso, incluso el fruto de sus sufrimientos, hasta que, un día, un pajarito gris, que golpeaba con el pico la rama de un árbol que colgaba junto a la entrada de la cueva, hizo tambalearse los cimientos de los expedicionarios.

Era evidente que aquel pájaro intrépido no concebía que hubiera que respetar a los hombres, ni siquiera cuando Turner lo mató de un disparo.

Cuando Palfreyman protestó, el cazador le respondió alegremente:

—¿A qué viene tanto jaleo? ¡Si no lo hubiera matado yo, lo habría hecho otra cosa!

Las trompetas doradas del sol retumbaban en sus oídos. Bañado en oro tras pasar semanas en la cueva mohosa, el tipo había olvidado la rata asquerosa que siempre había sido.

Así que carraspeó y dijo:

—Y ustedes los caballeros científicos deben saber que un pájaro solo es un pájaro.

Sus ojos casi fetales centelleaban. Nunca antes se había sentido igual al resto de los hombres.

Palfreyman estaba consternado.

—Pobre criatura —dijo, tocando el pájaro muerto con la punta de su pie.

—¡No me diga que nunca ha matado a un pájaro! —exclamó Turner, percibiendo en el otro una debilidad.

Ahora se sentía incluso superior a aquel caballero.

—Hasta donde yo sé, he matado muchos —contestó Palfreyman—, y es posible que sea responsable de muchos desastres que desconozco.

Por como hablaba, parecía que estuviera renunciando a tomar parte en la expedición.

Turner se enfadó y le pegó una patada al pájaro muerto, que salió disparado a través del barro y el agua. Luego se escabulló entre las rocas en busca de algo más que matar, aunque el radio de acción todavía era limitado por la gran extensión de agua que los rodeaba.

Palfreyman necesitaba encontrar un nuevo propósito y deseó haberse podido ocupar de alguna sencilla tarea física. Siempre llega un momento en que un individuo demasiado honrado para refugiarse en la vieja ilusión de que es importante se queda suspendido agonizando entre el cielo plano y la tierra plana, y la oración se reduce entonces a una sustancia pegajosa en el velo del paladar.

En aquella época del año, entre lo anegado y lo árido, debido a algún espejismo creado por el cielo y el agua, la tierra efectivamente parecía muy plana, sobre todo por la mañana temprano, cuando el líder de la expedición, el señor Voss, salía a inspeccionar los alrededores. Con los pantalones remangados hasta la mitad

de las pantorrillas, y provisto de una recia chaqueta de lana, porque a aquellas horas hacía un frío considerable, trataba de atravesar el barro, aunque enseguida se quedaba empantanado. Entonces, para librarse de aquel calcetín trágico, alzaba los pies en el aire. En otras circunstancias, a aquellos que lo observaban desde la plataforma pedregosa que había frente a la cueva les habría parecido una figura ridícula: pero, en aquella situación, no se atrevían a reírse, por miedo a los sonidos que podrían haber salido de sus gargantas. Tampoco hablaban tanto como antes. No querían pronunciar palabras esclarecedoras, verdaderas, palabras puras: palabras que no fueran propias de ellos.

Cuando ya había recorrido cierta distancia, el líder se daba cuenta de lo absurdo de su empresa y se quedaba un momento inmóvil sobre sus zancos, reflejándose en el agua enlodada o el lodo acuoso. Así que tengo que volver con esos hombres, pensaba, y la perspectiva se le antojaba terrible. Nada le parecía peor que el hecho de que fueran hombres.

Pero por fin se formó una costra sobre la superficie viscosa de la tierra y la partida pudo continuar avanzando.

Es más, la tierra empezó a celebrar el honor de la presencia de los hombres con un manto de hierba verde que acariciaba los vientres de los caballos o proporcionaba un colchón sobre el que tumbarse. Los caballos comían hasta que se sentían satisfechos, o hinchados, y soltaban ríos verdes de excrementos. De modo similar, los ojos de los hombres se colmaban con el verde de aquella zona, aunque no dejaban de cantar, como amantes o niños, mientras cabalgaban. Cantaban las tonadas de animales que recordaban de la infancia, o las conmovedoras canciones que habían tarareado siendo jóvenes, cuando esperaban a alguna muchacha acodados en unos peldaños, en la oscuridad. Les costaba más recordar estas últimas, porque nunca llegaron a aprenderse la letra. Al principio, las canciones habían brotado como espasmos y temblores de los cuerpos de los cantantes.

Así que el amor y la expectación inspiraron a la comitiva mientras atravesaba aquella verde región, que en la práctica seguía siendo una ciénaga. Los chillidos apasionados de los pájaros estallaban, prodigiosos, por encima de sus cabezas. Las siluetas musculosas de los árboles frescos, delicados y sonrosados se elevaban ante los ojos de los jinetes. Pero los hombres, a pesar de la libertad y de las alegres canciones, estaban escuálidos. A aquellas alturas, apenas les quedaban provisiones, aunque un abundante surtido de caza había llegado para celebrar el inicio de la estación. Los hombres aprovecharon la ocasión para cazar y comer, nunca más de lo necesario para prolongar la vida, puesto que las carencias y la distancia habían disminuido su deseo de comer. Sus estómagos marchitos ya no estaban acostumbrados. Preferían alimentarse de sueños, aunque con estos no ganaban peso, más bien al contrario.

En aquella estación de hierba, caza y canciones irrumpieron otros signos de vida victoriosa. Entre la maleza encontraron a un nativo que estaba cantando mientras daba patadas contra el suelo y gesticulaba con una lanza, cuya cabeza de púas recordaba al hocico de un cocodrilo. Tres o cuatro de sus compañeros se agruparon en torno al cantante, pero los demás se mostraban más reticentes, o tal vez simplemente carecieran de las dotes necesarias para expresar su alegría.

—Sin duda, se trata de un poeta —dijo Voss, que estaba muy emocionado—. ¿Qué dice la canción, Jackie?

Pero Jackie no lo sabía, o no quería decirlo. Giró la cabeza con un nudo en la garganta, quién sabe si por vergüenza o añoranza.

El entusiasmo de su líder había entristecido a algunos de los hombres blancos.

—No hay motivo para suponer que el chico entiende su dialecto —dijo Ralph Angus, sorprendido de haber llegado a aquella conclusión por sí mismo.

Voss, sin embargo, seguía mostrándose risueño e infantil.

—Naturalmente —respondió, sin guardarle rencor al individuo que lo había censurado—. Pero voy a acercarme a hablar con ese poeta.

Sus hombres de piedra se rindieron.

Voss cabalgó hacia el nativo, convencido de que podría comunicarse con aquellos súbditos negros mediante la intuición, y gobernarlos con una empatía que estaba por encima de las palabras. Con su concepción límpida de las cosas, no tenía ninguna duda de que el significado de la canción se le revelaría, proporcionándole la clave para todas las negociaciones futuras.

Pero los negros huyeron, impregnando la maleza del olor rancio de sus cuerpos.

Cuando el soberano repudiado volvió, todavía sonriendo generosamente, y dijo: «Es curioso que el hombre primitivo no perciba la simpatía que emana de unos músculos relajados y un corazón amable», sus seguidores no se rieron.

Aunque su silencio fue aún peor. Cada pelo se distinguía perfectamente en los cavernosos orificios nasales de los hombres.

Durante los días siguientes, aparecieron multitud de negros que seguían de cerca a la expedición. Aunque los nativos nunca se mostraban abiertamente en grandes cantidades, sí se distinguían manchas negras que revoloteaban entre la pálida hierba o surgían entre los árboles muertos. Por la noche, era frecuente escuchar risas, el crujido de las ramas, canciones o el retumbar de la tierra que compartían.

Voss no dejaba de hacerle preguntas a Jackie.

—¿No hay indicios de cuáles pueden ser sus intenciones? —preguntaba, con cierta impotencia—. ¿Hombre negro no decir por qué venir, por qué cantar?

El chico le dijo que estaban contentos.

Parecía algo natural en aquellos atardeceres de abundancia. A la hora del ocaso, el alemán veía una mano embadurnada de ocre rojo y naranja elevarse por encima de la hierba amarillenta. Cada noche era una celebración de la generosidad divina. Aceptando este homenaje, la misma presencia divina resplandecía, esbozando una débil sonrisa.

Aunque no apreciaba aquellos efectos cósmicos tanto como su maestro, el chico negro habría prolongado el atardecer hasta el infinito. Solía quedarse con el alemán cuando hacía buen tiempo, pero en cuanto anochecía se hacía un ovillo a la entrada de la pequeña tienda, donde acostumbraba echarse la terrier.

Un día, de repente, se dieron cuenta de que la perra —que parecía un terrier, aunque en realidad no era más que un chucho intrépido que un colono de Nueva Inglaterra le había regalado a Voss cuando todavía era un cachorro— había desaparecido.

—A lo mejor ha tenido un accidente, o un canguro la ha abierto en canal —dijo Voss.

Se alejó un poco, llamándola por su nombre, Tinker, pero enseguida se rindió. No podía dedicarle demasiado tiempo a un detalle tan insignificante.

—Me juego lo que quiera a que usted sabe lo que le ha pasado a la pobre chucha —le susurró Turner a Judd.

Escogió a Judd deliberadamente, porque era su confidente.

En aquella ocasión, sin embargo, Judd no le prestó la menor atención a Turner. Estaba sumido en sus propios pensamientos.

Poco después de aquello, la exuberante región que estaban atravesando empezó a ralear; primero, cruzaron extensiones de hierba amarilla; después, llanuras de plantas grisáceas de sal, donde era obvio que las lluvias no habían llegado. Ni siquiera los esporádicos afloramientos de cuarzo parecían joyas en el seno sombrío de aquella tierra.

Una mañana, Turner se puso a gritar:

—¡No puedo! ¡No puedo!

Sus ya desaparecidos forúnculos gritaban desde sus núcleos para protestar ante la perspectiva de volver a adentrarse en el desierto. Las encías, sometidas a la presión de la emoción, le sangraban.

Si los demás apenas le escuchaban, o no parecían molestos por su arrebato, era porque estaban ofuscados por la misma perspectiva. Ante la ausencia de un público que le aplaudiera, Turner se calmó y siguió tambaleándose sobre su montura.

—Al menos así nos libraremos de nuestros amigos negros, si es que son seres racionales —observó Ralph Angus—. Nadie en su sano juicio dejaría atrás la abundancia para adentrarse en este desierto.

—Eso es algo que usted no puede comprender, Ralph —dijo Voss con una mueca que daba a entender que él sí lo comprendía.

—Tengo derecho a tener mis propias opiniones —musitó el joven—. Aunque en el futuro me las guardaré para mí.

Voss no borró de su rostro aquella mueca. Estaba tan consumido que ya no era capaz de sonreír.

Entonces, la partida se adentró en las proximidades del infierno, donde solo se oían los pasos de los caballos atravesando el desierto y el sonido de las plantas de sal que arañaban el viento.

Aquella región diabólica, que al principio era llana, muy pronto empezó a desgarrarse en barrancos sinuosos, no especialmente profundos, pero sí lo bastante inclinados para torcer las espaldas de los animales que tenían que atravesarlos, y para dejar extenuados los cuerpos y los nervios de los hombres a causa del frenético movimiento que tenían que soportar. Y no había forma de evitar aquella vorágine dando un rodeo: debían atravesar los barrancos sinuosos y, cuando llegaban al final, siempre encontraban otro esperándolos. Era como si todo el paisaje se hubiera visto sometido a enormes excavaciones para salvaguardar las distancias.

En el transcurso del asalto, los rostros de los hombres empezaron a adoptar una expresión abstraída. En las líricas praderas por las que habían cabalgado hacía muy poco, habían cantado lo que quedaba de su juventud. Ahora, sumidos en el silencio, incluso habían dejado de hacer recuento de sus llagas. Casi habían renunciado a sus viejos cuerpos de mimbre. Al anochecer siempre estaban muy cansados. De ellos solo quedaba el espíritu,

que aleteaba dentro de sus cráneos, y estaba por ver si no saldría de allí de un salto en el resplandor de una revelación.

Entonces, una noche, mientras subían hacia una cresta roja, uno de los caballos, o lo que quedaba de él, pues tenía los ojos lechosos a causa de una infección y el cuerpo plagado de úlceras sangrantes, dio un traspié y se desplomó por el barranco, dejando escapar un grito agudo; se quedó allí tendido, retorciéndose y chillando.

Inmediatamente, todos, a excepción del líder, se hicieron oír, soltando improperios, dando órdenes o consejos. Todos a la vez. Qué intentaban conseguir con aquellos gritos, ni ellos mismos lo sabían, salvo que se habían visto empujados a acompañar al caballo, expresando con él su agonía.

Entonces, Voss dijo:

—Sugiero que le dispare, señor Judd.

Judd desmontó y, en cuanto bajó la pendiente, se descolgó el fusil del hombro y despachó al pobre caballo. Aquel acto humano era el único que la razón le dictaba, pero, una vez que el convicto hubo retirado la alforja del animal muerto, tirando del cuero con todas las fuerzas que fue capaz de reunir, casi cayéndose hacia atrás bajo el peso de la que en otros tiempos fuera una constitución poderosa, cogió unas cuantas piedras y empezó a lanzárselas al caballo muerto. Se las lanzó poco a poco y con agresividad, de espaldas a sus compañeros, y las piedras hicieron un ruido hueco y siniestro al golpear el pellejo.

Hasta que Voss dijo:

—Vamos, señor Judd. Es absurdo malgastar su energía así.

Era absurdo. O aterrador. Harry Robarts, que había respetado, e incluso amado, a su compañero, estaba aterrorizado. Pero el pobre chico era muy simple.

En cuanto Judd recuperó su acostumbrada estabilidad y volvió a su montura, la partida siguió ascendiendo un poco más, hasta llegar a lo que parecía ser una meseta de tamaño considerable; árida, sí, pero maravillosamente plana.

—Creo que acamparemos aquí —decidió Voss, divisando unos cuantos árboles retorcidos.

No dijo nada más. Había momentos en que, fruto de una perversidad casi voluptuosa, respetaba los sentimientos de los demás.

Todos se sentaron en la oscuridad y se humedecieron los labios con un poco de agua tibia que sabía a lona, o tal vez a una civilización triste y perdida.

Pero Harry Robarts se alejó por el desierto de la luna dando tumbos como un borracho, y, cuando la luna por fin apareció, lágrimas heladas recorrieron los desfiladeros del avejentado rostro del muchacho. Mascullando y lloriqueando, acabó contando las veces que había sido perdonado y, al hacerlo, recordó los múltiples actos de bondad de su compañero el convicto. Y se sintió aún más conmovido, quizá porque todos los lazos humanos deben cortarse.

Entonces, de repente, al fundirse la oscuridad y la luz de la luna, el chico se topó con los ojos de un animal. En el intervalo que precede al miedo, la situación fue idéntica para todos los implicados. Después, se aclaró. El chico comprobó que aquellos eran los ojos de un negro que estaba en cuclillas tratando de encender un fuego con un puñado de ramas secas en una hondonada, junto a dos mujeres, tan desnudas y sorprendidas como él. Su actitud era demasiado inocente como para ser fingida. El muchacho caminó hacia atrás torpemente, balbuciendo las injurias que conocía, y el negro saltó, más raudo que la luz, más negro que la oscuridad, por el barranco más próximo, seguido de las dos mujeres y los pechos de estas, que casi tenían vida propia.

El muchacho todavía estaba maldiciendo su suerte, y la ausencia de ese valor que siempre esperó que igualaría su fuerza, cuando escuchó el lamento de los nativos y unos gritos confusos que les respondían desde la distancia. Más tarde, al contar lo que había ocurrido, recordó haber divisado también un segundo fuego, más lejano, justo un momento antes de que lo apagasen.

—Así que no nos hemos librado de esos malditos negros —dijo resoplando Harry Robarts.

Voss, el único que seguía estando contento, dijo:

—No hay ningún motivo para pensar que esos nativos no sean de la zona, y eso podría indicar que estamos en un lugar menos peligroso de lo que parece.

Esta lógica solo convenció a los que deseaban ser convencidos.

—Considerando que en el pasado hemos ignorado prácticamente por completo a los nativos —dijo Voss riéndose—, no es muy sensato que nos comportemos de repente como un puñado de mujeres histéricas.

—Antes teníamos fuerzas —dijo Judd con vehemencia—. Y también teníamos esperanza.

—Sin duda, usted, de todos los hombres, sabe lo insensato que es perder la esperanza —replicó el líder.

En su intento por consolarlo con preceptos humanos en lo que posiblemente era una situación propia de otro mundo, el único que se consoló fue él.

Cuando Voss levantó la lona y entró en su tienda, Judd el convicto murmuró para sí:

—Antes sabía de lo que era capaz, sabía adónde me dirigía. Ahora no lo sé.

Después de aquello, todos se fueron a la cama con las armas al alcance de la mano, si bien durmieron a pierna suelta, pues estaban exhaustos.

Por la mañana, el mundo apareció cubierto de un rocío brillante y fresco, e incluso los viajeros, al contemplar la austera meseta, se sintieron más animados, aunque tal vez aquel brío se debiera solo al sueño reparador.

Voss fue el primero en levantarse y recorrió los alrededores recogiendo el rocío con una esponja que escurría en un cazo, pues tenía intención de usarlo para su consumo personal. Palfreyman lo imitó enseguida.

—Sería idílico —comentó el ornitólogo— si pudiéramos mantener la cabeza gacha y concentrarnos únicamente en estas joyas.

—Según tengo entendido, así es como algunas personas alcanzan la fe religiosa —replicó el alemán.

Palfreyman, cuya fe había sufrido considerablemente, estuvo dispuesto a aceptar aquella observación como una especie de castigo.

—Algunas personas sí —convino.

—Ah, Palfreyman —dijo Voss—, es usted humilde. Y la humildad en los hombres es humillante. Me siento humillado por su culpa.

Como Palfreyman no respondía, añadió, aunque más bien para sí mismo:

—Sospecho que muy pronto sabremos quién tiene razón.

Podría haber continuado humillando a su dócil amigo y ensalzándose a sí mismo bajo aquella luz metálica, puesto que las mañanas seguían siendo despiadadamente frías y propicias a la objetividad más adusta, si justo entonces no se hubiera levantado un clamor de voces en el campamento. Cuando Voss y Palfreyman llegaron y preguntaron qué había pasado, sus compañeros les informaron de que un hacha, una brida y la brújula que quedaba, y que estaban dentro de la tienda, habían desaparecido durante la noche.

—Han sido esos negros, señor —protestó Judd—. Con su permiso, iré en su busca.

—No podemos acusar a los nativos sin pruebas —repuso Voss.

—No me costará mucho encontrarlas —dijo Judd.

—Si no han sido ellos los que se han llevado nuestras cosas —farfulló Turner con acritud—, cosa que podrían haber hecho sin mucho esfuerzo, simplemente levantando la lona, ¿quién ha sido?

Sin poder quitarse de la cabeza lo que había ocurrido en Jildra, tanto Turner como Judd se morían por hablar, pero algo, quizá la falta de valor, parecía impedírselo. ¿O se trataba de Voss? El líder se sintió más fuerte cuando vio temblar al grande de Judd.

—Pues podemos preguntárselo a ellos, porque están aquí —dijo Palfreyman rompiendo el hielo.

Todos se volvieron y descubrieron a un grupo de negros a cierta distancia. La luz y una gasa de neblina baja hacía que parecieran estar sobre una nube. Desde aquella altura, sus cuerpos enjutos y alargados, de tonos oscuros, dotaban a la escena de una pureza primitiva que silenció a la mayoría de los blancos y fascinó particularmente a Voss.

—¡Bien! —exclamó—. Esta es una oportunidad excelente para satisfacer a Judd y su eterno deseo de pruebas materiales.

—¡No lo comprendo! —gritó Judd exasperado—. Encontraré pruebas y se las mostraré. Voy a dispararles unas cuantas veces.

—Espere, Albert. Iré con usted. ¡Sucios negros! —intervino Turner, el impecable—. Déjeme coger mi arma.

—Ninguno de los dos hará nada tan estúpido —dijo Voss bruscamente—. Yo iré, y ustedes esperarán aquí. *Na, mach.* ¡Jackie! —llamó al nativo.

—Seguro que sacamos mucho de sus tratos con los negros. Como siempre —dijo Judd sin resuello—. Ya no soy capaz de soñar más. ¿Acaso no ve lo desilusionados que están nuestros esqueletos, señor Voss?

—Esa falta de ilusión es el resultado inevitable de nuestra condición física —dijo el alemán, sin perder la compostura.

—¡Argh! —gruñó Judd.

Pero todos guardaron silencio, incluso el propio Judd, mientras los aborígenes, de apariencia superior, casi divina, se mantenían sobre su nube, como si esperaran a que los blancos leyeran su veredicto.

—Como nuestro amigo Judd está celoso de mis intentos por establecer cierta relación de comprensión y simpatía entre la mente nativa y la nuestra —observó Voss finalmente—, sugiero que el señor Palfreyman vaya a hablar con ellos e investigue este asunto del robo. Él, al menos, es imparcial, y actuará con prudencia.

Alguien suspiró. Quizá fuera Palfreyman, sorprendido por aquella repentina exposición de su persona. Su tez se había vuelto amarillenta.

—Sin duda, soy neutral —dijo con una débil sonrisa—. Iré. —Y añadió—: Solo espero poder desenvolverme con honestidad.

Y entonces guardó silencio. Todos sabían que aquel caballero cultivado ya no se expresaba tan bien como antes.

—Excelente —aplaudió Voss.

Las circunstancias a las que se habían visto sometidos ya no permitían que Voss se humedeciera los labios. Sin embargo, estaba convencido de que, gracias a un afortunado accidente, había dado con un medio para revelar la auténtica condición de un alma.

—Tenga —dijo Judd, ofreciéndole a Palfreyman su arma.

—¿Va a ir armado? —preguntó Voss, bajando los párpados.

—No —dijo Palfreyman—. Por supuesto que no. No iré armado.

—¿Se llevará por lo menos al nativo?

—Dudo que lo entiendan.

—Yo también —dijo Voss—. Pero quizá si está presente…

—No. Iré yo. Confío en mi fe —respondió débilmente.

Voss se alegró y observó discretamente los rostros de los demás, que, sin embargo, estaban demasiado demacrados para expresar nada positivo.

Palfreyman, que era indudablemente bajito, empezó a avanzar hacia la nube llena de negros, ataviado con lo que una vez fue su sombrero de hojas de palma col; caminaba lentamente, aunque con decisión, con zancadas más bien largas, como si estuviera midiendo un enorme pedazo de tierra. Conforme marchaba, se iba desvinculando completamente de su entorno, y pensó en muchos incidentes aislados de naturaleza tanto alegre como desdichada, en el amor que le había negado a su hermana, en la anodina mañana en que había sostenido las bridas del caballo y había conversado con la señorita Trevelyan, incluso en la satisfacción que él y Turner habían compartido mientras le afeitaba el rostro lleno de llagas supurantes. Puesto que era evidente que estaba destinado para un fin determinado, su celibato se le antojaba natural. Avanzó por la tierra reseca con sus zancadas ligeras y exageradas, y durante aquella extraña marcha se sintió en paz con sus compañeros. Ambos bandos lo observaban atentamente. Los aborígenes parecían árboles, pero los cuerpos de los miembros de la expedición estaban tan contorsionados por la aprensión, el anhelo, el amor o la repulsa que se habían vuelto humanos otra vez. Todos recordaban la cara de Cristo que habían visto en algún momento de sus vidas, ya fuera en iglesias o en visiones, antes de apartarse de aquello que no habían comprendido: la paradoja del hombre en Cristo, y de Cristo en el hombre. Todos estaban obsesionados con lo que para algunos podría ser el último momento de su vida. No eran capaces de pensar en nada más.

Voss se golpeaba la pierna con una vara negra.

Palfreyman siguió caminando.

Harry Robarts lo habría llamado si no se le hubiera quebrado la voz.

Ahora sí que estamos condenados, pensó Frank Le Mesurier, viendo cómo se materializaban sus sueños.

Palfreyman siguió avanzando.

Si su fe hubiera sido lo bastante fuerte, habría sabido qué hacer, pero, como estaba asustado y no podía pensar en nada salvo —no lo avergonzaba admitirlo— en que amaba a todos los hombres, les enseñó a los nativos las palmas de las manos. Estas, huelga decirlo, estaban vacías, excepto por el destino que estaba escrito en ellas.

Los hombres negros miraron fascinados las palmas blancas, los curiosos párpados del intruso. Todos, incluyendo el forastero, estaban reunidos en el núcleo del misterio. Los negros enseguida empezaron a ver a través de la piel del hombre blanco, que aquella mañana se había transfigurado y se estaba volviendo transparente, como el agua clara.

Entonces, uno de los negros acabó con los misterios de los blancos con extraordinaria dignidad. Arrojó su lanza, que se clavó en el costado del hombre blanco y se quedó allí colgada, temblando. Entonces, todos los movimientos se volvieron extraños. El hombre blanco se quedó con los dedos de los pies vueltos hacia dentro. Otro negro, más bien musculoso e impulsivo, corrió hacia él con una lanza corta, o puede que fuera un cuchillo, y la encajó entre las costillas del hombre blanco. Todo fue muy fácil.

—¡Ahhhhh! —rio Palfreyman, porque seguía sin saber qué hacer.

Con los dedos de los pies vueltos hacia dentro.

Pero aferrándose a los pedazos de su vida.

Los círculos ya estaban girando, círculos blancos sobre el color azul, cada vez más deprisa.

—¡Ah, Señor! —dijo, de rodillas—, si hubiera sido más fuerte.

Pero su voz burbujeaba. La sangre manaba dolorosamente a través de un agujero que las moscas ya habían

olfateado.

¡Ah, Señor, Señor!, repitió su mente antes de que una tremenda presión venida de arriba lo obligara a deponer su última debilidad. Obviamente, había fracasado.

Entonces, Harry Robarts gritó.

Entonces, Judd disparó su arma, aunque sin apuntar demasiado bien, y el negro musculoso avanzó dando tumbos, apretándose el vientre.

Voss gritó a voz en cuello:

—¡Les prohíbo a todos que abran fuego; empeoraremos las cosas si disparamos a estas personas!

Porque aquellas personas le pertenecían.

No obstante, todos los negros habían abandonado la escena salvo el segundo asesino, que había dado un traspié, se había encaramado a una roca y después se había desplomado, antes de que la violencia del caos lo arrojara lejos, a algún lugar en el interior de un barranco.

El señor Palfreyman ya estaba muerto cuando los miembros de la expedición llegaron hasta él y lo levantaron. Todos los supervivientes sentían que una parte de ellos también había muerto.

En el transcurso de la mañana, cavaron una fosa en aquella tierra excesivamente dura. Para entonces, los párpados del hombre se habían vuelto más espesos y la sangre negruzca se le había coagulado en las heridas. La muerte lo había vuelto de cera.

Los campesinos piadosos se desollaban las rodillas adorando a efigies similares, recordó Voss disgustado. El rostro de Laura Trevelyan, también de cera entre las velas, le dirigió una fugaz mirada de reproche durante aquella orgía de mortalidad a la que estaban asistiendo, pero él la ahuyentó, igual que a las moscas, y habló irritado porque la carne, como las velas, está destinada a deshacerse y desaparecer.

—Con este calor, cuanto antes esté bajo tierra, mejor —dijo.

—Hay que leer el oficio fúnebre —farfulló Judd.

—Yo preferiría *no* hacerlo —replicó Voss.

—Yo no *puedo*… —dijo Judd.

Frank Le Mesurier, con el rostro cetrino empapado en sudor, se negó.

—Yo no *puedo*… —volvió a repetir Judd, mientras se arrodillaba sobre las piedras, junto a la zanja en la que pensaban depositar al muerto—. No sé leer. Si supiera leer, lo haría.

Le resultaba terrible tener que admitir aquello.

Finalmente, Ralph Angus leyó el oficio, aunque se equivocó y tuvo que corregirse varias veces, porque el significado de aquellas palabras era tan profundo que se le escapaba; lo habían educado para ser un caballero.

En el caso de Harry Robarts, sin embargo, la verdad cayó como una luz cegadora sobre la ignorancia. Captó el sentido de las palabras y vio a la paloma blanca salir del orificio que el señor Palfreyman tenía en el costado cuando bajaron el cuerpo a la fosa.

En cuanto a Judd, lloró por los padecimientos del ser humano, que él había compartido en parte, si no en su totalidad.

Por la tarde, el líder salió a buscar el cuerpo del negro, pues opinaba que también debían enterrarlo, pero al parecer los miembros de la tribu ya se lo habían llevado sin que ellos se hubieran percatado. Así que Voss regresó, furioso a causa de las moscas y de la devoción de Laura Trevelyan, que no lo abandonaba. Lo seguía constantemente, arrastrándose sobre las piedras. Y aquella imagen de Cristo. El alemán sentía deseos de gritar.

Pero, a menos de cien yardas del campamento, un resplandor atrajo su atención; resultó ser un pedazo de cristal que contenía la aguja de la brújula perdida.

—¡Señor Judd! —exclamó triunfante.

Cuando Judd se acercó, el alemán señaló hacia la tierra.

—Esto nos ahorrará tener que decidir quién se quedará con la brújula.

Se echó a reír, pero Judd, que ya sentía que había sido puesto a prueba demasiadas veces, permaneció en silencio, mirando la flechita que no dejaba de apuntar y apuntar sobre la tierra árida.

Puesto que ya era más de mediodía y los hombres estaban devastados, como si hubieran cabalgado durante horas por el peor de los caminos, a consecuencia de la tragedia que acababan de vivir, se decidió no reanudar la marcha hasta la mañana siguiente. En el transcurso de la tarde, Judd siguió el rastro del ganado, que se había encaminado hacia el sur del campamento, y lo encontró reunido en la orilla de un río más bien seco, aunque rodeado de algunas pozas de agua que habían atraído a los animales. Los delgados caballos relajaban las cuartillas y sacudían modestamente el belfo inferior, agradecidos. El par de cabras que quedaban miraron al recién llegado sin moverse, aceptando que se uniera temporalmente al grupo de las bestias.

El hombre-animal se acercó a ellas y se sentó un rato en la orilla, bajo el sol abrasador. Posiblemente fuera esta comunión con las bestias la que finalmente despertara su intelecto humano, que hasta entonces había

estado dormido, pues en su compañía sintió la amenaza del cuchillo, que anda siempre cerca del cuello del animal.

—¡No lo haré! ¡No lo haré! —exclamó por fin, sacudiendo su cuerpo demacrado.

Puesto que el destino del hombre corriente lo constituyen sus fértiles prados —no los desiertos del misticismo ni la transfiguración de Cristo—, Judd soñaba con los grandes pechos de su esposa, que olían a pan recién horneado incluso después de haberse cambiado de vestido.

Aquella noche, mientras los hombres comían sin muchas ganas un poco de pan y carne seca, después de haber llenado los odres de agua para perder el menor tiempo posible a la mañana siguiente, Judd se acercó a su líder y le dijo:

—Señor Voss, creo que no tiene sentido que sigamos avanzando. Lo he pensado bien y voy a volver a casa.

Algunos se inclinaron hacia delante y contuvieron la respiración para poder escuchar sus propios pensamientos expresados en voz alta.

—¿No se da cuenta de que está bajo mi mando? —preguntó Voss, bastante tranquilo; por fin había sucedido lo que había estado esperando.

—No si yo no quiero —replicó Judd.

—Está usted agotado —afirmó el líder.

La corroboración de sus peores miedos lo hizo sentirse fuerte, despierto, casi feliz.

—Váyase a dormir —dijo—. No puedo permitirme el lujo de sospechar que un hombre valiente como usted es un cobarde.

—No se trata de cobardía. El infierno está ante nosotros y también a nuestra espalda, y en medio no hay nada —protestó Judd—. Me voy a casa. Incluso si me arrepiento por el camino, me voy a casa.

—Veo que no puedo esperar nada de usted —dijo Voss—. Las pequeñas mentes tiemblan de miedo ante una gran empresa. Solo espero que una mente tan pequeña como la suya pueda soportar la presión de un viaje de vuelta tan duro en solitario.

—Soy un hombre sencillo —dijo Judd—. Más allá de las cosas sencillas, comprendo poco, pero tengo confianza en mí mismo.

Voss, que estaba sentado sacando piedras de un montoncito, se rio.

—Así que voy a volver —concluyó Judd—. Y me llevaré a cualquiera que piense igual que yo.

Así que aquella sería la prueba. Voss tiró una piedra odiosa a la oscuridad.

Turner se levantó de un salto inmediatamente e hizo un esfuerzo para que las palabras salieran de su garganta. Parecía una gallina tratando de escapar del gallinero.

—¡Cuente conmigo! —exclamó demasiado deprisa—. Y con Ralph.

—¡Habla por ti! —espetó Angus, avergonzado porque un desecho como aquel, que además era su amigo, lo dejara en evidencia.

—Sin duda, todos habrán tomado una decisión por la mañana —dijo Voss—. Caballeros, les deseo muy buenas noches a todos. Tienen varias horas por delante. Las noches siguen siendo frías, y es bien sabido que el frío favorece el pensamiento.

Luego se agachó para entrar gateando en su tienda, y todos pensaron que lo había hecho con cierta elegancia.

La situación cristalizó, aunque no sin esfuerzo, bajo las estrellas, y por la mañana todos sabían qué debían hacer. En algunos casos, la decisión era tan obvia que no hacía falta verbalizarla. Por ejemplo, para Frank Le Mesurier no había otra posibilidad que seguir a su líder, y Voss, que había leído lo que este había escrito, nunca se habría atrevido a pedirle ninguna prueba de lealtad. Frank estaba ocupado apretando correas y abrochando hebillas. Había guardado su libro en algún lado, porque todavía lo atesoraba, aunque ya no escribía; sentía que ya estaba todo dicho.

Turner parloteaba sin parar. La perspectiva de volver a la cordura había desatado la vena de locura que se oculta en todos los hombres.

—No comeré, Albert —mentía—, y así la carga será mucho más ligera por las provisiones que no tendremos que llevar. Es sorprendente lo poco que necesita comer un hombre. Seré sensato, ya verá. Dicen que la comida embota la mente.

Justo entonces, el alemán se acercó e insistió en que dividieran equitativamente sus posesiones. Él y Judd lo discutieron todo con naturalidad y amabilidad bajo la pálida luz de la mañana. Temblaban y les castañeteaban los dientes, pero era a causa del frío.

—¡Y la brújula! —bromeó Voss, que se había convertido en un ser distinguido y razonable.

—No necesitamos ninguna brújula —dijo el enorme y vivaracho Judd con una carcajada.

Ralph Angus se acercó a ellos sintiéndose terriblemente inseguro a pesar de su aparente seguridad, y

pensando que en aquel momento habría dado lo que fuera por disponer de un poco de ese aceite de macasar que infundía a los caballeros jóvenes y afables la mitad de su confianza.

—Ya me he decidido —dijo, aunque llevaba decidiéndose toda la noche.

—¿Sí? —preguntó Voss, que ya lo sabía, y que le habría dejado marcharse.

—He decidido ir con mi grupo —dijo Angus, con un sudor frío—; ir con Judd. No sé si tiene sentido adentrarse más en lo desconocido. Ya tengo suficientes tierras —concluyó más bien bruscamente y sin mencionar el número de acres que poseía, porque aquello habría sido de mal gusto.

—Así que es usted rico —comentó Voss con estudiada seriedad.

—Quiero decir —balbució el desdichado joven— que a lo largo de la costa hay suficientes tierras para cualquiera que quiera invertir una suma razonable.

En aquel momento, su líder, que ahora era Judd el convicto, colocó su fuerte mano en el brazo del terrateniente y le pidió que hiciera algo.

—De acuerdo —dijo Ralph Angus con aspereza, aunque sin duda iba a obedecer.

Se dispuso a hacerlo, y de ese modo puso su vida en manos de Judd. Como las manos de este último eran muy capaces, probablemente había hecho una buena elección, aunque el joven no pudo evitar sentir que estaba traicionando a los de su clase, en aquel momento y para siempre.

Todo estuvo dispuesto enseguida, y los preparativos discurrieron sin contratiempos. Cuando llegó la hora, no obstante, los gestos se volvieron abruptos y poco naturales. Mientras los dos grupos se separaban, cada uno de los hombres recordó que los demás lo conocían demasiado bien, y consecuentemente ninguno sintió el deseo de mirar atrás.

Solo Harry Robarts llamó a su compañero:

—Entonces… Adiós, señor Judd.

Se habían olvidado de Harry, que, por supuesto, no era más que un muchacho, un simplón. Incluso Judd, que había percibido el afecto del chico, aunque siempre supo que lo acabaría perdiendo, se había olvidado de él.

—¡Ah! Adiós, Harry —repuso el convicto, sintiéndose culpable. Luego se aclaró la garganta y farfulló—: Así que me abandonas. Eso sí que no me lo esperaba.

Aunque no era cierto.

—Me iría con usted —empezó a decir el chico, vacilante.

Entonces, ¿por qué no se iba con ellos? No había ningún motivo para no hacerlo, salvo que no era su destino.

—¡Me iría con usted si quisiera! —le gritó en la cara a su amigo.

Y empezó a clavarle las espuelas a su caballo.

—¡Pero no quiero! —gritó—. ¡Venga, vamos! ¡Arre! ¡O te abriré las costillas en canal!

Los dos grupos empezaron a cabalgar en direcciones opuestas. A excepción de Harry Robarts, cuyo destino lo atormentaba, todos se sentían reconfortados, como si acabaran de renacer. El negro Jackie, que seguía cabalgando a la derecha del alemán, sonreía mientras se balanceaba sobre el maltrecho esqueleto de su caballo. Había muchas cosas que el joven nativo no comprendía, pero, al menos, no estaba muerto. La cuerda invisible que unía la comitiva se rompió lentamente y, entonces, en el paisaje circundante, ya no quedó nada de la expedición, salvo un pequeño montón de piedras que señalaba la tumba del señor Palfreyman.

13

Aunque el dinero que había conseguido era suficiente para comprar la absolución de sus orígenes, el señor Bonner nunca había aspirado a ello. Aquel era un lujo que dejaba para su esposa, que disfrutaba inmensamente de los triunfos y de los castigos que conllevaba. El comerciante disfrutaba del dinero, tras haber ejercido como chico de los recados, de ayudante servil y de hombre de confianza de varios individuos severos. ¡Ah! Cómo amaba aquella fortuna que le proporcionaba seguridad frente a los avatares de la vida, o eso creía él, pues en el transcurso de su existencia el señor Bonner había olvidado que el hombre es más vulnerable que una ostra sin concha. El comerciante estaba convencido de que «bien muere quien bien vive». En consecuencia, a menudo había tratado de calcular a quién y por cuánto podía comprar su salvación y, para garantizar que en su último viaje entraría por la puerta de cedro adecuada, había empezado a donar en secreto cantidades importantes a todo tipo de grupos religiosos, incluyendo aquellos que aprobaba.

Sin embargo, la indagación intelectual, por no hablar de la espiritual, no constituía una ocupación que aquel hombre se tomara en serio. Se contentaba con dejar aquel asunto en manos de las mujeres, o de algún experto con el don de la palabra y sentido del humor. Si alguna vez había experimentado algún anhelo espiritual, había tratado, aunque tampoco con mucho ahínco, de satisfacerlo podando los brotes de sus camelias, esos arbustos elegantes, resplandecientes, compactos e impenetrables que él mismo había plantado y que habían incrementado su magnificencia. Si bien al final sus flores pecaban de ser perfectas y sus encantos perennes se volvían aburridos conforme avanzaba la estación, en realidad, eso era lo que le gustaba de ellas: la respuesta inmutable a sus expectativas. Por ejemplo, como su Dios. Si su Dios no hubiese sido un aburrimiento, el señor Bonner habría sospechado de Él. Muy al contrario, su respeto por la Voluntad Divina se aproximaba bastante al respeto que sentía por la suya propia. Tras haber estado vinculado durante muchos años a lo que siempre había tomado por un negocio respetable, recientemente había empezado a pensar que el destino tal vez le deparara alguna sorpresa cruel.

Había sido su sobrina, Laura Trevelyan, la responsable de que el mundo material del señor Bonner se resquebrajara.

—Esperamos poder persuadir a la señorita Trevelyan de que pruebe los baños de agua de mar.

El señor Bonner había salido de su despacho, convenientemente separado del resto por una mampara de cristal, y esperó a que Palethorpe, su mano derecha, cerrara el libro de cuentas que llevaba horas revisando.

—¿Qué opina de los baños de agua de mar, Palethorpe? —preguntó el señor Bonner en un alarde de humildad impropio de él.

Palethorpe, que hacía muchos años había decidido que tener opiniones era peligroso, respondió con cautela:

—Señor, diría que depende enteramente de la constitución de la persona en cuestión.

—Es probable que tenga usted razón —convino decepcionado su jefe.

—Sin conocer bien la constitución de la persona, no creo que pueda emitirse un juicio exacto.

Palethorpe pensó que estaba salvado.

Pero el señor Bonner hizo tintinear el dinero en el bolsillo de su pantalón, el buen dinero con el que pagaba a Palethorpe, sin duda dadivosamente. El comerciante era muy generoso porque detestaba las discusiones y el desasosiego y, como no podía ser de otro modo, en aquel momento se sintió engañado.

—Pero ¡usted *conoce* a mi sobrina! —exclamó impaciente.

Que las cosas no ocurrieran como él esperaba lo irritaba sobremanera.

—En efecto, señor —admitió Palethorpe—, conozco a la señorita. Pero solo de trato, no porque la haya

estudiado científicamente.

Nada malo podía decirse de Palethorpe, y por eso había llegado adonde había llegado, y no más allá. Porque no tenía ambición. El aire colonial no había minado su voluntad de servir a un patrono; tanto él como su discreta esposa pertenecían a la clase sumisa de los felpudos, si bien eran de esa calidad superior de la que solo están hechos algunos modelos. A veces, la pareja debatía acerca de los individuos que los pisoteaban, o tal vez sería más preciso decir que la pareja exponía los hechos, porque debatir implica criticar, y los Palethorpe no criticaban.

Por ejemplo, la señora Palethorpe empezaba a decir:

—Creo que este chal de cachemira me sienta mejor de lo que esperaba. ¿No crees, señor Palethorpe, que me sienta bien?

—Sí, sí. Muy bien, muy bien —respondía su esposo con entusiasmo.

Como casi siempre, estaban tomando el té. Estaban cerca y lejos al mismo tiempo. Cuando estaban juntos, los Palethorpe siempre estaban.

—El estampado me favorece. Puedo llevarlo porque estoy delgada. No es mi intención criticar, ya sabes que no tengo esa costumbre, pero las mujeres recias como la señora Bonner no pueden ponerse un estampado así.

—La señora Bonner es de naturaleza generosa, casi diría que *embarazosamente* generosa. Fue muy amable al regalarte el chal.

—¡Oh! Y le estoy muy agradecida, señor Palethorpe. Ha sido todo un detalle. La señora Bonner es una de esas personas que no pueden evitar ser generosas. Siempre está haciéndole regalos a todo el mundo.

—Y apenas se lo había puesto. Vino en el barco de julio. Lo recuerdo perfectamente. A algunas damas les pareció que el estampado era demasiado florido.

—Pero, para gustos, colores.

—¡Y tanto! Aunque es innegable, Edith, que la señora Bonner tiene un gusto exquisito.

—¡Oh, señor Palethorpe! ¡No me mortifiques! ¡Como si yo pudiera pensar que no lo tiene! ¡Eso nunca!

—Y la señorita Belle también.

—Y no olvidemos a la pobre señorita Trevelyan.

—Desde luego.

—Aunque es una joven muy intelectual, y a veces demasiado callada.

Los Palethorpe le dieron un sorbito al té.

—La chiquitina se está convirtiendo en una niña preciosa. Aunque muy seria, en mi opinión —continuó diciendo el señor Palethorpe.

—Igualita, Dios me perdone, a la señorita Trevelyan. Lo cual es una pura coincidencia, por supuesto, ya que la pequeña no es hija suya.

Los Palethorpe empezaron a sudar porque hacía demasiado calor para tomar el té.

Entonces, la señora Palethorpe preguntó:

—¿Cuánto tiempo dirías que ha pasado desde que partió la expedición?

—Lo anoté, como hago con todos los acontecimientos importantes, pero sin consultar mi diario no podría decirlo con seguridad.

—No quisiera molestarte —dijo la señora Palethorpe.

Y movió la cucharilla dentro de la taza.

—Señor Palethorpe, ese tal señor Voss, nunca te lo he preguntado, pero ¿no te pareció, por decirlo suavemente…, bueno, no quiero ser vulgar, pero… un hombre extraño?

—Es un alemán.

Entonces, la señora Palethorpe preguntó con un valor inusitado:

—¿Crees que el señor Bonner aprueba a ese alemán?

Su esposo se removió en la silla.

—No lo sé —dijo—, y mi discreción me impediría preguntárselo.

Entonces, como su esposa parecía decepcionada, añadió:

—Pero lo que sí sé, porque hace muchos años que trabajo para él, es que el señor Bonner no ve lo que no desea ver, y que todo Sídney está esperando a que se quite la venda de los ojos.

El señor Palethorpe soltó una fuerte y sonora carcajada, completamente impropia de él.

—¿Todo Sídney? ¡Vaya! ¿No es un poco exagerado?

—Mi querida Edith —dijo el señor Palethorpe—, si a una persona no se le permite cierta laxitud de vez en cuando, ¿cómo va a divertirse?

Su esposa suspiró en señal de acuerdo. Siempre coincidía con él, porque era feliz a su lado.

Entonces, los Palethorpe continuaron bebiéndose su té con leche, que era de una calidad excelente, al igual

que las tazas que habían traído de Inglaterra. Nada vulgar. Permanecieron sentados, escuchando el ruido más bien melancólico de sus estómagos, y poco después salieron a pasear bajo la lluvia por el barrio de Fulham, su entorno espiritual.

Nada malo podía decirse de los Palethorpe, lo que hacía que resultasen aún más exasperantes, tal y como el señor Bonner pudo comprobar en aquella ocasión en que esperaba recibir consejo de su subalterno. Palethorpe se dio cuenta, siempre se daba cuenta de todo, y en consecuencia se dispuso a brindarle algo de consuelo. Entonces, Palethorpe dijo:

—Confío en que la salud de la señorita mejorará con una breve cura de baños de agua de mar.

—No se trata de su salud, Palethorpe —respondió el comerciante—. Bueno, sí; pero no.

—¡Ah! —dejó escapar su empleado, con esa inflexión de la voz propia del que comprende la situación.

—En las presentes circunstancias, no sé qué pensar.

Entonces, el comerciante se marchó decepcionado, dejando decepción a su paso.

El señor Bonner subió a la berlina, que lo esperaba a la misma hora que todos los días. Tras acomodarse para el viaje, descruzó las piernas y le pidió al chófer que pararan en Todmans', donde le cobraron una fortuna por tres hermosas peras, provista cada una de sus hojas, que mandó guardar en una cajita. Luego, se sentó en la penumbra de su berlina cerrada sosteniendo la caja de las preciadas peras, envuelto en el intenso aroma que despedían y, poco a poco, también en su fulgor dorado, con la esperanza de que la ofrenda material que tenía intención de hacerle a su sobrina expresara el afecto que sentía y que tal vez su voz y su mirada no denotaran. Se sentía muy solo en aquella berlina.

Cuando cruzaron la entrada de piedra de la casa en Potts Point, que ya no le resultaba tan agradable como en el pasado, sintió deseos de detener el vehículo e ir caminando hasta la puerta para retrasar su llegada, pero sus intentos por llamar la atención del cochero quedaron amortiguados por la tapicería; su voz no lo alcanzaba, y no se sentía capaz de levantar la pequeña tapa que comunicaba con el pescante. Así que se dejó llevar, sintiéndose desdichado, hasta que los cascos de los caballos resonaron bajo el pórtico.

La puerta de la casa estaba abierta.

—Oh, señor —dijo Betty, la muchacha que había reemplazado a Rose tras su muerte—, la señorita Laura está muy enferma.

El comerciante, congestionado por el esfuerzo que tenía que hacer para salir de la berlina, seguía sosteniendo la caja de las peras. Era una tarde gris y arenosa.

Como no juzgó apropiado estimular la inteligencia de la muchacha, que parecía muy delgada dentro de aquel vestido heredado, se limitó a emitir unos cuantos sonidos que de ningún modo habrían podido considerarse humanos.

—¡Ah, señor Bonner! —dijo su esposa, a quien no pudo evitar, pues se encontraba en la escalera—. Estaba a punto de enviar a alguien a buscarte. Se trata de Laura. Está terriblemente enferma. He mandado llamar al doctor Bass. Acaba de marcharse y debo admitir que no me he quedado tranquila. Ese joven, que *todas* nuestras amistades me habían recomendado, ha tenido que consultar un libro para emitir un *diagnóstico*. ¿Puedes creerlo? Cuando cualquiera con un poco de experiencia sabría que lo que tiene Laura es una fiebre cerebral. ¡Hasta *yo* lo sé! Señor Bonner, te confieso que estoy muy preocupada.

Sintió cómo los anillos de la mujer le arañaban las manos de un modo muy desagradable.

El señor Bonner subió los mullidos escalones. Las frutas maduras se habían desplazado dentro de la cajita y, a pesar de su sensual perfección, saltaban y entrechocaban como si fueran piezas baratas, todavía verdes. Desde que Belle se había marchado, su casa ya no le importaba. Belle, la muchacha de oro que, en aquellos días despreocupados que transcurrían entre el odioso verano y el cruel invierno, olía a peras maduras. ¿O tal vez se estaba confundiendo?

—Entonces llamaremos al doctor Kilwinning —dijo el señor Bonner, pensando que su voz le resultaba extraña.

—¡Ay, querido! Eres tan bueno, siempre lo has sido —repuso su mujer secándose los ojos con un trozo de batista y su puñado de anillos.

Todas las amistades de la señora Bonner sabían a cuánto ascendían los honorarios del doctor Kilwinning, hecho que lo había convertido en el mejor médico de la ciudad.

Pero los Bonner, que se dirigían a la puerta de la habitación de su sobrina, no encontraban consuelo el uno en el otro. La vida los estaba poniendo constantemente a prueba.

Laura estaba echada en su preciosa cama, mirando al vacío. Durante la crisis, que nadie le había explicado muy bien al perplejo comerciante, la tía le había soltado el pelo a su sobrina. En aquel momento, al señor Bonner, que detestaba cualquier cosa que se saliera de lo normal, el cabello oscuro y sedoso de la joven le resultó desagradable. Ni siquiera era capaz de recordar cuándo había entrado por última vez en la habitación

de su sobrina; le dio la impresión de que estaba plagada de frágiles secretos. En consecuencia, el hombre se vio obligado a caminar con pies de plomo: cada paso era como una disculpa, y su cuerpo enorme y rollizo tenía un aspecto de lo más grotesco.

Laura volvió la cabeza para mirar a sus tíos y dijo:

—Lamento causaros tantas molestias.

Aunque parecía imposible, sus delgados labios habían conseguido articular aquella ridícula frase.

El señor Bonner se pasó la lengua por los dientes, y se movió aún con mayor delicadeza para expiar sus deficiencias.

—No debes moverte —susurró, emulando lo que alguna vez había oído que alguien le decía a algún enfermo.

—Pero si no es nada —dijo Laura—. No es más que una de esas enfermedades pasajeras a las que nadie encuentra explicación.

Cómo luchaban sus mandíbulas por hablar. Su cuerpo rígido y febril, por cuyo interior Laura podía moverse libremente, apenas tenía importancia; a decir verdad, ya no era nada. Y, sin embargo, entre aquellos accesos de fiebre, la joven se sentía estúpidamente cómoda e incluso capaz de disfrutar de las torpes carantoñas de sus tíos.

—¡Ay, mi querida, mi queridísima Laura! —decía entre lágrimas la tía Emmy—. ¡¿Qué hemos hecho para merecer esto?! No soporto no saber qué es lo que tienes, pero tu tío va a traerte al mejor médico de la ciudad, y él nos sacará de dudas.

En los momentos de estrés, la señora Bonner transfería su simplicidad a los que la rodeaban y se dirigía a ellos como si fueran niños.

—Ya lo verás —añadió.

Era conmovedora la forma en que acariciaba a su sobrina. Para arroparla. O para descubrir la razón de su sufrimiento.

Contemplando a aquellos dos niños desde su trágica distancia, Laura Trevelyan se sintió intolerablemente vieja. Ojalá hubiera podido hacer algo por ellos…, pero no podía. En aquel momento, se dio cuenta de que incluso estando sana no habría sido capaz de hacer nada por sus tíos.

Entonces, el señor Bonner, animado por las palabras de su esposa, carraspeó y dijo en tono jovial:

—Sí. El médico. Enviaré a Jim a buscarlo. Estará aquí en menos de lo que canta un gallo. Sí. Le enviaré una nota.

—¿Y si está cenando? —le recordó su esposa.

—Haré que le compense dejar la cena a medias —dijo el comerciante.

Cuando las circunstancias le eran favorables, el señor Bonner derrochaba poder e influencia.

Y se dispuso a escribirle al médico, después de dejar las desafortunadas peras sobre una consola que se encontraba en la penumbra de la habitación. Aquellas frutas dulces e inocentes parecían proclamar una debilidad que le habría gustado mantener en secreto.

Sin embargo, allí estaban, incluso si por el momento Laura Trevelyan y la señora Bonner no habían reparado en ellas. Esta última seguía ocupándose de su sobrina con celo, y le llevó sucesivamente un poco de agua infusionada, un buen caldo concentrado que se le había derramado en el trayecto desde la cocina y una preciosa jalea de leche. Como Laura se negó a probar nada de aquello, la tía gritó apasionadamente, como si se hubieran peleado y tuvieran algo que arreglar:

—¿Qué más puedo hacer por ti? ¡Dímelo, querida, y lo haré!

—No te he pedido nada —dijo Laura Trevelyan.

Había cerrado los ojos y esbozaba una sonrisa que la señora Bonner habría querido saber interpretar, si bien la muchacha estaba tan afectada por la fiebre y la debilidad que no habría podido guardarle a su tía ni siquiera un imaginario rencor.

No obstante, los indefensos párpados de su sobrina expusieron a la señora Bonner a nuevos remordimientos.

—Siempre es más fácil para los que están enfermos —se quejó—. Ellos se limitan a quedarse ahí tumbados, mientras que los que estamos sanos sufrimos. Nosotros somos los débiles, los indefensos.

Como último recurso de esa indefensión, le puso en la frente a su sobrina un pañuelo empapado en agua de colonia mientras continuaba exhumando sus propios pecados.

Y así pasó la tarde, entre la actividad y la frustración. El doctor Kilwinning llegó, y el doctor Bass regresó. El ruido de las botas de los hombres dominó las escaleras, y un velo de prepotencia masculina se extendió por toda la casa. Si ya se había censurado la ignorancia del joven doctor Bass, quedaba por ver de qué servirían los conocimientos y la experiencia del doctor Kilwinning, aunque el eminente galeno ya había hecho varias

conjeturas y esbozado unas cuantas sonrisas decorativas, que reservaba para consolar a las damas. Además, a la señora Bonner la tranquilizaron los hermosos puños de su camisa, que llevaba cerrados con unos rombos de oro macizo incrustados de rubíes, aunque de proporciones elegantes.

—Y una dieta extremadamente ligera —dijo la eminencia—. Sopas.

Sonrió, y de pronto la palabra adquirió un aura mística y se coció suavemente al vapor sobre su lengua.

La señora Bonner se vio obligada a devolverle la sonrisa.

—Son muy nutritivas y vigorizantes —respondió, sintiéndose vigorizada ella misma.

Pero su marido pensó que, de haber sido él el paciente, no habría respondido bien a aquel tratamiento a base de sopas, y empezó a desconfiar. Entornó los ojos. Según le comentaría después el doctor Kilwinning en confianza a una dama amiga suya, el comerciante le habló con una franqueza que solo podría esperarse de un hombre *ordinario.* El señor Bonner dijo:

—Sí, doctor. Pero ¿qué tiene mi sobrina?

Al principio, su esposa tuvo miedo de que su falta de delicadeza pudiera ofender al médico.

—Señor Bonner, todavía es muy pronto para hacer un diagnóstico certero —respondió—. Podría tratarse de una de tantas fiebres. Debemos observar y cuidar a la paciente.

Entonces sonrió a la señora Bonner, que le devolvió la sonrisa con devoción.

—Mmm —musitó el comerciante.

—Sigo diciendo que se trata de una fiebre cerebral —aventuró la señora Bonner.

—Podría serlo —suspiró el médico.

—Me gustaría saber qué puede haber ocasionado esa fiebre —dijo el comerciante—. Siempre hay un motivo para todo.

Entonces, el médico soltó una de sus risas alegres e indulgentes y le dio una palmadita al señor Bonner en el codo; luego salió de la habitación, seguido por el doctor Bass, cuya vergonzosa y flagrante ignorancia la señora Bonner ya había olvidado.

Aquella noche la fiebre consumió a Laura Trevelyan, que no dejaba de gritar que el pelo le estaba sajando las manos. Lo cierto es que sus cabellos quemaban y pesaban mucho, aunque también estaban suaves. La señora Bonner intentó colocárselos varias veces de formas distintas para aliviar la incomodidad de la paciente.

—¡Ay, señora! ¡Qué desgracia! —exclamó Betty, la nueva criada—. ¡Qué desgracia pensar que pueda perderlo! ¡Una cabellera tan bonita! A la señorita Hanrahan se le cayó todo el pelo a causa de la escarlatina. Pero se lo vendió a una dama que quería hacerse unos postizos. Así que, por lo menos, al final alguien lo aprovechó. Y a la señorita Hanrahan volvió a crecerle una cabellera preciosa.

—Vete a la cama, Betty —dijo la señora Bonner.

—Señora, si me lo permite, me quedaré velando a la señorita Trevelyan —propuso la joven.

Pero la señora Bonner estaba decidida a cargar con su propia cruz.

—Nunca me lo perdonaría —exclamó entre lágrimas— si le ocurriera algo a mi sobrina.

Cuando la criada se fue, la señora Bonner se preparó como si fuera a emprender un viaje, con chales, mantas escocesas y un libro de sermones que siempre llevaba consigo en caso de emergencia, hasta que enseguida llegó su marido, que no soportaba estar solo en el desierto en que se había convertido su casa. Aunque aquello no había ocurrido de repente, ni tampoco aquella noche, y no solo afectaba al señor Bonner. Aquellos dos seres, que de vez en cuando se miraban esperando ser rescatados, habían empezado a darse cuenta de que sus vidas habían consistido en un proceso de erosión. Algunos oasis de afecto habían hecho soportable el desierto, hasta que el feroz calor de la sinrazón había empezado a amenazar con destruir cualquier refugio.

Así, los Bonner deambulaban impotentes, pensando en la transparente criatura que la naturaleza les había arrebatado tan despiadadamente, y en esta otra más oscura, más opaca, que en realidad nunca había sido suya.

En un momento determinado, Laura Trevelyan, que se esforzaba por hacerse con el control de las sábanas, se inclinó hacia delante, quizá demasiado, y se golpeó en la cara contra la cabeza del caballo cuando este la echó hacia atrás. Pensó que no sería capaz de soportar el dolor.

—¡La gamarra! —gritó, decidida a resistir—. Hemos olvidado la gamarra en el lugar donde hemos parado a descansar.

Cuando estuvo más tranquila, dijo pausadamente:

—No tengas miedo. No te abandonaré. Aunque haya momentos en que lo desees, no te abandonaré.

Y, después, feliz:

—Es tu perra. Te está lamiendo la mano. Pero ¡qué seca tienes la piel! ¡Oh, bendita humedad!

Y empezó a restregar la cabeza contra la almohada en un éxtasis de gratitud.

Aquellas pruebas habrían complacido a los Palethorpe y desconcertado a los Bonner, pero los primeros no estaban presentes y los segundos daban cabezadas mientras dormían acomodados en sendas sillas de caoba.

* * *

Así que la partida bajó los escalones de basalto de la casa desierta de los Bonner y siguió avanzando. De vez en cuando, los cascos de los caballos hacían saltar chispas en los abruptos afloramientos rocosos.

Desde que la expedición se había dividido en dos, el grupo liderado por Voss parecía moverse con más agilidad. Tal vez fuera lo natural. Aquellos que estaban bajo su mando, incluyendo al chico aborigen, estaban deslumbrados por la incandescencia del hombre que los guiaba. Se habían quedado prendados de aquel rostro más bien cadavérico y barbudo, y se obligaban a sí mismos a ignorar el hecho de que no era más que una calavera que contenía en su interior una vela a punto de apagarse.

Reinaba una armonía de espíritu tal que hacía que pasaran por alto cualquier incidente que pudiera desmerecer la dignidad humana —por ejemplo, el de la balsa o el de la brújula perdida—. Todos los miembros de la expedición, hasta el desdichado Harry Robarts, que se sentía dividido, eran como emanaciones del único hombre, su líder. El negro constituía una incógnita, pero todos, salvo tal vez el propio líder, tenían la esperanza de deshacerse de él. De hecho, los otros anhelaban ser uno menos, para poder disfrutar de su trinidad.

No obstante, los que merecían piedad, pues no gozaban del beneficio de la ilusión, eran las mulas y unos pocos caballos que quedaban. Soportaban su destino, las primeras enfurruñadas, los segundos con cansada resignación, y ya no buscaban la vegetación que no existía. Si les hubieran permitido morir, lo habrían hecho. Pero de vez en cuando atisbaban pequeños resquicios de esperanza: en una ocasión, se arrojaron sobre una pequeña mancha de hierba grisácea en una colina de arena rojiza; en otra, devoraron la paja del techo de las viejas chozas de unos nativos: la deglutieron entre gemidos y después se quedaron inmóviles mientras aquellos pelos largos y artificiales temblaban entre sus labios marchitos. Durante unas horas, sus vientres se llenaron, cosa que no ocurría todos los días.

En contraste, las noches eran cortas y deliciosas tanto para los hombres como para las bestias, pues los deseos y las intenciones se hacían a un lado para dar paso a la camaradería, la ensoñación y la astronomía, en el caso de los hombres, o a la mera existencia, en el de los caballos. Ninguno, salvo Voss, se preocupaba de si sus huesos verían la luz del sol al día siguiente cuando su carne verde, regada por el rocío, brotaba cada noche en las cosechas celestiales.

Como habían renunciado a las tiendas, pues estaban demasiado débiles y exhaustos para levantarlas, los tres hombres blancos se acurrucaban juntos alrededor del fuego. De igual modo, los despojos de los caballos parecían hallar consuelo en la cercanía, y se tumbaban con el espinazo de cara a la oscuridad, no demasiado lejos de sus insensatos amos. En aquellos momentos, todos quedaban unidos por el aroma del sudor y el incierto calor de los cuerpos.

Un día, Voss dijo:

—Harry, ¿no te arrepientes de no haber regresado con tu amigo?

—¿Qué amigo? —preguntó el muchacho distraídamente.

—Judd. ¿Quién si no?

—¿Judd era mi amigo?

—¿Cómo voy a saberlo yo, si tú no lo sabes?

El alemán sintió una mezcla de enfado y satisfacción.

Entonces, mirando al fuego, el chico dijo:

—No, señor. Si me hubiera ido, no habría sabido qué hacer al llegar. Ya no.

—Lo habrías averiguado enseguida.

—Podría haber aprendido a limpiarle las botas si hubiera estado usted allí, señor. Pero no habría estado. Y no habría valido la pena. No desde que me enseñó todas esas otras cosas.

—¿Qué cosas? —preguntó Voss en voz muy baja, aunque su mente estaba gritando.

Entonces el chico se calló, intimidado.

—No lo sé —dijo por fin, cohibido—. No sabría decirlo, señor, pero lo *sé*. Bueno, a vivir, supongo.

Se sonrojó en la oscuridad por lo inapropiado y estúpido de sus palabras, pero, a pesar de su estado de febril agotamiento, vibraba y titilaba como una estrella; de hecho, estaba vivo.

—¿A vivir? —dijo con una carcajada el alemán.

Utilizaba la risa para ocultar su alegría.

—Entonces te he enseñado algo terrible. ¡Cuántos años me caerían por eso!

—Soy feliz —dijo Harry Robarts.

El alemán tiritaba por el frío que llegaba procedente de la inmensa oscuridad y que palpitaba con puntitos de luz. Iluminado por su propia conquista, se expandió hasta que abarcó todo el firmamento. Así que era cierto; todas sus dudas se desvanecieron.

—¿Y qué hay de usted, Frank? —preguntó, o gritó, tan precipitadamente que una vieja yegua levantó sus orejas adormiladas—. ¿Le he enseñado algo?

—A esperar la condenación —dijo Le Mesurier, sin pensarlo demasiado.

En aquel desierto implacable, aquella respuesta debería haber sonado lógica, igual que los objetos eran la quintaesencia de sí mismos y las pocas posesiones que les quedaban a los exploradores, lo único necesario en la vida.

Pero a Voss las respuestas racionales lo irritaban. Las venas del cuello huesudo se le hincharon.

—Así es el ser humano —exclamó—. Apunta demasiado bajo y consigue lo que esperaba. ¿Ese es su mayor deseo?

O Le Mesurier no le oyó, o alguno de sus yoes no aceptó los deberes impuestos por espíritus sobrenaturales. El muchacho fue quien respondió a la pregunta, atendiendo a su propia naturaleza.

—El mío sería comerme un buen plato de chuletas —dijo—. Y de higos frescos, de los violáceos. Aunque también me conformaría con manzanas. Me gustan las manzanas; y, si no hay higos, pues también están bien.

—Ahí tiene la respuesta —le dijo Le Mesurier a Voss— de un hombre que va directo a la muerte.

—Bueno, eso si me preguntaran qué me gustaría comer antes de morir —dijo el chico—. Porque ¿quién no querría comer? ¿Qué escogería usted?

—Nada —dijo Le Mesurier—. No comería por temor a perderme algo de lo que me estuviera pasando. Querría sentir el hormigueo de la última mosca que se posara sobre mi piel y escuchar a mi conciencia, por si quisiera desvelarme un secreto. Podría incluso crear algo a partir de esa experiencia.

—Eso no serviría de mucho —dijo Harry Robarts—; estaría a punto de morir.

—La muerte es creación. El cuerpo crea formas nuevas, el alma inspira con su modo de abandonar el cuerpo y pasa a otras almas.

—¿Incluso las almas de los condenados? —preguntó Voss.

—En el proceso de la combustión, el negro da paso al dorado.

—Entonces, él dará paso a lo más puro —dijo Voss.

Señaló el cuerpo del chico aborigen, a quien ya habían olvidado, pero que descansaba iluminado por el fuego, acurrucado como un animal.

De las tres almas que se habían entregado a él, la que más amaba Voss era la del chico negro. Una inocencia tan virgen solo podía ser la más devota. Sin embargo, no se podía confiar del todo en la simplicidad de Harry Robarts —a veces esperaba ser condenada— y en las sofisticaciones de Frank Le Mesurier, que eran como ecos inesperados de la mente de su maestro.

Así, Voss se quedó mirando con un afecto que no era propio de él el cuerpo de oro negro del aborigen.

—Él será mi escabel —dijo, y se durmió, glorificado por la humildad de la absoluta devoción del negro y por el contraste de la perfección celestial. El sueño, de hecho, coronó de estrellas su cabeza empapada en sudor.

Pero, por la mañana, Jackie había desaparecido.

—Habrá ido a buscar a algún caballo que se ha alejado —dijo Voss al principio, con la templada sencillez que requería la situación.

—¡Algún caballo! —exclamó Harry Robarts—. A ninguno de nuestros caballos le quedan fuerzas para alejarse.

—O a buscar agua —insistió Voss.

—Las pozas del infierno están secas —comentó Le Mesurier.

—Entonces, volverá —dijo Voss—. Solo es cuestión de tiempo.

Como todavía quedaba un poco de fango en los odres de lona, se los acercaron con cuidado a la boca. Hicieron algo de tiempo, aunque todos empezaban a pensar que el hecho de que el nativo volviera o no carecía de importancia.

Entonces se dieron cuenta de que uno de los caballos no se levantaba. El pelo de la crin se arrastraba por el suelo y los huesos apenas podían sostener la lona andrajosa de su pellejo. Cuando los hombres le apretaron el vientre, escucharon un último gemido de protesta en forma de gases.

A la hora en la que el sol se encontraba en el cenit del cielo, por sus venas corrieron ríos de fuego. Sus cabezas eran copias exactas de aquel espejo dorado. No se miraban los unos a los otros, pues tenían miedo de

ver reflejados en los demás sus propios tormentos.

Hasta que, al final, la cabeza de Harry Robarts se volvió opaca por el intenso calor del sol. Había adoptado la forma y la materia de un enorme y resplandeciente gong de bronce.

—No quiero quejarme —farfulló con voz entrecortada—, pero esto no se acaba nunca.

Entonces, notó un intenso dolor.

—¡Oh, Dios mío! —gritó, y un estruendo broncíneo resonó a través de los múltiples círculos de silencio.

—¡Escuchen! —dijo Voss—. ¿No han oído un ruido en la distancia?

Sus labios apenas podían articular las palabras.

—Son mis pensamientos. Llevo escuchándolos un buen rato —dijo Le Mesurier sin alzar la vista del paisaje desolado al que sus ojos ya se habían acostumbrado. Con aquello le bastaba.

—Son los demonios —aulló Harry Robarts, rodando sobre un corcel de fuego macizo.

A menudo, quien primero veía las cosas era el simplón, tanto las materiales como las otras. Entonces, a través de aquella nebulosa de calor, el alemán percibió una nebulosa más espesa y, después, algo más sólido: al parecer, todavía a una distancia considerable, había unas siluetas negras que no dejaban de moverse como sombras corpóreas.

Voss se atrevió a sonreír.

La expedición avanzaba. El alemán iba en el centro, escoltado por los otros dos, uno a cada lado.

—Cuando galopemos juntos —dijo Le Mesurier, que ahora estaba muy atento—, seremos el blanco de su ataque.

No obstante, por el momento no había ningún indicio de que las tres columnas fueran a fusionarse.

Mientras los hombres blancos, acompañados de su corta hilera de animales de carga agotados y viejos caballos excoriados, se arrastraban bajo el intenso calor del mediodía, los negros caminaban con paso tranquilo y decidido. A veces, los cuerpos de estos últimos eran compactos como la madera y, otras, se desmenuzaban en una neblina de polvo negro; sin embargo, intactos o difusos, se mostraban inexorablemente seguros. También habían acudido las mujeres, que seguían muy de cerca a los hombres. Había varios perros, con lenguas largas y llenas de babas de las que caían diamantes.

Notando que su caballo temblaba, Voss bajó los ojos hacia los demacrados flancos del animal y la úlcera que había nacido bajo el borrén de la silla y que poco a poco había ido ganado terreno. Entonces, él también empezó a flaquear y mostró abiertamente sus propias llagas, que hasta entonces había mantenido ocultas. Los bichos se lo estaban comiendo vivo. Los gusanos apergaminados de sus entrañas se burlaban de él, pero continuó cabalgando por el desierto, hasta que notó el roce de la mano de Laura Trevelyan.

—No te abandonaré —dijo—. Aunque haya momentos en que lo desees, no te abandonaré.

Y se aplicó el bálsamo de sus palabras sobre las llagas.

Aun así, todavía no se sentía preparado para mirar a la joven.

Voss hacía lo posible para evitarlo, pero los estribos de sus caballos no dejaban de engancharse. Gotas saladas de sudor efervescente caían sobre los flancos en carne viva del caballo, provocando que el animal se retorciera de dolor a pesar de su debilidad. Así cabalgaron por el infierno, que olía a *Tannenbaum,* o tal vez a pelo agitado por el viento.

—No estás en posesión de tus facultades —le dijo él por fin.

—¿Y cuáles son mis facultades? —preguntó ella.

Iban juntos a la deriva. Compartían el mismo infierno en la misma carne, que él tantas veces había tratado de repudiar. Ella lo estaba envolviendo con una suave gasa blanca.

—¿Lo ves ahora? —le preguntó—. El hombre es Dios decapitado. Por eso estás sangrando.

Sobre sus manos caían gotas calientes y densas. Pero él seguía sin mirarla.

Habían llegado a una amplia planicie de piedrecitas redondas, algunas de las cuales parecían cuarzo, pues despedían una luz cegadora cuando las espadas de sol atravesaban su piel pétrea. Aquellos destellos de luz pura eran tan intensos y extraños que los tres hombres blancos lanzaron gritos desgarradores. Laura Trevelyan, que había sufrido heridas causadas por dagas más afiladas, permaneció en silencio. Se hizo a un lado y esperó.

Cuando los hombres salieron de su estupor, comprobaron que las dos columnas de nativos se encontraban detrás de ellos, formando un semicírculo en un silencio sepulcral. Voss desmontó, expectante. Todos permanecieron inmóviles durante lo que pareció una eternidad, como si nada pudiera ocurrir más allá de aquella mezcla de silencios, cuando se produjo una conmoción en las hileras de los negros; empujaban a un individuo para que avanzara. Cuando este se acercó, mirando el suelo árido en busca de inspiración, y estuvo frente a él, Voss le habló:

—Bueno, Jackie, no te culpo —dijo—. Sabía que esto tenía que pasar. Y ahora ¿qué?

Pero Jackie no alzó la vista. Su cabeza se había vuelto muy pesada a causa de los pensamientos: pensamientos sutiles que había aprendido a tener, pensamientos que pertenecían a otros hombres. Su cuerpo, sin embargo, brillaba con una inocencia renovada. Entonces, dijo:

—Yo no. Jackie no hacer nada. Estos hombres negros querer Jackie. Yo ir. Hombres negros no bien con hombres blancos. Este mi pueblo. —El renegado movió el brazo, en apariencia enfadado, para señalar las filas de negros que había a su espalda—. Este sitio Jackie.

Voss lo escuchó acariciándose la barba. Sonreía, o tal vez aquella fuera la forma que su rostro había adoptado.

—¿Y yo? Si este no es mi sitio, ¿cuál es? —le preguntó—. Dile a tu pueblo que nos necesitamos los unos a los otros. Hombre negro hombre blanco amigos juntos.

—¿Amigos? —preguntó Jackie.

La palabra vibraba en el aire. Había olvidado cómo usarla.

La tribu empezó a murmurar. No estaba claro si le preguntaban, lo apremiaban o le aconsejaban hacer algo.

Jackie se había puesto de mal humor. Tenía un nudo en la garganta. Más bien, muchos nudos.

—Hombre negro muerto por hombre blanco —dijo por fin.

—¿Quieren matarme? —preguntó Voss.

Jackie se mantuvo de pie.

—No pueden matarme —dijo Voss—. No es posible.

Sin embargo, tenía un tic en la mejilla, como un hombre cualquiera.

—Diles que no moriré. Pero, si eso va a privarlos de placer, les ofrezco a cambio mi amistad. Soy amigo de los negros. ¿Lo entiendes? Este es el símbolo de la amistad.

El hombre blanco cogió la mano derecha del chico entre las suyas y la apretó. Una cálida y nostálgica oleada de magia y añoranza por las cosas pasadas inundó al negro, pero, como las manos ajadas del hombre blanco, aunque llenas de espiritualidad, eran físicamente débiles, el nativo apartó la suya con brusquedad.

Empezó a parlotear. Dos hombres, dos ancianos y un joven robusto se adelantaron para hablar con Jackie, utilizando signos cuando las palabras no bastaban. Lo que decían era muy importante y al parecer inevitable, incluso si no ocurría inmediatamente.

Entonces, Jackie, que obviamente se encontraba en una posición terrible, levantó los ojos y dijo:

—No bueno, señor Voss. Hombres negros decir tú venir con nosotros —añadió, todavía poseído por la magia del hombre blanco.

Voss agachó la cabeza todo lo que pudo. Como no estaba acostumbrado a los gestos de humildad, trató de pensar qué habría hecho Palfreyman en una circunstancia similar, pero, rodeado de aquel paisaje, bajo aquella luz, ni siquiera encontró en los recuerdos un lugar donde refugiarse.

Los negros no le quitaban los ojos de encima. Cómo llamaban la atención las venas de sus cuerpos, y los pezones.

No, no le quitaban los ojos de encima.

El hombre blanco temblaba como un puñado de hierba seca. Volvió a montar sobre su caballo.

Debido a su agotamiento, o tal vez al sueño que estaba viviendo, la punta de su bota resbaló en el estribo cuando trató de subirse a su montura apoyándose en el borrén. Luego notó que algo metálico, sin duda una hebilla, le arañaba la barbilla, y enseguida se encontró de espaldas en el suelo. En el pasado, aquel incidente lo habría hecho parecer ridículo.

Pero los hombres negros no se rieron.

Entonces, Voss se dispuso a repetir la operación con más cuidado, y poco después ya estaba sentado sobre su caballo, donde permaneció balanceándose con una sonrisa. La sangre que había empezado a salirle de la barbilla ya se había convertido en una costra debido a la sequedad del ambiente, y las moscas se posaban sobre ella.

Aun así, la mujer cabalgó hasta él, dispuesta a limpiarle la herida.

—*Lass mich los* —dijo en voz alta, quizá incluso con brusquedad, aunque aquel tono severo iba más bien dirigido a él.

El grupo había empezado a avanzar por la planicie de cuarzo, en la que se veía con claridad un sendero que sin duda los negros habían limpiado de piedras en el pasado. La marcha a través de aquella pista blanquecina y polvorienta resultó bastante llevadera. Algunos nativos encabezaban la comitiva, aunque la mayoría iban detrás. En aquel momento, apenas se distinguía entre las pieles, ni siquiera entre caballos y hombres. El espacio había desdibujado los detalles.

—Dios mío, señor, ¿qué va a ocurrir? —preguntó Harry Robarts, saliendo de su ensimismamiento.

—Supongo que *ellos* lo sabrán —respondió el alemán.

—Señor, ¿va a permitírselo? —exclamó el muchacho, consternado—. Mi señor, ¿no va a salvarnos?

—Ya no soy tu señor, Harry —dijo Voss.

—No conozco otro —dijo el chico.

El hombre volvió a sentirse agradecido por la devoción de aquel muchacho simplón. Pero, considerando la situación en la que se encontraba, ¿podía permitirse el lujo de aceptarla?

Mientras reflexionaba sobre ello, Laura Trevelyan seguía cabalgando a su lado, aunque apenas había espacio para dos caballos en aquel angosto sendero.

—Entonces, ¿no vas a abandonarme? —le preguntó.

—Ni lo sueñes —dijo ella—. Jamás.

—Puesto que tus enseñanzas por fin me han obligado a renunciar a mi fuerza, imagino que falta poco para que llegue el momento de separarnos.

—Puede que tengamos que separarnos por un tiempo, sí. Pero ya tenemos experiencia en eso.

Siguieron cabalgando el uno junto al otro.

—Daré con el modo de convencerte de que todo es posible —dijo ella después de un rato—. Es decir, si soy capaz de hacer el sacrificio.

Entonces, Voss la miró y vio que le habían cortado el pelo y que de su cabellera solo quedaba un suave rastrojo. Además, le habían arrancado la piel de la cara. Ahora estaba desnuda. Y era hermosa. Voss se sumergió en sus ojos.

Así, continuaron cabalgando por el polvo en el que estaban escribiendo su propia leyenda.

La nueva criada, Betty, lloraba a moco tendido la noche en que por orden del doctor Kilwinning le cortaron el pelo a la señorita Trevelyan. Era precioso, afirmó, y dijo que lo conservaría siempre, que rellenaría con él un pequeño cojín.

—Eso es morboso, Betty —dijo la señora Bonner.

Pero su ama le permitió conservar el cabello de Laura, porque aquello la conmovió y porque impedirles a otras personas que hicieran realidad sus deseos ya no la hacía sentirse más fuerte.

Cuando se llevaron las tijeras de costura, la cabeza profanada de Laura Trevelyan descansó sobre las almohadas. Estaba tumbada boca arriba con los ojos cerrados, como ya era su costumbre, y el doctor Kilwinning le tomaba el pulso, una ocupación que llenaba el vacío e impedía que los ignorantes hablaran.

De todos los que habían presenciado la operación, el señor Bonner fue el que más se sobrecogió, puesto que nunca había visto a una mujer sin pelo. Estuvo todo el tiempo paseando sigilosamente por la habitación de su sobrina y, en cuanto terminaron, salió de allí, convencido de que nadie notaría su ausencia.

Cuando su esposa por fin bajó con el doctor Kilwinning, lo encontró merodeando al pie de las escaleras, junto al armario que había en el hueco, para ser más exactos, como si fuera un intruso en su propia casa. El doctor no deseaba más que poner pies en polvorosa.

Pero aquellos ancianos rollizos, que en unos pocos días se habían marchitado, no lo dejaban en paz. De haber podido, aquella vieja más bien vulgar lo habría encadenado por las muñecas. Y, por desgracia, su estatus de médico afamado no lo protegía frente a muchas situaciones desagradables. Si acaso, parecía que sus honorarios más bien inducían a muchos individuos a exigir aquello por lo que habían pagado.

—Pero dígame, doctor, ¿cree que puede ser contagioso? —le estaba preguntando la señora Bonner.

—Aunque no me atrevería a afirmarlo bajo juramento en un tribunal, tal vez fuera conveniente tomar determinadas medidas ante la posibilidad de un contagio.

El doctor Kilwinning, que bajó las escaleras ágilmente, se encontró al pie de las mismas con el señor Bonner, y ambos intercambiaron una leve inclinación de cabeza, como si acabaran de conocerse.

El señor Bonner odiaba al doctor Kilwinning. Cada vez que lo veía le entraban ganas de darle un puñetazo en la nariz.

—¡Oh, Dios mío! Entonces —exclamó la señora Bonner entre lágrimas—, si es *contagioso*, la niña está en peligro.

—No he *dicho* que sea contagioso. De hecho, no debería serlo —dijo el doctor Kilwinning riéndose—. Pero la voluntad de Dios, como usted sabe, tiene la costumbre de contradecir las opiniones de los médicos.

—Entonces —dijo el señor Bonner, que ya no podía aguantarse más—, aquí hay algo que no alcanzo a entender. Si un médico recibe determinados honorarios, como de hecho es el caso de algunos médicos, debería formarse una opinión que el Todopoderoso respetara. Si he dicho una blasfemia, doctor Kilwinning, lo siento mucho. Su comentario no me ha dejado otra opción.

La señora Bonner estaba horrorizada. El doctor Kilwinning se humedeció los labios más bien carnosos, que tanto fascinaban a algunas mujeres. Luego enseñó sus dientes blancos y fuertes y dijo:

—Señor Bonner, le ruego que no me condene por sus faltas.

Y la puerta de entrada se cerró de golpe.

—Por fin se ha ido —dijo el comerciante.

—Y con toda probabilidad no volverá. Oh, Dios mío, señor Bonner, mira lo que has hecho. Y ahora también tengo a la pequeña sobre mi conciencia. Aunque yo sigo diciendo que no es más que una simple fiebre cerebral; si puede catalogarse de simple algo que mata a la gente todos los días, claro está.

Así que la señora Bonner seguía intranquila.

Se lavaba constantemente las manos, aunque no conseguía limpiar todos sus pecados. Mandó a Betty recorrer la casa con una pala al rojo vivo sobre la que ardía un compuesto de salitre y vitriolo; alguien le había dicho que era muy eficaz, aunque la señora Bonner no recordaba quién. Después, cuando el humo se elevó de la pala de Betty, el misterio se acentuó, y todos los habitantes de la casa se sintieron todavía más desdichados.

Todos salvo, posiblemente, Mercy, la pequeña. Su mundo, excepto cuando se diluía en sueños, seguía siendo sólido. Le gustaba especialmente el juego de humo de Betty, y se esforzaba por atraparlo. Adoraba las palomas. Adoraba las fichas del juego del solitario. Y, si no adoraba a su madre por encima de todo aquello, era porque últimamente no la había visto. Aunque a su abuela sí la veía.

Al principio, la señora Bonner se había encargado de la niña de Laura quizá como un acto de expiación, pero enseguida la invadió un entusiasmo inusitado. Antes de entregarse a sus deberes, huelga decirlo, se desinfectaba a conciencia. Se quitaba los anillos, que nunca dejaban de repiquetear, y recorría impaciente los pasillos para por fin aspirar libremente el dulce aroma a limpio que despedía la nuca de la criatura. Aquella anciana se embriagaba de besos, si bien su vicio secreto la colmaba de una felicidad ambivalente, porque aquella niña le traía recuerdos de su propia hija que, aunque vivía, estaba casada, y de los otros hijos que había enterrado cuando todavía eran bebés.

—¿Quién soy? Eh, ¿quién soy? —preguntaba, haciéndole cosquillitas a la niña en la tripita, al tiempo que miraba por encima de su hombro para asegurarse de que nadie la veía u oía—. Soy tu abuela. La *abuelita*.

La niña lo sabía.

Y la señora Bonner se sentía reconfortada.

Al principio de su enfermedad, Laura Trevelyan parecía haberse olvidado de Mercy, pero la noche en que le cortaron el pelo, se incorporó y dijo:

—Me gustaría verla.

—¿A quién? —le preguntaron.

—A mi niña.

—Pero eso no sería prudente, querida —dijo la tía—. Piensa que puedes contagiarla. Estoy segura de que el doctor Kilwinning estaría de acuerdo conmigo.

La enferma estaba pensando en algo; a juzgar por su expresión de dolor, parecía tratarse de algo terrible.

—Pero ¿y si no hubiera otra ocasión? —preguntó.

—Eso es absurdo —dijo la tía Emmy—. El doctor Kilwinning dice que estás mejorando.

Entonces, Laura Trevelyan se echó a reír, aunque su cuerpo no dio ningún indicio externo de aquel júbilo.

—Oh, sé que no moriré —consiguió decir—. O que vosotros no me enterraréis.

—¡Laura, Laura! —gritó la tía, espantada ante las palabras ahogadas que a duras penas habían salido de los labios agrietados de la joven.

—Porque, ¿sabes?, yo seré la única superviviente de todos vosotros.

—¿Tomarás un poco de caldo frío si te lo traigo? —preguntó la señora Bonner, para defenderse.

Aunque su sobrina no respondió, ella le llevó el caldo y se afligió menos de lo habitual cuando no quiso tomarlo, como si aquello ya no tuviera tanta importancia.

Entonces, Laura dijo:

—Volvamos al tema de Mercy. ¿Te acuerdas de aquellas personas, los Asbold?

—Ahora que me los has recordado, sí —dijo la tía Emmy, soltando una tosecita.

Laura permaneció de nuevo en silencio durante un intervalo de tiempo considerable, hasta el punto de que la señora Bonner empezó a sospechar que un terrible peligro la acechaba.

Además, percibía un olor penetrante y empalagoso que había empezado a irritarla y preocuparla porque era incapaz de identificar su origen. El silencio de su sobrina y aquel olor rancio llenaban la habitación de malos presagios.

Laura abrió los ojos. La tía no se los había visto nunca tan bonitos ni tan elocuentes. Justo por ese motivo,

la señora Bonner no se atrevió a mirarla directamente y se dispuso a ordenar los cepillos del pelo.

—Si tuviese que hacer un enorme sacrificio… —empezó a decir Laura—. No sería capaz de hacer uno lo *suficientemente* grande, eso es obvio, pero sí uno de naturaleza personal que convenciera a una mente indecisa. Porque solo el sacrificio humano puede convencer al hombre de que no es Dios.

Empezó a toser. La señora Bonner estaba asustada.

—¡Oh, Dios! Mi garganta. Es por culpa de ese terrible sol al que él está emulando. Eso es lo que debo creer. Es una representación. Porque cualquier otra cosa sería una blasfemia.

Su tía le mojó los labios con un poco de agua, y entonces Laura volvió a abrir los ojos, que en aquella cabeza bañada en sudor parecían enormes, y dijo:

—Así que no tenemos otra opción que hacer este sacrificio, las veces que haga falta, hasta que sangremos y tengamos la piel en carne viva. ¿Cuándo puede irse?

—¿Quién?

La señora Bonner se estremeció.

—Mercy. —Laura Trevelyan se humedeció los labios—. A casa de los Asbold, como hemos acordado. Ella es una mujer tan cariñosa. Tiene unas mejillas tan lozanas. Y ciruelos, ¿verdad? ¿Sabes? ¡Estoy dispuesta a renunciar a tanto para demostrar que las verdades humanas también son divinas! Ese es el auténtico significado de Cristo. La señora Asbold te lo confirmará. Ese es el secreto que ella y yo hemos guardado todo este tiempo, porque aquel día no se atrevía a mirarme, y entonces yo comprendí que solo era cuestión de decidir quién haría el sacrificio.

La señora Bonner se sentía turbada.

—¿Cuándo se irá Mercy? —preguntó Laura.

—Hablaremos de eso en otro momento —acertó a balbucir la señora Bonner.

—Mañana como muy tarde —respondió Laura—. Trataré de hacer acopio de fuerzas esta noche.

—Sí, sí. Ahora descansa.

—Así estaré preparada.

La señora Bonner se sentía asfixiada por la desdicha y aquel misterioso olor.

Laura parecía dormir. Solo abrió los ojos una vez y, con voz agónica, gritó:

—¡Oh, mi preciosa niñita!

Cuando, más tarde, el señor Bonner entró en la habitación, encontró a su mujer muy agitada.

—No te imaginas lo que he tenido que presenciar —susurró la señora Bonner—. Por algún motivo, ha decidido que debe hacer el sacrificio de entregarles a Mercy a los Asbold.

—¿Y no sería mejor actuar conforme a sus deseos? —sugirió el desdichado comerciante—. Sobre todo teniendo en cuenta que coinciden con los tuyos.

—Pero ahora mismo no está en sus cabales —dijo la señora Bonner—. No sería justo.

El señor Bonner rara vez osaba desentrañar los principios morales de su esposa.

—Además… —añadió ella.

Pero no dijo nada más. Por el contrario, adoptó una expresión maliciosa, destinada a enmascarar la vida secreta que había empezado a compartir con la niña de Laura.

El señor Bonner era partidario del silencio.

—Oh, pero ¿qué es ese olor tan insoportable? ¿No lo hueles? —exclamó la buena mujer.

—Sí —dijo el señor Bonner—. Supongo que serán las peras.

—¿Qué peras?

—Las peras que le traje a Laura, eh…, aquella noche, la noche en que cayó enferma. Las dejé aquí. Sí, efectivamente, aquí están, querida. Con todo lo que ha pasado, no te habías dado cuenta.

—¡¿Que *yo* no me había dado cuenta?! —gritó la señora Bonner.

Allí, efectivamente, estaban las peras negras, algo viscosas, en su nido de hojas marchitas.

—¡Qué asco! Por favor, llévatelas, señor Bonner.

Aquel hombre poderoso, que había perdido todo su poder, se sintió aliviado de poder llevarse las peras de allí.

Cuando por fin se libró de las insufribles peras y en la habitación no quedaba nadie excepto ella y la sobrina que dormía, la señora Bonner se sintió más predispuesta a entregarse a sus pensamientos. Voy a pensar, solía decirse, pero durante toda su vida nunca había sido capaz de descubrir el secreto de aquel proceso. Aquello la exasperaba, aunque prácticamente nadie podría haberlo imaginado.

Pasó toda la noche en vela esperando a los pensamientos, que nunca llegaron. Así que estoy vacía, admitió con impotencia. Por lo menos, de joven había sido guapa.

Cuando nació la mañana cenicienta, todo gozo o consuelo parecían haber abandonado a la anciana, salvo el

que le proporcionaba la niña, que también iba a dejarlos.

Así que se levantó rápidamente en cuanto salió el sol y, arremangándose, fue como pudo a la habitación en la que Mercy acababa de despertarse, arrullada por las palomas.

—¡Ea! —dijo la mujer—. Ya estamos juntas.

La niña parecía de acuerdo con ella. ¡Cómo se amoldaba al cuerpo! Al otro lado de la ventana, todo eran babas y palomas. Envuelta en el amanecer que inundaba el jardín, la señora Bonner olvidó los incidentes del pasado que había elegido olvidar y se protegió del presente apretando contra su pecho a aquella criatura. Si podía quedarse con la niña, tal vez se desvanecieran todas aquellas cosas oscuras y terribles que ella no era capaz de entender.

—¡Hay que ver qué de babas! —dijo, casi contenta—. ¡Serás cochinita!

«Cochinita». Así llamaría a su hija secreta.

Y, a través de la piel arrugada, Mercy vio claramente las enormes imperfecciones que, en su presencia, la señora Bonner no tenía que ocultar.

Aquella mañana, cuando ya había vuelto a parapetarse bajo un gorro limpio, la señora Bonner entró muy animada en la habitación de su sobrina.

—Parece que has dormido maravillosamente bien, Laura —comentó, ahuecando las almohadas con su pericia habitual.

Laura no la contradijo; dejaba que las cosas sencillamente pasaran, porque en su interior se sentía infranqueable.

Su tía empezó a temblar enseguida.

—¿Me dejas que te cepille el pelo? —le preguntó.

—Pero si ya no tengo pelo —replicó Laura.

A veces la señora Bonner tenía palpitaciones, algo que le comentaba a su marido cuando le convenía. En aquel momento, sin embargo, se dio cuenta de que el señor Bonner ya se había marchado; la mañana era toda suya, y podía disponer de ella como quisiera.

Laura volvió los ojos hacia ella, aquellos ojos de los que era imposible escapar desde que le habían cortado el pelo, y dijo:

—Tía, asegúrate de que todo esté cuidadosamente empaquetado, porque no me gustaría causar una mala impresión. Verás que sus cosas están en la cómoda de madera de cedro. Exceptuando los seis camisoncitos, acuérdate de que teníamos demasiados, y el gorrito plisado que le regaló Una Pringle. Están en la primera balda de la cajonera del rellano.

La cara de la señora Bonner, que en su juventud había sido hermosa, se estaba hinchando por momentos.

—No sé —contestó—. Es mejor que hables con tu tío. No creo que lo apruebe. Uno no despacha un alma como si se tratara de un paquete.

Por la tarde, Laura insistió:

—Espero que los Asbold alquilen un carruaje, o algún tipo de transporte con muelle. No se puede llevar a una niña pequeña en carreta hasta Penrith.

La señora Bonner estaba absorta en una labor de encaje.

Hacia el anochecer, Laura se incorporó y dijo:

—¿No ves cuánto me hace sufrir esto? ¿Que es posible que me provoque la muerte? Pero debo hacerlo. Así, él comprenderá.

—¿Quién? —exclamó la señora Bonner, abrumada por el sufrimiento—. ¿Quién?

Y, dejando a un lado su labor, contempló los párpados azulados de su sobrina.

Laura Trevelyan, que a aquellas alturas ya se encontraba muy enferma, estaba a punto de consumirse.

—¡Oh, Jesús! —rogó—. ¡Ten piedad! ¡Oh, sálvanos, y, si no podemos salvarnos, danos muerte! Mi amor es una carga demasiado pesada. Y estoy muy débil.

Aquella noche, cuando el señor Bonner, de mala gana, entró en la habitación, preguntó:

—¿Alguna mejoría?

Su esposa respondió:

—No preguntes.

El inesperado regreso del doctor Kilwinning los consoló un poco. Olía ligeramente al vino de oporto que le habían invitado a probar en la casa que acababa de visitar, pero, dadas las circunstancias, los Bonner se lo perdonaron.

Tratando de ocultar su aliento, el doctor Kilwinning anunció que al día siguiente sangraría a la señorita Trevelyan. Cuando salía de la habitación, la puerta de un armario que no ajustaba bien dio varios golpes, burlándose del silencio. No era un mueble muy bueno, pero la señora Bonner quería tanto a su sobrina que lo

había puesto en su habitación.

Los dos viejos pasaron toda la noche agitados como dos hojas de palma.

La enferma a veces se comportaba con una solemnidad tan racional que sus alucinaciones eran doblemente terribles:

—Creo que lo mejor —anunció— es que no vea a Mercy nunca más. Quiero decir, por la mañana, antes de que se vaya. Tía, asegúrate de que no desayune demasiado, por el traqueteo del coche. Y ponle algo abrigadito que le puedan quitar a mediodía, cuando haga calor.

Y luego:

—Te asegurarás de que así sea, ¿verdad, tía? ¿Verdad?

—Sí, sí —dijo la señora Bonner, que lidiaba con su conciencia como nunca antes había tenido que hacerlo.

Necesitada de un poco de aire o de alguna distracción, se acercó a la ventana y descorrió las cortinas.

Como siempre estaba muy preocupada por las cosas mundanas, a menudo no se fijaba en el cielo, pero allí estaba: era palpable, de un azul sólido, oscuro y esmaltado. O negro. Era negro como el agua de un pozo, tan frío que su cuerpo no podría soportarlo. Pero el enorme y llamativo batiburrillo de estrellas despertó a la niña que había en su interior. Y también un curioso fenómeno. Siguiendo con la mirada aquel amplio sendero de luz, no pudo evitar desear que aquello la sacara del estado de terrible confusión en el que se encontraba.

—Mira, Laura —dijo, sosteniendo las cortinas y con los ojos húmedos—. ¡Qué maravilla tan insólita!

Y se quedó allí de pie, apoyándose agradablemente contra el alféizar, esperando que la paciente girara la cabeza para mirar.

—¿No quieres verlo, Laura? —le suplicó.

Pero Laura Trevelyan, que volvía a tener los ojos cerrados, se limitó a contestar:

—Ya lo he visto.

—No seas tonta —dijo la tía Emmy—, ¡pero si acabo de abrir las cortinas!

—Es el cometa —dijo Laura—. No puede salvarnos. Solo puede darnos una tregua. Eso es lo más terrible: una vez que todo empieza, nada puede detenerlo.

Cuando el señor Bonner regresó, su esposa todavía estaba sosteniendo la cortina indefensa.

—¡Ah! —dijo, y sus ojos no ocultaban que él también habría deseado escapar por aquel sendero de luz celestial—. Ya has visto el cometa del que todos hablan. Dicen que será visible durante varios días.

—Justamente le estaba hablando de él a Laura —dijo la señora Bonner.

—A falta de un astrónomo oficial, el señor Winslow está registrando sus observaciones —reveló el comerciante— y enviará un informe a Inglaterra con el primer buque.

Entonces, los dos ancianos se quedaron contemplando humildemente aquel acontecimiento histórico. Envueltos en aquel resplandor, quedaron reducidos a meros puntos negros y, conforme la luz fue avanzando, desplegándose e invadiendo la habitación, hasta Laura Trevelyan sintió, bajo las conchas resecas de sus párpados, al menos por un instante, el efecto de aquella fresca lluvia de estrellas.

* * *

Hacia el final de la tarde, cuando la orilla del horizonte volvía a distinguirse y las formas emergían del polvo, llegaron a lo que parecía ser el extremo más alejado de la planicie, donde se levantaba una escarpadura. La partida se aproximó poco a poco a sus pliegues de tierra gris y finalmente fue engullida por una grieta en la que se levantaban tres o cuatro árboles grises de aspecto maltrecho, aunque vivos, y lo mejor de todo: una especie de pedazo irregular de felpa de un verde desvaído.

Todos los animales se pusieron inmediatamente alerta. Hasta los ollares secos de los exhaustos caballos se humedecieron, y sus ojos recobraron parte de su lustre natural. Suaves sonidos aterciopelados empezaron a salir de sus gargantas.

Allí, por algún milagro de la naturaleza, había agua.

Los jinetes casi fueron derribados en medio del alboroto, las arremetidas y los gruñidos que siguieron, pero, por fortuna e instinto, finalmente consiguieron mantenerse sobre sus monturas. Los negros, que se reían generosamente con aquellas bocas tan enormes, corrían silbando a los animales para contenerlos, pero pronto desistieron y se limitaron a reírse o a retirarse. Tras los esfuerzos del viaje y la emoción de su encuentro con los blancos, no les importaba demasiado lo que sucediera.

Eran sus mujeres-hormiga las que estaban absortas en la continuación de la vida, las que entretejían en el polvo los hilos de los caminos, las que se dedicaban a los rituales del fuego y del agua, las que hacían salir a las serpientes y los lagartos de sus asquerosos escondrijos y las que se colgaban a los niños glotones de las

ubres caídas y polvorientas. Por el momento, al menos, parecía que los hombres solo habían sido creados para las horas de oscuridad.

En cuanto a los hombres blancos, aturdidos por tanta actividad, aceptaron que los dejaran aparte, mientras manos o tal vez pájaros negros y veloces construían un techo de ramas sobre sus cabezas. Muy pronto estuvieron completamente confinados entre las ramas, a través de las cuales oían chisporrotear las voces. Parecía que discutían sobre cómo proceder. Algunos de los negros parecían de acuerdo; otros, no. Algunos estaban cansados. En otros brillaba una luz de inspiración y anhelo.

Entonces, Jackie fue a sentarse entre los hombres blancos, cuyas costumbres conocía; aunque, a juzgar por su gesto malhumorado, solo obedecía órdenes.

—¿Qué van a hacernos, Jackie? —preguntó Le Mesurier—. Lo que quiera que sea, que sea rápido.

Sin embargo, Jackie no parecía interesado en comprender.

Y Le Mesurier siguió sentado, mirando con indiferencia los frágiles huesos amarillentos de sus manos.

Varios negros fueron de acá para allá. Una joven de bonitos pechos, apenas núbiles, y una mujer de más edad, y muy fea, se sentaron detrás de Jackie, dando a entender que entre ellos se había entablado una relación hacía poco. El chico, aunque era abiertamente posesivo, se mostraba insolente con las dos mujeres. Ellas, por su parte, parecían más bien tímidas.

Llegaron algunos hombres con los cuerpos pintados, e impregnaron el refugio de ramitas con el olor de la arcilla seca, el aroma natural y narcotizante de sus cuerpos y el de las hormigas. Cuando comenzaron los cánticos en la retaguardia, en aquella grieta de la escarpadura donde estaban acampados, alrededor del barro pisoteado de la poza, bajo el apagado azul del cielo, las dos mujeres que se encontraban dentro de aquella jaula de ramitas empezaron a juguetear nerviosamente con los largos pelos de sus axilas. Sus ojos centelleaban entre las sombras.

Los cánticos, monótonos como la tierra gris, como la madera gris, se alzaron con súbitos espasmos de pasión para acabar extinguiéndose lentamente, como las brasas de un fuego abandonado. Las voces del polvo se apagaron enseguida. Para elevarse y cantar. Una voz, por sí sola, era capaz de transformar las alas de los periquitos en alegres penachos cantarines. Las altas y torpes voces de los pelícanos abrieron lentamente las alas. También se escucharon unas carcajadas jóvenes y las risitas de las mujeres negras.

—Al menos, me gustaría presenciar esta ceremonia —anunció el alemán, evocando una misión vagamente científica.

Y empezó a desdoblar las piernas cruzadas para levantarse.

—¡No! —dijo Jackie, en un tono inusualmente elevado—. No, no. No ahora.

Así que continuaron sentados. Por las rendijas de las ramas, que eran muy negras, el azul se derramaba en el azul, hasta que su profundidad se volvió inconmensurable. Volaban chispas, o tal vez fueran estrellas. Olía a ceniza caliente, o tal vez a estrellas frías.

Antes de que llegara el fin.

Porque había un fin definitivo.

—¿Lo oyen? Esos negros infieles han parado —dijo Harry Robarts, el torpe chico blanco.

Jackie se había ido de allí, seguido por sus dos mujeres, tan frías como lagartos muertos.

Como el silencio parecía proporcionar algo de libertad a la trinidad de hombres blancos, Voss se aproximó a la puerta para echar un vistazo.

—Frank, Harry, miren este fenómeno sobrenatural —dijo—. Pase lo que pase, es demasiado hermoso para no contemplarlo.

Su voz temblaba a causa del esfuerzo que le suponía romper las cadenas del lenguaje. Su rigidez habitual lo estaba abandonando, y se disponía a lanzarse a los brazos de la luz.

—Dios, señor, ¿qué es eso? —preguntó Harry Robarts.

—Evidentemente, es un cometa —dijo Le Mesurier.

A Harry le daba vergüenza seguir preguntando y prefirió regodearse en su ignorancia. El cometa era hermoso. Hizo que se sintiera vacío.

Ahora la oscuridad estaba llena de dudas y de voces casi extintas. Las ramas de los árboles, o los brazos negros, se retorcían, mientras Voss continuaba observando a aquel raudo viajero, casi hipnotizado por la distancia en aquel cielo inconmensurable. Sus labios, que tenían sed desde hacía tanto tiempo, se bebieron entero aquel azul oscuro.

—Sí, un cometa. Evidentemente —dijo, tragando saliva.

Entonces, Jackie apareció en medio de aquel silencio.

—¿Por qué tienes miedo? —preguntó Voss.

El negro se conducía con frialdad.

Pero, con la ayuda de su cuerpo oscuro y unas cuantas palabras, empezó a representar la historia del Gran Ofidio, el abuelo de todos los hombres, que había bajado enfurecido procedente del norte.

—¿Y qué crees que ocurrirá? —preguntó Voss, jocosamente—. ¿Qué hará esta serpiente enfurecida?

—Serpiente comer, comer —exclamó el muchacho negro, iluminando la oscuridad con sus dientes blancos.

Voss rugía de placer.

—¿Entonces los negros no van a matarnos? —preguntó Harry Robarts—. ¿Estamos salvados?

—Si no nos devoran los negros —replicó Voss— o el Gran Ofidio, otro acabará engulléndonos. Un amigo, tal vez. El hombre es un bocado muy tentador.

Harry, que no comprendía nada de lo que Voss había dicho, se sintió reconfortado ante el futuro inmediato.

—¿Tú querer hombre blanco salvar hombres negros de la serpiente? —le preguntó Voss al aborigen, todavía riéndose. No se lo tomaba en serio.

—Serpiente demasiado mágica, no buena para señor Voss —repuso Jackie.

—Entonces es que no crees en mí —dijo el alemán, que se había puesto muy serio de repente, como si realmente hubiera esperado que alguien le devolviera la autoestima.

La noche transcurría serena y los negros descansaban de espaldas al fuego, bajo los anillos de la serpiente dorada. De vez en cuando alzaban la vista al cielo, pero preferían que los ancianos les tradujeran aquella experiencia en términos que fueran capaces de comprender. El problema era que los ancianos parecían tan preocupados como ellos. Aunque los espíritus siempre habían estado presentes en sus vidas, habían sido de tipo incoloro, invisible y relativamente agradable. Incluso los caprichosos espíritus de la oscuridad se comportaban dentro de los límites de las convenciones. Ahora había llegado aquel espíritu enorme y fiero, amenazando las pequeñas almas de los hombres o enroscándose lentamente en los vientres de los más responsables.

Por la noche, cuando Voss se deslizó hacia delante para echar unos leños al fuego que habían encendido a la entrada de la choza, Le Mesurier le preguntó en voz muy baja:

—Entonces, ¿cuál es el plan?

—No tengo ningún plan —repuso Voss—, pero confío en Dios.

Habló casi con ironía, porque aquellas palabras eran de otra persona.

Aunque en lo más profundo de su corazón y de sus sueños siempre lo había sabido, e incluso lo había escrito en aquellos poemas más bien pobres, si bien vivos, que se había arrancado de las entrañas para trasladarlos al papel, la confesión de su líder hundió a Le Mesurier.

Se sentó y miró en dirección al hombre que no era Dios y, sin pretenderlo, consideró sus perspectivas.

—¡Buen futuro nos espera! —farfulló el abyecto discípulo.

—Es todo culpa mía —dijo Voss—, si es que eso puede consolarlos.

Se sentó humildemente sosteniendo una hoja entre los dedos.

—Si abandona… —empezó a decir Le Mesurier.

—Yo no abandono —respondió Voss—. Me obligan a abandonar.

—¿Y no puede darnos ninguna esperanza?

—Sugiero que la busque en su interior, que, al final, es lo único que le es dado hacer a cualquier hombre.

Y Le Mesurier oyó cómo aplastaba la hoja seca. Había esperado demasiado de unas manos que, al fin y al cabo, no eran más que huesos. Cuando amaneció, se descubrió mirándose las palmas de las manos, que eran transparentes.

Entretanto, ¿qué había sido de la fiera serpiente? Mientras se entregaban a sus variados quehaceres cotidianos —cazaban, desenterraban ñames, reparaban redes y se visitaban los unos a los otros—, la opinión general de la tribu penitente era que el Gran Ofidio se había metido en la madriguera del cielo mullido para descansar tras las primeras etapas de su viaje a la tierra. Nadie les hacía ya caso a los blancos, pues habían quedado relegados a un segundo plano. Todos los hombres estaban atemorizados, como si fueran larvas[7] en manos de unos niños. La tribu permanecía sumida en una especie de trance. Expectantes, el tono de sus voces no superaba el sonido del polvo agitado por el viento, y sus espaldas se arqueaban bajo el sol pesado y redondo.

Los hombres blancos no tenían otra alternativa que aguardar en su choza de ramas. En el silencio del día, escuchaban cómo la tierra crujía al agrietarse, al tiempo que el calor abrasador les quebraba los cráneos.

Frank Le Mesurier empezó a hurgar entre sus posesiones —sílex y yesca, aguja e hilo, un botón, jirones de camisas hediondas, migajas, polvo—, buscando sin descanso algo que había perdido y que por fin encontró.

Ya no soportaba mirar aquel libro, aunque su vida estaba contenida en sus pocas páginas: en bonitas entalladuras opalescentes, cubos de vómito, visiones del mármol más silencioso, los hígados y las luces de

creencias e intenciones. Allí estaba el Rey coronado, a quien él había reverenciado antes de su esperada abdicación. Allí estaba el Hombre, depuesto desde el principio. Oro, oro, oro que se deslustraba en metales más vulgares.

Por la tarde, los despojos de aquel hombre eterno renquearon bajo el calor crepitante, más allá de los límites del campamento, como impelidos por la necesidad de evacuar. Le Mesurier vio el esqueleto de un árbol de madera blanca, descolorida. Después de pasar un rato sentado, sin hacer nada, a los pies del árbol, empezó a romper el libro en pedazos, con sus manos secas, muy secas. Tenía los labios cuarteados. Seguro que la sangre se seca muy rápido, pensó.

Y, efectivamente, así fue.

Apoyado contra el árbol, Frank Le Mesurier empezó a abrirse la garganta con un cuchillo. La sangre que todavía poseía se olvidó de sí misma hasta el punto de que al principio manó a borbotones. Aquel fue su último intento de hacer poesía. Entonces, con las fuerzas que le quedaban, hizo más profunda la hendidura, hasta que penetró en los inmensos campos del silencio.

El cuerpo de Le Mesurier burbujeó y gimoteó un poco más antes de quedarse en el suelo completamente inmóvil. Incluso entonces, uno de los tobillos, que se había salido de la enorme bota, se convulsionó. Todo lo que no había encogido se había vuelto enorme.

Fue Harry Robarts, alertado por el revoloteo de los pedazos de papel, quien acabó encontrándolo, y empezó a correr, dando traspiés, aturdido, y gritando:

—¡Se lo dije! ¡Se lo dije!

No sabía ni dónde estaba, pero de algún modo debía volver hasta donde se hallaba su líder.

Cuando llegó a la choza, Voss, sin levantar los ojos, le dijo:

—Pobre Frank.

El chico temblaba como una hoja.

—¡Y toda esa sangre! —exclamó—. Señor, ¡se ha degollado!

Nunca se le había ocurrido que un caballero pudiera yacer en un charco de sangre, como un animal.

—Tenemos que ir a enterrarlo ahora mismo —dijo Voss.

Pero ambos sabían que no tenían fuerzas para hacerlo. Así que no volvieron a mencionarlo. Se contentaron con acurrucarse el uno junto al otro, y hallaron cierto consuelo en aquel intercambio de humanidad.

Aquella noche el muchacho se arrastró hasta la entrada de la choza y anunció que el cometa se había alejado un poco.

—Me alegro de haberlo visto —dijo—. Era muy bonito. Y delicado como un diente de león.

Voss le sugirió que se volviera a meter en la choza, porque el aire frío de la madrugada podía hacerle daño.

—No lo noto —dijo Harry—. Lo frenaré con la barbilla. Además, desde aquí puedo protegerlo a usted mejor.

Voss se rio.

—Dentro de mí queda tan poco que proteger, y está tan deteriorado, que dudo que le interese a nadie.

—¿Le he contado alguna vez que yo tuve a un tritón en un tarro? —preguntó Harry Robarts—. Y un pájaro en una jaula. No cantaba, como se suponía que tenía que hacer, pero yo le cogí cariño. Hasta que alguien le abrió la puerta. Señor, esto que hay en el cielo, ¿es para siempre?

—No —dijo Voss—. Pasará.

—¡Qué pena! —dijo el chico—. Podría acostumbrarme a verlo todos los días.

—Duérmete —murmuró Voss, irritado.

—No puedo. Hay noches en que me viene a la cabeza todo lo que he visto. ¿Recuerda ese arcón que le llevé hasta el muelle, en Londres?

El hombre no respondió.

—¿Recuerda los peces voladores?

—¡Sí!

El chico había conseguido enfadar a Voss.

—¿Es que no piensas dormirte?

—Oh, hay tiempo de sobra para dormir. El sueño no se pasa. A menos que los perros se pongan a escarbar. Y cuando lo hacen solo es para desenterrar huesos.

—Tú eres el perro —dijo el hombre.

—¿Eso piensa? —dijo suspirando el chico, ya adormilado.

—Un perro enloquecido.

—De los que lame las manos.

—No. De los que se abalanzan furiosos sobre los pensamientos de las personas.

Mientras ambos se sumían en el sueño, o en ese estado de abotargamiento que se le parece, Voss sintió que amaba a aquel muchacho, y con él a todos los hombres, incluso a aquellos a quienes había odiado, que es el acto de amor más difícil, precisamente por culpa de uno mismo.

Entonces se impuso el sueño; y también se impusieron los gruñidos ocasionales de los negros, todavía a merced de la fiera serpiente; y el crepitar de aquellos fuegos terrenales junto a los que descansaban; y el crujido de las ramas que se rompían en la oscuridad, quizá por el peso del tiempo.

Mientras dormían, un anciano entró en la choza y, sorteando el cuerpo de Harry Robarts, se sentó en el interior a vigilar, o a velar, a Voss. Cuando este se despertó y se percató de la presencia del hombre, no se sorprendió, como si aquello le pareciera lo más normal. A la luz cambiante del fuego del campamento, el enjuto anciano era una pincelada negra, recta y solitaria; con la luz fría de la mañana, que es del color de la ceniza, se convirtió en un borrón paciente y gris.

Voss dormitaba. La luz gris sobre la que flotaba era maravillosamente suave y se desmenuzaba en copos que parecían cenizas, lo que provocó que se sintiera extremadamente agradecido por todo y alzara la vista en un intento de transmitir su gratitud, y entonces el anciano, o la anciana, se inclinó sobre él. Porque, bajo aquella luz gris, se reveló que la figura pertenecía a una mujer, cuyos pechos colgaban como pellejos vacíos sobre la cara del hombre blanco.

Percatándose de su error, el prisionero musitó una disculpa mientras la figura cenicienta reanudaba su vigilancia. Aunque en realidad no era necesario disculparse, porque su comprensión mutua había empezado a acrecentarse. Mientras la mujer permanecía sentada mirándose las rodillas, la piel grisácea fue volviendo a la vida, hasta que su cuerpo blanco e inmaculado se convirtió en la fuente radiante de toda luz.

Gracias a su resplandor, él acabó reconociendo su rostro, y habría ido a ella de haber podido; pero no podía, porque su cuerpo estaba exhausto.

En su lugar, ella fue a él, y enseguida estuvo bañado en luz y recuerdos. Con ella tumbada a su lado, la infancia del hombre se escabulló con un murmullo de agua y el crujido de una toalla áspera. Un verano eterno los había poseído. Él le arrancó hojas de los labios; y, de los pechos, capullos aterciopelados y lechosos. Cada uno sostenía la cabeza del otro y miraba en su interior, sin remordimientos, como niños que buscan secretos para reconocer sus propias faltas.

Así crecieron juntos, y se amaron. Ninguna llaga de su cuerpo era demasiado escrofulosa como para que ella no la tocara con su ternura. Él besó las heridas de ella, incluso las más profundas; heridas que él mismo le había infligido y que había dejado que supuraran.

De haber tenido tiempo, el hombre y la mujer tal vez se habrían curado mutuamente. Su único pesar era que no lo tenían. Pero el tiempo no es más que una herida que no se cura.

—¿Qué es esto, Laura? —preguntó él, tocando las raíces de su cabello a la altura de las sienes—. Sigue saliéndote sangre.

Pero no consiguió escuchar su respuesta.

Y, entonces, él se refugió en la mañana.

Poco después, un negro viejo y delgado, que estaba sentado en el suelo de la choza de ramas observando al hombre blanco y aplastando las moscas madrugadoras, se puso de pie con un crujido. Sorteando el cuerpo del chico, que seguía tendido a la entrada, salió de allí.

* * *

Después de una noche terrible, la señora Bonner insistió en que Jim Prentice fuera a buscar al doctor Kilwinning.

—Algo podrá hacer.

Su marido dijo:

—Habríamos hecho mejor en seguir con el sencillo jovencito del principio, en vez de malgastar nuestro dinero con ese bobo de puños almidonados.

Los dos se preguntaron de quién era la culpa, pero era demasiado temprano para empezar a señalarse con el dedo.

—Tiene muy buena reputación —suspiró la señora Bonner, que se había puesto todos sus anillos, tal y como hacen las damas en un naufragio o un incendio, puesto que aquella enfermedad era la tragedia de su vida ordenada y tranquila.

—Las mujeres estúpidas siempre hablan bien de un médico si les gusta el corte de su abrigo —se quejó el comerciante—. Para algunas, no hay nada como una buena hechura: recia y de color negro.

—¡Señor Bonner! —protestó su esposa, aunque de vez en cuando disfrutaba de su falta de tacto.

Si bien las pantorrillas del señor Bonner seguían siendo majestuosas, bajo aquella luz se veían muy blancas y delgadas, y los festones de la camisa de dormir, que le colgaban entre las piernas, eran de un gris perla parecido al de la mañana, de la mejor calidad.

Y la anciana se conmovió, porque aquel había sido su marido.

—A veces —dijo—, dices cosas muy desagradables.

Al escuchar aquellas palabras, el comerciante recobró parte de su fuerza, carraspeó y dijo:

—Le diré a Jim que vaya a buscar al médico en la berlina, para que no haya que andar atando a otros caballos a esta hora. A algunas personas podría molestarles el jaleo. Otro gallo nos cantaría si no hicieran falta ni el caballo ni el médico.

La señora Bonner se estaba sonando la nariz, abrumada por la hora y la emoción.

Entonces, miró en dirección al lecho de su sobrina. Si cada vez lo hacía menos, era porque le faltaba valor. Los misterios que inundaban la casa la intimidaban.

Sin embargo, para cuando el mozo hubo recogido al doctor Kilwinning y lo hubo acompañado a través del jardín hasta dejarlo bajo el sólido porche de arenisca, el señor y la señora de la casa ya estaban elegantemente vestidos y parecían tener un control absoluto de la situación.

El doctor también iba impecable, y en su atuendo llamaba especialmente la atención la hechura recia, negra y bien cortada, en la que la señora Bonner se prometió no volver a fijarse en el futuro.

Llevaba una cajita de cartón en la mano.

—Me propongo hacerle una sangría ahora mismo —explicó—. Aunque, en otras circunstancias, habría preferido esperar hasta esta noche.

La anciana pareja contuvo el aliento.

La señora Bonner no se consintió mirar las horribles sanguijuelas que yacían repantingadas sobre la hierba húmeda dentro de la cajita.

Como el día prometía ser sofocante, ya habían corrido las cortinas para evitar que entrara el sol, y el rostro de la joven estaba esculpido por las sombras, además del sufrimiento. De no haber sido por su respiración fatigosa, podría haberse pensado que su espíritu había abandonado su carne cetrina, pues la joven parecía no ser consciente de nada de lo que estaba ocurriendo. Dejó que el médico le colocara las sanguijuelas como si aquella fuera una rutina más, y solo después se quejó de que el viento les estaba echando en la cara la ceniza de los fuegos que casi se habían apagado.

Luego se incorporó y preguntó:

—Doctor, ¿me debilitaré con la pérdida de sangre?

El médico apretó los labios y, para complacerla, le respondió:

—Al contrario. Se sentirá más fuerte.

—Ojalá sea cierto —dijo—; necesito estar fuerte. Aunque la gente tiene la costumbre de moldear la verdad a su conveniencia. —Y, más tarde, añadió—: Creo que la verdad es lo que más valoro en el mundo. —Hizo una pausa y prosiguió—: Aunque, bueno, eso no es estrictamente cierto. Es imposible ser sincero todo el tiempo.

Las sanguijuelas chuparon y chuparon hasta que dejaron de mover la cola. La señora Bonner estaba petrificada, tanto por aquellas palabras, que no comprendía, como por la cabeza de medusa que las pronunciaba. Laura Trevelyan dijo:

—Querido Jesucristo, ahora al menos comprendo tu sufrimiento.

El médico frunció el ceño, no porque la conclusión de su paciente rozara la blasfemia, sino porque él era una persona de naturaleza mundana. Aunque iba puntualmente a la iglesia, tanto por motivos profesionales como para complacer a su elegante esposa, la expresión de la fe fuera de su marco de devoción organizada escandalizaba, incluso asustaba, a aquel hombre de costumbres arraigadas.

—¿Ve cómo se han llenado las sanguijuelas? —le susurró a la señora Bonner.

—Prefiero no mirar —le respondió esta con un escalofrío.

La cabeza de Laura —porque todo lo que quedaba de ella parecía estar concentrado en la cabeza— bregaba con la simplicidad de una gran idea.

Cuando abrió los ojos, dijo:

—¡Qué importante es comprender las tres etapas! De Dios a hombre. El hombre. Y de hombre a Dios. ¿No cree, doctor, que hay determinadas creencias que los clérigos nos explican prácticamente desde que somos niños sin que lleguemos a entenderlas, salvo en la teoría, hasta que de repente, casi a pesar de lo que dicta la razón, se vuelven inteligibles? Aquí, en esta habitación, de la que creía conocer todos los rincones, ¡súbitamente las he comprendido!

El médico estaba dispuesto a darle una respuesta firme, pero observó aliviado que la joven no la esperaba.

—¡Dios mío! —exclamó ella, casi sin aliento—. Es tan fácil.

Al otro lado de las cortinas el día era deslumbrante, y la mujer que yacía en el lecho resplandecía con una luz similar.

—Salvo —dijo, torciendo la boca en un gesto irónico que intensificó la compasión que sentía, y que ahora necesitaba transmitir—, salvo porque ese hombre es tan mezquino, tan despreciable, codicioso, terco, ignorante, envidioso que… ¿quién lo amará cuando yo me haya ido? Solo rezo por que lo haga Dios. Oh, Señor, sí —suplicó—. Ahora que por fin es humilde.

Las sanguijuelas se aferraban con tanta fuerza a las venas azules de la enferma que el doctor Kilwinning tuvo que arrancárselas con las manos.

—¿Lo ha comprendido, doctor? —preguntó.

—¿El qué? —farfulló este.

Aquella situación hacía que se sintiera muy torpe.

—Cuando el hombre es verdaderamente humilde, cuando ha aprendido que no es Dios, está más cerca de convertirse en él. Al final, puede ascender.

A aquellas alturas, el doctor Kilwinning tenía los puños de la camisa hechos un asco. El abrigo se le había arrugado a la altura de la espalda. Al despedirse, dijo con franqueza:

—En este caso, me temo que la medicina no puede ser de mucha ayuda. Sugiero que la señorita Trevelyan hable con un clérigo.

Pero, cuando los Bonner le expusieron la cuestión a Laura, esta se echó a reír.

—Querida tía —dijo—, antes me traías sopas y ahora quieres traerme a un clérigo.

—Hemos pensado… —empezó a decir la tía Emmy; y luego añadió—: Todo lo que hacemos es con la mejor intención.

Aquello era muy injusto. Todos se le echaban encima, incluso cuando decía cosas que no se le habían ocurrido a ella.

Pero lo cierto es que Laura Trevelyan parecía reconfortada. Tal vez estuviera ilusionada por algo. O puede que se debiera al efecto de las sanguijuelas, tal y como esperaba su tío, en contra de su escepticismo natural. De cualquier modo, por la tarde descansó un poco y en torno a las cuatro, cuando la brisa solía levantarse mezclando el aire salado con el aroma de las refrescantes rosas, Laura comentó con voz lánguida:

—Mercy ya estará en Penrith. Ahora mismo la estarán bajando del carruaje. Espero que no haya avispas, porque naturalmente pasará mucho tiempo jugando bajo los frutales. Cómo me gustaría apoyar la cabeza, aunque fuera solo un instante, en esa hierba larga y fresca.

De repente miró a su tía con aquellos ojos que veían más que los de los demás.

—¿Mercy se ha ido? —preguntó.

—Es lo que querías, ¿no? —dijo la tía Emmy humedeciéndose los labios y haciendo una bola con el pañuelo.

—Me alegro —dijo Laura—. Ahora puedo descansar.

La señora Bonner no pudo evitar preguntarse si, al fin y al cabo, ella no sería más fuerte que su sobrina.

* * *

Voss trataba de contar los días, pero las sumas más sencillas crecían hasta convertirse en un cálculo del tiempo universal, tan grande que le llenaba la boca como una patata harinosa; fría, sí, pero de proporciones inmanejables.

En cierta ocasión, preguntó:

—¿Harry? *Wie lang sind wir schon hier?* ¿Cuántos días? Tenemos que coger los caballos, o acabaremos pudriéndonos aquí.

Como si moviéndose pudieran evitar pudrirse. Pero no.

—Nos pudrimos porque vivimos —dijo con un suspiro.

La gracia simplemente radicaba en las distintas velocidades a las que puede producirse el proceso de descomposición, y en los preciosos colores de putrescencia que se les permite llevar a algunas almas. Porque, al final, todo era carne, y el alma tenía forma elíptica.

Durante aquellos días, muchas personas entraron en la choza. Sorteaban el cuerpo del chico blanco y se quedaban de pie, observando al hombre.

En una ocasión, en presencia de una congregación, el anciano negro, el guardián, o el familiar, le metió en

la boca una larva al hombre blanco.

La solemnidad de este acto fue inmensa.

El hombre blanco percibió la textura de aquella carne tierna y blanca, pero aún más su sabor, distinto al de la almendra, que también es elíptica. La paladeó un instante antes de proceder a tragársela, e inmediatamente aquella forma blanda se convirtió en la hostia disconforme de su infancia, que absorbía la indignidad de su boca caliente, negándose a bajar por su garganta. Como entonces, su miedo era que descubrieran aquella hostia pecaminosa en el suelo junto a él, a medio digerir.

Sin embargo, logró tragarse la larva a tiempo.

Los negros solemnes se acostumbraron a la presencia del hombre blanco. Era posible que aquel que había aparecido con la serpiente también tuviera un origen sobrenatural, y en consecuencia debía ser respetado, incluso amado. La seguridad se compra con amor, si bien solo durante un breve espacio de tiempo. Así que incluso llevaban a sus hijos a observar al hombre blanco, que yacía con los ojos cerrados, y cuyos párpados eran de un color dorado pálido, igual que la piel del vientre de la serpiente celestial.

A veces, el hombre caminaba con gran esfuerzo sobre baldosas frías, en la dulce penumbra gótica por la que, bajo el moho azul grisáceo y dorado del cielo, ascendían los penetrantes aromas de lo que, con toda probabilidad, serían incienso y lirios inclinados en una reverencia. También pensó que provendrían de los cuerpos de los santos, que exudaban un perfume de santidad. Sin embargo, o bien uno de los lirios se estaba pudriendo, o bien uno de los santos no era tal.

El olor empezó a dominarlo todo.

Una tarde abrasadora, los negros arrastraron lejos de allí el cuerpo profano del chico blanco, que estaba empezando a hincharse. Gritaron y le propinaron numerosos puntapiés al cadáver causante del conflicto. Estaba tumefacto. Se había convertido en una mujer verde. Lo cogieron y lo arrojaron al barranco, donde yacía el cuerpo del otro hombre blanco, que ya había dejado que su espíritu volara.

El cuerpo rechoncho y el reseco descansaban uno junto al otro en el barranco.

¡Que se los coman los gusanos, los gusanos blancos!, exclamó uno de los negros, que era poeta.

Todos se rieron.

Entonces empezaron a cantar, aunque en un tono bajo y reverencial, porque la época de la serpiente que podía devorarlos todavía no había acabado; y cantaron:

Los gusanos blancos se están consumiendo,
los gusanos blancos se están consumiendo…

Voss, que los oía, vio que la palma de su mano amarillenta estaba sorprendentemente blanca.

—¡Harry! —gritó en su soledad—. Ven a leerme.

Y después:

—*Ein guter Junge.*

Y otra vez, todavía fascinado por la extraordinaria blancura de la palma de su mano:

—*Ach!* Claro, Harry está muerto.

Solo quedaba él, solo él podía resistirlo, y solo porque, por fin, había logrado la verdadera humildad.

Por eso los santos alcanzan la santidad cuando no son más que huesos.

Y se rio.

Era sencillo y complicado al mismo tiempo. Porque él seguía siendo un hombre, sujeto por los hilos de su destino. Por un montón de hilos enredados.

Por la noche se tumbó y contempló las estrellas a través de las ramitas, especialmente el cometa, que parecía seguir su curso. Se estaba desvaneciendo, o tal vez lo que estuviera desvaneciéndose fueran sus ojos.

—Harry —dijo—, eso que hay al sur del palo mayor es la Cruz del Sur, creo. Sin duda, ahí es donde se esconderá su serpiente, y ya no volveremos a verla. ¿Tienes miedo? —preguntó.

Entonces se dio cuenta de que siempre había tenido un miedo terrible. Incluso cuando se encontraba en la cima de su poder divino, no era más que un dios frágil sobre un trono desvencijado, temeroso de abrir cartas, de tomar decisiones, temeroso del conocimiento instintivo que revelan los ojos de las mulas, los ojos inocentes de los hombres buenos, temeroso de la naturaleza elástica de las pasiones, incluso de la devoción que le habían demostrado algunos hombres, una mujer y los perros.

Ahora, al menos, reducido a los huesos de la humanidad, era capaz de admitir todo aquello y escuchar el castañeteo de sus dientes en la oscuridad.

—¡Oh, Jesús! —exclamó—. *Rette mich nur! Du lieber!*

También de eso tenía un miedo terrible, de los brazos, o las ramas, del árbol eterno que caían hacia abajo

como una trampa, y de las lágrimas de sangre, y de la cera de la vela. De la gran leyenda que se estaba volviendo real.

Cuando empezó a anochecer, el anciano que se sentaba junto al explorador le hizo un corte en el antebrazo, como un experimento, con mucha cautela, para ver si le salía sangre. Y le salió, aunque muy poca. El viejo pasó un dedo por la sangre oscura y escasa. También la olió. Después se escupió en el dedo para limpiarse la mancha.

Al día siguiente, que resultó ser el último, el calor era abrasador. Los negros, que se habían pasado casi toda la noche observando el cielo, previendo la desaparición del Gran Ofidio, estaban especialmente huraños. Parecían sentirse víctimas de un fraude. Solo las mujeres se mostraban indiferentes. Hijas del polvo y de las exigencias de sus maridos, estaban ocupadas en la tarea cotidiana de desenterrar ñames. Todas salvo una joven, a quien las visiones celestiales habían dejado agotada. Cabeza abajo, había soñado que caían estrellas amarillas, y también con aquella carne suave y dorada que ella había tocado con sus propias manos y que la colmaba de ternura.

Por consiguiente, aquella joven, a quien se le había revelado un misterio como si se tratara de un anciano, ganó en importancia a ojos de los demás. Sus compañeros ya no se atrevían a charlar con ella. Hablaban entre ellos en vez de hacerlo con la joven iniciada que, hasta hacía muy poco, había sido la niña destinada a Jackie, el chico venido de la tribu del este.

Aquel día, los hombres volvieron de cazar más temprano de lo habitual e interrogaron al desgraciado Jackie, que sufría los tormentos del lenguaje. Fueron incapaces de arrancarle ninguna respuesta. No era más que un joven torpe y desdichado.

Entonces, el anciano que había hecho sangrar al hombre blanco se adentró en el grupo mostrando el dedo, que fue examinado por todos y cada uno de los mayores de edad, aunque ya no quedaba ningún rastro de sangre. Cuando se puso el sol, todos estaban enfadados y malhumorados.

Así que el explorador esperó. No temía que lo torturasen, porque de su cuerpo apenas quedaba ya nada. Era el último tormento espiritual lo que, probablemente, no tuviera fuerzas para soportar. Durante mucho tiempo, aquella noche, no se atrevió a levantar los ojos al cielo. Cuando por fin lo hizo, comprobó que los clavos de la Cruz seguían allí, pero que el cometa había desaparecido.

Las pisadas y el martilleo sobre la tierra eran constantes. Los negros ya no tenían ninguna duda de que se habían salvado, y lo habrían celebrado si la serpiente y el hombre blanco no los hubieran engañado durante todos aquellos días. Así que, en realidad, estaban muy enfadados, aunque también contentos de que uno de los responsables de aquello todavía estuviera con ellos.

Voss escuchó.

Pisoteaban la tierra con fuerza. Los hombres se habían pintado el cuerpo con los cálidos colores de la tierra que conocían, tótem a tótem, y que finalmente había prevalecido sobre el país frío y nebuloso de las estrellas. Los espíritus domésticos, que habían vencido a las espantosas sombras de la oscuridad, bailaban. Los animales habían vuelto a salir de sus escondrijos, con su pelaje y sus plumas suaves y almizcladas. Contribuían a la vida bailando. Y la arena que había bajo sus patas estaba caliente.

Voss podía oírlos. Como ya no era capaz de girar el cuello más que un par de centímetros, no veía nada, aunque sí podía oler el fuerte olor de sus sobacos. Los cuerpos de los negros sudaban por todos los poros.

Entonces, oyó el primer grito; oyó un ruido de cadenas y supo lo que iba a pasar.

Por la noche, los negros acabaron con todos los caballos y las mulas de los hombres blancos, porque aquel derecho les había sido conferido. Los raquíticos animales no se sostenían en pie, aunque lo intentaron con las renqueantes patas delanteras. Algunos cayeron ridículamente de lado. Sus ojos brillaban de miedo a la luz del fuego. Sus orificios nasales se contrajeron. La sangre manaba a chorros. Los animales que todavía no habían caído a manos de los negros olían la sangre y chillaban más fuerte que los que ya estaban muriendo. Las lenguas colgaban hacia fuera. Aunque las mulas eran más silenciosas, posiblemente se sintieran más desesperadas, como esos enormes peces que, atrapados, saltan y se retuercen en la orilla del río. Sus ojos, no obstante, acabaron por velarse al final.

Voss no vio nada de todo aquello, pero en un momento determinado sintió como si la lanza le atravesara el costado, y de su estrecha garganta salió un chillido, articulado por el pedazo reseco y minúsculo de lengua que le quedaba. Chilló por todo el sufrimiento del mundo.

Oh, Señor, ayúdalo a soportarlo.

Muy pronto, las entrañas de los animales llenaron todos los rincones de la noche. Las cavernas verdosas y brillantes de sus vientres quedaron expuestas. Embriagados de aquellos olores fétidos, los negros corrían entre los cuerpos muertos de los animales, arrancando los hígados barnizados y cercenando las ásperas lenguas. Antes de que la sangre de sus manos se hubiera secado, ya habían empezado a darse el atracón y, al poco, o

eso pareció, ya estaban repelando los huesos carbonizados; algunos incluso tosían atragantados por el último pedazo de pellejo chamuscado. En general, había sido un festín escaso, pero todos tenían los vientres hinchados. Si bien lo que habían hecho era imperdonable, lo que los había condenado había sido su miserable vida.

Voss oyó cómo los negros se chupaban los dedos para luego sumirse en un sueño profundo, tan cerca del fuego que sus propios cuerpos podrían haberse chamuscado sobre las brasas.

En cuanto a él, la fresca brisa del sueño empezó a soplarle en la cara y casi tuvo la impresión de que era posible escapar de aquel rincón del purgatorio en el que estaba atrapado. Sus flácidas mejillas, justo donde acababa la barba rala, parecían pertenecer a otra persona. Su caballo lustroso y afable estaba a su lado, frotándose la pata delantera con el hocico al ritmo del suave tintineo del metal, que continuó sonando después de que lo montara. Se alejó al galope sin mirar atrás, porque su confianza en el futuro era ilimitada.

Se sentía esperanzado, y por eso no tenía ninguna duda de que ella estaba a su lado; de hecho, oyó los resoplidos de otro caballo, y por el sonido supo que era de día, sin necesidad de reparar en la iridiscencia que lo inundaba todo. Cabalgaron juntos, y los valles los sobresaltaron con sus rojos vibrantes, con sus almenas derruidas y sus frágiles torreones renanos de enorme delicadeza y belleza. En una ocasión, el aire que fluía sobre sus cuerpos y a través de ellos se volvió tan persuasivo que desmontaron para coger unos lirios que crecían a orillas de un río transparente, cuyas aguas no necesitaban para aplacar la sed. Ella dijo que aquellas flores eran las oraciones que había ido sembrando durante el viaje de ida a su coronación y que, al cancelarse la ceremonia, habían brotado como alimento para que pudieran subsistir en el largo viaje de regreso en su búsqueda del estatus de hombre. Ella le sugirió que probara aquellos nutritivos brotes y se quedaron un rato allí, masticándolos. Los lirios sabían a harina, pero eran muy saludables. Además, él sospechaba que el jugo presente en los tallos contribuiría a que ambos se fueran reduciendo hasta convertirse en una sopa gelatinosa y suculenta. Pero lo más importante es que por fin pudo poner en boca de ella sus propias palabras de amor. La fe de ella era tan grande que recibió aquellas hostias blancas sin sorprenderse.

Tras deleitarse algún tiempo con sus descubrimientos, las dos figuras, inmunes a la naturaleza interminable del viaje, y a su insignificancia en aquel paisaje inmenso, volvieron a montar en sus recios caballos y siguieron avanzando. No dejaban de observar cosas que los maravillaban: las heridas en el costado de una acacia, que recordaban haber visto antes en algún sitio; piedras que sudaban una miel silvestre; y, en una ocasión memorable, una especie de alma, de forma elíptica, de una sustancia similar a la carne humana, de la que continuamente crecían cuchillos nuevos que sustituían a los que ya no podían cumplir su cometido.

El marido le explicaba constantemente a su esposa todos aquellos objetos de interés científico, y era conmovedor observar el interés que esta mostraba incluso cuando se aburría soberanamente.

Por la mañana temprano, Voss regresó de este estado luminoso durante un instante. Parecía haber recobrado sus facultades, y sintió que estaba preparado para enfrentarse a la suprema emergencia con fuerza y resignación.

Los negros, aunque atontados por el atracón, no habían dejado de agitarse inquietos, en sueños, junto al fuego durante toda la noche, como si estuvieran llenos, pero no satisfechos. Cuando se acercaba la hora gris, varios hombres y guerreros se levantaron. Casi inmediatamente, sus cuerpos adoptaron un aire resuelto y, acompañados del guardián del hombre blanco, fueron a despertar a Jackie.

El muchacho, aunque nadie habría podido decir si estaba durmiendo o no, inmediatamente pareció despertarse y, aunque temblaba como agua negra, adoptó un aire resuelto. Seguía siendo terriblemente ágil y joven. Su mejilla izquierda llevaba la marca de la navaja con empuñadura de hueso que le había regalado el señor Voss, pues se había quedado dormido sobre ella. Puede que aquella triste posesión, ciertamente la más preciada para él, fuera la responsable de su mal humor. Sin embargo, estaba dispuesto a expiar su inocencia.

Todos se dirigieron sin demora hacia la choza de ramas, que se erigía como una joroba ominosa bajo aquella luz. Jackie entró, rodeado de varios miembros de su tribu adoptiva, que todavía dudaban de su honestidad. Pero los espíritus del lugar le fueron propicios: lo sujetaron por las axilas mientras se arrodillaba junto al señor Voss.

Solo pudo ver que los ojos claros del hombre blanco estaban fijos en algo, aunque no trató de averiguar si lo miraban a él o a través de él, y rápidamente le clavó su cuchillo y su aliento entre la tráquea y los músculos de la garganta.

Su público le silbó.

El chico apuñalaba, cortaba y atravesaba, cercenaba con toda su hombría creciente y confusa; sobre todo, cercenaba. Debía cercenar la terrible magia que lo subyugaba, de un modo implacable y eterno, al hombre blanco.

Cuando Jackie hubo separado la cabeza del cuerpo, corrió afuera seguido de los que habían presenciado el

acto y lanzó aquello a los pies de los ancianos, que habían sido lo suficientemente astutos como para asegurarse de no hacerlo ellos mismos.

El chico se quedó un momento parado bajo el lucero del alba. El aire temblaba sobre su piel. En cuanto a la cabeza, golpeó algunas rocas y luego se quedó allí tirada, como un melón cualquiera. ¿Cuánto quedaba del hombre al que ya no representaba? Sus sueños huyeron por el aire y su sangre fluyó por la tierra reseca, que se la bebió enseguida. Si los sueños engendran otros sueños, o la tierra absorbe un litro de sangre, el instante de la muerte no lo dice.

También temprano aquella mañana, la señora Bonner se levantó sobresaltada de la silla de la habitación de su sobrina en la que había pasado la noche, no durmiendo, sino bregando con horribles pensamientos. Salió de las profundidades dando un salto, y vio que era Laura quien la había rescatado. La joven se movía débilmente en su lecho, llamándola con las pocas fuerzas que le quedaban tras las sangrías a las que había sido sometida.

La tía miró a su sobrina con la esperanza de que ella supiera cómo debía actuar.

—¿Qué tienes, querida? —dijo suplicante la mujer, que estaba muy asustada.

—Sé que soy una estúpida, pero, por una vez, ruego por ser capaz de superar mi estupidez. Si tú supieras…

El ser consciente de que había cosas que nunca sería capaz de comprender había dibujado una expresión de confusión, incluso de resentimiento, en el rostro benévolo de la señora Bonner. Se quedó mirando fijamente a su sobrina, que estaba tratando de librarse de una pesada carga, tal y como ponían de manifiesto las venas marcadas de su cuello; la joven transpiraba y rezumaba una peculiar luz grisácea. Sin duda, esto era producto de la mañana, que entraba por la ventana y se reflejaba en los cristales, en los espejos y en los distintos objetos tallados que adornaban la habitación.

—¡Oh, Dios! —exclamó la muchacha, desmoronándose al fin—. Todo ha terminado. Todo ha terminado.

Mientras hablaba, temblaba estremecida, resplandeciente.

La tía colocó su mano sobre la piel de la joven. Estaba cubierta de sudor.

—Ha remitido —dijo la tía Emmy—. ¡La fiebre ha remitido!

Y ella también se sumergió en un sudor esperanzado.

Laura Trevelyan rompió a llorar. No era capaz de parar. La señora Bonner nunca había escuchado unos alaridos tan salvajes, ni tan convulsivos, pero, como ya no tenía miedo, no se paró a pensar en ello.

—Oh, querida —sollozó la anciana, aliviada—, la fiebre ha remitido. Demos gracias a Dios. Eternamente —añadió; y pensó que aquello había sonado excepcionalmente solemne.

Pero Laura Trevelyan seguía llorando.

Cuando se hubo calmado un poco, dijo:

—Al menos, volveré a ver a mi niña muy pronto.

—Entonces, ¿sabes que no acaté tus deseos? —preguntó la tía Emmy tragando saliva.

—Sé que mi voluntad flaqueó, y espero ser perdonada —replicó su sobrina—. Él me perdonará, porque creo que, retrospectivamente, los fracasos se aceptan si la intención era buena.

—No sabría decir quién perdonará ni quién condenará, solo que nadie ha tenido nunca en consideración mi opinión —se quejó la señora Bonner—. Ahora se ha decidido que soy una persona atolondrada, y ni siquiera mi familia admite que a veces mi atolondramiento puede servir para algo.

Laura, que estaba demasiado agotada para responder, empezó a sumirse en un sueño que parecía lo bastante pacífico; al menos, para escucharlo y observarlo.

Después de limpiarse la cara manchada con un pañuelo irlandés que bien podría haber sido una bayeta, el primer impulso de la señora Bonner fue despertar a su marido, para contarle que era muy posible que su sobrina se recuperara de su terrible enfermedad. Incluso recorrió parte del pasillo, pero entonces se lo pensó mejor y se detuvo. Porque era muy probable que el señor Bonner, que siempre se mostraba reticente en los momentos de más emoción, no le hiciera justicia a la situación. Así que abrazó egoístamente su alegría y dejó que su marido siguiera durmiendo en aquella mañana serena y gris.

---

[7]. En el original, *wichetty grubs:* larvas grandes y blancas de polillas que comen madera, en particular, las raíces de la *Acacia kempeana*. Son muy populares entre los indígenas australianos, que suelen tomarlas crudas o a la brasa.

14

Tres niñas pequeñas, tres amigas, movían sus cabecitas trenzadas en la privacidad de unos laureles, nido de sus confidencias y cuna de sus pactos, en los que solían refugiarse con los bollos glaseados que la más joven de las señoritas Linsley repartía entre las alumnas a las once en punto.

—Me gustan las patatas —dijo Mary Hebden.

—Mmmm —respondió Mary Cox, dudosa.

—Para mí lo mejor es la calabaza —dijo Mary Hayley.

—Bueno… —protestó Mary Hebden—. No estaba hablando de «lo mejor».

Sin dejar de brincar y dar saltos, las tres relamían los pocos granos de azúcar con los que estaban recubiertos aquellos bollos insípidos y brillantes. Aprovechaban para hacer varias cosas al mismo tiempo, porque, desgraciadamente, la libertad es muy breve.

—Pues a mí lo que más me gusta son las fresas —dijo jadeando Mary Hebden, al tiempo que daba un salto.

—¡Fresas! —chilló Mary Cox—. ¡Claro! ¿Y quién tiene fresas?

—¡Yo! —exclamó Mary Hebden—. Aunque se supone que no puedo decirlo.

—¡Ya! Y esperas que nos lo creamos —dijo Mary Hayley—. ¿Te piensas que somos bobas?

—¡Bebé boba llena de babas! —coreó Mary Cox.

—Sílabas *sólobas* —canturreó Mary Hayley, con su voz cristalina.

—¡Vosotras sabréis! —dijo Mary Hebden—. Iba a contároslo, pero ahora ya no os lo cuento. Gracias a vosotras, no podrán decir que no sé guardar un secreto.

Mary Hebden se calló. Sacudió las trenzas enigmáticamente dándose importancia y empezó a echarse saliva en las manchas de tinta de los dedos.

—¡Bebetintas! —la acusó Mary Cox.

—Lo que tú digas, pero esta tarde beberé sorbete —dijo Mary Hebden.

Orientó el dedo hacia la luz y la tinta recubierta de saliva brilló.

—Sí, claro —dijo Mary Hayley—. Entre la hora de costura y la hora de rezar.

—¡Vale! —chilló Mary Hebden, que ya no podía soportarlo más—. ¡Os lo contaré!

Las trenzas dejaron de moverse.

—Voy a una fiesta en Waverley, para mayores, en casa de la señora De Courcy, que es una especie de prima de mi padre.

—¿Una fiesta durante el curso? —dijo Mary Cox desconfiadamente.

—Y, si es para mayores, ¿por qué vas tú? —preguntó Mary Hayley—. No te creo.

—Se trata de una ocasión especial. Es cierto, os lo juro.

—Nos has jurado tantas cosas… —dijo Mary Cox.

—Pero esta vez es cierto. Os doy mi palabra. Es una fiesta para mi tío, que acaba de volver de buscar a ese explorador que se perdió. El alemán.

—¡Puaj! —dijo Mary Hayley—. ¡Alemanes!

—¿Conoces a alguno? —preguntó Mary Cox.

—No —contestó Mary Hayley—. Ni ganas, porque seguro que no me gustarían.

—Tú sí que eres boba —decidió Mary Hebden.

—Mi padre dice que, si no puedes ser inglés, ser escocés no está mal. Pero que ser irlandés o cualquier otra cosa es horrible —dijo Mary Hayley—. Aunque los holandeses son muy limpios.

—Pero ya no somos ingleses propiamente dichos.

—Ah, pero eso es distinto —dijo Mary Hayley—. Si se trata de uno mismo, no cuenta.

—Bueno —dijo Mary Hebden—, el caso es que, si ese alemán no se hubiera perdido y mi tío no hubiera ido a buscarlo, no habría fiesta.

—Pero si tu tío no ha encontrado al alemán… —dijo la siempre desconfiada Mary Cox.

—Aun así, lo que hizo fue muy valiente —repuso Mary Hebden.

—Mi padre dice —dijo Mary Hayley— que al alemán se lo comieron los negros y que, si iba a buscar tierras para dárselas a los alemanes, se lo tenía bien merecido.

—Oye, Mary —dijo Mary Cox—, ¿por qué no guardas unos pas-telitos y nos los traes luego? Si es que es verdad que vas a ir.

—Porque eso sería robar —contestó Mary Hebden.

—Pero a tu prima le puedes robar —dijo Mary Hayley—. Son solo unos pastelitos. Piensa que a nosotras nos toca cenar otra vez cordero hervido.

—Bueno, ya veré.

—¿Y cómo vas a ir? —preguntó Mary Cox.

—En un coche alquilado, con la señorita Trevelyan.

—¡Oooohhh! —gimieron las menos afortunadas.

—¡Te odio! —exclamó Mary Cox.

—¿Sabéis *qué*? —dijo Mary Hayley.

—¿Qué?

—La señorita Trevelyan me dejó que le cepillara el pelo.

—No te creo. ¿Cuándo?

—Aquella noche que me encontraba tan mal, que estaba tan nerviosa porque mamá se había ido a Inglaterra.

—Fue por culpa del tofe de melaza que había hecho Maud Sinclair.

—Bueno —continuó Mary Hayley—, el caso es que la señorita Trevelyan me llevó a su habitación y me dejó cepillarle el pelo. Era precioso. Una vez se lo cortó del todo, pero volvió a crecerle, más bonito que antes.

—He oído a mis tías comentar algo raro sobre la señorita Trevelyan.

—¡Ah, eso! Son tonterías. Pensé en cortarle un mechón de pelo. Estaba de espaldas, por supuesto. Pero no tuve valor.

—Mirad, ¡allí está! —dijo Mary Hebden señalándola.

—¿Dónde?

Dieron varias vueltas impacientes por los laureles secretos. Luego se sacudieron los uniformes y echaron a correr.

—¡Os ganaré! —chilló Mary Hayley.

—¡Niñas! —gritó la mayor de las señoritas Linsley, apoyando las manos frías en la tibia baranda—. Nunca es pronto para empezar a practicar el dominio de las emociones.

Unas jovencitas, o puede que solo fueran unas niñas con un poco más de práctica, que paseaban charlando de sus cosas, entornaron los ojos a causa del polvo que las tres Marys habían levantado con sus juegos. Si aquellas jovencitas hubieran sido más gráciles, las leyes de la naturaleza se habrían encargado de que se rompieran en mil pedazos. Sus cuellos de porcelana eran perfectos y sus manos de dedos largos y finos siempre olían a jabón. En los brazos, apoyados contra sus frágiles cinturas, cargaban con elegancia libros grandes y cuidados, álbumes de piezas para piano y arpa, tomos de Historia de Inglaterra y de Botánica, y fardos de papel poroso para dibujar. Los viernes por la noche estudiaban reglas de conducta.

—¿Y quién va a vigilar a Mary Hayley? —dijo Lizzie Ebsworth frunciendo el ceño.

—Siempre había pensado —empezó a decir Nelly Hookham, bajando la voz para adecuarla a la gravedad de lo que estaba a punto de decir—, siempre había pensado que los Hayley eran católicos romanos.

Y miró por encima de su hombro para asegurarse de que nadie la había oído.

—¡Oh, no, querida! —dijo Maud Sinclair, que era sencilla y amable—. Mis tías los conocen. Los Hayley son personas decentes.

—Todo, por supuesto, por obra y gracia de la señorita Trevelyan —dijo Nelly Hookham.

—Sí —dijo Lizzie. Y añadió—: Mirad, ahí está.

Las tres muchachas giraron grácilmente el cuello hacia un lado.

—Pobrecita —dijo Maud Sinclair.

—¿Por qué?

—Bueno, por *eso* —dijo Nelly Hookham.

—Pero ¿estáis seguras de *eso*? —preguntó Lizzie Ebsworth.

—Ha debido de pasarlo muy mal —dijo Maud Sinclair.

—Es horrorosa —dijo Lizzie—. En Matemáticas siempre me martiriza.

—Sin duda es bastante peculiar —dijo suspirando Nelly.

—Es una persona encantadora, de verdad —dijo Maud.

—Nunca me atrevería a hablar con ella de nada importante —dijo Nelly—. De hecho, me aterraría hablar con ella de cualquier cosa que no fuera estrictamente necesaria.

—En ocasiones puede mostrarse severa, eso es cierto —convino Maud—. Pero, pobrecita, supongo que estará decepcionada.

Lizzie Ebsworth soltó una risita tonta.

—¿Cuántos años creéis que tiene?

—Veintiséis.

—Por lo menos.

Se hizo un silencio.

—¿Sabéis? —dijo Lizzie—. He recibido una carta del hermano mayor de Mary Hebden, a quien conocí en casa de los Pringle el invierno pasado.

—Oh, Lizzie. ¡No nos habías dicho nada!

—¿De qué color tiene el pelo?

Lizzie partía una ramita con delicadeza.

—No creo que tenga el pelo de ningún color en particular —respondió, después de sopesarlo cuidadosamente.

—Me gustan los hombres pelirrojos —confesó Nelly Hookham precipitándose un poco. Y se sonrojó.

—¡Oh, *no*!

—Bueno, no exactamente pelirrojos —protestó—; más bien con el pelo castaño cobrizo.

Y se sonrojó aún más.

—Ya sé a qué se refiere Nelly —dijo Maud, pensativa—. Ahora mismo me vienen a la mente varios pelirrojos. Por ejemplo, el pobre Ralph Angus.

—Era mi primo —dijo Nelly, recolocándose sus libros.

Las otras se congraciaron.

—Una tragedia terrible —dijo Lizzie, que acostumbraba acompañar a su madre en las visitas matutinas—. Era un joven con muchas propiedades.

—Mi padre es de la opinión de que han descubierto un paraíso en algún lugar en mitad del continente y de que no tienen ninguna intención de volver. Pero solo es una teoría, por supuesto —dijo Maud.

—No creo que Ralph fuera tan poco considerado —soltó Nelly impulsivamente.

—Pero el alemán…

Las hojas de los laureles se estremecieron. Entonces, los matorrales se abrieron y de ellos surgió tambaleándose una niña, vestida con una especie de bata del mismo color del follaje. Aquel atuendo no era precisamente el más adecuado para una niña.

—Vaya, es Mercy —dijeron.

Maud dejó los libros en el suelo, dispuesta a comérsela a besos.

Mercy chilló.

—¿Hoy no hay besos? —le preguntó Maud.

—¡No! —gritó Mercy.

—Y, entonces, ¿qué me vas a dar?

—Nada —dijo Mercy riéndose.

—Si no te portas bien, me quedaré con esto —bromeó Maud, señalando un objeto que la niña sostenía en la mano, y que también era verde.

—No —respondió la niña, guardándoselo.

—Entonces, sé amable con nosotras —dijo Nelly.

—¿Quién es tu mamá? —le preguntó Lizzie.

Las jovencitas aguardaron. Aquel era su juego favorito.

—Laura.

—¿Laura? ¿Quién es Laura?

—La señorita Trevelyan.

—¿No es señora? —preguntó Lizzie.

—¡Oh, Lizzie! —exclamó Maud.

Mercy se rio.

—¿Y tu padre? —preguntó Nelly.

—No tengo padre —dijo Mercy.

—¡Oh, Dios mío!

Las jovencitas lanzaron una risita tonta. Sus cuellos blancos se cubrieron con las fresas del placer y la vergüenza.

—¿Y esto qué es? —preguntó Maud.

—Un regalo de mi abuelita.

El objeto, de hecho, era una pieza del solitario de la señora Bonner.

—Así que tienes una abuelita —dijo Maud.

—Tiene de casi todo —comentó Lizzie con una risita.

Aquello era muy divertido. De no haber querido tanto a la pequeña, sería distinto, por supuesto. Sin embargo, la señorita Trevelyan, que había empezado a tocar la campanilla, impidió que pudieran seguir expresándole su amor a Mercy durante más tiempo.

Entonces, las jovencitas cogieron sus libros impecables, se atusaron el pelo liso y brillante, agacharon sus frentes inmaculadas y reanudaron el ensayo de su vida mientras caminaban hacia la casa. ¡Qué importante era la posición de las caderas, de los largos cuellos y de las pálidas muñecas!

La señorita Trevelyan volvió a colocar la campanilla en su sitio.

En la Academia para Jovencitas de las señoritas Linsley, donde llevaba empleada como maestra residente casi dos años, la señorita Trevelyan gozaba del respeto de todos. Si bien era demasiado reservada para prodigar su afecto, especialmente a las personas frías y orgullosas, sin duda era capaz de sentirlo, y las más torpes e inocentes habían disfrutado de él. Así que, en determinados círculos, Laura era muy querida. Los que la despreciaban eran casi siempre aquellos que encontraban injusto su sentido de la justicia, amén de que había otros que temían y odiaban lo que no eran capaces de comprender.

Nadie comprendía menos a Laura Trevelyan que la señora Bonner, y la decisión de su sobrina de aceptar el empleo de maestra, tras recuperarse milagrosamente de aquella extraña enfermedad, habría supuesto un motivo de preocupación infinita para la tía, incluso de amargo resentimiento, si esta se hubiera parado a pensar en ello detenidamente; pero la señora Bonner tenía la suerte de ser capaz de desterrar cualquier pensamiento casi de manera definitiva de su mente.

Aunque había que reconocer que, cuando Laura le anunció su decisión, la tía se llevó un disgusto.

—La gente se reirá de nosotros —declaró.

No había una perspectiva más penosa para las personas de su clase; pero, en cuanto ahondó en el negocio de las señoritas Linsley y descubrió que su objetivo era simplemente enseñarle a un *puñado* de jovencitas, de la *mejor* clase, las sutilezas de un hogar en una atmósfera educativa, la resistencia de la señora Bonner prácticamente se desplomó y, si bien siguió protestando, no fue más que por una cuestión de principios.

—Es el tipo de decisión que una dama en apuros, o cualquier pobre inmigrante sin contactos en la Colonia, se ve obligada a tomar —confesó la señora Bonner.

—Me sorprende —dijo el comerciante con voz aflautada, porque en ocasiones, cuando hablaba con su sobrina, la respiración se le aceleraba—, me sorprende que nunca hayas considerado contraer matrimonio, Laura. Hay muchos jóvenes en este país que saltarían de alegría ante la perspectiva de entablar lazos con una firma tan respetable como la nuestra.

—No lo dudo —dijo Laura—, pero no me gustaría ser la causa de que alguien se casara con un negocio.

—Sería una inversión doble —respondió el tío con gallardía.

—Señor Bonner —protestó su esposa—, estoy dispuesta a asumir que la falta de delicadeza pueda constituir una virtud en los negocios, pero desde luego no es agradable en el seno de la familia.

Laura se rio y dijo:

—Si la motiva la bondad, entonces sin duda es una virtud. Mi querido, mi queridísimo tío, recordaré esa virtud cada vez que me encuentre enfrascada en una clase de Aritmética con una docena de chiquillas manchadas de tinta de la cabeza a los pies.

—¡Aritmética! —exclamó la señora Bonner—. Aunque nací dotada para los números, siempre he sido de la opinión de que ninguna mujer puede dedicarse seriamente a las matemáticas. Es una materia de hombres, y la señorita Linsley haría bien en emplear a algún caballero para enseñarla. Unas buenas bases son cruciales en la aritmética.

—Es una de las materias que la señorita Linsley espera que enseñe —dijo Laura; luego, añadió—: ¿Por qué no debo hacer valer mis conocimientos? Es lo único que traje conmigo cuando llegué aquí, siendo una pobre inmigrante. Sí, tío, si prescindimos de tu generosidad, yo no era más que eso. Y ahora espero darle algo a cambio a este país.

—Querida —dijo la señora Bonner con una carcajada, que volvió a convertirla en una preciosa jovencita—, siempre has sido demasiado franca.

—El país… —empezó a decir el señor Bonner—. Ya sabes que soy el primero en cumplir con mi deber para con este país.

—Sin duda —dijo la señora Bonner—. Todos nos sacrificamos por el país, porque qué me decís de la cuestión del servicio; y no hablemos del clima, que es terrible para la piel.

—Ya sabes que mi tez tiende a cetrina —admitió Laura, levantándose.

—¿Y qué hay de tu deber para con tu familia? —preguntó el señor Bonner.

—Nunca he sido parte de esta familia —dijo Laura sin tapujos—, salvo en algunos momentos, y por accidente.

—A veces me pregunto si la vida no ocurre solo en algunos momentos, y por accidente —dijo la señora Bonner con un suspiro.

—Bueno, no hablemos de asuntos que escapan a nuestro control —suplicó Laura saliendo al jardín.

Allí, un viento descarnado azotó sus sentimientos con tanta intensidad que prácticamente los anestesió.

Aun así, hubo muchos días alegres, incluyendo aquel en que abandonó la casa de su tío con unos cuantos libros y los vestidos que consideró apropiados y necesarios guardados en dos maletas. Sus posesiones eran escasas, pero así lo había querido ella.

—Como una ridícula monja cualquiera. —Aquellas fueron las últimas palabras de la señora Bonner.

Pero Laura se sentía satisfecha. Los votos que ella misma se había impuesto eran rigurosos, hasta el punto de que había renunciado a cualquier tipo de vida personal, incluida la introspección, a pesar de que deseaba fervientemente disfrutar de aquellos placeres del infierno. El hombre cadavérico, su marido, ya no la tentaba. Y, aunque todavía la poseía en sueños, aquellos que más se beneficiaban de los frutos de su pasión ignoraban, igual que ella, su procedencia.

La señorita Linsley, de hecho, lo percibió en una ocasión, y sintió la necesidad de comentárselo a su hermana pequeña, Hester:

—Soy consciente del entusiasmo que esta joven ha insuflado a la escuela, y doy gracias por la devoción que inspira sus esfuerzos, pero ¿te parece adecuado que lleve a determinadas muchachas a su habitación para leer poesía con ellas?

—No lo sé, Alice —dijo la señorita Hester, que nunca tomaba la iniciativa y dependía completamente de su hermana—. ¿A qué poetas crees que leen?

—Tengo que preguntárselo —respondió la señorita Linsley.

Pero no lo hizo.

Entregada a la cultura, aquella dama inmortal rehuía la poesía casi como si se tratara de uno de esos artilugios que salen disparados, y con los que se gasta una broma pesada, que hubiera sido diseñado para acertarle justo en el centro de su alma cansada. Se sentía más cómoda con la prosa tradicional, pero, dado que las artes deben ser ejercitadas —aunque solo sea con el propósito de incrementar el misterio que rodea a una dama a ojos de los aterradores machos de la Colonia—, ella prefería decantarse por el estudio de la música, más discreta que la palabra hablada, por el dibujo a lápiz o la acuarela, siempre que se limitara a representar flores, fruta o un bonito paisaje, o por el trabajo en cuero, para cuya enseñanza habían contratado los servicios de un caballero de avanzada edad.

Aquellos eran sus estándares e ideales y, a pesar de ello, sus muchachas, o jovencitas de la mejor clase, habían empezado a susurrar poesía. Incluso la escribían, bajo las vides, en hojas de papel perfumado y en el interior de las cubiertas de los libros.

En cierta ocasión en que la señorita Linsley convocó a la señorita Trevelyan en su despacho, como era su costumbre, para pedirle consejo sobre algún tema, acertó a comentar:

—Señorita Trevelyan, por favor, recuérdele a Maud Sinclair que no deje sus pertenencias en el vestíbulo de la entrada. Aquí tengo su libro de Botánica, por ejemplo, que tiene las guardas garabateadas de versos. Asumo que los ha escrito ella.

La señorita Trevelyan los leyó.

—Un poema de amor —fue su severo juicio.

—¿No le parece inquietante que las jovencitas escriban poemas de amor en las guardas de sus libros de texto?

—Es normal a esa edad —dijo la señorita Trevelyan—. Especialmente entre las jóvenes que son aficionadas a la lectura. Están enamoradas de lo que otros, antes que ellas, han experimentado. Hasta que lo experimenten por sí mismas, lo mejor que pueden hacer es escribir poemas. ¿Nunca escribió usted un poema de amor mediocre a la edad de Maud Sinclair?

—No esperará que recuerde algo así —respondió la señorita Linsley.

Su tez pasó del amarillo al rosa. No sabía si enfadarse o soltar una risita nerviosa.

—Pero ¿no le parece que es una inclinación malsana?

—Yo lo llamaría más bien una indisposición afortunada —sugirió la señorita Trevelyan—. Probablemente, la pobre Maud gozará de una salud excelente durante el resto de su vida.

La señorita Trevelyan era una persona fuera de lo común, pero, aunque nunca lo admitiría, la señorita Linsley deseaba admirarla.

Así que cambió de tema bruscamente.

—He recibido una carta —anunció, mostrándosela— de una tal señora De Courcy que, al parecer, conoce a su tía. Es una invitación para la pequeña Mary Hebden, para el próximo jueves. Como sabe, no soy partidaria de las fiestas durante el curso escolar, pero como se trata de una ocasión especial, en honor del tío de Mary, el coronel Hebden, que acaba de regresar de una expedición por el interior, sugiero que le permitamos acudir.

—Oh —dijo la señorita Trevelyan—. Por supuesto.

—Sugieren que acompañe usted a Mary —continuó la señorita Linsley.

—¿Yo?

—El coronel Hebden ha expresado su deseo de conocerla, puesto que es usted amiga del señor Voss, el explorador que se perdió, y a quien ha estado buscando.

—¿Yo? —repitió la señorita Trevelyan—. Pero no veo cómo puedo serle de alguna utilidad o interés. Todo aquello ya pasó, y conocía al individuo en cuestión muy poco. Cenó una vez en casa de mi tío.

—Es el deseo del coronel —dijo la señorita Linsley—. Y no puedo desairar a la señora De Courcy, que, según me han dicho, es la viuda de un juez.

—Yo… No sé qué decir —respondió la señorita Trevelyan—. Estoy confusa.

De camino a su habitación, donde pretendía serenarse antes de las clases de la mañana con un momento de reflexión y un buen chorro de agua fría, se cruzó con varias niñas que se sobresaltaron al ver el vigoroso movimiento de su falda y la sombra que cruzaba su rostro. Pero, una vez en soledad, la maestra se dio cuenta de que se conocía muy poco a sí misma, porque, aunque ya temblaba ante las posibles consecuencias, en realidad deseaba que el coronel la interrogase.

El día llegó muy pronto. Mary Hebden, tocada con un bonito sombrero plisado, esperaba en el vestíbulo a que llegasen el carruaje alquilado y la señorita Trevelyan, segura de que, si seguía mucho tiempo más sentada sobre aquellas piedras, se marearía. Mantenía la compostura, si bien el almidón de la enagua —la mejor que tenía— le estaba irritando cruelmente la rodilla; no obstante, la fiesta de la señora De Courcy sin duda valía un sacrificio como aquel.

La señora De Courcy, una dama muy importante, también estaba muy emocionada, aunque evidentemente no por la fiesta, dado que organizaba muchas. Lo que realmente la entusiasmaba era la presencia de su primo, el coronel Hebden, un caballero alto y de cabellos cobrizos poseedor de una fealdad muy distinguida, que había llevado a cabo un acto tan heroico como adentrarse en el continente en busca del explorador perdido que, según tenía entendido, era un individuo indeseable y, además, extranjero.

—Estás siendo particularmente reservado en lo que se refiere a tu expedición —se quejó al coronel, a quien había convocado más temprano para poder disfrutar de su presencia y de las anécdotas que no le contaría a nadie más—. ¿Has encontrado algo?

—Un botón debajo de un árbol —dijo el coronel, que era incapaz de tomar en serio a una mujer encantadora.

Además de que, en el pasado, su prima había sido a sus ojos la más encantadora de todas, con diferencia.

—¿Un botón? ¡Ni que fuera idiota! —protestó la señora De Courcy—. Eres desesperante, Hugo, y me sacas de mis casillas. Pero dejaré de molestarte, visto que no me consideras digna de conocer ninguna información de importancia.

—No puedes esperar que un hombre que acaba de volver del interior se obsesione con ninguna «información de importancia» cuando tiene delante un pastel tan apetitoso —replicó el coronel Hebden, tratando de complacerla.

—Pero lo cierto es que *sí* estás obsesionado —dijo la señora De Courcy.

Mujer de cierta inteligencia, desde muy joven se había esforzado por ocultarla en la medida de lo posible, para amoldarse a las exigencias de la sociedad y poder disfrutar de la compañía de los hombres. Aquella crueldad casi estaba justificada por sus constantes éxitos como anfitriona, el triunfo de su difunto esposo, a quien se había entregado sin reservas, y la continua admiración de todos los caballeros. Si bien la mayoría de las damas se mostraban precavidas, si no frías, en su trato con la señora De Courcy, aquello le convenía, porque las damas no le eran de ninguna utilidad, salvo para que la rueda social siguiera girando.

—Obsesionado —repitió, aplanándose un lazo del vestido que le parecía que ya no le sentaba bien.

—He olvidado las costumbres de la vida civilizada —explicó el coronel.

—¡Estás enamorado de este país! —exclamó la señora De Courcy en un tono deliberadamente alto, como si se tratara de un papagayo que repite la lección.

Aquel día, sin embargo, el coronel sentía que no bastaba con exhibir sus habilidades.

—Si hubieras sido un hombre, Effie, podrías haber sido explorador. Eres lo suficientemente tenaz. Tu sed de conquista te habría ayudado a superar la auténtica sed, la sed de agua.

—Aunque es posible que tenga un carácter horrible, como sugieres, me habría hecho explorador por puro aburrimiento —lo interrumpió la señora De Courcy.

—Al parecer, Voss encontraba inspiración en algo.

—¡Oh, Voss, Voss, Voss! ¿Y tu honorable persona? ¡No me digas que tú no estás inspirado!

—Yo soy un explorador circunstancial —dijo el coronel con humildad, considerando sus logros en aquel campo—, o ni siquiera eso; simplemente soy un hombre que sigue el rastro de otro, no tanto para encontrarlo con vida como para satisfacer su curiosidad.

—Eres honesto —dijo su acompañante—, y por eso te quiero.

Lo que no añadió fue: aunque tú ya no me quieres, y yo no soy lo suficientemente honesta para admitirlo.

En lugar de eso, forzó la voz hasta que sintió que recuperaba la juventud y dijo:

—Tengo una sorpresa para ti.

El coronel sonrió agradecido, aunque a aquellas alturas de su vida no esperaba que nada lo sorprendiera.

—Fresas —dijo, como correspondía.

—Hay fresas, por supuesto. Pero se trata de algo un poco menos dulce. Al menos, los que la conocen me han dicho que es más bien amarga. Hablo de una joven que conocía a tu alemán. Cuánto lo conocía es algo que sus familiares se niegan a comentar. Pero es de dominio público que mantenían correspondencia.

—¡Esto es importantísimo, Effie! —exclamó el coronel, olvidándose por fin de todo lo demás.

—Y tanto —dijo Effie—. Importantísimo. Así que voy a exigir mi recompensa.

Y lo hizo.

Justo entonces, una de las tres criadas que llevaba años al servicio de la señora De Courcy entró para anunciar que los primeros invitados habían llegado. La señora no se inmutó, puesto que la vieja Margery, aunque todavía cumplía con su deber admirablemente bien, estaba casi ciega y sorda, además de que a lo largo de su vida había visto y oído de todo.

—En ese caso, bajemos —le dijo la anfitriona al coronel Hebden, no sin antes recomponerse convenientemente ante un espejo.

Bajemos y démosle a la gente respetable la oportunidad de destruir lo que sea que queda de nosotros.

—Por cierto —añadió—, la joven piensa que eres tú quien la ha invitado.

—Si fuera así, la situación sería muy incómoda.

—Me temo que lo va a ser en cualquiera de los dos casos.

Detrás de su prima, el coronel caminaba con la cabeza gacha para evitar golpearse con los dinteles de las puertas, y en consecuencia no hizo amago de continuar la conversación.

Los invitados no dejaban de llegar. Los más acomodados se reunían en torno a los macizos de flores, sobre el césped mullido, y admiraban con exagerado interés los magníficos arbustos por los que era célebre el jardín de la señora De Courcy, mientras otros fingían no estar examinando las mesas de la comida, que habían sido colocadas bajo el dosel natural de un sauce llorón. Salvo por una enorme urna plateada, adornada con conchas, guirnaldas de flores y figuras mitológicas en toda suerte de posturas, el contenido de aquellas mesas se había protegido de las moscas y de los ojos con redes, tan cargadas de festones de pequeñas cuentas de cristal que los verdes valles quedaban enigmáticamente ocultos y las cumbres nevadas, conmovedoramente expuestas. Mientras algunos de los invitados gozaban de los éxtasis del alma que normalmente suscita un jardín así y otros se preguntaban si se habrían abotonado bien la chaqueta o si este o aquel los habría reconocido, la señora De Courcy disfrutaba de aquella escena inevitablemente cómica, culebreando de acá para allá con su carísimo vestido y negándose rotundamente a permitir la segregación por sexos, que las damas hablaran de capotas y conservas y los caballeros, de lana y el tiempo. La habilidad de la anfitriona era tal que muy pronto todos estuvieron mezclados, desafiando las convenciones, y, en menos que canta un gallo, había organizado un juego de *croquet* para los que no tenían el don de la palabra.

—No soporto que falte un mazo. Tal vez el señor Rankin pueda ir a mirar si está en la casita de verano que hay detrás de aquellos tilos. Salta a la vista que es un hombre práctico.

Las jovencitas no dejaban de reírse nerviosamente.

Con su experiencia y la fresca brisa del sur, la anfitriona tenía el éxito asegurado. Aquellas gentes sencillas,

respetables comerciantes y sus esposas, y ganaderos del interior del país, eran tan simples que ni siquiera se preguntaban si la señora De Courcy llevaba una vida disipada, mientras que los que eran tan mundanos como ella siempre andaban demasiado ocupados para pararse a pensarlo. Así que, bien por ignorancia o bien por complicidad, todos la aceptaban, y ella debería haberse sentido satisfecha. Sin embargo, a veces se quedaba en el umbral de las convenciones, como un magnífico lirio imperial, y, mientras todos los ojos se posaban en ella y la admiraban por sus joyas y lentejuelas, la señora De Courcy pensaba que aquello era de lo más aburrido y que con gusto se habría agostado.

—Casi todo el mundo es tan obediente como esperaba —le dijo al coronel torciendo el gesto.

—Mi querida Effie —respondió él riéndose—, si te resulto decepcionante es porque, en cierto sentido, soy un hombre incompleto. Tienes que aprender a aceptar las carencias de los seres humanos.

—¡Aquí, por fin, está tu sorpresa! —reveló su prima, dotando a aquellas insulsas palabras de un tono exquisitamente trágico.

—¡Por Dios, Mary! —bramó el coronel, abriendo los brazos para envolver con ellos a su sobrina.

Esta última había olvidado el agradable olor característico de sus tíos, su padre y todos los hombres a los que podía abrazar y, en consecuencia, aquel gesto la pilló desprevenida. Complacida y avergonzada, le pidió que tuviera cuidado con su sombrero nuevo.

—¡Vaya! ¿Ya te has hecho mayor? —protestó el coronel Hebden.

—Y la señorita Trevelyan, que ha sido tan amable de acompañar a Mary desde la escuela.

Solo entonces reparó en la mujer del vestido gris, que la señora De Courcy ya había catalogado —erróneamente— a primera vista. El coronel, que estaba acostumbrado a moverse con cuidado entre nidos y pozas para no romper ninguna rama y provocar la alarma, se dispuso a interrogar a su sobrina con mucha profesionalidad sobre sus logros escolares. Por el momento, ignoraría a la maestra.

Laura Trevelyan se sentía como en casa en aquel ambiente en el que ya nadie esperaba que encajara. Muy pocas personas la reconocieron. Los recién llegados a la Colonia, que siempre parecían ser la mayoría, desconocían sus orígenes, y aquellos que residían allí desde hacía tiempo estaban demasiado ocupados pensando en su propio éxito como para señalar un fracaso tan insignificante. Laura aceptaba sin vergüenza aquel juicio del mundo. De hecho, recibía mucho a cambio porque, ahora que se encontraba alejada de todo, veía con más claridad y profundidad, y a menudo le encantaba lo que veía, ya se tratara de objetos inanimados, como una bandeja de elaborados merengues rosas, o, en el caso de los seres humanos, de una joven esposa esforzándose con nerviosa elegancia por ocultar su próxima maternidad.

Aquella joven esposa cogió la estola, los guantes y la pequeña sombrilla de flecos y, con paso desafiante, se acercó a la maestra de escuela y le dijo:

—¡Vaya, Laura! ¡Qué sorpresa encontrarte aquí! Mamá tenía entendido, por lo que la señora Bonner le había dicho, que habías renunciado al mundo.

—¡Vaya, Una! —respondió Laura—. Si la señora Pringle pensaba que había ingresado en un convento de clausura, efectivamente fue un malentendido.

Entonces, las dos amigas se echaron a reír. Si la señora McAllister se rio más tiempo del debido fue porque Laura nunca había sido santo de su devoción y, en el juego de la vida, Laura había perdido. Ahora le tocaba a Una presumir de marido, cosa que hizo, pues aquella era la prueba irrefutable de su triunfo, y Laura reconoció al ganadero disponible del pícnic en Point Piper. Así que, ¿qué más le quedaba por conseguir a Una Pringle? Aparte del tedio de un día y otro día, y otro más, claro.

—Debes de ser muy feliz en Camden —dijo Laura.

—Desde luego —se vio obligada a decir Una—. Aunque todavía hay muchas cosas de las que ocuparse. Ya sabes lo que pasa con ese tipo de casas. Y estoy convencida de que las termitas lo han invadido todo.

El gigante anaranjado de Una sonreía con los puños apoyados en las caderas. Sus dientes enormes y separados fascinaron a Laura.

—Aunque estoy muy sola —continuó diciendo Una McAllister, escudriñando a Laura Trevelyan—. ¿Quién iba a pensar que Camden sería un lugar tan solitario?

El marido de Una estaba a punto de reventar su magnífica chaqueta.

—Pronto tendrás al bebé —la consoló Laura.

Una se sonrojó y dijo que se le habían antojado unas fresas, y su marido echó a andar tras ella con la paciencia de un hombre acostumbrado a guiar a un rebaño de ovejas.

Después de aquello, Laura Trevelyan se quedó allí de pie, con su vestido gris, entre todos los invitados; parecía como si, por una vez, la estrategia de la señora De Courcy no hubiera funcionado, aunque tal vez todo fuera deliberado, porque en aquel momento el coronel Hebden se acercó a ella con pasos largos y teatrales y, sin más preámbulos, le anunció:

—Señorita Trevelyan, si es tan amable de concederme diez minutos, hay un asunto que me gustaría mucho tratar con usted.

Consciente de que aquel sería su torturador, Laura Trevelyan no había mirado al coronel Hebden hasta aquel momento. La expresión del caballero era amable, aunque quedaba por saber si seguiría siendo así de no conseguir su objetivo.

—No acierto a imaginar cómo puedo satisfacer su curiosidad —respondió inmediatamente la señorita Trevelyan, entrelazando las manos firmemente mientras ambos echaban a andar—. He oído que deseaba hacerme unas preguntas. Para mí sería un enorme placer, pero…

Más que pasear, marchaban, y su arenga casi parecía un discurso militar.

—No es mi intención abrir viejas heridas, ni inmiscuirme en sus asuntos privados —prosiguió el coronel con la misma falta de naturalidad.

Aunque con ademán rígido, siguió caminando resueltamente hacia una casita de verano que había divisado anteriormente, detrás de unos tilos. La maestra de escuela marchaba casi como un soldado, tratando en la medida de lo posible de acomodar su paso al del coronel. Era una mujer oscura, pero muy agradable.

—Le agradezco la deferencia —le decía—, pero le aseguro que no es necesario que sea usted tan delicado. El señor Voss no era más que un conocido de pocos días; en realidad, si me paro a pensarlo bien, de muy pocas horas.

—Comprendo —dijo el coronel, colocando su mano en la región lumbar de la joven, para guiarla hacia la casita—. No obstante, señorita Trevelyan, es natural formarse una opinión de cualquier persona, incluso si acabamos de conocerla. Aunque, claro, si no desea compartir sus impresiones conmigo, ¿quién soy yo para obligarla?

Continuaron de pie, aunque había algunos bancos y una mesa rústica que se desplazaron cuando el hombre y la mujer se apoyaron en ellos.

—Pero sé tan poco… —protestó la señorita Trevelyan.

Puede que ese poco lo sea todo, pensó el coronel.

Por fin se sentaron y colocaron las manos frente a ellos, sobre la mesa.

—Y, además —dijo—, como mis recuerdos son en parte desagradables, no considero apropiado hablar de alguien que está, o más bien podría estar, muerto. Me consta que el señor Voss poseía algunos atributos poco deseables, incluso horribles.

—Eso es muy interesante —respondió el coronel.

—De otro modo —dijo—, no creo que hubiera sido un hombre.

Si la señora De Courcy hubiera pronunciado aquellas palabras, el coronel habría sabido que aquel era el momento de hacer una broma. Pero la maestra de escuela se estaba humedeciendo los labios.

—Unos atributos tan horribles —añadió— que no puedo evitar preguntarme si no los habré interpretado influida por lo que sé de mí misma. Bueno, no me refiero a lo que *sé*, ¡sino a lo que sospecho!

Estaba muy agitada. Aunque todavía era una mujer joven y hermosa, el coronel se dio cuenta de que había envejecido recientemente. Sus ojos oscuros habían inundado la casita de verano, desbordándola y buceando en ella.

—¿Considera usted que esos desafortunados atributos de los que habla podrían haber hecho mella en los hombres que tenía a su cargo y debilitado su autoridad como líder?

Laura miró a su alrededor. Estaba atrapada. La casita de verano había sido construida cuidadosamente, con ramas firmemente trenzadas. Olía a abandono y a vacío.

No se sentía capaz de responder al caballero ni de mirarlo.

El silencio se fue alargando. Entonces, cuando estaba a punto de romperse, la joven se estremeció y gritó:

—¡Sería usted capaz de cortarme la cabeza si así obtuviera algún beneficio!

—No lo hago por mí. Lo hago por el señor Voss.

—El señor Voss ya es historia.

—Pero la historia no puede escribirse hasta que pasa por el tamiz de la verdad. A veces, ni siquiera es posible.

La cabeza ya le colgaba. Tenía el cuello girado en un quiebro imposible.

—No, no es posible —convino—. Todo es mentira. Mientras haya hombres, habrá mentiras. No conozco la verdad sobre mí misma, aunque a veces sueño con ella.

—¿Quiere que le cuente lo que sé del señor Voss? —le preguntó el coronel con vehemencia—. ¿O el destino de un mero conocido no le interesa lo bastante?

—Por muy amable que sea usted, nunca he conocido a nadie tan cruel —dijo ella sin apartar los ojos de la mesa.

—Durante mis viajes pernocté varias veces en Jildra, la propiedad de Darling Downs desde la que salió la expedición. El señor Boyle, el dueño, era afable, aunque no se podía confiar en él, debido a su afición desmesurada por el ron. Dos negros de Jildra acompañaron a Voss hacia el oeste. Uno, anciano, regresó poco después de su partida. El segundo llegó a la propiedad al cabo de no sé cuánto, Boyle no supo decírmelo, aunque sin duda había pasado bastante tiempo. El viejo, Dugald, habló con el chico, que parecía encontrarse permanentemente abatido, incluso trastornado, en opinión de Boyle. Boyle le preguntó a Dugald, que afirmó que el muchacho le había contado que se había producido un motín. Entonces, el chico… Jackie, creo que se llamaba…

—Jackie —dijo Laura Trevelyan.

El coronel frunció el ceño por la interrupción y siguió hablando:

—… Jackie se marchó de Jildra. Vuelve de vez en cuando, pero sus movimientos y su comportamiento son impredecibles. Habría interrogado a Dugald personalmente, pero me informaron de que el viejo nativo había muerto unas pocas semanas antes de que yo llegara.

El coronel Hebden, que estaba acostumbrado a las mujeres lloronas, percibía en la joven una pena sobria y demoledora. Sin embargo, no miró a la señorita Trevelyan.

—Otro dato de interés: poco después de que supuestamente desapareciera la expedición, se presentó en Jildra una tribu de aborígenes que se dirigía al este, empujada por la sequía. Los nativos de la propiedad los agasajaron y Boyle les dio de comer. Una noche, según parece, los visitantes celebraron un rito en el transcurso del cual representaron la masacre de unos caballos. Boyle, que por supuesto había bebido sin parar, no fue capaz de darme más detalles.

Reinaba el silencio, y los dos escucharon el crujido de las paredes de ramas de tilo.

—Qué hay de Jackie —dijo Laura Trevelyan.

No lo preguntó. Estaba demasiado afectada. Su tono fue más bien el de una afirmación.

—Ahí —dijo el coronel— es donde he fracasado. Pero voy a volver. Usted, señorita Trevelyan, me ha convencido de que debo hacerlo. Gracias.

—¡Oh, no! —le suplicó—. No vuelva. Están muertos. Se ha acabado. Déjelos descansar. Ya hemos sufrido todos bastante.

—Es posible que alguno de aquellos hombres sobreviviera. Mire a Jackie. Y no nos olvidemos de los amotinados. Por reprobable que sea su conducta, no podemos abandonarlos. ¡Pobres diablos!

La señorita Trevelyan se mordió los labios.

—Voss bien podría haber sido el Diablo —pareció recordar—, si al mismo tiempo no se hubiera asemejado tanto a un desdichado ser humano.

El coronel pensó que, ahora que el orgullo de aquella joven se había desvanecido dando paso a la compasión, la estampa era de lo más lamentable. Para ser un hombre, se mostraba muy interesado en las mujeres. Siempre había sentido por el sexo femenino más interés que amor, salvo por su mujer, y en ese caso su amor tal vez fuera más una combinación de serena costumbre y afectuoso respeto.

Pero no se sentía capaz de seguir mirando a la maestra de escuela mientras esta se encerraba de nuevo en su concha, ni de murmurar ninguna palabra de consuelo que no sonara torpe, así que se limitó a decir:

—Lo siento. Quizá preferiría usted que la dejara sola.

Sin embargo, ella rechazó su oferta y dijo:

—Siempre hay que resistir el impulso de esconderse en un rincón.

Entonces se levantó y se alisó el sencillo aunque correcto vestido gris.

Mientras atravesaba el jardín en dirección a los invitados, la joven seguía temblando y la señora De Courcy, que había estado esperándolos, se acercó nerviosa.

—¿Puedo hacer algo por usted? —le preguntó a la señorita Treve-lyan en un tono que denotaba simpatía, mientras trataba de adivinar qué podría haber pasado.

—No, gracias —replicó Laura agradecida, pues nadie podía mostrarse desagradecido con una mujer tan hermosa y condescendiente como la señora De Courcy.

Muy pronto no hubo ningún motivo para quedarse en la fiesta. Las exuberantes mesas empezaban a vaciarse y la pequeña Mary Hebden, que corría sudada y pegajosa entre los invitados, por desgracia había empezado a ponerse muy pesada.

A un anciano caballero, que la había estado entreteniendo anudando su pañuelo de mil formas diversas, acabó gritándole:

—Si quisiera, podría empujarle. Soy más fuerte que usted.

Así que su institutriz decidió llevársela de allí. Con todo aquel lío, y ocupada en darle las gracias a la señora De Courcy por lo bien que lo había pasado la niña, la señorita Trevelyan olvidó despedirse del coronel

Hebden.

—¿Le ha agradado mi tío? —le preguntó Mary en cuanto estuvieron sentadas en el carruaje.

—Sí —dijo la señorita Trevelyan—. Es muy simpático. Y amable.

Mary Hebden suspiró por todos los hombres que conocía, o tal vez fuera porque le dolía el estómago de tanto comer. Entonces, las dos pasajeras se acurrucaron la una junto a la otra, envueltas en aquel intenso aroma a avena y forraje tan característico de los establos.

—¿Y cuáles son tus planes? —le preguntó la señora De Courcy al coronel Hebden bajo el sauce llorón.

—Tengo intención de regresar a Bathurst mañana —respondió el coronel.

—Me alegra saber que Amelia y los niños podrán disfrutar de tu presencia —dijo la señora De Courcy.

—Pero saldré enseguida para Brisbane y Jildra. Me he dado cuenta de que todavía tengo cosas que hacer allí.

—Te has dado cuenta hoy… Gracias a la señorita Trevelyan. Estoy celosa.

—No tienes motivos para estarlo. La señorita Trevelyan es sin duda una joven de grandes talentos. Y hermosa, además. Aunque su encanto es de tipo intelectual.

—¡No me digas! —exclamó la señora De Courcy, fingiendo estar furiosa. De hecho, sabía por experiencia que a partir de aquel momento tendría que simular todas sus emociones. Para que su relación durase, debía sostenerse sobre el frágil hilo de la ironía—. ¡Eres un diablo! —añadió.

—Ya he oído antes esa palabra —dijo él con una carcajada que relajó su gesto malhumorado—. Pero, en este caso, su uso no está justificado. De verdad.

Habría hecho falta una acusación mucho más seria para aplacar el entusiasmo que había suscitado la perspectiva de su viaje. Los intentos de la maestra de escuela por disuadirlo habían sido un acicate, y desde aquel momento se había sentido eufórico. Un hombre menos vanidoso habría indagado más en los miedos de la señorita Trevelyan.

Pero el coronel Hebden no lo había hecho. En realidad, no pensaba dedicarle más tiempo a una persona que ya no podía serle de ninguna utilidad.

15

Obligado a permanecer durante varios meses en su residencia de Bathurst en compañía de su afable esposa, una criatura de lo más aburrida tanto más cuanto que carecía por completo de egoísmo, y de sus hijos, que no le prestaban la menor atención, el coronel Hebden se sentía bastante irritado y pasaba el tiempo ocupándose de sus cosas y carteándose con algunos conocidos que compartían su vicio: el insaciable deseo de atravesar constantemente las zonas menos amables de Australia. Por fin, cuando concluyeron los preparativos, el coronel empezó a desplazarse hacia el norte, reclutando su partida conforme avanzaba. Sin embargo, la expedición no estuvo completa hasta que llegaron a Jildra.

Brendan Boyle, a quien Hebden había informado de su intención de continuar la búsqueda de Voss y que había respondido con su acostumbrada generosidad, prometiéndole un rebaño de ovejas, dos pastores nativos y varios artículos de los que él no habría podido prescindir en un viaje de aquellas características, estaba en el porche, vestido con unos pantalones que parecían a punto de estallarle y una camisa que dejaba entrever su ombligo peludo, cuando llegó la expedición. El líder y el anfitrión apenas se habían saludado, los miembros de la partida todavía no habían estirado las piernas y los curiosos negros de la propiedad aún no habían tenido ocasión de echarles un vistazo a las pertenencias de los forasteros cuando Hebden preguntó ansioso:

—Dígame, Boyle, ¿ha tenido suerte?

Aquella pregunta hacía referencia a un párrafo de la carta que el coronel le había escrito varios meses atrás y que decía lo siguiente:

> En lo que respecta al chico, Jackie, es de vital importancia que lo retenga si acampa en Jildra antes de mi llegada. Si se entera usted de su paradero por otros medios, incluso a través de los nativos, le ruego que le haga saber que necesito su ayuda para localizar los restos de Voss y su partida, así como los de los amotinados, o, si Dios ha querido que alguno de aquellos hombres siga vivo, sus desdichadas personas.

El coronel estaba impaciente.

Boyle se rio. Por respeto a su barba mugrienta, formó un delicado túnel con sus gruesos labios y escupió.

—Jackie —dijo el ganadero— pasó por Jildra hará un par de se manas.

—¿Y no lo retuvo?

El coronel estaba muy tenso.

—¡Retener a Jackie! —exclamó Boyle—. Eso sería más difícil que meter un tornado en un saco.

—¿Lo interrogó al menos?

—No habría servido de nada —suspiró Boyle.

El coronel habría arrestado gustosamente a aquel subordinado que no había cumplido con su deber, pero, dadas las circunstancias, tuvo que contentarse con mostrar un encendido entusiasmo.

—¡Mi querido amigo! —exclamó—, ¿es consciente de lo que ha hecho? Ha vuelto a tirar la aguja al pajar.

Boyle hizo un gesto despreciativo con la mano.

—Jackie está loco —dijo.

—En ocasiones la locura tiene sentido —replicó el coronel en tono cortante.

—Estoy seguro de que usted le habría sacado la muela al paciente. Todos lo habrían hecho, excepto yo —dijo Boyle, que seguía de buen humor—. Pero venga dentro, Hebden, tomaremos una copa. Puedo ofrecerle auténtico ron jamaicano. Nada de esas porquerías locales.

Así que no había retenido a Jackie.

¿Y qué había sido de Jackie?

El día más fatídico de su vida, el chico, que había vivido demasiadas cosas demasiado pronto, había huido del campamento de su tribu adoptiva. Al principio, cuando la luz roja se erigía en lo alto de la mañana vacía, había corrido mucho, pero, cuando el sol amarillo tomó posesión del cielo por completo, la figura fugitiva empezó a caminar, aunque incluso entonces se vio obligada a correr a intervalos, como indicaban los destellos de las plantas grises de sus pies.

El chico, cuya ruptura con el paisaje transparente era aún más patente a causa del color negro de su piel, llevaba las manos vacías. Se cubría con un jirón de tela de corteza y, alrededor del cuello, colgada de una cuerda que le había pedido una noche al señor Judd, tenía la navaja con la empuñadura de hueso, un regalo de su líder. Así que, además de estar solo, estaba casi desnudo. En circunstancias normales, aquella ruptura se habría visto atenuada por las pequeñas cosas que hacen la vida agradable y posible: seguir las huellas de los animales, mirar entre la maleza o en los troncos de los árboles, buscar agua o miel; en definitiva: indagar, no dejar de indagar. Sin embargo, en aquel momento no veía con claridad, y sus pensamientos aumentaban su sensación de soledad. Terribles navajas con empuñadura de pensamientos, afiladas con otras navajas con empuñadura de sol, le laceraban la piel. Por la noche, sus pensamientos, menos definidos, se convertían en los espíritus —al menos eran idénticos a ellos— que rondaban los lugares que escogía para dormir.

Y, así, Jackie continuó su camino. Aunque encendiera un fuego, no estaba a salvo de la oscuridad. Cuando era necesario, desenterraba ñames, mataba un lagarto de una pedrada, chupaba las raíces de algunos árboles, o incluso las hojas de los árboles cubiertas de rocío, porque sabía que así aplacaría la sed y saciaría el hambre. En una ocasión persiguió a unos emúes y consiguió atrapar a uno que se había quedado a la zaga; aunque empezó a palmearse en busca de la navaja, de repente, prefirió retorcerle el pescuezo.

Nunca supo cómo había llegado a perder la navaja, pero, en cuanto se dio cuenta de que ya no la tenía, se deshizo de la cuerda grasienta y rota, feliz por lo que significaba aquella tragedia de orden práctico.

Sin embargo, no cargar con el peso físico del cuchillo no alivió su espíritu. Como no tenía ninguna obligación ni nadie lo observaba, a veces se dedicaba a jugar como si siguiera siendo un niño, aunque aquellos juegos breves en realidad no le interesaban, porque, como a todos los niños, desde muy pequeño le habían atribuido multitud de responsabilidades.

Al menos, tenía el consuelo del movimiento. Siempre estaba en movimiento. Un día, al anochecer, en el saliente de una roca, se topó con el hueso de la cadera de un caballo que todavía conservaba el pellejo gris y, al lado, la anilla de un bocado que el óxido ya estaba devorando. El chico no pudo evitar recordar la perfección inmaculada, sobrehumana, que el esplendor de aquel arnés podía llegar a detentar. En su mente brilló como si estuviera nuevo. Tocó la anilla, pero actuó con cautela, incluso con miedo, cuando un poco más allá divisó unos andrajos que contenían los restos de un hombre. Entonces, le dio una patada al bulto y hurgó en él. Vio que se trataba de aquel al que llamaban Turner, a quien había evitado en la medida de lo posible a causa del fuerte olor que despedía, el hedor característico del hombre blanco sucio.

El chico merodeó por aquel desierto encapotado de molinos despedazados y viejos paraguas. Detrás de las rocas de bordes afilados como esquirlas de vidrio, encontró un manojo de pelo. Tiró del mechón como si fuera una planta —al menos crecía en la arena— y, cuando lo agitó en el aire, se estremeció al sentir el pelo del hombre blanco, que estaba tocando por segunda vez. Era fino y crespo, de un rojo candente bajo la luz del ocaso. El negro se dio cuenta de que aquello debía de pertenecer al señor Angus. Recordó cómo los muslos del joven se sujetaban a la cruz del caballo y su piel rosácea brillaba a través de la camisa humedecida.

En aquel lugar desierto, la luz adquiría tintes cada vez más oscuros.

Aunque cabía la posibilidad de que allí hubiese más cosas, Jackie sabía que el tiempo se le estaba echando encima. Así que huyó de los muertos. Cuando la oscuridad lo sorprendió casi a dos kilómetros de allí, se tumbó al abrigo de unos árboles.

No podría decirse si el hecho de que la luz de la luna empezara a brillar fue beneficioso, porque los espíritus de los muertos lo acompañaron durante toda la noche. La pobre alma de Turner colgaba como una zarigüeya, por la cola, de un árbol. El señor Angus, que se elevaba muy cerca en una enorme columna blanca y aplastante de luz aterciopelada, dejó a su paso una miríada de chasquidos y trallazos. El chico pensó que no sería capaz de soportarlo y empezó a echarse arena por la cabeza. Cuando el día amaneció, tenía los ojos en blanco y los bordes de los párpados vueltos hacia fuera, como si hubiera sufrido una especie de ataque. Pero en cuanto empezó a hacer calor se recuperó y continuó viajando hacia el este, contándose a sí mismo lo que había visto.

Cuando dejó atrás el país de los muertos, se dio cuenta de que no había encontrado los restos del señor Judd. Aunque viajaba solo, a través del resplandor del sol y de la neblina de la memoria entreveía a intervalos la figura del gigantesco hombre blanco cabalgando a su lado; las venas del dorso de sus enormes manos eran

como las ramas de un árbol, y su rostro, otro sol cobrizo. Este vínculo entre la carne y la amenazadora materia de la naturaleza era en sí mismo una afirmación de la vida, y el muchacho agachó la cabeza entre aliviado y avergonzado.

Jackie se las prometía muy felices ante la perspectiva de hablar con el viejo Dugald. Al aproximarse a Jildra, empezó a canturrear. Sin embargo, descubrió decepcionado que Dugald, de tan viejo que era, se había convertido en un niño, mientras que él, Jackie, arrastraba la sabiduría propia de la edad avanzada. Así que solo le contó a Dugald algunos datos sin importancia relativos al motín de los hombres blancos. Todo lo demás, se lo guardó para sí.

Porque no es posible comunicarse lúcidamente con los hombres una vez que se ha producido la comunión de las almas, y la pelusa de las almas blancas había rozado la húmeda piel del joven aborigen cuando este se había refugiado tiritando bajo las acacias. Los secretos de la región, incluso los espíritus de remotas tierras tribales, estaban poseyéndolo poco a poco. Los niños de Jildra huían de él gritando y se ocultaban en las chozas y, cuando por fin se marchó de allí, tribus enteras de extraños nativos sacudían los árboles al verlo acercarse, o se sentaban alrededor del fuego en un silencio ceniciento, tratando de ignorar las historias de la vida de los espíritus que él se empeñaba en contarles.

Pero de su propio espíritu, del enorme espíritu que lo poseía, que a veces miraba en su alma empleando sus propios ojos, si bien la mayor parte del tiempo se retorcía en sus entrañas como una vida que se apaga, como un torbellino, como sangre, de ese espíritu nunca hablaba, porque nadie salvo él debía saber que existía.

Así, con sus idas y venidas, Jackie se convirtió en una leyenda entre las tribus. Él era la mente perturbada y volátil de aquella gran región que atravesaba una y otra vez. Su voz salía de sus pulmones y chocaba contra las rocas hasta que el eco se la devolvía. Siempre conversaba con las almas de los que habían muerto en aquella tierra, y estaba dispuesto a traducir sus deseos al dialecto. Si ningún otro hombre negro conoció aquellos deseos, fue porque nadie tuvo el valor de preguntarle al profeta.

Aunque el coronel Hebden no había logrado dar con Jackie en Jildra por una o dos semanas, estaba decidido a seguir su plan original y buscar a Voss en las cadenas montañosas y a lo largo de los cauces secos de los ríos en dirección oeste. Si encontraba alguna pista, tenía la voluntad y las provisiones necesarias para adentrarse en los desiertos que pudieran extenderse en el centro del continente. Con este espíritu ordenó a sus hombres que abandonasen la sombra de los clásicos eucaliptos *coolabahs* de Jildra y se adentró con ellos en un otoño agradable. El sol bañaba plácidamente los párpados del coronel cuando este se volvió en su silla para contemplar desde la distancia el humo de los tejados.

Acompañado de cuatro amigos, todos exploradores experimentados, y de dos pastores nativos y un largo cortejo de animales de carga, el líder se atrevió al principio a anticipar que tendrían éxito, pero, conforme fueron cubriendo la distancia y las semanas se agotaron, con la consiguiente escasez y los obstáculos inherentes a cualquier avance, ya se tratara de la maleza o la arena, o de aquellos negros salvajes y poco comunicativos, el poco agraciado rostro del explorador se volvió más sombrío. En ocasiones, al llegar el crepúsculo, no se sentía capaz de escribir en su diario el informe que tenía por costumbre redactar. De hecho, se sentaba y pensaba en Amelia y los niños y bostezaba como un caballo, abriendo la boca cuarteada y salina.

Aquel país irracional había logrado ridiculizar incluso al coronel Hebden; su dignidad era cada vez menor. Por supuesto, no le había confiado a ninguno de sus compañeros nada de lo que le ocurría; al contrario, los animaba constantemente con sugerencias útiles y amenas, que hasta cuando eran sensatas resultaban de lo más irritantes. Si el coronel no se daba cuenta de ello era porque durante toda su vida lo habían entrenado para tener la autoestima bien alta.

Entonces, una noche, de repente, decidió confesar su fracaso, con la firme esperanza de que los demás también confesaran los suyos. Acampados junto a una poza miserable, al borde de una llanura repleta de socavones, ya habían atravesado al menos dos veces, aunque lo ignorasen, el camino que Voss y su partida habían seguido en su viaje hacia el oeste, y la taza de espuma parda de la que los salvadores fueron bebiendo en riguroso orden supuso un consuelo que a los amotinados se les había negado en la última mañana de sus vidas. Los cuerpos de estos, tal y como Jackie los había encontrado —si bien era probable que ya quedara un poco menos de ellos—, seguían estando a un tiro de piedra de donde se encontraba, derrotado, el coronel. Sin embargo, esta era una ironía que nunca llegaría a conocer.

Infinidad de velos cubrieron su cuerpo y, aquella noche, cuando por fin se durmió, las almas de la tierra de los muertos con la que se había obsesionado de un modo tan insensato lo rondaron más de lo habitual. Tal vez se debiera a que los tormentos que los desdichados habían padecido la mañana de su muerte todavía

infestaban el aire, pero, fuera cual fuese la explicación, y no era una explicación racional, el coronel no dejaba de dar vueltas y los jinetes no cesaban de cabalgar.

En su cabalgada perpetua, los tres jinetes se acercaron atravesando una nebulosa de polvo fino y amarillento. El polvo del presagio se les metió en la boca, abriéndose camino entre los jirones de sus labios. Los caballos también mordieron aquel polvo amarillento, aunque parecieron encontrar consuelo en la mucosidad ligeramente lodosa que regaba los bocados de sus bridas.

Bajo aquella luz pálida, aunque abrasadora, las piernas temblorosas de los hombres se aferraban a la cruz macilenta de los caballos, aunque sin un propósito, solo por inercia. Judd cabalgaba un poco adelantado, como, por supuesto, le correspondía en calidad de líder usurpador, pero, del mismo modo que los hombres ya no controlaban los caballos, el líder ya no estaba realmente al mando. La partida le pisaba los talones únicamente por temor a detenerse.

Judd farfullaba algo de vez en cuando y miraba por debajo de sus cejas polvorientas como un perro viejo y desilusionado. ¡Ah! Si hubiera podido deshacerse de aquel cuerpo que siempre había sido un motivo de aflicción, ya fuera cuando picaba piedra, sufría el tormento del gato, se abría camino a través de bosques de hierba tropical, arrastraba cadenas o cruzaba desiertos… Pero no le estaría permitido separarse de él hasta el último momento. En el desierto de la experiencia terrenal, vería cómo se consumían sus esperanzas, las pasadas y las presentes, la carne y la memoria, su propia mano torpe y fuerte, los pequeños buñuelos de sebo con los que su mujer le llenaba el plato, la vena inocente de la oreja de su caballo, aquellas fuentes gemelas que manaban del amor de su esposa y le respaldaban con su caudal de confianza… El sueño se agitaba inquieto en la cama llena de arena de su esposa, y, cuando él le mordió el pezón izquierdo, ella gritó angustiada que los años la habían engañado. Él no pudo evitar reírse. Al final, pensó divertido, nos estafan a todos. Aquel era el tipo de chiste que le hacía gracia.

De repente, volvió a ser aquel hombre viejo y andrajoso, y siguió cabalgando por inercia. Enjambres de moscas se le posaban en los bordes enrojecidos de los ojos. A través del polvo, solo se divisaba un futuro precario.

—Albert —dijo Turner, que era el que estaba más débil y que, por ese mismo motivo, conservaba la ilusión de que tenía un amigo fuerte y capaz—. ¿La ve?

—Que si veo ¿qué?

—El agua.

—¡¿Que si veo el agua?!

—Hay que llegar hasta ella.

Ambos cabalgaron en silencio, escuchando los estertores del otro, provocados por la arena y los mocos.

Ahora Angus odiaba a Turner. Aunque seguía siendo un joven íntegro y desapasionado, lo infinito le había enseñado a odiar. Y sí, odiaba a Turner. También odiaba a Judd, pero expresaba ese odio de otra forma. Dado que las circunstancias lo habían obligado a ponerse en manos del convicto, mostrar su desagrado abiertamente podría haber hecho que la aversión se reflejara en su propio juicio. Aun así, seguiría odiando a Judd, ya fuera acompañándolo hasta los abismos del infierno, o divisándolo desde su faetón mientras bajaba por George Street después de cenar.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Turner—. ¡No puedo más! ¡No puedo!

—Pues entonces cállate —le ordenó Angus—. Todos estamos en la mismas.

Turner empezó a gimotear. Tosió y tosió, pero no expulsó nada, y sintió arcadas.

Judd ya no les prestaba demasiada atención a sus compañeros, puesto que tenía la suerte de ir en cabeza.

De ese modo, el silencio y el aislamiento comenzaron a devorar a Ralph Angus, que empezó a preguntarse cómo podría congraciarse con su odioso líder, Judd. Que este fuera un hombre admirable hacía que su relación todavía fuese más complicada. Ya de niño, se había dado cuenta de que sentía aversión por lo que más admiración le despertaba. Se acordó entonces de un día en que jugaba en el invernadero de su madrina, vestido con su guardapolvo. El vaho flotaba y la pelusa de las tiernas hojas le rozaba las mejillas cuando tropezó y cayó de bruces sobre las acartonadas botas del jardinero. El hombre se agachó inmediatamente y lo alzó hasta el mundo de las flores animales. Estaba asustado y fascinado por los vivos colores de aquellas gargantas peludas. Sintió el golpe de sus aromas sofocantes y el olor distinto y distinguible del jardinero. Las manos del hombre también eran distintas, capaces de realizar los milagros más sorprendentes. Entonces enterró sus uñas cortas y romas en aquella piel distinta, en un intento de bregar con la risa del hombre. Las corolas de las flores moteadas se bambolearon.

El criado le había demostrado su superioridad en términos de fuerza y talante, así que, en cuanto volvió a estar en el suelo, el niño salió de allí corriendo lo más rápido posible, al tiempo que pensaba cuál de sus posesiones podría ofrecerle como obsequio al jardinero.

Por eso, el joven ganadero sabía que debía congraciarse con Judd el odioso, Judd el inconmovible; mucho peor, Judd el superior, cuya espalda se mecía unos metros por delante de él.

—¡Judd! —lo llamó, alzando la voz desde las profundidades donde moraba desde hacía tanto tiempo—. Judd, tengo que hacerle una sugerencia.

Judd ni le respondió ni se volvió, aunque era evidente que estaba esperando a escucharla.

Angus forzó a su caballo para tratar de darle alcance al hombre que se había convertido en su líder.

—Abrámosle las venas a uno de los caballos que están a punto de morir y mojémonos los labios. ¿No le parece una buena idea?

Judd no respondió.

Angus se alegró de no haber llegado a la altura del convicto, porque así pudo reclinarse sobre la montura; él, que siempre había tenido una postura tan elegante sobre el caballo. El sabor de un cuajo de aversión le impregnó la boca.

Pero, ahora que volvía a cabalgar solo, el joven deseaba llorar por la distancia que lo separaba de Judd.

Cuando estaban aproximándose al saliente de una roca, un acontecimiento que aquellas reliquias de vida humana apenas experimentaban ya, Turner, que iba a la zaga, sintió como si un peso enorme hubiera empezado a tirar de él. Enseguida comprendió que nunca llegaría a aquellas crueles rocas, magníficas, prominentes y afiladas. Así que levantó las escuálidas ramas de sus brazos y cayó, cayó. Nada podría haberlo detenido salvo, quizá, el aplazamiento de su destino. Incluso así, cuando golpeó el suelo con suavidad, pues su estado era deplorable —ni un paraguas, de hecho, habría aterrizado con tanta delicadeza—, gritó de modo salvaje e insistente:

—¡Salvadme, miserables! ¡Canallas! ¿Vais a dejarme morir aquí?

Sus entrañas clamaban ante la última injusticia que la humanidad iba a infligirle. Después se tendió con los brazos y las piernas extendidos, como un despojo seco de podredumbre y forúnculos cicatrizados. Su piel parecía sonreír.

En aquel momento, las rocas se convirtieron en el objetivo más deseado de los dos supervivientes, aunque no estaba claro qué pretendían conseguir satisfaciendo aquel deseo. Arrastrándose a duras penas, los caballos se aproximaron a su destino. El aliento de los jinetes se levantó en un hedor de intensidad casi mística. Por supuesto, era más que posible que Judd abriera el armario de roca y se metiera dentro para por fin encontrarse a sí mismo.

Pero a Ralph Angus lo perseguía el miedo de no saber, cuando llegara el momento, cómo morir con la dignidad de un caballero.

Naturalmente, no podía esperar ningún tipo de consejo o consuelo por parte del convicto en lo referente a aquel asunto. Además, ya estaban atravesando las fortificaciones exteriores de la ciudadela cuando el caballo del joven terrateniente tropezó y él se vio obligado a saltar al ser expulsado de la silla, para acabar rodando por la infernal pendiente de la primera pirámide candente. Llegó a la base y, cuando recuperó un poco las fuerzas, empezó a golpearse la cabeza contra la plácida roca. Y así murió Ralph Angus, escuchando el estruendo del enorme gong mientras jóvenes damas de su misma clase le ofrecían té en una taza Worcester de porcelana inglesa. Sus dedos de rosa y lila lo fueron trenzando delicadamente en sus posesivas cabelleras. Lo cubrieron de besos y abrazos hasta que, por último, lo presentaron arropado como un bebé. En aquel momento, el hecho de tener barba podría haber sembrado algunas dudas, pero se había desprendido de ella como por arte de magia: allí estaba, brotando de la arena por sí mismo, como una planta.

Ahora Judd ocupaba el desierto.

Si el convicto todavía no había muerto, era porque tenía una mayor resistencia física, y porque estaba decidido a encontrar una sombra bajo la que echarse.

Después de deslizarse del caballo, rasgándose las manos de papel con varias hebillas de la montura, empezó a arrastrarse entre las rocas. Durante aquel viaje imponderable, que acometió como un orangután estupefacto, escudriñándolo todo, balanceándose y cegado por la fatiga y la mica, no dejó de farfullar:

—Un poco de sombra. Un poco de sombra.

Y dio un traspié.

—Oh, Señor —suspiró.

No se paró a pensar en si sus compañeros ya estarían muertos, y mucho menos a considerar de qué modo lo habrían hecho, porque la muerte es un asunto tan absorbente que su mente solo podía lidiar con la suya propia. Estaba convencido de que iba a morir y no tenía miedo. Aquel parecía el único modo adecuado de

terminar su práctica y sencilla vida.

Solo deseaba no sufrir más. Él, que tantas veces había visto animales, y hombres, retorcerse entre estertores, rogó fervientemente a Dios que lo acogiera en su seno sin demora.

Milagrosamente, encontró una pequeña sombra, muy delgada, la de su propia lápida, y, cuando se hubo tumbado con la mayor dignidad de la que fue capaz, se aventuró a decir:

—Si esa es tu voluntad, Señor, déjame morir ahora.

Dos caballos seguían agonizando bajo el sol mientras el hombre yacía con los párpados cerrados. Entonces recordó que los caballos podían resistir mucho tiempo, y apagarse después sin hacer el más mínimo ruido.

Durante toda la noche, los caballos no dejaron de moverse a uno y otro lado. De madrugada, mientras la luna todavía se reflejaba en la superficie lodosa de la poza, el coronel Hebden se despertó en mitad de un sueño particularmente horrible del que no fue capaz de recordar los detalles. Había decidido abandonar su misión y, como era natural, esperaba impaciente a que amaneciera para informar a sus compañeros de su deseo de volver a casa. Por fin despuntó el día, y los miembros de la expedición constataron con alivio y satisfacción que todos eran de la misma opinión. Ninguno había sospechado que los demás albergaran en secreto sus mismos pensamientos. Así que los ánimos se relajaron, y aquellos individuos, que hasta ese momento se habían mostrado solitarios, salieron de su aislamiento y comenzaron a reír y a bromear, y a hacer planes esperanzados de futuro, mientras disfrutaban de su desayuno habitual a base de té lodoso, pan recubierto de arena y tiras cuarteadas de carne seca.

Una vez que los dos aborígenes hubieron traído los caballos renqueantes, que como de costumbre habían forcejeado para volver por donde habían venido, se pusieron en marcha. Solo el coronel Hebden echó un último vistazo hacia el oeste, en dirección a aquellas rocas inhóspitas que se levantaban no muy lejos de allí. Eran el único rasgo notable del paisaje y puede que eso las volviera aún más ominosas.

Y así fue como la expedición tomó el camino de regreso.

Para el coronel era obvio que había fracasado, pero no se echaba encima la culpa de todo. Culpaba al chico, Jackie, que con su evasión se había llevado la clave de todos los secretos. En el camino de vuelta a Jildra con sus hombres, el coronel Hebden tomó la decisión —aunque no la compartió con nadie— de encontrar, o *capturar,* a Jackie, tal y como anotó aquella noche en su diario.

Sin embargo, no estaba satisfecho. Si hubiera sabido —había tantas cosas que el coronel Hebden no sabía que casi sentía que se había fraguado una conspiración contra él—, si hubiera sabido que la Muerte había capturado a Jackie aquel anochecer, mientras cruzaba un pantano durante una tormenta… El chico no se resistió. Se tumbó y permitió que la acogedora tierra lo admitiera en su seno fundiéndose con ella por completo; salvo por su sonrisa, que sus dientes rectos, blancos y fuertes aspiraban a perpetuar.

16

En ausencia de sus propietarios actuales, los Parbury, que estaban haciendo un viaje de placer por Europa, los Radclyffe habían ocupado la vieja casa durante un periodo de al menos seis meses, para que los niños se beneficiaran de la brisa marina y su madre disfrutara de las distracciones que Sídney tenía que ofrecer. Así, la casa entera fue trasplantada: criadas, niñeras, institutrices, una selección de mozos, los canarios, que de otro modo no habrían recibido los cuidados necesarios, y el carlino favorito de la señora Radclyffe. El señor Radclyffe, que con los años se había vuelto más bien colorado y rollizo, aunque seguía siendo un hombre bien parecido, no dejaba que la gestión de su propiedad en Merivale le impidiera visitar de vez en cuando a su familia. Disfrutaba enormemente de sus estancias en la residencia de Potts Point, y entretenía a los niños con recuerdos divertidos, por no decir satíricos, de la vida que se desarrollaba allí veinte años antes, cuando la casa todavía pertenecía a sus abuelos. Pero la señora Radclyffe tenía sentimientos encontrados.

Belle, por supuesto, siempre había sido más bien sentimental. Ahora atesoraba el pasado, y en parte lo adornaba con una extravagancia que se veía obligada a ocultar. Si no hubiera sido al mismo tiempo una mujer práctica, una amante esposa y una madre devota, tal vez habría hecho de aquello su religión, aunque una agradable, de color azafrán: como el budismo, quizá. Belle Radclyffe nunca abogó por las espadas ni los santos de la fe religiosa, ni pretendía subir al cielo con la ayuda de un fuelle. Aceptar, respetar, dejar vivir: con eso bastaba. Su belleza y su bondad eran una garantía que Belle veía confirmada en todo cuanto la rodeaba. Cuando volvieron a la vieja casa, había cogido y colocado tal cantidad de flores que su esposo se había quejado de que las habitaciones estaban patas arriba y de que el polen le hacía estornudar; de hecho, para demostrárselo, estornudó. Así que se había visto obligada a contenerse, en esto como en tantas otras cosas, y a limitarse a atesorar los recuerdos. Evocaba qué flores y qué ramas, hasta las más silvestres e insignificantes, había cogido en esta ocasión o en aquella, qué aromas habían acompañado a ciertos acontecimientos, qué mascotas había tenido y las miradas de los niños a los que había sonreído por la calle.

—Belle sigue siendo perfecta —dijo la anciana señora Pringle, olvidándose por un momento de su bronquitis y de las cartas que le habían tocado en su mano de *bezique*.

—Me complace confirmarle que no lo es —replicó el señor Radclyffe, como si lo dijera de verdad.

De hecho, si se hubiera parado a pensarlo detenidamente, podría haber escrito una larga lista de las faltas de su esposa, dado que sin tener que recurrir al papel y a la pluma ya se le ocurrían algunos defectos, tales como que raramente lo escuchaba cuando él le hablaba, que animaba a los niños a jugar armando alboroto, que en muchos asuntos sus conocimientos eran más bien superficiales y que dormía con los ojos abiertos. Sin embargo, él parecía muy dichoso de ignorar el que tal vez fuera el mayor pecado de su esposa: la indulgencia, que había convertido al señor Radclyffe en un ser insoportable.

En cualquier caso, Belle, que quizá no habría sido tan feliz de haber tenido tiempo para reflexionar, aquel año, en la que había sido la casa de sus padres, se sentía más feliz que nunca.

Durante la primavera, una palma col había florecido en la parte virgen del jardín, proporcionándole una excusa para llevar a cabo incursiones tan poco intrépidas que nadie más mostraba el menor deseo de emprenderlas. A ojos de la señora Radclyffe, aquella era la mayor ventaja. A menudo visitaba el árbol sola, casi siempre por la mañana, después de haberles dado a los criados las instrucciones oportunas y antes de que su esposo, absorto en el periódico, les hubiera dado las suyas. Se adentraba en el jardín sin perder ni un segundo, para tatarear las canciones que había cantado siendo niña —y que después había olvidado—, y que aquella atmósfera de enredaderas y aromas le traía a la memoria. Incluso se atrevía a silbar muy alto, aunque aquel don nunca había contado con la aprobación de su madre. También se ponía en cuclillas para arrancar

las malas hierbas o enderezar alguna planta, aunque sin esforzarse demasiado, porque ¿qué podía hacer uno por las plantas de los demás? Aquel jardín era suyo, pero al mismo tiempo no lo era. Así que corría, porque deseaba reafirmarse y sabía que solo lo conseguiría una vez que alcanzara su objetivo. Su impulsiva falda bajaba apresuradamente las escaleras que el tiempo había erosionado, dejaba atrás una especie de gruta en la que el musgo casi se había secado y después el rincón donde su padre había vertido el barril de abono líquido, y seguía bajando y bajando a través de los túneles imperecederos de la memoria, hasta que al final llegaba a la palma col, que estaba envuelta en un círculo de luz. Según el día, el milagroso capitel permanecía inmóvil como una figura de cera inmaculada, temblaba rígidamente como si estuviera a punto de romperse y salir volando o simplemente se regocijaba haciendo tintinear sus joyas de inocente cristal. Y lo que veía ante sus ojos se reflejaba en el rostro de la mujer, que acababa cruzando el umbral de su infancia, convencida de que la visión del árbol la había revitalizado.

Solo el mayor de los torturadores habría querido confundirla; sin embargo, muy de vez en cuando, tras una noche de insomnio, o si el calor de la mañana era sofocante, la mujer dudaba de lo que veía, como si no supiera distinguir lo que se le había concedido de lo que no. Entonces, daba media vuelta y arrugaba su pañuelo del modo en que lo hacía cuando sus hijos estaban enfermos, y volvía atravesando el jardín sofocante y arrendado, levantándose la falda para subir las empinadas y húmedas escaleras, y, sobre todo, para evitar pisar a los caracoles, que era algo que le causaba un gran pesar.

Y así retomaba su vida feliz y ordenada. Se decía a sí misma que era muy afortunada en todo, y especialmente por encontrarse en Sídney, lo que le había dado la oportunidad de volver a disfrutar de la compañía de su prima, que los domingos siempre venía a almorzar dando un paseo y que algunas tardes se permitía el lujo de alquilar un coche para tomar el té y disfrutar de una velada musical.

Aunque sus vidas tan dispares habían incrementado aún más las diferencias de personalidad entre ambas mujeres, las primas seguían queriéndose mucho. Belle era conocida por su generosidad y amabilidad desbordantes. Era capaz de acatar las sugerencias más desagradables si pensaba que con ello no hacía ningún mal y que así gozaría del favor de los otros. No dedicaba ni un segundo de su tiempo a pensar qué opinarían los demás de ella, porque la idea de que alguien pudiera no tenerla en alta estima ni siquiera cruzaba su mente. Laura, por otra parte, era adusta. En realidad, prefería no gustarles a los demás. Es por la vida que lleva en el colegio, decía la señora Radclyffe a modo de excusa ante sus amigas; una directora debe adoptar cierta conducta. Y es que, al morir las señoritas Linsley, Laura Trevelyan había heredado la Academia para Jovencitas que lindaba con Surry Hills.

Una mañana, mientras paseaba por el opresivo bosquecillo de camelias de su padre, Belle Radclyffe reparó con desasosiego en que mucha gente había muerto. Apenas se permitía pensar en la muerte, pues siempre andaba ocupada recibiendo a las visitas por las mañanas, organizando fiestas por las noches, haciéndoles arrumacos a los niños o descansando porque esperaba un bebé. Entonces, durante un momento, entre aquellos matorrales, un cúmulo de pensamientos que hasta entonces había rechazado cruzó su mente, igual que las hileras de hojas muertas atravesaban el jardín. Y no pudo evitar acordarse del rostro arrugado de su madre, que ya llevaba enterrada varios años, y de sus consejos, que habían resultado ser equivocados. Después de vender la casa, el señor Bonner se había trasladado a una pensión en Bent Street, que atendía una señora de buena reputación. Convertido en un viejo chocho y parlanchín, salía de casa para pescar a cualquiera con la esperanza de hablarle del tiempo, y se ofendía en extremo cuando algún conocido o desconocido no tenía en cuenta sus profecías. El tiempo era su único tema de interés. Aunque en teoría quería a su padre, Belle Radclyffe no podía negar que en la práctica lo encontraba terriblemente aburrido.

Horrorizada por albergar aquellos sentimientos tan desagradables, la señora Radclyffe se sintió aliviada cuando un momento después sufrió la arremetida de sus hijos más pequeños, que llegaron corriendo por el sendero, libres por fin del latín, el francés o las matemáticas, con intención de sepultar en el tierno seno de su madre sus cuerpecitos atléticos manchados de tinta.

Cómo amaba a aquellos que habían salido de sus entrañas. Ansiaba tanto la compañía de sus hijos que a menudo tenía que recordarse que su esposo era el padre de los niños, y por lo tanto tenía derecho a disfrutar de su parte. En aquel momento, varios niños se peleaban y chillaban a su alrededor.

—¡Hemos probado el *sillabub*![8] —exclamaron.

—¿Puedo quedarme despierto hasta tarde esta noche, mamá?

—Yo voy a quedarme despierto hasta tarde.

—¿Quién lo ha dicho?

—Yo.

—¡Deja de darme patadas, Tom!

—¡Ya basta! —dijo la señora Radclyffe.

Solo Laura, la mayor, que había acompañado a los niños hasta allí, no en calidad de hermana, sino como una deidad condescendiente, guardaba un silencio digno de una diosa. Bajo los bucles de su larga cabellera, casi todo era un misterio.

—Todos os quedaréis despiertos hasta tarde —anunció la señora Radclyffe, con el tono ecuánime y racional propio de una madre—. Menos los bebés, por supuesto, y unos más que otros, dependiendo de la edad. Convendréis conmigo en que es lo más justo.

Compartieran o no su opinión, todos estuvieron de acuerdo en que su madre siempre tenía las mejores ideas, y que esta sin duda también lo era.

La señora Radclyffe había decidido dar una fiesta a la que invitaría únicamente a las personas que ella quería. Como siempre estaba dispuesta a ver lo mejor de los seres humanos, aquella noche prometía ser una reunión de personas muy variadas: ricos y pobres, lo cual no deja de resultar osado; pasado y presente, que puede ser más desagradable; jóvenes y viejos, una tierra en la que pueden germinar extrañas semillas de amargura y crueldad. Aun así, la señora Radclyffe estaba decidida a arriesgarse. Tampoco había concebido ningún plan para entretener a sus invitados, pero, debido otra vez a su naturaleza dulce y confiada, dejaría que ellos mismos decidieran cómo divertirse, cultivándose por medio de la conversación, consolándose con la música, jugando a algún juego, comiendo y bebiendo sin mesura, coqueteando o vagando en soledad por el jardín, que, para algunas personas, es la única forma de sobrellevar una fiesta.

Del género de la pantomima, la señora Radclyffe siempre había preferido la escena de la transformación, y allí estaba, representando la suya propia. Cuando la noche cayó y la luna se elevó tras la urdimbre de los árboles, las manos de la mujer se habrían vuelto sudorosas e infantiles de no haber sido por sus fríos anillos, que no dejaban de repiquetear.

—¡Belle! —la llamó su esposo, que esperaba impaciente a los invitados—. ¡Belle! Tu perro ha orinado encima de mi bota.

—¡Oh, Tom! Esa mancha podría ser de cualquier cosa. ¿O es que lo has visto hacerlo con tus propios ojos?

—Solo puede haber sido Carlino —decidió el señor Radclyffe—. No tengo ninguna duda.

Nunca tenía ninguna duda de nada.

—¡Ay, Señor! —exclamó su esposa, más preocupada por otras cosas.

—No me hago responsable del desastre que te has empeñado en organizar —dijo Tom Radclyffe mientras esperaban juntos a los invitados bajo los globos de gas azul.

—Nadie te ha pedido que lo hagas —respondió Belle, alzando la barbilla ligeramente.

No es que tuviera demasiada confianza en su habilidad para que las cosas salieran bien, pero sí creía que las situaciones podían resolverse por sí mismas.

El señor Radclyffe no pudo evitar sonreír, tanto por la superioridad de sus conocimientos como por el rostro deslumbrante de su esposa. Estaba muy satisfecho de ella, aunque todavía lo estaba más de sí mismo, que había demostrado tanta perspicacia al elegirla.

Ella, que durante toda su vida había reflejado la luz del sol, aquella noche estaba hecha de luz de luna. Gracias al talento de una modista brillante, y al acertado uso de la madreperla, brillaba como las aguas azules. La misma luna podría haber regado su cabello en señal de reconocimiento y, mientras atravesaba flotando la habitación, una enorme rosa blanca, rendida ante su belleza, fue dejando un tributo de pétalos a sus pies.

La noche por fin había llegado. Los penetrantes aromas del jazmín y del pitosporo que entraban atropelladamente por las ventanas abiertas habían narcotizado a los niños más pequeños hasta tal punto que se aferraban adormecidos a las faldas de su madre para posponer su inevitable caída.

—Es hora de irse a dormir —les dijo ella con ternura, abriéndoles los deditos de las manos.

Entonces los besó uno a uno, por orden, antes de que se los llevaran. Eran demasiado pequeños y corrían el riesgo de quedarse dormidos por el suelo y que alguien acabara pisándolos.

Poco después, los invitados empezaron a llegar.

Al parecer, allí estaba la flor y nata, y todos se deshicieron en halagos ante la cándida belleza de la señora Radclyffe, si bien no escatimaron en esfuerzos para detectar sus faltas. Por ejemplo, no había duda de que su cuello —al que algunas madres en el pasado ya habían vaticinado un destino funesto— se había vuelto más grueso. Si el mundo de las apariencias pasaba por alto la generosidad de la mirada de Belle era porque ese tipo de virtudes lo avergonzaba e incluso destruía la ilusión de su poder. Belle, en su simplicidad, admiraba secretamente a aquellos que eran superficiales y livianos, porque imaginaba que habían encontrado la clave de una libertad que ella todavía no había experimentado y que nunca experimentaría, pues no era lo suficientemente audaz. Esa timidez, lejos de menoscabar su belleza, la incrementaba a ojos de los más elegantes, devolviéndoles la fuerza que habían estado a punto de perder.

—Dios mío, Belle Radclyffe sigue siendo la más hermosa, aunque ya no es lo que era. ¿Recuerda cuando se casó? —decían.

Acto seguido se escuchaban unos gemidos que bien podrían haber ocasionado un cólico severo.

—Sin embargo, casi me atrevería a decir que, en cierto sentido, ha mejorado. ¡Qué *espiritualidad*!

Más ruidos; menos físicos, pero más misteriosos.

—Ya querrían muchas poseer aunque solo fuera la *mitad* del encanto de Belle.

En ese momento, alguna quedaba destruida.

—Pero ¿describiría usted a la señora Radclyffe como una acompañante divertida?

—¿Divertida? Depende mucho de a lo que se refiera usted con eso. Conozco a otras damas de las que podría decir que son *más* divertidas que la señora Radclyffe. Pero ninguna mujer, por supuesto, posee *todas* las cualidades. Y Belle es tan dulce…

—Y viste tan bien… Aunque no sigue la última moda.

—No, su estilo es más bien personal.

—Debo confesar que hay que ser muy valiente para presentarse con un adorno semejante en el pelo.

—Y esas piedras lunares.

—¿Cómo que piedras lunares? ¡Effie! ¡La luna!

—¡Sshhh!

—Effie, ¿no te has dado cuenta de que Belle Radclyffe ha venido disfrazada de luna?

Siguieron escuchándose risitas.

Las invitadas se movían en círculos preguntándose a quiénes debían evitar. Solo se mezclaba su iridiscencia. Los hombres, vestidos de negro, se mantenían unidos para protegerse.

—Señora De Courcy, ¡qué amable por su parte haber venido! —dijo la señora Radclyffe, avanzando hacia ella.

Si bien había aprendido aquellas frases de los mejores, no las había aprendido demasiado bien y las decía vacilando, algo que conseguía cautivar aunque solo fuera por un momento incluso a las mujeres más crueles.

—Ya sabes que haría cualquier cosa por ti, Belle. ¡Cualquier cosa! —dijo la anciana Effie De Courcy, mientras se retocaba el moño y miraba a su alrededor.

Aquella dama todavía no había decidido a cuál de los caballeros ofrecerle las migajas de su afecto, como era su costumbre en las fiestas.

En aquel momento, las insignificantes figuras de varios individuos grotescos e irrelevantes, conocidos por todos, empezaron inexplicablemente a hacer su aparición. Había un tal doctor Bass. Nadie podría haber supuesto que aquel notable médico tuviese otra función que la de recetar píldoras. Estaba Topp, el maestro de música, que llevaba años acudiendo a las casas de todos para exasperación de las jovencitas, y a quien naturalmente siempre se le ofrecía un pedazo de pastel de madeira y un vaso de oporto, aunque debía tomarlo en la más absoluta soledad, faltaría más. También estaba la anciana señorita Hollier, un espantajo vestido de rosa capaz de recitar genealogías durante horas; no había quien se la quitara de encima ni con agua caliente. La presencia de aquellas personas era la prueba irrefutable de que algo no marchaba como debía. Un miembro de la Asamblea Legislativa frunció el ceño y varias damas apretaron sus guantes largos de cabritilla. Entonces repararon en que también había niños, los de los Radclyffe, y algunos jóvenes, muchachas rollizas y chicos en la edad del pavo y la cara llena de granos. Y lo más extraño de todo: Willie Pringle acababa de llegar. No había duda de que Willie había crecido, algo que nadie había esperado que ocurriera. Sin embargo, a nadie le sorprendió que siguiera teniendo un aspecto ridículo. Al volver de Francia, donde había vivido durante varios años en un ambiente de dudosa moralidad, había empezado a pintar; y continuaba pintando, aunque nadie habría sabido decir el qué; poder admirar los marcos de oro de sus obras resultaba un alivio.

En cuanto entró en el salón de los Radclyffe, Willie Pringle besó a su anfitriona, a quien idolatraba. Esto despertó un gritito de horror entre los invitados.

—¿Con qué tendrá pensado divertirnos la señora Radclyffe? —preguntó el miembro de la asamblea a su círculo de amistades.

El señor Radclyffe habría reprendido a Pringle de no haberlo despreciado tanto. También se sentía inquieto ante la perspectiva de sentirse expuesto, algo que sucedería en cuanto llegase la prima de su esposa. Seguía odiando a Laura Trevelyan.

Belle Radclyffe caminó entre los invitados y, para sorpresa de todos y resentimiento de muchos, dijo:

—Les he pedido que vengan esta noche porque en cada uno de ustedes valoro una cualidad en particular. ¿Les parece posible que cada uno descubra y aprecie esa cualidad en el resto de invitados, y que de ese modo podamos ser felices juntos en esta hermosa casa?

Aquello era de lo más singular.

Las puertas y las ventanas estaban abiertas de par en par, y la noche azul entraba a raudales. Dos niños pequeños, con aspecto de habérselo pasado muy bien, dormían sentados en un sofá, y no cabía duda de que sus sueños eran plácidos y alegres.

¡Qué dulce!, ¡qué divertido!, comentaron entre murmullos varios de los invitados más amables al escuchar el discurso de la anfitriona, si bien la mayoría inmediatamente volvió a sus conversaciones, destinadas a destruir a sus amigos y conocidos.

Entre los caballeros, la charla giraba principalmente en torno al descubrimiento del hombre blanco salvaje, del que decían que era el único superviviente de la expedición liderada por aquel alemán chiflado veinte años atrás. El hombre, que afirmaba haber vivido todos aquellos años con una tribu de aborígenes, había estado en Sídney desde que lo habían rescatado, y había asistido a la inauguración de un monumento a su líder que había tenido lugar aquel mismo día en el Domain.

Ahora todos trataban a toda costa de acercarse a conocer al anciano señor Sanderson, de Rhine Towers, y al coronel Hebden, quienes habían estado presentes en la ceremonia.

—¿Es un fraude? —preguntaron algunas voces.

—Es algo que se han inventado para desprestigiar al Gobierno por su lentitud en el desarrollo del país —mantenían otros.

El señor Sanderson, sin embargo, se limitaba a sonreír y a repetir que el hombre era un auténtico superviviente de la expedición, que él había conocido personalmente. La declaración del viejo ganadero, que estaba confundido por la envergadura de aquella reunión y porque aquella era su naturaleza, irritó a los invitados. El coronel Hebden parecía una estatua de piedra o metal de lo distante e inexpugnable que se mostraba, y la gente habría descargado su resentimiento sobre el viejo Sanderson si en aquel momento no se hubiera producido un acontecimiento más importante.

Justo entonces acababa de llegar la señorita Trevelyan, la directora, a quien un problema administrativo había retenido en la escuela hasta muy tarde. Su vestido negro, que llevaba como un mero envoltorio, no desentonaba en lo más mínimo con la expresión de su rostro, que inmediatamente provocó que los invitados comenzaran a discrepar vivamente. Cuando entró en el salón, algunas damas, resplandecientes con sus piedras preciosas, interrumpieron sus conversaciones intrascendentes y la saludaron con una dulzura o puerilidad exageradas. Después, resentidas por todos los solecismos que habían cometido a lo largo de su vida y que, al parecer, eran muchos, escudriñaron a la mujer de arriba abajo y buscaron en las demás damas la confirmación de sus sentimientos:

—¿No le parece vulgar? ¿No cree que la pobre Laura es verdaderamente fea? ¡Y qué extravagante! Como si no le bastara con haberse hecho maestra, ahora llega tarde a la fiesta de Belle, ¡con ese vestido tan horrible!

Mientras tanto, la señorita Trevelyan saludaba a unas personas que conocía. Estaba bastante pálida. Inclinando la cabeza a un lado, con una leve sonrisa temblorosa que podría ser indicio de una migraña, o tal vez de su fuerza, murmuró:

—Una, Chattie, Lizzie. Espero que ya estés recuperada, Elinor.

—¿Quién es esa mujer ante la que todas las damas se inclinan? —preguntó el señor Ludlow, un visitante inglés que un amigo común había recomendado a los Radclyffe.

—Es la señorita Trevelyan. Puedo intentar explicarle quién es —se ofreció el hombre que se encontraba junto al inglés.

Este último desvió la mirada inmediatamente, puesto que el objeto de su interés acababa de pasar frente a ellos. Casualmente, el hombre que había hablado era el doctor Kilwinning. Todavía más engalanado que en el pasado, el médico seguía resentido con la señorita Trevelyan, que había sido uno de los pocos obstáculos con los que había tenido la desgracia de toparse en su eminentemente exitosa carrera.

—Déjeme que le cuente —dijo, o más bien susurró, con el rostro vuelto hacia la pared—. Tuvo algo que ver con el explorador alemán de quien justamente estaban hablando.

—¡No me diga! —dijo entre carcajadas el señor Ludlow, a quien todos los aspectos de la vida colonial le parecían increíbles—. ¿Y la joven?

—Es su hija —susurró el doctor Kilwinning, todavía vuelto hacia la pared.

—¡Excelente! —dijo riéndose el inglés, que ya había visitado el comedor—. La muchacha está aún un poco verde. Una muchacha robusta y oronda. ¡Pero la madre!

La gente que conocía a la señorita Trevelyan debido a sus relaciones sociales y a las glorias materiales del pasado no se sentía en la obligación de aceptar a Mercy. La saludaban con una sonrisa forzada, pero sus ojos la ignoraban. Acostumbrada a aquello, la joven caminaba con la barbilla hundida y una expresión de resignación en el rostro. Tenía los ojos fijos en aquel punto de la columna vertebral de su madre al que sus enemigos podrían apuntar.

Entonces Laura se encontró a Belle, su hermana, y fue como si se abriera una sombrilla en medio del desierto.

—Mi queridísima Laura, me habría gustado estar aquí para recibirte, pero había subido a ver a Archie, que ha pillado un resfriado.

—Nunca te habría permitido que me *recibieras* en nuestra propia casa.

—¿Te gusta el gas? Siempre me han encantado estas lámparas.

—¡Y leer junto a ellas!

—¡Después de haber tomado el té! Pareces cansada, Laura.

—Estoy cansada, sí —admitió la directora de la academia.

Era una consecuencia de aquella tarde, pues el señor Sanderson había sido tan amable de enviarle a la señorita Trevelyan una invitación para la inauguración del monumento.

—Tú también deberías haber venido, Belle.

—No podía —respondió Belle sonrojándose.

Las pequeñas mentiras son las más difíciles de decir.

Las primas habían llegado hasta una silla rígida y fea. Era una de esas piezas que una vida rutinaria lanza a las orillas desconocidas, y probablemente peligrosas, de una fiesta. Abandonada; varada, al parecer, para siempre.

—Me sentaré aquí —dijo Laura.

Nadie más se habría atrevido a hacerlo, pues era evidente que aquella silla severa pertenecía a sus dueños ausentes.

—Mírala —decía la gente.

—¡Pero si parece un cuervo!

—¡Más bien un espantapájaros!

—No me traigas a nadie —le ordenó Laura Trevelyan—. No quiero causarte molestias. Y, además, nunca he conseguido hablar este idioma. Me quedaré aquí sentada observándolos.

Así, aquella misteriosa mujer de mediana edad vestida de negro empezó a dominar la sala que prácticamente había repudiado. Una joven con un magnífico vestido blanco de tarlatana pasó por su lado y la miró fijamente a los ojos y, aunque después no fue capaz de recordar exactamente lo que había visto, en aquel momento se quedó tan impresionada que inmediatamente cambió su rumbo y salió al jardín. Allí fue víctima de una conspiración que la obligó a moverse entre la hoja y la estrella, el viento y la sombra, e incluso dentro de su propio vestido, pues su cuerpo era el centro de todo. Deseaba bailar, pero sus zapatos de tacón seguían clavados en la tierra y sus brazos solo acertaban a retorcerse. Frustrada, la joven intentó recordar el mensaje que le habían transmitido los ojos de la extraña mujer, pero no lo logró, de modo que, al menos durante un rato, siguió siendo víctima de su propia incompetencia.

Laura Trevelyan permanecía sentada en compañía de Mercy, que por nada del mundo quería apartarse de su madre. Ni el bronce ni el mármol podrían haber adoptado formas más duraderas e inevitables que la materia de la que estaba hecha su relación. El afecto que recibía de un ser, junto con la indiferencia que le demostraban los demás, había hecho nacer en la hija un amor respetuoso por las formas de todos los objetos simples, cuyos secretos trataba de comprender constantemente. Al final, conseguiría expresar aquella obsesión, pero quedaba por ver cómo. Que su expresión sería honesta era algo obvio: para saberlo solo había que mirar su bonita cabellera castaña, sus manos fuertes y su rostro cuadrado y afable.

Mientras tanto, sentada en un pequeño taburete a los pies de su madre, hablaba con esta última de la guerra que sostenían entre sí las criadas católicas y las protestantes, y que estaba turbando la atmósfera de la escuela, que por lo general era tranquila.

—No te he contado —la informó Mercy— que Bridget le ha dejado un ojo morado a Gertrude, y le ha dicho que así hará juego con el color de su alma.

—¡Decidir el color de la verdad! ¡Ojalá tuviera la convicción de Bridget!

Las dos mujeres se sentían agradecidas por aquella humilde versión del esfuerzo constante. Laura le sonreía a Mercy. Era como si estuvieran sentadas en su habitación, o a un lado del camino, que en parte habían hecho suyo.

Algunos desconocidos llegaron y, por supuesto, se fueron. Los adolescentes se acercaron movidos por la curiosidad y también un inglés, un poco borracho, que deseaba observar de cerca a la maestra de escuela y a su hija bastarda. Un joven con dudoso talento para exhibirse se había sentado al piano y empezado a desgranar lentos valses, y la señora De Courcy convenció al miembro de la Asamblea Legislativa para bailar, mientras que algunos adolescentes se atrevieron a dejarse llevar por la música con jovencitas emocionadas.

En un momento determinado, la maestra de escuela empezó a masajearse el caballete de la nariz.

Efectivamente, el episodio del Domain la había dejado exhausta.

La tribuna estaba a rebosar de oficiales con sus esposas, por no mencionar a otros ciudadanos ilustres: el viejo señor Sanderson, que era el principal responsable del entusiasmo que la estatua conmemorativa había despertado entre el público, el coronel Hebden, la maestra de escuela que había sido amiga del explorador perdido y, por supuesto, el hombre que habían encontrado hacía poco. Todos estaban sentados escuchando los discursos en la agradable sombra que proporcionaba la espesura.

Johann Ulrich Voss por fin parecía encontrarse a salvo. Lo adornaban guirnaldas de la prosa periodística más extraña. Escribirían sobre él en los libros de historia. Las arrugas de sus pantalones macizos de bronce podían permitirse el lujo de ignorar el paso del tiempo. Hasta la señorita Trevelyan confesó que era agradable estar inequívocamente muerto. El modo en que los asientos se habían fijado a la tribuna, ligeramente inclinados hacia atrás, hacía que todos tuvieran un aspecto más oficial; las manos se plegaron sobre los vientres y las barbillas se acurrucaron como para descansar. La maestra de escuela estaba feliz de que algo contribuyera a la ilusión de la autocomplacencia. De ese modo, no pasó sed ni sintió su carne marchitarse cuando cruzó los desiertos de la conciencia. Ningún personaje oficial ha experimentado el infierno del amor.

Así, cuando el jefe del Gobierno, todavía temblando por el discurso previsto para las ocasiones históricas, tiró de la cuerda y descubrió la figura de bronce, ella ya había aceptado el mito. Entonces, la mujer de la tribuna bajó los ojos. Siempre tendría la duda de si había llegado a verla o no, pero los aplausos la convencieron de que se trataba de una obra de arte cívico intachable.

Poco después, todos bajaron de la tribuna. Se alisaron la ropa, intercambiaron saludos y la señorita Trevelyan, sonriente y receptiva, vio al coronel Hebden acercarse.

—¿Está satisfecha? —le preguntó cuando se alejaron un poco del grupo.

—Sí, estoy satisfecha —dijo con un suspiro. Y se dispuso a recolocar un par de pequeñas bellotas de seda que colgaban del mango de su parasol—. Aunque habría preferido que no me lo hubiera preguntado.

—Nuestra relación está condenada a un sinfín de preguntas —dijo riendo el coronel, satisfecho de su dominio del lenguaje.

Los dos recordaron la tarde que pasaron en la casita de verano de la señora De Courcy.

—Hace años me impresionó su respeto por la verdad —no pudo evitar decir él, aunque lo hizo del modo más suave posible.

—Si ahora soy menos sincera, es debido a mi edad y a mi posición —dijo ella con un cinismo sorprendente, esbozando una débil sonrisa—. No. —Recobró la compostura—. No soy deshonesta, espero; pero soy un ser humano.

¿La había hecho temblar?

Para ocultar aquella posibilidad, había empezado a hablar muy rápido, con un tono amable y uniforme, refiriéndose no tanto a aquel caso en particular como a lo universal:

—Ninguno de nosotros será juzgado.

—A menos que el hombre que ha regresado de la tumba esté cualificado para juzgarnos. ¿No ha hablado usted con él?

Como ella no dio ningún indicio de haberlo oído, el coronel añadió:

—Parece compartir la opinión que usted me dio durante nuestro primer encuentro: que Voss, en realidad, era el Diablo.

La señorita Trevelyan no había conocido al superviviente, aunque el viejo Sanderson, lleno de buenas intenciones ahora que el paso del tiempo había suavizado aquel desdichado asunto, se lo había prometido. Sentada en la tribuna, mientras escuchaba los discursos oficiales, divisó a unos metros por delante la nuca del hombre, pero había resuelto no reclamar su derecho.

—No deseo conocer a ese hombre —dijo, y se recolocó el chal para protegerse de un viento frío que se estaba levantando.

—Pero ¡debe conocerlo! —exclamó Hebden, cogiéndola por el codo con firmeza.

Convertido en una torre de hierro, el coronel se elevaba sobre la mujer con su cabello canoso apelmazado y un deseo ardiente de verdad. Laura tenía la boca seca. ¿Era aquel hombre el ángel vengador? La mujer no pudo evitar pensarlo mientras forcejeaban.

Cualquiera que hubiera reparado en ellos habría encontrado aquella escena de lo más desagradable y, por supuesto, habría creído que el hombre era el más fuerte de los dos.

—¡Déjeme! —dijo ella con los labios pálidos y tratando de zafarse—. ¡Se lo ruego, coronel Hebden!

Sin embargo, en aquel momento, el viejo Sanderson, a quien nadie con un mínimo de compasión habría herido deliberadamente, se desmarcó de un grupo que seguía reunido en torno a la estatua, acompañado de un hombre.

—Señorita Trevelyan —dijo el ganadero, sonriendo complacido—. Creo que, al final, he olvidado presentarlos a ustedes dos, que son los más importantes.

Así que iba a ocurrir.

El señor Sanderson sonrió y continuó diciendo:

—Me gustaría que conociera a mi amigo Judd.

Las hojas de los árboles aplaudieron.

Laura se encontró frente a un hombre entrado en años, o tal vez envejecido, que había sido de constitución recia en el pasado, vestido con un traje prestado, un buen traje, incluso moderno, con el que claramente no se sentía cómodo. Sus enormes manos, que ya no eran tan fuertes, no dejaban de moverse buscando algún objeto o postura que lo apaciguara, y su rostro fue adoptando distintas expresiones, como el agua sobre la arena, hasta que su boca se cerró en una sonrisa que el hombre trató de conservar durante un instante, sin conseguirlo.

—Así que este es Judd, el convicto —dijo la señorita Trevelyan sin severidad, limitándose a exponer un hecho, pues sería juzgada junto con él.

Judd asintió.

—Me gané mi libertad dos años antes, no, cuatro años antes de que la expedición partiera.

Todas las viejas heridas se habían curado. Ya podía hablar de ellas. Podía hablar de cualquier cosa.

Sus labios se abrieron y el coronel Hebden lo observó entusiasmado. Un resplandor dorado bañó al viejo Sanderson, que no había experimentado una calidez igual desde la muerte de su querida esposa.

—Sí, sí —dijo—. Judd era mi vecino en los años cuarenta. Se unió a la expedición cuando pasó por Rhine Towers. De hecho, aquello fue culpa mía.

La señorita Trevelyan, que estaba concentrada en la contera de su sombrilla, se dio cuenta de que todos esperaban que hablase. Judd aguardó, sin dejar de mover las manos. Desde su regreso, se había acostumbrado a que las damas lo interrogasen.

—¿Y pudo usted recuperar su propiedad? —preguntó la señorita Trevelyan, a pesar del nudo que tenía en la garganta.

Había algo que sabía que tenía que evitar. Tenía que evitarlo a toda costa. Así que fijó la vista en la contera de su sombrilla y continuó interrogando a aquel hombre que tanto había sufrido.

—¿Mi propiedad? —preguntó Judd, tratando de controlar su lengua, redonda como la de un loro—. No. La perdí. Me dieron por muerto, como usted sabe.

—¿Y su familia? —preguntó amablemente la mujer.

—Todos murieron. Mi mujer, la primera. Algo del corazón, creo. Mi chico mayor murió de una picadura de serpiente. El pequeño contrajo una enfermedad, he olvidado cuál. —Sacudió la cabeza calva y humilde, en la que solo quedaba un flequillo de pelo blanco—. Bueno, el caso es que también murió.

Los que acompañaban al superviviente le dieron sus condolencias.

Pero Judd había sobrevivido a la pena. Más bien estaba impresionado por la enorme sencillez con la que había ocurrido todo.

Entonces, el coronel Hebden cogió la mano de alguien, igual que antes había agarrado a la dama por el codo, y dijo:

—¿Sabe, Judd? La señorita Trevelyan era amiga del señor Voss.

—Ah —dijo con una sonrisa el anciano desdentado—. Voss.

Bajó la vista al suelo, pero enseguida volvió a hablar:

—Voss dejó su huella en el país.

—¿Cómo? —preguntó la señorita Trevelyan, con prudencia.

—Bueno, por supuesto, en los árboles. Grababa sus iniciales en los árboles. Un tipo extraño, Voss. Los negros siguen hablando de él a día de hoy. Muchos de ellos son de la opinión de que sigue allí, de que está en la región y de que allí permanecerá para siempre.

—¿Cómo? —repitió la señorita Trevelyan. Su voz era la de un hombre, capaz de retar a cualquiera.

Judd se abría camino moviendo las manos.

—Bueno, si uno vive y sufre en un lugar durante el tiempo suficiente, nunca lo abandona por completo. Su espíritu permanece.

—Como un dios, de hecho —dijo el coronel Hebden, pero se rio para mostrar su escepticismo.

Judd levantó la vista hacia el horizonte.

—¿Voss? No. Nunca fue Dios, aunque le gustaba pensar que lo era. A veces, cuando se le olvidaba, era un hombre —balbució—. Era más que un hombre —continuó Judd, con el aire satisfecho del que ha encontrado lo que estaba buscando—. Era cristiano, según tengo entendido.

La señorita Trevelyan sostenía un pañuelo contra la boca, como si la vida pudiera escapársele a borbotones.

—No según yo entiendo esa palabra —interrumpió el coronel, sin piedad—, ni tampoco según lo que me han contado.

—Pobre hombre —dijo suspirando el viejo Sanderson, que volvía a sentirse triste—. Era un tipo retorcido. Pero está muerto y todo ha acabado.

Ahora que había empezado, Judd estaba decidido a no detenerse.

—Lavaba las úlceras de los hombres. Los velaba toda la noche cuando estaban enfermos y limpiaba sus inmundicias con sus propias manos. Lloré, se lo aseguro, cuando murió. Ninguno de nosotros podía creerlo cuando vimos la lanza temblorosa colgando de su costado.

—¿La lanza?

El coronel Hebden actuaba como si él fuera el herido de muerte.

—Pero este detalle es nuevo —protestó el viejo señor Sanderson, que también estaba extremadamente perturbado—. No habías mencionado ninguna lanza, Judd. Y nunca has dado a entender que habías presenciado la muerte de Voss, solo que te amotinaste y que te marchaste con aquellos que eligieron seguirte. Si te entendimos bien.

—Yo fui quien le cerró los ojos —dijo Judd.

En el preciso instante en que las miradas del coronel y el señor Sanderson se cruzaron, la señorita Trevelyan se cubrió con un manto protector.

Finalmente, el viejo ganadero pasó un brazo por los hombros del convicto y dijo:

—Creo que estás cansado y confuso, ¿eh, Judd? Deja que te lleve a la pensión.

—Estoy cansado —repitió Judd.

El señor Sanderson se alegró de poder llevárselo de allí, y lo metió en un coche de alquiler que los estaba esperando.

El coronel Hebden reparó en que la mujer seguía de pie a su lado y en que tenía que darle la razón. Así que se volvió incómodo hacia ella y dijo:

—Su santo ha sido canonizado.

—Estoy satisfecha.

—¿Por el testimonio de un pobre loco?

—Estoy satisfecha.

—No siga diciéndome que respeta la verdad.

La mujer hurgaba entre las fuertes raíces de hierba con la contera de su sombrilla.

—Todas las verdades tienen muchas caras. Salvo la verdad por antonomasia.

—Su Voss tenía muchas caras. Eso se lo concedo. ¡Era un auténtico camaleón!

Mientras contemplaba las monstruosas hormigas que pululaban por la hierba, la señorita Trevelyan replicó:

—Sea Judd un impostor, o un loco, o sencillamente una pobre criatura que ha sufrido demasiado, estoy convencida de que Voss, como todos los hombres, tenía en su interior una parte de Cristo. Si también había maldad en él, me consta que luchó contra ella. Y que fracasó.

Y aquella mujer de mediana edad se alejó pesadamente caminando sobre la hierba.

Ahora, sentadas en aquella sala llena de gente, repleta de los engañosos flujos de música y de las crueles conversaciones, Mercy Trevelyan percibió cuánto había afectado a su madre lo que fuese que había ocurrido aquella tarde. Si la hija no quiso indagar en el origen del malestar de su madre fue porque la vida le había enseñado que las respuestas racionales rara vez sirven para explicar las cosas. Además, su propio origen seguía siendo un misterio.

En aquellas circunstancias, se inclinó hacia delante en su taburete, con la fuerte y joven garganta henchida del amor que deseaba transmitir, y susurró:

—¿Por qué no nos vamos a otra habitación? O, mejor, marchémonos. Así de simple. Nadie nos echará de menos.

Entonces, Laura Trevelyan dejó de masajearse el puente de la nariz, que sus dedos habían dejado completamente blanco.

—No —dijo con una sonrisa—. No me iré. Estoy aquí. Y aquí seguiré.

Y con aquellas palabras selló su pacto.

Otros individuos, con grandes deseos y poco valor para llevarlos a cabo, sospechando que podían beneficiarse del conocimiento y la fuerza de la directora de la escuela, empezaron a aproximarse gradualmente. Incluso la belleza de la mujer había mudado en términos que eran capaces de comprender. La noche entraba a raudales por las ventanas y las puertas abiertas, y los ojos de Laura rebosaban de un amor que podría haber parecido sobrenatural, de no haber sido por las pruebas físicas de su cuerpo: la piel

levemente agrietada de su cuello y el agujerito de uno de sus guantes que, por descuido y falta de tiempo, había olvidado zurcir.

Uno de los primeros en acercarse a la señorita Trevelyan fue el invertebrado Willie Pringle, que, como luego se supo, se había convertido en un genio. Después, Topp, el maestro de música. De su odio por la yerma tierra colonial donde sus huesos habían dado a parar muchos años antes, había surgido un amor perverso, que hasta aquel momento no había conseguido expresar y que, precisamente por eso, nadie había imaginado que sentía. Era un hombrecillo gruñón, un fracaso, que sin embargo seguiría latiendo aunque el cuerpo político ignorara su propósito. A estos dos se les unieron varias personas tímidas que aquella noche habían salido del laberinto de la juventud, y que estaban ansiosas por aprender a usar su libertad.

La joven del vestido blanco de tarlatana, por ejemplo, se acercó al grupo y extendió sus faldas sobre el borde de una silla. Apoyó la barbilla en la mano y se sonrojó. Aunque nadie la conocía, nadie le preguntó cómo se llamaba, puesto que lo que importaba era su intención.

La conversación era la balsa de troncos con la que el grupo esperaba conseguir llegar a la orilla prometida.

—Soy consciente, muy a mi pesar, de lo poco que he visto y experimentado de las cosas en general, y de nuestro país en particular —acababa de confesar la señorita Trevelyan—, pero me gusta pensar que lo poco que he visto es menos de lo que sé. El saber nunca ha sido una cuestión de geografía. Más bien al contrario, llena y desborda todos los mapas que existen. Quizá el auténtico conocimiento solo llegue con la muerte ocasionada por la tortura en la región de la mente.

Se rio como haciendo un esfuerzo.

—*Ustedes* lo comprenderán. Algunos de ustedes, al menos, lo han descubierto ya —dijo, mirándolos.

Que algunos lo comprendieran convirtió aquel prodigio en uno aún mayor.

—Algunos de ustedes —continuó— expresarán lo que otros hemos experimentado viviendo. Algunos aprenderán a interpretar las ideas encarnadas en las formas menos comunicativas de la materia, como lo son la roca, la madera, el metal y el agua. Debo incluir el agua porque, de todas las materias, es la más musical.

Sí, sí. Topp, aquel hombrecillo resentido y desagradable, se inclinó hacia delante. En las severas palabras de la maestra de escuela, percibía la obstinada música que esperaba ser liberada. De roca y matorrales. De vientos invisibles enroscados en vientres de aire. De pequeños riachuelos que a duras penas se abrían paso hacia océanos de eternidad. Todo fluía unido. Sobre un lecho de rostros que miraban hacia arriba.

El pequeño Topp se distrajo con la posibilidad de tantas armonías y empezó a juguetear y a pellizcar la pernera de su pantalón. Luego dijo:

—Aunque no suframos las consecuencias de nuestra mediocridad como pueblo, aunque no nos encerremos para siempre en nuestros propios cuerpos, aun así, sigue existiendo la posibilidad de que nuestros odios y hábitos carnívoros nos lleven a la misma conclusión lógica: acabaremos destruyéndonos los unos a los otros.

Topp empezó a sudar. Su rostro se había disuelto en puntitos de luz gris bajo los globos de gas azul.

Willie Pringle estaba fascinado.

—El gris de la mediocridad, el azul de la frustración —sugirió, no tanto para informar a la audiencia como para grabarlo en su memoria. Enseguida añadió, más alto y con más brío que antes—: Topp se ha atrevido a sacar un tema que me obsesiona: nuestra mediocridad inherente como pueblo. Estoy seguro de que la mediocridad de la que habla no es un estado definitivo e irrevocable; es más bien una fuente creativa de infinita variedad y sutileza. La moscarda en su lecho de despojos no es más que una variación del arcoíris. Si las exploramos, las formas más corrientes se fragmentan continuamente en estructuras brillantes.

Y así siguieron hablando, mientras fuera, en el jardín, la delgada semilla de la luz de luna continuaba cayendo y la tierra húmeda, absorbiéndola. Sintiendo que aquello les incumbía, otros caballeros se habían unido al grupo que estaba charlando en el extremo más alejado de la enorme habitación. El viejo Sanderson, que había llegado a la meta de su sencilla vida, seguía buscando la bondad. El coronel Hebden, que no se había atrevido a acercarse a la maestra de escuela desde el episodio de la inauguración, se aproximó con sigilo, todavía ávido de verdad, y afirmó:

—No descansaré, ¿sabe?

—No espero que lo haga —dijo la señorita Trevelyan, ofreciéndole la mano, pues estaban de acuerdo en que los diamantes con los que ellos cortaban eran iguales en propósito y valor.

—¡Parece que su prima está concediendo una audiencia! —comentó la señora De Courcy, consolándose con un helado de fresa.

—¿Audiencia? ¿Laura? ¡Yo diría más bien que está dando una clase! —dijo Belle Radclyffe con una carcajada. Sabiendo que no era y que nunca sería como su prima, reclamó el derecho que le daba el amor para sentirse celosa.

En un momento determinado, sintiéndose presionada, la señora Radclyffe olvidó su promesa y llevó al

señor Ludlow ante la maestra de escuela. Aunque había bebido demasiado ponche de brandy y estaba borracho, hizo honor a su nacionalidad y a su estirpe, pues, según comentaron en susurros varias damas con vestidos de *poult-de-soie* importado, era el hermano menor de un barón. El señor Ludlow dijo:

—Señora, le ruego que me disculpe por molestarla, pero he oído tantas cosas buenas sobre usted que he expresado mi deseo de conocerla con objeto de formarme una opinión propia.

El visitante rio ante su ingenioso comentario, pero la señorita Trevelyan tenía una expresión triste.

—He viajado por todo el país para formarme una opinión de absolutamente todo —confesó el señor Ludlow ante su público—, y lamento decirle que todo es muy raro.

—Los raros somos conscientes de ello —respondió la señorita Trevelyan—, pero, si se queda el tiempo suficiente, trataremos humildemente de que se forme usted una buena opinión de nosotros.

—¿Cuánto tiempo? No puedo quedarme mucho —protestó el señor Ludlow.

—Para aquellos que esperan la perfección, y sospecho que usted no espera menos, la eternidad no es demasiado larga.

—¡Ohhhh, Dios! —dijo con una risita nerviosa el señor Ludlow—. Me atragantaría con tanta calabaza. ¿Sabe que en una de esas chozas incluso me ofrecieron un estofado de cuervo?

—¿No sería un irlandés?

—¿También tienen irlandeses? ¡Ohhhh, Dios!

—Ya ve usted, tenemos de todo. Dios y la naturaleza nos proveen, así que no tenemos más remedio que sobrevivir.

—Ah, sí, este es un país con futuro. Pero ¿cuándo se convierte el futuro en presente? Eso es lo que siempre me pregunto.

—Ahora.

—¿Cómo? ¿Ahora? —preguntó el señor Ludlow.

—En cada momento que vivimos y respiramos, amamos, sufrimos y morimos.

—Eso me recuerda que quería preguntarle sobre… ¿Cómo podría llamarlo? Ese espíritu familiar cuyo nombre está en boca de todos: el alemán que murió.

—Voss no murió —respondió la señorita Trevelyan—. Dicen que sigue allí, en la región, y que allí permanecerá para siempre. Su leyenda la acabarán escribiendo aquellos a quienes más turbó.

—Pero, si no estamos seguros de qué ocurrió, ¿dónde encontraremos las respuestas?

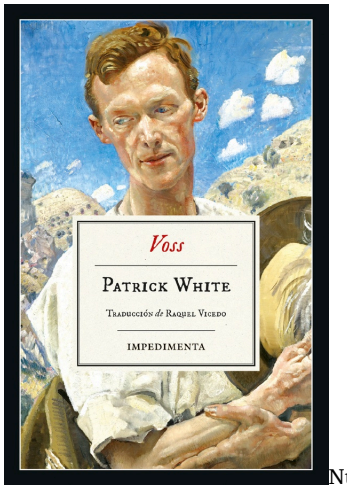
—El aire nos las dará —dijo la señorita Trevelyan.

Y, como se estaba quedando afónica, empezó a preguntarse en voz alta si habría traído sus píldoras.

---

[8]. Postre tradicional de Inglaterra que fue muy popular entre los siglos xvi y xix. Suele prepararse con leche entera o nata condimentada con azúcar y ligeramente cortada con vino.

Voss



Nunca nadie se ha adentrado en las profundidades del desierto australiano; según cuentan, no es más que un páramo lleno de tribus sanguinarias y bestias violentas. Pero todo cambia cuando Voss, un explorador alemán (inspirado en Ludwig Leichhardt, un naturalista prusiano que desapareció en una de sus incursiones al interior de Australia a mediados del XIX), llega a la colonia con la intención de llevar a cabo una expedición histórica: atravesar el desconocido y brutal desierto australiano en un recorrido que nadie ha emprendido antes. Cuenta para ello con un mecenas, el señor Bonner, que, además de entregarle los víveres necesarios y buscarle un grupo de colonos y dos aborígenes para que le acompañen, le presenta a su sobrina, Laura Trevelyan, con quien Voss establece una intensa relación.

White, Patrick
Escritor australiano ganador del Premio Nobel de Literatura en 1973 por una narrativa épica y psicológica, que introdujo la literatura de un nuevo continente en el mundo de las letras. Desde 1935 hasta su muerte publicó doce novelas, dos libros de cuentos y ocho obras de teatro.

Título original: *Voss*

Edición en ebook: noviembre de 2018

Copyright © Patrick White, 1957
Copyright renewed: Patrick White, 1985. All rights reserved
Copyright de la traducción © Raquel Vicedo, 2018
Copyright de la presente edición © Editorial Impedimenta, 2018
Juan Álvarez Mendizábal, 34. 28008 Madrid

www.impedimenta.es

La traducción de este libro se rige por el contrato tipo propuesto por ACE Traductores.

Diseño de colección y dirección editorial: Enrique Redel
Maquetación: Daniel Matías
Corrección: Ane Zulaika y Belén Castañón
Composición digital: leerendigital.com

ISBN: 978-84-17115-96-8

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Índice

PORTADA
VOSS
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
SOBRE ESTE LIBRO
SOBRE PATRICK WHITE
CRÉDITOS
ÍNDICE